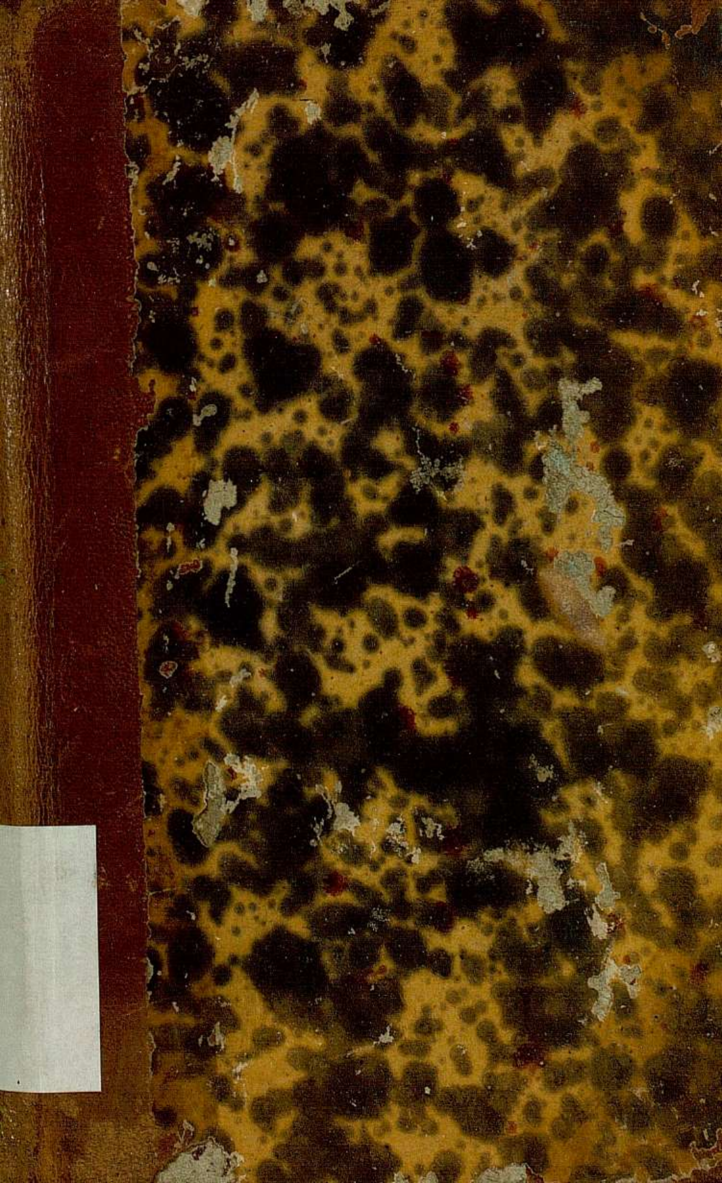
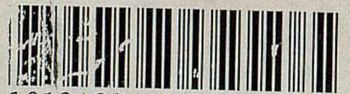



UMASS
BOSTON





ITINERARIO

DE PARIS A JERUSALEN,

Y DE JERUSALEN A PARIS.

CONDICIONES DE SUSCRICION.

Todos los dias se publican dos pliegos, uno de cada una de las dos secciones en que está dividida la *Biblioteca*, y cada pliego cuesta **dos cuartos** en Madrid y diez maravedises en provincia, siendo de cuenta de la empresa el porte hasta llegar los tomos á poder de sus corresponsales. Las remesas de provincias se hacen por tomos; en Madrid puede recibir el suscritor las obras por pliegos ó por tomos, á su voluntad.—Para ser suscritor en provincia basta tener depositados 12 rs. en poder del corresponsal por cuyo conducto se le remitirán las obras. Los suscritores de Madrid pagan de 17 en 17 pliegos por lo menos, que á razon de dos cuartos hacen una peseta.

SE SUSCRIBE.

EN MADRID.

En el Gabinete literario, calle del Príncipe, número 25.

EN PROVINCIAS.

En todas las librerías del reino y administraciones de correos, corresponsales del Sr. Mellado, editor de esta publicacion.

ITINERARIO

DE PARIS A JERUSALEN

Y DE JERUSALEN A PARIS.

POR EL VIZCONDE

DE CHATEAUBRIAND.

NUEVA EDICION ESPAÑOLA

TOMO I.

MADRID, 1850.
ESTAB. TIPOG. DE D. F. DE P. MELLADO, EDITOR.
CALLE DE STA. TERESA, NUM. 8.

PREFACIO

AL ITINERARIO

PARA LA EDICION DE 1827.

Cuando emprendí en el año de 1806 el viage de Ultramar, estaba casi olvidada Jerusalen: un siglo antireligioso habia perdido la memoria de la cuna de la religion; y como no habia ya caballeros, parecia que habia dejado de existir la Palestina.

El último viagero en el Levante, el señor conde de Volney, habia dado escelentes luces al público sobre la Siria, pero limitándose á generales particularidades sobre el gobierno de la Judea. Resultaba de este concurso de circunstancias que Jerusalen, tan inmediata á nosotros, parecia hallarse al cabo del mundo: la imaginacion se recreaba en sembrar obstáculos y peligros en las avenidas de la Ciudad Santa. Tenté la aventura, y me acaeció lo que á cualquiera que camina sobre el objeto de su pavor: se desvaneció el fantasma. Dí la vuelta al Mediterráneo sin contratiempos de gravedad, hallando de nuevo á Esparta, pasando á Atenas, saludando á Jerusalen, admirando á Alejandría, señalando á Cartago, y descansando del espectáculo de tantas ruinas en las de la Alhambra.

Tuve, pues, el cortísimo mérito de abrir la carrera, y el grandisimo gusto de ver que otros la seguian segun mi

plan. En efecto, mi Itinerario estuvo apenas publicado, cuando sirvió de guia á una infinidad de viageros. Nada le recomienda al público mas que su exactitud; es el libro de postas de las ruinas: en él señalo escrupulosamente los caminos, las moradas y estaciones de la gloria. Mas de mil y quinientos ingleses visitaron á Atenas en estos últimos años; y lady Stanhope renovó en Siria la historia de las princesas de Antioquía y Trípoli.

Aun cuando yendo á Grecia y Palestina, no hubiera tenido yo mas que la felicidad de abrir el camino á los talentos que debian darnos á conocer aquellos paises de los bellos y grandes recuerdos, todavía me daria el parabien de mi empresa. Se vieron en París los *panoramas* de Jerusalen y Atenas: era completa la ilusion, y á la primera ojeada vine en conocimiento de los monumentos y lugares que yo habia indicado. Ningun viagero se vió nunca sujeto á tan dura prueba, y no podia contar yo con que trasportasen Jerusalen y Atenas á París, para convencerme de mentira ó verdad. La confrontacion con los testigos me fué favorable; se reconoció en tanto grado mi exactitud, que diversos fragmentos del *Itinerario* sirvieron de carteles y esplicaciones populares á las descripciones de los *panoramas*.

El *Itinerario* ha adquirido un crédito de una nueva especie con los acaecimientos del dia, porque ha pasado á ser, por decirlo asi, una obra de circunstancias, una carta topográfica del teatro de aquella guerra sagrada, en la que todas las naciones tienen clavados los ojos hoy dia. Se trata de saber si Esparta y Atenas renacerán ó si permanecerán sepultadas para siempre en el polvo. ¡Ay del siglo, que testigo pasivo de una heróica lucha, crea que se puede sin peligro como sin penetracion del porvenir, dejar sacrificar á una nacion! Esta falta, ó crímen por mejor decir, acarrearia tarde ó temprano el mas cruel castigo.

No es verdad que el derecho político está separado siempre del natural; hay delitos que, turbando el órden moral, turban el social, y motivan la intervencion política. ¿Qué razon alegó la Inglaterra de su determinacion cuando en el año de 1793 tomó las armas contra la Fran–

cia? Declaró que no podia permanecer en paz con un pais en que se violaba la propiedad, en que los ciudadanos eran desterrados, en que se proscribian los sacerdotes, y en que se derogaban cuantas leyes protegen la humanidad y justicia. ¡Y se sostendria hoy que no hay matanza, destierro, ni espoliacion en Grecia! ¡Se defenderia que es lícito asistir pacíficamente al degüello de algunos millones de cristianos!

Algunos espíritus detestables y limitados que se imaginan que una injusticia, por el hecho solo de estar consumada, no tiene ninguna infausta consecuencia, son la peste de los estados. ¿Cuál fué el primer cargo hecho en el año de 1789, tocante á lo esterior, al gobierno monárquico de la Francia? El de haber sufrido la reparticion de la Polonia. Haciendo caer esta reparticion la barrera que separaba el Norte y Oriente del Mediodía y Occidente de la Europa, abrió el camino á los ejércitos que ocuparon sucesivamente Viena, Berlin, Moscou y París.

Una política inmoral celebra un triunfo pasagero: se cree fina, diestra, hábil, oye con irónico desprecio los clamores de la conciencia y los consejos de la probidad. Pero mientras que va caminando, y que se cree á sí misma triunfante, se reconoce detenida repentinamente por los velos con que se disfrazaba, vuelve la cabeza, y se halla cara á cara con una revolucion vengadora que ha ido siguiéndola. ¿No queremos estrechar la mano suplicante de la Grecia? Ahora bien; su mano moribunda nos señalará con una mancha de sangre, á fin de que seamos reconocidos y castigados en lo venidero.

Estaba triste, pero pacífica, la Grecia cuando la recorrí; reinaba el silencio de la esclavitud sobre sus destruidos monumentos; la libertad no habia hecho oir todavía el grito de su restauracion desde lo íntimo del túmulo de Harmodio y Aristojicon, y los alaridos de los esclavos negros de la Abisinia no habian correspondido á este grito; de dia no oia yo en mis largas marchas mas que la larga cancion de mi conductor; de noche me dormia sosegadamente al abrigo de algunas adelfas á orillas del Eurotas. Las ruinas de Esparta permanecian silenciosas alrededor de mí; estaba muda la gloria misma; agotado el Euro-

tas con los calores del estío, hacia correr escasamente un poco de agua pura entre sus dos márgenes, como para dejar mas espacio á la sangre que iba á llenar muy en breve su cauce. Modon, en que mis pies hollaron por la primera vez la sagrada tierra de los helenos, no era la armería de las tribus de Ibrahim; Navarino no recordaba mas que á Néstor y Pilos; Tripolizza, en donde recibí los firmanes para pasar el itsmo de Corinto, no era un monton de escombros ennegrecidos con las llamas, y en los que tiembla una guarnicion de verdugos mahometanos, disciplinada por renegados cristianos. Atenas era una bonita aldea, que mezclaba los árboles verdes de sus jardines con las columnas del Partenon. Las reliquias de las esculturas de Fidias no se habian amontonado todavía para servir de abrigo á un pueblo que ha vuelto á hacerse digno de campar en aquellos inmortales muros. Y ¿en dónde están mis huéspedes de Megara? ¿Perecieron en la matanza? ¿Trasportaron varios navíos cristianos á sus hijos á los mercados de Alejandría? ¿Han escoltado diversos barcos de guerra, construidos en Marsella para el bajá de Egipto contra las verdaderas máximas de la neutralidad? (1): ¡¿han escoltado, repito, aquellos convoyes de carne humana viva, ó

(1) Hay dos especies de neutralidad; la una que lo prohibe todo, y la otra que lo permite.

La neutralidad que lo prohibe todo puede tener algunos inconvenientes; en ciertos casos puede carecer de generosidad, pero es estrictamente justa.

La neutralidad que lo permite todo es una neutralidad mercantil, venal é interesada: cuando las partes beligerantes son desiguales en poder, esta neutralidad, verdadera irrision, es una hostilidad para la parte débil, asi como es una connivencia con la fuerte. Valdria mas unirse francamente al opresor contra el oprimido, porque á lo menos no se agregaria la hipocresía á la injusticia.

¡Dejamos al bajá de Egipto construir navíos en nuestros puertos, le facilitamos cuantos medios están en nuestra mano para acabar sus espediciones, y decimos que los griegos pueden hacer otro tanto! El bajá de Egipto puede pagarnos los medios de destruccion que él nos compra; pero ¿poseen los griegos, para mandar construir navíos, el oro que les han arrebatado los árabes de Ibrahim? ¿No se educan los hijos de estos griegos en nuestras ciudades á espensas de la piedad pública, en la que no queremos tomar parte ninguna? Cesen, pues, de decirnos que los griegos pueden hacer construir tambien navíos en nuestros puertos; y no vengan, insultando á la razon y humanidad, á dar el nombre de neutralidad á una abominable alianza.

aquellos cargazones de mutilaciones triunfales que van á adornar las puertas del Serrallo?

¡Cosa deplorable! creí pintar la desolacion al pintar las ruinas de Argos, Micenas, Lacedemonia; y si se comparan mis relaciones con las que nos vienen actualmente de la Morea, parece que yo haya viajado por la Grecia en el tiempo de su prosperidad y esplendor.

He pensado que era útil para la causa de los griegos el unir á este nuevo prólogo del *Itinerario*, mi *Nota sobre la Grecia*, mi *Opinion* en la cámara de los Pares, en apoyo de mi enmienda al proyecto de ley sobre la represion de los delitos cometidos en las escalas del Levante, y aun la página del discurso que leí en la academia, página en que yo espresaba mi admiracion, asi por los antiguos como por los nuevos helenos. Se hallará reunido tambien cuanto tengo escrito en mi vida sobre la Grecia, menos, sin embargo, algunos libros de los *Mártires*.

He presentado en la *Nota* un medio sencillo y fácil de emancipar á los griegos, y defendido su causa ante los soberanos de la Europa; por medio de la *enmienda*, me dirigí al primer cuerpo político de la Francia, y este noble tribunal pronunció una magnánima sentencia en favor de mis clientes.

La *Nota* presenta la Grecia tal como unos bárbaros la hacen hoy dia; el Itinerario la muestra tal como otros bárbaros la habian hecho en otros tiempos. La *Nota*, prescindiendo del aspecto político suyo, es, pues, una especie de complemento del *Itinerario*. Si la nueva edicion de esta obra llega en algun tiempo á las manos de los helenos, verán á lo menos que no he sido ingrato: el *Itinerario* da fé de la hospitalidad que ellos me concedieron; la *Nota* testifica el reconocimiento que he guardado á esta hospitalidad.

Ademas de esto, podrá notarse que juzgué á los turcos en el *Itinerario* como los juzgo en la *Nota*, aunque separa un espacio de veinte años las épocas en que se escribieron ambas obras.

Se me presentaban en el ánimo naturalmente los negocios de la Grecia, al ocuparme en la reimpresion del *Itinerario*, y hubiera creido cometer un sacrilegio omi-

tiéndolos en este prólogo. Noble tarea es reclamar los derechos de la humanidad; únicamente siento carecer de aquella eficaz voz que levanta una generosa indignacion en lo íntimo de los corazones, y que forma de la opinion una insuperable barrera contra los designios de la iniquidad.

NOTA SOBRE LA GRECIA.

ADVERTENCIA.

No es un libro, ni aun un folleto lo que publicamos (1), sino que bajo una forma particular, es el prospecto de una suscricion, y por ello está firmado: son unas gracias y súplica que un individuo de la sociedad, en favor de los griegos, dirige á la piedad nacional; se muestra agradecido por los donativos acordados; ruega que se contribuya con otros nuevos; eleva la voz en el momento crítico de la Grecia; y como los socorros de los particulares no bastarian quizás para salvar aquel pais, trata de proporcionar á una causa sagrada mas poderosos auxiliares.

(1) La primera edicion de la Nota sobre la Grecia, no era efectivamente mas que una especie de prospecto de la comision griega, de que el autor es individuo; pero los sucesos que se siguieron á esta primera publicacion, obligaron al autor á añadir un discurso priliminar á la segunda edicion, y un prólogo á la tercera. Este discurso preliminar se divide en dos partes, y le hallará el lector à continuacion de esta advertencia, como tambien el prólogo.

INTRODUCCION.

PRIMERA PARTE.

Los personages del drama, que treinta años hace se representa á nuestra vista, se retiran. Los actores populares bajaron los primeros á los sepulcros que habian colocado sobre el teatro: lleváronse consigo á varias testas coronadas, y otros potentados, en mayor número, los siguieron. Luis XVI, Luis XVII, Gustavo III, Pio VI, Leopoldo II, Pio VII, Catalina II, Selim III, Cárlos III de España, Fernando I de Sicilia, Jorge III, Luis XVIII, el rey de Baviera, Alejandro, y aquel Bonaparte, único en su dinastía, solitario en la vida y en la muerte, aquel Bonaparte, al que no sabemos como admitir en el número de los reyes, ni como escluirle de él; todos estos soberanos desaparecieron. Enfrente de las antiguas monarquías que pierden alternativamente á sus ancianos gefes, se forman varias repúblicas nuevas, que en todo el vigor de la juventud, parecen prometerse la tierra por derecho de caducidad.

Diversos personages de importancia que se señalaron en la fundacion de un nuevo sistema, se pusieron en la hilera, y llegaron igualmente al punto general de reunion: Pitt y Fox, Richelieu y Castlereagh se apresuraron: no tardarán en incorporárseles otros.

Aquel gran movimiento que se lo lleva todo tras sí,

hace bien pequeñas las ambiciones, tramas y cosas del dia. Bonaparte muere al cabo del mundo, sobre una roca en medio del Océano; y Alejandro vuelve en su féretro á buscar un sepulcro por aquellos caminos de la Crimea, que vieron el viage triunfante de su abuela. Asi se burla Dios del poder humano, y anuncia con resplandecientes señales las revoluciones que sus consejos van á obrar en los destinos de las naciones.

Da principio una nueva época política: el tiempo que perteneció á la restauracion propiamente dicha, acaba, y entramos en una era desconocida. ¿En dónde está la obra de nuestros diez años de paz? ¿Qué hemos fundado ó destruido? ¿Qué haremos en medio de la Europa agitada quizás, si no hemos hecho nada en el seno del profundo sosiego? ¿Adonde iremos cuando los sucesos esteriores lleguen á complicarse con las miserias interiores?

La consternacion de cincuenta millones de hombres anuncia mejor que podria espresarse todo lo que la Rusia ha perdido perdiendo á Alejandro. Una familia augusta en el llanto, una esposa, á la que su muerte costará la vida quizás; el heredero de un imperio, que olvidándose de aquella inmensa y gloriosa sucesion, se encierra dos dias para llorar, y cuya potestad no se anuncia mas que con el juramento de la mas noble fidelidad fraternal; el ídolo de un pueblo religioso y sensible, una venerable madre sumergida en una afliccion, tanto mas cruel, cuanto una esperanza falsa habia llegado á mezclarse con sus temores, y que al pie de las aras, en que aquella madre daba gracias á Dios por haber salvado á su hijo, le convirtieron sus congratulaciones en doloridos clamores: todas estas señales, nada equívocas de un duelo profundo y real, son una elocuente oracion fúnebre.

La Europa ha tomado parte en este duelo, llorando al que puso un término á horrendos estragos, é infinitos trastornos, á la efusion de la sangre humana, á una guerra de veinte y dos años, al que por último restauró entre nosotros el legítimo trono, y sirvió para restituirnos con los descendientes de San Luis, el órden, la paz y libertad.

El emperador Alejandro que habia conocido los abusos de la fuerza, buscó la gloria en la moderacion. Le es-

tará bien siempre al señor absoluto de un millon de soldados, el haberlos retenido en los cuarteles. Nacido con las mas nobles ideas, pio y tolerante, inclinado á las libertades públicas, habiendo dado libertad en parte á los esclavos de sus dominios, magnánimo en el año de 1814, cuando salvó á París despues de haber presenciado el incendio de Moscou, cuando no quiso, por fruto de sus triunfos, mas que la felicidad de celebrar nuestras nuevas instituciones; generoso en el de 1817, cuando desechó toda idea de debilitar la Francia, cuando no pidió nada al tiempo mismo que estaba precisado á contraer empréstitos al tiempo que tantas potencias se aprovechaban de nuestras calamidades. Alejandro habia violentado su natural propension, deteniéndose delante de la independencia de la Grecia, y no se detuvo mas que por el solo temor de turbar la paz de la tierra. Que otros tuviesen de él este espanto, no hay cosa mas sencilla sin duda; pero que él tuviese semejante miedo de sí mismo, esto no podia dimanar ciertamente mas que de una delicada conciencia, de un fondo de justicia y de una magnanimidad nada comun.

Séale permitido al autor de la Nota al sentir la pérdida de un príncipe que realzaba las mas raras prendas con aquel bondadoso corazon, con aquellas costumbres sin fausto, con aquella simplicidad tan admirable en la potestad; séale permitido á un hombre poco habituado al favor y lenguage de las córtes, el manifestar su modo de pensar para con un príncipe, que con sus cartas y palabras le habia mostrado la confianza mas honrosa, para con un príncipe que le habia colmado de testimonios públicos de su estimacion, para con un príncipe, al que no puede pagar aqui mas que el tributo de una estéril y condolida gratitud: á lo menos no podrá sospecharse hoy dia que la ambicion ó adulacion dictan semejante gratitud.

Sin embargo, no podemos desentendernos de que la política seguida por la Rusia con respecto á los helenos fué contraria á la opinion religiosa, popular y militar del pais. Cualesquiera que fuesen los sucesos de la Morea, hacian responsable de ellos siempre al gabinete de Petersburgo: si la Grecia triunfaba, preguntaban los rusos por qué no habian tomado ellos parte en la victoria; si la

Grecia sufria revéses, se indignaban los rusos de no haber impedido la derrota. Su orgullo nacional habia visto con pesar confiadas las negociaciones de su gobierno en Constantinopla á un estadista estrangero, hallaban su papel inferior á su poder; y únicamente su ilimitada confianza en la ilustracion de su soberano, su respeto y veneracion á un monarca digno de todos los homenages, los aquietaban sobre el partido que se habia abrazado. Pero Alejandro mismo comenzaba á alimentar varias dudas; y los enemigos de los griegos que habian advertido esta nueva disposicion, apresuraban por esta razon el esterminio de un pueblo desventurado; temian que se despertara un príncipe cuyas virtudes parecian asemejarse á un mismo tiempo á las del justo y á las del hombre grande.

Se habia suscitado una importante cuestion en el año de 1823, al tiempo de la espedicion de España: esta cuestion se trató no solamente por las vias ordinarias de la diplomacia, sino tambien por medio de una correspondencia particular entre el autor de la Nota, ministro á la sazon, y un ilustre amigo suyo en una gran córte de la Europa. No será quizás algun dia sin provecho para el estudio de la sociedad, el saber como dos sugetos cuyas posiciones y suertes tenian alguna conformidad en aquella época, ventilaron entre sí los intereses generales del mundo, y los esenciales de sus paises, en confidencias fundadas sobre una recíproca estimacion.

Hoy dia que el autor de la Nota está privádo de las luces y autoridad que una plaza activa proporciona, le faltan estas proporciones de ser útil: no puede favorecer una causa sagrada, sino por medio de la imprenta, medio limitado bajo el aspecto diplomático, supuesto que es evidente que no pudiendo ni debiendo decirlo todo al público, permanecen muchas cosas en la oscuridad, por la imposibilidad misma en que uno está de esplicarse.

Si se nos ha informado bien la idea de un pliego colectivo, ó de pliegos simultáneos en favor de los griegos, dirigidos por las naciones cristianas al divan (aquella idea esplanada en la Nota), se habia tomado en consideracion, antes de la muerte del emperador Alejandro, si no de oficio, á lo menos como materia de controversia general. Pe-

ro los políticos de una córte principal hubieran hecho una objecion.

«No se puede solicitar del divan, hubieran dicho, la separacion de la Grecia, sin apoyar esta solicitud con una amenaza en caso de una negativa. Pero toda intervencion con amenazas, es contrária á las máximas del derecho político. Por otra parte, todo pliego conminatorio que quedara sin efecto seria pueril, y todo pliego conminatorio seguido de un efecto, produciria la guerra. Luego semejante pliego es inadmisible, supuesto que una guerra con la Turquía podria conmover la Europa.»

El raciocinio seria adecuado á ser aplicable al proyecto espuesto en la Nota. Pero esta no exige pliego conminatorio, ni coloca á la Puerta en la necesidad de obedecer ó pelear, sino que desea que se diga simplemente á la córte Otomana. «Reconoced la independencia de la Grecia con condiciones ó sin ellas; si no quereis abrazar esta resolucion, nos veremos obligados nosotros mismos á reconocer esta independencia, por el bien de la humanidad en general, por la paz de la Europa en particular, y por los intereses del comercio.»

A cuyos motivos podria añadirse todavía, que no conviene á la seguridad de las potencias cristianas, que se trasladen diariamente fuerzas del Africa y Asia á Europa; que no les conviene á semejantes potencias que la Morea se convierta en un campo atrincherado, en que numerosos soldados se ejerciten en el manejo de las armas; que no les conviene que el bajá de Egipto se coloque con todas las poblaciones blancas y negras del Nilo en los puestos avanzados de la Turquía, amenazando asi á la cristiandad, y á Constantinopla misma.

El bajá de Egipto domina en Chipre; es dueño de Candía; estiende su dominacion en Siria; trata de alistar y disciplinar las belicosas poblaciones del Líbano; hace conquistas en la Abisinia, y se adelanta en Arabia hasta los contornos de la Meca; posee tesoros y navíos, é influye sobre las regencias berberiscas. Héle aqui en la Morea; puede pedir el imperio antes que le pida su cabeza el Sultan. No se notan estos progresos, no obstante que son bien notables. Si una nacion civilizada precipitara todos sus ejérci-

tos sobre un punto de sus dominios, la Europa, justamente inquietada, le pediria razon de esta resolucion. ¿No es cosa estraña ver que la Africa, Asia y Europa mahometana, derraman de contínuo sus tribus por la Grecia, sin que se teman los efectos mas ó menos remotos de semejante movimiento? Un puñado de cristianos que se esfuerzan en sacudir un odioso yugo, es acusado por otros cristianos de atentado contra el reposo de la tierra; y se ven sin espanto agitarse, amontonarse y disciplinarse aquellos millares de bárbaros que antiguamente penetraron hasta el corazon de la Francia, hasta las puertas de Viena.

Ni nos contentamos con estarnos quietos; suministramos á estas naciones enemigas los medios de conseguir mas brevemente su fin. ¿Podrán (1) creer nunca los venideros que el orbe cristiano, en la época de su mayor civilizacion, dejó que diversos navíos con pabellon cristiano, trasportasen tribus de mahometanos de los puertos del Africa á los de Europa, para degollar otros cristianos? Una flota de mas de cien naves maniobradas por supuestos discípulos del Evangelio, acaba de atravesar el Mediterráneo, trayendo á Ibrahim los discípulos del Alcoran, que van á acabar de asolar la Morea. ¿Prestaban acaso nuestros antepasados, á los que llamamos bárbaros, ni San Luis cuando iba á buscar á los infieles hasta en sus hogares, prestaban acaso, repito, sus galeras á los moros para invadir de nuevo la España?

¿Piensa bien en ello la Europa? Enseñamos á los turcos á pelear regularmente. Estos, bajo un gobierno despótico, pueden hacer marchar sus poblaciones: si semejantes poblaciones se forman en batallones, se acostumbran á las evoluciones, y obedecen á sus gefes: si tienen una artillería bien servida; en una palabra, si aprenden la táctica europea, se habrá hecho posible una nueva invasion de los bárbaros, con la que ya no se contaba. Tráigase á la memoria (si la esperiencia é historia sirven de algo hoy dia),

(1) Habiendo deseado la comision griega dar á conocer por la via de la prensa periódica una carta de Canaris á su hijo, y otra de un griego de Nápoli de Romanía, el autor de la Nota hizo insertar estas cartas en el *Diario de los Debates*, añadiéndoles por introduccion este párrafo, y algunos otros del discurso preliminar.

tráigase á la memoria que los Mahometos y Solimanes no consiguieron sus primeros triunfos, sino porque el arte militar, en la época en que ellos parecieron, estaba mas adelantado entre los turcos que entre los cristianos.

No solamente educamos á los soldados de la secta mas fanática y brutal que pesó jamás sobre el género humano, sino que tambien los asemejamos á nosotros. Nosotros cristianos, presentamos barcas á los árabes y negros de la Abisinia para invadir la cristiandad, asi como los últimos emperadores romanos trasportaron á los godos desde las orillas del Danubio al corazon mismo del imperio.

En Morea, á la puerta de la Italia y de la Francia, se establece este campo de instruccion y evoluciones, y los quintos del turbante van á aprender á hacer el ejercicio de fuego contra los adoradores de la cruz, que se les entregan. Establecida la barbarie, disciplinada sobre las ruinas de la Grecia antigua, y sobre los cadáveres de la Grecia cristiana, amenazará á la civilizacion. Veremos lo que será la Morea, cuando apoyada en los turcos de la Albania, del Epiro y Macedonia, se haya convertido, segun la nerviosa espresion de un griego, en una nueva regencia berberisca. Los turcos son valientes, y tienen tras sí, en el campo de batalla, el paraiso de Mahoma. Presérvenos el cielo de la esclavitud en polainas y uniforme, y de la fatalidad disciplinada.

Y ¿no tenemos un cuidado sumamente particular de esta nueva regencia berberisca? La dejamos construir navíos en Marsella: aun se asegura, á lo que no queremos dar crédito, que se le ceden para las construcciones maderas de nuestros astilleros. Por otra parte, tambien compra navíos en Lóndres; tendrá barcos de vapor, cañones de vapor, y lo restante. Los turcos han conservado todo su vigor y ferocidad naturales: á lo que se añadirá toda la ciencia del arte perfeccionado de la guerra. ¿Vióse nunca mas formidable y terrible combinacion de cosas?

Vuélvase, tiempo es todavía, á una política mas próvida y sábia, no se trata como se ha dicho en la Nota, mas que de obrar con respecto á la Grecia, como la Inglaterra ha creido deber obrar con respecto á las colonias españolas. Ha tratado comercial ó políticamente con estas como

estados independientes, no ha dejado vislumbrar que haria la guerra á la España, y no la ha hecho.

Pero el divan, objetarán, no tomaria tan benignamente las cosas ; en valde se evitaria el tono conminatorio al declararle la resolucion de los aliados, relativa á la independencia de la Grecia ; porque aquel temerario consejo seria capaz de publicar por sí mismo las hostilidades contra las potencias que le presentaran semejante declaracion.

El divan es apasionado sin duda, pero cuando se raciocina, no puede admitirse como una sólida objecion la suposicion de una locura. Cualquiera que ha tratado á los turcos y estudiado sus costumbres, sabe que el abatimiento de la Puerta es igual á su jactancia cuando se ve vivamente apurada. El imaginar que la Puerta declararia la guerra á la Europa cristiana, si toda esta solicitara ó reconociera la independencia de la Grecia, seria querer espantarse de una quimera. Cuando se ve sobresaltado el divan al solo anuncio del apresto de los tres barcos de vapor que debia montar lord Cochrane, puede juzgarse si estaria deseoso de luchar con las escuadras combinadas de la Inglaterra, Francia, Rusia, Austria y Grecia.

Pero ¿bastaria el simple reconocimiento de la independencia de los griegos por las naciones cristianas para asegurársela? ¿Dejarian ellos por esto de tener que sostener los esfuerzos de toda la Turquía?

Sin duda que no ; pero reconocido el gobierno de la Grecia por las potencias aliadas, tomaria una fuerza insuperable para sus enemigos. Rodeado semejante gobierno de los residentes de las diversas córtes, y pudiendo comunicarse con los estados regulares, tendria facilidad para negociar empréstitos ; con el dinero tendria escuadras y soldados. No se atreverian ya los navíos cristianos á servir de trasportes á los bárbaros, y el abatimiento, que no tardaria en apoderarse de los turcos, forzaria en breve al divan á aquellas treguas sucesivas con que el orgullo mahometano consiente en humillarse, y es amigo de descender hasta la paz.

Cualesquiera que sean las tentativas que la benevolencia haya podido, ó pueda hacer á favor de la Grecia

en Constantinopla, no puede esperarse casi ningun buen éxito, mientras que no se llegue á la declaracion que la Nota propone, ó cualquiera otra medida decisiva. El recomendar la humanidad á los turcos, tomarlos por las buenas ideas, esplicarles el derecho de gentes, hablar de hospodaratos, treguas y negociaciones sin intimidarles, ni concluir nada, es trabajo perdido y tiempo mal empleado; y una palabra francamente articulada lo acabaria todo. Si la Grecia perece, es porque queremos dejarla perecer; no es menester para salvarla mas que la espedicion de un correo á Constantinopla.

La consecuencia del esterminio de los helenos seria grave para el mundo civilizado. Quiérese, repiten, evitar una conmocion militar en Europa. Digámoslo otra vez, esta conmocion no se verificaria, si se consintiera en libertar á los griegos por el medio propuesto; pero por otra parte no hay que engañarse en ello: los triunfos mismos de los turcos en la Morea acarrearian sangrientas guerras. Todas las potencias se hallan actualmente en una falsa posicion con respecto á la Grecia: supóngase consumada la destruccion de los helenos, y se manifestarian entonces las quejas de la opinion de todas partes. Efectuada á la vista de la cristiandad civilizada la matanza de toda una nacion cristiana civilizada, no quedaria impune; la sangre cristiana recaeria sobre los que la hubieran dejado derramar; y se traeria á la memoria que la cristiandad no solamente habia sido forzada á asistir al espectáculo de este grande martirio, sino que tambien habia vendido ó prestado sus naves para trasportar á los verdugos y fieras al anfiteatro. Los gobiernos escarmentarian tarde ó temprano del mal que se hubieran hecho; se despertarian pensamientos generosos en los unos; antipatías secretas y ambiciones ocultas en los otros; se acusarian entre sí mútuamente, y llegarian á pelear sobre ruinas, despues de haberse negado á salvar pueblos: el autor de la Nota justificaria fácilmente sus vaticinios por medio de consideraciones sacadas del genio, espíritu, intereses y opiniones de los pueblos de la Europa, y de los sucesos que esperan en breve á estos pueblos. ¿Qué influjo determinó la política que se ha seguido hasta aqui en órden á la Grecia?

¡Qué idea y temor dominaron sobre este grande negocio! Aquí fenece el derecho del escritor, y el estadista deja correr el velo.

La muerte del emperador Alejandro viene á mudar la posicion de las cosas: Alejandro, envejecido ya en el trono, habia atravesado por dos veces la Europa al frente de sus ejércitos: siendo guerrero pacificador, poseia, para abrazar una conducta particular, aquella preponderancia, que es fruto de los triunfos, edad, aciertos, hábito de la corona y gobierno. ¿Seguirá su heredero la misma política, y le será posible seguirla, siempre que lo quiera? ¿No tendrá por mas fácil y seguro el abrazar la política nacional de su imperio, antes de ser francés, inglés, austriaco, prusiano? La Grecia entonces seria socorrida. ¡Qué noble principio para un príncipe en la carrera régia, el formar de la restauracion de la Grecia, de la libertad de tantos desventurados cristianos, el primer acto de su reinado! ¡Cuánta popularidad y esplendor para todo lo restante de semejante reinado! Es quizá la única gloria que Alejandro haya dejado por coger á su sucesor.

¿Se quiere saber lo que puede esperarse del nuevo monarca? Un general francés va a comunicárnoslo.

«El gran duque Constantino hacia cuidar á su vista, y en sus habitaciones, á los oficiales franceses enfermos, á los que él mismo iba á buscar en los hospitales, pasaba á visitarlos en sus camas, consolándolos con espresiones de bondad é interés; salvó de un edificio incendiado á dos oficiales que arrancó él de las llamas, cargando con el uno en sus hombros, mientras que su ayuda de cámara se llevaba al otro; y para seguir los impulsos de su generoso corazon, despreció una epidemia mortal que le asaltó á él mismo. Mas de un oficial francés, arrancado por su activa humanidad de los brazos de la muerte, le es deudor de la vida; á cuyo título el autor le dirige los obsequios de un justo reconocimiento (1).»

Y ¿no seria Constantino I, este generoso enemigo, el amigo benéfico de sus hermanos en religion? ¿No hay con-

(1) Memorias destinadas á la historia de la guerra entre la Francia y Rusia en el año de 1812, página 324, por el general Vaudoncourt.

tagio que despreciar, incendio que apagar, ni víctima que salvar en la Morea? Constantino lo sabrá: las naciones hallan en su nombre un presagio, y en su genio un garante de la restauracion de la Grecia (1).

Que el gabinete de Petersburgo pida hoy dia el pliego colectivo, los pliegos simultáneos, y no dudamos de que le den acogida muchas potencias; que á la respuesta negativa ó evasiva de los turcos, la Rusia reconozca la independencia de la Grecia, y se terminarán tantas calamidades.

Por otra parte, ¿no tratará la Inglaterra, previendo una mudanza probable, de adelantarse á los sucesos con la aceptacion del protectorado que rehusó en los principios? El tiempo descubrirá la nueva política que no es imposible ver nacer, y que aun es razonable suponer. El proyecto indicado en la Nota seria, pues, mas útil que nunca, si se quisiera abrazarle para salvar la Grecia, y juntamente para impedir toda colision entre las naciones de la Europa; quiera Dios que los griegos hallen medio de vivir hasta el dia que debe libertarlos quizás.

Por desgracia no puede fijarse este dia. Un nuevo reinado puede anunciarse con una completa mudanza de sistema, pero puede caminar tambien durante algun tiempo por las sendas abiertas en el anterior reinado. Se hallan á veces muchos obstáculos al principio de una carrera; en cuyo caso se prescriben la prudencia y circunspeccion. Cuando el monarca que ha bajado al sepulcro, fué por otra parte un insigne y virtuoso príncipe; cuando hizo en el teatro del mundo un papel brillante, cuando fué el fundador de una política particular; últimamente, cuando murió

(1) Cuanto se decia aquí de Constantino, es aplicable en parte á Nicolás, quien, mas jóven, no ha tenido las mismas ocasiones de desplegar su genio; pero que acaba de manifestar las elevadas virtudes de que es capaz, saludando el primero con el nombre de emperador á un hermano digno de empuñar el cetro. Constantino, que por su parte ha conservado toda la gloria de la dignidad régia, desechando únicamente el peso de la corona; Constantino puede apoyar con su esperiencia, consejos y espada, en caso necesario, las generosas resoluciones que Nicolás estuviera dispuesto á tomar en favor de la Grecia. Este emperador que ha querido permanecer soldado, tiene su lugar al frente de los granaderos rusos, y no puede menos de consultarle con frecuencia un hermano al que él ha dejado la diadema.

con una alta reputacion de sabiduría, querido, llorado, admirado de sus pueblos y estrañas naciones ; la veneracion que se tiene á su memoria, el merecido culto que se tributa á sus cenizas, la tristeza misma y desolacion que el espectáculo de su funeral produce, los afectos de ternura y dolor de su sucesor, todo ello produce una inclinacion á seguir en los principios las tradiciones que ha dejado. Parece sagrado lo que por sí mismo estableció ; tendria visos de impiedad el llegar á ello, y las gentes se sienten dispuestas á declarar que no se mudará nada en la obra de su ingenio. Pero el tiempo debilita estas impresiones, sin destruirlas en la parte suya natural y respetable : la índole del nuevo soberano, la fuerza de los nuevos intereses y el diferente espíritu de los ministros llamados á gobernar, acaban dominando, y especialmente en las cosas justas y visiblemente útiles al Estado. En cuanto á la Grecia, no basta con poder esperar : campee su libertad sobre la montaña, y verá llegar ella á sus amigos. Ninguna cosa puede calcularse en Europa mas allá de seis meses.

Nos parece haber destruido la objecion, con cuyo auxilio se cree que algunos hombres de influjo desecharon la idea de seguir el plan indicado en la Nota. Creemos haber demostrado que no se trata de un pliego conminatorio, sino de una simple declaracion que acarrearia la deseada restauracion: ¿se rehusará comprar tan santa gloria á tan poca costa? ¿No vale ciertamente semejante resultado la media hora que costaria la redaccion del pliego libertador de la Grecia?

Vamos á pasar ahora al exámen de los cargos que se hacen á los griegos, con la intencion de robar á un pueblo oprimido la admiracion debida á su valor, y la conmiseracion que sus desastres inspiran.



SEGUNDA PARTE.

Asi como el consentimiento universal de las naciones demuestra la existencia de la grande verdad religiosa, asi tambien hay verdades secundarias que se prueban por la general conformidad de los espíritus. Cuando vemos á hombres de ingenio diferente, de opuestas costumbres, de máximas, intereses, y aun pasiones contrarias, concordar sobre un punto, podemos declarar en voz alta que este punto consentido encierra una verdad irrefragable.

Aplíquese esta observacion á los negocios de la Grecia: ¿qué harian unos pueblos rivales, si fueran sus dueños? Libertarian á este desventurado pais. ¿Qué piensan los espíritus capaces de ver los objetos bajo aspectos desemejantes; qué piensan esos espíritus con respecto á la legitimidad, cuyo derecho invocan los mahometanos sobre la Grecia conquistada y cristiana? Piensan que no existe esta legitimidad.

Mr. de Bonald ha sostenido esta tésis con toda la conviccion de su fé y el nervio de su lógica; Mr. Benjamin Constant, en un folleto lleno de razon y talento, ha mostrado que esta supuesta legitimidad era una monstruosidad segun las definiciones mismas de los mayores publicistas, y que no era menester agregar al absurdo de la máxima la poca prevision, mas peligrosa todavía, de disciplinar á unos bárbaros; Mr. Pouqueville, en su obra sustancial y llena de hechos, ha sentado las mismas verdades; Mr. Cárlos Lacretelle, en unos discursos animados con un estraordinario calor y vida, ha defendido la causa de los desgraciados helenos de un modo digno de ella; Mr. Villemain, en su *Ensayo sobre el estado de los griegos*, ha re-

presentado con toda la autoridad de la elocuencia y toda la fuerza de los testimonios históricos, los derechos que los griegos tienen á la libertad (1). Y nosotros, si osamos contarnos por algo, nuestra opinion está formada mucho tiempo hace, y la manifestamos en una época en que apenas se pensaba en la restauracion de la patria de Leonidas (2).

En todas las comisiones filo-helenas, formadas en Europa, se notan nombres, que por esposiciones políticas parecian deber reunirse dificilmente: ¿qué es menester concluir de estas observaciones? Que ninguna pasion ni espíritu de partido tienen parte en la opinion que solicita la restauracion de la Grecia; y la concurrencia de tantos diversos espíritus en una misma verdad, depone fuertemente, como lo hemos dicho, en favor de ella.

Los enemigos de los griegos, por otra parte muy poco numerosos, están distantes de mostrar la misma unanimidad en los motivos del odio que los anima; lo cual debe ser asi, porque se fundan en una falsedad, y únicamente con sofismas pueden sostener su dictámen. Unas veces trasforman á los griegos en carbonarios y jacobinos; otras impugnan la índole misma de la nacion griega, y se forman de sus calumnias argumentos.

Se responderá sobre el primer artículo de acusacion, que los griegos no son jacobinos; que no han manifestado proyectos destructivos del órden; que en vez de levan-

(1) Varios escritores, y particularmente Mr. Viennet, han tenido á bien quejarse de no haber sido nombrados en este pasage. El autor de la nota hubiera tenido por una obligacion el tributar justos elogios á aquella infinidad de poetas y prosadores que han defendido con no menos generosidad que talento la causa de los helenos, si hubiera podido suponerse por un instante que se diera algun valor á su voto; pero se hallaba bien rèmoto de tener la presuncion de ser el dispensador de la gloria. Cuando él citó los nombres de cinco ó seis escritores, opuestos bajo otros aspectos políticos, pero acordes sobre la cuestion de la Grecia, no quiso mas que corroborar un argumento, y no pretendió hacer un catálogo. Si alguno tenia derecho á presentarse como defensor de los griegos, era indudablemente el capitan Baybaud, que los ha servido con su pluma y su espada, y Mr. Fauriel, traductor de los *Cantos populares de la Grecia*, obra de sumo mérito, tanto por la version elegante y fiel de los cantos populares, como por la erudita noticia que los precede.

(2) En el *Itinerario*.

tarse contra los príncipes de las naciones, han implorado su poder. Les han pedido que los admitan en la grande comunidad cristiana; han elevado con rendimiento la voz hácia ellos; y tan lejos de preferir el gobierno republicano á cualquiera otro, sus costumbres y deseos los hacen inclinados á la monarquía. ¿Los han oido? No: los han dejado bajo el cuchillo, volviendo á enviarlos á la carnicería. Se ha pretendido que sacudir el yugo de la tiranía era revelarse de un juramento de fidelidad; como si pudiera haber un contrato social entre el hombre y la esclavitud.

La memoria de los males que desolaron nuestra patria, sirve de argumento actualmente á los enemigos de las máximas generosas. ¡Pues qué! ¡porque una revolucion se haya manchado con los mas culpables escesos, todos los oprimidos en cualquiera parte que giman sobre la superficie de la tierra, estarán obligados á resignarse con el yugo, para purgar unos delitos de que están inocentes! ¡Acusaremos á cuantas manos encadenadas labran penosamente la tierra, de los crímenes con que ellas no se han manchado! ¡El fantasma de una libertad sangrienta que cubrió de cadalsos la Francia, habrá declarado desde lo alto de estos cadalsos la esclavitud del mundo!

Pero ¿manifestaron siempre los mismos temores aquellos que se muestran tan espantados de lo pasado? ¿No hubieran capitulado nunca con algunas repúblicas? Se arrepienten hoy de haber favorecido la independencia; enhorabuena. Pero porque no redimen ellos mismos sus pecados. La Grecia no tenia necesidad de que su arrepentimiento recayese sobre ella, y se hubiera pasado ciertamente sin haber sido escogida para cumplir su penitencia.

Se han dejado formar varias repúblicas en América, y se quiere en recompensa alguna tiranía en la Grecia: mal juego para la monarquía. La dignidad régia que se coloca entre democracias y gobiernos arbitrarios, se pone en un doble peligro: el temor de la tiranía puede precipitar en las libertades populares. Que las coronas restauren la Grecia, ellas se harán bendecir, y las bendiciones hacen vivir.

El segundo artículo de acusacion se funda en la indo-

le de los griegos, y conducta que han tenido desde que combaten por su independencia.

¿Cuáles son aqui los acusadores? Son en general pequeños traficantes que temen toda concurrencia. La Grecia es tambien ingeniosa y valiente: siendo libre seria prontamente un plantel de atrevidos marineros y mercaderes industriosos. Esta futura rivalidad que se prevee infunde mal humor. Pero ¿es necesario condenar toda una nacion al esterminio para conservar el monopolio de los aceites y miel de la Ática, de los cotones de Seres, de los tabacos de la Macedonia, de las fábricas de Ambelakia, del bermellon de Livadia, de las uvas de Corinto, de las gomas de Tesalia, del opio de Salónica, y de los vinos del Archipiélago? ¿Es necesario que una nacion destinada á su vez á gozar de los beneficios de la Providencia, sea sacrificada á la envidia de algunos mercaderes?

Los griegos nos dicen sus enemigos, son mentirosos, pérfidos, avaros, cobardes y bajos; y se opone á esta pintura que un envidioso interes ha trazado, la de la buena fé y raras virtudes de los turcos.

Los viageros que han recorrido sin intereses mercantiles el Levante, saben á qué atenerse sobre la buena fé y las virtudes de los bajáes, beyes, agás, spahis, genízaros; especie de crueles animales, los mas violentos cuando tienen la superioridad, y los mas pérfidos cuando no pueden triunfar por la fuerza.

Desconfiemos de nuestras preocupaciones históricas: con respecto á los griegos del Bajo Imperio y de sus desgraciados descendientes, nos tienen alucinados nuestros estudios; y estamos, mas tal vez de lo que pensamos, bajo el yugo de las tradiciones. Los cronistas de los cruzados y los poetas que cantaron despues las cruzadas, achacaron los desastres de los francos á la felonía de los griegos; los latinos que tomaron y saquearon Constantinopla, trataron de justificar estas violencias con la misma acusacion de perfidia. El cisma de Oriente llegó despues á alimentar las enemistades religiosas. Ultimamente, la conquista de los turcos y el interes de los comerciantes, se recrearon en propagar una opinion que servia de escusa á su barbarie y codicia: la desgracia nunca tiene razon.

Pero á lo menos hoy dia es preciso borrar del acta de acusacion aquel cargo de cobardía que tan sin fundamento se hacia á los griegos. Arrojándose las mugeres suliotas con sus hijos á las olas; llevándose los desterrados de Parga las cenizas de sus padres; sepultándose Psara bajo sus ruinas; rechazando Misolonghi casi desmantelada á los bárbaros que habian penetrado por dos veces hasta lo interior de sus muros; atacando, quemando y dispersando unas frágiles barcas trasformadas en formidables escuadras los grandes navíos del enemigo: he aqui las acciones que consagrarán la Grecia moderna en aquel altar en que está grabado el nombre de la Grecia antigua. No es permitido ya el desprecio en donde se halla tanto amor de la libertad y de la patria; cuando uno es pérfido y corrompido, no es tan valeroso. Los griegos han vuelto á hacerse nacion por medio de su valor; la política no ha querido reconocer su legitimidad, y ellos han apelado á la gloria.

Si se les objeta algunos piratas, á los que no han podido reprimir, y que han manchado sus mares, mostrarán los cadáveres de las mugeres de Suli que purificaron aquellas mismas ondas.

Para que la índole general atribuida á los griegos por la malevolencia tuviera por otra parte visos de verdad, seria menester que los griegos fuesen hoy dia un pueblo homogéneo. Pero ¿los kleptos de la Tesalia, los aldeanos de la Moréa, los fabricantes de la Romelia, los soldados del Epiro y Albania, los marinos del Archipiélago, tienen acaso todos los mismos vicios y virtudes? ¿Debemos prestarles las costumbres de los mercaderes de Smirna y de los príncipes del Fanar? Los griegos tienen defectos: ¿qué nacion no tiene los suyos? ¿Cómo son tratados los franceses (mas rectos en su juicio sobre los otros pueblos que estos lo son para con ellos), como son tratados por los historiadores de la Gran Bretaña?

En suma, no se trata en la actual lucha entre los griegos y turcos de juzgar sobre las virtudes relativas de las dos naciones, sino de la justicia de la causa que puso las armas en la mano de los primeros. Si los griegos tienen vicios que la esclavitud les comunicó, la iniquidad consistiria en forzarlos á sobrellevar semejante esclavitud,

en consideracion á los vicios mismos de que ellos fueran deudores á esta esclavitud. Destrúyase la causa y se destruirá el efecto. No se calumnien los griegos, á causa de que no hay voluntad de socorrerlos; ni acusen los amigos del verdugo á la víctima para justificarse.

Finalmente, en una nacion cristiana, por el solo hecho de ser cristiana, hay mas reglas de órden y prendas morales que en una nacion mahometana. Los turcos, aunque tuvieran algunas de aquellas virtudes particulares que se adquieren con el uso del mando, y de las cuales pueden carecer los griegos, poseen menos de aquellas virtudes públicas que forman parte en la composicion de la sociedad. Bajo este solo aspecto, la Europa debe preferir un pueblo que se conduce segun las leyes regeneradoras de las luces, á otro que destruye en todas partes la civilizacion. Véase lo que son bajo la dominacion de los turcos la Europa, Asia y Africa mahometanas.

Despues de los cargos generales hechos al genio de los griegos, vienen los cargos particulares, relativos á la posicion suya del momento.

«Los griegos han aplicado á intereses privados el dinero que se les prestó para los intereses de su libertad; los griegos admiten en sus filas á diversos aventureros, sufren maquinaciones y ambiciones estrangeras. Los *capitanis* están divididos y son codiciosos; la Grecia está sumergida en la anarquía, etc.»

Varias compañías francesas se habian presentado para llenar el empréstito de la Grecia. Si lo hubieran obtenido no hubieran hecho tan amargos cargos á la nacion á quien hubieran socorrido; se sabe en Francia que algunos desórdenes son inseparables de los grandes desastres; se sabe que un pueblo que sale tumultuariamente de la esclavitud, no es un pueblo regular versado en aquel arte gubernativo, fruto del órden político y progresion del tiempo. No se cree en Francia que los servicios hechos den el derecho de insulto, ni autoricen un lenguage ofensivo y altanero. ¿Cómo hubiera subvenido la Grecia despues de cinco años á los dispendios de cinco campañas tan costosas como sangrientas, si algunos particulares hubieran ocultado en provecho suyo el dinero prestado á la Grecia?

Sábese ademas que los helenos habian comprado diversos barcos en Inglaterra y Estados Unidos. Estas fuerzas hubieran llegado, si sus fuentes no se hubieran agotado por la Europa cristiana.

«Los griegos admiten en sus filas á diversos aventureros, sufren maquinaciones y ambiciones estrangeras.»

Admitimos este cargo, si tal es el hecho; pero ¿quién tiene la culpa? Abandonados los griegos de todos los gobiernos regulares y cristianos, reciben á cualquiera que les lleva socorro. Si varias tramas estrangeras se agitan en medio de ellos, no les es posible impedirlas; pero lejos de fomentarlas, las desaprueban, porque conocen que ellas no pueden menos de serles perjudiciales. Salvemos á los griegos por medio de una favorable intervencion, y ellos no necesitarán ya de los hijos perdidos de la fortuna. No comparemos, sin embargo, con algunos particulares desconocidos á aquellos hombres generosos, que abandonando su patria, familias y amigos, acuden de todos los puntos de la Europa para derramar su sangre por la causa de la Grecia. Saben que esta no puede hacer nada por ellos, que está pobre y desolada, pero el corazon les palpita por su gloria y por su infortunio, y quieren tener parte en ambos.

«Reina la anarquía en la Grecia, los *capitanis* están divididos: luego el pueblo es indigno de ser libre, y es menester dejarle perecer.»

La Europa monárquica siguió tambien esta doctrina con respecto á la Vendée; los gefes estaban desunidos y fué abandonada la Vendée. ¿Qué dice de ello ahora la Europa monárquica?

Vemos á los griegos en el momento de la lucha. ¿Podemos estrañar que las innumerables dificultades que ellos tienen que superar, den orígen en su seno á diversas ideas y opiniones? Los griegos están divididos á causa de que la naturaleza de sus arbitrios pecuniarios y militares es desigual, asi como sus poblaciones, y porque es una cosa sencillísima que los isleños y los moradores de las diferentes partes del continente tengan intereses algo opuestos. El negarse á reconocer estas causas naturales de di-

vergencia, y formar de ello un crímen á los griegos, sería suma injusticia.

Lejos de estrañar que los griegos no estén totalmente acordes, debemos mas bien maravillarnos de que hayan conseguido formar un vínculo comun y una defensa comun. ¿No es un portento real que un pueblo esclavo, insular y continental juntamente, haya podido bajo el palo y cimitarra de los turcos, bajo el peso de un inmenso imperio, formarse ejército y armada, sostener sitios, tomar plazas, ganar victorias navales, establecer un gobierno que delibera, manda, contrae empréstitos, se ocupa en un código de leyes fiscales, gubernativas, civiles y políticas? ¿Es posible poner en balanza con algunos visos de equidad lo que han hecho los griegos en el curso de su heróica lucha con algunos desórdenes inseparables de su cruel posicion?

Si un viagero hubiera visitado los Estados Unidos despues de la pérdida de la batalla de Broóklyn, de la toma de Nueva York, de la invasion del Nuevo Gersey, de la derrota de Brandywine, de la fuga del congreso al tiempo de la ocupacion de Filadelfia y de la sublevacion de los realistas; si hubiera encontrado malas tropas, sin vestidos, paga, alimento, ni armas á menudo; si hubiera visto sometida la Carolina Meridional, amotinado el ejército republicano de Pensilvania; si hubiera sido testigo de las conspiraciones y traiciones; si hubiera leido las proclamas de Arnold, general de la Union, que declaraba que la *América era despojo de la codicia de los gefes, objeto del menosprecio de sus enemigos y del dolor de sus amigos*; si semejante viagero se hubiera salvado con dificultad en medio de las guerras civiles y degüellos judiciales en diversas poblaciones de la Union; si en cambio de su dinero le hubieran dado vales desacreditados en tanto grado, que un sombrero lleno de ellos bastaba apenas para comprar un par de zapatos; si hubiera recogido la acta del congreso, que quebrantando la fé pública, declaraba que estos mismos vales no tendrian ya curso segun su valor convencional, ¿qué relacion hubiera hecho este viagero de la situacion de las cosas y del genio de los gefes en los Estados Unidos?

¿No hubiera representado la sublevacion de Ultramar como una vergonzosa anarquía, como una conmocion pronta á fenecer? ¿No hubiera pintado á los americanos como una casta de hombres divididos entre sí, de hombres ambiciosos, incapaces de la libertad á que aspiraban, de hombres avaros, sin fé ni ley, y en el momento de rendirse á las victoriosas armas de la Gran Bretaña?

El éxito y la prosperidad actual de los Estados Unidos hubieran dejado mentirosa hoy dia la relacion de este viagero, que sin embargo, hubiera dicho lo que él habia creido ver en la época de su viage. No obstante esto, ¡cuánto mas favorable era la posicion de los americanos que la de los griegos para ocuparse en su independencia! No eran esclavos, tenian ya el hábito de un arreglo gubernativo; cada estado se regia segun una forma de gobierno regular, y gozaban de aquella fuerza que resulta de una civilizacion adelantada.

Venga, pues, ahora un viagero á hacernos la pintura de la confusion que haya hallado ó creido hallar en Grecia, y no pintará mas que la situacion natural de una nacion en el penoso parto de su libertad. Seria cosa mas estraordinaria que nos comunicaran que todo está sosegado y floreciente en la Morea, que decirnos que los griegos están agitados, que se ejecutan mal las órdenes, que el espanto se ha apoderado de algunas almas pusilánimes, que algunos ambiciosos, y quizás algunos traidores, tratan de aprovecharse de las turbulencias de su patria.

Y por cierto, sin carecer de valor, es menester poseer un alma de un temple estraordinario para contemplar con ánimo sereno la resulta que podrian tener los triunfos de aquel bárbaro, al que envia de continuo la África nuevos asesinos. El autor de esta Nota conoció en otro tiempo á Ibrahim; y por el interés del momento se le perdonará el recordar lo que dijo de su conferencia con este gefe.

«En el siguiente dia de nuestra llegada al Cairo, 1.º de noviembre del año 1806, subimos al castillo á fin de examinar el pozo de José, mezquita, etc. El hijo del bajá habitaba entonces en este castillo. Hicimos nuestro cumplido á su escelencia, que podia tener catorce ó quince años. Le hallamos sentado sobre un tapete, en un gabinete arrui-

nado, cercándole una docena de aduladores, que obedecian apresurados á sus antojos. No ví jamás un espectáculo mas horrendo. El padre de este niño era escasamente dueño del Cairo, y no poseia el alto ni bajo Egipto. En cuyo estado de cosas, doce infelices salvages alimentaban con las mas bajas lisonjas á un jóven bárbaro encerrado para su seguridad en un castillejo. ¡Y este es el señor que los egipcios esperaban despues de tantas calamidades!

«Se degradaba en un rincon de este castillo el alma de un niño que debia dirigir á algunos hombres, y se acuñaba en otro rincon una moneda de ínfima ley. Y á fin de que los habitantes del Cairo recibiesen sin murmurar el oro adulterado, y al corrompido gefe que se les preparaba, estaban apuntados los cañones contra la ciudad (1).»

¡Este es quizás el hombre destinado á esterminar la raza griega, y sustituirla en el pais nativo de las bellas artes y libertad con una casta de esclavos negros!

¿Se sabe ciertamente lo que es el derecho de conquista para los osmanlis, y de conquista sobre un pueblo que miran ellos como *perros* rebeldes? Este derecho es la matanza de los ancianos y de los hombres útiles para el servicio militar (2), la esclavitud de las mugeres, la prostitucion de los niños seguida de la circuncision forzada y de la toma del turbante. Asi es como Candia, la Albania y Bosnia, de cristianas que eran, pasaron á ser mahometanas. ¿Puede fijar la vista un verdadero cristiano sin estremecerse sobre este resultado de la esclavitud de la Grecia? ¿No añade este nombre mismo, que no podemos proferir sin respeto y enternecimiento, algo de mas doloroso á la catástrofe que amenaza aquel pais de gloria y de recuerdos? ¿Qué iria á buscar en adelante el viagero en las ruinas de Atenas? ¿Las hallaria otra vez? ¿Y cuán horrenda civilizacion representarian ellas á sus ojos si las hallara? A lo menos sumergido en su imbécil barbarie el indisciplinado genízaro, nos dejaba llorar en paz por algunos cequíes (mo-

(1) Itinerario, parte VI.

(1) En tiempo de Mahomet II, los habitantes de una pequeña villa inmediata á Modon, en el número de quinientos, fueron aserrados por medio del cuerpo; bajo Bajaceto, toda la poblacion de Modon, que no llegaba á doce años, fué degollada, etc. *Ensayo histórico sobre el estado de la Grecia, por Mr. Villemain.*

neda árabe de oro del valor de unos cuarenta reales), sobre tantos monumentos arruinados; el abisinio disciplinado ó el griego musulman nos presentarán su consigna ó su bayoneta.

Es preciso considerar la invasion de Ibrahim como una nueva invasion de la cristiandad por los mahometanos. Pero esta segunda invasion es mucho mas formidable que la primera: esta no hizo mas que encadenar los cuerpos; aquella mira á destruir las almas: no es ya la guerra al cristiano, sino á la cruz.

No ignoramos que al oido de los hombres, que se atemorizan de este porvenir, se susurra un secreto muy estraordinario: Ibrahim no tiene ánimo de quedarse en Grecia; cuantos males hace á este pais, son un juego únicamente; pasa por la Morea con sus negros y árabes para hacerse rey en Egipto.

Y ¿quién le hará rey? ¿El mismo? No tenia necesidad de ir tan adelante, de hacer tantos dispendios, ni de perder una parte de sus tropas nuevamente disciplinadas.

¿Se ha dado á sí mismo este pasatiempo para aguerrir aquellas tropas? Los griegos le hubieran dispensado gustosos de este viage.

¿Pondrá el gran señor la corona en la cabeza de Ibrahim? Pero segun parece no se la dará mas que para recompensar el esterminio de los griegos, y no se contentaria con un simulacro de guerra. Cuando un bajá ha hecho servicios á la Puerta, no es generalmente una corona lo que esta le envia. ¡Los enemigos de los griegos se ven reducidos, sin embargo, á esta politica y á estas escusas!

La córte de Roma se ha mostrado humana y compasiva en las presentes circunstancias; sin embargo, osamos decirlo, si ella ha conocido sus obligaciones, ha desconocido su fuerza.

«Pontífices del Altísimo, dice de un modo admirable el *Ensayo histórico sobre el estado de los griegos* (1), sucesores de Bossuet y Fenelon, ¿cómo no se ha oido vuestra voz

(1) Por Mr. Villemain.

en esta sagrada causa? ¿No conoció la iglesia de Francia ¡ay de mí! en la época mas horrorosa de nuestras guerras intestinas, todas las torturas de la persecucion, ni halla alguna conmiseracion en sus recuerdos? Hácia el fin de la edad media, y en lo vivo de las disensiones suscitadas por el concilio de Florencia, el papa Calixto mandó publicar indulgencias, y ordenó rogativas públicas en todos los templos de Europa por los cristianos que peleaban contra los infieles; se olvidaba de su cisma, teniendo presente su desgracia únicamente. ¿No se teme, si la Grecia acaba de perecer, preparar para lo venidero una terrible materia de censura y asombro? ¿Carecian de fuerza y esperiencia las naciones cristianas, dirán, para luchar contra los bárbaros? No, nunca se habia llegado tan adelante en todas las artes de la guerra. ¿Habia sido esta catástrofe tan rápida y repentina, que la política no tuvo lugar de calcular ni prevenir? No. El sacrificio duró cinco años; se pasaron mas de cinco años antes que todos los sacerdotes fuesen degollados, todos los templos quemados, y todas las cruces abatidas en la Grecia.»

¡Cuán cordial cosa hubiera sido ver al padre de los fieles despertar á los príncipes cristianos, llamarlos al socorro de la humanidad, declararse él mismo, como Eugenio III, como Pio II, el gefe de una cruzada, por lo menos tan santa como las primeras! Hubiera podido decir él á los cristianos de nuestros dias, lo que Urbano II decia á los cruzados (tomaremos esta elocuente traduccion de la escelente, completa y capital *Historia de las cruzadas.*) (1).

«¿Qué voz humana podrá contar nunca las persecuciones y tormentos que sufren los cristianos? La rabia impía de los sarracenos no respetó á las vírgenes cristianas; cargaron de grillos las manos de los enfermos y ancianos; arrancados varios niños de los brazos maternales, olvidan ahora entre los bárbaros el nombre de Dios. ¡Desdichados de nosotros, hijos y hermanos mios, que hemos vivido en tan calamitosos dias! ¿Hemos venido, pues, á este siglo para ver la desolacion de la cristiandad, y permanecer en

(1) Por Mr. Michaud.

paz cuando ella está entregada en las manos de sus opresores?.. ¡Guerreros que me ois, vosotros que de continuo buscais vanos pretestos de guerra, regocijaos, porque he aqui una guerra legítima!»

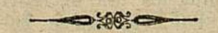
¡A cuántos corazones no hubieran atraido semejante lenguage y política hácia la religion!

Esta política hubiera formado mas particularmente un palpable contraste con la que se sigue en otras partes. Nunca, nunca, no vacilamos en declararlo, afligió al mundo una política mas horrenda, mas infeliz, ni mas peligrosa por sus resultas. Cuando vemos que algunos cristianos gustan mas de disciplinar varias tribus mahometanas, que de permitir á una nacion cristiana tomar, aun bajo las formas monárquicas, su lugar en el mundo civilizado, quedamos poseidos de una especie de horror y fastidio. Se niega todo auxilio á los griegos, afectando mirarlos como rebeldes, republicanos, revolucionarios; y se reconocen las repúblicas blancas de las colonias españolas, y la república negra de Santo Domingo; y lord Cochrane pudo hacer cuanto quiso en América, pero se le quitan los medios de obrar en favor de los griegos.

A los brazos, naves, cañones, y máquinas que se han suministrado á Ibrahim, les era necesaria una direccion capaz de utilizarlos. Por lo mismo se ha velado sobre el plan de los turcos. No hubieran pensado estos jamás en emprender una campaña de invierno; pero los enemigos de los helenos conocieron que convenia esterminarlos pronto, que si se dejaba respirar la Grecia durante algunos meses, un suceso inesperado, alguna intervencion, podrian salvarla.

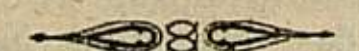
Pues bien, si es muy tarde hoy dia, si los griegos deben rendirse, si deben hallar todos los corazones cerrados á la conmiseracion, todos los ojos á la luz; que las víctimas escapadas del fuego y acero se acojan á los diversos pueblos; que dispersadas por la tierra, acusen á nuestro siglo ante todos los hombres, ante la última posteridad. Serán ellas como las ruinas de su antigua patria, el objeto de la admiracion y dolor, y mostrarán los residuos de una gran nacion. Se hará entonces justicia, y justicia inexorable.

¡Felices los que no hayan tenido á su cargo la direccion de los negocios en el dia del abandono de los griegos! Mas valdrá cien veces haber sido el oscuro cristiano, cuya súplica haya subido en valde hácia los tronos. Estará mil veces mas en seguridad la memoria del defensor sin autoridad de los derechos de la religion perseguida y de la humanidad paciente.



PROLOGO

DE LA TERCERA EDICION DE LA NOTA.



Un raro espectáculo se ha dado al mundo despues de publicada la última edicion de la presente Nota: dos príncipes han rehusado alternativamente el imperio, y se han manifestado igualmente dignos de la corona renunciando á ella.

Aunque esta corona ha quedado por último en la cabeza del gran duque Nicolás, y que el discurso preliminar de la Nota habla de Constantino como emperador, no se ha mudado nada en el texto de este discurso preliminar: porque hay una política comun á todos los reyes, que está fundada sobre las eternas máximas de la religion y justicia; bien diferente de aquella política que es menester acomodar á los tiemposy á los hombres, de aquella política que nos obliga á retractar en el siguiente dia, lo que hemos escrito en la víspera, á causa de que ha ocurrido un suceso, ó desaparecido un monarca.

Pero ¿será la suerte de esta desventurada Grecia el ver convertirse contra ella hasta las virtudes mismas que podrian socorrerla? El tiempo empleado en una lucha en que los progresos de las ideas del siglo se han hecho notar en medio de la resistencia de las costumbres nacionales y militares, este tiempo se ha perdido para la salud de un pueblo cuyo esterminio se acelera: mientras que dos herma-

nos se devolvian entre sí generosamente la diadema, los griegos, herederos los unos de los otros, se legaban al morir la corona del martirio, y ni siquiera uno de ellos se negó á adornarse con ella la cabeza. Pero estos monarcas, hechura de la religion, de la libertad y desgracia, se suceden rápidamente en su ensangrentado trono: se estinguirá en breve esta estirpe régia, y no debemos detenernos, si queremos salvar lo restante.

Se asegura que Ibrahim, en llegando á Patrás, va á mandar trasportar parte de su ejército á Misolonghi. ¿Podrá esta plaza sitiada cerca de un año hace, y que ha resistido á las bandas tumultuarias de Resclid-Bajá; podrá, repito, con murallas casi destruidas, agotada de medios de defensa, y disminuida de guarnicion, resistir á los foragidos disciplinados de Ibrahim? En el momento mismo de publicarse la nueva edicion de esta Nota, busca el viagero quizás en valde á Misolonghi, como aquel mensagero de la antigua Atenas, que al paso no habia visto ya á Olinto. Convidamos á los monarcas de la tierra á libertar á unos hombres, á quienes el Rey de los reyes dió quizás la libertad para siempre. Escribimos quizás sin saberlo sobre el sepulcro de la Grecia moderna, como escribimos en otro tiempo sobre el de la antigua.

Si la Grecia hubiera quedado vencida una segunda vez, seria para nuestra edad el delito mayor de la Europa cristiana, la obra ilegítima de este siglo, que sin embargo ha restaurado la legitimidad, y la falta quedaria castigada mucho antes de pasarse este siglo. Toda injusticia política tiene su consecuencia inevitable, cuya consecuencia es un castigo. Este no es menos cierto en el órden moral y religioso. La sangre de los padres degollados por haber permanecido fieles á su religion, y la voz de los hijos caidos en la infidelidad, no dejarian de atraer sobre nosotros las venganzas y maldiciones del cielo.

¡Y qué duplicada abominacion! ¡Aquellas naves de cristianos que trajeron á Europa las tribus mahometanas del Africa, para degollar á otros cristianos, volvieron á llevar á Africa á las mugeres é hijos de estos cristianos, para venderlos y reducirlos á esclavitud! ¡Y estos autores del comercio de los blancos, se atreverian á hablar de la

supresion del de los negros; se atreverien á proferir palabras de humanidad, y jactarse de la filantropía de su política!

No, aquellas generaciones que hubieran visto, sin atajarla, la matanza de toda una nacion cristiana, no serán admitidas á decir que ellas eran cristianas. Vosotros no erais cristianos, responderá la divina justicia, vosotros que solicitábais leyes contra el sacrilegio, dejabais convertir en mezquitas los templos del verdadero Dios; no erais cristianos vosotros que invocabais la severidad de los tribunales contra los escritos irreligiosos, y teniais por bueno que se enseñase el Alcoran á los hijos de los cristianos reducidos á la esclavitud; vosotros que multiplicabais los monasterios en Francia, y dejábais violar en Oriente á las siervas del Señor; no erais cristianos vosotros que frecuentábais los hospitales, que no hablabais mas que de caridad y obras de misericordia, y que habeis abandonado á todos los dolores á cuatro millones de cristianos, cuyas llagas acusan vuestra caridad; no erais cristianos vosotros, que os formabais un triunfo de atraer á la iglesia católica á algunos de vuestros hermanos protestantes, y que habeis tolerado que vuestros hermanos del rito griego fuesen violentados á abrazar el mahometismo; no erais cristianos vosotros, que os uniais para acercaros juntos á la santa mesa, y que con la hostia en los labios, condenabais á los adoradores de la víctima sin mancha á las prostituciones de la apostasía. Vosotros habeis dicho con el fariseo: «No soy como el resto de los hombres, que son ladrones, injustos, adúlteros: ayuno dos veces á la semana.»

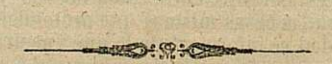
Y Dios preferirá al publicano, que, acusándose, ni aun osaba levantar los ojos al cielo.

Se harán estas reflexiones: están hechas ya, y se dirigirán contra las cosas mismas que pretendeis establecer. La incredulidad se informará de lo que vuestra fé ha hecho por la Grecia, como la revolucion pregunta á vuestro realismo, ¿qué cabaña ha reconstruido en la Vendée? Desmentidas vuestras doctrinas por vosotros mismos, serán objeto de suma irrision entre los enemigos del trono y del altar.

Lo pasado pronostica lo futuro; y se preparan diversos acaecimientos. No ha desaparecido Alejandro sin un ocul-

to designio de la Providencia, en el momento en que fermentan los elementos de un nuevo órden de cosas en todas las naciones. Aquella retaguardia de ochocientos mil hombres que imponian respeto al mundo, no puede obrar ya segun la misma política, ni segun la misma unidad. La Europa continental sale de tutela; y no tardará en conmoverse la basa sobre que se apoyaban todas las fuerzas militares de la alianza; dispuesto este inmenso ejército en escalones, cuya cabeza estaba en Nápoles y la cola en Moscou, se dislocará muy en breve. Cuando se hayan retirado las olas de este mar, se verá al descubierto el fondo de las cosas. Se arrepentirán entonces, pero muy tarde, de haber rehusado hacer lo que se hubiera debido para no necesitar de la proteccion de estas olas.

Todavía se complacen en esperar que Misolonghi no se haya rendido, que sus habitantes, por medio de un nuevo prodigio de valor, hayan dado lugar á la cristiandad, ilustrada por último, de venir á su socorro. Pero si sucediera de otro modo; si fuera verdad, cristianos heróicos, que despues de espirar nos hubiéseis encargado el cuidado de vuestra memoria; si nuestro nombre hubiera tenido la honra de estar en el número de las postreras palabras que habeis pronunciado, ¿qué podríamos hacer para mostrarnos dignos de ejecutar el testamento de vuestra gloria? ¿De qué sirven inútiles discursos á tantas hazañas y adversidades? Desenvainada una sola espada en una tan santa causa, hubiera valido mas que todas las arengas de la tierra: únicamente la palabra divina es una cuchilla.



NOTA SOBRE LA GRECIA.

Los últimos acontecimientos de Grecia han fijado de nuevo la atencion de la Europa sobre aquel desgraciado pais. Arrójanse bandas de esclavos negros, sacados de las entrañas del Africa, para acabar en Atenas la obra de los eunucos del serrallo. Los primeros en la fuerza de su poderío, vienen á derribar ruinas, que al menos los segundos dejaban permanecer por su importancia.

¿Mirará nuestro siglo á un tropel de bárbaros ahogando la civilizacion renaciente en el sepulcro de una nacion que ha civilizado al mundo? ¿Dejará la cristiandad con indiferencia que los turcos degüellen á los cristianos? ¿Y toleraria sin indignacion la legitimidad europea que una tiranía, de que se hubiera avergonzado Tiberio, se abrigue con su nombre sagrado?

No tratamos aqui de referir el orígen y la historia de las desgracias de la Grecia. Bastantes escritos hay acerca de tan deplorables sucesos. El fin de este bosquejo es llamar la atencion pública sobre una lucha que ha de tener un término; establecer algunos principios; resolver varias cuestiones, y esponer algunas ideas, que habrán de germinar últimamente en el ánimo de otros; probar que la libertad de la Grecia es cosa muy sencilla, y no pide gran

esfuerzo; obrar, en fin para que, si es posible, la opinion mueva la voluntad de los hombres poderosos. Cuando no se puede sino ofrecer votos á la religion y á la humanidad afligida, aun es obligacion el hacerlos oir.

No hay nadie que no desee la emancipacion de los griegos, ó al menos nadie se atreviera á defender públicamente el partido del opresor contra el del oprimido. Este rubor es ya una presuncion favorable á la causa que examinamos.

Pero los publicistas que han escrito acerca de los asuntos de Grecia, sin ser tal vez enemigos de los griegos, han pretendido que cuatro motivos principales vedan entrometerse en estos asuntos.

1.º El imperio turco fué reconocido como parte integrante de la Europa en el congreso de Viena.

2.º El gran señor es soberano legítimo de los griegos; de donde se deduce que los griegos son súbditos rebeldes.

3.º La mediacion de las potencias que han de intervenir podría ocasionar dificultades políticas.

4.º No conviene que se establezca un gobierno popular en el Oriente de Europa.

Es menester ahora examinar las dos primeras razones.

Primer argumento. Fué reconocido el imperio turco como parte integrante de Europa en el congreso de Viena.

¿Luego el congreso de Viena hubiera asegurado al gran señor la integridad de sus estados? ¡Cómo! ¡Se los hubiera asegurado aun contra la guerra! ¿Estaban presentes en el congreso los embajadores de la Puerta? ¿Ha firmado el gran visir el protocolo? ¿Ha prometido el mufti su proteccion al sumo pontífice, y el sumo pontífice al

mufti? Temeríamos apartarnos de la gravedad de tal asunto, si nos detuviéramos á examinar asertos tanto mas singulares, cuanto menos exactos.

Aun hay mas; la misma Puerta veria con sorpresa que se han atrevido á asegurarle alguna cosa; esas garantías le parecerian una insolencia. El sultan reina por el Coran y por la espada; ya es dudar de sus derechos el reconocerlos; es suponer que no posee por su plena y entera voluntad: en el régimen arbitrario, la ley es delito ó crímen, segun la legalidad mas ó menos caracterizada de la accion.

¿Pero recuerdan los autores que quieren que los estados del gran señor hayan sido puestos bajo la salvaguardia del congreso de Viena, que las posesiones de los príncipes cristianos, comprendiendo sus colonias, fueron verdaderamente aseguradas por los actos de aquel congreso? ¿Ven adonde nos llevaria la cuestion que ligeramente se promueve aquí? ¿Cuando se trata de las colonias españolas, se habla de ese congreso de Viena, á quien se hace intervenir de un modo tan estraño, cuando se trata de la Grecia?

Que se pueda al menos reclamar para las víctimas del despotismo musulman, la libertad que se pide con tanta firmeza para los vasallos de S. M. Católica. Defiéndase si se quiere apartarse de los artículos de un tratado general firmado por todas las partes, para procurar á pueblos enteros lo que se cree ser para su mayor bien; pero entonces no invoqueis ese mismo tratado para hacer durar la miseria, la injusticia y la esclavitud.

Segundo argumento. El gran señor es soberano legítimo de los griegos, de donde se infiere que los griegos son vasallos rebeldes.

Primero: no tiene pretension el gran señor á los honores de la legitimidad con que se le quiere favorecer; al contrario, se daria por sumamente ofendido por ellos; hace mas: no cuenta á los cristianos en el número de vasallos legítimos.

Los vasallos legítimos del sucesor de Mahoma son mahometanos. Como cristianos, los griegos no son ni vasallos legítimos ni ilegítimos; son esclavos, *perros* que han de morir bajo la vara de los verdaderos creyentes.

En cuanto á la nacion griega, á la que no ha agregado en su seno la nacion turca, llamándola á compartir la comunidad civil y política, no está obligada á observar ninguna de las condiciones que obligan al vasallo con el soberano y al soberano con el vasallo. Sometida al principio por el derecho de conquista, consiguió del vencedor algunos privilegios en cambio de un tributo que consintió en pagar: ha pagado, ha obedecido, mientras fueron respetados sus privilegios; hizo mas, pagó y obedeció despues que fueron violados. Pero en fin, cuando se ahorcó a sus sacerdotes, y se profanaron sus templos; cuando se degolló y se ahogó á millares dé griegos; cuando se prostituyó á sus mugeres; cuando se sacaron y vendieron sus hijos en los mercados del Asia, hirvió de indignacion la sangre que quedaba en el corazon de tantos desdichados, empezaron estos esclavos por fuerza á defenderse con sus hierros. El griego, que ya no era vasallo por el derecho político, ha vuelto á ser libre por el derecho de la naturaleza; ha sacudido el yugo sin ser rebelde, sin romper ningun vínculo legítimo, porque no se habia formado con él ninguno de esa especie. El musulman y el cristiano en Morea son dos enemigos que habian concluido una tregua mediante ciertas condiciones: el mu–

sulman ha violado estas condiciones, y el cristiano ha tomado de nuevo las armas. Ambos se encuentran en la misma situacion en que estaban cuando empezó la contienda hace trescientos sesenta años.

Veamos ahora si la Europa quiere y puede detener la efusion de la sangre. Pero aqui ocurren los dos últimos argumentos de los publicistas.

La mediacion de las potencias que han de intervenir podria ocasionar dificultades políticas.

No conviene que se constituya un gobierno popular en el Oriente de Europa.

Los hechos destruyen estos argumentos.

La escena política ha mudado mucho desde el dia en que acontecieron los primeros movimientos en Morea: han vuelto á anudar sus antiguas relaciones el divan y el gabinete de San Petersburgo; se han nombrado los hospodares; los turcos han casi evacuado la Moldavia y la Valaquia; y si hay todavía alguna cuestion acerca de los principados, se puede, sin embargo, afirmar que los asuntos de la Grecia no están ya complicados con los de la Rusia.

Se descubre, pues, un nuvo terreno para abrir negociaciones; y por la letra de sus tratados, especialmente el de Jassy y el de Bucharest, la Rusia tiene el derecho incontestable de intervenir en los asuntos religiosos de la Grecia.

Por otra parte, no se halla ya la Europa, ni por la naturaleza de sus instituciones, ni por las virtudes de sus soberanos, ni por las luces de sus gabinetes y de sus pueblos, en la situacion en que estaba cuando soñaba el repartimiento de la Turquía. Desde que los gobiernos han aumentado la publicidad de sus actos, se ha introducido

un sentimiento de justicia mas general en la política. ¿Quién quiere hoy dia desmembrar los estados del gran señor? ¿Quién piensa en la guerra con la Puerta? ¿Quién apetece tierras y privilegios comerciales, cuando ya se tiene sobradas tierras, y cuando la igualdad de los derechos y la libertad del comercio empiezan á ser poco á poco el voto y el código de las naciones?

Para lograr la independencia de la Grecia, no es menester atacar juntos á la Turquía, y despues disputarse los despojos; solo importa pedir en comun á la Puerta, que trate con los griegos, que acabe una guerra de esterminio que aflige á la cristiandad, interrumpe las relaciones comerciales, estorba la navegacion, obliga á los neutrales á hacerse convoyar, y turba el órden general.

Si rehusase el divan escuchar representaciones tan justas, el reconocimiento de la Grecia por todas las potencias de Europa podria ser la consecuencia inmediata de tal negativa: asi se salvaria la Grecia sin disparar un cañonazo en su favor, y tarde ó temprano seria preciso que la Puerta imitase el ejemplo de los cristianos.

¿Pero se puede contestar al gobierno otomano el derecho de soberanía en sus estados?

No. La Francia, mas que otra potencia, ha de respetar á su antiguo aliado, mantener todo cuanto sea posible sus tratados anteriores y sus antiguas relaciones; pero sin embargo, preciso es colocarse con respecto á Turquía, como se coloca ella misma con respecto á las otras naciones.

Los gobiernos estrangeros no son para la Turquía sino gobiernos de hecho, y ella misma no se entiende de otro modo.

No reconoce el derecho político de la Europa; se go-

bierna segun el código de las naciones del Asia: por ejemplo, no tiene ninguna dificultad en encarcelar á los embajadores de los pueblos contra los cuales ha empezado sus hostilidades.

No reconoce nuestro derecho de gentes; si el viajante que recorre su imperio es protegido por las costumbres, generalmente hospitalarias, y por los preceptos caritativos del Coran, no lo es por las leyes.

El individuo musulman es sincero, religioso, observador de sus propios pactos, en las transacciones comerciales; pero el fisco es arbitrario y falso.

El derecho de guerra de los turcos no es el de los cristianos; trae consigo la muerte en la defensa, la esclavitud en la conquista.

El derecho de soberanía de la Puerta no puede ser legítimamente invocado por ella sino para sus provincias cristianas: donde acaba su fuerza, alli cesa de reinar; pues la presencia de los turcos entre los cristianos, no es el establecimiento de una sociedad, sino una mera ocupacion militar (1).

Pero ¿será la Grecia, convertida en estado independiente, de una consideracion tan importante como la Turquía en las transacciones de Europa? ¿Presentará, por su propia masa, un antemural contra las empresas de una potencia, cualquiera que sea?

¿Y es una defensa mas firme la Turquía? ¿No es evidente á todos la facilidad de atacarla? Se ha visto su fuerza de resistencia en sus guerras con la Rusia, y lo mismo en Egipto. Son numerosas sus milicias, harto valerosas

(1) Por todas partes en Grecia, donde hay un punto militar, los griegos están encerrados en una aldea aparte y separados de los turcos.

al primer encuentro; pero algunos regimientos disciplinados bastan para dispersarlas. Su artillería es nula; su caballeria no sabe maniobrar, y viene á estrellarse contra un batallon de infanteria. Un puñado de soldados franceses aniquilaron á sus famosos mamelucos. Demos gracias á la moderacion misma colocada en el trono, de que alguna potencia no haya invadido la Turquía.

Y si se quiere suponer que se ha tratado con miramiento á la Turquia, por el recelo prudente de no encender una guerra general, ¿no es evidente que todos los gabinetes cuidarian tambien de no dejar sucumbir á la Grecia? En breve habria formado la Grecia alianzas y tratados, y no se presentaria sola en la lucha.

Diremos mas: la Grecia libre, armada como los pueblos cristianos, atrincherada y defendida por ingenieros y artilleros, que tomaria por el pronto de los estados vecinos, destinada á ser dentro de poco, por su propio genio, una potencia naval; la Grecia, á pesar de su poca estension, cubriria mejor al Oriente de Europa que la vasta Turquía, y formaria un contrapeso mas útil en la balanza de las naciones.

En fin, la separacion de la Grecia y de la Turquía no destruiria á este último estado, que tendria siempre tantas provincias militares europeas. Se podria aun afirmar, que acrecentaria su poder el imperio turco, reduciéndose, haciéndose todo musulman, y perdiendo aquellos pueblos cristianos situados en las fronteras de la cristiandad, y que ha de velar y guardar, como se vela y se guarda á un enemigo Los políticos de la Puerta aseguran que el gobierno otomano no tendrá su entero poder, sino cuando vuelva á entrar en Asia; y quizá tienen razon.

En suma, si quisiera tratar el divan de la emancipa-

cion de la Grecia, puede ser que consintiese la Grecia en pagar un subsidio mas ó menos considerable; por cuyo medio se conciliarian todos los intereses.

Examinado todo con atencion, no se ha de ver del mismo modo el derecho de soberanía bajo la dominacion de la media luna y bajo el imperio de la cruz.

Ya medio libertada y políticamente organizada, con escuadras y ejércitos, haciendo reconocer y respetar sus bloqueos, bastante fuerte para mantener tratados, contratando empréstitos con estrangeros, acuñando moneda, y promulgando leyes, la Grecia es un gobierno de hecho ni mas ni menos que el de los osmanlís. Su derecho político á la independencia, aunque menos antiguo, es semejante al de la Turquía, y la Grecia tiene ademas la ventaja de profesar la religion, y de regirse con los mismos principios que rigen á los demas pueblos civilizados y cristianos.

Si estos argumentos son poderosos, queda que examinar los peligros ó los temores que pudieran nacer del restablecimiento de un gobierno popular en el Oriente de Europa.

Los griegos, á quienes hasta ahora ninguna potencia ha querido socorrer, por no esponer intereses mas inmediatos; los griegos que labrarán su libertad con sus propias manos, ó se sepultarán bajo sus ruinas; los griegos tienen el derecho incontestable de elegir la forma de su existencia política. Seria menester haber participado de sus peligros para entrometerse en sus leyes. Hay demasiada equidad, demasiada ilustracion y elevacion de sentimientos, demasiada magnanimidad en las altas influencias de la sociedad, para temer que se trate jamás de encadenar la independencia de un pueblo que la ha conquistado á costa de su sangre.

Pero si se pudiese, consultando los hechos, aventurar un dictámen sobre la Grecia; si las divisiones que la han agitado pudiesen dar una idea exacta de su espíritu nacional; si su fuerte tendencia religiosa, si la preponderancia de su clero esplicasen el secreto de sus costumbres; si la historia, en fin, que muestra á los pueblos del Africa y del Peloponeso, sacudiendo, al cabo de mas de mil años, la doble esclavitud del bajo imperio y del fanatismo musulman; si esta historia pudiese dar algun fundamento sólido á las conjeturas, podria creerse que la Grecia, escepto las islas, se inclinaria mas bien á una monarquía que á una república.

Los derechos de todos los ciudadanos están tan bien garantidos (particularmente entre un pueblo antiguo) en una monarquía como en un estado democrático.

De cualquiera modo que sea, es bastante verosímil que una forma monárquica adoptada por los griegos, desvaneceria todos los temores.

Una mediacion que se redujera á pedir á la Turquía para la Grecia una existencia semejante á la de la Valaquia y la Moldavia, por ventajosa que hubiese sido, hace dos años, podria bien no ser hoy suficiente. La revolucion parece ahora demasiadamente adelantada; parece que los griegos se hallan en el momento de echar fuera á los turcos, ó de ser esterminados por ellos.

Una política firme, grande y generosa, puede suspender tantos destrozos, dar al mundo una nueva nacion, y restituir la Grecia á la tierra.

Hemos hablado aqui sin pasion, sin preocupacion, sin ilusion, con sosiego, con recato y comedimiento de un asunto que nos conmueve profundamente. Asi se defiende mejor la causa de los griegos que con vacías declamacio-

nes. Un problema político, que no lo era, pero que se ha querido rodearle de nubes, se resuelve en pocas palabras.

¿Son rebeldes y revolucionarios los griegos? No.

¿Forman una nacion con la que se puede tratar? Si.

¿Tienen las condiciones sociales que pide el derecho político, para ser reconocidos por las demas naciones? Si.

¿Es posible libertarlos sin perturbar el mundo, sin dividirse, sin tomar las armas, sin poner en peligro la existencia de la Turquía? Si; y eso en el espacio de tres meses, con un solo despacho colectivo, firmado de las grandes potencias de Europa, ó con despachos simultáneos que espresasen el mismo voto.

¡Quién no quisiera firmar con su sangre tales documentos diplomáticos!

Se ha discurrido aqui con un ánimo de conciliacion, con el designio y la esperanza de que reinase una armonía completa entre las potencias; porque á la verdad, no se necesita un concierto general entre los gabinetes, para la emancipacion de los griegos: una sola potencia que reconociese su independencia, produciria su emancipacion. ¿Se interrumpiria toda comunicacion entre aquella potencia y las diferentes córtes?

La Grecia se levanta heróicamente de sus cenizas; no necesita sino una mirada benévola de los príncipes cristianos para asegurar su triunfo. No se acusará ya su valor, como se complacen sus enemigos en calumniar su buena fé. Léase en las relaciones hechas por algunos soldados franceses, que entienden bien las materias del valor; léase la relacion de esos combates en que ellos mismos han derramado su sangre, y se reconocerá que los hombres que hoy habitan la Grecia, son dignos de pisar

esta tierra ilustre. Los Canaris, los Miaulis, en Mycala y Salamina hubieran sido reconocidos por verdaderos griegos.

La Francia, que ha dejado tantos grandes recuerdos en Oriente, que vió á sus soldados reinar en Egipto, en Jerusalen, en Constantinopla y Atenas; la Francia, hija primogénita de la Grecia, por el valor, el ingenio y las artes, contemplaria con satisfaccion la libertad de esa noble y desventurada nacion, y formaria en su favor una cruzada piadosa. Si la filantropía alza su voz en favor de la humanidad; si el mundo sábio, lo mismo que el mundo político, anhelan ver renacer á la madre de las ciencias y de las leyes, la religion tambien pide sus altares en la ciudad en que San Pablo anunció al Dios antes no conocido.

¡Qué honor para la restauracion, unir su época á la de la libertad de la patria de tantos ilustres varones! ¡Con qué alegría se veria á los hijos de San Luis, apenas restablecidos sobre su trono, hacerse al mismo tiempo los libertadores de los reyes y de los pueblos oprimidos!

Todo va bien en los asuntos humanos, cuando los gobiernos se ponen delante de los pueblos, y los preceden en la carrera que esos pueblos han de correr.

Todo va mal en los asuntos humanos, cuando los gobiernos se dejan arrastrar por los pueblos.

Nosotros, simples individuos, redoblemos nuestro celo en favor de la suerte de los griegos; protestemos en su favor á la faz del mundo; peleemos por ellos; recojamos en nuestros hogares á sus hijos desterrados, despues de haber en otro tiempo hallado la hospitalidad en sus ruinas.

Esperando dias mas felices, solicitamos de la munificencia pública, y recibimos al mismo tiempo de ella lo que nos envia de todas partes para nuestros ilustres suplican-

tes. Damos gracias á esa juventud generosa y brillante, que dedica á socorrer la desgracia el dinero que roba á sus placeres. ¡Sabemos lo que vale esa juventud francesa! ¡Qué no se podria hacer con ella, hablándole su lenguage, dirigiéndola, sin detener la inclinacion de su ingenio! Siempre dispuesta á sacrificarse; siempre dispuesta á hacer decir á un nuevo Pericles: «¡El año ha perdido su primavera!»

Debemos tambien manifestar nuestro agradecimiento á los oficiales de todas armas, que vienen á ofrecernos su esperiencia, su brazo y su vida. Tal es el poder del valor y del talento, que unos pocos hombres pueden inclinar la victoria al lado de la justicia, ó deteniendo á la mala fortuna, dar tiempo á que llegue una mediacion que deben desear todos los intereses.

Cualquiera que sean las determinaciones dela política, la causa de los griegos se ha hecho una causa popular. Los nombres inmortales de Esparta y de Atenas parecen haber interesado al mundo entero; en todas partes de Europa se han formado sociedades para socorrer á los griegos; sus desgracias y su valor han unido á todos los corazones en su favor. Hasta de las orillas del Indo, hasta del fondo de los desiertos de América, vienen votos y donativos: este reconocimiento del género humano pone el sello á la gloria de la Grecia.



ESTRACTO

DE UN DISCURSO

SOBRE LA HISTORIA DE FRANCIA,

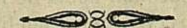
LEIDO EN LA ACADEMIA FRANCESA

EN LA SESION DE 9 DE FEBRERO DE 1826, CON MOTIVO DE LA RECEPCION DEL DUQUE DE MONTMORENCY.

Una misma generacion de romanos tuvo por señores en menos de un cuarto de siglo á un africano, un asirio y un godo (1), y muy pronto la veremos sometida á un árabe (2). Y es digno de observacion que entre tantos aventureros como afluian á Roma desde todos los puntos de la tierra, ninguno se presentó procedente de la raza griega; como si la Grecia, en medio de su esclavitud, rehusara aumentar con un hijo suyo el número de los tiranos. En vano los godos procuraron hacer perecer en Olimpia sus obras maestras; todo lo pudieron, menos estinguir su ge-

(1) Macrino, Heliogábalo y Maximino.
(2) Filipo.

nio y su inmortalidad. Demolian sus monumentos ; pero esta devastacion aumentaba el respeto religioso con que se miraban aquellas ruinas : destrozaban los sepulcros de los grandes hombres, y al momento parecia que se ceñian con nuevo esplendor de su inmortalidad y de su gloria. ¡Oh, patria comun de todos los genios! ¡Oh , pais , al que nunca abandonaron sus hijos! porque do quiera aparecia un hombre distinguido, la Grecia le adoptaba en seguida, esperando que con la adopcion de aquellos indígenas de la libertad y de la gloria, volverian á poblarse otra vez los campos de Platea y de Maraton.



OPINION

DEL VIZCONDE DE CHATEAUBRIAND,

SOBRE EL PROYECTO DE LEY

RELATIVO A LA REPRESION DE LOS DELITOS COMETIDOS EN LAS ESCALAS DE LEVANTE (1).

Señores: En el proyecto de ley que se acaba de presentar á vuestro exámen y discusion, he notado un vacío muy considerable, que en mi opinion es indispensable llenar.

El proyecto en cuestion habla de las contravenciones, de los delitos y de los crímenes cometidos en las escalas de Levante; pero sin definir estas contravenciones, delitos y crímenes, marca los casos en que se deben aplicar los castigos que señalan las leyes penales de Francia.

Es preciso, pues, conocer los delitos para poder aplicar los castigos; esto está en el órden, porque no se trata aqui sino de una ley de procedimientos, que señala el delito y el crímen que provoca su aplicacion, sin hacer mérito de los casos en que se falte á la ley.

(1) Cámara de los Pares, sesion del lunes 13 de marzo de 1826.

Pero si efectivamente ha habido contravencion, delitos y crímenes no previstos por la ley, y que por consiguiente no merecen castigo alguno, esas contravenciones, delitos y crímenes, no pueden ser juzgados por las leyes penales existentes, hasta que entren en la série de las contravenciones, delitos y crímenes señalados y conocidos.

El tráfico de los negros, por ejemplo, ha sido tolerado hasta el momento en que se prohibió por una ley especial. Pues bien: cométese en los mares de Levante un crímen no menos horrible, y que yo llamaré *tráfico de los blancos*, y este es el crímen que me ha impulsado á redactar la enmienda que tengo el honor de presentar á la cámara, á fin de que caiga sobre él la severidad de las leyes de Francia.

Voy, señores, á esplicar mi pensamiento.

Si fuera mas esplícita la ley contra el *tráfico de negros*; si en vez de decir: *toda parte que se tome en el tráfico conocido bajo el nombre de tráfico de negros, será castigada, etc.*; dijese en general, *tráfico de esclavos*, no tendria, señores, ninguna enmienda que proponer. Hablando el proyecto de ley actual generalmente de las contravenciones, delitos y crímenes que se cometen en las escalas de Levante, y perpetrándose todos los dias el crímen de traficar con esclavos, claro es que el crímen de que trato se comprenderia en el presente proyecto de ley. La ley de 1818 no habla en general del crímen cometido contra la libertad de los hombres, sino que se limita únicamente á la prohibicion del tráfico de negros. Pues ahora vereis, señores, el estraño resultado que esta prohibicion especial puede producir en las escalas de Levante y de Berbería.

Supongamos que un buque cargado de esclavos negros,

procedente de Argel, Túnez ó de Trípoli, desembarca su odioso cargamento en Alejandría, el delito en este caso está ya prevenido en vuestras leyes; y los cónsules de Argel, de Túnez ó de Trípoli, dan parte con arreglo á la ley de que la cámara se ocupa, y se castiga al capitan culpable en virtud de la ley de 1818.

Pues ahora bien, señores: en el momento mismo en que el buque negrero llega á Alejandría, entra en el puerto otro navío cargado de pobres esclavos griegos, arrancados á los campos desiertos de Argos y Atenas: y en este caso no se puede proceder contra los perpetradores de tamaño crímen. Vuestras leyes castigarán en el mismo punto, en el mismo puerto, en aquella misma hora, al capitan que haya vendido un hombre negro, y ellas mismas tolerarán al que ha traficado con un hombre blanco.

Y pregunto yo ahora, señores, ¿puede subsistir tan monstruosa anomalía? Su sola idea ¿no hiere el corazon y el espíritu, la justicia y la razon, la religion y la humanidad?

Esta anomalía, pues, es la que me he propuesto destruir por un medio muy sencillo, sin que padezca por ello el carácter del proyecto de ley que se ha sometido á vuestra deliberacion.

No se crea, sin embargo, señores, que yo trato ahora de presentar aqui un cuadro patético de las desgracias que oprimen á la Grecia, ni que sea mi objeto trasportaros al campo de la política estrangera, en donde sin duda no es vuestro ánimo penetrar. Mis sentimientos son en esta parte bien conocidos, y por tanto guardaré la reserva que es debida. Mi objeto es pedir únicamente la represion de un crímen enorme, desentendiéndome de las causas que lo han producido, y tambien de la política que la Europa

cristiana ha creido que debia seguir. Si esta política es errónea, no dejará de sentir sus consecuencias, porque los gobiernos, lo mismo que los individuos, no pueden prescindir de las consecuencias que producen sus propias faltas.

Es público que en diferentes bazares de Europa, Asia y Africa se han vendido como esclavos, niños, mugeres y ancianos trasportados allí por buques que pertenecen á los paises civilizados. Estos niños, estas mugeres y estos ancianos, son de nuestro mismo color; son cristianos como nosotros, y á mayor abundamiento son hijos de la Grecia, cuna de la civilizacion, hijos, sí, de un pais cuyos recuerdos podria exaltar vuestro corazon, si tratara de bosquejar su historia.

No permita Dios que yo pretenda disminuir el horror que naturalmente inspira el tráfico de negros; pero mi voz se dirige á los cristianos, y á los venerables prelados de una iglesia, perseguida tantos tiempos. Arrebatado un negro á sus bosques, es trasladado á un pais siquiera culto; y en medio de sus grillos, terribles en verdad, halla una religion, que nada puede hacer por su libertad en la tierra; pero que le sale al encuentro, para anunciarle que ha pronunciado la abolicion de la esclavitud, y si no puede defenderle de las pasiones de los hombres, ofrece al menos un consuelo al pobre negro, asegurándole en la otra vida aquella libertad que se consigue cerca del Reparador de todas las injusticias, cerca del Padre de todas las misericordias.

Pero civilizados son y cristianos el habitante del Peloponeso y del Archipiélago, arrancado de las llamas y de las ruinas de su patria; la muger arrebatada de los brazos de su degollado esposo; el niño robado á la madre, en cuyo seno acababa de recibir el bautismo. ¿Y á quién son

vendidos estos infelices? ¡á la barbarie y al mahometismo! Y he aquí un crímen religioso, añadido á un crímen político; y el individuo que lo comete, culpable ante el tribunal de Dios de los cristianos, y culpable ante el fallo de las naciones civilizadas; culpable por las apostasías que son consiguientes á aquellas ventas reprobadas por el cielo, y responsable de otras miserias que son en este mundo el resultado infeliz de aquella esclavitud.

Me direis que no puede compararse lo que yo llamo *tráfico de los blancos*, con el tráfico de los negros, porque tambien los traficantes cristianos compran blancos para venderlos en los diferentes mercados de Levante.

Esto seria, señores, negar mi argumento sin aducir una prueba que tenga en sí misma algun valor. De cualquier modo siempre podria yo decir, que aun suponiendo que se venden esclavos blancos en los mercados del Cairo y en los puertos de Berbería, no por eso dejará de ser cierto, que los mismos cristianos, infieles á su fé, rebeldes á las leyes de su pais, y que se dedican aun al tráfico de negros, tan dispuestos estarán á vender á un negro como á un blanco. ¿Se podria negar el crímen? Pues bien: si no se comete, no se aplicará la ley; pero yo creo que sí, y entonces esta ley será una prueba de vuestra justicia, un testimonio de vuestra gloria, de vuestra religion, de vuestra humanidad, y aun me atrevo á decir que será un monumento de la gratitud del mundo consagrado á la antigua patria de las luces.

Pero ya que he querido, señores, arrebatado por la fuerza del argumento, combatir *á priori* la negativa pura y sencilla, si acaso se me objetaba, me parece que las razones lógicas de segundo grado, no dejarán de admitirse como la última conviccion.

¿Un crímen es siempre uno y entero? ¿No se verifica un asesinato mas que cuando muere un hombre bajo el golpe del que lo ha perpetrado? ¿La ley no ha igualado en el crímen todo lo que sirve para hacerlo cometer? ¿No envuelve en su fallo lo mismo al criminal que á sus cómplices?

«Los cómplices en un crímen ó un delito, dice el código penal, art. 59 y 60, lib. II, serán castigados con la misma pena que los autores mismos del crímen ó del delito, salvos los casos que la ley señale. Serán asimismo castigados con igual pena los que con conocimiento hayan ayudado ó auxiliado al autor ó autores del hecho en las circunstancias que le hayan preparado ó facilitado, ó las que le hayan consumado.»

Se dirá que en Levante los cristianos no compran ni venden esclavos; pero acaso, ¿no han fletado buques para trasportarlos desde el sitio donde habian sufrido la esclavitud, á los mercados donde deben venderse? ¿Y con solo esto no se hacen corredores de tan infame comercio? ¿No han recibido el precio de la sangre? ¿Y qué? ¡no serán culpables esos hombres que han oido los gritos de los hijos y de las madres; que han hacinado en la escala de sus buques á los griegos medio quemados, cubiertos aun con la sangre de su familia degollada; esos hombres, en fin, que han embarcado aquellos esclavos cristianos en compañía del mercader turco, que por el precio de algunas piastras va á entregarlos á la prostitucion y á la apostasia!

Aqui es evidente que el cómplice es, por decirlo asi, mas culpable que el mismo criminal; porque si impulsado por una vil ganancia no hubiera procurado los medios del trasporte, las desgraciadas víctimas quedaran al menos

entre los escombros de su patria; y ¿quién sabe si al fin hubieran conseguido un dia la libertad por la victoria ó la política que por último hiciera triunfar la cruz?

Observad ahora, señores, una cosa que pone mas en claro la cuestion. Mi enmienda, que no es otra cosa que el mismo artículo 1.° de la ley de 15 de abril de 1818, se espresa de una manera estensa como este artículo: no concreta el crímen al mero hecho de compra ó venta del esclavo, porque el buen sentido y la eficacia de la ley exigen que se redacte asi.

Llega un navío á la costa de Africa para hacer el tráfico, y el capitan encuentra una cosecha abundante; tanto, que no basta su buque para trasportarla; pero llega otro navío, lo fleta el capitan, tomando del otro una parte de su cargamento, entonces el navío fletado se hace á la vela para las Antillas; pero le encuentran, y es detenido; bien que el capitan de este navío ni haya comprado, ni menos deba vender por su cuenta los esclavos, con los que no hace mas que un contrabando. Presentado, pues, sin embargo, á los tribunales, se le condenaria, y ¿por qué? porque la ley de 15 de abril está terminante: «Toda parte que se tome en el tráfico conocido bajo el nombre de *tráfico de negros*, será castigada.»

Este es, pues, precisamente el caso que en se hallan esos odiosos fletes que se verifican en el Mediterráneo, y este es el crímen que me he propuesto evitar con mi enmienda.

Yo no creo, señores, que ningun navío francés haya ocultado bajo el pabellon blanco el monopolio de este tráfico punible, ni que los descendientes del santo rey que murió en Túnez por la libertad de los cristianos, hayan puesto la mano en semejantes abominaciones; pero cual-

quiera que sea el criminal, que no inquiriré ahora quien es, es cierto que el crímen se ha perpetrado; y por consiguiente me parece que es un deber nuestro prevenir al menos ese crímen.

Fácil es, señores, que se olvide el comprender algunos artículos en una ley; pero no puede negarse su insercion en la misma desde el momento que se proponen que se conoce su utilidad y conveniencia. Me atrevo, pues, á esperar que los mismos ministros del rey recibirán favorablemente la enmienda que voy á tener el honor de leer á la cámara. Cuando S. M. tuvo á bien concederme un asiento entre ellos en su consejo, sé con qué decision adoptaron una respuesta al despacho de un gabinete estrangero, relativo á ensayar los medios para poner un término á la completa ruina de la Grecia. Tengo un placer en revelar estos sentimientos, que les hacen honor, y me prometo que si nos divide la política nos reunirá la humanidad.

He aqui en compendio, señores, lo que acabo de esplanar con alguna estension.

Si la ley sobre el tráfico de los negros hubiera sido mas esplícita acerca de los delitos y crímenes que condena el proyecto de ley que nos ocupa, comprendiendo los crímenes y delitos que se cometen en las escalas de Levante, no necesitaria ninguna enmienda.

Pero como la ley contra el tráfico limita su accion únicamente á lo que tiene relacion con los esclavos de la raza negra, deja por consiguiente en pie el abuso de comerciar con la raza blanca en las escalas de Levante, y coloca visiblemente á los culpables fuera del alcance de la ley sobre el tráfico de negros.

Propongo, pues, remediar este abuso por medio de una enmienda, que no es mas, como ya he dicho, que el mis-

mo artículo 1.° de la ley sobre el tráfico de negros, pero mas esplícita sobre todas las razas de esclavos. Nada añado al actual proyecto de ley, ni en nada cambio la jurisdiccion de los tribunales. Declarando este proyecto de ley que las contravenciones, los delitos y los crímenes cometidos en las escalas de Levante y Berbería, son castigados con arreglo á las *leyes francesas*, es evidente que la ley contra el tráfico de negros está comprendida en las leyes francesas, y que las penas que señala esta ley serán aplicables á los crímenes y delitos mencionados en mi enmienda. De este modo evito de un modo muy natural entrar en el sistema de una ley penal; y mi enmienda en este caso se reduce á un grado mas de procedimiento en el curso de una ley de procedimiento.

Nada innovo en el código penal; no hago mas que ampliar una ley existente ya; y aplico solamente á la esclavitud en general, lo que en nuestras leyes se limita á una esclavitud en particular. Por último, creo que no se puede hacer una objecion sólida á una enmienda que reclaman igualmente vuestra religion, vuestra justicia y vuestra humanidad, y que se aviene con tanta naturalidad con el proyecto de ley que se va á votar, que parece que no es mas que una parte inherente é indispensable de él.

Considerada ademas con relacion á los negocios del mundo, la enmienda no ofrece tampoco ningun inconveniente. El término genérico de que me valgo, no implica á ningun pueblo en particular. Yo he cubierto al griego con un manto de esclavo, á fin de que no se le reconociese, y que las señales de su miseria hicieran al menos inviolable su persona á la caridad del cristiano.

ENMIENDA

al artículo 1.º del proyecto de ley sobre la represion de los crímenes cometidos por franceses en las escalas de Levante, y que debe formar el párrafo segundo de este artículo.

«Se reputa contravencion, delito y crímen, segun la gravedad de los casos, conforme á la ley de 15 de abril de 1818, toda parte, cualquiera que sea, que tomen los súbditos y los buques franceses en cualquier lugar, bajo cualquiera condicion y pretesto que sea, y los súbditos estrangeros en los paises sujetos á la dominacion francesa, en el tráfico de esclavos en las escalas de Levante y de Berbería.»

DISCURSO

EN CONTESTACION

AL SEÑOR GUARDA-SELLOS

Señores: Pretende el señor guarda-sellos que mi enmienda estaria mejor colocada en el artículo 26 que en el 1.º del proyecto de ley: si S. S. se empeña en adicionar con mi enmienda el artículo 26, y prueba que debe ser asi, estoy pronto á darle una satisfaccion, y á entenderme con S. S.

Estoy persuadido que el señor guarda-sellos ha padecido una equivocacion; cree S. S. que yo he acusado á los franceses, y yo precisamente he puesto á los franceses fuera de la cuestion, porque he manifestado que no podia creer que ninguno de ellos hubiera ocultado bajo el pabellon blanco un tráfico tan punible.

Me parece tambien que S. S. no ha destruido lo que ha dicho acerca del crimen y de su complicidad: se contenta con negarlo todo; pero negar, no es probar; y yo por mi parte, para sostener que existen los trasportes de esclavos, me he apoyado en los escritos de todos los viageros, en las relaciones de todas las gacetas que se publican en

Oriente, aun en las que no son favorables á la causa de los griegos. en los periódicos oficiales de Nápoli de Romanía, y en fin, en las quejas del mismo gobierno griego. Cuando se ha pedido á este un remedio contra los piratas que usurpan su pabellon, ha respondido que nada mas podia hacer, porque tambien las potencias cristianas debian prohibir á sus súbditos facilitar los trasportes á los soldados turcos, y fletar sus buques para recibir á su bordo á los desgraciados habitantes de la Grecia, conducidos allí como esclavos. Y estos, señores, son hechos conocidos en todo el mundo.

Y en fin, como ya he indicado, si el crímen no existe, bastaria que fuera posible, y se previniese tambien, para que en el caso de perpetracion, no quedara impune. Si mi enmienda al proyecto de ley es inútil, tanto mejor; pero es bueno repetir aquí para siempre, que lo que abunda, no daña. Esta enmienda os hará un honor eterno, sin que pueda causaros ningun mal. Toda la cuestion, pues, se reduce á este punto: que habrá nuevos juicios ante los tribunales. Si los acusados no son culpables del crimen que se les imputa, si no han tomado parte alguna en un tráfico reprobado por las leyes divinas y humanas, en nada serán perjudicados. Todos los dias se detienen buques como acusados de haber hecho el tráfico de negros; pero quedan libres desde el momento que sus dueños justifican su inocencia. Mas aun; si no existe el delito ó el crímen que se previene en mi enmienda, la ley no se aplicará jamás; pero si existe positivamente, y se presentan acusados, serán juzgados, y absueltos si no, son culpables; mas si lo son, ¿quereis, señores, que quede impune un crímen tan enorme delante de Dios y de los hombres?

Otra de las objeciones del señor ministro de Justicia

consiste en decir, que mi enmienda introduce una ley penal en una ley de procedimiento.

Yo creo, señores, haberme salvado de esta inculpacion en la esplicacion que he hecho del objeto de mi enmienda. Con efecto, creia haber probado de una manera ostensible, que la enmienda no presentaba ninguna confusion en las materias, y que no escedia del carácter de la ley. Pero supuesto que no me he esplicado antes suficientemente, probaré, si puedo, hacerme entender mejor.

Mi enmienda, lejos de confundir una ley penal con una ley de procedimiento, no ha mentado siquiera pena alguna. Unicamente espresa el delito, cuyo delito será sin duda castigado segun las leyes francesas, como todos los delitos y crímenes cometidos en las escalas de Levante; y asi lo espresa tambien el mismo proyecto de ley en el artículo 26.

El sabio magistrado, á quien tengo el honor de contestar, parece haber confundido él mismo cosas estremamente diversas; porque yo he hablado de delitos, y á S. S. le ha parecido que establecia penas, de las que no he hablado una sola palabra.

Considerada, señores, bajo todos estos aspectos mi enmienda, no destruye el principio de la ley, cuyo restablecimiento, pido, por decirlo asi. La materia es perfectamente homogénea. La enmienda no hace mas que generalizar la naturaleza de un crímen mencionado ya en nuestras leyes, sin introducir una nueva pena para la represion de este crímen. El proyecto de ley trata de los delitos cometidos en las escalas de Levante á la vista de los cónsules franceses; y tambien son delitos los que previene mi enmienda, y que se cometen ó pueden cometer á la vista de los cónsules del rey. Aqui los crímenes tienen un mis-

mo teatro, se perpetran por los mismos hombres, se prueban por los mismos testimonios, y se juzgan por los mismos tribunales: ¿qué falta, pues, á mi enmienda para darla el mismo carácter de la ley á que debe añadirse?

Quisiera prescindir de contestar á otra objecion, que no es nueva, y que hace ya diez años la he visto reproducir cuando se ha tratado de formular una ley.

Es muy raro que, cuando una enmienda ofrece alguna importancia, no se diga que la tal encomienda no es mas que una ley particular, que invade la iniciativa real, y que á lo menos debe ser objeto de una proposicion especial. Vuestra penetracion, señores, no se ha doblegado muchas veces á esta objecion, sino que por el contrario, habeis adoptado con frecuencia las enmiendas que, como aseguraban, destruian la ley en su principio, introduciendo una ley en una ley. Vuestra memoria no dejará de recordar muchos ejemplos. Dentro de poco, al discutir el proyecto de ley sobre el derecho de primogenitura, tendreis ocasion de usar largamente de la facultad de proponer enmiendas. Yo no puedo persuadirme de que procureis solicitar del noble redactor de vuestra comision, cambie en proposicion las enmiendas que estimó oportuno presentar en la sesion anterior.

Y en verdad, señores, ¿tan estraña es mi enmienda á la ley, que por una pequeña conveniencia de materias, os negareis admitirla, dejando impune tan gran crímen? Y no se me diga que habrá casos y tiempo para admitiria; no: porque el remedio es urgente, porque las desgracias se multiplican, y porque no se trata de prevenir un mal futuro, sino ún mal que está sucediendo.

En el momento en que dirijo mi voz á la cámara, señores, acaban de caer bajo el hierro de los turcos una por-

cion de nuevas víctimas. Un puñado de cristianos se defiende aun en medio de las ruinas de Misolonghi, á la vista de la Europa cristiana, insensible á tanto valor y á tantas desgracias. ¿Y quién puede penetrar los designios de la Providencia? Ayer leí, señores, una carta de un jóven de quince años, escrita desde las fortificaciones de Misolonghi: «Querido camarada, escribe á Zante á un amigo suyo, he sido herido tres veces; pero mis camaradas y yo, nos hemos curado siempre al empuñar otra vez los fusiles. Si tuviéramos víveres, disputaríamos la victoria á un número duplicado de enemigos. Ibrahim está al pie de nuestras murallas; nos dirige proposiciones y amenazas, y todo lo hemos rechazado. Ibrahim tiene á su lado algunos oficiales franceses; ¿y qué hemos hecho nosotros á los franceses para que nos traten así?»

Pues bien, señores, este jóven será hecho prisionero y trasportado por los cristianos á los mercados de Alejandría. Si pregunta aun qué ha hecho á los franceses, que vaya vuestra enmienda allá, para satisfacer esa pregunta de su desesperacion, y le podamos decir: «No, no es el pabellon de San Luis el que protege vuestra esclavitud, antes por el contrario, él quisiera cubrir tus nobles heridas.»

Pares de Francia, ministros del rey cristianísimo, si no nos es posible socorrer con las armas á la desventurada Grecia, evitemos á lo menos con nuestras leyes los crímenes que allí se cometen; demos este paso, que sin duda preparará en Europa los medios de emprender una política mas elevada, mas humana, mas conforme á la religion, y mas digna de un siglo ilustrado; y á vosotros, señores, y á la Francia se deberá esta noble iniciativa.

ITINERARIO

DE PARIS A JERUSALEN,

Y DE JERUSALEN A PARIS.

PROLOGO

DE LA PRIMERA EDICION.

Si yo dijese que el escribir este *Itinerario* no fué con el objeto de darlo á la prensa, y que ahora lo publico con sentimiento y á mi pesar, diria la verdad, y probablemente no se me creeria.

Yo no hice este viage con el objeto de escribirle; mi proyecto era otro; y este proyecto lo he llevado á cabo en los *Mártires*. Iba á buscar imágenes; he aqui mi verdadero objeto.

Pero no puede ver á Esparta, Atenas y Jerusalen, sin hacer algunas reflexiones; y estas reflexiones no podian entrar en el plan de una epopeya: quedaban en mi diario, y al publicarlas hoy, á falta de otro título mas análogo á mi idea, las he llamado *Itinerario de Paris á Jerusalen.*

Suplico, pues, al lector mire este *Itinerario* mas bien como las memorias de un año de mi vida, que como un viage. Yo he seguido las huellas de Chardin, de Tavernier, de Chandler, de Mungo Park, y de Humbold; y no tengo el orgullo de haber conocido los pueblos por donde no he hecho mas que pasar. Un momento basta al pintor para bosquejar un árbol, tomar una vista y dibujar una ruina; pero años enteros son sobrado cortos para estudiar las costumbres de los hombres, y profundizar en las ciencias y en las artes.

Sin embargo, sé respetar al público, y se equivocaria el que pensara que doy á luz una obra que no me ha costado afanes, investigaciones y trabajos. Por mi parte, me

parece que he llenado los deberes de escritor. Aunque no hubiera hecho mas que dar una descripcion minuciosa de las ruinas de Lacedemonia, descubrir un nuevo sepulcro de Micenas, ó indicar las puertas de la antigua Cartago, sin duda deberia merecer la benevolencia de los viageros.

Habia comenzado á escribir en latin las dos memorias de la introduccion, con objeto de dedicarlas á una academia estrangera; pero por fin, mi patria obtuvo la preferencia.

Sin embargo, es una obligacion mia prevenir al lector, que esta introduccion no presenta ninguna amenidad; porque no ofrece mas que una série de fechas y de hechos redactados sin ornato alguno; y puede dejarse de leer, por evitar el hastío inseparable de esta clase de tablas cronológicas.

En una obra como el *Itinerario*, he debido con frecuencia hacer algunas graves reflexiones acerca de hechos familiares tal vez; ora entregándome á las ilusiones que inspiran las ruinas de la Grecia, ora acordándome de los cuidados del viagero: mi estilo ha seguido necesariamente el impulso de mi pensamiento y de mi fortuna. Todos los lectores no percibirán iguales sentimientos; unos irán en pos de mis ideas; otros buscarán mis aventuras; éstos admitirán los detalles que he dado de muchos objetos; aquellos se fastidiarán de la crítica de las artes, del estudio de los monumentos, y de las digresiones históricas. En fin, habrá lector que verá en todas partes mas al hombre que al autor; si hablo continuamente de mí, y si hablo con seguridad, es porque no entraba en mis ideas publicar estas memorias. Pero como nada tengo en el corazon que no pueda mostrarse en lo esterior, nada he quitado á mis notas originales. Por último, habré conseguido el objeto que me he propuesto, si se echa de ver desde el principio al fin de la obra una perfecta sinceridad. Un viagero es una especie de historiador; su deber es referir con exactitud y fidelidad lo que ha visto ó lo que ha oido decir; nada debe inventar, pero tampoco debe omitir cosa alguna; y cualesquiera que sean sus opiniones particulares, no deben preocuparle hasta el estremo de hacerle desnaturalizar la verdad.

No he cargado de notas este Itinerario; y únicamente he reunido, al fin del *tercer* tomo, tres opúsculos que ilustran mas mis propios trabajos (1):

1.° *El Itinerario latino de Burdeos á Jerusalen*; en él se halla trazado el camino que siguieron despues los cruzados, y que es, por decirlo asi, la primera peregrinacion á Jerusalen. Este *Itinerario* no se encontraba hasta ahora mas que en algunos libros raros, que solo poseian los sábios.

2.° La disertacion de d'Anville sobre la antigua Jerusalen; escrito muy raro, y que el sábio Mr. de Sainte-Croix ha mirado con razon como la obra maestra de su autor.

3.° Una memoria inédita sobre Túnez.

Durante mi viage he sido favorecido por algunas personas con una atencion que no he debido olvidar. El general Sebastiani, y los señores Vial, Fauvel, Drovtli, Saint-Marcel, Caffe, Dewise y otros sugetos apreciables, hallarán sus nombres citados en este *Itinerario* con el honor que les he debido. Nada es mas grato que publicar los beneficios que se reciben.

La misma razon me ha impulsado á hablar de otras varias personas, á quienes soy deudor tambien de mi profundo reconocimiento.

Mr. Boissonade, por un esceso de condescendencia, se ha condenado á la ocupacion mas árida y fastidiosa del mundo; esto es, ha tomado á su cuidado corregir las pruebas de los *Mártires* y del *Itinerario*. Reconocido á su atencion, he admitido todas sus observaciones, dictadas por el mas delicado gusto, y por la crítica mas ilustrada y sana. Si yo he admirado su amable complacencia, tambien él ha podido mirar con agrado mi docilidad.

Mr Guizot, que está dotado de aquellos conocimientos que en otro tiempo era indispensable poseer antes de atreverse á tomar la pluma, se ha tomado la molestia de facilitarme algunas noticias, que me han sido útiles. En él

(1) En esta edicion se ha comprendido el Itinerario en solos dos tomos, y se han reunido en notas al fin de cada uno las largas citas que estaban antes ingeridas en el texto.

he debido admirar aquella finura y nobleza de carácter que hacen amable y respetable el talento.

En fin, otros sábios distinguidos se han dignado ilustrar mis dudas y participarme sus luces: he consultado á Mres. Malte-Brun y Langles; porque no podia dejar de dirigirme á estos sábios en lo que tiene relacion con la geografía y las lenguas antiguas y modernas del Oriente.

Como hay infinitas razones para creer que mi carrera literaria pueda acabar en el punto á que he llegado, quiero aqui pagar todas mis deudas. Muchos literatos han puesto en verso varios trozos de mis obras; y confieso que he conocido demasiado tarde las obligaciones que en este concepto debo á las musas. Ni sé tampoco como no ha llegado en mucho tiempo á mi noticia una linda piececita, titulada el *Viage del Poeta*. Mr. de Saint-Victor, autor de este poema, se ha esforzado en hermosear mis descripciones salvages, y repetir al sonido de su lira una parte de mi canto del desierto: yo debia haberle manifestado mas pronto mi agradecimiento. Si hay algunos escritores, que justamente hayan estrañado mi silencio, podrán ver aqui una reparacion de mis faltas. Jamás ha sido mi intencion herir la susceptibilidad de ninguno, y mucho menos de los hombres de mérito que me hacen el obsequio de prestarme una parte de su gloria, corrigiendo mis escritos. Yo no trato tampoco de introducirme en el coro de las nueve Hermanas, precisamente en los momentos en que las voy á abandonar. Pero, ¡ah! ¿cómo dejaria yo de amar á estas nobles y generosas sílfidas inmortales? Ellas solas no se han declarado mis enemigas, cuando he logrado alguna reputacion, ellas solas tambien, sin aterrarse de un vano murmullo, han opuesto su opinion al desenfreno de la maledicencia. Si yo pudiera hacer vivir á Cimodocea, tendria al menos la gloria de ser celebrada por uno de los mas grandes poetas de nuestra época, y por el hombre que, reuniendo el voto universal, sabe juzgar y apreciar mejor que otro las obras de los demas (1).

En cuanto á los críticos que hasta ahora se han ocupado en mis producciones, ha habido muchos cuya indulgen-

(1) Mr. de Fontanes.

cia merecerá eternamente mi gratitud; y siempre y en todas partes procuraré merecer con justicia los elogios, aprovecharé las críticas, y perdonaré de buena fé las injurias.

PROLOGO.

DE LA TERCERA EDICION

He repasado cuidadosamente el estilo de este *Itinerario*, y segun mi costumbre, he escuchado los consejos de los críticos. Generalmente se han desaprobado las citas que he ingerido en el texto; y en su consecuencia las he colocado al fin de cada tomo: despojada de estas riquezas estrañas, acaso marchará con mas soltura la narracion.

En las dos primeras ediciones del *Itinerario*, hablando de Cartago, he hecho mencion de un libro italiano que no conocia. El verdadero título de esta obra, que he visto ya, es: *Ragguaglio del viaggio compendioso di un dilettante antiquario sorpreso da corsari, condotto in Barberia, e felicimente ripatriato*. Milano, 1805. Se me ha facilitado esta obra, y no he podido poner en claro si el padre Caroni, su autor, está conforme conmigo respecto de la posicion que ocupaban las puertas de Cartago; sin embargo, están colocadas en el mapa del *Ragguaglio* en el mismo sitio donde me parece que deben estar. Creo, pues, que el padre Caroni ha seguido, como yo despues, la opinion de Mr. Humbert, oficial de ingenieros holandés, que manda en la Goleta. Todo lo demas que dice el anticuario italiano acerca de las ruinas de la patria de Aníbal, es sumamente interesante; y los lectores que compren el *Ragguaglio*, lograrán

el doble placer de leer una obra útil, y de hacer una buena accion, porque el padre Caroni, que fué esclavo en Túnez, ha consagrado el producto de la venta de su obra al rescate de sus compañeros de infortunio, y esto es hacer un noble uso de la ciencia y de la desgracia: el *non ignara mali, miseris succurrere disco*, está particularmente inspirado por el suelo de Cartago.

El público parece haber recibido con indulgencia el *Itinerario*; pero se me han hecho, sin embargo, algunas objeciones, á las que tengo obligacion en responder.

Dicen que he hecho muy mal en tomar al *Sousoughirli* por el Granico, y que he cometido tal vez este error llevado únicamente de la idea de poder trazar con gusto el retrato de Alejandro. En verdad que recordando al conquistador macedonio, pudiera decir lo de Montesquieu: *Hablemos á nuestro placer*. Ciertamente que no dejaban de presentárseme ocasiones, porque hubiera sido, por ejemplo, muy natural recordar á Alejandro, hablando de Alejandría.

Pero ¿cómo un crítico, que por otra parte ha analizado mi obra con tanto decoro, pudo persuadirse de que yo confundia de mi propia autoridad el nombre del Granico en el de *Sousoughirli*, á riesgo de hacer reir á la Europa culta á mis espensas? ¿No era natural creer que me apoyaba en autoridades respetables? Estas citas eran tanto mas fáciles de reconocer, cuanto que yo mismo las he anotado en el texto. Como viageros Spon y Tavernier, gozan de una general reputacion; y si aqui puede haber culpables de un error, ellos lo son tambien. Hé aqui, pues, el pasage de Spon.

«Al dia siguiente continuamos nuestra marcha hasta el medio dia, en que entramos en la hermosa llanura de la Misia, donde no se elevaban mas que pequeñas colinas. Por la tarde pasamos el Granico por un puente de madera sostenido por pilares de piedra, aunque facilmente lo hubiéramos podido vadear, porque el agua no llegaba mas que á la rodilla. Este es el rio que se ha hecho tan célebre por el paso de Alejandro el Grande, y por haber sido el primer teatro de su gloria, cuando dirigia su inmortal espedicion contra Darío. El Granico está casi seco en el ve-

rano; pero algunas veces se derrama en sus avenidas por las mas distantes llanuras. Su fondo es de arena y guijarros; y los turcos, que generalmente procuran limpiar las embocaduras de los rios, han dejado casi obstruir del todo la del Granico, lo que impide que pueda ser navegable. En la aldea de *Sousoughirli*, que no dista mas que un tiro de fusil, se halla un gran kan ó kiervansera, esto es, una hospedería ó posada al estilo del pais, de la que Mr. Tavernier ha hecho una larga y exacta descripcion en sus viages á Asia. . . . .

. . . .

Dejando la aldea de *Sousoughirli*, continuamos el camino durante una hora mas por la orilla del Granico; y á seis millas mas allá, nos hizo observar el doctor Pierelin al otro lado de la corriente, y á bastante distancia del camino, los restos de un castillo, que se cree haber sido edificado por Alejandro, situado tal vez entonces cerca del mismo rio, que debió tener el cauce muy inmediato á la fortaleza (1).»

Claro es, pues, que Spon llama, lo mismo que yo, bajo el nombre del Granico, al rio que pasa por la aldea de *Sousoughirli*.

Tournefort es todavía mas esplícito.

«El Granico, cuyo nombre no se olvidará jamás mientras la historia hable de Alejandro, corre de Sud-este al Norte, y se dirige en seguida al Sud-oeste antes de desaguar en el mar: sus orillas son muy elevadas á la parte del Poniente. Por consiguiente, las tropas de Dario ocupaban una ventajosa posicion, si la hubieran sabido aprovechar. Este rio, tan célebre por la primer batalla que ganó en sus orillas el grande capitan de la antigüedad, se llama hoy *Sousoughirli*, nombre de una aldea, cuyas paredes baña....»

Podria añadir á estos testimonios, la autoridad de Pablo Lucas (*Viage de Turquia á Asia*, lib. II, pág. 131); la del gran *Diccionario de La Martiniere*, en la palabra *Granico*, tomo III, pág. 160; la de la *Enciclopedia*, en la misma palabra *Granico*, tomo VII, pág. 858; y en fin, la del

(1) *Viage á Italia, Dalmacia, Grecia y Levante*, por S. Spon y G. Wheler, tom. I, pág. 285, 86 y 87 de la edicion de Lyon, año 1678.

autor del *Exámen crítico de los historiadores de Alejandro*, página 239 de la 2.ª edicion; y en todas estas obras se podrá ver que el *Granico* es el mismo que hoy se llama el *Sousou* ó el *Samsou* ó el *Sousou-ghirli*; de modo que La Martiniere, los enciclopedistas y el sábio Mr. de Sainte-Croix se han adherido á la opinion de Spon, Wheler, Pablo Lucas y Tournefort. La misma opinion se encuentra en el *Compendio de la Historia general de viages* por La Harpe, tomo 29, página 86; y cuando un oscuro viagero, como yo, tiene en su apoyo otros viageros distinguidos, como Spon, Wheler, Pablo Lucas y Tournefort, está fuera de toda crítica, mayormente si su opinion se halla confirmada por los ilustres sabios que acabo de citar.

Pero Spon, Wheler, Pablo Lucas y Tournefort se han equivocado, y han arrastrado en su error á La Martiniere, Sainte-Croix y Mr. La Harpe: mas esto pertenece á otra cuestion; y no soy yo quien debe fallar é investigar los errores de aquellos hombres célebres; á mí me basta apoyarme en su autoridad, y consiento en sufrir con ellos el mismo desprecio.

No sé si debo hacer mencion de otro pequeño reparo que se me hace al hablar de *Kirkagach*: yo me habia aventurado á decir que el nombre de esta villa no existia en ningun mapa; y á esto han respondido que efectivamente se encuentra en un mapa del inglés Arowsmith, casi desconocido en Francia; pero yo creo que esta cuestion es fácil de transigir.

En fin, me echan en cara el haberme abrogado el derecho de querer ser el primer descubridor de las ruinas de Esparta. Esta suposicion no deja de humillarme un poco: porque claro es que se ha tomado á la letra el consejo que dí en el prólogo de la primera edicion, de que no se leyese la *introduccion al Itinerario*; pero respecto de esta objecion, he dicho bastante en el cuerpo de la misma obra, para que no se crea que he sido capaz de concebir esa vanidad. Yo cito en la introduccion y en el *Itinerario* á todos los viageros que han visto á Esparta antes que yo, ó que á lo menos han hablado de sus ruinas. Giambetti, en 1465; Girand y Vernon, en 1676; Fourmont, en 1726; Leroy, en 1758; Riedsel, en 1773; Villoison y Fauvel, hácia el año

1780; Scrofami, en 1794; y Pouqueville, en 1798. Léase el primer tomo del *Itinerario*, donde he presentado las diversas opiniones que se han emitido acerca de las ruinas de Esparta, y se verá si es posible hablar de sí mismo con menos orgullo. Pero como me ha parecido, sin embargo, que algunas frases relativas á mis débiles trabajos, no eran bastante modestas, he querido suprimirlas ó modificarlas en esta tercera edicion (1).

Esta buena fé, á la que doy un gran mérito, se distingue, si no me engaño, en toda la obra. Podria citar en favor de mi sinceridad muchos testimonios de gran cuantía; pero me contentaré con poner á la vista de mis lectores una prueba de la narracion concienzuda de mi *Itinerario*; y aseguro que esta prueba me es muy grata.

Si alguna cosa hay que parezca estraña en mí narracion, es sin disputa mi entrevista en Bethleem con el padre Clement. Cuando al volver de mi viage se publicaron en el Mercurio uno ó dos fragmentos del *Itinerario*, los críticos, ensalzando mucho mi estilo, parecian dudosos acerca de los hechos que cito del padre Clement. La carta siguiente, pues, hará ver si esta sospecha era bien fundada. Puedo asegurar que me es absolutamente desconocida la persona que me hizo el honor de dirigírmela.

(1) Por último, no sé por qué me he empeñado en justificarme en tanto grado sobre algunos puntos de erudicion: bueno era sin duda que yo no me hubiera equivocado; pero ya que ha sido asi, nada tengo que añadir; y declaro desde ahora, que no he concebido ninguna vanidad, ni como sabio, ni como viagero. Mi *Itinerario* no es mas que el camino rápido de un hombre que va á ver otro cielo, otra tierra y otras aguas, para regresar á su hogar con algunas ideas mas en la cabeza, y algunos sentimientos mas en el corazon: léase con detenimiento mi primer prefacio, y no se me pregunte ya lo que he podido ó lo que he querido escribir. Pero por lo demas, respondo de la exactitud de los hechos. Sin duda he cometido algunos errores de memoria; pero creo poder asegurar que no he incurrido en ninguna falta trascendental. He aqui, por ejemplo, una inadvertencia bastante singular, que acabo de reconocer: hablando del episodio de Erminia y del viejo en la *Jerusalen libertada*, pruebo que debe colocarse la escena en las orillas del Jordan, y añado que el poeta no lo dice, siendo asi que dice muy formalmente:

Giunse (*Erminia*) del bel *Giordano* á le chiare acque.

No habiendo advertido á su tiempo este error, subsiste aun en esta misma edicion; pero me parece bastante esta indicacion para el lector.

A MONSIEUR CHATEAUBRIAND,

AUTOR DE LOS MARTIRES,

Y DEL ITINERARIO DE PARIS A JERUSALEN Y DE JERUSALEN A PARIS.

EN PARIS.

PERAI 20 de junio.

Leyendo vuestro *Viage de Paris á Jerusalen*, he observado con mucho interés la entrevista que vd. tuvo en Bethleem con el padre Clement. Le conozco mucho, porque fué mi capellan antes de la revolucion. He estado en correspondencia con él durante su retiro en Portugal, desde donde me anunció su viage á Tierra Santa. Me ha conmovido estraordinariamente la idea de que en su patria ninguno se acordaba de él; porque mi esposo y yo le conservamos todavía aquella consideracion que se merecen sus virtudes y su piedad. Nosotros tendríamos un placer en que quisiera regresar al seno de sus amigos; y le hemos ofrecido la misma suerte que antes gozaba entre nosotros, y á mas la certeza de que nunca le abandonaríamos. Yo creeria atraer la bendicion sobre mi casa, si consiguiera hacerle volver á vivir en ella. El padre Clement disfrutaria de una completa libertad para dedicarse á sus ejercicios de piedad: nos conoce, y sabe que no hubiéramos cambiado; y yo lograria oir todos los dias la misa de un hombre santo. Quisiera, pues, caballero, hacerle saber todas estas proposiciones; pero ignoro el modo de hacer lle-

gar mis cartas á sus manos. ¿Me atreveria á suplicar á vd. (si acaso ha conservado alguna relacion en aquel pais) me indicase un medio para que el padre Clement pudiese recibir alguna carta? Conociendo los principios religiosos que animan á vd., me prometo disimule mi indiscrecion, en obsequio al motivo que me ha impulsado á molestarle.

Tengo el honor de ser de vd. su humilde y atenta servidora.

Belin de Nan.

A Mad. de Nan, en su quinta de Perai, cerca de Vaas, por Chateau-du-Loir, departamento del Sarthe.

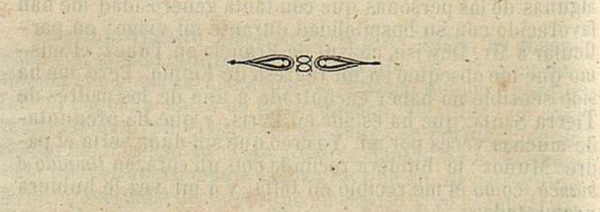
Contesté á Mad. de Nan, la cual, en una segunda carta, me ha permitido dar publicidad á la que antecede. Tambien he escrito al padre Clement á Bethleem, para comunicarle los sentimientos de aquella señora.

Por último, he tenido el placer de recibir en mi casa á algunas de las personas que con tanta generosidad me han favorecido con su hospitalidad durante mi viage; en particular á Mr. Dewise, cónsul de Francia en Túnez; el mismo que me obsequió en mi regreso de Egipto. Pero me ha sido sensible no haber encontrado á uno de los padres de Tierra Santa, que ha estado en París, y que ha preguntado muchas veces por mí. Yo creo que sin duda seria el padre Muñoz: le hubiera recibido con un corazon *limpido é bianco*, como él me recibió en Jaffa, y á mi vez le hubiera preguntado:

¿Sed tibi qui cursum venti, quæ fata dedere?

Me olvidaba decir que me han facilitado, demasiado tarde para mi objeto, algunas noticias dadas por varios viageros que últimamente han estado en Grecia, cuya vuelta anuncian los periódicos: tambien he leido en una obra alemana sobre la España moderna un escelente trozo, titulado: *Los españoles del siglo catorce*. En ella he encontrado noticias muy curiosas y apreciables acerca de la espedicion á Grecia de los catalanes, que se dirigieron al ducado de Atenas, donde reinaba en aquella época un

príncipe francés de la casa de Brienne. El mismo Montaner, compañero de armas de los héroes catalanes, escribió la historia de aquella conquista. No me era conocida esta obra citada con frecuencia por el escritor aleman; y hubiera aprovechado sus conocimientos y relaciones, ó para corregir mis errores, ó para añadir algunos hechos mas á la introduccion del *Itinerario.*



INTRODUCCION.

MEMORIA PRIMERA.

Dividiré esta introduccion en dos memorias: en la primera comenzaré á tratar de la historia de Esparta, por los tiempos de Augusto, continuándola hasta nuestros dias. En la segunda examinaré la autenticidad de las tradiciones religiosas sobre Jerusalen.

Es verdad que Spon, Wheler, Fanelli, Chandler y Leroy, han hablado del estado de los griegos en la edad media; pero el cuadro trazado por estos sábios está muy distante de ser completo. Se han contentado con los hechos generales, sin cansarse de poner en claro la historia bizantina; no han tenido conocimiento de algunos viages al Levante: aprovechándome de sus trabajos, procuraré suplir lo que han omitido.

En cuanto á la historia de Jerusalen, no presenta oscuridad alguna en los siglos bárbaros; pues que jamás se pierde de vista á la Santa Ciudad. Mas cuando los peregrinos os dicen: «Fuimos al sepulcro de Jesucristo; entramos en la gruta donde el Salvador del mundo sudó sangre, etc.» un lector incrédulo podria imaginarse que los peregrinos se han dejado engañar por tradiciones inciertas· y este pun-

to de crítica es el que me propongo discutir en la segunda memoria de esta introduccion.

Volviendo ahora á la historia de Esparta y de Atenas, me espresaré del modo siguiente:

Cuando los romanos aparecieron por primera vez en Oriente, Atenas se declaró su enemiga, y Esparta siguió su suerte. Sila quemó el Pireo y Muniquia, saqueó la ciudad de Cecrope, é hizo tan gran carnicería de los ciudadanos, que la sangre, dice Plutarco, llenaba todo el Cerámico, rebosando de él.

En las guerras civiles de Roma, los atenienses siguieron el partido de Pompeyo, que les parecia ser el de la libertad. Los lacedemonios se unieron á la suerte de César. Este no quiso vengarse de Atenas. Esparta, fiel á la memoria de César, combatió contra Bruto en la batalla de Filipos, y Bruto habia prometido el saqueo de Lacedemonia á sus soldados si alcanzaba victoria. Los atenienses erigieron estátuas á Bruto, se unieron á Antonio, y fueron castigados por Augusto. Cuatro años antes de la muerte de esta príncipe se rebelaron contra él.

Atenas permaneció libre durante el reinado de Tiberio. Los procuradores de Esparta sostuvieron un ligero proceso en Roma contra los mesenios, en otro tiempo sus esclavos, y le perdieron. Disputaban por la posesion del templo de Diana-Limnatida; precisamente de Diana, cuyas fiestas fueron el orígen de las guerras de Mesenia.

Si Estrabon vivió realmente en el imperio de Tiberio, la descripcion de Esparta y de Atenas por este geógrafo deberá referirse á los tiempos de que hablamos.

Cuando Germánico pasó por el territorio de los atenienses, respetando su antigua gloria, se despojó de sus insignias, precediéndole solo un lictor.

Pomponio Mela escribia hácia el tiempo del emperador Claudio, y se limita á nombrar á Atenas cuando describe la costa del Atica.

Neron estuvo en Grecia, pero no entró en Atenas ni en Lacedemonia.

Vespasiano redujo la Acaya á provincia romana, y la dió por gobernador un procónsul. Plinio el Mayor, queri-

do de Vespasiano y de Tito, habló, reinando estos príncipes, de varios monumentos de Grecia.

Apolonio de Thyanes, durante el reinado de Domiciano, halló vigentes en Lacedemonia las leyes de Licurgo.

Nerva favoreció á los atenienses. Los monumentos de Herodes Atico y el viage de Pausanias vienen á ser de esta época.

Plinio el menor, en tiempo de Trajano, ruega á Máximo, procónsul de Acaya, que gobierne á Atenas y á Grecia con suave mando.

Adriano restableció los monumentos de Atenas, acabó el templo de Júpiter Olímpico, edificó una nueva ciudad cerca de la antigua, é hizo que floreciesen en Grecia las ciencias, las letras y las artes.

Antonino y Marco-Aurelio colmaron á Atenas de beneficios. El último se dedicó sobre todo á volver á la Academia su antiguo esplendor: aumentó los profesores de filosofía, de elocuencia y de derecho civil, hasta el número de trece; y fueron dos platónicos, dos peripatéticos, dos estóicos, dos epicúreos, dos rectores, dos profesores de derecho civil y un prefecto de la juventud. Luciano, que vivia entonces, dice que Atenas estaba llena de filósofos con largas barbas, mantos, báculos y alforjas.

A fines del siglo que venimos hablando se escribió el Polihistor de Solino, quien describe varios monumentos de Grecia, sin copiar por eso á Plinio el naturalista, tan servilmente como muchos han querido sostener.

Severo privó á Atenas de parte de sus privilegios en castigo de haberse declarado por Pescennio Niger.

Habiendo caido Esparta en el olvido, cuando aun Atenas fijaba la atencion del universo, logró la estimacion de Caracalla, que no podremos menos de mirar como ignominiosa: este príncipe tenia en su ejército un batallon de lacedemonios y una guardia de espartanos para su propia persona.

Habiendo invadido los escitas á Macedonia, en tiempo del emperador Galieno, llegaron á poner sitio á Thesalónica. Recelosos con esto los atenienses, prontamente procuraron reedificar los muros que Sila habia derribado.

Algunos años despues los herulos saquearon á Esparta, Corinto y Argos; pero Atenas pudo libertarse por el esfuerzo de uno de sus ciudadanos, llamado Dexippo, igualmente conocido en las letras y en las armas.

Entonces se abolió la dignidad de arconte, y quedó por primer magistrado el regidor del *agora*, ó mercado público.

Los godos tomaron esta ciudad reinando Claudio II. Quisieron quemar las bibliotecas; pero uno de aquellos bárbaros se opuso. «Conservemos, dijo, estos libros, que hacen que los griegos sean tan fáciles de vencer, y los privan del amor á la gloria.» Pero el ateniense Cleodenio, que habia escapado de las desgracias de su patria, reunió alguna tropa, acometió á los godos, mató un gran número, y dispersó á los demas; haciéndoles ver con esto que la ciencia no escluye el valor.

Atenas se repuso prontamente de este desastre; pues se la ve poco tiempo despues ofrecer honores á Constantino, y recibir gracias. Este príncipe dió al gobernador del Atica el título de gran duque: el cual, fijándose en una familia, vino á ser hereditario, convirtiendo al fin la república de Solon en un principado gótico. En el concilio de Nicea hallamos un obispo de Atenas, llamado Pito.

Constancio, sucesor de Constantino, despues de la muerte de sus hermanos Constantino y Constante, hizo donacion de varias islas á la ciudad de Atenas.

Juliano, educado entre los filósofos del Pórtico, no pudo dejar á Atenas sin derramar lágrimas de dolor. Los Gregorios, los Cirilos, los Basilios, los Crisóstomos, recibieron lecciones de sagrada elocuencia en la patria de los Demóstenes.

Reinando Teodosio Magno, los godos devastaron á Epiro y á Tesalia, y cuando se disponian á pasar á Grecia, fueron contenidos por Teodoro, general de los aqueos, á quien agradecida Atenas levantó estátuas.

Honorio y Arcadio gobernaban el imperio cuando Alarico penetró en Grecia. Zosimo refiere que el conquistador vió al acercarse á Atenas á Minerva que le amenázaba desde lo alto de la ciudadela, y Aquiles en pie delante de las murallas. Si se ha de dar crédito al mismo

historiador, Alarico no se atrevió á saquear una ciudad protegida por los héroes y los dioses. Pero toda esta relacion parece fabulosa. Sinesio, mas cercano á aquella época que Zosimo, compara á Atenas incendiada por los godos, á una víctima que la llama ha devorado, y de la cual no quedan mas que los huesos. Se cree que el Júpiter de Phidias pereció en esta invasion de los bárbaros.

Corinto, Argos, las ciudades de Arcadia, de Elea y de Laconia, sufrieron la misma suerte que Atenas. «Esparta tan famosa, dice tambien Zosimo, no puedo escapar de ella; sus ciudadanos la abandonaron, y sus gefes le fueron traidores: sus gefes viles ministros de los injustos y corrompidos tiranos que entonces gobernaban el Estado.»

Cuando Stilicon vino á echar á Alarico del Peloponeso, acabó de arruinar tan desgraciado pais.

Athenais, hija de Leoncio el Filósofo, conocida con el nombre de Eudoxia, nació en Atenas, y se casó con Teodosio el Jóven (1).

Mientras que Leoncio gobernaba el imperio de Oriente, Genserico penetró de nuevo en Acaya. Procopio no nos dice cual fué la suerte de Esparta y de Atenas en esta nueva invasion.

El mismo historiador en su *Historia Secreta* pinta en los siguientes términos los estragos causados por los bárbaros. «Desde que Justiniano gobierna el imperio, Tracia, el Quersoneso, *Grecia*, y todo el pais que se estiende entre Constantinopla y el golfo de Jonia, han sido devastados todos los años por los antos, los esclavones y los hunos. Mas de doscientos mil romanos han sido muertos ó hechos prisioneros en cada invasion de los bárbaros, y los paises que acabo de nombrar se parecen ya á los desiertos de Escitia.»

(1) No se ha puesto bastante cuidado en el órden cronológico, y asi se coloca indebidamente el casamiento de Eudoxia antes de la toma de Atenas por Alarico. Zonaras dice que Eudoxia, echada de allí por sus hermanos Valerio y Jenesio, se habia visto obligada á huir á Constantinopla: Valerio y Jenesio vivian tranquilamente en su patria, y Eudoxia los elevó á las dignidades del imperio. Toda esta historia del casamiento y de la familia de Eudoxia parece probar que Atenas no padeció tanto cuando pasó por ella Alarico, como dice Sinesio, y que Zosimo puede muy bien tener razon, á lo menos en cuanto al hecho.

Justiniano hizo reparar las murallas de Atenas, y levantar torres en el itsmo de Corinto. En la lista de las ciudades que este príncipe adornó ó fortificó, Procopio no cita á Lacedemonia. Se advierte que los emperadores de Oriente tenian una guardia laconiana ó tzaconiana, segun la pronunciacion introducida entonces. Estas guardias, armadas con picas, llevaban una especie de coraza adornada con figuras de leones: el soldado iba vestido de un casacon de paño, y cubria su cabeza con una capucha. El gefe de esta milicia se llamaba *stratopedarcha*

El imperio de Oriente habia sido dividido en gobiernos llamados *themata*. Lacedemonia vino á ser herencia de los hermanos ó de los hijos mayores del emperador. Los príncipes de Esparta tomaban el título de déspotas, sus mugeres se llamaban despenas, y el gobierno despotado. El déspota residia en Esparta ó en Corinto (1).

Aqui comienza un largo silencio en la historia sobre el pais mas famoso del universo Spon y Chandler pierden á Atenas de vista por espacio de setecientos años: «Ya sea, dice Spon, defecto de la historia, que es corta y oscura en aquellos siglos, ó que la fortuna le haya concedido tan largo descanso.» Sin embargo, se descubren en el curso de estos siglos algunos rastros de Esparta y de Atenas.

Volvemos á hallar el nombre de Atenas en Theophylacto Simocates, historiador del emperador Mauricio. Habla de las musas *que brillan en Atenas con sus mas ricos atavios*, lo que prueba que por el año 590 Atenas era aun mansion de las musas.

El anónimo de Rávena, escritor godo que vivia probablemente en el séptimo siglo, nombra tres veces á Atenas en su geografía, de la que no tenemos mas que un estracto mal hecho por Galateo.

Imperando Miguel III, los esclavones se estendieron por Grecia; Theoctisto los derrotó y arrojó hasta lo interior del Peloponeso. Dos hordas de estos pueblos, cuales fueron los esceritas y los milingos, se establecieron al Oriente y Occidente del Taygetes, que se llamaba enton-

(1) Este título de déspota no era sin embargo peculiar al principado de Esparta, pues habia déspotas de Oriente y de Tesalia, etc.; lo cual causa confusion en la historia

ces Pentadactylo. No obstante el sentir de Constantino-Porphyrogenetes, estos esclavones son los ascendientes de los mainotas, y de consiguiente estos no son los descendientes de los antiguos espartanos, como se cree actualmente, sin saber que no es mas que ridícula opinion de Constantino-Porphyrogenetes (1). Sin duda son estos esclavones los que mudaron el nombre de Amyclea en el de Sclabochorion.

Leemos en las obras de Leon el Gramático, que los habitantes de Grecia, no pudiendo sufrir las injusticias de Chases, hijo de Job y prefecto de Acaya, le apedrearon en una iglesia de Atenas reinando Constantino VII.

En tiempo de Alejo Comneno, algun tiempo antes de las cruzadas, vemos á los turcos talar las islas del Archipiélago y todas las *costas del Occidente*.

En una batalla entre los pisanos y los griegos, un conde, natural del *Peloponeso*, se distinguió por su valor hácia los años de 1085; de consiguiente, el Peloponeso no tenia aun el nombre de Morea.

Las guerras de Alejo Comneno, de Roberto y de Boemundo, tuvieron por teatro á Epiro y Tesalia, y no se nos dice nada de la Grecia propiamente tal. Los primeros cruzados pasaron tambien á Constantinopla sin penetrar en Acaya. Pero en el reinado de Manuel Comneno, sucesor de Alejo, los reyes de Sicilia, los venecianos, los pisanos y los demas pueblos occidentales vinieron sobre el Peloponeso y el Atica. Rogerio I, rey de Sicilia, hizo venir á Palermo artesanos de Atenas, hábiles en el cultivo y trabajo de la seda. Casi por aquel tiempo fué cuando el Peloponeso mudó su nombre en el de Morea; á lo menos encuentro este nombre usado por el historiador Nicetas. Es probable que habiendo llegado á multiplicarse los gusanos de seda en el Oriente, se viesen obligados á multiplicar las moreras: el Peloponeso tomó su nombre del árbol que producia su nueva riqueza.

Rogerio se apoderó de Corfú, de Tebas y de Corinto, y tuvo el atrevimiento, dice Nicetas, de acometer á ciuda-

(1) La opinion de Paw, que hace descender á los mainotas, no de los espartanos, sino de los laconios, á quienes dieron libertad los romanos, no se funda en ninguna verosimilitud histórica.

des mas interiores del pais. Pero segun los historiadores de Venecia, los venecianos socorrieron al emperador de Oriente, vencieron á Rogerio, y le impidieron tomar á Corinto. Fundáronse en este auxilio para pretender dos siglos despues tener derecho á Corinto y al Peloponeso.

Debemos contraer al año 1170 el viage de Benjamin de Tudela por Grecia: pasó por Patrás, Corinto y Tebas, y halló en esta última ciudad dos mil judíos que trabajaban en las telas de seda y se ocupaban en el tinte de la púrpura.

Eustatio era entonces obispo de Tesalónica, y aun se cultivaban con feliz éxito las letras en su patria, pues que este Eustatio es el célebre comentador de Homero.

Los franceses, mandados por Bonifacio, marqués del Monferrato, y Balduino, conde de Flandes; los venecianos, capitaneados por Dandolo, echaron á Alejo de Constantinopla, y restablecieron á Isaac Anjelo en el trono; pero bien pronto se apoderaron ellos mismos del imperio. Á Balduino, conde de Flandes, tocó el imperio, y el marqués de Monferrato fue declarado rey de Tesalónica.

Por aquel tiempo un tirano de la Morea llamado Esguro, natural de Nápoles de Romanía, vino á sitiar á Atenas; pero fué rechazado por el arzobispo Miguel Choniato, hermano del historiador Nicetas. Este arzobispo habia compuesto un poema, en el cual comparaba la Atenas de Pericles con la del siglo XII. Aun quedan algunos versos de este poema manuscrito, en 4.º, número 963, página 116, en la Biblioteca Imperial.

Algun tiempo despues Atenas abrió sus puertas al marqués de Monferrato; Bonifacio dió la investidura del señorío de Tebas y de Atenas á Othon de la Roca; los sucesores de Othon tomaron el título de duques de Atenas y de grandes *sires* ó señores de Tebas. Segun Nicetas, el marqués de Monferrato penetró con sus armas hasta lo último de la Morea, y se apoderó de Argos y de Corinto; pero no pudo tomar el castillo de esta última ciudad, en el que se encerró Leon Esguro.

Mientras que Bonifacio proseguia sus triunfos, un viento favorable traia otros franceses á Modon. Godofredo

de Ville-Hardouin, que los mandaba y que volvia de Tierra Santa, fué á verse con el marqués de Monferrato, que sitiaba á Nápoles. Habiendo tenido Godofredo buena acogida de Bonifacio, emprendió con Guillermo de Champlito la conquista de la Morea. El éxito correspondió á sus esperanzas; todas las ciudades se rindieron á los caballeros, escepto la de Lacedemonia, donde reinaba un tirano llamado Leon Chamareto. Poco tiempo despues fué entregada la Morea á los venecianos, pues les pertenecia segun el tratado general concluido en Constantinopla entre los cruzados. El corsario genovés Leon Scutrano se apoderó por poco tiempo de Coron y de Modon; pero bien pronto le echaron los venecianos.

Guillermo de Champlito tomó el título de príncipe de Acaya. Muerto Guillermo, Godofredo de Ville-Hardouin heredó los bienes de su amigo, y con esto fué príncipe de Acaya y de Morea.

El orígen del imperio otomano se contrae poco mas ó menos al tiempo de que vamos hablando. Soliman Shah salió de los desiertos de los tártaros-oguzios por el año de 1214, y se adelantó hácia el Asia Menor. Demetrio Cantemiro, que nos ha dado la historia de los turcos, segun los autores originales, merece mas crédito que Paulo Jovio y los autores griegos, que confunden á menudo á los sarracenos con los turcos.

Habiendo sido muerto el marqués de Monferrato, su viuda fué declarada regenta del reino de Tesalónica. Atenas, cansada al parecer del mando de Othon de la Roca, ó el de sus descendientes, quiso entregarse á los venecianos; pero le impidió la ejecucion de su proyecto Magaducio, tirano de la Morea: probablemente está provincia habia sacudido ya el yugo de Ville-Hardouin ó de los venecianos. Este nuevo tirano Magaducio tenia bajo su mando á otros tiranos; pues ademas de Leon Esguro, ya nombrado, se encuentra un pescador llamado Esteban, *signori di molti stati nella Morea*, dice Giacomo Diedo.

Teodoro Láscaris reconquistó de los francos una parte de la Morea. La lucha entre los emperadores latinos de Oriente y los emperadores griegos retirados al Asia, duró cincuenta y siete años. Guillermo de Ville-Hardouin,

sucesor de Godofredo, que habia llegado á ser príncipe de Acaya, cayó en manos de Miguel Paleólogo, emperador griego, el cual volvió á entrar en Constantinopla en el mes de agosto de 1261. Para obtener su libertad, Guillermo cedió á Miguel las plazas que poseia en la Morea, se las habia quitado á los venecianos y á los príncipes pequeños que se levantaban y desaparecian á menudo: estas plazas eran Monembasia, Maina, Hierazea y Misitra. Es la primera vez que se lee el nombre de Misitra: Pachymerie le cita sin hacer reflexion alguna, sin admirarse ni casi advertirlo, como si esta Misitra, pequeño señorío de un caballero francés, no fuese la heredera de Lacedemonia.

Hemos visto un poco antes aparecer Lacedemonia bajo su antiguo nombre, cuando estaba gobernada por Leon Chamareto: Misitra fué, pues, por algun tiempo contemporánea de Lacedemonia.

Guillermo cedió ademas al emperador Miguel, Anaplion y Argos; pero el pais de Ciusterna permaneció en litigio. Guillermo es aquel mismo príncipe de la Morea, de quien habla el *señor de Joinville*.

Diedo le llama Guillermo *Villa*, quitándole la mitad del nombre.

Pachimerio nombra por este tiempo á un cierto Teosio, religioso de Morea, el cual dice, el historiador, era *descendiente de los príncipes de aquel pais*: hallamos tambien á una de las hermanas de Juan, heredero del trono de Constantinopla, casarse con Mateo de Valincourt, *francés venido de la Morea.*

Miguel hizo equipar una escuadra, y reconquistó las islas de Naxos, de Paros, de Ceos, de Caristo y de Orea; se apoderó al mismo tiempo de Lacedemonia, que por consiguiente es distinta de Misitra, cedida al emperador por el rescate del príncipe de Acaya. Vemos á los lacedemonios servir en la escuadra de Miguel, y dicen los historiadores que habian sido llevados á Constantinopla, en consideracion á su valor.

El emperador hizo en seguida la guerra á Juan Ducas Sebastocrator, que se habia sublevado contra el imperio: este Juan Ducas era hijo natural de Miguel, déspota de

Occidente. Miguel le sitió en la ciudad de Duras. Juan halló medio de huir á Tebas, donde reinaba un príncipe, el sire Juan, al que Pachimerio llama gran señor de Tebas, y que tal vez era descendiente de Othon de la Roca. Este *Sire Juan* hizo que se casase su hermano Guillermo con la hija de Juan, bastardo del déspota de Occidente.

Seis años despues, un príncipe descendiente de la *ilustre familia de los príncipes de Morea*, disputó á Vecco el patriarcado de Constantinopla.

Muerto Juan, príncipe de Tebas, le heredó su hermano Guillermo, el cual vino á ser tambien por su muger, nieta del déspota de Occidente, príncipe de una parte de Morea; pues el déspota de Occidente, á despecho de los venecianos y del príncipe de Acaya, se habia apoderado de tan hermosa provincia.

Andrónico, despues de la muerte de Miguel, su padre, ascendió al trono de Oriente. Nicéforo, déspota de Occidente, é hijo de aquel Miguel, déspota, que habia conquistado la Morea, siguió á Miguel emperador al sepulcro, y dejó por heredero á un hijo llamado Tomás y una hija llamada Itamara. Esta se casó con Filipo, nieto de Cárlos, rey de Nápoles, y le llevó en dote varias ciudades y gran estension de pais. Es, pues, probable que entonces los sicilianos tuvieron algunas posesiones en Morea.

Por este tiempo encuentro una princesa de Acaya, viuda y de avanzada edad, á la que Andrónico queria casar con su hijo Juan, déspota: esta princesa era tal vez la hija ó la misma muger de Guillermo, príncipe de Acaya, á quien hemos visto en guerra contra Miguel padre de Andrónico.

Algunos años despues un terremoto destruyó á Modon y muchas ciudades de Morea.

Entonces vió Atenas llegarle de Occidente nuevos soberanos. Los catalanes, buscando aventuras, capitaneados por Jimenez y Roger de Lauria y Berenguer, vinieron á ofrecer sus brazos al emperador de Oriente. Descontentos de Andrónico, volvieron sus armas contra el imperio. Talaron la Acaya, y conquistaron á Atenas. En-

tonces fué, y no antes, cuando se ve reinar allí á Delves, príncipe de la casa de Aragon. La historia no dice si halló á los herederos de Othon de la Roca en posesion de Atica y de Beocia.

La invasion de la Morea por Amurates, hijo de Orcan, debe colocarse en la misma época: se ignora cual fué el éxito de esta invasion (1).

Los emperadores Juan Paleólogo y Juan Cantacuzeno, quisieron llevar la guerra á Acaya, incitados por el obispo de Coronea y por Juan Sidero, gobernador de muchas ciudades. El gran duque Apocauco, que se habia rebelado contra el emperador, taló la Morea, llevándolo todo á sangre y fuego.

Ranerio Acciajouli, florentino, echó á los catalanes de Atenas, y gobernó la ciudad por algun tiempo; mas no teniendo herederos legítimos, la dejó en su testamento á la república de Venecia; pero Antonio, su hijo natural, al cual habia colocado en Tebas, despojó á los venecianos de la herencia.

Antonio, príncipe de Atica y de Beocia, tuvo por sucesor á uno de sus parientes, llamado Nerio, el cual fué echado de sus dominios por su hermano Antonio II, y no volvió á ellos hasta despues de muerto el usurpador.

Bayaceto estremecia entonces á Europa y a Asia, y amenazaba arrojarse sobre Grecia. Pero no halló en ninguna parte que se apoderase de Atenas, como dicen Spon y Chandler; los cuales han confundido ademas el órden de los tiempos, haciendo llegar á los catalanes al Atica despues de la supuesta entrada de Bayaceto.

Sea como fuese, el terror que este príncipe causó en toda Europa, produjo uno de los acontecimientos mas particulares de la historia. Teodoro Porphirogenes, déspota de Esparta, era hermano de Andrónico y de Emanuel, sucesivamente emperadores de Constantinopla. Bayaceto amenazaba invadir la Morea; y Teodoro, creyendo que no podria defender su principado, quiso venderle á

(1) Se encuentran algunas noticias de esta invasion en Cantacuceno, lib. I, cap. 39.

los caballeros de Rodas. Filiberto de Naillac, prior de Aquitania y gran maestre de Rodas, compró en nombre de su órden el despotado de Esparta. Envió á dos caballeros franceses, que fueron Raimundo de Leytoure, prior de Tolosa, y Elías del Foso, comendador de Santa Maxencia, á tomar posesion de la patria de Licurgo. Se rompió el contrato, porque Bayaceto, obligado á pasar á Asia, cayó en manos de Tamerlan. Los dos caballeros que se habian fijado ya en Corinto entregaron esta ciudad, y Teodoro volvió el dinero que habia recibido en pago de Lacedemonia.

El sucesor de Teodoro fué otro Teodoro, sobrino del primero, é hijo del emperador Manuel. Teodoro II se casó con una italiana de la casa de Malatesta. Los cabezas de esta ilustre casa tomaron mas adelante, con motivo de esta alianza, el título de duques de Esparta.

Teodoro dejó á su hermano Constantino, apellidado Dragazés, el principado de Laconia. Este Constantino, que ascendió al trono de Constantinopla, fué el último emperador de Oriente.

Cuando no era mas que príncipe de Lacedemonia, Amurates II invadió la Morea, y se apoderó de Atenas. Pero esta ciudad volvió bien pronto al dominio de la familia de Rainerio Acciajouli.

El imperio de Oriente habia acabado, y los últimos restos de la grandeza romana acababan de desvanecerse; Mahometo II habia entrado en Constantinopla. Grecia, aunque amenazada de próxima esclavitud, no sufria todavía las cadenas que se apresuró á pedir á los musulmanes. Franco, hijo del segundo Antonio, llamó á Mahometo á Atenas para despojar á la viuda de Nerio del mando (1). El sultan, que se aprovechaba de estas disputas domésticas para aumentar su poder, favoreció el partido de Franco, y desterró á la viuda de Nerio á Megara. Franco la hizo envenenar. Esta desgraciada princesa tenia un hijo jóven, el cual se quejó tambien á Mahometo; y este vengador del crímen por interes propio despojó de Ática á Franco, dejándole solo á Beocia; asi, pues, Atenas

(1) Se ignora la época de la muerte de Nerio.

sufrió el yugo de los bárbaros en 1455, y se asegura que agradó tanto esta ciudad á Mahometo, que no la saqueó, y que recorrió con cuidado la ciudadela.

Libertó de todo impuesto el convento de Ciriani, situado sobre el monte Himeto, porque su abad fué quien le presentó las llaves de la ciudad. Poco tiempo despues hizo dar muerte á Franco Acciajouli por haber conspirado contra su autoridad.

No nos queda mas que conocer cual fué la suerte de Esparta, ó mas bien de Misitra. Ya he dicho que la gobernaba Constantino Dragazés. Cuando este príncipe pasó á Constantinopla á tomar posesion de la corona imperial, que perdió con la vida, dividió la Morea entre sus dos hermanos Demetrio y Tomás. Dió Misitra á Demetrio y Corinto á Tomás. Los dos hermanos se declararon guerra, y ambos acudieron á Mahometo, asesino de su familia y destructor de su imperio. Los turcos echaron de Corinto á Tomás, el cual huyó á Roma, llevándose las reliquias de San Andrés, que robó á la ciudad de Patrás. Mahometo pasó en seguida á Misitra, y engañó al gobernador para que le entregase la ciudadela, haciéndole luego aserrar por en medio del cuerpo: desterró á Andrinópoli á Demetrio, y se casó con su hija, no cohabitando con ella, parte por respeto, parte por temor.

Tres años despues de este suceso, Segismundo Malatesta, príncipe de Rimini, vino á poner sitio á Misitra: se apoderó de la ciudad, pero no pudo tomar el castillo, y asi se retiró á Italia.

Los venecianos desembarcaron en el Pireo en 1464, sorprendieron á Atenas, la saquearon y se refugiaron á Eubea con su botin.

En el reinado de Soliman I talaron la Morea y se apoderaron de Coron; pero poco despues fueron espulsados por los turcos.

Los venecianos conquistaron de nuevo á Atenas y toda la Morea en 1688; volvieron á perder la primera casi al momento, pero conservaron la segunda hasta el año 1715, en que volvió á poder de los musulmanes. Cuando Catalina II tuvo arte para sublevar al Peloponeso, indujo á es-

te desgraciado pais á que hiciese el último é inútil esfuerzo en favor de su libertad.

No he querido mezclar con los datos históricos los de los viages á Grecia. Solo he citado el de Benjamin de Tudela; pues sube á tan remota antigüedad, y nos dice tan poco, que sin inconveniente podia comprenderse en la série de los anales. Pasemos ahora á la cronología de los viages y de las obras geográficas.

Cuando Atenas, esclava de los musulmanes, desaparece de la historia moderna, vemos comenzar para esta ciudad un nuevo lustre mas digno de su antigua fama: dejando de ser el patrimonio de algunos príncipes desconocidos, recobró, por decirlo asi, su antiguo imperio, y atrajo hácia sus venerables ruinas á todas las artes. Por el año 1465, Francisco Giambetti dibujó algunos monumentos de Atenas. El manuscrito de este arquitecto estaba en vitela, y se veia en la biblioteca Barberini en Roma. Contenia entre otras cosas curiosas, el diseño de la torre de los *Vientos*, en Atenas, y el de las ruinas de Lacedemonia á cuatro ó cinco millas del Misitra: Spon observa con este motivo que Misitra no ocupa el mismo sitio de Esparta como lo habia dicho Guillet, siguiendo á Sophiano, Niger, y Ortelio. Spon añade: «Considero el manuscrito de Giambetti, tanto mas curioso, cuanto que los diseños han sido sacados antes que los turcos se hubiesen hecho dueños de Grecia, y hubiesen arruinado varios monumentos hermosos que permanecian intactos.» La observacion es exacta en cuanto á los monumentos, pero falsa en cuanto á las fechas; pues los turcos eran ya dueños de Grecia en 1465.

Nicolás Jerbel publicó en Basilea en 1550 su obra titulada: *Pro declaratione picturæ, sive descriptionis Grœtiæ Sophiani libri septem*. Esta descripcion, escelente para el tiempo en que se escribió, es clara, breve é importante. Jerbel solo habla de la antigua Grecia; en cuanto á Atenas moderna, dice: *Æneas Silvius Athenas parvi oppiduli speciem gerere dicit, cujus munitissimam adhuc arcem Florentinus quidam Mahometi tradiderit, ut nimis veré Ovidius dixerit:*

¿Quid Pandioniæ restant, nisi nomen, Athenæ?

¡O rerum humanarum miserabilis vicis! ¡O tragicam humanæ potentiæ permutationem! Civitas olim muris, navalibus, ædificiis, armis, opibus, viris, prudentia, atque omni sapientiâ florentissima, in oppidulum, seu potiùs vicum, redacta est. Olim libera, et suis legibus vivens; nunc immanisimis belluis, servitutis jugo obstricta. Proficiscere Athenas, et pro magnificentissimis operibus videto rudera, et lamentabiles ruinas. Noli, noli nimiùm fidere viribus tuis; sed in eum confidito qui dicit: Ego Dominus Deus vester.

Esta apóstrofe de un sábio anciano y respetable á las ruinas de Atenas, no puede menos de enternecer, moviéndonos á manifestar el mayor agradecimiento á unos hombres que nos han abierto el camino de la admirable antigüedad.

Dupinet decia que Atenas no era mas que un lugarejo espuesto á la voracidad de las zorras y de los lobos.

Lauremberg, en su descripcion de Atenas, esclama: *Fuit quondam Græcia, fuerunt Athenæ: nunc neque in Græcia Athenæ, neque in ipsa Græcia Græcia est.*

Ortelio, apellidado el Ptolomeo de su tiempo, dió algunas noticias sobre la Grecia en su *Theatrum orbis terrarum* y en su *Symonyma Geographia*, impresa con el título de *Thesaurus Geograficus*; pero confunde indebidamente á Esparta con Misitra: creia tambien que en Atenas no quedaban mas que un castillo y algunas chozas. *Nunc casulæ tantùm supersunt quædam.*

Martin Crusio, profesor de griego y latin en la universidad de Tubinga, hácia fines del siglo XVI, se informó detenidamente de la suerte del Peloponeso y del Atica. Sus ocho libros intitulados *Turcogræcia*, dan razon del estado de Grecia desde el año de 1444, hasta el tiempo en que Crusio escribia. El libro primero contiene la historia política, y el segundo la eclesiástica de tan interesante pais: los otros seis libros contienen cartas de varios griegos modernos dirigidas á diferentes personas. Dos de estas cartas contienen algunas noticias acerca de Atenas, que merecen ser conocidas.

Al docto Martin Crusio, profesor de literatura griega y latina en la universidad de Tubinga, y muy amado en Jesucristo.

. . . .

«Como he nacido en Nauplia, ciudad del Peloponeso, poco distante de Atenas, he visto muchas veces esta última ciudad. He recorrido cuidadosamente sus monumentos, que son el Areópago, la antigua Academia, el liceo de Aristóteles, y en fin, el Panteon. Este edificio es el mas elevado, y sobrepuja á todos los demas en hermosura. En su parte esterior y todo alrededor, se ve representada en relieve la historia de los griegos y de los dioses. Se advierte sobre todo encima de la puerta principal unos caballos que parecen vivos, y que se les creeria oir relinchar: se dice que son obra de Praxiteles, y pareceria que se habia comunicado á la piedra todo el talento del artista. Hay en este sitio otras varias cosas dignas de ser vistas. No hablo de la colina opuesta, en la cual crecen toda clase de yerbas útiles en medicina, y á la que llamo jardin de Adonis. No hablo tampoco de la suavidad del aire, de las buenas aguas, y de otras preciosidades de Atenas: de donde proviene que sus habitantes, no obstante haber caido en la barbarie, conservan todavía algun recuerdo de lo que fueron. Se distinguen por la pureza de su lenguaje; pues como sirenas encantan á los que los escuchan con la variedad de sus acentos.... Pero ¿por qué he de seguir hablando de Atenas? la piel del animal queda; pero el animal pereció.»

Constantinopla, 1575.

Siempre vuestro amigo,
TEODORO ZYGOMALAS,
Protonotario de la iglesia mayor de Constantinopla.

Esta carta contiene muchos errores; pero es preciosa por la antigüedad de su fecha. Zygomalas dió á conocer la existencia del templo de Minerva, que se creia destruido, y al que llama sin razon el Panteon.

La segunda carta escrita á Crusio por un tal Cabasilas, de la ciudad de Acarnania, añade alguna cosa á las noticias del protonotario.

«Atenas se componia en otro tiempo de tres partes igualmente pobladas. Hoy dia la primera parte situada en un parage elevado, comprende la ciudadela y un templo dedicado al Dios Desconocido: en esta primera parte habitan los turcos. Entre esta y la tercera se halla la segunda, donde residen los cristianos. Despues de esta segunda parte, se sigue la tercera, sobre cuya puerta se lee esta inscripcion:

C'EST ICI ATHENES
L'ANCIENNE VILLE DE THÉSÉÉ.

«En esta última parte se ve un palacio, cubiertas sus paredes de grandes mármoles, y sostenido por columnas. Tambien se ven casas habitadas. Todo el circuito de la ciudad puede ser de seis á siete millas, y contiene como doce mil habitantes.»

SIMEON CABASILAS
de la ciudad de Acarnania.

Se pueden notar cuatro cosas importantes en esta descripcion: 1.° el Partenon habia sido dedicado por los cristianos al Dios Desconocido de San Pablo. Spon se burla sin motivo de Guillet sobre esta dedicatoria; pero Deshayes la ha citado en sus viages. 2.° El templo de Júpiter Olímpico, que es el palacio de mármol, subsistia casi entero en tiempo de Cabasilas, los demas viageros solo han visto sus ruinas. 3.° Atenas estaba dividida como en el dia; pero contenia doce mil habitantes, y ya no tiene mas que ocho mil. Se veian varias casas hácia el templo de Júpiter Olímpico; pero esta parte de la ciudad está actualmente desierta. 4.° En fin, la puerta con la inscripcion:

C'EST ICI ATHENES
L'ANCIENNE VILLE DE THÉSÉÉ,

se ha conservado hasta nuestros dias: se lee en la otra fachada, por el lado del Andrianópolis á la *Athenæ novæ.*

C'EST ICILA VILLE D'ADRIEN
ET NON PAS LA VILLE DE THÉSÉÉ.

Antes de publicarse la obra de Martin Crusio, Belon habia dado á luz en francés (1555) sus *Observaciones de varias particularidades y cosas memorables halladas en Grecia.* No he citado su obra, porque este sábio botánico no recorrió mas que las islas del Archipiélago, el monte Athos, y una pequeña parte de Tracia y de Macedonia.

D'Anville, con sus comentarios, ha dado celebridad á los trabajos literarios de Deshayes acerca de Jerusalen; pero generalmente ignora que este Deshayes es el primer viagero moderno que nos ha hablado de la Grecia propiamente tal: su embajada á Palestina ha hecho olvidar su viage á Atenas. Estuvo en esta ciudad entre los años de 1621 y 1630. Los apasionados al estudio de las antigüedades no dejarán de complacerse de ver copiado aquí el artículo original del primer viage á Atenas; pues las cartas de Zygomalas y de Cabasilas no pueden llamarse relacion de un viage.

«De Megara hasta Atenas no hay mas que una corta jornada, que nos duró menos tiempo que si hubiésemos caminado dos leguas: no hay bosque alguno que recree mas la vista que este hermoso camino: se anda por una gran llanura cubierta de olivos y naranjos, se deja el mar á mano derecha, y las colinas á mano izquierda, y de estas colinas se derraman mil cristalinos arroyos, en tal manera, que parece que la naturaleza se ha esforzado en hacer á este pais el mas delicioso del mundo.

«La ciudad de Atenas está situada en el declive, y alrededor de una roca que se eleva sobre la llanura, la cual termina en el mar, que tiene al Mediodía, y por otro lado en magestuosas montañas que la cierran por el lado del Septentrion. No es ni la mitad de grande que lo era en otro tiempo, como puede verse por las ruinas, á las que el tiempo no ha hecho tanto daño, como la barbarie de las naciones que tantas veces han saqueado y destruido esta

ciudad. Los edificios antiguos que aun subsisten demuestran la magnificencia de sus dueños, pues que prodigaron las columnas, pilastras y demas adornos de mármol. Sobre la roca se levanta el castillo, que aun conservan y defienden los turcos. Entre varios edificios antiguos sobresale un templo, que permanece tan entero é intacto como si se acabase de construir: su órden y estructura son admirables, su forma es ovalada, y tanto por fuera como por dentro está sostenido por tres filas de columnas de mármol, con sus bases y chapiteles: detrás de cada columna hay una pilastra del mismo órden y proporcion. Los cristianos del pais dicen que este templo es el mismo que estaba dedicado al Dios Desconocido, y en el cual predicó San Pablo; ahora sirve de mezquita, y los turcos van á él á hacer sus oraciones. Esta ciudad goza de un temple muy suave, y los astros mas maléficos pierden sus malas influencias cuando miran á este pais: lo que puede conocerse fácilmente, tanto por su fertilidad, cuanto por los mármoles y piedras, las cuales, despues de tanto tiempo como hace están espuestas al aire, no están ni deterioradas ni gastadas. Puede uno dormir en el campo con la cabeza descubierta, sin sentir incomodidad alguna; en fin, el aire que se respira es tan agradable y templado, que se advierte una gran mudanza cuando uno se aleja de él. En cuanto á los habitantes de este pais, todos son griegos, que son tratados cruel y bárbaramente por los turcos que viven allí, aunque estos sean en corto número. Hay un cadí para la administracion de justicia, una especie de preboste llamado *soubachy*, y algunos genízaros que vienen de Constantinopla de tres en tres meses. Todos estos oficiales hicieron muchos honores al señor Deshayes cuando pasamos por allí, y todos los gastos de la embajada los costeó el gran señor.

«Saliendo de Atenas se atraviesa por la gran llanura, que está toda cubierta de olivos, y regada por muchos arroyuelos que aumentan su fertilidad. Despues de haber caminado como una hora larga, se llega á la marina, donde hay un gran puerto muy escelente, el cual en otro tiempo se cerraba con una cadena: los naturales del pais, le llaman puerto Leon, á causa de un gran leon de piedra

que aun subsiste; pero los antiguos le llamaban el puerto del Pireo, y es donde los atenienses reunian sus escuadras, para embarcarse en ellas.»

Es notable la ignorancia del secretario de Deshayes (pues no es el mismo Deshayes quien escribe); pero se advierte la admiracion profunda que causaba el aspecto de los monumentos de Atenas, cuando el mas hermoso subsistia aun en todo su esplendor.

El establecimiento de los consulados franceses en Atica es anterior algunos años al viage de Deshayes.

Creí al principio que Stochove habia visto á Atenas en 1630; pero confrontado su texto con el de Deshayes, me he convencido de que el caballero flamenco no habia hecho mas que copiar al embajador francés.

El padre Antonio Pacífico dió en 1636 en Venecia su *Descripcion de la Morea*, obra escrita sin método, y en la cual se confunde á Esparta con Misitra.

Algunos años despues vemos llegar á Grecia aquellos misioneros que llevaban á todos los paises el nombre, la gloria, y el amor de Francia. Los jesuitas de Paris se establecieron en Atenas por el año 1645; los capuchinos se fijaron en 1658 y en 1669, y el padre Simon compró la *Linterna de Demóstenes*, para que sirviese de hospedería á los viageros.

De Monceaux recorrió la Grecia en 1668: tenemos el estracto de su viage, impreso á continuacion del de Bruyn. Ha descrito antigüedades, sobre todo de Morea, de las que ya no queda rastro alguno. De Monceaux viajaba con Mr. l'Aisne, por órden de Luis XIV.

Las caritativas ocupaciones de los misioneros no les impedian ocuparse en trabajos que podian ser útiles y honoríficos á su patria: el padre Babin, jesuita, dió en 1672 una *relacion del estado actual de la ciudad de Atenas* de la que fué editor Spon: hasta entonces no se habia visto una obra tan completa y exacta sobre las antigüedades de Atenas.

Mr de Nointel, embajador francés cerca de la Puerta, pasó por Atenas en el año 1674: le acompañaba el sabio orientalista Galland, quien hizo dibujar los bajos relieves del Parthenon. Estos bajos relieves perecieron ya, por lo que se hacen muy apreciables los dibujos citados; pero aun

estos no se han dado á luz, escepto el del frontispicio del templo de Minerva (1).

Guillet publicó en 1675, bajo el nombre de su supuesto hermano la Guilletiere, la *Atenas antigua y moderna*. Esta obra, que no es mas que una novela, produjo gran disputa entre los anticuaries. Spon descubrió los errores é imposturas de Guillet: agraviado éste escribió una carta en forma de diálogo, contra los viages del médico leonés. Entonces Spon no guardó ya mas consideraciones, y probó que Guillet ó la Guilletiere no habia puesto jamás los pies en Atenas; que habia compuesto su rapsodia, valiéndose de memorias pedidas á nuestros misioneros, y presentó una lista de las preguntas hechas por Guillet á un capuchino de Patras: en fin, publicó un catálogo de ciento doce errores muy notables cometidos por el autor de *Átenas antigua y moderna* en su obra ó novela.

Guillet ó la Guilletiere no merece, pues, ninguna confianza como viagero; pero su obra, si atendemos á la época en que la publicó, no deja de tener algun mérito. Guillet aprovechó las noticias que le comunicaron los padres Simon y Bernabé, ambos misioneros en Atenas; y cita un monumento, que es el *Phanari tou Diogenis*, el cual no existia ya en tiempo de Spon.

El viage de Spon y de Wheler, ejecutado en los años 1675 y 1676, se publicó en 1678.

Todo el mundo conoce el mérito de esta obra, donde con una crítica hasta entonces desconocida, se tratan las materias pertenecientes á las nobles artes y á las antigüedades. El estilo de Spon es pesado é incorrecto; pero tiene aquella sencillez y franqueza que corresponde á las producciones de su siglo.

El conde de Winchelsea, embajador de la córte de Lóndres, estuvo en Atenas en el mismo año de 1676, y se llevó á Inglaterra algunos trozos de escultura.

Mientras que todas las investigaciones se dirigian hácia el Atica, se olvidaba la Laconia. Guillet, animado con el despacho de sus primeras imposturas, dió en 1676 su obra

(1) Puede verse en el atlas de la nueva edicion francesa del viage de Anacharsis.

de *Lacedemonia antigua y moderna.* Meursio habia publicado sus diferentes tratados, de *Populis Atticæ, de Festis Græcorum, etc. etc.*; proporcionando de este modo un almacen completo de erudicion á quien quisiese hablar de Grecia. La segunda obra de Guillet está llena de enormes errores en cuanto á las localidades de Esparta. El autor quiere absolutamente que Misitra sea Lacedemonia, y él es el que ha estendido tan grande equivocacion. «Sin embargo, dice Spon, Misitra no está en el mismo parage en que estuvo Esparta, lo sé por Mr. Giraud, Mr. Vernon y otros, etc.»

Hacia veinte años que Giraud era cónsul de Francia en Atenas, cuando Spon viajaba por Grecia, y sabia el turco, el griego vulgar y el literal. Habia comenzado una descripcion de la Morea; pero como pasó al servicio de la Gran Bretaña, es probable que sus manuscritos habrán ido á parar á aquel pais.

No queda de Vernon (1), viagero inglés, mas que una carta impresa en las *Philosophical Transactions*, en 24 de abril de 1676: en ella Vernon indica rápidamente sus observaciones en Grecia.

«Esparta, dice, es un desierto: Misitra, que no dista mas que cuatro millas, está habitada. Se ven en Esparta casi todas las paredes de las torres y los cimientos de los templos, con varias columnas derribadas, como tambien sus chapiteles. Aun subsiste un teatro entero. En otro tiempo tuvo cinco millas de circuito, y está situada á medio cuarto de legua del rio Eurotas (2).»

Debe observarse que Guillet indica en el prólogo de su obra varias memorias manuscritas sobre Lacedemonia. «Las menos defectuosas, dice, se hallan en poder de monsieur Saint-Challier, secretario de la embajada de Francia en el Piamonte.»

Hemos llegado á otra época de la historia de Atenas. Los viageros que hemos citado hasta ahora, habian visto intactos algunos de los mas sublimes monumentos de Pericles; pero Pococke, Chandler y Leroy, solo pudieron ad-

(1) Spon escribe casi siempre *Vernhum*. Esta geografia no es inglesa.
(2) Me sirvo de la traduccion de Spon, porque carezco del original.

mirar ruinas. En 1687, mientras que Luis XIV hacia erigir la columnata del Louvre, los venecianos derribaban el templo de Minerva. Hablaré en el Itinerario de este deplorable acontecimiento, fruto de las victorias de Koningsmarck y de Morosini.

En este mismo año de 1687 se publicó en Venecia la *noticia del Ducato de Atene*, de Pedro Pacífico, obra superficial, sin crítica, y sin sabias investigaciones.

El padre Coronelli, en su *Descripcion geográfica de la Morea reconquistada por los venecianos*, ha manifestado mucha erudicion; pero nada dice de nuevo, y tampoco podemos fiarnos en sus mapas y en sus citas. Forman un contraste bastante notable las cortas proezas que refiere con los célebres parages en que se ejecutaron. Sin embargo, hallamos entre los héroes de esta conquista un príncipe de Turena, que combatió cerca de Pylos, dice Coronelli, con aquel valor propio de toda su familia. Coronelli confunde á Esparta con Misitra.

La *Atene Attica* de Fanelli principia su historia de Atenas desde el orígen de esta ciudad, y la continúa hasta la época en que escribe su obra. Sin embargo, tiene poco mérito en cuanto á antigüedades, aunque se encuentran noticias curiosas sobre el sitio de Atenas por los venecianos en 1687, y un plano de esta ciudad, del cual parece se aprovechó Chandler.

Paulo Lucas es célebre entre los viageros, cosa que me causa admiracion. Seguramente que divierten los cuentos que inventa: las batallas que sostiene él solo contra cincuenta ladrones, los disformes huesos que encuentra á cada paso, las ciudades de gigantes que descubre, las tres ó cuatro mil pirámides que halla en un gran camino, y que nadie habia visto antes, pueden ser patrañas entretenidas, pero estropea todas las inscripciones que copia, son contínuos sus plagios, y su descripcion de Jerusalen es copiada palabra por palabra de la de Deshayes; en fin, habla de Atenas como si jamás la hubiese visto, y asi lo que dice de ella es uno de los cuentos mas grandes que jamás se haya atrevido á inventar un viagero. Oigámosle pues:

«Sus ruinas, como puede advertirse, son la parte mas

notable. En efecto, aunque hay muchas casas, y el clima es muy sano, no hay casi habitantes. Se goza de una comodidad que no se encuentra en ninguna otra parte; habita en ellas el que se le antoja y de balde. Ademas, si esta célebre ciudad es entre todas las antiguas la que ha dedicado mayor número de monumentos á la posteridad, se puede decir que la bondad de su clima ha conservado mas que en ningun otro parage del mundo, á lo menos de los que he visto. Parece que en otras partes se han complacido los hombres en derribarlo todo, y la guerra ha causado estragos, que arruinando los pueblos, han desfigurado sus mas bellos edificios. Solo Atenas, sea por casualidad, sea por el respeto que naturalmente se debe tener á una ciudad que fué mansion de las ciencias, por lo cual es amada de todo el mundo; Atenas, digo, ha sido la única que ha escapado de la universal destruccion: se encuentran por todas partes pródigamente derramados mármoles de una hermosura y tamaño estraordinarios, columnas de granito y de jaspe.»

Nada de esto es verdad; Atenas está muy poblada; las casas no se dan de balde; no se encuentran á cada paso columnas de granito y de jaspe; en fin, diez y siete años antes del de 1704, los monumentos de esta célebre ciudad habian sido derribados por los venecianos. Lo mas estraño es que se poseian ya los diseños de Mr. de Nointel, y el viage de Spon, cuando Paulo Lucas imprimió esta relacion digna de las *Mil y una noches*.

La relacion del viage del señor Pelegrin *al reino de Morea*, es de 1718. El autor parece haber sido hombre de poca instruccion y menos talento: su miserable folleto, que consta de ciento ochenta y dos páginas, es una coleccion de anécdotas amorosas, canciones y otros malos versos. Los venecianos habian quedado dueños de la Morea desde el año 1685, y la perdieron en 1715. Pelegrin ha dado la historia de esta última conquista de los turcos, y esto es lo único interesante de su relacion.

El abate Furmontalla, de órden de Luis XV, pasó á buscar á Levante inscripciones y manuscritos. Su viage ha quedado manuscrito, y solo se han publicado algunos pasages de él, siendo de desear que se imprimiese todo;

pues no tenemos nada completo sobre los monumentos del Peloponeso.

Pococke estuvo en Atenas de vuelta de Egipto, y ha descrito los monumentos del Atica con aquella exactitud que da á conocer las artes sin hacerlas amar.

Wood, Hawkins y Bouvrie, hacian entonces sus estimables viages en honor de Homero.

El primer viage pintoresco de Grecia es el de Leroy. Chandler acusa al artista francés de no ser exacto en algunos diseños; yo mismo encuentro en ellos adornos superfluos: los cortes y planos de Leroy no tienen la escrupulosa fidelidad de los de Stuardo; pero de cualquier modo que sea, su obra es un monumento honroso para Francia. Leroy estuvo en Lacedemonia, que distingue muy bien de Misitra, cuyo teatro y *dromos* halló.

No sé si las *Ruins of Athens* de Roberto Sayer son una traduccion inglesa y un nuevo grabado de las láminas de Leroy; confieso igualmente mi ignorancia acerca de la obra de Pars, á quien Chandler elogia de contínuo.

El año 1761 Stuardo enriqueció á su patria con la obra tan conocida bajo el título de *Antiquities of Athens*; es obra de gran trabajo, útil sobre todo á los artistas, y está ejecutada con aquella exactitud en las medidas que tanto se procura actualmente; pero el efecto general de los cuadros no es bueno: la verdad que se encuentra en los pormenores falta en el todo; el lápiz y el buril británico no tienen bastante pureza para representar las líneas tan delicadas de los monumentos de Pericles; siempre se nota algo vago y débil en las composiciones inglesas. Cuando la escena se representa bajo el cielo de Lóndres, su estilo vaporoso, por decirlo asi, causa cierto agrado; pero tambien desluce los brillantes paisages de Grecia.

El viage de Chandler, publicado poco despues de las *antiguedades* de Stuardo, puede servir por todos los demas. El doctor inglés ha manifestado en su trabajo particular exactitud, fácil y profunda erudicion, sana crítica, juicio delicado. No le haré mas que una reconvencion, y es la de hablar á menudo de Wheler, y no nombrar á Spon sino con manifiesta repugnancia. Spon merece que se hable de él, cuando se cita al compañero de sus traba-

jos. Chandler, como sábio y viagero, debia haberse olvidado de que era inglés. Ha publicado en 1805 una obra sobre Atenas, que no he podido adquirir.

Riedesel recorrió el Peloponeso y el Atica en el año de 1773: su obra, que es un tomito, contiene frecuentes y sabias reflexiones sobre las costumbres, leyes y religion de los griegos y turcos: este baron aleman viajaba por Morea tres años despues de la espedicion de los rusos, cuando una multitud de monumentos habian perecido en Esparta, en Argos, en Magalópolis, de resultas de esta invasion, asi como las antigüedades de Atenas sufrieron su última destruccion por la espedicion de los venecianos.

El primer tomo de la magnífica obra de Mr. de Choiseul salió á luz á principios del año 1778. Solo advertiré que Mr. de Choiseul no ha publicado aun los monumentos del Atica y del Peloponeso. El autor estaba en Atenas en 1784, y creo que en aquel mismo año fué cuando Mr. de Chabert determinó la latitud del templo de Minerva.

Las indagaciones de los señores Foucherot y Fauvel comenzaron por el año 1780, y continuaron en los siguientes. Las memorias del último viagero dan á conocer parages y antigüedades ignoradas hasta entonces. He vivido en casa de Mr. Fauvel, en Atenas, y hablaré en otro lugar de sus trabajos literarios.

Por aquellos mismos tiempos recorria la Grecia nuestro gran helenista d'Ansse de Villoison; pero no hemos podido gozar del fruto de sus estudios.

Mr. Lechevalier estuvo por muy corto tiempo en Atenas en el año de 1785.

El viage de Mr. de Scrofani es filosófico, político, económico, etc.; pero inútil para el estudio de la antigüedad; sin embargo, las observaciones del autor sobre la naturaleza del terreno de Morea, su poblacion y comercio, son escelentes y nuevas.

Al mismo tiempo que se verificaba el viage de Mr. Scrofani, dos ingleses subieron al punto mas elevado del Tayjetes.

El 1797, los señores Dixo y Nicolo Stephanópoli, fueron enviados á la república de Maina por el gobierno francés. Estos viageros alaban aquella república, acerca de la cual

se ha hablado mucho. Pero tengo la desgracia de mirar á los maniotas como á una reunion de bandidos, de orígen esclavon, que no son los descendientes de los antiguos espartanos, asi como los drusos no lo son del conde de Dreux; por tanto, no puedo tomar parte en el entusiasmo de los que miran á estos piratas del Tayjetes, como á los virtuosos herederos de la libertad lacedemonia.

La mejor guia para la Morea seria seguramente monsieur Poucqueville, si hubiese podido ver por sí mismo todos los sitios que describe; pero por desgracia estuvo prisionero en Tripoliza.

Entonces el embajador inglés en Constantinopla, lord Elgin, hacia en Grecia los trabajos y estragos que tendré ocasion de alabar y de sentir. Poco tiempo despues sus compatriotas Swinton y Hawkins visitaron á Atenas, Esparta y Olimpia.

Los fragmentos para servir al conocimiento de la Grecia actual, terminan la lista de todos estos viages, y en efecto no son mas que fragmentos.

Reasumamos ahora en pocas palabras la historia de los monumentos de Atenas. El Parthenon, el templo de la Victoria, una gran parte del templo de Júpiter Olímpico, otro monumento llamado por Guillet la *Linterna de Diógenes*, fueron vistos en todo su esplendor por Zigomalas, Cabasilas y Deshayes.

De Monceaux, el marqués de Nointel, Galland, el padre Babin, Spon y Wheler, admiraron aun el Parthenon en toda su integridad; pero la Linterna de Diógenes habia desaparecido, y el templo de la Victoria habia sido volado por la esplosion de un almacen de pólvora (1), no quedando ya mas que el frontispicio.

Pococke, Leroy, Stuardo, Chandler, hallaron el Parthenon medio arruinado por las bombas de los venecianos, y la fachada del templo de la Victoria derribada. Desde entonces se han aumentado las ruinas.

La Europa ilustrada se consuela con los diseños del marqués de Nointel, los viages pintorescos de Leroy y de Stuardo: Mr. Fauvel ha sacado el molde de dos cariátidas

(1) Este accidente acaeció en 1656.

del Pandroseo, y algunos bajos relives del templo de Minerva; una metopa del mismo templo se halla en poder de Mr. de Choiseul: lord Elgin se apoderó de otras muchas, que tal vez habrán perecido en un naufragio junto á Cérigo: Mr. Switon y Mr. Hawkins, poseen un trofeo de bronce hallado en Olimpia: la estátua mutilada de Céres Eleusina está tambien en Inglaterra; en fin, tenemos en *barro cocido* el monumento coràjico de Lysicrates. Es cosa triste de notar, que los pueblos civilizados de Europa han hecho mas daño á los monumentos de Atenas en el espacio de ciento cincuenta años, que todos los bárbaros juntos en una larga série de siglos, y que Alarico y Mahometo II habian respetado el Parthenon, que derribaron luego Morosini y lord Elgin.

MEMORIA SEGUNDA.

Dije que me proponia examinar en esta segunda memoria la autenticidad de las tradiciones cristianas en Jerusalen. En cuanto á la historia de esta ciudad, como no presenta oscuridad alguna, no necesita esplicaciones preliminares.

Las tradiciones de la Tierra Santa sacan su certeza de tres principios: de la historia, de la religion, de los parages ó de las localidades. Considerémoslas, pues, por lo que respecta á la historia.

Nuestro Señor Jesucristo, acompañado de sus apóstoles, cumplió en Jerusalen los misterios de la pasion. Los cuatro evangelios son los primeros documentos que nos representan las acciones del Hijo del Hombre. Las actas de Pilato, conservadas en Roma en tiempo de Tertuliano (1) atestiguan el hecho principal de esta historia, esto es, que Jesus Nazareno fué crucificado.

(1) *Apolog. adver, Gents.*

El Redentor espira; José de Arimatea obtiene el sagrado cuerpo, y le deposita en un sepulcro al pie del Calvario. El Mesías resucita al tercero dia; se manifiesta á sus apóstoles y á sus discípulos, les da sus instrucciones, y despues asciende á la derecha de su Padre. Desde entonces la iglesia comienza en Jerusalen.

Fácilmente se debe creer que los apóstoles, los discípulos, y los parientes del Salvador, segun la carne, que componian esta primera iglesia del mundo, no ignoraban nada de la vida y muerte de nuestro Señor Jesucristo. Es esencial advertir que el monte Gólgota estaba entonces fuera de la ciudad, asi como el de las Olivas, de donde resultaba que los apóstoles podian orar mas libremente en los sitios santificados por el divino Maestro.

El conocimiento de estos lugares no se limitó por mucho tiempo á un corto número de discípulos: San Pedro en solo dos predicaciones convirtió á ocho mil personas en Jerusalen (1): Jacobo, hermano, esto es, pariente del Salvador, fué elegido primer obispo de esta iglesia el año 35 de nuestra era (2), y tuvo por sucesor á Simeon, primo de Jesucristo (3). En seguida se halla una série de trece obispos de orígen judío, que llenan un espacio de ciento veinte y tres años, desde Tiberio hasta el reinado de Adriano. Estos obispos fueron los siguientes: Justo, Zacheo, Tobías, Benjamin, Juan, Matías, Felipe, Séneca, Justo II, Levi, Efro, José y Judas (4).

Si los primeros cristianos de Judea consagraron monumentos á su culto, no es probable que los erigiesen con preferencia en los sitios ilustrados con algunos milagros de la fé. ¿Y cómo podremos dudar que desde el principio hubo santuarios en Palestina, cuando los fieles los poseian en Roma mismo y en todas las provincias del imperio? Cuando San Pablo y los demas apóstoles dan consejos y leyes á las iglesias de Europa y Asia, ¿á quienes se dirigen sino á las congregaciones de fieles que se reunian en un parage bajo la direccion de un pastor? ¿No es esto mis-

(1) *Act. Apost.*, cap. 2 y 4.
(2) Eus., *Hist. eccle.*, lib. II, cap. 2.
(3) *Idem*, lib. III, cap. 11, 33.
(4) *Idem.*, lib. III, cap 35; y lib. IV, cap. 5.

mo lo que indica la palabra *Ecclesia*, que en griego significa á un mismo tiempo *junta y lugar* de la *junta*? San Cirilo la entiende en este último sentido (1).

La eleccion de los siete diáconos (2), el año 33 de nuestra era; y el primer concilio celebrado el año 51 (3), manifiestan que los apóstoles tenian en la Santa Ciudad sitios particulares de reunion. Es de creer tambien que el Santo Sepulcro fué venerado desde el principio del cristianismo con el nombre del *Martyrion* ó del *Testimonio*. A lo menos San Cirilo, obispo de Jerusalen, predicando el año de 347 en la iglesia del Calvario, dice: «Este templo no tiene como los demas el nombre de iglesia; pero se le llama *Testimonio*, como predijo el profeta (4).»

Al principio de la guerra de Judea, en el imperio de Vespasiano, los cristianos de Jerusalen se retiraron á Pela (5), y asi que fué tomada la ciudad, volvieron á habitar sus ruinas. En el espacio de algunos meses (6), no pudieron olvidar la situacion de sus santuarios, los cuales hallándose ademas fuera de murallas, no debieron de sufrir mucho. Simeon, sucesor de Jacobo, gobernaba la iglesia de Judea cuando fué tomada Jerusalen; pues vemos á este mismo Simeon, que tenia entonces ciento veinte años, recibir la corona del martirio en el imperio de Trajano (7). Los demas obispos que he nombrado, y que llegan hasta el tiempo de Adriano, se establecieron entre las ruinas de la Santa Ciudad, conservando las tradiciones cristianas.

Con un hecho incontestable se prueba que los Santos Lugares fueron generalmente conocidos en el siglo de Adriano. Cuando este emperador restableció á Jerusalen, erigió una estátua á Venus sobre el monte Calvario, y otra á Júpiter sobre el Santo Sepulcro. La gruta de Belen fué dedicada al culto de Adonis (8). De este modo la locu-

(1) *Catech. XVIII.*
(2) *Act. Apost.*, cap. 6.
(3) *Act. Apost.*, cap. 15.
(4) S. Cir, *Cat. XVI, Illum.*
(5) Eus., *Hist. eccle.*, lib. III, cap. 5.
(6) Tito puso sitio á Jerusalen por el tiempo de las fiestas de Pascua del año 70, y tomó la ciudad en setiembre del mismo año.
(7) Eus., *Hist. eccle.*, lib. III, cap. 33.
(8) Hieron., *Epist. ad Paul;* Ruff.; Sozom, *Hist. eccle.* lib. II, capi-

ra de la idolatría publicó con sus imprudentes profanaciones el celo de la cruz que tanto le interesaba ocultar. La fé hacia tan rápidos progresos en Palestina, antes de la última sedicion de los judíos, que Barcochebas, caudillo de esta sedicion, habia perseguido á los cristianos para obligarles á que abandonasen su culto (1).

Apenas hubo Adriano dispersado la iglesia judía de Jerusalen en el año 137 de Jesucristo, cuando vemos comenzar la iglesia de los gentiles en la Santa Ciudad. Marcos fué el primer obispo, y Eusebio nos da una lista de sus sucesores, hasta el tiempo de Diocleciano. Estos fueron Casiano, Publio, Máximo, Julian, Cayo, Simaco, Cayo II, Julio II, Capiton, Valente, Doliquio, Narciso, que fué el treinta despues de los apóstoles (2). Dió, Jermanio, Gordio (3), Alejandro (4), Mazabano (5), Himeneo (6), Zabdas, Hermon (7), último obispo antes de la persecucion de Diocleciano.

Sin embargo, Adriano, que era tan celoso de sus dioses, no persiguió á los cristianos, menos á los de Jerusalen, á los que sin duda miró como judíos, y en efecto eran israelitas de nacion. Se cree que le convencieron las apologías de Cuadrato y de Arístides (8). Escribió tambien á Minucio Fundano, gobernador de Asia, una carta, prohibiendo castigar á los fieles cuando no hubiese fundada causa (9).

Es probable que los gentiles convertidos á la fé, viviesen sin ser inquietados en Ælia, ó la Nueva Jerusalen, hasta el reinado de Diocleciano, lo que se evidencia ademas por el catálogo de los obispos de esta iglesia que acabo de copiar. Cuando Narciso ocupaba la silla episcopal,

tulo 1; Sócrat. *Hist. eccle.*, lib. I, cap. 17; Sev., lib. II; Niceph., libro XVIII.

(1) Eus., lib. IV, cap. 8.
(2) *Idem.*, lib. IV, cap. 12.
(3) *Idem.*, lib. VI, cap. 10.
(4) *Idem.*, lib. VI, cap. 10 al 11.
(5) *Idem.*, lib. VII, cap. 5.
(6) *Idem.*, lib. VII, cap. 28.
(7) *Idem.*, lib. VII, cap. 31.
(8) Tillem., *Persec. bajo Adriano*: Eus., lib. IV, cap. 3.
(9) Eus., lib. IV, cap. 8.

faltó aceite á los diáconos en las fiestas de Pascua, y Narciso hizo con este motivo un milagro (1). Los cristianos en esta época celebraban, pues, públicamente sus misterios en Jerusalen, y tenian altares consagrados á su culto.

Alejandro, otro obispo de Ælia, reinando el emperador Severo, fundó una biblioteca en su diócesis (2), lo que supone paz, sosiego y prosperidad; pues hombres proscriptos no abren una escuela pública de filosofía.

Si los fieles no disfrutaban ya para celebrar sus fiestas de la posesion del Calvario, del Santo Sepulcro y de Belen, no podian á lo menos perder la memoria de estos santuarios, pues que los ídolos les indicaban el parage en que se hallaban situados. Los paganos mismos estaban persuadidos de que el templo de Venus, erigido en la cumbre del monte Calvario, no impediria á los cristianos el visitar esta sagrada colina; pues que se complacian con la idea de que los nazarenos, viniendo á hacer oracion al Gólgota, pareceria que adoraban á la hija de Júpiter (3). Esto prueba evidentemente el completo conocimiento que la iglesia de Jerusalen tenia de los Santos Lugares.

Hay autores que adelantan mas sus asertos, suponiendo que antes de la persecucion de Diocleciano, los cristianos de Judea habian vuelto á entrar en posesion del Santo Sepulcro (4). Es cierto que San Cirilo, hablando de la iglesia del Santo Sepulcro, dice positivamente: «No hace mucho tiempo que Belen era un terreno inculto é inhabitado, y el monte Calvario un jardin, del cual aun quedan rastros (5).» ¿Qué se habian hecho, pues, los edificios profanos? Todo nos induce á creer que hallándose los paganos en muy corto número en Jerusalen para sostenerse contra la multitud de los fieles, que iba mas y mas en aumento, fueron abandonando los templos de Adriano. Si la iglesia, perseguida aun, no se atrevió á levantar sus altares en el Santo Sepulcro, tuvo á lo menos el consuelo de adorarle

(1) Eus., lib. VI, cap. 9.
(2) Eus., lib. VI, cap 20.
(3) Sozom., lib. II, cap. 1.
(4) *Epitom. Bell. Sacr.*, tom. VI.
(5) *Cateches*, XII y XIV.

sin obstáculo alguno, y de ver como se iban arruinando los monumentos de la idolatría.

Hemos llegado ya á la época en que los Santos Lugares comenzaron á brillar con un resplandor que no se oscurecerá nunca. Habiendo elevado Constantino la religion hasta el trono, escribió á Macario, obispo de Jerusalen, disponiendo que decorase el Sepulcro del Salvador con una grandiosa basílica (1). Elena, madre del emperador, pasó á Palestina, para procurar descubrir el Santo Sepulcro, que yacia oculto bajo los cimientos de los edificios de Adriano. Un judío, al parecer cristiano, el cual, segun Sozomeno, *habia conservado memorias de sus padres*, indicó el sitio donde debia hallarse el sepulcro, y Elena tuvo con esto la gloria de restituir á la religion el sagrado monumento. Logró tambien descubrir tres cruces, una de las cuales se reconoció ser la del Redentor por los milagros que obró (2). No solamente se erigió una magnífica iglesia cerca del Santo Sepulcro, sino que Elena hizo edificar otras dos; la una sobre el pesebre del Mesías en Belen, la otra sobre el monte de las Olivas, en memoria de la Ascension del Señor (3). Capillas, oratorios y altares fueron indicando sucesivamente todos los parages consagrados por los pasos del Hijo de Dios en la tierra: se consignaron por escrito las tradiciones orales, con lo que se libertaron de la incertidumbre é infidelidad de la memoria.

En efecto, Eusebio, en su *Historia de la iglesia*, en su *vida de Constantino*, y en su *Onomasticum urbium et locorum Sacræ Scripturæ*, nos describe poco mas ó menos los Santos Lugares como los vemos hoy dia. Habla del Santo Sepulcro, del Calvario, de Belen, del monte de las Olivas, de la gruta donde Jesucristo reveló los misterios á los apóstoles (4). Síguese San Cirilo, ya citado varias veces, el cual nos manifiesta las sagradas estaciones, como estuvieron antes y despues de Constantino y de Santa Elena. Sócrates, Sozomeno, Teodoreto, Evagro, nos han trasmitido la sucesion de varios obispos desde Constantino hasta

(1) Eus., *in Const.*, lib. III, cap. 25, 49. Soct., lib. I, cap. 9.
(2) Socrat., cap. 17: Sozom., lib. II, cap 1.
(3) Eust., *in Const.*, lib. III, cap. 43.
(4) Eust., *in Const.*, lib. III, cap. 43.

Justiniano: Macario (1), Máximo (2), Cirilo (3), Herennio, Heraclio, Hilario (4), Juan (5), Salustio, Martirio, Elías, Pedro, Macario II (6) y Juan (7), cuarto de este nombre.

Habiéndose retirado San Gerónimo á Belen por el año de 385, nos ha dejado en diferentes parages de sus obras la descripcion mas completa de los Santos Lugares (8). «Seria demasiado largo, dice en una de sus cartas (9), el recorrer todas las edades desde la Ascension del Señor, hasta el tiempo en que vivimos, para contar cuantos obispos, cuantos mártires, cuantos doctores han venido á Jerusalen; pues hubieran creido tener menos piedad y ciencia si no hubiesen adorado á Jesucristo en los mismos lugares donde el Evangelio comenzó á brillar desde lo alto de la cruz.»

San Gerónimo asegura en la misma carta, que venian á Jerusalen peregrinos de la India, de Etiopía, de Bretaña y de Hibernia (10), que se les oia cantar en lenguas diferentes las alabanzas de Jesucristo junto al Santo Sepulcro. Dice tambien que de todas partes se enviaban limosnas al Calvario; nombra los sitios principales de devocion de la Palestina, y añade que solo en la ciudad de Jerusalen habia tantos santuarios, que no se podian recorrer en un dia. Esta carta se dirige á Marcelo, y parece escrita por Santa Paula y Santa Eustoquia, aunque algunos manuscritos la atribuyen á San Gerónimo. Pregunto ahora, ¿si los fieles que desde los tiempos apostólicos, hasta el fin del siglo IV, habian acudido constantemente al Sepulcro del Salvador, podrian ignorar el parage en que se hallaba?

El mismo padre de la iglesia, en su carta á Eustoquia acerca de la muerte de Paula, describe del modo siguiente las estaciones en que se detuvo aquella santa.

«Se arrodilló, dice, delante de la cruz, en la cumbre

(1) Socrat., lib. I, cap. 17.
(2) Socrat., lib. II, cap. 24: Sozom., lib. II, cap. 20.
(3) Socrat., lib. III, cap 20.
(4) Sozom., lib. IV, cap. 30.
(5) *Idem.*, lib. VII, cap. 14.
(6) Evagr., lib. IV. cap. 37.
(7) *Idem.*, lib. V, cap. 14.
(8) *Epist. XXII, etc. Deitus et nom. loc. hebraic., etc.*
(9) *Epist. ad Marcel.*
(10) *Epist. XXII.*

del Calvario; abrazó en el Santo Sepulcro la piedra que el ángel habia levantado cuando abrió el sepulcro, y besó con el mayor respeto el sitio tocado por el cuerpo de Jesucristo. Vió sobre el monte Sion la columna á que el Salvador fué atado y azotado; esta columna sostenia entonces el pórtico de una iglesia. Hizo que le enseñasen el parage donde estaban reunidos los discípulos cuando descendió sobre ellos el Espíritu Santo. Pasó en seguida á Belen, y se detuvo en el sepulcro de Raquel, que se halla en el camino. Adoró el Santo Pesebre, pareciéndole ver aun á los magos y á los pastores. En Belfajé encontró el monumento de Lázaro y la casa de Marta y María. En Sichar admiró una iglesia edificada sobre el pozo de Jacob, donde Jesucristo habló á la Samaritana; en fin, hallóen Samaria el sepulcro de San Juan Bautista (1).»

Esta carta es del año 404, y de consiguiente hace 1466 años que se escribió. Léanse todas las relaciones de la Tierra Santa, desde el viage de Arculfo hasta mi Itinerario, y se verá que los peregrinos han encontrado y descrito constantemente los sitios indicados por San Gerónimo. No hay duda en que es esta una antigüedad no menos respetable que grata.

Una prueba de que las peregrinaciones á Jerusalen eran anteriores al tiempo mismo de San Gerónimo, como lo dice muy bien este sábio doctor, la hallamos en el Itinerario de Burdeos á Jerusalen; el cual, segun los mejores críticos, fué compuesto el año 333 para uso de los peregrinos de las Galias (2). Manerto (3) cree que era una guia de ruta para alguna persona enviada en embajada por el soberano; pero es mas probable que este Itinerario tenia un objeto general, pues que se indican en él los Santos Lugares.

Es cierto que San Gregorio de Nisa reprueba ya el abuso de las peregrinaciones á Jerusalen (4). El mismo santo habia visitado ya los Santos Lugares en 379, y nom-

(1) *Epist. ad Eustoch.*
(2) Véase Wens. *Præf. in Itiner.*, pág. 5, 37, 47; Bergier, *Chem. del Imp.*
(3) *Geog. I.*
(4) *Epist. ad Ambros*

bra en particular el Calvario, el Santo Sepulcro, el monte de las Olivas y á Belen. Se halla este viage en las obras del santo obispo, bajo el título de *Iter Hierosolymæ*. San Gerónimo procura tambien disuadir á San Paulino de la peregrinacion á Tierra Santa (1).

No solamente los sacerdotes, los solitarios, los obispos y los doctores acudian de todas partes á Palestina en el tiempo de que vamos hablando, sino tambien señores ilustres, y hasta princesas y emperatrices: ya he nombrado á Santa Paula y Santa Eustaquia; pero tambien deben mencionarse las dos Melanias (2). El monasterio de Belen se llenó de las mas ilustres familias de Roma, cuando huian de los ejércitos de Alarico. Cincuenta años antes, Eutropia, viuda de Maximiliano Hércules, habia hecho el viage á los Santos Lugares, y destruido los restos de idolatría que se veian aun en la feria de Terebinto, cerca de Hebron.

El siglo que se siguió al de San Gerónimo, no nos deja perder de vista al Calvario: entonces Teodoreto escribia su Historia eclesiástica, y en ella encontramos citada á menudo la Sion cristiana, y aun mas en las *Vidas de los Solitarios*, por el mismo autor. San Pedro Anacoreta hizo tambien el sagrado viage (3). El mismo Teodoreto pasó á Palestina, donde contempló con admiracion las ruinas del templo (4). A este siglo pertenecen las dos peregrinaciones de la emperatriz Eudoxia, muger de Teodosio el Menor. Esta señora edificó dos monasterios en Jerusalen, en cuyo retiro acabó sus dias (5).

El principio del siglo VI nos presenta el Itinerario de Antonio de Plasencia, en el que describe todas las estaciones como San Gerónimo. Háblase en este viage de un *cementerio de los peregrinos*, que estaba á la entrada de Jerusalen, lo que manifiesta que era grande el concurso de

(1) *Epist. ad Paulin.*
(2) *Epist. XXII.*
(3) *Hist. de la relig.*, cap. 6.
(4) *Serm. II de Fine et Judicio.*
(5) Evagr., cap. 20; Zonar., *in Teod. II, sub. fin.* Esta es la ilustre ateniense de que hemos hablado en la primera memoria de la introduccion.

estos piadosos viageros. El autor halló á Palestina llena de iglesias y de monasterios, y dice que el Santo Sepulcro estaba adornado con pedrería, joyas, coronas de oro, brazaletes y collares (1).

El primer historiador de la monarquía francesa, Gregorio Turonense, nos habla tambien en este siglo de las peregrinaciones á Jerusalen. Habiendo ido uno de sus diáconos á Tierra Santa con otros cuatro viageros, vió una estrella milagrosa en Belen (2). Habia entonces en Jerusalen, segun el mismo historiador, un gran monasterio, donde eran admitidos los viageros (3): sin duda es este el mismo hospital que halló Brocardo doscientos años despues.

Tambien fué en este siglo cuando Justiniano elevó el obispo de Jerusalen á la dignidad patriarcal. El emperador devolvió al Santo Sepulcro los vasos sagrados que Tito robó del templo. Estos vasos cayeron en manos de Genserico en 455, y fueron hallados luego en Cartago por Belisario (4).

Cosroes tomó á Jerusalen en 613: Heraclio devolvió á la iglesia del Santo Sepulcro la verdadera cruz robada anteriormente por el rey de los persas. Veinte y tres años despues, Omar se apoderó de la Santa Ciudad, la que permaneció bajo el yugo de los sarracenos hasta el tiempo de Godofre de Bullon. La iglesia del Santo Sepulcro se conservó intacta por la invariable constancia de los fieles de Judea, los que jamás la abandonaron; y no menos celosos de la fé los peregrinos de todas las naciones, acudian de contínuo á la Tierra Santa.

Algunos años despues de la conquista de Omar, Arculfo visitó á Palestina. Adamano, abad de Yona en Inglaterra, escribió, fundándose en las noticias del obispo francés, una relacion de la Tierra Santa, la cual aun podemos disfrutar; pues que Seranio la publicó en Ingolstad, en 1619, con el título: *De Locis Terræ Santæ*, lib. III. Se halla un estracto de ella en las obras del venerable Beda: *De situ Jerusalem*

(1) *Itin. de Loc. Terr. Sanct. quos peramb. Ant. Plac.*
(2) Greg. Tur., *de Martyr.*, lib. I, cap. 10.
(3) *Idem.*, lib. I, cap. 11.
(4) Procop., *de Bell. Vandal.* lib. XI.

et Locorum Sanctorum liber. Mabillon ha copiado la obra de Adamano en su voluminosa coleccion titulada: *Acta SS. Ordin. S. Benedicti II*, 514.

Cuando Arculfo describe los Santos Lugares, vemos que permanecian como en tiempo de San Gerónimo, y como los vemos hoy dia. Habla de la basílica del Santo Sepulcro, diciendo que es un edificio de forma circular: vió iglesias y oratorios en Betania, en el monte de las Olivas, en el huerto del mismo nombre, y en el de Jethsemaní, etc. Admiró la soberbia iglesia de Belen, etc. Todo esto es exactamente lo que se manifiesta en nuestros dias á los peregrinos, y sin embargo, este viage se hizo por los años de 690, supuesto que Adamano muriese en el mes de octubre de 704 (1). Advertiremos que en tiempo de San Arculfo, Jerusalen aun se llamaba Ælia.

En el octavo siglo tenemos dos relaciones del *viage á Jerusalen* de San Guillebardo (2): las mismas descripciones de Santos Lugares, y la misma fidelidad en las tradiciones. Estas relaciones son cortas; pero se indican muy bien en ellas las principales estaciones. El sábio Guillermo Cave (3) habla de un manuscrito del venerable Beda, *in bibliotheca Gualtari Copi, cod.* 169, con el título de *Libellus de Sanctis Locis*. Beda nació en 672, y murió en 732. Sea cual fuese el mérito de este breve volúmen acerca de los Santos Lugares, no podemos menos de referirle al siglo octavo.

Reinando Carlo-Magno, á principios del siglo nono, el califa Haroum-al-Raschid cedió al emperador francés la propiedad del Santo Sepulcro. Cárlos enviaba limosnas á Palestina, pues que uno de sus capitulares tiene el título: *De Eleemosyna mittenda ad Jerusalem*. El patriarca de Jerusalen habia reclamado la proteccion del monarca de Occidente. Eginardo añade que Carlo-Magno protegia á los cristianos de Ultramar (4). En aquella época los peregrinos latinos poseian un hospital al Norte del templo de Sa-

(1) Guill. Cav., *Scrip. eccl litera.*, pág. 328.
(2) *Canisii Thesaur. Monument. eccle. et Hist. seu Lect. Antiq.*; A. S. Barn., tom. II, pàg. 1; Mabil. II, 372.
(3) Guill. Cav., *Script. eccl. Hist. litter.*, pág. 336.
(4) *In. Vit, Car. Mag.*

lomon, cerca del convento de Santa María; y Carlo-Magno habia hecho el donativo á este hospicio de una biblioteca. Debemos estas noticias al monge Bernardo, el cual se hallaba en Palestina por los años de 870. Su relacion, que es detenida y exacta, presenta la situacion de los Santos Lugares (1).»

Elías, tercero de este nombre, patriarca de Jerusalen, escribió á Cárlos el Craso á principios del décimo siglo: pidiéndole socorros para establecer las iglesias de Judea. «No entraremos, le dice, en una relacion difusa de nuestros males, pues que os son bastante conocidos por los peregrinos que vienen todos los dias á visitar los Santos Lugares, y que luego vuelven á su patria (2).

El siglo onceno, que acabó cuando comenzaban las cruzadas, nos presenta á varios viageros de la Tierra Santa. Oldrico, obispo de Orleans, presenció la ceremonia del fuego sagrado en el Santo Sepulcro (3). Es verdad que la crónica de Glabero debe ser leida con precaucion; pero aquí solo se trata de un hecho, y no de una crítica. Alacio, *in Symmictis sive Opusculis, etc.*, nos ha conservado el Itinerario de Jerusalen del griego Eujisipo, en el cual se describen la mayor parte de los Santos Lugares segun todas las relaciones que nos son desconocidas. Guillermo el Conquistador envió en aquel siglo considerables limosnas á Palestina. En fin, el viage de Pedro el Ermitaño, que tuvo tan gran resultado, y las mismas cruzadas, prueban hasta qué punto todo el mundo atendia á aquellas lejanas regiones, donde se cumplió el misterio de nuestra redencion.

Jerusalen permaneció en poder de los príncipes franceses por espacio de ochenta y ocho años: durante este periodo, los historiadores de la coleccion *Gesta Dei per Francos*, no nos dejan ignorar nada de la Tierra Santa. Benjamin de Tudela pasó á Judea por el año 1173.

Cuando Saladino reconquistó á Jerusalen de poder de los cruzados, los sirios compraron por una cantidad con-

(1) Mabill., *Act. SS. Ord. S. Ben.* sect. III, part. 2.
(2) *Acherii Spicileg.*, tom. II, edit. á Barr.
(3) *Glab. Chron.* lib. IV *apud. Duch. Hist. Franc.*

siderable de dinero la iglesia del Santo Sepulcro (1), y á pesar de lo peligroso del viage, los peregrinos continuaron visitando á Palestina.

Focas en 1208 (2); Willebrando de Oldenburgo en 1211, Jacobo Vetraco ó de Vetri en 1231 (3), Brocardo, religioso dominico, en 1283 (4), reconocieron y comprobaron en sus viages cuanto se habia dicho anteriormente acerca de los Santos Lugares.

En el siglo catorce tenemos á Ludolfo (5), Maudevilla (6), y Sanuto (7).

En el quince á Breidenbach (8), Tuchor (9), Lanji (10).

En el diez y seis á Heyter (11), Salignac (12), Pascha (13), etc.

En el diez y siete á Cotovic, Nau y otros muchos.

En el diez y ocho á Maundrel, Pococke, Shaw y Hasselquist (14).

Estos viages que se multiplican hasta el infinito, no vienen á ser mas que repeticiones unos de otros, lo cual comprueba las tradiciones de Jerusalen del modo mas invariable y evidente.

En efecto, ¡qué conjunto tan grande de pruebas! Los apóstoles vieron é Jesucristo; conocian los sitios santificados con la presencia del Hijo de Dios, y trasmitieron la tradicion á la primera iglesia cristiana de Judea; se establece la sucesion de los obispos, conservándose cuidadosamente la sagrada tradicion. Síguese Eusebio, y comienza la historia de los Santos Lugares. Sócrates, Sozomeno, Teodoreto, Evagro y San Gerónimo la continúan. Los pe-

(1) *San. Lc. Secret. Fid. Cruc. sup. Terr. Sanct. II.*
(2) *Itiner. Hieros. ap Allat. Symict.*
(3) *Lib. de Terr. Sanct.*
(4) *Descript. Urb. Jerus et Loc. Terr. Sanct. exact.*
(5) *De Terr. Sanct. é Itin. Hierosol.*
(6) *Descript. Jerusalem Loc. Sacr.*
(7) *Lib. Secret. etc.* Vid. Sup.
(8) *Opus. transmar Peregrin. ad Sepulch. Dom. in Jerus.*
(9) Raise-Besch. Zum. Heil. Grab.
(10) *Hierosolym. Urb. Templique.*
(11) *Lib. Hist. Partium. Orient etc.*
(12) *Itiner. Hierosol. et Terr. Sant., etc.*
(13) *Peregrinatio cum. exat. Descript. Jerusalem, etc.*
(14) No cito mas, y tal vez habré citado demasiados; ya se verán en el Itinerario una multitud de viageros que omito aquí.

regrinos concurren de todas partes. Desde entonces, hasta nuestros dias, una continuacion no interrumpida de viages nos presenta durante catorce siglos los mismos hechos y las mismas descripciones. ¿Qué tradicion se apoyó jamás en tan gran número de testimonios? Si dudamos de esto, forzoso será dudar de todo. Y no obstante, no me he valido de cuantos testimonios podia sacar de la historia de las cruzadas; pero no podré menos de añadir á tantas pruebas históricas algunas consideraciones sobre la naturaleza de las tradiciones religiosas, y sobre el lugar que ocupa Jerusalen.

Es cierto que las tradiciones religiosas no se pierden tan fácilmente como las puramente históricas; como que estas en general solo se conservan en la memoria de un corto número de personas instruidas, que pueden olvidar la verdad, ó disfrazarla segun sus pasiones; las otras pertenecen á todo un pueblo que las trasmite como maquinalmente á sus hijos. Si el principio de la religion es severo como en el cristianismo; si el menor error en un hecho ó en una idea puede ser una heregía, es probable que cuanto pertenezca á esta religion se conservará de siglo en siglo con rigurosa exactitud.

Yo sé que á la larga, una piedad exagerada, un celo mal entendido, una ignorancia propia de los tiempos y de las clases inferiores de la sociedad, pueden oscurecer el culto con tradiciones que no sufren el rigor de la crítica; pero la esencia ó fondo de las cosas permanece siempre el mismo. Diez y ocho siglos, que todos indican en los mismos lugares los mismos hechos y los mismos monumentos, no pueden engañarnos. Si algunos objetos de devocion se han aumentado demasiado en Jerusalen, no es esta razon suficiente para desechar el todo como impostura. No olvidemos ademas que el cristianismo fué perseguido desde su origen, y que casi siempre ha estado padeciendo en Jerusalen. Sabida es la fidelidad que reina entre hombres que padecen juntos: todo viene á ser sagrado entonces, y las reliquias de un mártir se conservan con mas respeto que la corona de un monarca. El niño que apenas habla aun, ya conoce estas reliquias; llevado de noche en brazos de su madre ante los altares, oye cánticos, ve lágrimas que

graba para siempre en su tierna memoria objetos que no olvidará jamás; y cuando le corresponderia manifestar solo alegría, franqueza de alma y la ligereza de su edad, aprende ya á ser grave, reservado y prudente: la desgracia es una prematura vejez.

Encuentro en Eusebio una prueba notable de esta veneracion á las santas reliquias. Refiere que en su tiempo los cristianos de Judea aun conservaban la cátedra de Santiago, hermano del Salvador, y primer obispo de Jerusalen. El mismo Gibbon no ha podido menos de reconocer la autenticidad de las tradiciones religiosas en Palestina: «*They* (the cristians) *fixed*, dice, *by unquestionable tradition, the scene of each memorable event*. Esto es: Fijaron (los cristianos) por medio de una tradicion indisputable la escena de cada acontecimiento memorable (1).» Confesion es esta de tan gran peso en boca de un escritor tan instruido como el historiador inglés, y de un hombre que es al mismo tiempo tan poco favorable á la religion.

En fin, la tradicion de los lugares no se altera como la de los hechos, porque el aspecto de la tierra no varía tan fácilmente como el de la sociedad. Esto es lo que advierte muy bien d'Anville, en su escelente disertacion sobre la antigua Jerusalen. «Las circunstancias locales, dice, y de las cuales la naturaleza misma decide, no toman parte alguna en las mudanzas que el tiempo y el furor de los hombres han podido causar en la ciudad de Jerusalen (2).» De este modo d'Anville encuentra con maravilloso arte todo el plano de la antigua Jerusalen en la nueva.

El teatro de la Pasion, estendiéndose desde el monte de las Olivas hasta el Calvario, solo ocupa una legua de terreno; ¡y ved cuántas cosas fáciles de señalar hallamos en tan corto espacio! Primero un monte llamado de las Olivas, que domina á la ciudad y al templo por la parte de Oriente: este monte no se ha mudado por cierto. Hallamos luego el arroyo de Cedron, que aun es el único

(1) Gibb., tom. IV, pág. 101.
(2) D'Anv. *Dissert. sobre la ant. Jerus., pág. 4.*

que pasa por Jerusalen, se sigue una eminencia á la puerta de la antigua ciudad, donde daban muerte á los reos: es fácil hallarla entre el monte Sion y la puerta Judiciaria, de la que aun quedan rastros. Tampoco podemos engañarnos en cuanto á Sion, pues que aun es la colina mas alta de la ciudad. «Estamos, dice nuestro escelente geógrafo, seguros de los límites de esta ciudad en la parte que ocupaba Sion. Es la que mas resalta en la region meridional, y no solo se fija de un modo que no puede estenderse mas lejos por este lado; pero ademas de esto, el espacio de terreno que puede tomar Jerusalen por lo ancho, se halla ceñido de un lado por la cuesta escarpada de Sion que mira al Poniente, y del otro por su estremidad opuesta hácia Cedron (1).»

Todas estas reflexiones son escelentes, y se diria que d'Anville las ha formado despues de haber recorrido aquellos parages.

El Gólgota era, pues, una alturita del monte Sion, situada al Oriente de esta montaña, y al Occidente de la puerta de la ciudad: esta eminencia, sobre la que se levanta actualmente la iglesia de la Resurreccion, es aun bien conocida. Sabido es que Jesucristo fué sepultado en un huerto al pie del Calvario: asi, pues, el parage donde estaba este huerto y la casa á que pertenecia, no podia ocultarse en un montecillo, cuya base no es bastante ancha para que pueda confundirse el sitio de un monumento.

El monte de las Olivas y el torrente de Cedron nos conduce al valle de Josafat, el que determina la posicion del templo sobre el monte Moria. El templo nos sirve como de guia para la puerta Triunfal y el palacio de Herodes, que Josefo coloca al Oriente, al pie de la ciudad y cerca del templo. El pretorio de Pilatos casi tocaba con la torre Antonia, cuyos cimientos se conservan aun. Asi, pues, habiendo encontrado el tribunal de Pilatos y el Calvario, fácilmente podemos fijar el parage de los últimos sucesos de la Pasion en el camino que va de una á otra parte, principalmente conservándose aun restos de

(1) D'Anv. *Idem.*

la puerta Judiciaria. Este camino es aquella *via dolorosa*, tan célebre en todas las relaciones de los peregrinos.

No se indican con menos certeza por medio de las estaciones los pasos de nuestro Señor Jesucristo fuera de la Santa Ciudad. El jardin de las Olivas, al otro lado del valle de Josafat y del torrente de Cedron, se halla visiblemente hoy dia en la misma posicion que le da el Evangelio.

Podria añadir muchos hechos, conjeturas y reflexiones á cuanto acabo de esponer; pero ya es tiempo de concluir esta introduccion, demasiado larga. Cualquiera que examine de buena fé las razones que se deducen de esta memoria, convendrá que la autenticidad de las tradiciones cristianas en Jerusalen es el hecho histórico mas bien probado del mundo.



ITINERARIO

DE PARIS A JERUSALEN

Y DE JERUSALEN A PARIS.

PRIMERA PARTE.

VIAGE A GRECIA.

Formado ya mi plan de la obra de los *Mártires*, y teniendo escrita la mayor parte de ella, antes de darla la última mano quise ver el pais en que habia colocado la escena; porque si otros pueden sacar de sí mismos los materiales de sus composiciones, yo necesito buscarlos á costa de mucho trabajo. De consiguiente, las descripciones de aquellos parages célebres que no se hallen en este Itinerario, deben buscarse en los *Mártires*.

Añadíase á esta otra razon, y era que un viage á Oriente completaba los estudios que me habia propuesto hacer. En los desiertos de América habia con-

templado los monumentos de la naturaleza; y entre los de los hombres no conocia aun mas que dos especies de antigüedades, la antigüedad céltica y la antigüedad romana, quedándome por recorrer las ruinas de Atenas, de Memfis y de Cartago. Queria tambien hacer mi peregrinacion á Jerusalen:

. . . . Qui de voto
Il gran Sepolcro adora, é scioglie il voto.

No dejará de estrañarse en el dia oir hablar de votos y de peregrinaciones; pero esto no me afrenta, y estoy dispuesto ademas, hace ya tiempo, á que se me incluya en el número de los débiles y supersticiosos. Acaso habré sido yo el último francés que haya salido de su patria para ir á viajar por la Tierra Santa, con el objeto, las ideas y los sentimientos de un antiguo peregrino. Pero si no he poseido las virtudes que brillaban en otro tiempo en los señores de Coucy, de Nesles, de Chastillon y de Montfort, me queda al menos la fé. Esta señal me haria aun conocer entre los antiguos cruzados.

«Cuando quise partir y ponerme en camino, dice el señor de Joinville, envié á buscar al abad de Cheminon para reconciliarme á sus pies. El puso en mi mano el bordon, é inmediatamente partí de Joinville, y ya no volví á entrar mas en el castillo hasta mi vuelta de ultramar. Y fuí el primero que viajó á los Santos Lugares á pie descalzo. Y cuando iba á pasar de Bleicourt á Saint-Urban, junto al castillo de Joinville, no me atreví á mirar á Joinville, porque temia concebir un muy grande sentimiento, y que se me enterneciese el corazon.»

Al dejar de nuevo mi patria el 13 de julio de 1806, no temí volver la cabeza como el senescal de Cham-

pagne; porque me creia estrangero en mi pais, no dejando abandonado palacio ni cabaña.

Conocia ya el camino de París á Milan. Aqui tomé el de Venecia, observando en todas partes lo mismo que en el Milanesado, un terreno pantanoso, fértil y monotono. Detúveme un poco para ver los monumentos de Verona, Vicenza y Pádua; y el dia 23 llegué á Venecia, donde permanecí cinco dias para examinar los restos de su pasado poder, y algunos buenos cuadros del Tintoreto, Pablo Veronés y su hermano, del Bassan y del Ticiano. Costóme algun trabajo descubrir en una iglesia abandonada el sepulcro de este último pintor, como me habia sucedido en Roma con el del Tasso. Por lo demas, no me parecen mal colocadas en una ermita las cenizas de un poeta religioso y desgraciado: el cantor de la *Jerusalen* parece haberse refugiado á aquel desconocido sepulcro, como huyendo de la persecucion de los hombres; y mientras su nombre llena el mundo con su fama, él yace solitario y oscuro á la sombra del hermoso naranjo de San Onofre.

Salí de Venecia el dia 28, y me embarqué á las diez de la noche para pasar á tierra firme. El viento de Sudoeste soplaba bastante para hinchar las velas, mas no para agitar el mar. A medida que la barca se iba alejando, veia yo perderse en el horizonte las luces de Venecia, y me parecian manchas sobre las olas las sombras de las innumerables islas que llenan aquellas aguas. Estas islas, en vez de estar cubiertas de fortalezas, se hallan ocupadas por las iglesias y monasterios. Al oir las campanas de los hospicios y de los lazaretos, me ocurrian ideas de beneficencia y de sosiego en el seno mismo de los peligros y de las tempestades. Tanto nos acercamos á uno de aquellos retiros, que pudimos distinguir á los religiosos que miraban pasar nuestra góndola; parecíanme antiguos

marineros, que despues de largos viages habian logrado descansar en el puerto, y tal vez bendecian al viagero, acordándose de haber sido, como él forasteros en tierra de Egipto: *Fuistis enim et vos advenæ in terra Ægypti.*

Antes de amanecer llegué á tierra firme, y en seguida tomé la posta para Trieste: no me separé del camino para ver á Aquileya, pero no tuve curiosidad alguna de visitar la brecha por donde los godos y los hunos penetraron en la patria de Horacio y de Virgilio, ni buscar las huellas de aquellos ejércitos que ejecutaban la venganza de Dios. El dia 29 á medio dia entré en Trieste: es una ciudad regularmente edificada al pie de una cordillera de montañas estériles, y no posee monumento alguno de antigüedad: su cielo es muy bello, y se diria que el último soplo de Italia viene á espirar en esta costa, donde comienza ya Bervería.

Mr. Seguier, cónsul de Francia en Trieste, me hizo el obsequio de buscarme un buque; y hallándose uno que iba á dar la vela para Esmirna, me ajusté con el capitan, llevándome abordo un criado, y con la condicion de que al paso me dejaria en las costas de la Morea, debiendo yo atravesar por tierra el Peloponeso, aguardándome él con el buque algunos dias en la punta del Atica, pudiendo continuar su rumbo si acaso no me presentaba yo.

Dimos la vela el 1.° de agosto á la una de la mañana, y al salir del puerto tuvimos los vientos contrarios. La Istria presentaba á lo largo del mar una tierra baja, apoyada en lo interior en una cordillera de montes. Colocado el Mediterráneo en el centro de los paises civilizados, cubierto de hermosas islas, y bañando costas plantadas de mirtos, palmeras y olivos, presenta al instante la idea de aquel mar donde nacieron Apolo, las Nereidas y Vénus; mientras que el Océano,

abandonado á las tempestades, y circundado de tierras desconocidas, debia ser la cuna de los fantasmas de la Escandinavia, ó el dominio de aquellos pueblos cristianos que dan una idea tan magestuosa de la grandeza y de la omnipotencia de Dios.

Hácia el medio dia del 2 se volvió el viento favorable; pero las nubes que se iban agrupando hácia el Poniente, nos presagiaban una tempestad; y con efecto, oimos los primeros truenos hácia la costa de Croacia. A las tres se recogieron las velas y se colgó una lamparilla en la cámara del capitan, delante de una imágen de Nuestra Señora. Ya he observado en otra parte la hermosura de un culto que confia el imperio de los mares á una débil muger. Los marineros podrán tal vez convertirse en tierra en incrédulos, como otros; pero los peligros desconciertan á la sabiduría humana: el hombre busca entónces el refugio de la religion; pues en medio de las tempestades, mas le tranquiliza la lámpara encendida delante de la Vírgen, que las ideas de su sutil filosofía.

A las siete de la noche la tempestad estaba en su mayor bravura, y entre los truenos y los torrentes de lluvia, nuestro capitan austriaco comenzó á rogar con nosotros por el emperador Francisco II, por nosotros mismos, y por los marineros *sepolti in questo sacro mare*. Los marinos en pie y descubiertos unos, y arrodillados otros sobre los cañones, respondian al capitan.

Siguió la tempestad parte de la noche. Estaban recogidas todas las velas, y las gentes de la tripulacion se habian retirado, quedando yo casi solo al lado del marinero que tenia la caña del timon. De este modo habia pasado noches enteras en mares mas borrascosos; pero entonces era jóven y me placia el ruido de las olas, la soledad del Océano, la vista de los escollos, y el silbido de los vientos, convirtiendo en

placeres los peligros. He advertido en este último viage que las cosas han mudado de aspecto para mí: ahora conozco la mezquindad de todas las ilusiones de nuestra primera juventud; y sin embargo, es tal la inconsecuencia humana, que aun recorria los mares, aun me abandonaba á la esperanza, é iba en pos de imágenes y colores para adornar pinturas, que acaso me ofrecian en cambio penas y persecuciones (1). Paseaba por la cubierta, y de cuando en cuando escribia algunas de mis observaciones á la luz de la lámpara que alumbraba la brújula del timonero; el cual me miraba con admiracion, persuadido tal vez de que era yo algun oficial de marina francés, ocupado como él en estudiar el rumbo del buque; y no sabia que mi brújula no era tan segura como la suya, y que hallaria el puerto mas fácilmente que yo.

Al dia siguiente, 3 de agosto, se fijó el viento al Noroeste, y pasamos con rapidez por delante de las islas de Pommo y Pelagosa. Dejamos á la izquierda las últimas islas de la Dalmacia, y descubrimos á la derecha el monte Sant-Angelo, antes el monte Gárgano, que cubre la Manfredonia, cerca de las ruinas de Siponto, sobre las costas de Italia.

El dia 4 nos sobrevino calma; pero habiendo vuelto á levantarse el viento al ponerse el sol, seguimos nuestro camino. A las dos estaba la noche apacible, y entonces oí á un grumete cantar el principio del canto sétimo de la *Jerusalen*.

Intanto Erminia infra l' ombrose piante, etc.

La música era una especie de recitado muy subido en la entonacion, bajando á las notas mas graves

(1) En mis notas originales se halla esta frase tal como la reproduzco aqui: he creido oportuno no retocarla, sin embargo de que parece escrita despues.

al concluir el verso. Placíame sobremanera este cuadro de la felicidad campestre recordado por un marinero en medio del mar. Los antiguos, que en todo han sido nuestros maestros, conocian estos contrastes en las costumbres. Teócrito pone á veces á sus pastores en las orillas del mar, y Virgilio se complace en oponer el descanso del labrador á la vida fatigosa del marinero.

Invitat genialis hyems, curasque resolvit:
Ceu pressæ cum jam portum tetigere carinæ
Puppibus et læti mautæ imposuere coronas.

El 5 arreció bastante el viento, y nos trajo un pájaro de color ceniciento, muy semejante á la alondra. Amparámosle, porque generalmente agrada mucho á los marineros cuanto está en oposicion con su vida agitada; y asi gustan de lo que les recuerda la de los campos, como el ladrido de los perros, el canto del gallo, y el paso de las aves terrestres. A las once de la mañana del mismo dia nos hallamos á las puertas del Adriático, esto es, entre el cabo de Otranto, en Italia, y el de la Linguetta en Albania.

Hallábame asi en las fronteras de la antigüedad griega, y en los confines de la antigüedad latina. Pitágoras, Alcibiades, Scipion, César, Pompeyo, Ciceron, Augusto, Horacio y Virgilio, surcaron aquellos mares. Y todos estos personages célebres, ¡cuán diversas fortunas abandonaron á la inconstancia de aquellas mismas olas! Y yo, desconocido viagero, siguiendo el rumbo mismo de los bageles que ondujeron á los grandes hombres de Grecia y de Italia, iba á buscar las musas en su patria; pero ni yo era Virgilio, ni los dioses habitan ya el Olimpo.

Nos dirigimos hácia la isla de Fano, que con el escollo de Merler lleva en algunos mapas antiguos el

nombre de *Othonos* ó de *Calipso*. D'Anville parece indicarla bajo este nombre, y Mr. Lechevalier, fundado sin duda en la autoridad de este geógrafo, coloca en Fano el retiro donde Ulises lloró tanto tiempo por su patria. Observa Procopio que se hace probable la relacion de Homero, si se admite por la isla de Calipso una de las muchas que rodean á Corfú; porque con efecto hubiera bastado en este caso una lancha para pasar de esta isla á la de Scheria (Corcira ó Corfú); mas esta suposicion tiene muchas dificultades, pues Ulises partió con viento favorable, y despues de diez y ocho dias de navegacion, descubrió las tierras de Scheria, que se elevan sobre las olas á manera de un escudo.

Ahora bien: si Fano es la misma isla de Calipso, estando esta isla inmediata á la Scheria, lejos de contar diez y ocho dias de navegacion hasta descubrir las costas de Corfú, Ulises debió distinguirlas desde el mismo bosque donde se construia su nave. Poco ilustran este punto Plinio, Tolomeo, Pomponio Mela y el Anónimo de Rávena; pero se puede consultar á Wood y otros modernos, los cuales, hablando de la geografía de Homero, convienen con Estrabon, en que la isla de Calipso se halla en el mar de Malta, sobre las costas de Africa.

Por lo demas, convengo de buena voluntad en que Fano sea la isla encantada de Calipso, aunque yo no descubrí en ella mas que peladas y blanquecinas rocas, plantaré, si se quiere, con Homero, «un bosque abrasado por los fuegos del sol, pinos y olmos llenos de nidos de cornejas marinas;» ó hallaré con Fenelon bosques de naranjos, y «montañas cuya caprichosa figura forma el horizonte mas hermoso y grato á la vista.» ¡Desgraciado del que no vea la naturaleza con los ojos de Fenelon y de Homero!

Al anochecer decayó el aire, se calmó el mar y el

buque quedó inmóvil. Con sumo gozo contemplaba yo por primera vez la puesta del sol, y la primera noche en el brillante cielo de Grecia. Teníamos á la izquierda la isla de Fano y la de Corcira, que se prolongaba hácia el Oriente; por encima de ellas las elevadas tierras del continente de Epiro; los montes Acroceraunios, que ya habíamos pasado, formaban al Norte y á nuestra espalda un círculo que se terminaba á la entrada del Adriático; á nuestra derecha, esto es, al Occidente, se iba ya ocultando el sol mas allá de las costas de Otranto; y á nuestro frente se estendia el mar inmenso hasta las costas de Africa.

No eran muy vivos los calores del cielo hácia el Poniente; declinaba el sol entre los velos de las nubes, que sonrosaba con sus rayos, y al perderse en el horizonte, le sucedió un crepúsculo de media hora: durante este tiempo el cielo era blanco al Poniente, de azul caido al cénit, y de perla oscuro al Levante. Las estrellas fueron rompiendo poco á poco por aquella hermosa y variada bóveda: parecian pequeñas y poco refulgentes, pero su luz era de oro, y de un resplandor tan suave, cual no podré pintar. Los horizontes del mar, cubiertos con un ligero vaporcillo, se confundian con los del cielo. Al pie de la isla de Fano, ó de Calipso, se descubria una hoguera encendida por los pescadores, y á poco que yo me hubiese dejado llevar de la imaginacion, hubiera podido ver á las ninfas quemando el bagel de Telémaco; y tambien hubiera visto á Nausicaa jugar con sus compañeras, ó á Andrómaca llorando en las orillas del falso Simois; pues que distinguia á lo lejos y entre las sombras los montes de Schería y de Butroto. (1).

Prodigiosa veterum mendacia vatum.

(1) Véanse en los *Mártires*, libros I y XI las descripciones de estas noches.

Los climas influyen mas ó menos en el diferente gusto de los pueblos: en Grecia, por ejemplo, todo es suave, tierno y sosegado en la naturaleza y en los escritos de los antiguos. Asi, pues, cuando se ha visto el cielo sereno y puro, y los graciosos paisages de Atenas, de Corinto y de Jonia, fácilmente se comprende por qué la arquitectura del Parthenon tiene tan escelentes proporciones, y por qué la escultura antigua es tan sencilla, tan natural y de tan fácil ejecucion. En la patria de las musas, la misma naturaleza aleja del error, y hace amar las proporciones y la armonía.

Siguió la calma el dia 6, y pude considerar á mi placer á Corfú, llamada tambien antiguamente *Drepanum*, *Macria*, *Scheria*, *Corcira*, *Cassiopea*, *Efiso*, *Ceraunia*, y tambien *Argos*. Alli fué donde aportó Ulises, despues de su naufragio, y ¡ojalá que la morada de Alcinoo no hubiera sido famosa mas que entre las ficciones de la desgracia! Acordéme, á pesar mio, de las guerras civiles de Corcira, pintadas con tanta elocuencia por Tucídides: y al pintar Homero los jardines de Alcinoo, parece que haya dado un aspecto poético y maravilloso á la suerte de Scheria. Aristóteles vino á espiar, desterrado aqui, los errores de una pasion que no siempre vence la filosofia; tambien estuvo en esta isla Alejandro, siendo todavía jóven, y reinando su padre Filipo: Corcira fué la primera que vió el paso de este viagero armado, que debia visitar asi todos los pueblos de la tierra. Muchos ciudadanos de Corcira alcanzaron coronas en los juegos olímpicos; y los versos de Simónides y las estátuas de Policleto inmortalizaron sus nombres. Fiel á su doble destino la isla de los feacios, continuó siendo en tiempo de los romanos el teatro de la gloria y de la desgracia. Despues de la batalla de Farsalia, Caton encontró en Corcira á Ciceron. ¡Qué asunto tan magnífico para un buen cuadro el encuentro de estos

dos romanos! ¡qué hombres! ¡qué dolor! ¡qué golpe de fortuna! Veríase á Caton queriendo ceder á Ciceron, porque habia sido cónsul, el mando de las últimas legiones republicanas; y separáronse luego, uno para ir á rasgarse en Utica las entrañas, y el otro para entregar su cabeza á los triunviros. Poco tiempo despues, Antonio y Octavia celebraron en Corcira aquel fatal himeneo, que tantas lágrimas costó al mundo; y habia pasado apenas medio siglo, cuando Agripina vino á este mismo sitio á celebrar los funerales de Germánico; como si esta isla debiese presentar á dos historiadores rivales en talento, y en dos lenguas tambien rivales (1), el asunto mas brillante de sus cuadros.

Otro órden de cosas y de sucesos, de hombres y de costumbres, hace se repita con frecuencia el nombre de *Corcira* (entonces Corfú) en la Byzantina, en la historia de Nápoles y de Venecia y en la coleccion: *Gesta Dei per francos*. De Corfú salió aquel ejército de cruzados que colocó á un caballero francés en el trono de Constantinopla. Pero si yo hablase de Apolidoro, obispo de Corfú, que se distinguió por su doctrina en el concilio de Nicea; de Jorge y San Arsenio, obispos tambien de esta célebre isla; si dijese que la iglesia de Corfú fué la única que se libertó de la persecucion de Diocleciano; y que Elena, madre de Constantino, comenzó en Corfú su peregrinacion al Oriente, temeria se burlasen de mí los incrédulos. Porque ¿cómo nombrar á San Jason y San Sosistrato, apóstoles de los corcirienses en el reinado de Claudio, despues de haber hablado de Homero, de Aristóteles, de Alejandro, de Ciceron, de Caton y de Germánico? Y sin embargo, ¿no es infinitamente mas grande un mártir de la verdad, que un mártir de la indepen-

(1) Tucídides y Tácito.

dencia? ¿Caton, sacrificándose por la libertad de Roma, es mas heróico que Sosistrato dejándose quemar en un toro de bronce, para predicar á los hombres que son hermanos, que deben amarse y socorrerse, y elevarse hasta la presencia del verdadero Dios, practicando las virtudes?

Tenia yo tiempo de recordar todas estas memorias á la vista de la costa de Corfú, pues nos detenia allí una completa calma; pero tal vez desea el lector que un buen viento me lleve á Grecia, y le libre de mis digresiones; esto es lo que en efecto sucedio el dia 7 por la mañana, en el cual, á beneficio de una brisa de Noroeste, doblamos el cabo Cefalonia. El dia 8 teníamos á nuestra izquierda á Leucates, hoy Santa Maura, que se confundia con un elevado promontorio de la isla de Ithaca, y la tierras bajas de Cefalonia. Ya no se ve en la patria de Ulises ni el bosque del monte Nereo, ni los trece perales de Laertes: estos han desaparecido, lo mismo que otros dos perales, mas venerables aun, que Enrique IV dió á su ejército cuando combatió en Ivry. Saludé de lejos la cabaña de Euméo y el sepulcro de aquel perro tan fiel á su amo. Solo se cita un perro célebre por su ingratitud; llamábase *Math*, y creo que su amo era un rey de Inglaterra, de la casa de Lancaster. La historia ha querido conservar el nombre de este perro ingrato, como se conserva el de un hombre fiel en la desgracia.

El 9 costeamos la Cefalonia, y navegamos rápidamente hácia Zante, *Nemorosa Zazynthos*. Los habitantes de esta isla pasaban en la antigüedad por oriundos de Troya, y pretendian descender de Zacyntho, hijo de Dárdano, el cual trajo á Zacyntho una colonia. Fundaron á Sagunto en España; eran aficionados á las artes, y se complacian en oir cantar los versos de Homero: muchas veces dieron asilo á los romanos proscriptos, y aun se ha dicho que se halla-

ron en esta isla las cenizas de Ciceron. Si Zante ha sido positivamente el refugio de los desterrados, la venero y apruebo sus nombres de *Isola d'oro* y *Fior di Levante*. Este nombre de flor me recuerda que el jacinto era originario de la isla de Zante, y que esta isla recibió el nombre de la flor; de esta manera en la antigüedad, para alabar á una madre, se añadia á veces á su nombre el de su hija. Otra tradicion poco conocida, y que pertenece á la edad media, se conserva en la isla de Zante. Roberto Guiscardo, duque de la Pulla, murió en Zante yendo á la Palestina. Habíanle predicho que *moriria* en Jerusalen; de donde se ha querido probar que en el siglo XIV Zante llevaba el nombre de *Jerusalen*, ó que en esta isla habia algun sitio llamado asi. En fin, Zante es hoy célebre, como en tiempo de Herodoto, por sus fuentes de aceite de petróleo, y sus uvas compiten con las de Corinto.

Algunos años han trascurrido desde el peregrino normando, Roberto Guiscardo hasta á mí, peregrino breton; pero en el intervalo de nuestros viages pasó á Zante mi compatriota el señor Villamont. En 1588 salió del *ducado de Bretaña* con direccion á Jerusalen. «Benigno lector, dice al principio de su viage, tu acojerás este pequeño trabajo, y disimularás (si te place) las faltas que haya podido cometer; y acogiéndolo con tan buena fé como yo te lo presento, me darás valor para no ser escaso en referir lo que ocurra, segun el tiempo y la oportunidad, sirviendo á la Francia conforme á mi deseo. Adios.»

El señor de Villamont no desembarcó en Zante; y como yo, al llegar á la vista de esta isla, fué conducido desde allí por el Poniente hasta la costa de la Morea. Con impaciencia aguardaba yo descubrir las costas de la Grecia; buscábalas con la vista en el horizonte, y creia verlas en todas las nubes. El dia

primero por la mañana me hallaba ya sobre el puente antes de salir el sol, y cuando principiaba á bañar el mar, distinguia á lo lejos confusos y elevados montes; eran los de la Elide. Sin duda es la gloria un cosa real y verdadera, para que de este modo agite el corazon de quien solo puede juzgar de ella. A las diez de la mañana pasamos por delante de Navarino, la antigua Pylos, oculta por la isla de Sphactería, nombres igualmente célebres, el uno en la fábula y el otro en la historia. Al medio dia anclamos delante de Modon, en otro tiempo Methone, en Mesenia. A la una ya habia yo saltado en tierra, y pisaba el suelo de Grecia; hallábame á diez leguas de Olimpia, y á treinta de Esparta, en el camino que llevó Telémaco cuando fué á preguntar á Menelao noticias de Ulises, y aun no hacia un mes que yo habia salido de París.

Nuestro buque fondeó á media legua de Modon, entre el canal que forma el continente con las islas de Sapienza y Cabrera, antiguamente Œlnusa. Vistas desde este punto las costas del Peloponeso hácia Navarino, parecen áridas y sombrías. Detrás de estas costas se elevan á cierta distancia en las tierras, montañas que parecen ser de una arena muy blanca, cubiertas de yerbas marchitas; y aquellos eran, sin embargo, los montes Egaleos, en cuyas faldas estaba Pylos. Modon es una ciudad de la edad media, circuida de murallas góticas, casi arruinadas. Ni un buque se veia en el puerto, ni un hombre se encuentra en la playa; en todas partes el mismo abandono, do quiera el silencio y el olvido.

Me embarqué en la chalupa en compañía del capitan para ir á tierra á tomar lengua. Tocábamos ya la costa, é iba ya á pisar con trasporte aquella desierta orilla, y saludar la patria del genio y de las artes, cuando con la bocina nos hablaron desde una de las puertas de la ciudad. Viramos hácia el castillo de

Modon, y distinguimos á lo lejos en la punta de una roca algunos genízaros, cubiertos de armas, y varios turcos atraidos por la curiosidad. Cuando estuvimos mas cerca, nos gritaron en italiano: ¡*Ben venuti!* Como un verdadero griego presté atencion á esta primera palabra de buen agüero, oida en la costa de Mesenia. Los turcos se echaron al agua para sacar á tierra nuestra chalupa, y nos ayudaron á saltar sobre la roca. Todos hablaban á un tiempo, y hacian mil preguntas al capitan en griego y en italiano. Entramos en la ciudad por una puerta medio arruinada, y penetramos por una calle, ó mas bien por un verdadero campamento, que me recordó al instante la bella espresion de Mr. de Bonald: «Los turcos están acampados en Europa.» Es increible hasta qué punto es exacta esta espresion bajo todos aspectos. Estos tártaros de Modon estaban sentados á sus puertas, con las piernas cruzadas sobre unas mesillas de madera, á la sombra de unos malos toldos colgados de unas casas á otras. Fumaban sus pipas, bebian café, y contra la idea que me habia formado de la taciturnidad de los turcos, se reian y hablaban á un tiempo haciendo mucho ruido.

Pasamos á casa del agá, que era un pobre diablo, á quien hallamos encaramado sobre una especie de catre de campaña, bajo un cobertizo. Recibióme con cordialidad; y enterado del motivo de mi viage, respondió que me haria dar caballos y un genízaro de escolta para ir á Coron, donde residia Mr. Vial, cónsul de Francia; y que podia atravesar sin miedo la Morea, porque los caminos estaban seguros, despues que habian sido degollados trescientos ó cuatrocientos bandidos.

He aqui la historia de estos trescientos ó cuatrocientos bandidos. En las inmediaciones del monte Ithomo habia una cuadrilla de unos cincuenta ban-

doleros que infestaban los caminos. El bajá de Morea, Osman-Bajá, se trasladó á aquellos puntos, é hizo sitiar los pueblos donde acostumbraban refugiarse los bandidos. Largo y fastidioso hubiera sido para un turco detenerse á distinguir el inocente del culpado; y asi, á guisa de bestias feroces, pasaron á cuchillo cuantos paisanos hubieron á las manos en aquella especie de batida. Es verdad que acabaron con los ladrones; pero tambien con trescientos aldeanos griegos, que ninguna parte tenian en el objeto de esta espedicion.

Desde la casa del agá pasamos á la habitacion del vice-cónsul de Alemania. La Francia no tenia entonces en Modon agente alguno: el vice-cónsul vivia fuera de la ciudad, en el arrabal de los griegos; pues en todas las plazas de armas los griegos viven separados de los turcos. El vice-cónsul confirmó la noticia que me habia dado el agá acerca del estado de la Morea, y me ofreció la hospitalidad aquella noche, la cual acepté, pasando antes un rato abordo del buque en un caique, en el que volví al instante á tierra.

Dejé abordo á mi criado francés, que se llamaba Julian, á quien mandé fuese á aguardarme con el buque á la punta del Atica ó á Esmirna, si yo no llegaba á tiempo. Me puse un cinturon, donde llevaba en oro todo mi dinero, me armé de pies á cabeza, y tomé para mi servicio otro criado milanés, llamado *José*, que era un estañero de Esmirna, y hablando medianamente el griego moderno, podia servirme de intérprete. Despedíme del capitan, y entré con José en el caique; pero como el viento era fuerte y contrario, tardamos cinco horas en llegar al puerto, aunque solo distaba media legua, y aun estuvimos á pique de zozobrar. Un turco ya viejo, de barba cana, de ojos vivos y sepultados bajo espesas cejas, y que enseñaba unos dientes muy largos y en estremo blancos, gober-

naba el timon, unas veces silencioso, otras dando espantosos gritos; parecíame el tiempo que en su barca pasaba á un viagero á las desiertas playas de la Grecia. Esperábame ya en la orilla el vice-cónsul, y en seguida nos dirigimos á su casa, en el arrabal de los griegos, admirando yo al paso los sepulcros de los turcos, colocados á la sombra de corpulentos cipreses, cuyas raices besaban las olas del mar. Entre aquellos sepulcros ví varias mugeres cubiertas con sus velos blancos, semejantes á unas sombras; y esto fué lo único que me recordó la patria de las musas. El cementerio de los cristianos confina con el de los musulmanes; se halla arruinado, y no tiene árboles ni piedras sepulcrales: allí vegetan sobre las abandonadas tumbas las sandías, semejantes en su forma y palidez á los cráneos humanos que no se habian tomado la molestia de enterrar. No hay cosa mas triste que estos dos cementerios, donde se advierte aun en medio de la igualdad y de la independencia de la muerte, la distincion del tirano y del esclavo.

El abate Barthelemy ha hallado á Méthone de tan poco interes en la antigüedad, que únicamente se ha contentado con hacer mencion de sus pozos de agua bituminosa. Sin glorias y sin recuerdos entre todas aquellas ciudades edificadas por los dioses, ó celebradas por los poetas, Méthone no se encuentra en las poesías de Píndaro, que forman, con las de Homero, los brillantes archivos de la Grecia. Demóstenes no hace mencion de Méthone cuando perora en favor de los megalopolitanos, y recorre la historia de la Mesenia. El mismo silencio observa Polibio, que era de Megalópolis, al tiempo de dar muy buenos consejos á los mesenios. Plutarco y Diógenes Laercio no citan ni un héroe, ni un filósofo de esta ciudad. Atheneo, Aulo Gelio y Macrobio nada refieren de Méthone: en fin, Plinio, Tolomeo, Pomponio Mela y el Anónimo de Rá-

vena, se contentan con nombrarla al hacer una reseña de las ciudades de la Mesenia; pero Strabon y Pausanias quieren reconocer en Méthone la Pédasa de Homero. Segun Pausanias, el nombre de Méthone ó de Mothone lo es el mismo que el de una hija de OEneo, compañero de Diómedes, ó de una roca que cierra la entrada del puerto. En la historia antigua se cita muchas veces á Méthone, pero sin que la acompañe nunca algun hecho importante. Tucídides, refiriendo la guerra del Peloponeso, hace mencion de algunos cuerpos de hoplitos de Méthone. Por un fragmento de Diodoro de Sicilia se lee la defensa que Brasidas hizo de esta ciudad contra los atenienses. El mismo Diodoro la llama ciudad de Laconia, sin duda porque la Mesenia fué una conquista de Lacedemonia; y esta misma mandó á Méthone una colonia de nauplianos, que no fueron lanzados de su nueva patria hasta que Epaminondas rechazó á los mesenios. Méthone sufrió la suerte de la Grecia, cuando todo el pais quedó sujeto á la dominacion de los romanos. Trajano concedió á Méthone varios privilegios. Formando el Peloponeso parte del imperio de Oriente, Méthone corrió las revoluciones que agitaron la Morea: devastada despues por Alarico, fué mas castigada por Estilicon, hasta que por último los venecianos la desmembraron en el año 1124 de las posesiones del imperio griego. Vuelta al año siguiente al poder de sus antiguos poseedores, cayó segunda vez en 1204 bajo el dominio de los venecianos. Un corsario genovés la conquistó á estos en 1208; y el dux Dandolo la volvió á conquistar á los genoveses. Mahomet II se apoderó de ella á pesar de los venecianos, y se enseñoreó de toda la Grecia en 1498. Morosini la reconquistó á los turcos en 1686, y los turcos la ocuparon otra vez en 1715. Tres años despues pasó Pellegrin por esta ciudad, cuya descripcion hizo, mezclando en

ella la crónica escandalosa de todos los cónsules franceses; y todo lo dicho hasta aqui forma desde Homero hasta nuestros tiempos la historia oscura de Méthone. Acerca de la suerte de Modon durante la espedicion de los rusos á la Morea, puede consultarse el primer tomo del *Viage* de Mr. de Choiseul, y la *Historia de Polonia*, por Rulhiere.

El vice-cónsul aleman vivia en una miserable choza; pero con la mayor cordialidad me convidó á cenar, cuya cena se reducia á una sandía, pasas y pan moreno, pero hallándose uno tan cerca de Esparta, no debia manifestarse delicado en la mesa. Fuíme luego á acostar al tugurio que se me habia preparado, y en toda la noche no me fué posible conciliar el sueño; porque ¿cómo podia yo dormir oyendo el ladrido de los perros de Laconia y el ruido del viento de Elide? El dia 11 á las tres de la mañana ya estaba gritando el genízaro del agá que era tiempo de partir para Coron.

Al instante montamos á caballo; y voy á describir el órden con que marchamos, que fué el mismo que llevamos todo el viage.

Delante de todos iba el guia ó postillon griego á caballo, llevando de la brida otro que debia servir para relevar en caso de algun accidente los que montaban los viageros. Seguia el genízaro con su gran turbante, dos pistolas, un puñal en la cintura, un sable al lado, y un látigo en la mano para arrear al caballo del postillon. Seguia yo armado del mismo modo, y llevando ademas una escopeta. Cerraba la marcha mi criado José, que era un hombrecillo rubio, fresco de rostro, voluminoso de vientre, y de aspecto risueño: llevaba un vestido de terciopelo azul, y dos largas pistolas de arzon le arremangaban su chupa de un modo tan ridículo, que el genízaro no podia mirarle nunca sin morirse de risa. Mi equipage consistia en una alfombra para sentarme, una pipa, un cazo

para el café, y unos chales para cubrirme de noche la cabeza. Partíamos cuando el guia daba la señal; trepábamos con fuerte trote por las montañas, y bajábamos á galope por entre los precipicios. Es menester resignarse con esta velocidad; pues los militares turcos no conocen otro modo de marchar, y el menor temor ó prudencia que manifestarais, os espondria á su desprecio. Pero el viajante va sentado en sillas de mamelucos, cuyos anchos y cortos estribos le doblan las piernas, le rompen los pies, y despedazan los hijares del caballo. Á cualquier tropezon ó mal paso, el alto pomo de la silla estropea el pecho al pobre ginete, y si se tira atrás, tambien padecen las costillas, pues es igualmente alto el reborde. No obstante, en acostumbrándose uno, halla útiles dichas sillas, por lo seguro que va en una carrera tan peligrosa.

Cada jornada es de ocho á diez leguas, y siempre en el mismo caballo: á la mitad de la jornada se les deja descansar sin darles de comer, y luego vuelve uno á montar, y sigue su camino. Por la noche se llega á veces á un *kan*, que se reduce á un abandonado y miserable cobertizo, y se pasa la noche sobre una podrida tabla, entre enjambres de insectos y reptiles. Nada se facilita en estas posadas, si no se presentan los firmanes de posta, y se tiene que buscar que comer. Mi genízaro salia á recorrer las aldeas contiguas, y volvia algunas veces con pollos, que yo me obstinaba en pagar: los asábamos sobre ramas verdes de oliva, ó los guisábamos con arroz, que es lo que los turcos llaman pilan. Sentados á la redonda, lo comíamos con los dedos, y luego íbamos á lavarnos barbas y manos al primer arroyo que encontrábamos; y de este modo se viaja en la patria de Alcibiades y de Aspasia.

Aun era de noche cuando salimos de Modon, y me parecia caminar por los desiertos de América, pues

reinaba allí la misma soledad y silencio. Tomamos hácia el Mediodía, y atravesamos un grande olivar. Al rayar el alba nos hallamos ya en la cima de los montes mas áridos que jamás he visto. Caminamos por allí unas dos horas, sin encontrar mas yerbas que juncos y matorrales espinosos y medio secos. Por entre los claros de los olivares descubrimos el mar hácia Levante, bajamos despues á una cañada, donde vimos algunas tierras sembradas de cebada y algodon. Pasamos por un arroyo casi seco, cuyo lecho estaba formado de adelfas y agnocastos, arbusto de hojas largas, pálidas y delgadas, cuya flor de lila, algo marchita, se prolonga en forma de rueca. Cito estos dos arbustos porque se hallan en casi toda Grecia, y son los únicos que decoran aquellas soledades, antes tan deliciosas y animadas, y ahora tan tristes y desiertas. Y á este propósito debo advertir, que en la patria del Iliso, del Alfeo y del Erimanto, no he visto mas que tres rios que no se hayan secado, y son el Pamiso, el Cefiso y el Eurotas. Preciso es que se me perdone aun la especie de indiferencia, ó si se quiere impiedad, con que á veces escribo los nombres mas célebres y armoniosos, viajando por la Grecia. Se familiariza uno á su pesar con Temístocles, Epaminondas, Sófocles, Platon y Tucídides; y es menester una gran veneracion poética para no pasar el Citeron, el Ménalo y el Liceo, como se pasan los montes vulgares.

Al salir de la cañada comenzamos á trepar por nuevos montes; nuestro guia repetia á menudo nombres que me eran desconocidos; pero calculando por la situacion, aquellos montes debian formar parte de la cordillera del monte Témathias. No tardamos mucho en entrar en un espeso bosque de olivos, adelfas, agnocastos, cornicos y otros arbustos. Dominaban este bosque elevadas rocas. Habiendo llegado á la cima mas alta de todas, descubrimos el golfo de Mesenia,

cercado por do quiera de montes, entre los que descuella el Ithomo, por hallarse separado de los demas y el Tayjetes por sus dos agudos picos. Al ver aquellos famosos montes, les saludé repitiendo cuantos versos sabia en su elogio.

Un poco mas abajo de la cumbre del Témathias, y en direccion á Coron, vimos una miserable alquería griega, cuyos habitantes huyeron al acercarnos nosotros. Conforme íbamos bajando, descubríamos á nuestros pies la rada y el puerto de Coron, donde se veian anclados algunos buques: la escuadra del capitan bajá fondeaba al otro lado del golfo hácia Calamala. Al llegar á la llanura que está al pie de los montes, y que se estiende hasta el mar, dejamos á nuestra derecha una aldea, en cuyo centro se elevaba un castillejo; y tanto la aldea como el castillo, se hallaban cercados por un gran cementerio turco cubierto de cipreses. Enseñándome aquellos montes nuestro guia, los llamaba *parisos*. Un antiguo habitante de la Mesenia me hubiera contado en otro tiempo la historia de aquel jóven de Amiclea, cuyo nombre solo han conservado á medias los modernos mesenienses; pero este nombre, aunque desfigurado, repetido en aquellos parages, delante de un ciprés y del Tayjetes, me causó un placer que solo es dado á los poetas comprender. Tenia un consuelo mirando los sepulcros de los turcos; porque me halagaba la idea de que tambien los bárbaros, conquistadores de la Grecia, habian encontrado la muerte en aquel pais devorado por ellos mismos. Por lo demas, estas tumbas ofrecian una vista muy pintoresca: la adelfa crecia al pie de los cipreses, que parecian unos grandes obeliscos negros; entre su ramage tupido revoloteaban muchas tortolillas blancas y palomas de hermoso plumage azul; la yerba se mecia blandamente alrededor de las columnitas fúnebres decoradas con turbantes; una fuente

edificada por un gerife, derramaba su agua en el camino para solaz del viagero. De buena gana me hubiera detenido en un cementerio, en que el laurel de Grecia, dominado por el ciprés del Oriente, parecian recordar dos pueblos cuyas cenizas descansan allí.

El cementerio dista de Coron unas dos leguas, y nosotros pasamos siempre por entre grandes olivares sembrados de trigo ya medio segado. El terreno, que á lo lejos parecia una llanura igual, está cortado por algunas ramblas desiguales y profundas. Mr. Vial, que era entonces cónsul de Francia en Coron, me recibió con aquella hospitalidad que tan general es en los cónsules de Levante. Puse en sus manos una carta de recomendacion que Mr. de Talleyrand, por deferencia á monsieur d'Hauterive, me habia hecho el obsequio de escribir á los cónsules franceses que se hallaban en las escalas.

Mr. Vial me llevó á su casa; despidió á mi genízaro, y me dió uno de los suyos para que me acompañase por la Morea, y me llevase á Atenas. Como el capitan bajá estaba entonces en guerra con los maniotas, no me fué posible pasar á Esparta por Calamata, que si se quiere será Calathion, Cardamyla ó Thálamas, en la costa de Laconia, enfrente de Coron. Resolvíme, pues, á dar un largo rodeo, é ir á buscar el desfiladero de las puertas de Leondari, una de las Hermæum de la Mesenia, y trasladarme luego á Tripolizza, para solicitar del bajá de Morea el firman necesario para pasar el istmo, y desde Tripolizza volver á Esparta, para dirigirme desde allí por las montañas á Argos, Micenas y Corinto.

Coroné, lo mismo que Mesenia y Megalópolis, no cuenta una remota antigüedad; porque es fundacion de Epaminondas, que la edificó sobre las ruinas de la antigua Epea. Hasta ahora se ha creido que Coron es la misma Coroné, segun la opinion d'Anville; pero

yo tengo alguna dificultad en adherirme completamente á esta opinion, porque segun Pausanias, Coroné se hallaba situada en la falda del monte Témathias, cerca de la embocadura del Pamiso; y Coron, ademas de estar muy distante de este rio, se encuentra edificada sobre una altura, y casi en la misma posicion en que el mismo Pausanias coloca el templo de Apolo Corintho, ó mas bien, en la situacion en que se halla Colonides (1). Se encuentran en la entrada del golfo de Mesenia, y en la orilla del mar, algunas ruinas que acaso son las de la verdadera Coroné, si es que no pertenecen á la aldea llamada de Ino. Coronelli se ha equivocado tomando á Coroné por Pódasa, que es preciso, siguiendo á Strabon y Pausanias, buscar en Méthone.

La historia moderna de Coron presenta casi las mismas fases que la de Modon: Coron estuvo sucesivamente, y en las mismas épocas que Modon, dominada por los venecianos, los genoveses y los turcos. En 1633 la sitiaron y conquistaron los españoles, arrancando su dominacion á los turcos. Distinguiéronse en este sitio memorable los caballeros de Malta. Vertot comete aqui un error notable, tomando á Coron por Cheronea, patria de Plutarco, que ni es tampoco la misma Cheronea, donde Felipe decretó la esclavitud de la Grecia. Vuelta á caer en poder de los turcos, Coron fué sitiada de nuevo en 1685 por Morosini, y en la relacion de este sitio se hace mencion de dos compatriotas mios. Coronelli solo cita al comendador de La Tour, que murió allí cubierto de gloria; pero Giacomo Diedo recuerda ademas al marqués de Courbon. Agradábame encontrar las huellas del honor francés desde mi entrada en la verdadera patria de la gloria, y en el pais de un pueblo tan justo apreciador del va-

(1) Esta opinion es la misma que la de Mr. de Choiseul.

lor. Pero ¿dónde no se encuentran estas huellas? En Constantinopla, en Rodas, en Siria, en Egipto, en Cartago, en todos los puntos, en fin, que he recorrido yo, me han señalado el campo de los franceses, la torre de los franceses, el castillo de los franceses. El árabe me ha hecho observar las tumbas de nuestros soldados bajo los sicomoros del Cairo, y el siminol bajo los álamos de la Florida.

En esta misma ciudad de Coron fué donde monsieur de Choiseul dió principio á sus cuadros. De este modo el destino me conducia al mismo lugar donde mis compatriotas habian recogido una doble corona por los talentos y por las armas, y las que la Grecia tenia la satisfaccion de ceñir las sienes de sus hijos beneméritos. Pero si yo he recorrido sin gloria, aunque no sin honor, las dos carreras, en las que los ciudadanos de Atenas y de Esparta adquieren tanta celebridad; sin embargo, me consuela la idea de que otros franceses han tenido mas fortuna que yo.

Mr. Vial se tomó la molestia de acompañarme para recorrer á Coron, que no es mas de un monton de ruinas modernas; y me hizo observar el punto por donde los rusos cañonearon la ciudad en 1770, época aciaga para la Morea, á cuyos habitantes degollaron despues los albaneses. Segun los viages de Pellegrin, hechos en 1715 y 1719, el término de Coron comprendia entonces ochenta aldeas; pero que en el dia no llegan á cinco. Todo aquel devastado pais pertenece á algunos turcos, dueños de tres ó cuatro mil pies de olivos, que gastan en un harem de Constantinopla la herencia de Aristómenes. Saltábanme las lágrimas al ver las manos del griego esclavo empapadas inútilmente en aquel aceite, que daba á los brazos de sus padres el vigor necesario para triunfar de los tiranos.

La casa del cónsul dominaba el golfo de Coron, desde mi ventana veia yo el mar de Mesenia bañado

del mas brillante azul: delante de mí, y al otro lado de este mar, se elevaba la alta cordillera del Tayjetes, cubierta de nieve, y con razon comparada á los Alpes por Polibio; á los Alpes, sí, pero bajo un cielo mas terso y hermoso. A mi derecha se estendia el mar abierto, y á mi izquierda descubria en lo interior del golfo el monte Ithomo, aislado como el Vesubio, y truncado en su cima como él. No me era posible apartar la vista de aquel cuadro; pero ¡qué ideas tan lúgubres inspira el aspecto de estas costas desiertas de la Grecia, donde solo se oye el silbido del viento y el bramido de las olas! Algunos cañonazos que el capitan bajá hacia tirar de cuando en cuando contra las rocas de los maniotas, era lo único que interrumpia aquel triste ruido, con otro ruido mas triste aun. En toda la vasta estension del mar no se descubria mas que la escuadra de este gefe de los bárbaros; lo que me recordaba aquellos piratas americanos que plantaban su estandarte sangriento en una tierra desconocida, tomando posesion de un hermoso pais en nombre de la esclavitud y de la muerte; ó mas bien me parecia ver las naves de Alarico alejarse de la Grecia reducida á cenizas, llevándose los despojos de los templos, los trofeos de Olimpia, y las estátuas mutiladas de la libertad y de las artes (1).

El dia 12 á las dos de la mañana salí de Coron colmado de atenciones por Mr. Vial, el cual me hizo el honor de entregarme una carta para el bajá de Morea y otra para un turco de Misitra. Me embarqué en un caique con José y un nuevo genízaro, para pasar á la embocadura del Pamiso, en lo interior del golfo de Mesenia. A las pocas horas de una travesía feliz, me encontré en el mayor rio del Peloponeso, donde

(1) Véase en el lib. X de los *Mártires* la descripcion de la Mesenia.

encalló nuestro barquichuelo por falta de fondo. El genízaro fué á traer caballos de Nissi, que es un lugar de consideracion, distante del mar tres ó cuatro millas, subiendo por el Pamiso. Este rio se veia cubierto de una multitud de pájaros silvestres, cuyos juegos me entretuvieron hasta la vuelta del genízaro. No dejaria por cierto de ser muy agradable unir siempre la historia natural á la del hombre; entonces se complaceria uno en ver las aves de paso dejar los desconocidos pueblos del Atlántico, para visitar los famosos del Eurotas y del Cefiso. Para confundir nuestro orgullo, ha permitido la Providencia que los animales conociesen antes que el hombre la verdadera estension de la morada del hombre, y una ave americana fijaba tal vez la atencion de Aristóteles en los rios de Grecia, cuando ni aun si quiera sospechaba el filósofo la existencia de otro nuevo mundo. La antigüedad nos ofreceria en sus anales una multitud de relaciones curiosas; y muchas veces la marcha de los ejércitos, y aun de naciones enteras, se enlazaria con los viages de algunas aves solitarias, ó las emigraciones pacíficas de las gacelas y de los camellos.

El genízaro volvió con un guia y cinco caballos, dos para él y los otros tres para el guia, para José y para mí. En seguida nos dirigimos á Nissi, que me parece no fué conocido de la antigüedad; y asi que llegamos me presenté al vaivoda, que era un griego jóven y muy afable, y quiso obsequiarme ofreciéndome dulces y vino; pero yo no lo admití, y continué el camino para Tripolizza.

Dirigímonos hácia el monte Ithomo, dejando á la izquierda las ruinas de Mesenia, de la cual aun quedaban treinta y ocho torres enteras, segun el abate Fourmont, que las visitó hace sesenta años. No recuerdo si me aseguró Mr. Vial, que en el dia solo quedan nueve, y una parte considerable de la muralla.

Mr. Pouqueville, que viajó por la Mesenia diez años antes que yo, no pasó por Messena. Llegamos, pues, á las tres de la tarde al pie del Ithomo, llamado en el dia, segun d'Anville, *monte de Vulcano*. Examinado este monte, me he convencido de la dificultad de comprender bien á los autores antiguos, sin haber visto los lugares que describen ó de que hablan. Es evidente, por ejemplo, que Messena y el antiguo Ithomo no pueden comprender el monte en su recinto, y es preciso atenerse á la esplicacion de Mr. Lechevalier cuando habla de la carrera de Héctor y de Aquiles; esto es, que es preciso traducir *delante* de Troya, y no *alrededor* de Troya.

Pasamos por muchas aldeas, tales como Chafasa, Scala, Ciparisa y algunas otras acabadas de destruir por el bajá en su última espedicion contra los bandidos. En todos estos lugares solo ví una muger que no desmentia la sangre de los heraclidas, en sus ojos azules, su esbelta estatura y su belleza. La Mesenia fué casi siempre infeliz; pues un pais fértil es á veces una desgracia para el pueblo que lo habita. Al considerar las actuales ruinas, de que se hallaba circundado, se diria que los feroces lacedemonios acababan de destruir la patria de Aristodemo. Un grande hombre tomó á su cargo vengar á otro hombre no menos grande. Epaminondas reedificó los muros de Messena; mas por desgracia se puede acusar á esta ciudad de la muerte de Filopemen. Los arcades vengaron esta muerte, y se llevaron á Megalópolis las cenizas de su compatriota. Pasaba yo con mi pequeña caravana precisamente por los mismos caminos por donde habia pasado dos mil años antes la pompa fúnebre del último de los griegos.

Despues de haber costeado el monte Ithomo, atravesamos un arroyo que corria hácia el Norte, y que muy bien podria ser una de las fuentes del Balyra.

Jamás he provocado á las musas, ni me han puesto ciego como á Thamyris; y si he tenido una lira, tampoco la he arrojado al Balyra, esponiéndome á ser convertido en ruiseñor despues de mi muerte. Aun quiero por algunos años dar culto á las nueve Hermanas, y luego abandonaré sus altares. No me mueve la corona de rosas de Anacreonte; porque la corona mas bella de un anciano son sus canas, y el recuerdo de una vida honrada (1).

Mas abajo, en las orillas del Balyra, debia estar Andamias, y hubiera querido descubrir al menos el palacio de Merope.

Pero Andamias estaba demasiado lejos del camino para ir á sacudir los escombros é investigar las ruinas. Pasé por una desigual llanura, cubierta de crecida yerba y de manadas de caballos, como las sábanas de la Florida, para llegar á un valle donde se reunen los encumbrados montes de la Arcadia y de la Laconia. El Liceo se presentaba delante, aunque estendido hácia la izquierda, y probablemente nos hallábamos pisando el terreno de Stenyclara. No oí á Tirteo cantar al frente de los batallones de Esparta; pero en su lugar encontré en este sitio á un turco montado en un brioso caballo, servido de dos griegos como de mozos de espuela. Al instante que por el trage conoció que yo era un franco, se dirigió á mí gritando en francés: «¡La Morea es un escelente pais para viajar! En Francia, desde París á Marsella, hallaba yo en todas partes camas y posadas. Estoy muy cansado: vengo de Coron por tierra, y voy á Leondari. Y vos, ¿dónde vais?—Le respondí que á Tripolizza.—Pues bien, dijo el turco,

(1) El autor trabajaba entonces los *Mártires*, para cuya obra habia emprendido este viage. Su ídea era renunciar los objetos de imaginacion despues de publicar los *Mártires*. Puede verse al fin del último libro de esta obra su despedida á las Musas.

iremos juntos hasta el kan de las Puertas; pero estoy muy cansado, mi querido señor.» Este turco tan atento era un comerciante de Coron, que habia estado en Marsella, y de Marsella habia ido á París, y de París á Marsella (1).

Era de noche cuando llegamos á la entrada del desfiladero en los confines de la Mesenia, de la Arcadia y de la Laconia. Dos cordilleras de montañas paralelas forman esta especie de Hermæum, que se prolonga de Norte á Mediodía. El camino se va poco á poco elevando por la parte de la Mesenia, y desciende muy suavemente hácia la Laconia. Acaso esto es el Hermæum, donde, segun Pausanias, Orestes, atormentado por la primera aparicion de las Eumenides, se cortó un dedo con los dientes.

Nuestra caravana penetró muy pronto por aquella angostura; y todos caminábamos en fila y en medio del mas profundo silencio (2). El camino, á pesar de la atroz justicia del bajá, no parecia ofrecer mucha seguridad, y nos era preciso caminar con toda la precaucion posible. A media noche llegamos á la mitad del desfiladero; el ruido del agua y un corpulento árbol nos indicaron que era una fundacion piadosa de un devoto de Mahoma. Todos los establecimientos públicos se deben en Turquía á los particulares; porque el estado no hace nada por el estado. Estos establecimientos son hijos tal vez del espíritu de religion, y no del amor á la patria; porque allí no hay patria.

(1) Es particular que Mr. Pouqueville encontrase casi en el mismo punto á otro turco que hablaba el francés, y que tal vez seria el mismo.

(2) No sé si este es el mismo Hermæum, que al regresar de Navarino, atravesaron Mr. Pouqueville y sus compañeros de infortunio. Véase en los *Mártires*, lib. XIV, la descripcion de esta parte de la Mesenia.

Debo advertir, sin embargo, que todas estas fuentes, estos kanes, y estos puentes se van arruinando, y pertenecen á los primeros tiempos del imperio; porque no creo haber encontrado una sola fábrica moderna. De lo cual infiero que tambien entre los musulmanes se debilita el espíritu religioso, y que con la religion el estado social de los turcos se halla próximo á su ruina. Entramos en el kan por una caballeriza, á un camaranchon muy puerco por una escalera en forma de pirámide truncada. El comerciante turco se tendió en una estera, repitiendo sin cesar: «¡Y este es el mejor kan de la Morea! Desde París á Marsella hallaba yo por todas partes camas y posadas.» Procurando consolarle, le ofrecí la mitad de la cena que habia traido de Coron; pero él me respondia: «¡Estoy tan cansado, mi querido señor, que voy á morir!» Lamentábase, se tiraba de las barbas, y se limpiaba la frente con su chal, esclamando: ¡Alá! y sin embargo, comia con notable apetito la parte de cena que al principio habia rehusado.

El dia 13 al amanecer me separé de aquel buen hombre (1), y continué mi camino. Nuestra marcha era lenta; porque en vez del genízaro de Modon, que no hacia mas que estropear su caballo procurando ganar terreno, me habia cabido en suerte otro genízaro, que era el reverso de aquel. Mi hombre era de una catadura macilenta; muy pintado de viruelas; hablaba muy bajo y con calma, y se ostentaba tan orgulloso con su turbante, que al ver su postura grave, se le creeria un hombre elevado de pronto por la fortuna. Tan grave personage no hacia galopar su caballo sino

(1) Este turco, semi-griego, como le ha llamado despues Mr. Fauvel, está siempre viajando: no disfruta de muy buena reputacion, por haber tomado parte, con mucho monopolio, en las provisiones de un ejército.

cuando lo exigia la ocasion; como por ejemplo, cuando descubríamos algun viagero. No le placia mucho la irreverencia con que yo corria hácia adelante, ya á un lado y ya á otro, y por do quiera que me parecia ver algunos vestigios de antigüedad; pero mi guia habia de sufrir, y callaba. Por lo demas era muy fiel, y muy desinteresado para ser turco.

Otro incidente que se repetia con frecuencia hacia mas lenta nuestra marcha. El terciopelo de que se hallaba vestido José, en medio de los ardores de la canícula, y mas aun en Morea, le mortificaba mucho: al menor movimiento del caballo se dejaba caer en la silla; y entonces se le caia por un lado el sombrero, por otro las pistolas, y era preciso recogerlo todo, y volver á equilibrar sobre el caballo al pobre José. Pero en medio de todas estas penalidades no perdia su carácter, permaneciendo inalterable su buen humor. Tres horas mortales empleamos de este modo para salir del Hermæum, bastante parecido en esta parte al paso del Apenino entre Perusa y Tarni; y en seguida entramos en una llanura cultivada, que se estiende hasta Leondari. Entonces nos encontramos ya en la Arcadia y á las fronteras de la Laconia.

A pesar de la opinion de d'Anville, todos convienen en que Leondari no es Megalópolis. Se ha pretendido encontrar en la primera la antigua Leuctres de la Laconia, y asi lo cree Mr. Barbié du Bocage. Pero en esta hipótesis, ¿dónde se halla Megalópolis? Acaso ocupaba el punto donde se ve hoy la aldea de Sinano. Mas para hacer estas investigaciones era preciso separarme del plan que me habia propuesto al emprender mi viage. Megalópolis, que no se ha hecho célebre por ningun hecho memorable, ni por ningun monumento artístico, no escitó mi curiosidad mas que como un monumento del genio de Epaminondas, y ser la patria de Filopemen y de Polibio.

Dejando á la derecha á Leondari, ciudad enteramente moderna, pasamos por un espeso bosque de antiguas encinas, venerable resto de alguna selva sagrada. Un disforme buitre posado en la punta de un árbol ya seco, parecia estar aguardando el paso del augur. Vimos salir el sol por encima del monte Bóreas, y nos apeamos al pie de éste, para subir un camino abierto á pico en la misma roca. Llámanse en Arcadia estas sendas *caminos de la Escala*.

En la Morea no pude reconocer ni los caminos griegos ni las vias romanas. Unas calzadas turcas de dos pies y medio de ancho sirven para pasar los terrenos bajos y pantanosos; pues como no hay un solo carruage de ruedas en esta parte del Peloponeso, bastan estas sendas para qué transiten los asnos de las aldeas y los caballos de la tropa. Pausanias, sin embargo, y el mapa de Peutinger, marcan algunos caminos en los lugares que yo he recorrido, y sobre todo en las cercanías de Mantinea. Bergier los ha seguido perfectamente en sus *caminos del Imperio* (1).

Nos hallábamos cerca de una de las fuentes del Alfeo; y con la mayor ansiedad buscaba yo todas las ramblas; pero todo yacia mudo y árido. El camino que conduce de Borea á Tripolizza atraviesa al principio por llanuras inmensas y desiertas, y penetra luego por un largo pedregal. El sol nos abrasaba: en los pocos y secos matorrales que encontrábamos, habia muchas cigarras que callaban al acercarnos, y vol-

(1) El mapa de Peutinger no puede engañar, á lo menos con respecto á la existencia de los caminos, pues están trazados con arreglo á este monumento curioso, que no es mas que un libro de las postas de los antiguos. La dificultad no subsiste mas que en órden al cálculo de las distancias, y mas que todo con respecto á los galos, cuya abreviatura *leg*, significa algunas veces *lega* ó *legio*.

vian luego á chillar; y no se oia mas ruido que éste, las pisadas de los caballos ó las canciones de nuestro guia. Cuando un postillon griego monta á caballo, comienza una cancion que dura todo el camino, y por lo comun es una larga historia rimada, lo que disipa el fastidio de los descendientes de Lino: las coplas son muy numerosas, la tonada triste y harto parecida á las de nuestros antiguos romances franceses. Una sin duda entre otras debe ser muy vulgar, porque la ví repetir mucho desde Coron á Atenas.

¿Esta música, fué importada á Morea por los venecianos, ó será que los franceses, sobresaliendo en el romance, le han conformado con el genio de los griegos? ¿Es antigua, en fin, esta música? ¿Pertenece á la segunda escuela de la música de los griegos, ó sube hasta los tiempos olímpicos? Decidan esta cuestion los inteligentes; á mí me basta parecerme oir las canciones de mis desgraciados guias de noche, de dia, al salir y al ponerse el sol, en las soledades de la Arcadia, en las orillas del Eurotas, en los desiertos de Argos, de Corinto y de Megara; parages todos donde ya no suena la voz de las Menades, donde cesaron de cantar las musas, y donde solo se oye al griego infeliz que parece llorar en tristes cántigas las desgracias de su patria:

. . . . Soli periti cantare
Arcades?

A tres leguas de Tripolizza encontramos dos oficiales de la guardia del bajá, que tambien corrian la posta. Iban aguijando los caballos, y el postillon con un látigo formado de piel de rinoceronte. Al llegar cerca me pidieron las armas, y yo me negué á entregarlas. El genízaro me manifestó por medio de José, que esta peticion no tenia mas objeto que una

mera curiosidad, y que yo tambien estaba en el derecho de pedir á mi vez con este fin las armas de aquellos viageros. Con esta condicion ya no dudé complacer á los spahis, y trocamos las armas. Ellos estuvieron examinando largo espacio mis pistolas, y concluyeron por dispararmelas por encima de la cabeza.

Habíanme prevenido que jamás me dejase burlar por un turco, si no queria esponerme á mil vejaciones. En lo sucesivo reconocí mas de una vez la utilidad de este consejo; porque un turco se muestra afable, si ve que no se le teme; y altivo, si advierte un solo indicio de miedo. Pero en la ocasion de que hablo no tenia tampoco necesidad de seguir el consejo, porque la burla que se me acababa de hacer era demasiado pesada para no tomar una satisfaccion inmediatamente. Y asi, metiendo espuelas al caballo, me precipité sobre los turcos disparando sus propias pistolas, cuyos tiros fueron tan cerca de la cara, que los fogonazos chamuscaron los bigotes del spahi mas jóven. En seguida terció una esplicacion entre aquellos oficiales y el genízaro, el cual muy luego les dijo que yo era francés; pero apenas oyeron este nombre, no hubo demostracion de obsequio que á su modo no me hiciesen aquellos turcos. Ofreciéronme sus pipas, cargaron mis armas, y las pusieron en mi mano. Por mi parte creí que me convenia de pronto conservar la ventaja que me daban, é hice que José cargase sus pistolas. Aquellos locos se empeñaron en que corriese á la par con ellos, y viendo mi resistencia, se separaron. Por esto se ve que no fui yo el primer francés á quien habian oido hablar, y que su bajá conocia bien á mis compatriotas.

Mr. Pouqueville ha hecho una exacta descripcion de Tripolizza, capital de la Morea. Hasta que llegué aqui no habia visto una ciudad enteramente turca: á

primera vista me agradaron sus techos encarnados, sus minaretes y sus cúpulas. Tripolizza está situada en una parte bastante árida del valle del Tejeo, y en una de las vertientes del Ménalo, que me pareció desnudo de vegetacion. Mi genízaro me condujo á casa del griego á quien me dirigia Mr. Vial. El cónsul, como dije en su lugar, me habia dado una carta de recomendacion para el bajá; y al otro dia, 14 de agosto, pasé á casa del dragoman de S. E., y le supliqué se interesase en mi favor para que cuanto antes me espidiese el correspondiente firman para pasar el istmo de Corinto. El dragoman, jóven, de una figura elegante y agraciada, me contestó en italiano que estaba indispuesto; que en aquel momento acababa el bajá de entrar á visitar sus mugeres; que era preciso tuviera la bondad de esperar, y por fin concluyó diciéndome que los franceses siempre iban de prisa.

En vista de esta contestacion, le hube de replicar que no habia solicitado el firman sino por mera fórmula; porque bastaba un pasaporte francés para viajar por Turquía, precisamente en una época en que se hallaba en paz con mi nacion; y supuesto, en fin, que nada me impedia continuar mi camino, partiria sin los firmanes, y sin entregar al bajá una carta del cónsul.

Dicho esto, me retiré; y al cabo de dos horas me mandó llamar el dragoman: en esta segunda visita le hallé ya mas tratable; bien porque calculase por mi tono que yo era un personage de importancia, ó bien porque temiese tuviera yo medio para elevar mis quejas á su señor. Lo cierto es, que me ofreció pasaria á ver á su grandeza, y le hablaria de mi solicitud.

Con efecto, dos horas despues vino un tártaro á buscarme, para acompañarme á la presencia del bajá. El palacio de S. E. es una espaciosa casa de madera, en cuyo centro se ve un gran patio con un corredor

que le circuye por los cuatro lados. Hiciéronme esperar en una sala, donde hallé algunos papás (1) y al patriarca de la Morea; los cuales hablaban muchísimo entre sí, y parecian tener todos los modales lisongeros de los cortesanos griegos del Bajo Imperio. Calculando por el tiempo que me hicieron aguardar, creí que se me preparaba un espléndido recibimiento, y me llenaba de embarazo la idea de esta ceremonia. Mi ropa se hallaba en bastante mal estado, las botas llenas de polvo, el cabello desaliñado, y mi barba como la de Héctor: *barba squalida*. Yo estaba envuelto en mi capa, y mas parecia un soldado que sale del bivac, que un estrangero que iba á presentarse á un gran señor.

José, que decia estaba al corriente de las pompas del Oriente, me habia obligado áque me llevase la capa; porque no le gustaba mucho mi trage, y ademas quiso acompañarme con el genizaro, para formar mi mezquina comitiva. El pobre hombre meseguia detrás, desnudo de pie y pierna, y con un pañuelo rojo atado por encima del sombrero. Desgraciadamente, y á pesar de su aparato, fué detenido á la puerta del palacio, cuya entrada le impidieron los centinelas; y entonces me escitó el infeliz tal tentacion de risa, que no me fué posible interceder sériamente por él.

En fin, despues de dos horas de fastidio, de disgusto y de impaciencia, me introdujeron en la sala del bajá; el cual era un hombre como de cuarenta años, de hermoso aspecto, sentado, ó mas bien recostado, sobre un divan, vestido con un caftan de seda, con un puñal guarnecido de diamantes en el cinto, y un blanco turbante en la cabeza.

Hallábase á su derecha en respetuosa actitud un viejo de barba blanca (tal vez seria el verdugo), sentado á sus pies un griego dragoman, y en pie tres pa–

(1) Sacerdotes griegos.

ges que tenian pastillas de ámbar, tenacillas de plata, y lumbre para la pipa. Mi genízaro se quedó á la puerta de la sala.

Me acerqué, pues, á saludar á S. E., poniendo la mano sobre el pecho; le presenté la carta del cónsul, y usando del privilegio de francés, me senté sin esperar á que me lo mandasen. Osman me preguntó, por medio de un intérprete, de dónde venia, adónde iba, y qué es lo que solicitaba de él; y yo le respondí que iba en peregrinacion á Jerusalen, y que viajaba por la Morea para ver las antigüedades romanas (1), y que deseaba de S. E. un firman de posta para tener caballos, y el permiso para pasar el istmo.

El bajá me dió la bienvenida, añadiendo que podia ver cuanto quisiere, y que para ello se me facilitarian los firmanes que solicitaba. En seguida me preguntó si era militar, y si habia estado en la espedicion de Egipto. Esta pregunta no dejó de arredrarme, porque ignoraba el objeto con que me la dirigia; pero respondí que efectivamente habia servido á mi patria, pero que jamás habia estado en Egipto. Osman contestó entonces con ingenuidad, que los franceses le habian hecho prisionero en la batalla de Abukir, y que jamás olvidaria el buen trato que se le dió.

Despues de haberme hecho el honor de tomar el café en su compañía, me quejé del insulto que se habia hecho á uno de mi comitiva, y Osman, lleno de afabilidad, me propuso hiciese dar delante de mi veinte palos al que habia detenido á José. Yo rehusé esta indemnizacion, y quedé satisfecho de los buenos deseos del bajá; y me despedí penetrado de la grata acogida con que habia sido recibido. ¡Dichosos los turcos, si empleasen á la vez en pro de los pueblos que gobier-

(1) Los turcos llaman romano cuanto pertenece á los griegos, y aun á los mismos griegos.

nan esta sencillez de costumbres y esta justicia sencilla tambien! Pero son unos tiranos, á quienes devora la sed del oro, y para satisfacerla vierten sin remordimientos la sangre inocente.

En seguida regresé á casa de mi huésped, precedido del genízaro y seguido de José, el cual habia olvidado ya completamente su humillacion. De paso vi algunas ruinas, que me parecieron antiguas; y entonces disperté de la especie de distraccion en que me habian puesto las últimas escenas con los dos oficiales turcos, el dragoman y el bajá, y me acordé ya únicamente que me hallaba en los campos de los tejeos; yo no era mas que un francés con trage corto y gran sombrero, y salia de la audiencia de un tártaro con ropa talar y turbante, y esto en medio de la Grecia.

¡Eheu, fugaces labuntur anni!

Mr. Barbié du Bocage clama, con razon, contra la inexactitud de nuestros mapas de la Morea, donde con frecuencia dejan de indicar la capital de la provincia. Este descuido procede sin duda de que el gobierno turco ha cambiado en esta parte de la Grecia. En otro tiempo residia en Coron un gobernador turco; pero convertida la Morea en un bajalato, el bajá ha fijado su residencia en Tripolizza, como el punto mas céntrico de la provincia. En cuanto á las ventajas de la situacion, he advertido que los turcos miran con indiferencia el que sea ó no hermoso el pais que habitan. En esta parte no conservan la delicadeza de los árabes, á quienes siempre encanta la belleza del cielo y del pais, y he aqui por qué lloran todavía la pérdida de Granada.

Sin embargo, Tripolizza, á pesar de su oscuridad, no ha dejado de ser conocida hasta Mr. Pouqueville, que la llama *Tripolitza*; Pellegrin, *Trepolezza*; d'Anvi-

lle, *Trápolizza*, y Mr. de Choiseul *Tripolizza*, cuya ortografía han seguido despues otros viageros. Observa d'Anville que no es Tripolizza la antigua Mantinea; porque es al parecer una ciudad moderna edificada entre Mantinea, Tejea y Orchomena.

Por la tarde se me presentó un tártaro con el firman de posta y el permiso para pasar el istmo. Estableciéndose sobre los restos de Constantinopla, los turcos han conservado positivamente muchos usos de los pueblos conquistados. El establecimiento de postas en Turquía es poco mas ó menos que el que habian fijado los emperadores romanos: no se pagan los caballos; se regula únicamente el peso del equipage, y en todas partes hay obligacion de proveer de alimento al viagero. Empero yo no quise usar de estos privilegios magníficos, aunque odiosos, y satisfice el trasporte y la comida, como un simple viagero sin proteccion y sin firman.

Como Tripolizza es una ciudad enteramente moderna, salí el dia 15 para Esparta, donde deseaba llegar. Para esto me fué preciso volver por el mismo camino por donde vine; lo que no hubiera sucedido, si desde luego hubiera visitado la Laconia, pasando por Calamata. Saliendo de Tripolizza, y á una legua hácia el Poniente, nos detuvimos á ver algunas ruinas, y eran las de un convento griego demolido por los albaneses en el tiempo de la guerra de los rusos; pero en sus paredes se advertian aun trozos de escelente arquitectura, y piedras llenas de inscripciones incrustadas en los muros. Estuve largo rato viendo si podria leer una de las inscripciones colocada á la izquierda de la puerta principal de la iglesia. Las letras eran del buen tiempo, y la inscripcion me pareció escrita en boustrophedon (1), lo cual indicaba su remota antigüe-

(1) Modo de escribir alternativamente de derecha á izquierda, y de izquierda á derecha. (*Ed. E.*)

dad. Los caractéres se hallaban invertidos por la colocacion de la piedra, la que por una parte se encontraba llena de grietas, y demasiado alta. De toda la inscripcion solo pude leer la palabra (*Tegeates*), y al descifrarla esperimenté tanto placer, como si hubiera sido individuo de la academia de Inscripciones. Segun esto, Tejea debia estar en las cercanías del convento. En aquellos mismos campos se hallan muchas medallas, de las cuales compré tres á un aldeano, que me las vendió muy caras, y que no me dieron luz alguna. Los griegos solo viendo muchos viageros han conocido el valor de sus antigüedades

No debo pasar en silencio la casualidad de haber encontrado recorriendo aquellos escombros otra inscripcion mucho mas moderna, y era el nombre de monsieur Fauvel escrito en lápiz en una pared. Es preciso haber sido viagero para saber hasta qué punto produce una inmensa sensacion un nombre que recuerda la patria encontrado inopinadamente en un pais apartado y desconocido.

Continuamos nuestro camino entre Norte y Poniente, y habiendo marchado tres horas por un terreno medio cultivado, entramos en un desierto que termina en el valle de la Laconia. Servíanos de camino una rambla que se estendia entre dos montes estériles, y costeamos un laberinto de montañas poco prominentes, parecidas unas á otras, estériles en sus cimas, y cubiertas en sus costados de una especie de carrascas enanas, cuyas hojas se parecen á las del alcornoque. A orillas de la rambla, y en el centro de aquellas colinas, encontramos un kan á la sombra de dos plátanos, y al lado de una fuentecilla. Dejamos alli descansar nuestros caballos, pues llevaban ya casi diez horas de marcha. No encontramos para comer mas que leche de cabras y algunas almendras: movimos de nuevo antes de ponerse el sol, y á las once

de la noche llegamos á lo mas estrecho de un valle, y á la orilla de un torrente que llevaba un poco de agua.

El camino que seguíamos no atravesaba lugar alguno que tuviera celebridad; todo lo mas habria servido para dar paso á las tropas de Esparta cuando se dirigian á batirse con las de Tejea en las primeras guerras de Lacedemonia. En este camino únicamente se hallaba un templo de Júpiter-Scotitas, hácia el pasage de los Hermés; y todas estas montañas forman en su conjunto diferentes ramales del Parnon, el Cronio y el Olimpo.

El dia 16 al amanecer ensillamos los caballos: el genízaro hizo su oracion, lavándose los codos, la barba y las manos; se volvió hácia el Oriente como para llamar la luz, y en seguida partimos. A medida que nos acercábamos á la Laconia, parecian mas elevados los montes y mas espesa la arboleda; los valles eran mas angostos y corvados, y algunos, aunque no sea exacta la comparacion, me recordaron la situacion de la gran Cartuja y sus magníficos bosques. A medio dia descubrimos un kan tan miserable como el anterior, no obstante que le decoraba la bandera otomana. En un espacio de veinte y dos leguas, estas eran las dos únicas habitaciones que habíamos encontrado; pero el cansancio y el hambre nos obligaron á detenernos en tan miserable albergue mas tiempo del que hubiéramos querido. El dueño de aquel kan era un viejo turco, cuyo rostro ostentaba su mal genio; estaba sentado en un camaranchon que habia encima de la cuadra, y adonde subian las cabras á hacerle compañía, rodeándole de inmundicias. El nos recibió desde su chirivitil, y no se dignó levantarse para dar de comer á los perros cristianos, sino que con una voz terrible llamó á un muchacho griego que estaba en cueros, y tenia el cuerpo hinchado de la fiebre y de

los latigazos que le daba su amo, el cual nos trajo en un cacharro leche de ovejas, y aun para beberla hube de salir; pues las cabras y cabritillos me perseguian para cogerme un pedazo de bizcocho que tenia en la mano. Yo habia comido en compañía de los salvages el oso y el perro sagrados; despues participé del festin de los beduinos; pero nada he podido comparar en hediondez con este primer kan de la Laconia. Y sin embargo, casi en aquellos mismos parages pastaron los ganados de Menelao, el cual dió un convite á Telémaco: «Todos se apresuraban en el palacio del rey; los criados traian las víctimas y los vinos esquisitos, y sus mugeres, ceñidas las frentes con albas cintas, preparaban el banquete (1).»

Á las tres de la tarde salimos del kan, y á las cinco llegamos á la cumbre de unos montes, desde donde vimos al frente el Taijetes, que ya habíamos descubierto desde el lado opuesto, y á sus faldas á Misitra y el valle de la Laconia.

Bajamos por una especie de escalera abierta á pico en la misma roca, semejante á la del monte Bóreas. Descubrimos un puente de solo un arco, muy bien construido y apoyado en sus estremos en dos colinas, entre las cuales se deslizaba un riachuelo. Llegados á la orilla, le vadeamos por entre grandes cañaverales y adelfas cubiertas de flores. Este rio, que pasaba yo sin conocerlo, era nada menos que el Eurotas. Estendíase delante de nosotros un valle tortuoso, que circuia muchas montañuelas, que parecian montes artificiales ó túmulos. Á la caida de la tarde llegamos á Misitra.

Mr. Vial me habia dado una carta de recomendacion para uno de los principales turcos de Misitra, llamado *Ibraim-bey*. Nos apeamos en el patio de su ca-

(1) Odissea, lib. IV.

sa, y sus esclavos me llevaron á la sala de los estrangeros ó de los huéspedes, la cual estaba tambien llena de musulmanes, viageros como yo. Me coloqué entre ellos sobre el divan, y á su ejemplo coloqué mis armas en la pared encima de mi almohada, y lo mismo hicieron José y mi genízaro. Ninguno me preguntó quien era, ni de donde venia; siguieron fumando, durmiendo ó charlando, sin mirarme siquiera.

En esto entró Ibrahim y le presenté la carta de Mr. Vial. Ibrahim, anciano que frisaba en los sesenta años, tenia una fisonomía franca, dulce y amable. Apenas me vió, se dirigió á mí, me dió la mano, me besó, y se esforzó en pronunciar la palabra *bien* medio en francés, medio en italiano, y en seguida se sentó á mi lado. Habló en griego á José, y me suplicó le escusase si no me recibia como hubiera deseado, porque tenia un hijo gravemente enfermo: *un figliuolo*, repetia en italiano, y este recuerdo le trastornaba la cabeza; *mi fa tornar la testa*, y estrujaba con las manos el turbante. Seguramente no era la ternura paternal en toda la pureza lo que yo iba á buscar en Esparta; pero encontraba á un viejo tártaro ostentando una amable sensibilidad sobre la tumba de aquellas madres, que decian á sus hijos, al poner en sus manos el escudo, *con él ó sobre él*.

Ibrahim se retiró algunos instantes despues para ir á cuidar de su hijo; pero dispuso que me trajesen la pipa y el café, porque habia pasado la hora de cenar; pero como hacia veinte y cuatro horas que no habíamos comido, José sacó de su zurron un salchichon, y comenzó á comer con delirio, escondiéndose de los turcos, y ofreciendo de vez en cuando al genízaro, que apartaba la vista con sentimiento y horror.

Yo tambien tomé mi resolucion; y me acosté en un rincon del divan, y desde allí por una ventana veia la luna derramar su blanda luz sobre el valle de la

Laconia. Apoyado sobre el codo recorria con la vista el cielo, el valle, y las cúspides, ya sombrías, ya brillantes del Taigetes, segun las ondulaciones de la luna entre las nubes. Podia apenas persuadirme que respiraba las brisas de la patria de Elena y de Menelao. Dejábame llevar de aquellas reflexiones que todos pueden hacer, y yo en especial, sobre las vicisitudes de los hombres. ¡Cuántos lugares habian visto mi sueño, ya turbulento, ya tranquilo! ¡Cuántas veces á la luz de aquellos mismos astros en los bosques de América, en los caminos de Alemania, en los matorrales de Inglaterra y en los campos de Italia, me habia entregado á las mismas reflexiones sobre la agitacion de la vida humana!

De ellas vino á sacarme un turco, que parecia hombre de importancia, haciéndome ver de un modo todavía mas sensible la distancia que me separaba de mi pais. Se habia acostado á mis pies sobre el divan, y no hacia mas que revolcarse, sentarse, suspirar, llamar y despedir á sus esclavos, aguardando impaciente que llegase el dia. Amaneció por fin el 17 de agosto; y el tártaro, rodeado de sus criados, unos de rodillas, otros de pie, se quitó el turbante, se miró en un pedazo de espejo, se peinó la barba, rizó sus bigotes, se frotó los carrillos para sacarse el color, y partió despues arrastrando magestuosamente sus babuchas, y echándome una mirada de desprecio.

Poco despues entró mi huésped trayendo á su hijo en los brazos: aquella pobre criatura estaba muy enferma, amarilla y en cueros; y toda llena de amuletos y especies de sartas de rosario colgadas al cuello. El padre le colocó sobre mis rodillas, y me fué preciso oir toda la historia de la enfermedad: el niño habia tomado toda la quina de la Morea: habíanle sangrado (y esto habia producido el mal positivamente); su madre le habia aplicado un turbante que habia tocado el se-

pulcro de un santon; pero nada aprovecharon estos remedios, y concluyó pidiéndome alguno. Acordéme entonces que en mi infancia me habian curado una calentura con la centaura menor; y aconsejé el uso de esta planta, ni mas ni menos que lo hubiera hecho un grave facultativo. Pero ¿cuál era esa yerba centaura? Aquí hubo de perorar José. Yo dije que la centaura habia sido descubierta y conocida por un médico llamado *Chiron*, que corria los montes á caballo. Un griego declaró que habia conocido á Chiron, que era de Calamata, y que regularmente montaba un caballo blanco. Estando en esta consulta, entró un turco, cuyo turbante verde me dió á entender que era un gefe de la ley. Acercóse á nosotros, tomó entre sus manos la cabeza del niño, y recitó devotamente una oracion: tal es el carácter de la piedad, que se hace interesante y respetable aun entre las religiones mas funestas.

Mandé despues de esto al genízaro para que me buscase caballos y un guia que me acompañase á visitar Amiclea, en seguida las ruinas de Esparta, donde creia encontrarme ya: mientras esperaba su regreso, Ibrahim me hizo servir una comida á lo turco. Yo permanecí recostado en el divan: colocaron delante una mesa sumamente baja, y un esclavo me dió aguamanos; en seguida me presentaron en un plato de madera un pollo hecho trozos en arroz, y hube de comer con los dedos. Despues del pollo me sirvieron una especie de guisado de carnero en una cacerola de cobre, y luego higos, aceitunas, uvas y queso, al cual, segun Guillet (1), debe hoy Misitra su nombre. Concluido cada plato, un esclavo volvia á darme agua-

(1) Mr. Scrofani ha admitido esta opinion. Si Esparta debió su nombre á los espartos que produce su territorio, y no de Esparto, hijo de Amyeto, ó de Esparta, muger de Lacedemon, tambien Misitra pudo recibir el suyo de un queso.

manos, mientras otro me presentaba la servilleta, de una tela gruesa, pero muy blanca. Por cortesía rehusé beber vino; y despues del café me dieron jabon para limpiar los vigotes.

Durante la comida el gefe de la ley me dirigió varias preguntas, valiéndose de José, y quiso saber por qué viajaba, no siendo comerciante ni médico. Yo respondí que viajaba por ver muchos pueblos, y en particular los griegos, que ya no existian. Esto le hizo reir; y contestó que debia haber aprendido el turco, puesto que me habia determinado á visitar la Turquía. Al oir esto creí que podia darle otra razon de mas peso, tal vez diciéndole que iba ademas de peregrinacion á Jerusalen. «¡Hadgi! ¡hadgi! (1):» esclamó él, y quedó satisfecho. La religion es una especie de lengua universal que todos los hombres entienden. Aquel turco no podia llegar á comprender que dejase mi patria por una simple curiosidad; pero halló muy natural que yo siguiese tan largo viage para ir á orar sobre un sepulcro, y pedir á Dios algun bien ó el alivio de alguna calamidad. Ibrahim, que al presentarme el niño me habia preguntado si tenia hijos, creyó que iba á Jerusalen para obtener esta gracia. He observado tambien á los salvages del Nuevo Mundo mostrarse indiferentes á mis costumbres estrangeras, y únicamente les he visto contemplar con atencion, lo mismo que los turcos, mis armas y mi religion, esto es, las dos cosas que protegen al hombre en sus relaciones con el alma y el cuerpo. Bien merece ser meditado este consentimiento unánime de los pueblos acerca de la religion y de esta sencillez de ideas.

La sala donde yo estaba alojado y donde comí, formaba un cuadro harto interesante, que representaba las antiguas costumbres de Oriente. No todos los

(1) ¡Peregrino! ¡peregrino!

huéspedes de Ibrahim eran ricos, y aun algunos eran verdaderos mendigos, y sin embargo se sentaban en el divan entre otros turcos que llevaban gran tren de caballos y de esclavos. José y mi genízaro eran tratados con la misma atencion que yo, pero con la diferencia de que no les habian puesto á mi mesa. Ibrahim mostraba igual deferencia á todos, obsequiándolos y animándolos á comer, y hasta á los pordioseros servian sus esclavos respetuosamente el café. En esto se conocian los caritativos preceptos del Coran, y la virtud de la hospitalidad que los turcos aprendieron de los árabes; pero esta fraternidad del turbante no pasa del umbral de la puerta; y esclavo hay, que habiendo tomado el café con su huésped, este mismo le hace cortar la cabeza luego que sale á la calle. Me han dicho, sin embargo, y tambien lo he leido, que existen aun en el Asia familias turcas que conservan todavía las costumbres, la sencillez y la ingenuidad de los primeros tiempos; y lo creo, porque Ibrahim es ciertamente uno de los hombres honrados que yo he tratado.

Por fin, volvió el genízaro con un guia, que no solo me ofrecia caballos hasta Amiclea, sino tambien hasta Argos, y exigió un importe, que satisfice. El gefe de la ley, que habia sido testigo de este ajuste, se levantó colérico, y me dijo, que supuesto que viajaba para conocer los pueblos, debia conocer tambien á aquellos tunantes; que estos cometian un latrocinio, pues yo nada les debia, llevando en mi poder un firman; y concluyó asegurando que me habian engañado completamente. Dicho esto, se salió despechado, menos animado de un espíritu de justicia, que indignado de mi estupidez.

A las ocho de la mañana partimos para Amiclea, llamada hoy Sclabochôrion, acompañándome un nuevo guia y un *cicerone* griego, muy honrado, pero muy

ignorante. Tomamos el camino de la llanura al pie del Taijetes, siguiendo por entre hermosos jardines y huertas plantadas de higueras, moreras y sicomoros, en las que se veian ademas viñas y melonares: al notar aquella cultura, y la belleza de aquel cielo, cualquiera creeria encontrarse en las cercanías de Chambéry. Llegamos en fin á Amiclea, donde solo se encontraba una docena de ermitorios griegos, medio arruinados por los albaneses, y colocados de trecho en trecho en medio de los campos cultivados. Ya no quéda rastro ni del templo de Apolo, ni del Eurotas en Onga, ni del sepulcro de Jacinto. No pude descubrir inscripcion alguna, no obstante que busqué cuidadosamente el famoso necrólogo de las sacerdotisas de Amiclea, que el abate Fourmont copió en 1731 ó 1732, y el cual presentaba una série de mas de mil años antes de Jesucristo. Las destrucciones se multiplican en Grecia con tal rapidez, que muchas veces no halla un viagero el menor vestigio de los monumentos que otro viagero admiró algunos meses antes. Mientras yo buscaba fragmentos de antiguas ruinas entre montones de ruinas modernas, ví llegar algunos aldeanos precedidos por sus papás, y los cuales, apartando una tabla que ocultaba la puerta, entraron en un santuario que yo no habia visto aun. Tuve la curiosidad de seguirlos, y observé que aquellos infelices oraron con el sacerdote entre aquellas ruinas: cantaban letanías delante de una imágen de la *Panagia* (la Santísima Vírgen), malamente pintada de encarnado en una pared azul. Sorprendente diferencia se notaba entre estas fiestas y las de Jacinto; pero la triple pompa de las ruinas, de la desgracia y de las oraciones al verdadero Dios, desvanecia de mi vista todas las demas pompas del mundo.

Mis guias me daban prisa para que partiésemos, porque estábamos sobre las fronteras de los maniotas,

que no dejan de ser unos insignes ladrones, á pesar de los elogios que les han prodigado algunos viageros. Volvimos, pues, á Misitra por el camino de la montaña. Voy ahora á disipar un error que no deja de producir la confusion de los mapas de la Laconia. Indiferentemente damos al Eurotas el nombre de *Iris* ó *Vasilipotamos*, y la Guilletiere, ó mas bien Guillet, no sabe dónde ha adoptado el Niger este nombre de *Iris*, y Mr. Pouqueville parece igualmente sorprendido por este nombre. Niger y Melatio, que tambien por corrupcion escriben *Neris*, no han andado del todo equivocados. En Misitra se da al Eurotas el nombre de *Iri* (y no *Iris*) hasta que se junta con el Tiaso, que entonces toma el de *Vasilipotamos*, que conserva hasta el mar.

Llegamos sin salir de los montes á la aldea de Parori, donde vimos una gran fuente llamada *Chieramo*, la cual sale de una roca con abundancia de mucha aguas; encima se ve un sauce lloron, y debajo un gran plátano, á cuya sombra se sienta la gente á tomar el café. No sé de donde habrán traido este sauce á Misitra, porque es acaso el único que yo he visto en toda la Grecia (1). La opinion mas admitida, segun creo, hace el *Salix Babylonica*, originario del Asia Menor, cuando tal vez habrá venido de la China por el Oriente: lo mismo habrá sucedido con este árbol que con el chopo piramidal que la Lombardía recibió de la Crimea y de la Georgia, y cuya familia he hallado en las orillas del Mississipi, mas allá de los Ilineses.

En las cercanías de la fuente de Parori subsisten muchos mármoles medio destrozados y enterrados; en algunos se observan inscripciones, cuyas letras y palabras se llegan á distinguir: con tiempo y dinero qui-

(1) No recuerdo si he visto algunos otros en el jardin del agá de Naupli de Romanía, ó en la costa del golfo de Argos.

zá podrian hacerse algunos descubrimientos en aquel punto; aunque es probable, sin embargo, que el abate Fourmont haya copiado la mayor parte de aquellas inscripciones, pues solo en la Laconia y en la Mesenia recogió trescientas cincuenta.

Flanqueando siempre el Taijetes, encontramos otra segunda fuente llamada *Panthalama*, que toma este nombre del peñasco de donde brota el agua. Vese en esta piedra una escultura antigua de mala ejecucion, que representa tres ninfas bailando, coronadas de guirnaldas. En fin, encontramos la última fuente, llamada *Tritzella*, al pie de una gruta que nada tiene de notable. Acaso se pretenderá reconocer en una de estas tres fuentes la Dorcia de los antiguos; pero en este caso deberia estar mas distante de Esparta.

Cuando llegamos á la fuente Tritzella, nos hallábamos detras de Misitra, y casi al pie del arruinado castillo que domina la ciudad, y está situado en la cima de un peñasco de forma casi piramidal. Eran las cuatro de la tarde, y habíamos empleado por consiguiente ocho horas en nuestra correría. Nos apeamos y subimos al castillo por el arrabal de los Judíos, que da vueltas en caracol hasta la misma base del fuerte. Los albaneses han destruido casi del todo este arrabal, y solamente quedan en pie las paredes, por entre cuyas aberturas se distinguen las huellas de las llamas que devoraron estos antiguos asilos de la miseria. Algunos muchachos, casi tan aviesos como los espartanos, de quienes descienden, se ocultan en estos escombros espiando al viagero, y al momento de pasar dejan caer sobre él fragmentos de las paredes. Tambien á mí me tocó en suerte ser víctima de uno de estos juegos lacedemonios.

El castillo gótico que corona aquellos restos está tambien arruinado; y no se puede caminar sin pre-

caucion sobre las grietas de las almenas, y sobre las bocas de las cisternas. No hay puertas, ni guardias, ni cañones: todo yace abandonado; pero el riesgo que se corre por entre aquellos restos, queda indemnizado con la vista pintoresca que se disfruta desde allí.

Debajo, hácia la izquierda, se ve la parte destruida de Misitra, esto es, el arrabal de los Judíos, de que acabo de hablar. Al estremo de este arrabal se distingue la casa arzobispal y la iglésia de San Dimitri, circundada de un grupo de casas griegas con jardines.

Perpendicularmente debajo se estiende la parte de la ciudad que se llama *Katochorion*, esto es, el arrabal de la falda del castillo.

Enfrente del Katochorion se encuentra el *Mesochôrion*, ó arrabal del centro: este contiene hermosos jardines y casas turcas pintadas de verde y encarnado, y los bazares ó mercados, los kanes y las mezquitas.

A la derecha, y al pie de Taygetes, se ven en graduacion las tres aldeas ó arrabales que yo habia atravesado, á saber: Tritzella, Panthalama y Parori.

De la misma ciudad salen dos torrentes; el primero llamado *Hibriopotamos*, rio de los judíos, corre entre el Katochorion y el Mesochorion.

El segundo se llama *Panthalama*, que toma el nombre de la fuente de las Ninfas, de donde nace y se junta con el Hibriopotamos á bastante distancia, en la llanura cerca de la desierta aldea de *Magoula*. Estos dos torrentes, sobre los cuales se encuentra un puente, han bastado á La Guilletiere para formar á su modo el Eurotas y el puente Babyx, bajo un nombre genérico tal vez no bien escrito en mi opinion.

Reunidos en Magoula aquellos dos torrentes, se precipitan en el rio llamado tambien Magoula, antiguamente el Cnacion, y este va á perderse en el Eurotas.

Visto desde el castillo de Misitra, es pintoresco el valle de la Laconia: prolóngase de Norte á Mediodía, y le ciñen al Oeste el Taijetes, y al Este los montes Tornax, Barosthenes, Olimpo y Menelaion, y estendiéndose hácia el Mediodía, le interrumpen algunas colinas, en cuyas faldas estaba situada Esparta. Desde aquí hasta el mar corre una fértil llanura bañada por el Eurotas (1).

Héme encaramado sobre una almena del castillo de Misitra, descubriendo, contemplando y admirando toda la Laconia. Pero ¿cuándo hablareis de Esparta? preguntará el lector. ¿Se hallan acaso encerrados en Misitra los restos de aquella antigua ciudad? ¿Qué objeto pudo haber al volar á Amiclea, antes de haber visitado todos los ángulos de Lacedemonia? ¿Os contentareis con hacer mencion del Eurotas, sin señalar su curso, sin describir sus riberas? ¿Cuál es la estension del pais que baña? ¿Qué colorido distingue sus aguas? ¿Hay allí cisnes, cañaverales y laureles? No hay una circunstancia, por insignificante que parezca, de que no se deba hacer mérito, tratándose nada menos que de la patria de Licurgo, de Agis, de Lisandro y de Leonidas. Todos los viageros han visto á Atenas, pero muy pocos son los que han penetrado hasta Esparta; ni uno solo ha descrito completamente sus ruinas.

No hubiera dejado de satisfacer la justa curiosidad del lector mucho antes de lo que parece, si al encaramarme en el torreon del castillo de Misitra, no me hubiera hecho mil preguntas semejantes á las que se me pueden hacer en este momento.

Léase la introduccion de este *Itinerario*, y se verá que no he dejado de practicar cuantas diligencias me

(1) Véase en el lib. XIV de los *Mártires* la descripcion de la Laconia.

han sido posibles para adquirir las noticias mas exactas acerca de Esparta: allí he trazado la historia de esta ciudad desde los romanos hasta nuestros tiempos; he citado á los viageros y las obras que han hablado de la moderna Lacedemonia; pero desgraciadamente son tan vagas estas nociones, que apenas pueden conciliar dos opiniones entre sí. Segun el padre Pacífico, Cornelli, el novelista Guillet y los demas que han seguido sus opiniones, Misitra se halla edificada sobre las ruinas de Esparta; pero segun Spon, Vernon, el abate Furmont, Leroy y d'Anville, las ruinas de Esparta se hallan muy distantes de Misitra (1). Despues de todo esto no se debe estrañar que la mayor parte sigan esta última opinion. D'Anville sobre todos, se espresa en un sentido bastante esplícito, diciendo «que el sitio que ocupaba esta ciudad (Esparta) se llama *Palæochori* ó antiguo arrabal; y la ciudad nueva conocida bajo el nombre de *Misitra*, que se empeñan en confundir con Esparta, está separada hácia el poniente (2).» Spon, refutando á La Guilletiere, se espresa tambien de un modo positivo, apoyado en el testimonio de Vernon y del cónsul Girand. Pero el abate Fourmont, que encontró tantas inscripciones en Esparta, no pudo padecer el mismo error acerca de la situacion de esta ciudad; aunque es verdad que no poseemos su viage; pero Leroy que ha reconocido el teatro y el dromo, no ha podido ignorar la verdadera posicion de Esparta. Conformándose con esta opinion, las mejores geografías han advertido que Misitra no ocupa del todo la antigua Lacedemonia. Hay tambien algunos que fijan la distancia de una á otra ciudad en casi dos leguas.

Véase ahora la dificultad de establecer la verdad,

(1) Véase la Introduccion.
(2) *Comp. de Geog. ant*, tom. I, pág. 270.

cuando se halla arraigado ya un error. Á pesar, pues, de Spon, Fourmont, Leroy, d'Anville, etc., todos, y yo el primero, se han empeñado en reconocer á Esparta bajo los nuevos muros de Misitra. Dos viageros modernos, Scrofani y Pouqueville, habian acabado de preocuparme. Yo no habia advertido que al descubrir este último á Misitra, como fundada sobre los restos de Lacedemonia, no hacia sino repetir la opinion de las gentes del pais, sin adoptarla como propia; y antes bien parece inclinarse á la opinion que cuenta en su apoyo las mejores autoridades; de donde debo inferir, que exacto Mr. Pouqueville en todo lo que describe visto por sí mismo, se habia equivocado con respecto á lo que decia de Esparta (1).

Persuadido, pues, por un error de mis primeros estudios de que Misitra era Esparta, habia comenzado mis investigaciones por Amiclea, y era mi objeto recorrer ligeramente lo que no era Lacedemonia, para fijar en seguida toda mi atencion en esta ciudad. Júzguese por consiguiente cual seria mi confusion, cuando desde lo alto del castillo de Misitra me obstinaba en reconocer la ciudad de Licurgo en una enteramente moderna, y cuya arquitectura me presentaba una mezcla confusa del género oriental, y del estilo gótico, griego é italiano, sin que entre todo esto se descubriese la menor ruina antigua que pudiese consolarme. ¡Si al menos la antigua Esparta, lo mismo que la antigua Roma, levantase su descarnada frente por entre estos monumentos! ¡Pero Esparta yace sepultada,

(1) Dice en todas las cartas que Misitra no ocupa el recinto de Esparta; y luego concluye adhiriéndose á las ideas de los habitantes del pais. Vése por esto que el autor fluctuaba entre los grandes testimonios que reconocia, y la charlatanería de algun griego ignorante.

conculcada por los turcos, y muerta, enteramente muerta!

Asi lo creia yo. Mi cicerone apenas sabia algunas palabras italianas é inglesas. Para darme á entender mejor, procuré espresarme con algunas frases, que medio sabia, del griego moderno, y con el lapicero le escribí algunas palabras en griego antiguo, hablándole al mismo tiempo en italiano, en inglés y algo en francés: José quiso servirnos de intérprete, y nos confundió mas: el genízaro y el guia, que era judío semi-negro, emitian su opinion en turco, y acababan de enredarnos. A un mismo tiempo hablábamos, gritábamos y accionábamos todos; y con nuestros idiomas, rostros y trages diferentes, pareciamos un conciliábulo de demonios encaramados, al ponerse el sol, sobre aquellas ruinas. Teníamos a la espalda los bosques y las cascadas del Taigetes, encima un cielo brillante, y al pie la Laconia.

—Ve ahí á Misitra, decia yo al cicerone; esa es Lacedemonia, ¿no es asi?

Y él me respondia: —Signor, ¿Lacedemonia? ¿cómo?

—Os pregunto si es Lacedemonia ó Esparta.

—¿Esparta? ¿cómo?

—Os pregunto si Misitra es Esparta.

—No os comprendo.

—¡Pues cómo! ¿Vos griego y lacedemonio, y no conoceis el nombre de Esparta?

—¡Esparta! ¡Ah! si, ¡gran república! ¡famoso Licurgo!

—¿Luego Misitra es Lacedemonia?»

El griego me indicó con la cabeza que sí, y con esto me llené de júbilo.

—Ahora bien, añadí yo, esplícame lo que estoy viendo: ¿qué parte de la ciudad es esta? Y le señalé la que tenia delante de mí, un poco á la derecha.

—Mesochorion: respondió él.

—Bien te entiendo; pero ¿qué parte formaba de Lacedemonia?

—¿Lacedemonia? ¿qué?

Yo me desesperaba.

—A lo menos enséñeme el rio; y le repetia:—Potamos, Potamos.

El griego me enseñó el torrente llamado *rio de los Judíos*.

—¿Pues cómo? ¿y ese es el Eurotas? ¡Imposible! ¿dónde está el Vasilipotamos?

Y el cicerone hizo un gesto, y señaló con la mano á la derecha, por el lado de Amiclea; con lo que volví á caer en todas mis dudas. Yo pronunciaba el nombre de *Iri*; y al oir este nombre, mi espartano me señalaba á la izquierda al lado opuesto de Amiclea.

Era preciso, pues, convenir, en que habia dos rios: uno á la derecha, llamado Vasilipotamos, otro á la izquierda, el Iri; y que ni uno ni otro pasaba por Misitra. Mas arriba hemos visto lo que causaba mi error, por la esplicacion que he dado de estos dos nombres.

Con que segun esto, me decia yo á mí mismo, ya no sé donde está el Eurotas; pero es seguro que no pasa por Misitra. Luego Misitra no es Esparta, á menos que el rio haya cambiado de curso, y no esté distante de la ciudad; lo cual no es del todo probable. ¿Dónde está, pues, Esparta? ¡He llegado hasta aqui, y no la he podido encontrar! ¡Oh! ¡volverme sin haberla visto! Estaba ya desesperado, y me disponia á bajar del castillo, cuando el griego me dijo: «Vuestra señoría pregunta tal vez por Palæochori?» Y entonces recordé un pasage de d'Anville, y respondí á mi vez: «¡Si, si, Palæochori! ¡la antigua ciudad! ¿Dónde está Palæochori?»

«Allá abajo, en Magoula:» dijo cicerone, y me se-

ñaló á lo lejos en el valle una cabaña blanca circuida de algunos árboles.

Arrasáronseme de lágrimas los ojos, fijándolos en aquella miserable cabaña, único edificio que se elevaba en los abandonados muros de una de las mas célebres ciudades del mundo, y sirviendo solo para que se conociese que allí fué Esparta, habitacion ahora de un cabrero, cuyos únicos bienes eran la yerba que crece sobre los sepulcros de Agis y Leonidas.

Ya no quise ver ni oir nada; y bajé precipitadamente del castillo, sin atender á los gritos de mis guias, que querian enseñarme ruinas modernas, y contarme historias de agás, bajaes, cadís y vaivodas; pero al pasar por delante de la casa del arzobispo, hallé alguno papás á la puerta que estaban esperando al *francés*, y me convidaron á entrar de parte del arzobispo.

No pude absolutamente negarme á aquella atencion. Entré, pues, y hallé al arzobispo sentado en medio de su clero en una sala muy aseada, adornada con esteras y almohadones al modo de los turcos. Todos aquellos papás y su prelado manifestaban talento y buen humor; muchos de ellos sabian el italiano, y se esplicaban con facilidad en este idioma. Les conté lo que acababa de sucederme buscando las ruinas de Esparta; se rieron y burlaron del cicerone, y me pareció que estaban muy acostumbrados á ver estrangeros.

La Morea está, con efecto, llena de levantinos, de francos, de raguseos, de italianos, y principalmente de médicos jóvenes de Venecia y de las islas Jónicas, que vienen á acabar pronta y seguramente con los cadís y los agás. Se camina con bastante seguridad, se come bien, se goza de suma libertad, si se tiene prudencia y resolucion. Generalmente es un

viage muy fácil, en especial para quien ha vivido entre los salvages de América. En los caminos del Peloponeso se hallan siempre algunos ingleses; y los papás me dijeron que poco antes habian estado allí oficiales y anticuarios de esta nacion; y aun existe en Misitra una casa griega llamada la *Posada inglesa*, en donde se come el roast-beef, y se bebe vino de Oporto. En cuanto á esto deben los viageros mucho á los ingleses; pues que han establecido buenas posadas en toda Europa, en Constantinopla, en Atenas, y hasta en las puertas mismas de Esparta, á pesar de las leyes severas de Licurgo.

El arzobispo conocia al vice-cónsul de Atenas, y aun me parece que le tuvo hospedado en su casa las dos ó tres veces que Mr. Fauvel visitó á Misitra. Luego que me sirvieron el café, me enseñaron la casa arzobispal y la iglesia: está muy celebrada en nuestras geografías; nada sin embargo, contiene de notable. El mosáico del pavimento es muy vulgar; y las pinturas, tan ponderadas por Guillet, parecen bocetos de la escuela anterior al Perusino. En cuanto á la arquitectura, nada ofrecen de particular sus cúpulas, mas ó menos rebajadas, y mas ó menos numerosas. Siete son las cúpulas de esta iglesia, consagrada á San Dimitri, y no á la Vírgen, como se ha dicho: desde que en la degeneracion del arte se empleó este adorno en Constantinopla, ha caracterizado todos los monumentos de la Grecia. Esta arquitectura, ni tiene la valentía del estilo gótico, ni la hermosa proporcion de la antigua. Es bastante magestuosa cuando es inmensa; pero entonces abruma el edificio que decora; y si fuera pequeño este, su cúpula se pareceria á un solideo, sin relacion con ningun género de arquitectura, y que se eleva sobre unos entablamentos, que no tienen al parecer otro objeto que el destruir el perfil armonioso del cimacio.

Ví en la biblioteca del arzobispo algunos tratados de los padres griegos, libros de controversia, y dos ó tres historiadores de la *Byzantina*, entre otros Pachymero. Muy interesante hubiera sido confrontar el texto de este manuscrito con los textos que tenemos; pero al menos no habrá pasado desapercibido por nuestros dos grandes helenistas, el abate Fourmont y d'Anse de Villoison. Es probable que dueños muchos tiempos de la Morea los venecianos, se llevaron los mas preciosos manuscritos.

Mis huéspedes me enseñaron tambien con mucha complacencia traducciones impresas de algunas obras francesas, como el *Telémaco*, *Rollin*, etc., y algunas curiosidades publicadas en Bucharest. Entre estas traducciones no me atreveria á decir que encontré tambien la de *Atala*, si Mr. Stamats no me hubiera hecho el honor de prestar á mi salvage la lengua de Homero. Aun no estaba concluida la traduccion que yo ví en Misitra; el traductor era un griego natural de Zante, que se hallaba en Venecia cuando se publicó la *Atala* en italiano; y siguiendo esta traduccion, habia principiado la suya en griego vulgar. Oculté mi nombre, no sé si por orgullo ó por modestia; pero la mezquina ambicion de autor quedó satisfecha encontrando mi nombre entre la inmensa gloria de Lacedemonia, y fué tan completa esta satisfaccion, que el portero del arzobispo no dejó de aplaudir mi generosidad: y he aqui un acto de caridad, por el que despues he hecho penitencia.

Era ya de noche cuando salí de la casa arzobispal, y volviendo por la parte mas poblada de Misitra, atravesamos el bazar ó mercado, indicado en muchas inscripciones como si fuera el agora de los antiguos, creyendo siempre que Misitra es Lacedemonia. Pero este bazar es un mal mercado, semejante al de nuestras mas pequeñas aldeas. Ocupan las calles

miserables tiendas de chales, de mercería y comestibles, iluminadas con lámparas de fábrica italiana. Celebrando estas lámparas, me hicieron observar á dos maniotas que vendian gibias y pólipos de mar, llamados en Nápoles *frutti di mare*. Estos pescadores, de elevada estatura, se parecian á los paisanos del Franco-Condado. Nada, sin embargo, encontré en ellos de estraordinario: no obstante les compré un perro del Taigetes, de piel áspera y roja, hocico corto y aire salvage:

Fulvus Lacon.
Amica vis pastoribus.

Y le puse por nombre *Argus*. «Ulises hizo lo mismo,» Desgraciadamente le perdí pocos dias despues entre Argos y Corinto.

Vimos tambien pasar muchas mugeres cubiertas con sus largos velos; mas como nos apartábamos para cederlas el paso, segun la costumbre oriental, que nace mas bien de celos que de fina educacion, no las pude ver la cara, ni asegurar tampoco si se puede llamar á Esparta, *la de las mugeres hermosas*, segun la espresion de Homero.

Llegué á casa de Ibrahim despues de haber andado cerca de trece horas, sin descansar mas que algunos instantes. Ademas de que yo sufro el hambre, el sol y la fatiga, he observado que las sensaciones vivas me sostienen aun en medio del cansancio, y me prestan nuevas fuerzas. Estoy convencido asimismo de que una voluntad inflexible todo lo sufre y lo resiste con el tiempo. Hed aqui por qué á pesar del paseo que habia dado, en vez de descansar, me propuse pasar la noche escribiendo mis notas, esperando ver al dia siguiente las ruinas de Espar-

ta, y proseguir desde allí mi viage, sin regresar á Misitra.

Me despedí de Ibrahim, y mandé á José y á mi guia, que fuesen con los caballos á aguardarme en el camino de Argos, y se detuviesen en el puente del Eurotas, que habíamos pasado viniendo de Tripolizza, y me quedé solo con el genízaro para que me acompañase á las ruinas de Esparta. Si hubiera podido desprenderme de él, hubiera ido solo á Magoula; porque habia esperimentado que pierden la paciencia muchas veces los que siguen á un viagero en las investigaciones que practica, que para ellos no tienen interés alguno.

Dispuesto todo de este modo, y gratificando antes bien á los esclavos del honrado Ibrahim, el dia 18, media hora antes de amanecer, ya estaba yo corriendo á galope en compañía del genízaro, ansioso de llegar á Lacedemonia.

Llevábamos ya una hora de marcha por un camino llano, que se dirigia rectamente al Sudoeste, cuando al salir la aurora distinguia algunas ruinas y una gran muralla de construccion antigua, y mi corazon comenzó á palpitar de júbilo y de esperanza. El genízaro se volvió á mí, y señalando á la derecha una cabaña ó casita blanca, gritó con aire de satisfaccion: «¡Palæochori!» Entonces me dirigí hácia la principal ruina que descubria en una altura. Dando vueltas alrededor de esta altura por la parte de Noroeste, me detuve de pronto al ver un espacioso recinto abierto en semicírculo, que al instante conocí que era un teatro. No me será facil pintar el tropel de ideas confusas que de pronto me acometieron, pues echaba de ver que la colina en que me hallaba era la de la ciudadela de Esparta, supuesto que con ella lindaba el teatro; y las ruinas que veia sobre la colina eran, por consiguiente, las ruinas del templo de Minerva-Chalciæ-

cos, pues que estaba en la ciudadela; las ruinas y las murallas por donde habia pasado yo antes, formaban parte de la tribu de los Cinosuras, porque esta tribu ocupaba el Norte de la ciudad. Esparta, pues, estaba á mi vista, y su teatro, que habia tenido la dicha de descubrir á los primeros pasos, me indicaba al instante la situacion de todos los barrios y monumentos. Me apeé, pues, y trepé volando á la colina de la ciudadela.

Al llegar á la cumbre ví salir al sol por detras de los montes Menelayos. ¡Oh! ¡cuán hermoso y cuán triste espectáculo á la par se ofrecia á mis ojos! ¡El Eurotas, que corria solitario bajo el arruinado puente Babyx! ¡ruinas por do quiera! ¡ni un solo hombre allí! Inmóvil, y con una especie de estupor contemplé aquella escena. La admiracion y el dolor contenian á un tiempo mis pasos y mi pensamiento: quise que á lo menos hablase el eco en aquellos sitios donde ya no se percibia la voz humana, y *comencé á gritar con toda mi fuerza* ¡*Leonidas*! ¡*Leonidas*! Pero ninguna ruina repitió un nombre tan grande, y hasta la misma Esparta pareció haberle olvidado.

Si las ruinas que recuerdan ilustres memorias manifiestan la vanidad de las cosas humanas, preciso es convenir tambien, en que no obstante valen algo aquellos nombres que sobreviven á los imperios, y que ciñen de inmortalidad los tiempos y las ciudades. No despreciemos la gloria, porque despues de la virtud no hay cosa mas grande que ella. Seria el colmo de la felicidad en esta vida reunirlas las dos; y á esto se dirigia la única oracion que los espartanos hacian á los dioses: *Ut pulchra bonis adderent*.

Vuelto ya en mí, comencé á observar las ruinas que me rodeaban. La cumbre de la colina formaba una llanura, circuida en especial por la parte de Nor-

ueste, de gruesas murallas, á las que dí dos veces la vuelta, y hallé que tenian mil quinientos sesenta ó mil quinientos sesenta y seis pasos comunes, ó cerca de setecientos ochenta pasos geométricos; pero es preciso advertir que comprendo en este circuito toda la cumbre de la colina, y la curva que forma la escavacion del teatro, que es el mismo que examinó Leroy.

Varios escombros, parte enterrados, parte algo elevados sobre el suelo, indican que hácia el medio de aquella meseta estaban los cimientos del templo de Minerva-Chalciœcos (1), al que inútilmente se refugió Pausanias, pues que no le salvó la vida. Una cuesta muy suave, y de setenta pies de larga, conduce desde la colina á la llanura, y acaso fuera este el camino por donde se subia á la ciudadela, que solo hicieron fuerte los tiranos de Lacedemonia.

Encima de las ruinas del teatro ví un pequeño edificio de forma circular, destruido en sus tres partes: dentro de él habia algunos nichos que servirian ó para estátuas ó para urnas. ¿Era un sepulcro, ó el templo de Venus armada? Porque éste debia hallarse por allí, como perteneciente á la tribu de las Egidas. César, que pretendia descender de Venus, llevaba en su anillo la imágen de Venus armada: siendo, con efecto, el emblema de los defectos y la gloria de aquel grande hombre:

¿Vincere si possum nuda, qui arma gerens?

(1) Chalciœcos, casa de bronce. Es preciso no confundir aquí ni tomar á la letra el texto de Pausanias y de Plutarco, ni imaginar que todo el templo fuese de bronce; lo que únicamente quiere decir, que este templo estaba cubierto por fuera, y acaso por dèntro, de bronce. Tambien creo que ninguno confundirá ahora los dos Pausanias, que aquí cito, uno en el texto y otro en la nota.

El que se colocase á mi lado en la colina veria lo siguiente:

Al Levante, esto es, hácia el Eurotas, un montecillo encumbrado y aplastado en su cúspide, como para servir de estadio ó de hipódromo. Desde los dos lados de este montecillo, entre otros dos que forman con el primero unos valles, se descubren las ruinas del puente Babyx, y el curso del Eurotas. Al otro lado del rio termina la vista en una cordillera de montes rojizos, y son los montes Menelayos; y detras de estos se elevan las cimas de las montañas que circuyen á lo lejos el golfo de Argos.

De este modo al Este, entre la ciudadela y el Eurotas, mirando entre Norte y Mediodía paralelamente al curso del rio, se colocará la tribu de Limnates, el templo de Licurgo, el palacio del rey Demarato, la tribu de los Egidas y la de los Mesoatos, el monumento de Cadmo, y los templos de Hércules, de Elena y de Platanista. He contado en este vasto espacio siete ruinas que aun se conservaban en pie, pero enteramente borradas y desconocidas. Por lo tanto, y siendo yo dueño de escoger lo mas acomodado á mis ideas, dí á la una de ellas el nombre de templo de Elena, á la otra el del sepulcro de Alcmanes; y creí ver los monumentos heróicos de Egeo y de Cadmo; de este modo atendí mas á la fábula, dejando para la historia el templo de Licurgo. Confieso que prefiero á la salsa negra y á la Crypcia, la memoria del único poeta que produjo Lacedemonia, y la corona de flores que las doncellas de Esparta cogieron para Elena en la isla del Platanista.

O ubi campi,
Sperchiusque et virginibus bacchata Lacænis,
Taygeta!

Mirando hácia el Norte, y siempre desde la cum-

bre de la ciudadela, se ve una colina bastante elevada, y aun mas que la de la misma ciudadela, lo cual está en oposicion con el texto de Pausanias. En el valle que forman estas dos colinas debia hallarse la plaza pública y los monumentos que contenia el senado de los Gerontes, el Coro y el Pórtico de los persas, etc.; pero por este lado no hay ruina alguna. Al Noroeste se estendia la tribu de los Cinosuras, por donde entré en Esparta, y de cuya muralla he hecho mencion.

Volvamos ahora hácia el Oeste, y descubriremos sobre un terreno igual y al pie del teatro tres ruinas, una de ellas bastante elevada, y semejante á una torre: porque aqui se hallaba la tribu de los Pitanates, el Theomelido, los sepulcros de Pausanias y de Leonidas, y el templo de Diana Isora.

En fin, si volvemos la vista al Mediodía, veremos un terreno desigual, en donde solo se hallan á un nivel los cimientos de algunos edificios. Preciso es que se hayan llevado las piedras, porque no se ve ninguna alrededor. Por aqui estaba la casa de Menelao, y mas lejos en el camino de Amiclea, el templo de Dioscures y de las Gracias. Esta descripcion se comprenderá mas fácilmente, si el lector se toma la molestia de tener á la vista á Pausanias, ó el *Viage de Anacharsis*.

Todo el recinto de Lacedemonia es inculto, y le abrasa el sol, que destruye hasta el mármol de los sepulcros. Cuando ví este recinto ninguna planta cubria estas ruinas, ni una ave, ni un insecto las animaba, y solo se percibian muchísimos lagartos, que corrian sin ruido por entre aquellas abrasadas murallas. Algunos caballos medio montaraces pastaban la poca y marchita yerba que se encontraba á trechos; un pastor cultivaba en un lado del teatro algunas matas de sandía; y en Magoula, que da hoy su triste nombre á La-

cedemonia, se alzaba un bosquecillo de cipreses. Este mismo Magoula, que fué un lugar de turcos bastante poblado, pereció tambien en este campo de muerte, y ya no quedan mas que ruinas de ruinas.

Bajé de la ciudadela, y tardé un cuarto de hora en volver al Eurotas: tal es el curso de este rio, que no le conocí dos leguas mas arriba, y al pasar por Esparta se le puede comparar al Marne mas arriba de Charenton. Su cauce, casi seco en verano, presenta un lecho cubierto de guijarros, plantado de cañas y adelfas, sobre el cual corren algunos hilos de agua límpida y fresca. Parecióme el agua muy buena, y bebí mucha, porque me abrasaba de sed. Ciertamente que el Eurotas merece el epíteto de *Kalidonas*, el de las hermosas cañas que le da Eurípides; pero no sé si se le debe conservar el de *Olorifer*, porque no ví cisne alguno en sus aguas. Seguí por mucho espacio su corriente, esperando encontrar aquellas aves, que segun Platon, miran al Olimpo antes de espirar, por lo cual es tan armonioso su canto; pero salieron vanas mis esperanzas, acaso porque no merezco, como Horacio, el favor de las Tindarides, las cuales no quisieron dejarme descubrir su secreto orígen.

Los rios célebres tienen la misma suerte que los pueblos igualmente famosos, primero desconocidos, luego celebrados en todo el mundo, vuelven á caer en su primera oscuridad. El Eurotas, que antes se llamó *Himero*, corre ahora desconocido bajo el nombre de *Iri*, asi como el Tiber, llamado en otro tiempo Albula, lleva hoy sus aguas desconocidas con el nombre de *Tevero*. Recorrí las ruinas del puente Babyx, que valen poco. Busqué la isla del Platonista, y creo haberla hallado mas abajo del Magoula; es un terreno de forma triangular, bañado por el Eurotas á un lado, y por los otros dos circuido con fosos llenos de juncales, por donde en el invierno corre el riachuelo de Magou-

la, que es el antiguo Cnacion. Encuéntranse en esta isla algunos morales y sicomoros; pero ni plátanos, ni cosa alguna que indique que los turcos le miren como un sitio de delicias: vi, sin embargo, varias flores, sobre todo lirios azules, que nacian en una especie de gladiolo, y cogí muchos en memoria de Elena: la frágil corona de la hermosura se halla aun en las orillas del Eurotas; pero la hermosura desapareció ha mucho tiempo.

El paisage que se disfruta marchando por la orilla del Eurotas es muy diferente del que se descubre desde la cumbre de la ciudadela. El rio sigue sinuosamente su cauce, y como ya he indicado, entre cañaverales y adelfas, tan grandes como árboles, y forman un contraste particular con la frescura y la verdura del Eurotas, el aspecto árido y rojizo de los montes Menelayos. En la ribera derecha despliega el Taigetes su magnífico cuadro; y ocupan todo el espacio comprendido entre este cuadro y el rio las colinas y las ruinas de Esparta. Estas colinas y estas ruinas no parecen tan desoladas como cuando se las vé de cerca; por el contrario, se ostentan como bañadas de púrpura de violeta. No son las praderas ni los follages de un verde apagado las que forman los admirables paisages, son los efectos de la luz: y he aqui por qué las rocas y los matorrales de la bahía de Nápoles serán siempre mas bellas y pintorescas que los valles mas fértiles de Francia y de Inglaterra.

Al cabo de tantos siglos de olvido, este rio que vió vagar por sus orillas á los lacedemonios celebrados por Plutarco; este rio, repito, sin duda se habrá regocijado oyendo resonar los pasos de un oscuro estrangero. El 18 de agosto de 1806, á las nueve de la mañana, fué cuando di solo este paseo por las orillas del Eurotas; paseo que jamás se borrará de mi memoria. Aunque aborrezco las costumbres de los espartanos,

respeto la grandeza de un pueblo libre, y no he podido menos de entristecerme al hollar aquel polvo noble y sagrado. Basta un hecho solo para ceñir de gloria á aquel pueblo: cuando Neron visitó la Gracia, no se atrevió á entrar en Lacedemonia. Este es el mayor elogio de aquella ciudad.

Volví á la ciudadela, deteniéndome á contemplar cuantas ruinas encontraba al paso. Como probablemente Misitra ha sido edificada con las ruinas de Esparta, esto ha contribuido mucho sin duda al deterioro de los monumentos de esta última ciudad. Hallé á mi compañero en el mismo sitio en que le habia dejado; acababa de dispertarse, estaba sentado, fumaba, y al parecer se disponia á volverse á dormir. Los caballos pastaban tranquilamente en el hogar del rey Menelao. «Elena no habia dejado su hermosa rueca llena de lana teñida de púrpura, para prepararles un trigo puro en soberbios pesebres (1).» Aunque soy viagero, no soy el hijo de Ulises, si bien prefiero como Telémaco las estériles rocas de mi patria á los mas hermosos paises.

En esto era ya medio dia, y como el sol caia á plomo sobre nuestras cabezas, nos pusimos á la sombra en un rincon del teatro, y comimos con valiente apetito un poco de pan y algunos higos secos que habiamos traido de Misitra: José se habia llevado el resto de nuestras provisiones. El genízaro se manifestaba contento; y creyendo estar ya despachado, se disponia á partir; pero bien pronto se desengañó con gran sentimiento suyo. Porque yo comencé á escribir algunos apuntes, y dibujar algunas vistas; y concluida esta operacion, que duró dos horas, quise examinar los monumentos por la parte del Poniente de la ciudadela; pues por allí debia estar el sepulcro de Leonidas.

(1) Odis.

Acompañábame el genízaro llevando los caballos del diestro, y vagábamos de ruina en ruina. Nosotros dos éramos los únicos vivientes en medio de tantos muertos ilustres; los dos éramos bárbaros, tan estraños el uno para el otro como á la Grecia, habiendo salido el uno de los bosques de las Galias, y el otro de entre las peñas del Cáucaso, y nos hallábamos en lo interior del Peloponeso; yo para pasar adelante, y él para vivir sobre sepulcros que no eran los de nuestros abuelos.

En vano reconocia todas las piedras, preguntando por las cenizas de Leonidas. Hubo un momento en que concebí alguna esperanza, porque cerca de la torre que indiqué hallarse situada al Oeste de la ciudadela, noté vestigios de unas esculturas, que me parecieron las de un leon. Sabemos por Herodoto que sobre el sepulcro de Leonidas habia un leon de piedra; circunstancia que no refiere Pausanias. A la vista de esto concebí nuevo ardor; pero fueron inútiles mis esfuerzos é investigaciones (1). No recuerdo si fué en este punto donde el abate Fourmont descubrió los tres monu-

(1) Aqui padecí una equivocacion, porque el leon de que habla Herodoto se hallaba en las Termópilas; y este historiador no dice si los restos de Leonidas fueron trasladados á su patria. Y sostiene, por el contrario, que Gerges hizo crucificar el cuerpo de aquel príncipe. Por consiguiente, los vestigios del leon que yo ví en Esparta no pueden indicar la tumba de Leonidas. Bien es verdad que yo no recorria las ruinas de Lacedemonia con el *Herodoto* en la mano, porque solo llevaba conmigo á *Racine*, el *Tasso*, *Virgilio* y *Homero*, este con hojas en blanco para hacer algunas apuntaciones. No será, pues, estraño que precisado á recurrir únicamente á mi memoria, haya podido equivocarme acerca de un lugar, pero no de un hecho. Pueden leerse dos bellísimos epigramas en la *Antología* sobre el leon de piedra de las Termópilas.

mentos curiosos. El uno era media columna sin capitel, en la que se veia grabado el nombre de *Jerusalen*: tratábase sin duda de la alianza que celebraron los judíos y los lacedemonios, de que se habla en los *Machabeos*; y los otros dos monumentos eran las inscripciones sepulcrales de Lisandro y de Agesilas; naturalmente debia un francés encontrar el sepulcro de estos dos grandes capitanes. Debo advertir que á mis compatriotas debe la Europa las primeras noticias satisfactorias que recibió acerca de las ruinas de Esparta y de Atenas (1). Deshayes, enviado por Luis XIII á Jerusalen, pasó por Atenas hácia el año 1629, y conservamos su *Viage*, de que Chadler no tenia una idea. El padre Babin, jesuita, publicó en 1672 su relacion del *Estado actual de la ciudad de Atenas*; Spon redactó esta relacion antes que este sábio y hábil viagero comenzase sus investigaciones con Wheler.

El abate Fourmont y Leroy fueron los primeros en dar noticias positivas sobre la Laconia, aunque Vernon pasó antes que ellos por Esparta; pero solo nos queda una carta de este inglés, el cual se contenta con insinuar que ha visto á Lacedemonia, sin hacer la mas insignificante descripcion (2). No sé si mis investigaciones se trasmitirán á la posteridad; pero siquiera habré unido mi nombre al nombre de Esparta, para salvarle del olvido: habré, por decirlo asi, descubier-

(1) Cierto es que se conservan acerca de Atenas dos cartas de la coleccion de Martin Crosio, cuya data es del año 1584; pero ademas de que casi nada dicen, están escritas por griegos, hijos de la Morea, y por consiguiente, no producen el fruto que llevan consigo las investigaciones de los modernos viageros. Spon cita ademas un manuscrito de la biblioteca Barberina de Roma, que data doscientos años antes de su viage, y en donde encontró algunos dibujos de Atenas. Véase la Introduccion.

(2) Véase la Introduccion.

to de nuevo esta ciudad inmortal, dando de sus ruinas unas noticias desconocidas hasta aqui. Un simple pescador, por naufragio ó por acaso, determina muchas veces la posicion de algunos escollos que habian escapado á las pesquisas de los mas hábiles pilotos.

Habia en Esparta muchos altares y estátuas consagradas al Sueño, á la Muerte y á la Belleza (Venus-Morphó), divinidades de todos los hombres: al Miedo armado, que seria sin duda el que los lacedemonios inspiraban á sus enemigos; pero nada de esto queda, aunque en una especie de zócalo leí estas cuatro letras *LASM*. ¿Podríamos suponer que decia *Gelasma*? ¿Seria este el pedestal de la estátua de la Risa, que Licurgo colocó entre los graves descendientes de Hércules? Existiendo solo el altar de la Risa en medio de la sepultada Esparta, seria un gran asunto de triunfo para la filosofía de Demócrito.

Ya se acercaba la noche, cuando haciéndome la mayor violencia, hube de separarme de aquellas ilustres ruinas, de la sombra de Licurgo, de los recuerdos de las Termópilas, y de todas las ilusiones de la fábula y de la historia. El sol se ocultaba ya por detrás del Taigetes; de suerte que vi empezar y acabar su carrera sobre las ruinas de Lacedemonia. Tres mil quinientos cuarenta y tres años hacia que por primera vez se habia levantado y puesto el sol sobre aquella ciudad naciente. Retiréme, pues, con la imaginacion llena de cuanto acababa de ver, y entregado á interminables reflexiones: dias como estos hacen que luego sufra uno con la mayor resignacion muchas desgracias, y sobre todo, que mire con indiferencia los mas espantosos sucesos.

Subiendo por la orilla del Eurotas durante hora y media, y atravesando campos, fuimos á caer al camino de Tripolizza. José y el guia me estaban esperando acampados al otro lado del rio, cerca del puente, y

habian encendido lumbre con cañas, á pesar de Apolo, á quien el suspiro de aquellas cañas consolaba de haber perdido á Daphne. José se habia provisto abundantemente: tenia sal, aceite, sandías, pan y carne; y asi preparó una pierna de carnero, como el compañero de Aquiles, y me la sirvió, teniendo por mesa una gran piedra, con vino de la viña de Ulises, y agua del Eurotas. Para encontrar escelente esta cena, tenia yo precisamente lo que faltaba á Dionisio para conocer el mérito de la salsa negra.

Concluida la cena, me trajo José la silla del caballo que solia servirme de almohada: me embocé en mi capa, me eché á la orilla del Eurotas, á la sombra de un laurel. La noche estaba tan clara y serena, que la via láctea reflejaba en el agua como una alborada, pudiendo leer á su resplandor. Me dormí, teniendo los ojos elevados al cielo, y cayendo precisamente sobre mi cabeza la hermosa constelacion del cisne de Leda. Aun recuerdo el placer que en otro tiempo me causaba el despertar de este modo en los bosques de América, y sobre todo, el despertarme á media noche. Yo escuchaba con éxtasis el ruido del viento en la soledad, el bramido de los venados, el rugido de la apartada catarata, mientras mi hoguera moribunda alumbraba la copa de los árboles. Placíame aun la misma voz del iroqués, cuando gritaba en el centro de los bosque, y á la claridad de las estrellas, y en el silencio de la naturaleza, proclamaba su libertad sin límites. Todas estas cosas encantan á la edad de veinte años; porque la vida, por decirlo asi, se basta á sí misma; y en la primera juventud se nota cierta inquietud y vacío, que continuamente nos arrastra á cosas quiméricas, *ipsi sibi somnia fingunt*; pero en edad ya mas madura, busca el alma mas sólidos placeres, y desea alimentarse con los recuerdos y los ejemplos de la historia. Aun dormiria con satisfaccion

en las orillas del Eurotas ó del Jordan, si las heróicas sombras de los trescientos espartanos, ó los doce hijos de Jacob, se me hubiesen de aparecer en sueños; pero no iré á buscar una tierra nueva que no haya surcado el arado; quiero ahora antiguos desiertos que me representen á mi placer las murallas de Babilonia ó las legiones de Farsalia, *¡grandia ossa!* campos cuyos surcos me instruyan, y donde halle, como hombre que soy, la sangre, las lágrimas y los sudores del hombre.

José me despertó el dia 19 á las tres de la mañana, como se lo habia mandado; ensillamos los caballos y partimos. Todavía volví la cabeza para ver el Eurotas, y dirigir la última mirada á aquella Esparta porque no podia vencer el sentimiento de tristeza que causan las grandes ruinas, y el dejar un pais que no se ha de volver á ver.

El camino que conduce de la Laconia á Argólide, era en la antigüedad lo mismo que es en el dia, esto es, uno de los mas ásperos é incómodos de la Grecia. Durante algun tiempo seguimos el camino de Tripolizza; y luego volviendo hácia Levante, penetramos en los desfiladeros de unos montes. Caminábamos con velocidad por debajo de un espeso arbolado, que nos obligaba de contínuo á bajar la cabeza hasta el cuello de los caballos. En una de estas operaciones recibí en la cabeza un golpe tan violento de la rama de un árbol, que caí del caballo á mas de diez pasos de distancia casi sin sentido. Como el caballo continuaba galopando, no notaron mi caida mis compañeros de viage, pero sus gritos, cuando volvieron á buscarme, me hicieron volver en mí.

A las cuatro de la mañana llegamos á la cima de una montaña, donde dejamos descansar los caballos. El frio se sentia tanto, que nos precisó recurrir al fuego de una hoguera. No pude fijar el nombre de

aquel sitio poco célebre en la antigüedad; pero, á mi parecer, debíamos estar inmediatos á las fuentes del Leno, en la cordillera del monte Eva, y poco distantes de Prasia, sobre el golfo de Argos.

A medio dia llegamos á una poblacion bastante grande, llamada *San Pablo*, cercana al mar, cuyos vecinos estaban ocupados en un acontecimiento trágico, que no dejaron de referirme.

Una jóven de aquel pueblo, habiendo quedado huérfana de padre y madre, y hallándose dueña de una pequeña fortuna, fué enviada por sus parientes á Constantinopla. A los diez y ocho años regresó á su pueblo, y hablaba el turco, el italiano y el francés; y la finura con que recibia á los estrangeros que pasaban viajando, hacia dudar de su virtud. A vista de esto tuvieron una reunion los gefes de los paisanos; y despues de haber examinado la conducta de la huérfana, resolvieron deshacerse de aquella jóven que infamaba la poblacion. Ante todo se procuraron la suma que se paga en Turquía por el asesinato de una cristiana; luego entrando durante la noche en casa de la jóven, la mataron á palos; y el hombre que esperaba la nueva de la ejecucion, fué volando á llevar al bajá el precio de la sangre. Pero lo que tenia en movimiento á todos los griegos de San Pablo, no era la atrocidad del hecho, sino la rapacidad del bajá; porque este, á la par que hallaba tambien insignificante aquel acontecimiento, y convenia en que habia recibido la suma señalada á un asesinato ordinario, observaba que la belleza, la juventud, los conocimientos y los viages de la huérfana, le daban (como bajá de Morea) derechos indisputables á una indemnizacion; y en su consecuencia su señoría habia despachado el mismo dia dos genízaros para exigir una nueva contribucion.

La aldea de San Pablo es muy pintoresca; báñanla

algunas fuentes que nacen á la sombra de unos pinos salvages, *pinus sylvestris*. Allí encontramos á uno de aquellos médicos italianos que recorren toda la Morea, y me hice sangrar. Tomaba escelente leche en una casa, muy parecida á una cabaña suiza: estando en esta casa vino á sentarse á mi lado un jóven moraito; parecíase á Meleagro en su estatura y su trage. Los paisanos griegos no visten como los griegos de Levante que vemos en Francia; su trage consiste en una túnica que les llega hasta las rodillas, y que ciñen con un cinturon; esta túnica cubre sus largos calzones, y cruzan sus piernas desnudas las correas que sujetan las sandalias; en una palabra, fuera del peinado parecen á los antiguos griegos cuando no llevaban el manto.

Mi nuevo comensal, sentado como le habia dicho enfrente de mí, seguia todos mis movimientos sin apartar la vista un solo instante con mucha ingenuidad. No hablaba una palabra, me devoraba con los ojos, y alargaba la cabeza para mirar el fondo de la taza en que yo tomaba la leche. Me levanté y él se levantó tambien, me volví á sentar, y sentóse él tambien. Le dí un cigarro, y me hizo una señal para que fumase con él. Cuando me marché, vino siguiéndome cerca de media hora, pero silencioso siempre, y sin que pudiese yo adivinar cual era su objeto. Le ofrecí dinero, y lo rehusó; entonces el genízaro quiso ahuyentarle, y él hizo ademan de pegarle. Al observarme á mí mismo, eché de ver que yo, bárbaro civilizado, habia llegado á ser un objeto de curiosidad para un griego que se habia vuelto bárbaro (1).

(1) Estos griegos montañeses pretenden ser los verdaderos descendientes de los lacedemonios; y dicen, y con razon, que los maniotas no son mas que hordas de bandoleros bárbaros.

Mudados los caballos, partimos de San Pablo á las dos de la tarde, y tomamos el camino de la antigua Cinuria. A las cuatro nos advirtió el guia con un grito, que íbamos á ser atacados; y con efecto descubrimos en la cima de una montaña algunos hombres armados; pero estos se limitaron á observarnos largo rato, sin hacer la menor demostracion hostil. Entramos en los montes Partenios, y bajamos hasta la orilla de un rio, cuya corriente nos guió hasta el mar, descubriendo muy pronto la ciudadela de Argos, y á Nauplia en frente de nosotros, y los montes de Corintia hácia Micenas. Aun quedaban tres horas de camino desde el punto en que nos encontrábamos hasta Argos, y era preciso costear el golfo, atravesando las marismas de Lerna, que se estendian entre nosotros y la ciudad. Pasamos cerca del jardin de un agá, donde observé álamos de Lombardía confundidos entre los cipreses, limoneros y naranjos, y otros muchos árboles que no habia visto aun en Grecia. Poco despues el guia perdió el camino, y nos encontramos en unas mezquinas calzadas, que sirven de senda entre pequeñas lagunas y terrenos inundados. Sorprendiónos la noche en este conflicto, y era preciso á cada paso hacer saltar por anchos fosos á los caballos, que se espantaban de la oscuridad, de la gritería de las ranas, y de los fuegos fátuos que exhalaban las marismas. En esto cayó el caballo del guia, y como marchábamos uno en pos de otro, caimos tambien unos sobre otros en medio de un foso. Todos gritamos á la par, sin podernos entender; y por fortuna habia bastante agua para que pudieran nadar los caballos, y sobre ellos los ginetes. En esta caida se abrió la cisura de mi sangría, y sufrí un violento golpe en la cabeza. Milagrosamente salimos por fin de aquel pantano; pero tropezamos con la dificultad de no poder ya entonces llegar á Argos. Afortunadamente percibimos una luz á tra-

vés de los cañaverales, y nos dirigimos allí, penetrados de frio, cubiertos de cieno, y espuestos á cada paso á hundirnos en algun lodazal.

La luz nos guió hasta una heredad situada en medio de pantanos, en las cercanías de la aldea de Lerna: acababan la siega, y los segadores yacian tendidos por el suelo. Al pasar nosotros echaban á correr, y huian como unos animales silvestres. Tranquilizámosles, y pasámos lo restante de la noche en su compañía, sobre el estiércol de las cabras, que fué el lugar menos puerco y húmedo que encontramos. Tendria derecho para quejarme de Hércules, porque no mató del todo á la hidra de Lerna; pues cogí en este sitio mal sano una calentura, que me fué mortificando hasta Egipto.

El dia 20, al rayar el alba, llegamos á Argos: el pueblecito que ocupa el lugar de esta célebre ciudad, es mas aseado y de mayor comercio que los demas de Morea. Su situacion es muy hermosa, en lo interior del golfo de Nauplia ó Argos, y distante como legua y media del mar; teniendo á un lado los montes de Cinuria y de Arcadia, y al otro las alturas de Trezenia y de Epidauro.

Pero sea que mi imaginacion se entristeciese recordando las desgracias y los furores de los Pelópidas, ó que realmente fuese así, las tierras me parecieron incultas y desiertas, los montes áridos y sombríos, especie de clima fecundo en grandes crímenes y en grandes virtudes. Fuí á ver lo que llaman las ruinas del palacio de Agamenon, las del teatro y las de un acueducto romano, y subí á la ciudadela, pues quise ver hasta la menor piedra que hubiese podido tocar la mano del rey de los reyes. ¿Y quién podrá alabarse de gozar alguna gloria, comparándose con estas familias celebradas por Homero, Eschylo, Sófocles, Eurípides y Racine? ¡Y cuan grande es la admiracion y la tristeza, cuando al pisar estos lugares, se

observa cuan poco queda de aquellas razas ilustres!

Hace ya mucho tiempo que las ruinas de Argos no corresponden á la grandeza de su nombre. En 1756 las halló Chadler en el mismo estado en que yo las he visto, y no han sido mas afortunados el abate Fourmont en 1716 y Pellegrin en 1719. Los que mas han contribuido á la destruccion de los monumentos de esta ciudad, han sido los venecianos, que emplearon sus ruinas en levantar el castillo de Palamides. En tiempo de Pausanias habia en Argos una estátua de Júpiter, notable porque tenia tres ojos, y aun mas por otra razon: Estenelao la habia llevado de Troya; y decian era la misma, á cuyos pies habia sido muerto Príamo en su propio palacio por el hijo de Aquiles:

Ingens era fuit, juxtaque veterrima laurus,
Incumbens aræ, atque umbra complexa Penates.

Pero Argos, que triunfaba sin duda cuando tenia dentro de las manos los penates, que tan mal defendieron á la familia de Príamo, presentó bien pronto ella misma un grande ejemplo de las vicisitudes de la suerte. En el reinado de Juliano el Apóstata, se hallaba ya tan decaida de su antiguo esplendor, que no pudo contribuir, por su pobreza, con la parte que le tocó para restablecer los juegos isthmicos. Juliano defendió su causa contra los corintios, y aun se conserva esta defensa entre las demas obras de este emperador (*Epis. XXV*), siendo uno de los mas singulares documentos de la historia de las cosas y de los hombres. En fin, Argos, patria del rey de los reyes, formaba en la edad media el patrimonio de una viuda veneciana, la que se lo vendió á la república por quinientos ducados y una renta de doscientos. Coronelli copia este contrato: ¡*Omnia vanitas!*

En Argos me hospedé en casa de un médico ita-

liano, llamado Avramiotti, á quien Mr. Pouqueville vió en Nauplia, habiendo curado á la hija mas pequeña de este viagero, atacada de un hidrocéfalo. Avramiotti me enseñó un mapa del Peloponeso, en el cual, junto con Mr. Fauvel, habia comenzado á escribir los nombres antiguos junto á los modernos; trabajo muy útil, y que solo han podido llevar á cabo personas que han residido mucho tiempo en aquellos paises. Avramiotti se habia hecho rico, y suspiraba por volver á Italia. Dos cosas hay que renacen en el corazon del hombre á medida que crece en edad, y son la patria y la religion; porque aunque se olviden en la juventud, tarde ó temprano se nos presentan en toda su hermosura, y dispiertan en nuestro corazon el amor que tan justamente se debe á su belleza. Hablamos, pues, de Francia y de Italia en Argos, por la misma razon que el soldado arjivo que acompañaba á Eneas se acordó de Argos al morir en Italia. Casi nada hablamos de Agamenon, aunque al otro dia iba yo á ver su sepulcro. Teníamos esta conversacion en el terrado de una casa que dominaba el golfo de Argos, y tal vez desde alli mismo fué de donde aquella pobre muger de que nos habla la historia, tiró la teja que puso fin á la gloria y á las aventuras de Pirro. Avramiotti me señalaba un promontorio que se distinguia al otro lado del mar, y me decia: «Alli puso Clitemnestra el esclavo que debia hacer la señal que indicase la vuelta de la escuadra de los griegos;» y añadió: «¿Ahora viene usted de Venecia? Me parece que haria yo bien en volverme allá.»

Al dia siguiente al amanecer me separé de aquel desterrado en Grecia, y tomando nuevos caballos y nuevo guia me dirigí á Corinto. Parecióme que Avramiotti no habia sentido mi despedida, pues aunque me recibió con mucha cortesanía y atencion, creo, sin embargo, que mi visita fué para él estemporánea. Despues de una media hora de marcha, pasamos el

Inaco, padre de Io, tan célebre por los celos de Juno. Antes de llegar á este torrente, se hallaba, saliendo de Argos, la puerta Lucina y el altar del sol. Media hora mas allá, al otro lado del torrente, deberíamos haber visto el templo de Céres-Mysiena, y mas allá aun el sepulcro de Tiestes y el monumento heróico de Perseo. Nos detuvimos casi en la misma eminencia en la que se hallaban estos monumentos en la época del viage de Pausanias. Ibamos á dejar la llanura de Argos, cuya escelente y exacta descripcion se debe á una memoria de Mr. Barbier du Bocage. Al penetrar en las montañas de la Corintia, vimos detrás de nosotros á Nauplia. Llámase este parage *Carvati*, y hay que dejar allí el camino para buscar un poco á la derecha las ruinas de Micenas. Chandler no las encontró cuando volvia de Argos, y son muy conocidas en el dia, por las escavaciones que mandó hacer en ellas lord Elgin en su viàge á Grecia. Mr. Fauvel ha hecho su descripcion en sus memorias, y posee las *vistas* Mr. de Choiseul-Gouffier; de ellas habia hablado ya el abate Fourmont, y Mr. Domonceaux las vió tambien. Pasamos por unos matorrales, y siguiendo una sendita, llegamos á las ruinas, que se hallan casi en el mismo estado en que las vió Pausanias, pues hace unos dos mil doscientos ochenta años que los argivos destruyeron hasta los cimientos de Micenas, envidiosos de la gloria que se habian adquirido sus ciudadanos, enviando cuarenta guerreros á que pereciesen con los espartanos en las Termópilas. Comenzamos el reconocimiento por un sepulcro que llaman el *sepulcro de Agamenon*, el cual es un monumento subterráneo de forma redonda, que recibe la luz por su media naranja ó cimborio, y que solo es notable por su sencilla arquitectura. Entrase en él por una abertura que da á la puerta del sepulcro, la cual estaba adornada con pilastras de mármol azulado, sacado de los

montes inmediatos. Lord Elgin hizo abrir este monumento, y estraer todos los escombros que le tenian cegado; una puertecita con arco de medio punto sirve para pasar de la pieza principal á otra mas pequeña que, examinada con detenimiento, no me parece pertenecia al sepulcro; y que solo es una sencilla escavacion practicada por los operarios fuera del sepulcro, pues no se observa ningun vestigio de pared. Restaba esplicar el uso á que estaba destinada la puertecita, que no era acaso mas que otra entrada del sepulcro. ¿Este, preguntaria yo ahora, ha estado siempre oculto bajo tierra, como la rotunda de las catacumbas de Alejandría? ¿O se elevaba, por el contrario, sobre el nivel del suelo, como el sepulcro de Cecilia Metela en Roma? ¿Tuvo, por ventura, otra arquitectura esterior, y en este caso á qué órden pertenecia? Todo esto resta por saber. Nada se ha encontrado en el sepulcro en cuestion, y aun no se sabe de un modo positivo que sea el de Agamenon, que menciona Pausanias (1).

Habiendo salido de este monumento, atravesé por un valle estéril, y al otro estremo en las faldas de una colina ví las ruinas de Micenas, entre las que admiré principalmente una de las puertas de la ciudad, formada de piedras enormes colocadas sobre las mismas rocas del monte, con las cuales parece forman una sola pieza. Su único adorno consiste en dos leones de forma colosal esculpidos á los dos lados de la puerta; se representan en relieve y en dos pies, como los que sostenian los escudos de armas de nuestros antiguos caballeros, pero les faltan las cabezas. Ni aun en Egipto he visto una arquitectura mas imponente, y el desierto que la rodea aumenta aun su gravedad: perte-

(1) Los lacedemonios se gloriaban tambien de poseer cenizas de Agamenon.

nece á aquel género de obras que Strabon y Pausanias atribuyen á los cíclopes, y de las cuales se conservan todavía algunos restos en Italia. Mr. Petit-Radel opina que esta arquitectura es anterior á la invencion de las órdenes; y no hay duda que pertenece á los tiempos heróicos. En fin, un pastorcillo enteramente desnudo me enseñaba en aquella soledad el sepulcro de Agamenon y las ruinas de Micenas.

Al pie de la puerta de que acabo de hablar se ve una fuente, que será, si se quiere, la que Perseo halló bajo de una seta, y dió su nombre á Micenas; pues *micés*, quiere decir en griego una seta ó el pomo de una espada; pero esto es un cuento de Pausanias. Queriendo yo volver al camino de Corinto, las pisadas del caballo sonaban en hueco. Me apeé, y descubrí al instante la bóveda de otro sepulcro.

Pausanias cuenta en Micenas cinco sepulcros, el de Atreo, el de Agamenon, el de Eurimedonte, el de Teledamo y de Pelopa, y el de Electra. Añade que Clitemnestra y Egisto estaban enterrados fuera de las murallas: ¿será, pues, este el que yo he hallado? Yo lo indiqué á Mr. Fauvel, que debió buscarlo en su primer viage á Argos: ¡suerte rara, que me hace salir de París para descubrir las cenizas de Clitemnestra!

Dejamos á Nemea á mano izquierda, y seguimos nuestro camino: llegamos temprano á Corinto, pasando por una vega regada por varios arroyuelos que dividen algunos montecillos aislados, semejantes al Acro-Corinto, con el cual se confunden. Divisamos á este mucho antes de llegar á él, y se parecia á una masa informe de granito rojizo, coronado por una línea de murallas tortuosas. No hay un viagero que no haya procurado dar una descripcion de Corinto. Spon y Wheler visitaron la ciudadela, y descubrieron la fuente Pirene, pero Chandler no subió al Acro-Corin-

to, y á este propósito dice Mr. Fauvel, que los turcos no lo permiten, ni aun yo mismo pude conseguir que se me permitiese pasear, al menos en sus cercanías, á pesar de los pasos que dió para ello un genízaro. Pero Pausanias en su *Corinthia*, y Plutarco en la *Vida de Arato*, nos han dado á conocer perfectamente la situacion y los monumentos del Acro-Corinto.

Nos alojamos en un kan bastante aseado, que estaba en medio del pueblo y poco distante del bazar. El genízaro salió á buscar provisiones; mientras José disponia la comida, fuí yo á dar una vuelta por las cercanías.

Corinto está situada al pie de los montes, en una llanura que se estiende hasta el mar de Crissa, ahora golfo de Lepanto, único nombre moderno que en la Grecia se iguala en armonía y belleza á los antiguos. Cuando el cielo está despejado, se descubren al otro lado del mar las cumbres del Helicon y del Parnaso; pero ni aun desde la misma ciudad se ve el mar Sarónico, pues para esto es preciso subir al Acro-Corinto, y entonces se alcanza á descubrir, no solamente este mar, sino tambien la ciudadela de Atenas y el cabo Colonna: «Lo cual, dice Spon, forma uno de los mas bellos paisages del universo.» Fácilmente lo creo, porque sin pasar de las faldas del Acro-Corinto se goza ya de la mas hermosa perspectiva. Las casas de esta poblacion son bastante espaciosas y bellas, y hállanse reunidas, formando diferentes grupos entre bosques de moreras, naranjos y cipreses; las viñas, que constituyen la riqueza del pais, dan un cierto aire de fertilidad y de frescura á todo el campo. No se enredan como festones en los árboles, como se usa en Italia, ni se arrastran por tierra, como en las inmediaciones de París, sino que cada cepa forma un ramo de hermoso verde, del que en otoño cuelgan los racimos como unos cristales trasparentes. Las cumbres del Parna-

so y de Helicon, el golfo de Lepanto, semejante á un magnífico canal, y el monte Oneyo cubierto de mirtos, forman al Norte y al Oriente el horizonte del cuadro, mientras al Mediodía y Occidente se alzan el Acro-Corinto y los montes de la Argolida y de Sicyonia. Pero ya no existe monumento alguno en Corinto; y Mr. Foucherot solo descubrió entre sus ruinas dos capiteles corintios, único recuerdo del órden inventado en esta ciudad.

Corinto, destruida enteramente por Mummio, reedificada por Julio César y por Adriano, demolida segunda vez por Alarico, y vuelta á reedificar por los venecianos, fué saqueada y destruida tercera y última vez por Mahometo II. Strabon la vió en tiempo de Augusto, poco despues de haber sido reedificada: Pausanias la admiró en tiempo de Adriano; y segun los monumentos que describe, era en su época una ciudad magnífica. Fuera curioso saber lo que era en el año 1173, cuando pasó por allí Benjamin de Tudela; pero este judío español cuenta con mucha gravedad que llegó á Patrás, «ciudad de Antipater, dice, uno de los cuatro reyes griegos entre quienes se dividió el imperio de Alejandro.» De allí pasó á Lepanto y á Corinto, donde encontró trescientos judíos dirigidos por los venerables rabinos Leon, Jacob, y Ezechías; y ve aqui todo lo que buscaba Benjamin:

Algunos viageros modernos nos han dado á conocer lo que quedaba de Corinto despues de tantas desgracias: Spon y Wheler descubrieron las ruinas de un templo de la mas remota antigüedad, que consistian en once columnas estriadas sin base, y de órden dórico. Spon asegura que la altura de estas columnas no llegaba á cuatro diámetros mas que el diámetro del pie de la columna, lo cual prueba que tenian en todo cinco diámetros. Chandler dice que tenian la mitad de la altura que debian tener, para que pudie-

sen conservar con su órden una justa proporcion. Es evidente, pues, segun esto, que Spon padeció una equivocacion, porque tomó por medida del órden el diámetro del pie de la columna, y no el diámetro del tercio. Este monumento, copiado por Leroy, merece ser recordado; porque prueba que el primer órden dórico no tenia las proporciones que le dieron despues Plinio y Vitrubio; ó que el órden toscano, al que este templo parece acercarse, no tuvo su orígen en Italia. Spon creyó reconocer en este monumento el templo de Diana de Efeso, citado por Pausanias, y Chandler el Sisifeo de Strabon. No puedo asegurar si existen todavía estas columnas, porque no las he visto; pero creo haber oido asegurar que las derribaron los ingleses, llevándose lo que de ellas quedaba (1).

Un pueblo marítimo, un rey que fué filósofo y se volvió tirano, un bárbaro de Roma que creia fácil reponer las estátuas de Praxiteles como las armaduras de los soldados, todos estos recuerdos no prestan el mayor interes á Corinto; pero en su lugar podemos recurrir á Jason, á Medea, á la fuente Pirene, al Pegaso, á los juegos ístmicos, fundados por Teseo y celebrados por Píndaro; es decir, como siempre, á la fábula y la poesía. No hablo de Dionisio ni de Timoleon; porque el uno fué tan cobarde, que no supo morir, y el otro muy desgraciado conservando la vida: si yo llegara á ocupar un trono, no bajaria de él sino muerto; y jamás seria bastante virtuoso para matar á mi hermano; por tanto, me cuido muy poco de estos dos hombres. Yo aprecio mucho mas á aquel muchacho que, durante el sitio de Corinto, hizo llorar al mismo Mummio recitándole aquellos versos de Homero que dicen:

(1) Las columnas se hallaban, ó se hallan aun, hácia el puerto Schœno, y yo no bajé hasta el mar.

«¡Oh mil veces felices los griegos, que murieron ante los altos muros de Ilion defendiendo la causa de los Atridas! Pluguiera á los dioses que yo hubiera cumplido mi suerte en el mismo dia en que los troyanos lanzaron contra mí sus azagayas mientras defendia el cuerpo de Aquiles. Entonces hubiera logrado el honor de la fúnebre pira, y los griegos hubieran repetido mi nombre. Pero ahora mi suerte es la de terminar mi vida con una muerte lamentable y oscura.»

Todo esto es verdadero, natural y patético; y admiramos aqui uno de los grandes golpes de la fortuna; la fuerza del genio y del corazon del hombre.

Todavía se fabrican vasos en Corinto, pero ya no son los que Ciceron pedia con tanta eficacia á su querido Atico, y aun parece que los corintios han perdido el uso que tenian de dar un grato hospedaje á los estrangeros; pues mientras yo estaba en una viña examinando un mármol, me ví de súbito cubierto de una nuve de piedras; sin duda para que los descendientes de Lais tengan el honor de conservar el adagio.

Cuando los Césares levantaban los muros de Corinto, y los templos de los dioses salian de entre las ruinas con mas esplendor que antes, habia un desconocido obrero que edificaba silenciosamente un monumento, que permanece en pie en medio de las ruinas de la Grecia; y era un estrangero que decia de sí mismo: «Tres veces me azotaron; una me apedrearon; tres veces naufragué. He hecho muchos viages; peligré mucho en los rios; peligros tuve de ladrones, de los de mi nacion, de los gentiles; en las ciudades, en los desiertos, entre mil falsos hermanos: he sufrido todo género de trabajos y de fatigas; frecuentes vigilias, hambre y sed; muchas penas, frio y desnudez.» Este hombre desconocido de los grandes, despreciado de la multitud, arrojado como «las barreduras del mundo,»

solo tomó al principio, dos compañeros, que eran Crispo y Cayo, con la familia de Stephanas: tales fueron los oscuros arquitectos de un templo indestructible, y los primeros fieles de Corinto. El viagero recorre el recinto de esta ciudad célebre, y ni una sola ruina encuentra de los altares del paganismo; pero todavía encuentra algunas iglesias cristianas entre las cabañas de los griegos. El apóstol puede todavía desde el cielo dar el saludo de paz á sus hijos y decirles: «Pablo á la iglesia de Dios, que está en Corinto.»

Serian las ocho de la mañana del dia 21 cuando salimos de Corinto despues de haber pasado la noche bastante bien. Dos caminos hay para ir de Corinto á Megara, el uno pasa por el monte Jeraniense, llamado hoy Palæo-Vouni (la Vieja Montaña); y el otro que costea el mar Sarónico, á lo largo de las rocas Scyronianas. Este último es el mas entretenido y alegre; y era el único que seguian los antiguos; pero los turcos no permiten se transite hoy por él, y han establecido un apostadero militar al pie del monte Oneyo, á poco mas de la mitad del istmo, por ser como la llave de los dos mares; allí termina el distrito de la Morea, y no se permite el paso sin llevar una órden espresa del bajá.

Precisado, pues, á tomar el único camino que queda espedito, no puede ver las ruinas del templo de Neptuno-Isthmio, que Chandler no logró encontrar, que vieron Pococke, Spon y Wheler, y que todavía existen, segun el testimonio de Mr. Fauvel. Por lo mismo no me detendré en examinar los rastros de varias tentativas que se han practicado en diferentes épocas para cortar el istmo: el canal que comenzaron á abrir por el lado del puerto Schœno tiene de profundidad, segun Mr. Foucherot, de treinta á cuarenta pies, y sesenta de ancho. En el dia seria mas fácil llevar á cabo este proyecto con el auxilio de la pólvora:

por la parte mas estrecha de la lengua de tierra que separa los dos mares, apenas hay cinco millas de uno á otro.

Una muralla de seis millas de largo cerraba el istmo en un parage que se llamaba *Hexamillia*, y desde allí comenzamos á subir el monte Oneyo. Á cada paso detenia el caballo entre pinos, laureles y mirtos, para mirar atras. Contemplaba tristemente los dos mares, principalmente el que cae al Poniente, que atraia mis miradas, porque me acordaba de Francia. ¡Estaba este mar tan en calma! ¡Era tan corto el camino! ¡En pocos dias podia volver á abrazar á mis amigos! Luego miraba al Peloponeso, á Corinto, al istmo, y al sitio en que se celebraban los juegos. ¡Qué desierto! ¡cuánto silencio! ¡cuán desgraciado era aquel pais! ¡cuán desgraciados los griegos! ¿perderá tambien la Francia su gloria? ¿será destruida, aniquilada en la série de los siglos?

Esta imágen de mi patria, que venia de repente á colocarse entre los cuadros que tenia á la vista, me llenó de ternura: en aquel momento ya no calculé mas que el espacio que me quedaba por recorrer antes de volver á ver mis penates. Estaba, como el amigo de la fábula, alarmado por un sueño; y hubiera querido de buena gana volver á mi pais para decirle:

Vous m'etes, en dormant; un peu triste apparu,
J'ai craint qu'il ne fût vrai; je suis vite accouru.
Ce maudit songe en est la cause.

En seguida penetramos en los desfiladeros del monte Oneyo, perdiendo una vez de vista, y volviendo á descubrir de pronto el mar Sarónico y el Corinto. Desde la cumbre de este monte, que toma el nombre de *Macriplaysí*, bajamos al Dervena, ó mas propiamente á la gran guardia. No sé si se debe co-

locar allí el Crommyon; pero lo cierto es que no encontré hombres mas humanos que Pytiocamtés (1). Al llegar enseñé la órden del bajá al comandante, el cual me convidó á fumar y á tomar café en su barraca. El comandante era un hombre voluminoso, de una fisonomía fria y apática, y que no podia hacer un movimiento sobre su estera sin exhalar un suspiro, como si fuera atormentado por el mas agudo dolor: examinó mis armas, y me hizo observar las suyas, sobre todo una larga carabina, que segun decia, alcanzaba mucha distancia. En esto las guardias descubrieron un paisano que subia al monte fuera de camino, y le gritaron para que bajase; pero el pobre hombre no lo oia. Entonces el comandante se levantó haciendo un esfuerzo, cogió su carabina, y apuntando por largo rato al paisano, que se descubria entre los abetos, le disparó al fin; lo cual, ejecutado, volvió á sentarse en su estera tan tranquilo y tan estúpido como antes. El paisano bajó con efecto al cuerpo de guardia herido al parecer, porque lloraba y mostraba la sangre, é inmediatamente le dieron cincuenta palos para curarle.

Al ver esto, me levanté enfadado, y con tanto mayor sentimiento, cuanto que el gusto de hacer alarde de sus armas delante de mí, habia impulsado á aquel bárbaro á disparar contra el paisano. José no quiso traducir lo que yo decia, y acaso era muy necesaria en aquel momento la prudencia, pero yo no escuchaba su voz.

Por fin me hice traer mi caballo, y partí sin esperar al genízaro, que gritaba inútilmente detras para que le aguardase. El y José me alcanzaron cuando ya tocaba yo la cima del monte Jeraniense. El camino poco á poco fué calmando mi indignacion. A medida

(1). *Cortador de pinos*: bandolero muerto por Teseo.

que nos acercábamos á Atenas, me parecia que entraba en un pais civilizado, y que hasta la misma naturaleza se presentaba algo mas risueña. La Morea está casi privada de arboledas, aunque su terreno sea mas fértil que el de Atica. Placíame caminar por los pinares, porque descubria á trechos el mar: el terreno que se estiende desde la orilla hasta el pie de los montes estaba cubierto de olivos y algarrobos, lo cual no deja de ser un paisage bien raro en la Grecia.

Lo primero que llamó mi atencion al llegar á Megara fué una cuadrilla de mugeres albanesas, las cuales no eran en verdad tan hermosas como Nausicaa y sus compañeras; estaban lavando alegremente en una fuente, cerca de la cual se descubrian los restos informes de un acueducto. Aquella sin duda debia ser la fuente de las ninfas Sithnides y el acueducto de Teájenes; y si es asi, Pausanias ha exagerado su elogio. Los acueductos que he visto en Grecia en nada se parecen á los romanos, pues apenas se levantan del suelo, y no presentan aquella fila de grandes arcos que producen tan agradable efecto en la perspectiva.

Nos apeamos á la puerta de la casa de un albanés, donde hallamos muy buen alojamiento, y como no eran aun las seis de la tarde, me fuí, segun acostumbraba, á recorrer las ruinas. Megara, que aun conserva su nombre, y el puerto de Nisea, que se llama *Dòdeca ecclesiais* (las Doce iglesias), aunque no son muy célebres en la historia, tenian antes muy bellos monumentos. La Grecia en tiempo de los emperadores romanos debia parecerse mucho á la Italia en el último siglo; pues era una tierra clásica, donde cada ciudad poseia obras maestras. Conservábanse en Megara los doce dioses mayores, hechos por Praxiteles, un Júpiter Olímpico, comenzado por Teocosmo y por Phidias, los sepulcros de Alcmena, de Ifigenia y de

Tereo. En este último sepulcro fué en donde por primera vez apareció la abubilla; de lo cual se infirió que Tereo habia sido convertido en esta ave, como sus víctimas lo fueron en golondrina y en ruiseñor. Viajando yo como poeta, debia sacar partido de todo, y creer firmemente con Pausanias, que la aventura de la hija de Pandion comenzó y concluyó en Megara. Por otra parte, descubria yo desde este pueblo los dos nombres del Parnaso; y esto bastaba á recordar aquellos versos de Virgilio que comienzan:

Qualis populea mœrens Philomela, etc.

La Noche ó la Oscuridad, y Júpiter Conio (1), tenian tambien sus templos en Megara; y aun puede decirse que todavía permanecen allí estas dos deidades. Aun quedan algunos restos de murallas, y no sé si serán las que edificó Alcathoo, ayudándole Apolo. Mientras el dios trabajaba en la obra, dejó su lira en una piedra, la cual desde entonces exhalaba sonidos armoniosos siempre que la tocaban con un guijarro. El abate Fourmont recogió treinta inscripciones en Megara; y Pococke, Spon, Wheler y Chandler han encontrado algunas otras de muy poco interés. No busqué la escuela de Euclides, aunque mejor hubiera querido hallar la casa de aquella compasiva muger que cuidó de enterrar á Focion bajo su hogar (2). Despues de un largo paseo volví á casa de mi huésped, que me estaba esperando para ir á visitar un enfermo.

(1) El *Polvoroso*, nombre derivado de la voz griega que significa polvo; pero esto no es exacto, y en esta parte me adhiero mas bien al traductor francés que sigue la version latina, como observa muy bien el sábio Mr. Larcher.

(2) Véase el libro tercero de los *Mártires*.

Los griegos, lo mismo que los turcos, creen que todos los francos poseen conocimientos en medicina, y aun secretos particulares. La sencillez con que en sus enfermedades invocan el socorro de los estrangeros, no carece de interes, y recuerda tambien las costumbres antiguas, porque es una noble confianza de un hombre en otro hombre. Los salvages de América suelen hacer lo mismo; y creo que la religion y la humanidad prescriben al viagero preste en tales casos sus auxilios y conocimientos; porque un aspecto de seguridad, y unas palabras de consuelo, pueden algunas veces volver la vida á un moribundo, y el júbilo y la esperanza á una familia desolada.

Un griego, pues, vino á suplicarme que pasase á ver á su hija, pobre criatura, que se hallaba tendida en una estera, cubierta enteramente de harapos. La niña sacó un brazo con mucha repugnancia y rubor, y volvió á dejarle caer casi moribunda sobre su cuerpo. Despues de haberla observado, me pareció que su enfermedad consistia en una calentura pútrida, é inmediatamente le hice quitar de la cabeza todas las bujerías con que las mugeres albanesas adornan sus cabelleras; porque el peso de aquellos metales y de las trenzas concentraban mas calor en el cerebro. Llevaba yo encima un poco de alcanfor para un caso de peste, y no tuve dificultad en partirlo con la enferma, y aprobé el alimento que se le daba, que se reducia á uvas. En fin, hicimos oracion á Christos y á la Panagia (la Vírgen), y prometí un pronto restablecimiento. Muy lejos estaba yo de creerlo; he visto morir á tantos, que tengo sobre ello mucha esperiencia.

Al salir encontré reunida á la puerta toda la poblacion, y las mugeres se hacinaban alrededor de mí gritando: ¡*crasi*! ¡*crasi*! ¡vino! ¡vino! y obligándome á beber, se esforzaban en manifestarme su reconoci-

miento; esta escena no dejaba de presentarme como un médico bastante ridículo. ¿Pero qué importa, si dejaba en Megara otra persona mas que me desease algun bien en los diferentes paises donde he vagado errante peregrino? Los viageros tienen el privilegio de dejar en pos de sí muchos recuerdos, y de vivir en el corazon de los estraños mas tiempo, tal vez, que en la memoria de sus amigos.

Costóme mucho trabajo llegar al kan, y en toda la noche pude apartar la imágen de la albanesa moribunda; esto me recordó que en Megara fué donde Virgilio, visitando como yo la Grecia, contrajo aquella enfermedad que le llevó al sepulcro; y yo mismo casi me sentia atormentado por la calentura. Megara vió, pocos años antes, pasar otros franceses mas desgraciados (1), y no veia la hora de salir de un pueblo que me parecia un lugar de fatalidad.

Con efecto, al dia siguiente 22 de agosto, á las once de la mañana, salimos de allí. El albanés que nos habia hospedado, se empeñó en regalarme antes de partir una de aquellas gallinas sin cresta ni cola que Chandler cree se hallan únicamente en Megara; pero que han sido importadas de la Virginia, ó tal vez de un pequeño canton de Alemania. Mi huésped hacia mucho aprecio de aquellas gallinas, de las que referia mil anécdotas. Yo le contesté, que habia viajado por el pais de aquellas aves, pais muy distante, y situado mas allá del mar, y que en él habia tambien griegos establecidos entre los salvages en medio de los bosques. Con efecto, algunos griegos cansados de sufrir su esclavitud han emigrado á la Florida, donde los frutos de la libertad les hacen disipar los recuerdos de su pais natal. «Los que han gustado este dulce fruto ya no pueden renunciar á él, y por él desean

(1) La guarnicion de Zante.

vivir aun entre los lotófagos, y se olvidan de su patria (1).»

El albanés nada entendia de todo esto, y por única respuesta me invitaba á comer la gallina y algunos *frutti di mare*. Pero yo hubiera preferido aquel pescado llamado *glaucus*, que en otro tiempo se pescaba en la costa de Megara. Anaxandrides, citado por Ateneo, refiere que solo Nereo pudo ser el primero que pensara alimentarse con la cabeza de este escelente pescado: Antiphane quiere se cueza antes, y Amphis lo sirve entero á los siete gefes, que sobre un escudo negro,

Epouvantoient les cieux de serments effroyables.

Esta tardanza que me ocasionó mi huésped fué causa de que no pudiéramos llegar aquel mismo dia á Atenas. Habiendo salido de Megara á las once de la mañana, como ya he indicado, llegamos muy pronto al fin de su vega, y en seguida comenzamos á subir el monte Kerato-Pyrgo, el Kerata de los antiguos; elévanse en su cumbre dos peñascos aislados, y sobre uno de ellos se distinguen todavía los restos de una torre que dió su nombre á la montaña. En la falda del Kerato-Pyrgo fué donde se colocó la palestra de Corcion y el sepulcro de Alopé, pero no se conserva vestigio alguno. Muy pronto encontramos los Pozos-Floridos en el centro de un valle bien cultivado. Entonces me hallaba yo casi tan fatigado como Céres, cuando despues de haber buscado por toda la tierra á Proserpina, fué á sentarse junto á aquellos pozos. Despues de un corto descanso continuamos nuestro camino. Acercámonos á Eleusis, pero no ví las anémonas de varios colores, que Wheler distinguió en al-

(1) Odyssea.

gunos campos, sin duda porque habia pasado ya su estacion.

A las cinco de la tarde llegamos á una llanura rodeada de montes al Norte, al Poniente, y al Levante. Un brazo de mar largo y estrecho baña aquella llanura por la parte del Mediodía, y forma la cuerda del arco de los montes. Al otro lado se descubren las orillas de una isla bastante elevada, y cuya punta oriental se acerca á uno de los promontorios del continente, dejando solo un estrecho paso. Resolví quedarme en una aldea que está sobre la colina que termina al Poniente, y cerca del mar el círculo de montañas de que acabo de hablar.

Distinguíanse en la llanura las ruinas de un acueducto, y otras varias en medio del rastrojo de una mies acabada de segar: apeamos al pie del montecillo, y nos dirigimos á una cabaña, donde encontramos la mejor acogida.

Estando á la puerta haciendo á José no sé qué encargo, vi venir un griego, que al llegar cerca me saludó en italiano. Refirióme en seguida su historia, y me dijo que era de Atenas, y se ocupaba en hacer brea con los pinos de los montes Jeranienses, y concluyó asegurándome que era amigo de Mr. Fauvel, y que positivamente veria á este viagero. A todo esto contesté que llevaba cartas para Mr. Fauvel; y le manifesté qne me alegraba de encontrar á un hombre que podria acaso darme algunas noticias acerca de las ruinas que tenia á la vista, y del parage en que me encontraba. Yo no ignoraba en verdad el punto en que nos hallábamos; pero no dejaba de calcular que un ateniense que conocia á Mr. Fauvel, no dejaria de ser un escelente cicerone. Supliquéle, pues, me esplicase algo acercá de lo que tenia á la vista, y me orientase en el conocimiento del pais. Entonces, poniendo la mano sobre el pecho, é inclinándose con humildad:

«Muchas veces, respondió, he oido esplicar todo esto á Mr. Fauvel; pero yo no soy mas que un pobre ignorante, y no sé si todo ello es verdad. La cima de aquella montaña rojiza que se presenta allá á Levante por encima del promontorio, se llama Telo-Vouní (el pequeño Himeto); aquella isla que se ve al otro lado de este brazo de mar es Coulouri; Mr. Fauvel la llama *Salamina*; dice que en este canal que está enfrente de nosotros, se dió un gran combate entre la armada de los griegos, y otra de los persas. Los griegos ocupaban este canal, y los persas se hallaban al otro lado, hácia el puerto Leon (el Pireo); y el rey de los persas, cuyo nombre no recuerdo, estaba sentado en un trono á la punta de este cabo. Respecto de la aldea en que nos encontramos, Mr. Fauvel la llama *Eleusis*, y nosotros *Lepsina*. Mr. Fauvel dice que habia un templo (el de Ceres), bajo de esta casa; y si quereis dar algunos pasos mas, vereis aun el sitio donde se hallaba el ídolo mutilado de este templo (la estátua de Ceres Eleusina) que se llevaron los ingleses.»

Separándose el griego para ir á hacer su brea me dejó con los ojos fijos en un pais desierto y en un mar donde no se veia otro barco que el de un pescador atado á un muelle ruinoso.

Todos los viageros modernos han visitado á Eleusis, y no queda por copiar una sola de sus inscripciones: solo el abate Fourmont ha copiado veinte. Tenemos ademas una docta disertacion de Mr. de Sainte-Croix sobre el templo de Eleusis, y un plano de este templo ejecutado por Mr. de Foucherot. Warburton, Sainte-Croix y el abate Barthelemi, han dicho todo cuanto ofrecian de curioso los misterios de Ceres, cuyas pompas esteriores ha descrito el último. Respecto de la estátua mutilada, que dos viageros han hecho desaparecer, Chandler sostiene que era la de Proserpina, y Spon la de Ceres. Segun Procacke, este busto

colosal tenia cinco pies y medio de un hombro á otro, y la cesta que le servia de corona, mas de dos pies de elevacion. Spon cree que esta estátua pudo muy bien ser obra de Praxiteles, pero yo no sé si es fundada esta opinion. Pausanias, respetando los misterios, no se atrevió á describir la estátua de Ceres, y por eso sin duda guarda Strabon el mismo silencio. Es verdad que Plinio asegura que Praxiteles era el autor de una estátua de Ceres en mármol, y de dos Proserpinas en bronce: la primera, de la que tambien habla Pausanias, trasladada á Roma, pudo ser acaso la que se veia hace algunos años en Eleusis; las dos Proserpinas en bronce no se hallan en este caso de cuestion. Juzgando por el retrato que nos han hecho de esta estátua, se podia tal vez creer que no representaba mas que una canéfora (1). No recuerdo si Mr. Fauvel me dijo que, á pesar de su reputacion, esta estátua era de muy mala ejecucion.

Despues de lo que tantos viageros han dicho de Eleusis, solo añadiré por mi parte, que me paseé en medio de sus ruinas, bajé al puerto, y me detuve á contemplar el estrecho de Salamina. Pasaron la gloria y las fiestas: igual silencio reinaba en la tierra y en el mar: ni aclamaciones, ni cánticos, ni pompas en la orilla, ni gritos de guerra, ni choque de galeras, ni agitacion en las olas. Mi imaginacion no bastaba á representarme ya la procesion religiosa de Eleusis, ya la playa cubierta por el ejército innumerable de los persas que miraban el combate de Salamina. Eleusis es á mi parecer el pueblo mas respetable de la Grecia, porque en él se enseñaba la unidad de Dios, y porque presenció el mayor esfuerzo que jamás hicieron los hombres por su libertad.

Y ¡quién lo creeria! los griegos modernos casi ig-

(1) Una cariátide, segun Guillet.

noran el nombre de Salamina. Ya hemos visto lo que me decia mi ateniense. «Esta isla ha perdido su nombre, dice Mr. Fauvel en sus *Memorias*, y está tan olvidada como el de Temístocles.» Cuenta Spon que se hospedó en Salamina en casa el papá Iaonnis, «hombre menos ignorante que todos sus feligreses, porque siquiera sabia que aquella isla se llamaba en otro tiempo Salamina, y aun nos dijo que esto lo sabia por su padre.» Esta indiferencia de los griegos por cuanto pertenece á su patria, es harto vergonzosa; pues no solamente ignoran su historia, sino hasta la lengua que forma su gloria (1); y asi se vió á un inglés entusiasta que lleno de celo queria avecindarse en Atenas para dar lecciones de griego antiguo.

Solo la noche pudo separarme de la ribera. Las olas que la brisa habia levantado chocaban en la playa, y venian á mojar mis pies: por algun tiempo anduve solitario por la orilla de aquel mar que bañaba el sepulcro de Temístocles, y es muy probable que en aquel instante era yo el único que en Grecia se acordaba de aquel héroe.

José habia comprado para cenar un carnero, pues ya sabia que no llegaríamos hasta el dia siguiente á casa un cónsul de Francia. Importábale muy poco Esparta, que acababa de ver, y mucho menos Atenas, donde iba á entrar; pero alegre por llegar al término de sus fatigas, regalaba la casa de nuestro huésped. El marido, la muger, los hijos, todos estaban en movimiento: solo el genízaro permanecia inmóvil en medio de aquella agitacion, fumando tranquilamente su pipa, pero aplaudiendo tal vez en su alma aquel bullicio de que confiaba aprovecharse. Desde que Alarico estinguió los misterios, Eleusis no habia visto otro

(1) Hay, sin embargo, honrosas escepciones: todos han oido hablar de Corai, Rodrika, etc., etc.

festin igual. Sentámonos á la mesa, ó por mejor decir nos colocamos en tierra alrededor de las viandas: nuestra huéspeda habia hecho cocer pan, que ciertamente no era muy bueno, pero que era tierno y acababa de salir del horno. Bien hubiera querido yo renovar entonces el grito de *¡Viva Ceres!* Este pan, fruto de la nueva cosecha, hacia ver la falsedad de una prediccion que refiere Chandler. Decíase en Eleusis, en el tiempo de este viagero, que si alguna vez se llevaran la estátua mutilada de la diosa, dejaria de ser fértil aquel terreno; pero Ceres se habia ido á Inglaterra, y los campos de Eleusis no por eso eran menos fecundados por aquella divinidad real, que convida á todos los hombres al conocimiento de sus misterios, que no teme ser destronada:

Qui donne aux fleurs leur aimable peinture,
Qui fait naître et mûrir les fruits,
Et leur dispense avec mesure
Et la chaleur des jours et la fraîcheur des nuits.

Este opíparo banquete, y la paz de que disfrutábamos, me eran tanto mas gratas, cuanto que lo debíamos, por decirlo asi, á la proteccion de la Francia. Hace treinta ó cuarenta años que los piratas infestaban todas las costas de la Grecia, y particularmete los puertos de Corinto, de Megara y de Eleusis; pero desde que se estableció un órden regular en las escalas de Levante, habia desaparecido poco á poco aquella piratería, encargándose nuestras fragatas de su esterminio, y respirando bajo el pabellon francés los súbditos otomanos. Las últimas revoluciones que han agitado la Europa han llamado por un momento la atencion de las potencias hácia otras combinaciones; pero los piratas no han vuelto á aparecer. Brindamos, pues, por la gloria de aquellas armas que protegian en

Eleusis nuestro festin, como los atenienses debieron dar las gracias á Alcibiades, cuando condujo en seguridad la procesion de Iaco hasta el templo de Ceres.

Por fin, llegó el célebre dia de nuestra entrada en Atenas, que fué el 23 á las tres de la mañana. Tomamos, pues, la via sacra; y puedo asegurar que el iniciado mas devoto de Ceres jamás habria probado un trasporte tan vivo como el mio: nos habíamos engalanado como si fuéramos á una fiesta; el genízaro habia vuelto del revés su turbante, y por estraordinario habian almohazado los caballos. Atravesamos el cauce de un torrente llamado *Saranta-Potamo* ó los *Cuarenta rios*, que probablemente era el Cefiso Eleusino: vimos algunas ruinas de iglesias cristianas, que sin duda ocupaban el lugar del sepulcro de aquel Zarex, á quien el mismo Apolo habia instruido en el arte del canto. Encontramos tambien otras ruinas, que serian acaso las de los monumentos de Eumolpo y de Hippothoon; vimos los arroyos de agua salada, donde durante las fiestas de Eleusis el populacho griego se burlaba de los pasageros, en memoria de las injurias que una vieja habia dicho á Ceres cuando pasó por allí. Dirigiéndonos despues hácia la punta del canal de Salamina, entramos en el desfiladero que forman los montes Parnes y Ægaleo: á esta parte de la via sacra se le llamaba el *Místico*. Descubrimos el monasterio de Daphne, edificado sobre las ruinas del templo de Apolo, y cuya iglesia es una de las mas antiguas del Atica. Un poco mas lejos descubrimos las ruinas del templo de Venus. En fin, comenzándose á ensanchar el desfiladero, dimos vuelta al monte Pœcilo, colocado en medio del camino, como para cubrir el cuadro, y de pronto se nos presentó la llanura donde está Atenas.

Los viageros que visitan la ciudad de Cécrope lle-

gan ordinariamente por el Pireo ó por el camino de Negroponto; y entonces pierden parte de esta hermosa vista; pues cuando se viene por el mar, no se ve la ciudadela; y el Anchesmo rompe la perspectiva cuando se baja de la Eubea; pero mi buena suerte quiso traerme por el verdadero camino para ver á Atenas en toda la hermosura de su paisage.

Lo primero que fijó mi atencion fué la ciudadela alumbrada por los rayos del sol saliente, porque estaba delante de mí, al otro lado de la llanura, y parecia apoyarse en el monte Himeto, que formaba el fondo del cuadro. Veíanse mezclados confusamente los capiteles de los Propileos, las columnas del Partenon, y del templo de Erectheo, las troneras de una muralla con cañones, las ruinas góticas de los cristianos, y los paredones de los musulmanes.

Dos cerritos, el Anchesmo y el Museo, se elevaban al Norte y al Mediodía del Acropolis; y en medio de los cerros, y al pie del Acropolis, se veia á Atenas: sus terrados, colocados entre los minaretes, los cipreses, las ruinas, las columnas aisladas, y las cúpulas de las mezquitas coronadas con los nidos de las cigüeñas, producian un efecto pintoresco al iluminarlas el sol. Pero si en sus ruinas se reconocia aun á Atenas, veíase tambien por el género y carácter general de su arquitectura, que la ciudad de Minerva no estaba ya habitada por el pueblo á quien protegia.

Una cordillera de montes, que termina en el mar, forma la llanura de Atenas. Desde el parage en que yo la veia hasta el monte Pœcilo, parecia la ciudad dividida en tres fajas ó regiones, que corrian en direccion paralela desde el Norte al Mediodía. La primera y mas cercana á mí, estaba erial y cubierta de maleza; la segunda cultivada y acababan de levantar la cosecha; y la tercera cubierta de olivares, que se estendian algo circularmente desde las fuentes del

Iliso, pasando por las faldas del Anchesmo, hasta cerca del puerto Phaleres.

El Cefiso riega estos olivares, los cuales son tan viejos, que parecen descender de la oliva que Minerva hizo salir de la tierra. El cauce del Iliso, que está casi séco, se estiende por el otro lado de Atenas, entre la ciudad y el monte Himeto. La llanura no es del todo igual, porque una cordillera de colinas que se desprenden del Himeto, la desnivela y forma las diferentes alturas, sobre las cuales se levantaron poco á poco los monumentos de Atenas.

No es en el primer momento de vivas sensaciones cuando se goza del mayor placer. Acercábame á Atenas con un gozo, que apenas me dejaba reflexionar; pero mis sensaciones eran diferentes de las que produjo en mí la vista de Lacedemonia. Hasta en sus ruinas han conservado Esparta y Atenas sus diferentes caractéres y genios: las de la primera son sombrías, graves y solitarias, y las de la segunda risueñas, ligeras y habitadas. A la vista de la patria de Licurgo, las ideas se ofrecen sérias, lúgubres y profundas; el alma se fortifica, se eleva y se engrandece; pero delante de la ciudad de Solon queda uno como deslumbrado por los prodigios del genio, y se concibe la idea de la perfeccion del hombre como ser inteligente y moral. Los sublimes sentimientos de la naturaleza humana adquieren en Atenas cierta elegancia desconocida en Esparta. El amor de la patria y de la libertad no era en los atenienses un instinto ciego sino un sentimiento ilustrado, fundado en aquel gusto de lo bello en todos los géneros, de que tan liberalmente los habia dotado el cielo; en fin, pasando de las ruinas de Esparta á las de Atenas, conocí que hubiera querido morir con Leonidas, y vivir con Pericles.

Nos encaminábamos á aquella pequeña ciudad,

cuya jurisdiccion comprendia solo unas quince ó veinte leguas, no llegando su poblacion á la de un arrabal de París, y la cual no obstante compite en fama con el imperio romano. Mirando atentamente á sus ruinas, la apliqué aquellos versos de Lucrecio:

Primæ frugiferos fœtus mortalibus ægris
Dididerunt quondam præclaro nomine Athenæ,
Et recreaverunt vitam, legesque rogarunt;
Et primæ dederunt solatia dulcia vitæ.

No conozco cosa mas gloriosa para los griegos que aquellas palabras de Ciceron: «Ten presente, Quincio, que mandas á los griegos, y que civilizaron á las demas naciones, y las enseñaron á ser humanas y de suave trato, y á los cuales debe Roma todo cuanto sabe.» Cuando uno piensa lo que era Roma en tiempo de Pompeyo y de César, y en lo que era el mismo Ciceron, advierte un elogio magnífico en estas pocas palabras (1).

Apresuradamente atravesé las dos primeras regiones, la erial y la cultivada, porque ya no se ven en el camino el monumento de Rodion y el sepulcro de la cortesana; pero en cambio se distinguian las ruinas de algunas iglesias. Entramos en el olivar, y antes del llegar al Cefiso vimos dos sepulcros y un altar de Júpiter-Indulgente. No tardamos en descubrir el lecho del Cefiso entre los troncos de los olivos, que como antiguos sauces crecian á su orilla: eché pie á tierra para saludar al rio y beber su agua, y hallé la que precisamente necesitaba en un hoyuelo de la orilla, porque la demas la habian tomado mas arriba para regar unos planteles de olivos Siempre he encontrado un placer en beber el agua de los rios célebres: de

(1) Plinio el Jóven escribia casi lo mismo á Máximo, procónsul de Acaya.

ahi es que he bebido las aguas del Missisipí, del Támesis, del Rhin, del Pó, del Tíber, del Eurotas, del Cefiso, del Hermo, del Granico, del Jordan, del Nilo, del Tajo y del Ebro. ¡Cuántos hombres á la orilla de estos rios pueden decir como los israelitas: *¡Sedimus et flevimus!*

A alguna distancia hácia mi izquierda descubrí las ruinas del puente que Xénocles de Lindo echó sobre el Cefiso. Volví á montar á caballo, y no procuré ver la higuera sagrada, el altar de Zéfiro, la columna de Antemócrito; porque en este punto no sigue el camino moderno la antigua via sacra. Al salir del olivar encontramos un jardin cercado, y que viene á ocupar el espacio donde estaba el Cerámico esterior. Aun tardamos media hora en llegar á Atenas á través de unas mieses. La ciudad no tiene mas murallas que unas ligeras paredes como de jardin. Pasamos por calles alegres, aseadas: las casas tienen cada una su huertecito con naranjos ó higueras: los habitantes me parecieron joviales y noveleros, y no noté en ellos aquel aire de abatimiento de los moraïtas. Enseñáronnos la casa del cónsul.

No podia haberme dirigido á otro guia mejor que Mr. Fauvel para ver á Atenas; porque hace muchos años que habita en la ciudad de Minerva, y la conoce tan bien como un parisien á París. Ha escrito escelentes memorias, y se le deben útiles descubrimientos sobre Olimpia, la llanura de Maraton, el sepulcro de Temístocles, el Pireo y el templo de la Venus de los Jardines. Encargado del consulado de Atenas, que no es para él mas que un título de proteccion, ha trabajado y sigue trabajando, como pintor, en el *Viage pintoresco á Grecia* de Mr. de Choiseul-Gouffier, quien me habia hecho el obsequio de proporcionarme una carta del ministro (1), recomendándome al cónsul.

(1) Mr. de Talleyrand.

No hay que esperar de mí una completa descripcion de Atenas; porque es preciso recordar cuanto llevo indicado en la introduccion relativamente á la historia de esta ciudad. Para el que quiera reconocer los monumentos de la antigua Atenas, basta en general la lectura de la traduccion, aunque defectuosa, de *Pausanias*; y el *Viage del jóven Anacharsis* nada deja que desear tampoco en esta parte. En cuanto á las ruinas de esta célebre ciudad, pueden verse las cartas que forman la coleccion de Martin Crusio al padre Babin, al mismo La Guilletiere, á pesar de sus delirios; á Pococke, Spon, Wheler, y sobre todos á Chandler y Mr. Fauvel; pero si se quiere tener una noticia exacta de los planos, mapas y vistas de Atenas, deben consultarse los trabajos del marqués de Nointel, de Leroy, de Stuart y de Pars, y mas aun á Mr. de Choiseul, en su obra citada, que aunque no concluida por un cúmulo de desgracias, contiene la historia completa de Atenas. Los autores que acabo de citar tratan muy bien la parte perteneciente á las costumbres y al gobierno de los griegos modernos; y como aquellas no varían en el Oriente, como sucede en Francia, es muy exacto cuanto dicen Chandler y Guys (1).

Sin ostentar erudicion á espensas de mis predecesores, referiré mis investigaciones y mis ideas relativas á Atenas, dia por dia y hora por hora, insiguiendo el plan que he observado hasta aqui. Pero vuelvo á advertir que debe considerarse este *Itinerario*, mas como las memorias de un año de mi vida, que como el producto de un viage científico (2).

Tuve la fortuna de encontrar en su casa á Mr. Fauvel, é inmediatamente le entregué las cartas de Mr. de

(1) Conviene sin embargo, leer á este último con desconfianza, y ponerse en guardia contra su sistema.
(2) Véase la advertencia.

Choiseul, y de Mr. de Talleyrand. Mr. Fauvel conocía ya mi nombre, y yo no pude decirle: «*Son pittor anch'io;*» pero sí un apasionado lleno de entusiasmo y celo, aunque privado de talento; y que me animaban los mas vivos deseos de estudiar la antigüedad; y que venido de lejos para bosquejar y borronear algunos malos bocetos, me presentaba á él como un alumno con la mayor docilidad.

Al instante nos dirigimos mútuamente mil preguntas sobre Atenas y París; pero pronto nos olvidamos de París, ocupándonos completamente en Atenas. Mr. Fauvel, entusiasta de las artes, y contento de encontrar un discípulo, tenia acaso mas deseos de enseñarme Atenas de los que sentia yo por verla; pero sin embargo creyó mas útil dejar pasar el mayor calor del sol.

Nada me indicaba que estaba hospedado en casa de un cónsul; pero en cambio me hallaba en el retiro de un artista y anticuario. ¡Qué placer para mí encontrarme alojado en Atenas en un cuarto lleno de moldes del Partenon! Todas las paredes estaban adornadas con vistas del templo de Teseo, de planos de los Propileos, y de mapas de Atica y del llano de Maraton: habia algunos mármoles sobre una mesa, y medallas, vasos y cabecitas de barro cocido en otra. Con gran sentimiento mio barrieron aquel venerable polvo; entre tan maravillosas obras colocaron un catre de correas; y á la manera de un recluta que llega al ejército la víspera de un gran combate, dormí en el campo de batalla.

La casa de Mr. Fauvel, lo mismo que las demas de Atenas, tiene un patio delante y un jardin á la espalda. Yo me asomé á todas las ventanas por ver si descubria siquiera alguna cosa en las calles inmediatas, pero fué inútil este afan. Veia, sin embargo, por entre los techos de las casas contiguas un pequeño

ángulo de la ciudadela, y me quedé clavado en la ventana, como un estudiante que espera con ansia la hora de recreo. El genízaro de Mr. Fauvel se habia encargado del mio y de José, y por consiguiente ya estaba libre de este cuidado.

A las dos nos sirvieron la comida, que consistia en un guisado de carnero y pollos, medio á la francesa, medio á la turca. El vino, áspero y fuerte, como nuestros vinos del Ródano, era de escelente calidad; pero me pareció tan amargo, que me fué imposible beber. En casi todos los cantones de Grecia echan mas ó menos piñas en el fondo de las cubas, y esto da al vino cierto sabor amargo y aromático, al que cuesta mucho acostumbrarse (1). Si esta costumbre se ha trasmitido desde la antigüedad, como presumo, basta para esplicarnos por qué las piñas se consagraban á Baco. Sirviéronme tambien miel del monte Hymetto, que me pareció muy desagradable, y prefiero la de Chamouni. Despues he probado en Kircagach, cerca de Pérgamo, en la Anatolia, otra miel algo mas grata, y tan blanca como el algodon, sobre el que la recogen las abejas, y cuya consistencia y firmeza se parece á las pastillas de malvavisco. Mi huésped se reia de los visages que hacia yo probando el vino y la miel del Atica; y como era preciso distraerme con alguna cosa, me hizo observar el trage de la muger que nos servia; trage parecido en un todo al de las antiguas griegas, particularmente en los pliegues horizontales y ondulantes que se forman delante del pecho, hasta llegar á juntarse con los pliegues perpendiculares que marcan la orla de la túnica. La tela grosera de que estaba formado el vestido de aquella mu-

(1) Otros viageros atribuyen este gusto del vino á la pez con que suelen mezclarlo; pero aun cuando esto sea cierto no por eso dejan de echar tambien las piñas.

ger contribuia mas á la semejanza, porque calculando por la estatuaria, las telas de que usaban los antiguos eran mas tupidas que las nuestras. Seria imposible formar con las muselinas y las sedas de nuestras modernas elegantes, las estensas ondulaciones de los trages antiguos; pero jamás el cincel ha podido copiar la gasa de Ceos, y los otros velos que los satíricos llamaban trage de nubes.

Mientras comíamos, recibimos las visitas de etiqueta de los que se llaman la nacion en Levante, compuesta de los comerciantes franceses ó dependientes de casas de Francia, y que habitan diferentes escalas. En Atenas no hay mas que una ó dos casas de esta especie, que hacian el comercio de aceite. Mr. Roque tuvo á bien visitarme: tenia familia, y me convidó á ir á verla en compañía de Mr. Fauvel; y en seguida comenzó á hablar de la sociedad de Atenas: «Un estrangero establecido hacia algun tiempo en Atenas, habia sentido é inspirado una pasion que daba que hablar á la poblacion... Tenia relaciones cerca de la casa de Sócrates, y de ello se hablaba mucho hácia el lado en que se encuentran los jardines de Focion....... El arzobispo de Atenas no habia vuelto todavía de Constantinopla, adonde habia ido con la mision de obtener justicia contra el bajá de Negroponto, que amenazaba con imponer una nueva contribucion á Atenas. Para prevenir este golpe de mano, se habia reparado el muro del recinto, sin embargo que todo se podia esperar del mediador que se habia buscado, que era el gefe de los eunucos negros, señor de Atenas, que sin duda tenia con su alteza mas valimiento que el bajá. (¡Oh, Solon! ¡oh Temístocles! ¡el gefe de los eunucos negros, dueño de Atenas, y las demas ciudades de Grecia envidiando una dicha tan singular á los atenienses)».... En fin, Mr. Fauvel habia hecho muy bien en despedir al religioso italiano, que vivia en la

Linterna de Demóstenes (uno de los mas bellos monumentos de Atenas), y poner en su lugar á un capuchino francés, cuyas costumbres eran puras, y cuyo carácter afable é inteligente atraia á los estrangeros que, segun costumbre bajaban á ver el convento francés....» Tal era el objeto de las conversaciones en Atenas; y observábase que todos llevaban allí su tren, y que un viagero que lleve bien erguida la cabeza, se halla un poco confundido, cuando al llegar á la calle de las Trípodes se ve precisado á oir los chismes de su aldea.

Dos viageros ingleses acababan de partir de esta ciudad cuando yo llegué, y aun habia en ella un pintor ruso, que vivia muy retirado. Atenas es muy concurrida por los aficionados á las antigüedades, porque está en el camino de Constantinopla, y se llega á ella fácilmente por mar.

Despues de las cuatro de la tarde, y pasada la fuerza del calor, Mr. Fauvel hizo llamar á su genízaro y al mio, y salimos de casa precedidos de nuestros guardias; palpitábame de alegría el corazon, y me creia avergonzado viéndome todavía tan jóven. Casi á la puerta de casa me hizo reparar Mr. Fauvel en las ruinas de un templo antiguo. De allí volvimos á la derecha, y atravesamos unos callejones muy habitados. Entramos en el bazar, que me pareció fresco y abundante en carnes, caza, yerbas y frutos. Cuantas gentes encontrábamos saludaban á Mr. Fauvel, y querian saber quien era yo; pero ninguno acertaba á pronunciar mi nombre. Sucedia lo mismo que en la antigua Atenas: *Athenienses autem omnes*, dice San Lucas, *ad nihil aliud vocabant nisi aut dicere, aut audire aliquid novi*. Los turcos decian: *¡Fransouse!* ¡*Effendi*! y fumaban sus pipas, que era lo mejor que podian hacer. Los griegos al vernos pasar levantaban las manos sobre sus cabezas, y esclamaban: *¡Kalós ilthete Archon-*

des! ¡Bate kala eis palæo Athinan! Señores, bien venidos. Buen viage á las ruinas de Atenas; y parecian tan orgullosos como si nos hubiesen dicho: «Vais á casa de Fidias ó de Ictino.» Me faltaba tiempo para mirar, y en todo creia ver antigüedades. Mr. Fauvel no hacia mas que verme observar trozos de escultura que servian de lindes, de paredes ó de pavimentos: me esplicaba los pies, pulgadas y líneas que tenia cada uno de aquellos fragmentos, á qué género de edificios habian pertenecido con referencia á lo que decia Pausanias; cuáles eran las opiniones que sobre el particular habian seguido el abate Barthelemi, Spon, Wheler y Chandler, y cuáles eran en su concepto las mas seguras ó las mal fundadas. Nos deteníamos á cada paso, porque los genízaros y los muchachos del pueblo que caminaban delante, se detenian donde quiera que descubrian una moldura, una cornisa ó un capitel, y para saber si era bueno, procuraban observar los gestos de Mr. Fauvel; y si él sacudia la cabeza, ellos la sacudian tambien, y volaban á colocarse cuatro pasos mas lejos, delante de otra ruina. De este modo llegamos hasta fuera del recinto de la ciudad moderna, y tocamos por fin la parte del Oeste, que era precisamente la que me queria hacer observar Mr. Fauvel, á fin de proceder con órden en nuestras investigaciones.

Saliendo de en medio de Atenas moderna, y dirigiéndonos á Poniente, las casas están mas separadas unas de otras, y luego se hallan grandes espacios deshabitados, comprendidas unas dentro de la cerca ó pared del recinto, y otras fuera, en cuyos espacios se ven el templo de Teseo, el Pnyx y el Areópago. No describiré el primero, porque ya se ha hecho de él muchas descripciones, y se parece al Partenon; únicamente me permitiré comprenderlo en las reflexiones generales que debí hacer observando la arquitectura

de los griegos. Este templo es el monumento mas bien conservado de Atenas; y despues de haber sido por mucho tiempo iglesia de San Jorge, sirve en el dia de almacen.

El Areópago estaba sobre una altura al Occidente de la ciudadela; y no es fácil comprender cómo se pudo levantar sobre una roca, en la que aun se ven ruinas, un monumento de alguna estension. Un vallecito, llamado en la antigua Atenas *Cœlé* (hueco), separa la colina del Areópago de las del Pnyx y de la ciudadela. Veíanse en el Cœlé los sepulcros de los dos Cimones, de Tucídides y de Herodoto. El Pnyx, donde los atenienses celebraban al principio sus asambleas, es una esplanada sobre una escarpada roca, detrás del Lycabetto. Una muralla formada de enormes piedras sostiene esta esplanada por el lado del Norte: al Mediodía se eleva una tribuna abierta en la piedra viva, á la que se sube por cuatro gradas practicadas tambien en la piedra. Advierto esto, porque los antiguos viageros no conocieron bien la forma del Pnyx. Lord Elgin hace pocos años hizo limpiar de escombros la colina, y descubrió las gradas. Como aun no es aquella la cima de la roca, no se puede ver el mar hasta mas arriba de la tribuna; y de este modo se quitaba al pueblo la vista del Pireo, para que los oradores facciosos y turbulentos no le moviesen á temerarias empresas á vista de su poder y de sus naves (1).

Los atenienses se colocaban sobre la esplanada, entre la muralla circular que indiqué al Norte, y la tribuna al Mediodía.

En esta tribuna fué donde resonó la voz de Peri-

(1) La historia varía en esto; pues otros suponen que los tiranos fueron los que obligaron á los oradores á volver la espalda al Pireo.

cles, de Alcibiades y de Demóstenes, donde Sócrates y Focion hablaron al pueblo de mayor genio y menos juicio de toda la tierra. Allí fué sin duda donde se cometieron tantas injusticias, y se pronunciaron fallos tan inícuos ó crueles. Allí tal vez se vió desterrar á Arístides, triunfar á Melito, condenar á muerte á todos los habitantes de una ciudad, y sentenciar á la esclavitud á todo un pueblo. Pero allí fué tambien donde célebres ciudadanos ostentaron toda su elocuencia, y desplegaron su energía contra los tiranos de su patria; donde triunfó la justicia; donde se oyó la verdad. «Hay un pueblo, decian los diputados de Corinto á los espartanos, que solo ansía novedades: pronto en pensar y pronto en ejecutar, su arrojo es superior á su fuerza. En los peligros, á los que por lo comun se lanza sin reflexion, jamás pierde la esperanza: naturalmente turbulento, procura engrandecerse fuera de sus dominios; si vence, prosigue su victoria; si es vencido, no pierde tampoco su valor. ¡La vida no es para los atenienses una propiedad, porque fácilmente la sacrifican por su patria! Cuando no consiguen lo que desean, creen que se les ha privado de sus legítimos bienes. Apenas se les frustra un deseo, conciben en seguida una nueva esperanza: realizan sus proyectos con la misma rapidez con que los forman: siempre atentos al porvenir, descuidan lo presente; es un pueblo, en fin, que ni conoce sosiego para sí, ni lo tolera en los demas (1).»

¿Y qué ha sido de este pueblo? ¿dónde le hallaré? Traduciendo yo este pasage en medio de las ruinas de Atenas, veia los minaretes de los musulmanes, y oia hablar de los cristianos. Pero yo iba á Jerusalen á recibir la respuesta á esta pregunta, y ya conocia las palabras de oráculo: *Dominus mortificat et vivificat; deducit ad inferos et reducit.*

(1) Thucyd., lib. I.

Todavía era temprano, y asi pudimos pasar del Pnyx á la colina del Museo. En esta colina se halla el monumento de Philopappo, que es de muy mal gusto; pero no es el sepulcro, sino la muerte, lo que llama aqui la atencion del viagero. Este desconocido Philopappo, cuyo sepulcro se ve desde tan lejos, vivia en tiempo de Trajano. Pausanias, desdeñándose de nombrarle, le llama un *sirio*. Sábese por la inscripcion de su estátua que era de Besa, aldea del Atica. Ahora bien, este Philopappo, que se llamaba *Antiochus-Philopappus*, era, sin embargo, el heredero legítimo de la corona de Siria. Pompeyo confinó en Atenas á los descendientes del rey Antioco, reduciéndolos á la clase de simples ciudadanos. Tal vez los atenienses, reconocidos á los beneficios de Antioco, trataron de minorar los males de aquella familia destronada; pero á lo menos consta que este Philopappo fué cónsul designado. La fortuna, haciéndole ciudadano de Atenas y cónsul de Roma, precisamente en una época en que nada valian estos títulos, parecia burlarse de aquel monarca sin cetro, y consolarle de un sueño con otro sueño, y mostrar en una sola cabeza que ella se rie igualmente de la magestad de los pueblos y de la de los reyes.

El monumento de Philopappo nos sirvió como de observatorio para contemplar otras vanidades. Mr. Fauvel me hizo reparar en los diferentes sitios que ocupaban las murallas de la ciudad antigua; en las ruinas del teatro de Baco; en el árido cauce del Iliso; en el mar sin navíos y en los puertos solitarios de Faleréo, de Munychia y del Pireo.

En seguida volvimos á Atenas, porque era ya de noche; y el cónsul mandó un recado de atencion al comandante de la ciudadela, pidiéndole permiso para visitarla al dia siguiente antes de amanecer. Fatigado del paseo, hacia ya algunas horas que dormia pro-

fundamente, cuando me despertó de pronto el tambo- ril y la gaita de los turcos, cuyos discordantes sonidos se exhalaban desde lo alto de los Propileos. Al mismo tiempo un iman turco gritó la hora en árabe á los cristianos de la ciudad de Minerva. Me es imposible pintar el efecto que todo esto produjo en mí, porque aquel iman no tenia necesidad de advertirme del paso rápido de los años; pues solo su voz, repetida por aquellos ecos, me daba á conocer los siglos que habian desaparecido ya.

Esta instabilidad de las cosas humanas es tanto mas sorprendente, cuanto que forma un contraste particular con la inmutabilidad de lo demas de la naturaleza. Como para burlarse de la poca duracion de las sociedades humanas, hasta los mismos animales no esperimentan ni trastornos en sus imperios, ni alteraciones en sus costumbres. Estando en la colina del Museo, habia yo visto las cigüeñas formarse en batallones, y dirigir su vuelo hacia los arenales del Africa (1). Dos mil años ha hacian el mismo viage, y han permanecido libres y felices, tanto en la ciudad de Solon, como en la del gefe de los eunucos negros. Desde lo alto de sus nidos, á los que no pueden alcanzar las revoluciones, han visto cambiar á sus pies la raza de los mortales; mientras que generaciones impías se elevan sobre los sepulcros de generaciones religiosas, la cigüeña alimenta siempre á su anciano padre (2). Hago estas reflexiones, porque los viageros aman las cigüeñas; porque asi como ellos, conoce ella tambien en el cielo las estaciones (3). Con frecuencia han sido estas aves mis compañeras de viage en los

(1) Véase casi todo el libro XV y las notas de los Mártires para tener una idea exacta de Atenas en general.
(2) Segun dice Solino.
(3) Jeremías.

bosques de América. Muchas veces las ha visto encaramadas sobre el Wigwum de los salvages, y cuando las he vuelto á hallar en otra especie de desierto, y sobre las ruinas del Partenon, no he podido dejar de hablar de mis antiguos amigos.

Al dia siguiente 24, á las cuatro y media de la mañana, subimos á la ciudadela, cuya cumbre está cercada de murallas, parte antiguas, parte modernas: en otro tiempo habia ademas otra muralla que cerraba su base. En el circuito que forman estas murallas, se encuentran aun las ruinas de los Propileos, y las del templo de la Victoria (1). Detrás de los Propileos, á la izquierda y hácia la ciudad, se ve el Pandroseo, el doble templo de Neptuno-Erechtheo y el de Minerva-Polias: en fin, en el punto mas culminante del Acrópolis se eleva el templo de Minerva, y todo lo demas obstruido por los escombros de edificios antiguos y modernos, y por las tiendas, campamentos y barracas de los turcos.

El monte en que está la ciudadela puede tener en su cumbre unos ochocientos pies de largo y cuatrocientos de ancho; su forma es casi ovalada, cuya elipse se iria estrechando hácia el monte Hymetto; y parece un pedestal cortado espresamente para sostener los magníficos edificios que le decoraban.

Sin detenerme á dar la descripcion particular de cada monumento, que los lectores pueden ver en las obras ya citadas, y sin repetir aqui lo que á cualquiera es fácil encontrar en otra parte, voy á hacer algunas reflexiones generales.

La primer cosa que llama la atencion en los monumentos de Atenas, es su hermoso colorido. En nuestros climas, bajo una atmósfera pesada y lluviosa, la

(1) El templo de la Victoria formaba el ala derecha de los Propileos.

piedra del blanco mas puro se tiñe de un color oscuro ó parduzco. Pero el cielo terso, y el sol brillante de la Grecia, baña el mármol de Paros ó del Pentílico de un tinte dorado, semejante al de las espigas ya secas, ó de las hojas en otoño.

Encanta su proporcion, su armonía y su sencillez, sin confundir un órden con otro órden, una columna con otra, una cúpula con otra cúpula. El templo de Minerva, por ejemplo, es, ó debió ser, un paralelógramo prolongado, adornado con un peristilo, y con un pronaos ó pórtico, y se eleva sobre tres gradas, que le circulan en derredor. Este pronaos ocupaba casi la tercera parte de la longitud total del edificio; el interior se dividia en dos naves separadas por una pared, y que solo recibian la luz por la puerta: en la una se veia la estátua de Minerva, hecha por Fidias; y en la otra se guardaba el tesoro de los atenienses. Las columnas del peristilo y del pórtico descansaban inmediatamente en las gradas del templo, pues no tenian base; eran estriadas y de órden dórico; su elevacion era de cuarenta y dos pies, y de diez y siete y medio de circunferencia cerca de su base; el intercolumnio era de siete pies y cuatro pulgadas; y todo el edificio tenia doscientos diez y ocho pies de largo, y noventa y ocho y medio de ancho.

Los tríglifos del órden dórico señalaban los frisos del peristilo; las métopas ó cuadretes del mármol separaban los tríglifos entre sí. Fidias ó alguno de sus discípulos habia esculpido en estas métopas el combate de los Centauros y de los Lapitas. El friso de la cella estaba decorado con otro bajo relieve, que acaso representaria la fiesta de las Panateneas. Algunas piezas de escelente escultura, pero del siglo de Adriano, época del renacimiento del arte, ocupaban los dos frontispicios del templo (1). Las ofrendas votivas y los

(1) No puedo creer que Fidias dejase sin adornos los dos

escudos quitados al enemigo cuando la guerra Médica, estaban colgados en la pared esterior del edificio: todavía se conserva la señal circular que estos últimos han dejado marcada en el arquitrave de la fachada que mira á la parte del monte Hymetto. Esto hacia presumir á Mr. Fauvel, que la entrada del templo pudo muy bien estar hácia aquel lado, á pesar de la opinion general, que supone la entrada en la estremidad opuesta (1). Entre estos escudos habia muchas inscripciones, cuyas letras serian probablemente de bronce, si hemos de juzgar por los agujeros que han dejado los clavos. Mr. Fauvel opinaba que estos clavos serian tal vez para sostener las guirnaldas, pero le hice admitir mi opinion, observando la disposicion regular de los agujeros. Iguales observaciones han bastado pasa restablecer y leer la inscripcion de la Casa-Cuadrada de Nimes. Y estoy persuadido de que, si los turcos lo permitiesen, se podria llegar tambien á descifrar las inscripciones del Partenon.

Tal era este templo, que ha sido tenido con razon por la obra maestra de la arquitectura, tanto entre los antiguos como entre los modernos. La armonía y con-

frontispicios del templo, á la par que los habia prodigado en los dos frisos. Si el emperador Adriano y su muger Salina se veian representados en uno de los dos frontispicios, seria tal vez porque los introducirian en lugar de otras figuras, ó mas bien, como suele suceder, no habrian hecho mas que cambiar las cabezas de los personages. En fin, esto no era una baja adulacion de los atenienses; porque Adriano merecia este honor, por ser el bienhechor de Atenas y el restaurador de las artes.

(1) La idea es ingeniosa, pero no fundada: otras mil razones podian haber determinado á los atenienses á colgar los escudos en el lado que mira al monte Hymetto, no queriendo acaso echar á perder la fachada admirable del templo, recargándola con adornos estraños.

cierto de todas sus partes se echa de ver aun en sus ruinas; porque seria formarnos de él una idea muy equivocada, si nos lo representásemos solo como un edificio pequeño, agradable y cargado de adornos á nuestro modo. Cuando queremos ser elegantes en nuestra arquitectura, somos mezquinos; cuando aspiramos á la magestad, somos pesados. Pero todo está bien calculado en el Partenon: el órden es dórico, y la poca elevacion de su columna presenta al instante la idea de la duracion y de la solidez; pero como esta columna, que ademas está sin base, pareceria pesada: el arquitecto Ictino recurrió á su arte: la hizo estriada, y la elevó sobre las gradas, introduciendo de este modo casi la ligereza del órden corintio en la gravedad dórica. Por único adorno no puso mas que los dos frontispicios y los dos frisos con escultura. El friso del peristilo se compone de cuadretes de mármol divididos con regularidad por un tríglifo, y cada uno de estos cuadretes es positivamente una obra maestra: el friso de la cella domina como una venda ó faldon en lo alto de una pared maciza y compacta; y he aqui todo su adorno. ¡Cuánta distancia hay de esta sábia economía de ornatos, y de esta reunion feliz de sencillez, de fuerza y de gracia, á nuestra profusion de recortes cuadrados, largos, redondos y en rombos; á nuestras columnas delgadas y subidas sobre bases enormes, y á nuestros porches comunes y aplastados, que llamamos *pórticos*!

Es preciso no pasar en silencio que la arquitectura, considerada como arte, es en su principio eminentemente religiosa, y fué inventada para el culto de la Divinidad. Los griegos, que adornaban una multitud de dioses, han trabajado diferentes géneros de edificios, segun las ideas que les inspiraban los diferentes poderes de estos dioses. El mismo Vitruvio dedica dos capítulos á este objeto bellísimo, y enseña el modo de

construir los templos y los altares de Minerva, de Hércules, de Céres, etc. Empero nosotros, que no adoramos mas que á un solo Señor de la creacion, no tenemos tampoco, propiamente hablando, mas que una arquitectura natural, esto es, la arquitectura gótica. Conócese de pronto que este género es esclusivamente nuestro, que es original, y nacido, por decirlo asi, á la par con nuestros altares. Pero respecto de la arquitectura griega, nosotros no somos mas que meros imitadores, mas ó menos ingeniosos (1); imitadores de un trabajo cuyo principio desnaturalizamos, trasladando á las habitaciones mezquinas de los hombres, los adornos que únicamente pertenecen á la morada de los dioses.

Ademas de su armonía general, de sus relaciones con los lugares y las situaciones, y sobre todo de sus conveniencias con los usos á que están destinados, lo que mas se admira en los edificios de la Grecia, es lo acabado de todas sus partes. Con la misma escrupulosidad se ven trabajados en ellas los objetos destinados á los puntos menos visibles, que los que debian colocarse en la fachada mas pública de un edificio. Las piedras que forman las columnas del templo de Minerva están tan unidas y compactas, que es menester mirarlas con mucho detenimiento para conocer que no son de una sola pieza. Para conseguir esta prodigiosa perfeccion, se cortaba desde el principio el mármol con la sutileza que podia prestar el cincel, y uniendo despues las dos piezas, se las frotaba una con otra, vertiendo al mismo tiempo en la juntura agua y arena. De este modo se lograba un aplomo que parece increible; y este aplomo estaba determinado en

(1) En tiempo de los Valois se introdujo el conjunto bello de la arquitectura griega y gótica; pero esto duró muy poco.

los trozos de las columnas por medio de un quicio cuadrado de madera de olivo. Mr. Fauvel poseia uno de estos quicios.

La misma perfeccion se advierte en los florones, plintos, molduras, astrágalos, y demas partes del edificio: las líneas del capitel y las estrías de las columnas del Partenon son tan finas y delicadas, que creeria uno que toda la columna habia sido hecha á torno: unos recortados de marfil no ofrecen mas delicadeza que los adornos jónicos del templo de Erechtheo: las cariátides del Pandroséo son verdaderos modelos. En fin, si despues de haber yo visto los monumentos de Roma, me han parecido groseros los de Francia, cuando he llegado á ver los de Grecia, he tenido por bárbaros los de Roma, sin esceptuar entre estos el Panteon, con su desmedida frontera. Esta comparacion se puede hacer muy bien en Atenas, donde la arquitectura griega se halla con frecuencia al lado de la romana.

Tambien habia incurrido yo en el error comun acerca de los monumentos de los griegos, pues aunque los tenia por perfectos en todo, creia que carecian de grandeza; pero he observado que el genio de los arquitectos que los construyeron, supo darles en grandeza proporcional lo que podia faltarles en estension. Atenas está llena de estas obras prodigiosas; y sin embargo de que la poblacion no era rica ni numerosa, construyeron edificios gigantescos: las piedras del Pnys parecen pedazos de montañas; los Propileos eran una obra de un inmenso trabajo, y las baldosas de mármol que los cubrian, de la mayor dimension que se ha visto: las columnas del templo de Júpiter-Olímpico tienen tal vez mas de sesenta pies de alto, y la circunferencia de todo el templo era de media milla; las murallas de Atenas, comprendiendo la de los tres puertos, ocupaban un espacio de cerca

de nueve leguas (1); y las que reunian la ciudad en el Pireo eran tan anchas, que podian correr por ellas dos carros de frente, y de cincuenta en cincuenta pasos tenian torres cuadradas, de modo que jamás pudieron igualarse á estas las fortificaciones de los romanos.

¿Por qué fatalidad estas obras maestras de la antigüedad, que los modernos van á admirar tan lejos y á tanta costa, han sido en parte destruidas por los mismos modernos (2)? El Partenon se mantuvo intacto hasta el año 1687: los cristianos lo convirtieron en iglesia, y envidiosos luego los turcos, la convirtieron en mezquita. Era preciso que los venecianos viniesen en el siglo XVII á cañonear los monumentos de Pericles, lanzando sus balas sobre los Propileos y el templo de Minerva: una bomba cayó sobre este último edificio, y hundiendo la bóveda, hizo saltar unos barriles de pólvora, y con ellos parte de un edificio, que no tanto honraba á los falsos dioses de la Grecia, cuanto al genio del hombre (3). Habiéndose los venecianos apoderado de la ciudad, quiso Morosini adornar á Venecia con los despojos de Atenas, y en su consecuencia dispuso se bajasen las estátuas que estaban en la fronte-

(1) Doscientos estadios, segun Dion Crisóstomo.

(2) Bien sabido es como fué destruido el coliseo de Roma, y el equívoco de las palabras latinas sobre los *Barberini* y los bárbaros. Algunos historiadores suponen que los caballeros de Rhodas destruyeron el famoso sepulcro de Mausolo; es verdad que fué por defender á Rhodas y fortificar la isla contra los turcos; pero si esto sirve de escusa á los caballeros, no por eso es menos dolorosa la destruccion de aquella maravilla.

(3) La invencion de las armas de fuego ha sido tambien muy fatal á las artes. Si los bárbaros hubiesen conocido la pólvora, no hubiera quedado en pie un solo edificio griego ni romano; hubieran derribado hasta las pirámides, aunque solo

ra del Partenon, y al practicar esta operacion, se hicieron pedazos. Otro moderno, inspirado por su pasion á las artes, acabó de completar la destruccion que principiaron los venecianos (1).

Con frecuencia he tenido la ocasion de hablar en este *Itinerario* de lord Elgin, á quien se debe, como he indicado en otra parte, el conocimiento mas completo del Pnyx y del sepulcro de Agamenon, y el cual mantiene en Grecia un italiano encargado de dirigir las escavaciones, descubriendo por este medio antigüedades, que efectivamente yo no he visto (2). Pero este lord ha perdido el mérito de sus loables empresas, destruyendo el Partenon. Quiso llevarse el bajo relieve del friso, y los operarios turcos de que se valió rompieron el arquitrave y echaron abajo los capiteles: luego, en vez de hacer saltar las metopas por medio de sus muescas, los bárbaros lo hallaron mas fácil rompiendo ademas la cornisa. Del templo de Erechtheo han quitado la columna angular, de modo

fuese por buscar tesoros. Un año de guerra entre nosotros destruye mas monumentos que en un siglo entero los antiguos. Parece tambien que entre los modernos todo se opone á la perfeccion del arte, el pais, las costumbres, los usos, los trages, y hasta sus mismos descubrimientos.

(1) Dirigieron su batería, montada con seis cañones y cuatro morteros, contra el Pnyx. Y no se concibe como en la corta distancia á que se hallaba aquella batería, no destruyeron todos los monumentos de la ciudadela. Véase á Fanelli, *Atene Attica*, y la introduccion de este *Itinerario*.

(2) Halláronse en un sepulcro, y me parece que era el de un niño. Entre otras curiosidades se encontró un juego desconocido, cuya pieza principal consistia, segun recuerdo, en una bola ó globo de acero. No sé si este será el juego de que se habla en *Atheneo*. La guerra que divide la Francia y la Inglaterra impidió á Mr. Fauvel que nos dirigiésemos al agente del lord Elgin, de modo que yo no he visto estos antiguos juguetes que consolaban á un niño en su tumba.

que se ha hecho preciso sostener hoy con un pilar de piedras el entablamento entero que está amenazando ruina.

Los mismos ingleses que han estado despues de lord Elgin en Atenas, no han podido menos de lamentar una pasion á las artes tan mal entendida. Dícese que lord Elgin ha pretestado que no habia hecho mas que imitarnos. Es verdad que los franceses se han llevado de Italia (1) sus estátuas y sus cuadros; pero no han destruido los templos para arrebatar sus bajos relieves, imitando en esta parte á los romanos, que despojaron á la Grecia de sus mas bellas obras de pintura y de estatuaria (2). Los monumentos de Atenas arrancados de los lugares, para los que estaban destinados, perderán no solo una parte de su belleza relativa, sino tambien se disminuirá materialmente su misma belleza. La luz es la que hace resaltar la delicadeza de ciertos perfiles y de ciertos coloridos; y faltando por consiguiente esta luz bajo el cielo nebuloso de Inglaterra, desaparecerán, ó á lo menos no se percibirán bien, aquellos perfiles y coloridos. Por último, yo confesaré que el interes de la Francia, la gloria de nuestra patria, y otras muchas razones, exigirán acaso la traslacion de los monumentos conquistados por nuestras armas; pero las mismas bellas artes, comprendiéndose entre los vencidos y en el número de los cautivos, tienen sin duda el derecho de afligirse.

Pasamos toda la mañana en recorrer la ciudadela. Los turcos habian pegado el minareto de una mezqui-

(1) Y de España tambien. El salon de la *Escuela Española*, que se abrió hace pocos años en el museo de París, prueba el despojo de nuestros conventos en varias épocas. (*Ed. E.*)

(2) Poco prueba en verdad este ejemplo.

ta al pórtico del Partenon: subimos por la casi arruinada escalera de este minareto; nos sentamos en la parte rota del friso del templo, y dirigimos nuestras miradas alrededor de nosotros. Teníamos el monte Hymetto al Este; el Pentélico al Norte; el Parnes al Nordeste; los montes Icaro, Cordialo ó Egaleo al Oeste, y por encima del primero sobresalia la cúspide del Citeron; al Sudoeste y al Mediodía se veian el mar, el Pireo, las costas de Salamina, de Egina, de Epidauro, y la ciudadela de Corinto.

Á nuestros pies, en la vega cuya circunferencia acabo de describir, se distinguian las colinas y la mayor parte de los monumentos de Atenas: al Sudoeste la colina del Museo con el sepulcro de Philopappo; al Oeste las rocas del Areópago, del Pnyx y del Lycabetto; al Norte el montecillo Anchesmo, y al Este las alturas que dominan el Estadio. Al pie mismo de la ciudadela se descubrian las ruinas del teatro de Baco y de Herodes Atico. A la izquierda de estas ruinas estaban las grandes columnas aisladas del templo de Júpiter Olímpico; y mas allá, en direccion al Noroeste, se descubria el recinto del Liceo, el curso del Iliso, el Estadio, y un templo de Diana y de Céres. En la parte del Oeste y del Noroeste, hácia el olivar, me enseñaba Mr. Fauvel los parages donde estuvieron el Cerámico esterior, la Academia, y su camino ceñido de sepulcros. En fin, en el valle que forma el Anchesmo y la ciudadela, se descubre la ciudad moderna.

Figurémonos ahora este gran espacio, cubierto en parte de maleza, de olivares, de viñas, de sembrados, de trozos de columnas, y ruinas antiguas y modernas arrojadas en medio de los campos; de paredes blancas, y cercas de jardines que los cruzan; y derramadas por toda la campiña muchas albanesas, ó llevando agua, ó lavando la ropa de los turcos; y figurarse en fin iluminadas por un espléndido rayo de luz

todas estas montañas, cuyos nombres son tan poéticos, todas estas ruinas tan célebres, todas estas islas, y aquel mar no menos célebre tambien. Desde lo alto del Acrópolis vi salir el sol por entre las dos cumbres del Hymetto: las cornejas que anidan en torno de la ciudadela, y que jamás abandonan las grietas de la cima, gemian á nuestros pies: sus alas negras y lustrosas brillaban bañadas por el rocío á los primeros albores del dia, columnas de humo azul y diáfanas se elevaban de entre las sombras á lo largo de las faldas del Hymetto, y anunciaban la existencia de algunas casas de campo; Atenas, el Acrópolis y las ruinas del Partenon, brillaban decoradas con el mas bello tinte de la flor del albérchigo; las esculturas de Phidias bañadas horizontalmente por un rayo de oro, parecian animarse, y mecerse sobre el mármol por la movilidad de las sombras del relieve; á lo lejos el mar y el Píreo cubiertos de luz; y la ciudadela de Corinto, reflejando la claridad del nuevo dia, se ostentaba en el horizonte de Poniente como una roca de púrpura y de fuego.

Desde el parage en que nos hallábamos, hubiéramos podido ver, en los tiempos prósperos de Atenas, salir las escuadras del Píreo para combatir al enemigo, ó ir á las fiestas de Délos: hubiéramos podido oir en el teatro de Baco las dolorosas espresiones del Edipo, de Philoctetes y de Hecuba, y los aplausos de los ciudadanos á los discursos de Demóstenes. Mas ¡ay! nada se oye ya. Apenas se exhalaban de entre aquellas murallas que repitieron por tanto tiempo las voces de un pueblo libre, los gritos interrumpidos de un populacho de esclavos. Para consolarme me repetia lo que siempre tiene uno que decirse: todo pasa; todo acaba en el mundo. ¿Dó están aquellos genios creadores que elevaron el templo sobre cuyas ruinas reposaba yo entonces? Este sol, que tal vez presen-

ció los últimos gemidos de la malhadada hija de Megara, vió morir tambien á la brillante Aspasia. Este cuadro del Atica, este espectáculo que contemplaba yo, habia sido contemplado tambien por otros ojos que se cerraron hace ya dos mil años. Yo pasaré tambien á mi vez; otros hombres, fugitivos acaso como yo, vendrán á hacer las mismas reflexiones sobre las mismas ruinas. Nuestra vida y nuestro corazon se hallan en la mano de Dios: dejémosle, pues, disponer de una y de otra.

Al bajar de la ciudadela recogí un pedazo de mármol del Partenon; tambien habia recogido un fragmento del sepulcro de Agamenon, y desde entonces siempre me he llevado algun recuerdo de los monumentos que he visitado. Ciertamente que los recuerdos mas bellos de mis viages no son tan importantes como los de Mr. de Choiseul y de lord Elgin; pero me bastan tales como son. Conservo ademas con mucho cuidado algunas pequeñas pruebas de la amistad de mis huéspedes; y entre otras un estuche de hueso que me regaló en Jaffa el padre Muñoz. Cuando yo vuelvo á ver alguna vez estas bujerías, recuerdo inmediatamente mis correrías y mis aventuras, y me digo: «Allí estuve yo, me sucedió tal cosa.» Ulises regresó al hogar doméstico con muchos cofres llenos de ricos dones, que le habian regalado los feacios; y yo he vuelto á entrar en mi hogar con una docena de piedras de Esparta, de Atenas, de Argos y de Corinto, tres ó cuatro cabecitas de barro cocido que me regaló Mr. Fauvel, una botella de agua del Jordan, otra del mar Muerto, algunas cañas del Nilo, un mármol de Cartago, y una figura de yeso modelada en la Alhambra. He invertido en mi viage cincuenta mil francos, y regalado mi ropa y mis armas. Si mi viage se prolonga un poco mas, hubiera tenido que volver á pie con un palo en la mano. Desgraciadamente no he en-

contrado, al llegar, un buen hermano que me dijese como aquel viejo de las *Mil y una Noches*: «Hermano mio, he aqui mil cequies; comprad camellos, y no viajeis mas.»

Al salir de la ciudadela nos fuimos á comer, y aquella misma tarde pasamos al Estadio, situado al otro lado del Iliso. Este Estadio conserva perfectamente su forma; pero ya no tiene las gradas de mármol con que lo decoró Herodes Atico. El Iliso está seco. Chandler se escede en esta ocasion de su moderacion natural, y clama contra los poetas que conceden al Iliso un agua límpida y fresca, y ciñen su corriente de sauces populosos. Al través de su mal humor se trasluce la idea de criticar un dibujo de Leroy, que representa un paisage del Iliso. Soy como el doctor Chandler, porque detesto las descripciones que faltan á la verdad, y cuando un rio está sin agua, quiero que me lo digan. He aqui por qué no he embellecido yo las riberas del Jordan, trasformándole en un gran rio: sin embargo de que hubiera podido mentir á mi placer, todos los viajeros, y la misma Escritura, hubieran justificado las mas pomposas descripciones. Pero Chandler ha llevado muy al estremo su rigor; y he aqui un hecho curioso que me refirió Mr. Fauvel: por poco que se cave en el cauce del Iliso, se encuentra agua, lo cual es bien sabido de las mugeres albanesas; pues cuando quieren lavar la ropa, hacen un hoyo y encuentran agua inmediatamente. Es, pues, muy probable que el lecho del Iliso se halla cubierto bajo una capa de piedras y de cascajos desprendidos de las montañas vecinas, filtrando el agua por debajo. Esto es bastante para justificar aquellos pobres poetas, que tienen la misma suerte de Casandra: cantan la verdad, y ninguno les cree; acaso serian mas felices si se contentasen con decirlo. Por otra parte les defiende el mismo testimonio de la historia que habla

del agua del Iliso, y si no ¿para qué necesitaba el puente, si jamás tuvo agua ni aun en invierno? La América me ha engañado algo sobre el cómputo de los rios; pero no he podido ménos de vindicar el honor de aquel Iliso que ha dado un sobrenombre á las musas (1), en cuyas orillas arrebató Bóreas á Orithya.

Volviendo del Iliso, Mr. Fauvel me hizo pasar por el parage donde estuvo el Liceo, y luego vimos unas grandes columnas aisladas en el barrio de la ciudad, que llaman *Atenas la Nueva*, ó la *Atenas del emperador Adriano*. Spon quiere que estas columnas sean restos de un pórtico conocido bajo el nombre de las *Ciento veinte columnas*; y Chandler opina que pertenecian al templo de Júpiter Olímpico. De ellas hacen tambien mencion Mr. Lechevalier y otros viageros; y las han comprendido en diferentes vistas de Atenas, y sobre todo en la obra de Stuart, que ha copiado el edificio entero sobre el modelo de las ruinas. Sobre un trozo de arquitrave que une á dos de estas columnas, se ve todavía una casuca, que fué en otro tiempo habitacion de un ermitaño, y no puede comprenderse como se la pudo construir sobre el capitel de estas prodigiosas columnas, cuya altura es acaso de mas de sesenta pies. De modo que aquel gran templo, en el que los atenienses trabajaron durante siete siglos, que todos los reyes del Asia quisieron concluir, y que solo Adriano, señor del mundo, tuvo la gloria de acabar; este templo, repito, ha cedido al esfuerzo del tiempo y la celdita de un solitario ha permanecido en pie sobre sus rinas. Dos columnas de mármol sostienen en el aire un pobre aposento de yeso, como si la fortuna quisiese hacer alarde, sobre este magnífico pedestal, de un monumento de sus triunfos y de sus caprichos.

(1) Ilisiadas: tenian un altar que las estaba consagrado en la ribera del Iliso.

Aunque estas columnas son mas altas que las del Partenon, no tienen, sin embargo, su belleza; y ya se advierte en ellas la decadencia del arte; pero como están solas y desparramadas, sin ningun edificio al lado, producen un efecto sorprendente. Me detuve al pie de ellas para oir silbar el viento sobre mi cabeza, semejantes á aquellas palmeras solitarias que se descubren entre las ruinas de Alejandría. Cuando los turcos temen alguna calamidad, llevan allí un corderito y le obligan á que bale, levantándole la cabeza hácia el cielo: no pudiendo hallar entre los hombres la voz de la inocencia, recurren á un cordero para aplacar la cólera del cielo.

Entramos en Atenas por el pórtico, en el que se lee aquella inscripcion tan conocida:

ESTA ES LA CIUDAD DE ADRIANO,
Y NO LA CIUDAD DE TESEO.

Fuimos á devolver la visita á Mr. Roque, en cuya compañía pasamos la velada, y con este motivo vi algunas mugeres. Los lectores que deseen tener una idea del trage, costumbres y usos de las mugeres turcas, griegas y albanesas de Atenas, pueden leer el capítulo veinte y seis del *Viage á Grecia* de Chandler, el cual hubiera yo insertado aqui si no fuera tan largo. Puedo decir, sin embargo, que las mugeres atenienses no me parecieron tan esbeltas ni hermosas como las moraitas. Desagrada á un estrangero la moda de pintarse de azul el cerco de los ojos, y la punta de los dedos de encarnado; pero como yo habia visto mugeres con perlas en las narices, que entre los iroqueses es un adorno esquisito, que ya comenzaba á parecerme menos ingrato, veo que no se debe disputar de gustos. Como quiera que sea, las atenienses jamás fueron célebres por su hermosura, y se las acusaba

de gustar mucho del vino. La prueba de que no era grande el imperio de su hermosura es, que casi todos los hombres distinguidos de Atenas amaron á mugeres estrangeras; y entre ellos se cuentan á Pericles, Sófocles, Sócrates, Aristóteles, y aun el divino Platon.

El dia 25 montamos á caballo muy temprano; salimos de la ciudad, y tomamos el camino del Phalereo. Cerca del mar el terreno es un poco elevado, y termina en colinas, cuyos recodos forman á Levante y Poniente los puertos de Phalereo, de Munychia y del Pireo. Descubrimos los cimientos de las murallas que cerraban el puerto, y otras ruinas muy confusas, que serian tal vez de los templos de Juno y de Ceres. Cerca de aqui tenia Arístides su reducida heredad y su sepulcro. Bajamos al puerto, que es una concha redonda, cuyo fondo es de arena, y podria contener unos cincuenta barcos, que eran precisamente los que Menestheo llevó á Troya.

«Seguíanle cincuenta naves negras.»

Tambien salió Teseo del Phalereo para ir á Creta.

Pourquoi, trop jeune encor, ne pûtes-vous alors
Entrer dans le vaisseau qui le mit sur nos bords?
Par vous auroit péri le monstre de la Créte, etc.

No son siempre los grandes navíos y los grandes puertos los que dan la inmortalidad; pues Homero y Racine no dejarán que se pierda el nombre de una rada ó de un barquichuelo.

Del puerto de Phalereo pasamos al de Munychia, que es ovalado, y algo mayor que el primero. En fin, pasamos á la punta de una roca, y marchando de cabo en cabo, nos dirigimos al Pireo. Mr. Fauvel me detuvo en el recodo que forma una lengua de tierra para enseñarme un sepulcro abierto en la roca, sin bóveda ya en el dia y al nivel del agua. Las olas, segun sus mo-

vimientos, lo cubren ó lo descubren, y unas veces está lleno de agua y otras seco. A algunos pasos de distancia se descubren las ruinas de un monumento.

Mr. Fauvel cree que en él se hallaban depositados los restos de Temístocles; pero no se ha seguido esta opinion, objetándole que los restos que yacen esparcidos en derredor, son demasiado bellos para que estos formasen el sepulcro de Temístocles. Con efecto, segun Diodoro el geógrafo, citado por Plutarco, este sepulcro no era mas que un altar.

La objecion no es muy sólida, ni ¿para qué comprender en una cuestion primitiva otra cuestion estraña al objeto de que se trata? Las ruinas de mármol blanco, que es donde se cree hallar la dificultad, ¿no podian haber pertenecido á otro sepulcro diferente del de Temístocles? ¿No pudo suceder que, calmados los rencores, los descendientes de Temístocles decorasen el sepulcro de su ilustre abuelo, á quien al principio enterraron humildemente, ó en secreto, como dice Tucídides? ¿No consagraron un cuadro que representaba la historia de aquel hombre grande? ¿Y no se hallaba colocado este cuadro públicamente en el Partenon en tiempo de Pausanias? Temístocles tenia ademas una estátua en el Prytaneo.

El sitio donde Mr. Fauvel descubrió este sepulcro, se halla precisamente en el cabo Alcimo, y voy á dar otra prueba mas convincente que la de la tranquilidad del agua en aquel parage. Plutarco parece haber cometido una equivocacion; pues es preciso leer Alimo, y no Alcimo, segun observa Meursio, citado por Dacier. Alimo era un démos, ó aldea del Atica, de la tribu de Leontide, situada al oriente del Pireo, y sus ruinas se ven aun en las cercanías del sepulcro en cuestion (1). Pausanias no dice claramente la situacion

(1) No quiero callar ninguna dificultad; y sé que tambien

que ocupaba su sepulcro; pero Diodoro Periegetes es mas esplícito, y los versos de Platon el Cómico, citado por el mismo Diodoro, designan terminantemente el lugar y el sepulcro que descubrió Mr. Fauvel.

«Colocado en un lugar descubierto, tu sepulcro es saludado por los marineros cuando entran y salen del puerto; y si se da allí algun combate naval, tú oirás el choque de las naves (1).»

Si Chandler se admiró al contemplar la soledad del Pireo, confieso que lo mismo me sucedió á mí. Habíamos caminado por una costa desierta; habíamos visto tres puertos, y en ninguno de ellos una barca. El único espectáculo que se ofrecia à nuestra vista era el de las ruinas, de las rocas y del mar, sin mas ruido que los graznidos de los alciones y el murmullo de las olas, que estrellándose contra el sepulcro de Temístocles, producian un gemido eterno en la morada del eterno silencio. Arrastradas por las olas las cenizas del vencedor de Gerges, descansaban en lo profundo de estas mismas olas, confundidas con los huesos de los persas. En vano buscaba yo el templo de Venus, la larga galería, y la estátua simbólica que representaba al pueblo de Atenas: la imágen de este pueblo inexorable habia caido para siempre cerca de los pozos donde los ciudadanos desterrados venian á reclamar inútilmente su patria. En lugar de aquellos soberbios arsenales, de aquellos pórticos donde se resguardaban las galeras, y de aquellos Agoræ, donde resonaban los gritos de los marineros; en lugar de aquellos edificios, que todos juntos representaban á la hermosa ciudad de Rhodas, ya no veia

colocan á Alimo al Oriente de Phalereo. Tucídides era de esta aldea.

(1) Plut., *Vit. Them.*

yo mas que un convento arruinado y un almacen. Allí un aduanero turco, lúgubre centinela de la ribera, y modelo de estúpida paciencia, está todo el año sentado en una mala barraca, y pasa meses enteros sin ver llegar un barquichuelo. ¡Tal es el estado triste en que yacen hoy aquellos parages tan célebres! ¿Quién pudo haber destruido tantos monumentos de los dioses y los hombres? Aquella fuerza oculta que todo lo derriba, estando ella misma sujeta al Dios desconocido, cuyo altar vió San Pablo en Phalereo: *Deo ignato*.

El puerto del Pireo describe un arco, cuyos dos estremos se acercan tanto, que solo dejan un paso estrecho; ahora le llaman *Puerto Leon*, á causa del leon de mármol que se veia antes en él, y que Morosini se llevó á Venecia en el año de 1686. Este puerto estaba dividido interiormente en tres conchas, llamadas el Cántaro, el Aphrodiso y el Zea: aun se ve una dársena medio cegada, que podria muy bien haber sido el Aphrodiso.

Strabon aseguró que cabian cómodamente cuatrocientos bageles: Plinio hace subir este número hasta mil; mas ahora bastarian cincuenta barcos para ocuparlo todo, aunque no sé si dos fragatas estarian bien allí, sobre todo en el dia, en que se fondea á muchas brazas de cable. Sin embargo, es profundo y abrigado, y una nacion industriosa haria del Pireo un buen puerto. Por último, el único almacen que se conserva todavía es obra francesa; y si no me equivoco, lo construyó Mr. Gaspari, cónsul francés en Atenas. De modo, que no hace mucho tiempo que los atenienses estaban representados en el Pireo por el pueblo que mas se les parece.

Luego que descansamos un poco en la aduana y en el monasterio de San Espiridion, volvimos á Atenas por el camino del Pireo. En todas partes encon-

tramos restos de la muralla grande. Pasamos por el sepulcro de la amazona Antiope, examinado por Mr. Fauvel, que lo describe en sus memorias. Marchamos atravesando viñas como en Borgoña, y cuya uva comenzaba á madurar. Nos detuvimos en las cisternas públicas, bajo de los oliverales, y tuve el sentimiento de no encontrar ya el sepulcro de Menandro, el cenotafio de Eurípides, ni el templo dedicado á Sócrates; ó si existen estos monumentos, no se han descubierto todavía. Continuamos nuestro camino, y acercándonos al Museo, Mr. Fauvel me hizo reparar en una senda que serpeaba tortuosa por la falda de esta colina, y me dijo que esta senda habia sido practicada por el pintor ruso, el cual iba todos los dias á copiar desde aquel punto las vistas de Atenas. Si el genio no es mas que la paciencia, como dice Buffon, mucho debia tener aquel pintor.

De Atenas á Phalereo hay poco mas de cuatro millas, y tres ó cuatro de Phalereo al Pireo, siguiendo las sinuosidades de la costa, y cinco del Pireo á Atenas; de modo que al volver á la ciudad habíamos andado cerca de doce millas ó sean cuatro leguas.

Como habíamos alquilado los caballos para todo el dia, apresuramos la comida, y volvimos á continuar nuestros paseos á las cuatro de la tarde.

Tomando el camino por el lado del monte Hymetto, mi huésped me condujo á la aldea de Angelo-Kipous, donde creia haber encontrado el templo de Venus de los Jardines, apoyado en las razones que él ha espuesto en sus memorias. Es muy probable tambien la opinion de Chandler, que coloca aquel templo en Panagia-Spiliotissa, y esta opinion se halla confirmada en una inscripcion. Pero Mr. Fauvel adujo en su favor dos viejos mirtos y hermosas ruinas de órden jónico, que responden á cualesquiera objeciones. He aqui lo que somos los apasionados á las anti-

güedades; en todo encontramos pruebas de nuestras opiniones.

Despues de haber visto las curiosidades de Angelo-Kipous, tomamos el Poniente, y pasando entre Atenas y el monte Anchesmo, entramos en un grande olivar; y aunque no hay ruinas por aquel lado, hicimos, sin embargo, un agradable paseo, discurriendo entre los recuerdos de Atenas. Vimos el Cefiso, que por alli lleva algun agua, aunque siento decir que cenagosa, y no obstante sirve para regar algunos huertos, manteniendo la frescura y frondosidad, cosa rara en la Grecia. Volvimos atras por dentro del mismo olivar. Dejamos á la izquierda un cerrito cubierto de piedras, y era Colona, á cuyo pie se veia la aldea donde se retiró Sófocles, y el parage donde este gran trágico hizo derramar sus últimas lágrimas al padre de Antígone. Seguimos un buen trecho el camino de Airain, donde aun hallamos algunos vestigios del templo de las Furias; y desde alli, próximos ya á Atenas, estuvimos paseando mucho tiempo por las cercanías de la Academia, sin que quede cosa alguna que dé á conocer ya aquella morada de los sabios. La segur de Sila derribó sus primeros plátanos; y los que tal vez Adriano hizo plantar de nuevo, tampoco escaparon de otros bárbaros. Ni se halla el altar del Amor, ni el de Prometeo, ni el de las Musas: apagóse todo aquel divino entusiasmo en los bosques donde Platon fué inspirado con frecuencia de un modo tan sublime. Dos pasages bastarán para dar á conocer el placer y la elevacion que los antiguos hallaban en las lecciones de este filósofo. La víspera del dia en que Sócrates admitió á Platon en el número de sus discípulos, soñó que un cisne descansaba en su regazo. Habiendo la muerte impedido á Platon concluir el *Critias*, Plutarco llora esta desgracia, y compara los escritos de este maestro de la Academia á los

templos de Atenas, entre los cuales el de Júpiter Olímpico era el único que no estaba concluido.

Hacia ya una hora que habia anochecido, cuando volvimos á Atenas. Brillaba el firmamento con innumerables estrellas; el aire era puro, diáfano y suave: nuestros caballos caminaban lentamente, y nosotros íbamos meditabundos y silenciosos. El camino que llevábamos era probablemente el antiguo de la Academia, en cuyas orillas estaban los sepulcros de los ciudadanos que murieron por la patria, y de los hombres mas célebres de la Grecia: allí descansaban Thrasybulo, Pericles, Chabrias, Timoteo, Harmodio y Aristogiton. Sublime fué, sin duda, la idea de reunir en un mismo parage las cenizas de aquellos grandes hombres que vivieron en siglos diferentes; y los cuales, como hijos de una misma familia ilustre, y por mucho tiempo dispersa, habian venido á descansar en el regazo de su madre comun. ¡Qué variedad de ingenios, de grandeza y de valor! ¡Qué diversidad de virtudes y de costumbres se advertia á la primera ojeada! Y estas virtudes que la muerte habia templado, por decirlo asi, á manera de aquellos vinos generosos que dice Platon se mezclaban con una divinidad sóbria, no ofendian ya á las miradas de los vivos. El pasagero que leia en una columna fúnebre esta sencilla inscripcion:

PERICLES DE LA TRIBU ACAMANTIDE,
DU BOURG DE CHOLARGUE,

se admiraba sin sentir envidia alguna. Ciceron nos representa á Atico vagando por entre estos sepulcros, y venerando sus augustas cenizas; pero en el dia ya no podria decir lo mismo, porque tambien han sido destruidos aquellos sepulcros. Los ilustres muertos que los atenienses colocaban en las afueras de la

ciudad para que estuviesen como de avanzada, no se levantaron para defenderla, y sufrieron que los tártaros la conculcasen. «El tiempo, la violencia y el arado, dice Chandler, lo han igualado todo.» El arado está aquí demas, y esta advertencia pinta mejor la desolacion de la Grecia, que cuantas reflexiones pudiera yo hacer.

Aun me quedaban por ver en Atenas los teatros y los monumentos de lo interior de la ciudad, y á esto dediqué todo el dia 26. Ya dije, y nadie lo ignora, que el teatro de Baco estaba al pie de la ciudadela, hácia el lado del monte Hymetto. El Odeon, comenzado por Pericles, y concluido por Licurgo, hijo de Lycophronte, quemado por Aristion y Sila, y restablecido luego por Ariobarzanes, estaba cerca del teatro de Baco, con el que tal vez comunicaba por un pórtico. Es probable que en aquel mismo sitio existia otro teatro edificado por Herodes Atico. Las gradas de este se apoyaban en el declive del monte que le servia de cimiento. Sobre estos monumentos se han vertido diferentes opiniones, y Stuart encuentra el teatro de Baco, donde Chandler creyó ver el Odeon.

Las ruinas de este teatro valen bien poco, y no me causaron admiracion, porque habia visto en Italia teatros mas espaciosos y mejor conservados; pero no dejé de hacer una observacion muy triste en verdad, y es que en tiempo de los emperadores romanos, cuando Atenas era todavía la escuela del mundo, los gladiatores tenian sus sangrientos combates en el teatro de Baco. Ya no se representaban en él las obras clásicas de Eschylo, de Sófocles y de Eurípides; á todos estos espectáculos, que dan una grande idea del ingenio del hombre, y que forman la noble diversion de las naciones civilizadas, sucedieron los horrores de sangrientos y bárbaros combates. Los atenienses concurrian con tanta ansia á estas atroci-

dades, como habian acudido á las Dionisiacas. ¿Cómo habia podido descender á tanta bajeza un pueblo que tanto se habia elevado? ¿Qué se habia hecho aquel altar de la Compasion, que se veia en medio de la plaza pública de Atenas, y del que colgaban los suplicantes las trenzas de sus cabellos? Si los atenienses eran, segun Pausanias, los únicos griegos que honraron la Compasion, mirándola como el consuelo de la vida, ¡cuánto habian degenerado ya! No fueron por cierto los combates de los gladiatores los que dieron á Atenas el renombre de la *sagrada morada de los dioses*: tal vez los pueblos, lo mismo que los hombres, suelen ser crueles en la decrepitud como en la infancia; tal vez se estingue el genio de las naciones, cuando todo lo ha inventado ya, cuando todo lo ha recorrido, cuando todo lo ha gozado, y fastidiado de sus mas sublimes producciones; y hallándose incapaz de otras nuevas, se embrutece, y vuelve á las sensaciones puramente físicas. El cristianismo impedirá á las naciones modernas el que mueran en tan deplorable vejez; pero si pudiésemos suponer que se estinguiese entre nosotros toda religion, no me admiraria que resonasen tambien los gritos del gladiator moribundo donde se oyen hoy los ayes de Fedra y de Andrómaca.

Despues de haber visitado los teatros entramos en la ciudad, y dirigimos una mirada al Pórtico, que sin duda formaba la entrada del Agora. Nos detuvimos en la torre de los Vientos, de que Pausanias no hace mencion, y cuya descripcion debemos á Varron y Vitrubio. Spon refiere algunos pormenores junto con la esplicacion de los vientos, y Stuart la describe completamente en sus *Antigüedades de Atenas*; Francisco Giambetti la dibujó en 1465, época del renacimiento de las artes en Italia. En tiempo del padre Babin, esto es, en 1672, creíase que la torre de los

Vientos era el sepulcro de Sócrates. No hablaré de algunas ruinas de órden corintio, que se toman por el Pœcilo, por restos del templo de Júpiter Olímpico, ó por el Prytaneo, y que acaso no pertenecen á ninguno de estos edificios. Lo que se puede asegurar es, que no son del tiempo de Pericles. Nótase en aquellos restos la grandeza romana, pero inferior en gusto: á primera vista se conocen en Atenas las obras de los emperadores romanos, que desdicen infinito de las sublimes del siglo de Pericles. De allí fuimos al convento francés á devolver la visita que me habia hecho al único religioso que existe. Dentro de la cerca del convento está el monumento corágico de Lysicrates, y en este último monumento acabé de pagar mi tributo de admiracion á las ruinas de Atenas.

Esta elegante produccion del genio griego fué conocida por los primeros viageros con el nombre de *Fanari tou Demosthenis*. «En la casa que acaban de comprar los padres capuchinos, decia el jesuita Babin en 1672, hay una antigüedad muy notable, que permanece intacta desde el tiempo de Demóstenes, y que vulgarmente se llama la *Linterna de Demóstenes* (1).»

Pero despues se ha averiguado (2), y Spon fué el primero, que este es un monumento corágico erigido por Lysicrates en la calle de las Trípodes. Mr. Legrand presentó hace algunos años en el Louvre el modelo en barro cocido (3); cuyo modelo era perfec-

(1) Parece que aun habia en Atenas en 1669 otro monumento llamado la *Linterna de Diógenes*. Guillet, hablando de este monumento, se vale del testimonio de los PP. Bernabé y Simon, y del de Mrs. Monceaux y Lainez. Véase la introduccion.

(2) Riesdel, Chandler, etc.

(3) Despues se ha ejecutado este mismo monumento en Saint-Cloud.

tamente igual al original, con solo la diferencia que el arquitecto, para dar sin duda mas elegancia á su trabajo, habia suprimido la pared circular que llena los intercolumnios en el monumento original.

No deja de ser ciertamente uno de los caprichos mas chocantes de la fortuna, el haber dispuesto que un capuchino se alvergase en el monumento corágico de Lysicrates; pero lo que á primera vista parece tan estraño, se hace tierno y respetable cuando se meditan los felices resultados de nuestras misiones, y cuando se piensa que mientras un religioso francés hospedaba en Atenas á Chandler, otro de la misma nacion socorria á otros viageros en la China, en el Canadá, y en los desiertos del Africa y de la Tartaria.

«Los francos, dice Spon, no tienen en Atenas mas que la capilla de los capuchinos, que está en el *Fanari tuo Demosthenis*. Cuando estuvimos en Atenas, no encontramos mas que al padre Serafin, hombre muy honrado, y á quien un turco de la guarnicion robó un dia su cíngulo de cuerda, sea por malicia, sea por efecto de la embriaguez, habiéndole encontrado en el camino de Puerto Leon, por donde iba el religioso de vuelta de ver algunos franceses, abordo de una tartana que habia anclada en aquel puerto.

«Los padres jesuitas estaban en Atenas antes que los capuchinos, y jamás se les ha echado de allí; pues si fueron á Negroponto, fué porque aquí encontraron mas ocupacion y mas francos que en Atenas. Tenian su hospicio á un estremo de la ciudad, y cerca del palacio arzobispal. Los capuchinos se establecieron en Atenas despues del año 1658, y el padre Simon compró el Fanari y la casa contigua, para recoger en ella á otro religioso de su órden.»

A estas misiones, pues, contra las que se ha clamado tanto tiempo, debemos tambien la primera noti-

cia de los monumentos de la Grecia antigua (1). Ningun viagero habia salido todavía de su hogar para visitar el Partenon, cuando ya los religiosos, como desterrados á aquellas famosas ruinas, esperaban á fuer de nuevos dioses hospitalarios, al anticuario y al artista. Preguntaban los sabios qué habia sido de la ciudad de Cécrope, y habia en París en el noviciado de Santiago un padre Bernabé, y en Compiegne un padre Simon, que hubieran podido decírselo; pero no hacian un vano alarde de sus conocimientos; y postrados al pie del Crucifijo, ocultaban en el silencio y en la humildad del cláustro lo que habian aprendido, y sobre todo lo que habian sufrido durante veinte años en las ruinas de Atenas.

«Los capuchinos franceses, dice La Guilletiere, que han sido escogidos para las misiones de la Morea por la congregacion de *Propaganda Fide*, tienen su principal residencia en Napoli; porque las galeras de los beyes van á invernar allí, permaneciendo desde el mes de noviembre hasta la fiesta de San Jorge, que es el dia en que se hacen á la mar; y como estas galeras están llenas de esclavos cristianos que tienen necesidad de ser instruidos y alentados, el padre Bernabé de París que es ahora el superior de las misiones de Atenas y de la Morea, se emplea con tanto celo como provecho en una obra tan distinguida.»

Pero si estos religiosos, vueltos de Atenas y de Esparta, eran tan modestos en sus cláustros, seria tal vez porque no habian percibido las sensaciones maravillosas que producen los recuerdos de la Grecia; acaso no serian bastante instruidos. Pues bien, oigamos al padre Babin, jesuita, á quien debemos la primera descripcion de Atenas.

(1) Se pueden ver en las *Cartas edificantes* los trabajos de los misioneros en las islas del Archipiélago.

«Podriais, dice, leer en muchas obras la descripcion de Roma, de Constantinopla, de Jerusalen y de otras ciudades mas considerables del mundo, tales como existen en el dia; pero ignoro si hay un libro que describa á Atenas en el estado en que yo la he visto, porque tampoco se podria encontrar esta ciudad, si para buscarla hoy se leyese únicamente á Pausanias y algunos otros autores antiguos; mas aqui la vereis en el mismo estado en que se halla hoy, y es tal, que aun en medio de las ruinas no deja de inspirar cierto respeto, tanto á las personas piadosas que ven sus iglesias, como á los sábios que la reconocen por cuna de las ciencias, y á los guerreros nobles que la consideran como el campo de Marte, y el teatro donde los mayores conquistadores de la antigüedad han hecho ostentacion de su valor, de su fuerza, de su audacia é inteligencia; y en fin, estas ruinas son aun preciosas, y bastan para mostrar su primera nobleza, y hacer ver que esta ciudad fué en otro tiempo el objeto de la admiracion del mundo.

«Por mi parte os confieso que al descubrirla desde alta mar con el anteojo, y al observar las muchas columnas de mármol que se ven desde lejos, y que recuerdan su antigua grandeza, no dejé de esperimentar un cierto respeto muy profundo.»

El misionero pasa en seguida á hacer la descripcion de los monumentos, y fué mas afortunado que nosotros, porque vió aun intacto el Parthenon (1).

En fin, esta piedad para con los griegos, esas ideas filantrópicas que nosotros tenemos el orgullo de adquirir en nuestros viages, ¿fueron tal vez reconocidas de los religiosos? Oigamos aun al padre Babin.

«Si Solon decia un dia á uno de sus amigos, mirando desde lo alto de un monte esta gran ciudad, y

(1) Véase la nota A al fin del tomo.

observando su gran número de palacios magníficos de mármol, que aquello no era mas que un hospital grande, pero rico en verdad, que contenia tantos desgraciados como habitantes contaba la poblacion; mas motivo tengo yo hoy para hablar asi, y decir que esta ciudad, edificada ya en el dia sobre las ruinas de sus antiguos palacios, no es mas que un hospital grande y pobre, que contiene tantos desgraciados, cuantos son los cristianos que habitan en ella.»

Perdóneseme esta digresion, pero es sensible que ningun viagero, escepto Spon, haya hecho justicia á aquellas misiones de Atenas, tan interesantes para un francés; y aun yo mismo las he olvidado en el *Genio del Cristianismo*. Chandler apenas habla del religioso que le dió la hospitalidad, y no sé si es una sola vez la que se digna nombrarle. Gracias al cielo me siento yo superior á escrúpulos tan mezquinos; porque cuando me han hecho un favor, lo digo; no me avergüenzo por moda, ni creo deshonrado el monumento, de Lysicrates, porque forme parte del convento de un capuchino. El cristiano, conservando este monumento y consagrándolo á las obras de caridad, no me parece menos respetable que el pagano que lo elevó en memoria de un triunfo conseguido en un coro de música.

De este modo acabé de ver las ruinas de Atenas, despues de haberlas examinado por órden, y con la inteligencia y acierto que distinguia á Mr. Fauvel en diez años de residencia y de investigaciones. Mi apreciable huésped habia hecho aprovechar todo el tiempo que uno suele perder en tantear, dudar y buscar, cuando se llega solo á un pais desconocido. De este modo habia conseguido ya ideas exactas sobre los monumentos, sobre el cielo, sol, perspectiva, tierra, mar, rios, bosques y montes del Atica, pudiendo asi corregir mis trabajos, y dar á la descripcion de estos

lugares célebres sus coloridos locales (1). No me quedaba mas que proseguir mi camino: mi principal objeto era, sobre todo, llegar á Jerusalen; pero ¡cuán lejos estaba aun! Avanzábase la estacion, y si me detenia mas, no llegaba á tiempo abordo del navío que trasporta todos los años de Constantinopla á Jaffa á los peregrinos que van á Jerusalen. Tenia razon para temer que no me esperase ya en la punta del Atica mi buque austriaco, y que no habiéndome visto volver, se habia hecho á la vela para Esmirna. Consulté esto con mi huésped, y en su consecuencia me trazó el itinerario que debia segur. Aconsejóme, pues, pasar á Keratia, aldea del Atica, situada al pie de Laurium, á alguna distancia del mar, y enfrente de la isla de Zea. «Cuando llegueis, me dijo, á aquella villa, se encenderá una hoguera en el monte; y las lanchas de Zea, acostumbradas ya á seguir esta señal, pasarán inmediatamente á la costa del Atica. Embarcaos entonces para el puerto de Zea, donde tal vez encontrareis el navío de Trieste: en todo caso os será fácil fletar en Zea un falucho que os trasporte á Chio ó á Esmirna.»

No era para mi carácter desechar los partidos aventurados: un hombre que por presentar una obra algo menos defectuosa emprendia un viage, como el que yo estaba haciendo, no se detiene á la vista de los obstáculos ni de los contratiempos. Era, pues, preciso partir, y no podia salir del Atica mas que por este medio, pues no habia un solo barco en el Pireo (2). Resolvíme, pues, á poner en ejecucion inmediatamente el plan que me proponia. Mr. Fauvel quiso detenerme aun algunos dias mas; pero el temor de faltar á

(1) Véanse los Mártires.

(2) Las turbulencias de la Romelia hacian peligroso por tierra el viage á Constantinopla.

tiempo para pasar á Jerusalen, venció toda consideracion. Los vientos del Norte solian reinar aun seis semanas mas, y si llegaba demasiado tarde á Constantinopla, me esponia á no poder ya salir.

Despedí al genízaro de Mr. Vial, despues de haberle pagado, y de haberle entregado una carta de gracias para su amo. En un viage algo peligroso, jamás nos separamos sin sentimiento de aquellos compañeros con quienes hemos vivido algun tiempo. No dejé de conmoverme, á pesar mio, al ver al genízaro montar solo á caballo, desearme buen viage, y tomar el camino de Eleusis, que era precisamente el contrario del que yo iba á seguir. Seguíle con la vista, y pensando que iba á ver solo los desiertos que habíamos recorrido juntos; y pensaba tambien que, segun todas las apariencias, ni el turco ni yo nos volveríamos á encontrar mas, ni nunca oiríamos hablar uno de otro. Contemplaba el destino de aquel hombre tan diferente del mio, sus penas y sus placeres tan diversos de mis placeres y de mis penas, y esto para llegar los dos á un mismo fin y lugar: él á los cementerios grandes y hermosos de la Grecia, yo á las sendas del mundo ó en el arrabal de alguna ciudad.

Esta separacion se verificó la misma tarde que visité el convento francés, porque el genízaro estaba prevenido para que se dispusiese á volver á Coron. Luego que anocheció, emprendí mi camino para Keratia con José y un ateniense, que iba á Zea á visitar á sus parientes: este jóven griego era nuestro guia; Mr. Fauvel se empeñó en acompañarme hasta la puerta de la ciudad, y allí nos abrazamos, y nos deseamos mútuamente la felicidad de volvernos á ver en el seno de nuestra patria. Asimismo me encargué con placer de entregar una carta suya para monsieur de Choiseul; porque llevar á este viagero noticias de Atenas, equivalia á llevarle nuevas de su pais.

Hice bien en salir de Atenas durante la noche, porque si hubiera sido de dia, no me habria sido posible dejar sus ruinas sin esperimentar un doloroso sentimiento; y como Agar, no veia al menos lo que perdia para siempre. Solté las riendas, y siguiendo al guia y á José, que caminaban delante, me dejé arrebatar de mis reflexiones, y durante todo el camino me preocupó una ilusion bastante estraña. Figurábame que se me habia concedido la soberanía del Atica, y que yo hacia publicar por toda Europa que todos los que se hallaban fatigados por las revoluciones y deseaban la tranquilidad, viniesen á establecerse en las ruinas de Atenas, donde yo les ofrecia paz y seguridad: que abria caminos, edificaba aldeas, y preparaba todo género de comodidades á los viageros: que habia practicado un puerto en la costa de Lepanto para hacer mas breve y mas fácil la travesía desde Otranto á Atenas. Concíbese que yo no descuidaba los monumentos: habia vuelto á levantar las obras clásicas de la ciudadela, siguiendo sus planos con arreglo á sus ruinas; y la ciudad defendida por buenas murallas, se hallaba al abrigo de cualquiera invasion de los turcos. Yo fundaba una universidad, donde los jóvenes de toda Europa concurrian á aprender el griego literal y el griego vulgar; invitaba á los hidriotas á que se estableciesen en el Pireo, y tenia ya marina. Habia hecho plantar pinos en los montes despoblados, y echar puentes en los rios; fomentaba la agricultura, y muchos suizos y alemanes se unian con mis albaneses: haciánse cada dia nuevos descubrimientos, y Atenas salia de su sepulcro. Al llegar á Keratia se disipó aquella ilusion, y me encontré otra vez el mismo pobre diablo que antes era.

Habíamos dado la vuelta al monte Hymetto, pasando al Mediodía del Pentélico; y luego, habiéndonos acercado al mar, nos hallábamos en la cordi-

llera del Laurium, donde los atenienses tenian en otro tiempo sus minas de plata. Esta parte del Atica no ha sido célebre jamás: encuéntranse entre Phalereo y el cabo Sunio muchas aldeas ó caseríos, como Anaphlysto, Azenia, Lampra, y Anagyro, Alimo, Thoræ, Æxone, etc. Las escursiones de Wheler y de Chandler no produjeron resultado alguno en estos lugares abandonados; y el mismo Mr. Lechevalier atravesó este desierto cuando desembarcó en el cabo Sunio para pasar á Atenas. Lo interior del pais es todavía mas desconocido y menos habitado que las costas, por lo que yo no me atreveria á fijar el orígen de la aldea de Keratia (1). Está situada en un valle bastante fértil, entre montes que la ciñen por todas partes, cuyas pendientes se ven cubiertas de savias, romeros y mirtos. El centro del valle está cultivado, y las heredades están divididas, como se usaba en otro tiempo en el Atica, por medio de setos plantados de árboles (2). Abundan en este pais las aves, en particular las abubillas, las palomas torcaces, las perdices y las cornejas. La aldea se compone de unas doce casas bastante aseadas, y separadas unas de otras. Vagan por los montes contiguos ganados de cabras y carneros; y en el valle se ven paciendo vacas, caballos, asnos y cerdos.

El dia 27 nos trasladamos á casa de un albanés, amigo de Mr. Fauvel. Luego que llegué me subí á una eminencia situada al Oriente de la aldea, para ver si descubria el buque austriaco, pero no distinguí mas que el mar y la isla de Zea. Cuando se puso

(1) Meursio, en su tratado de *Populis Atticæ*, habla del barrio ó demos *Keyriadai*, de la tribu Hippothoontide. Spon halla un *Kyriadai*, de la tribu Acamantide; pero no cita inscripcion alguna, y solo se apoya en un pasage de Hesychio.

(2) Como están en Bretaña y en Inglaterra.

el sol, se encendió una hoguera en la cima de una montaña. Un pastor apostado en la costa debia anunciarnos la llegada de las lanchas de Zea luego que las descubriese. Este uso de hacer las señales por medio de hogueras pertenece á la mas remota antigüedad, y facilitó á Homero una de las mas bellas descripciones de la *Iliada*:

«Asi se ve elevarse una columna de humo en lo alto de las torres de una ciudad que tiene sitiada el enemigo, etc.»

Por la mañana volví otra vez con mi escopeta á la montaña de las Señales, y me entretuve cazando; pero al llegar á medio dia recibí el sol en la mano y en la cabeza con tanto ardor y violencia, que no dejó de producir un efecto terrible. El termómetro estuvo constantemente á los 28 grados durante mi permanencia en Atenas (1). El mapa mas antiguo de la Grecia, que es el de Sophian, coloca á Atenas á los 37° 10 á 12′; Vernon pone esta latitud á los 38° 5′; y Mr. de Chambert la ha determinado en fin en los 37° 58′ 1″por el templo de Minerva (2). Por este cálculo podrá fácilmente comprenderse cual será el calor del sol al medio dia en el mes de agosto. Al anochecer, y cuando ya me ví precisado á acostarme sobre una estera envuelto en mi capa, conocí que mi abrasada cabeza comenzaba á desvariar. La habitacion no era muy propia para un enfermo: tendido en el suelo en el único cuarto ó bohardilla de nuestro huésped, tenia la cabeza pegada á la pared. Yo me hallaba acos-

(1) Mr. Fauvel me dijo que el calor llegaba con frecuencia á 32 y 34 grados.

(2) Véase sobre esto una sabia disertacion inserta en las *Memorias de la Academia de Inscripciones*.

tado entre José y el jóven ateniense, y los enseres del menage suspendidos encima de mi cabecera; de modo que la hija de casa, mi huésped y sus criados tropezaban con nuestros pies cada vez que iban á dejar ó sacar alguna cosa.

Si alguna vez he tenido un momento desesperado, fué sin duda aquel en que arrebatado por una violenta calentura, conocí que se trastornaban mis ideas, y que mi imaginacion se estraviaba: mi impaciencia aumentaba el mal. ¡Oh! verme de súbito detenido en mi viage por un accidente tan imprevisto! ¡Haberme sucedido esto en un parage desconocido, y en la choza de un albanés! ¡Si estuviera al menos en Atenas! ¡Si muriera al menos á la vista del Partenon! Pero aun cuando aquella calentura fuera de pocas consecuencias, ¿no me esponia á perder el viage si duraba algunos dias? ¡Los peregrinos habrán partido para Jerusalen; ya ha pasado la estacion favorable! ¿Qué haria yo en el Oriente? ¿Ir por tierra á Jerusalen, ó esperar un año? La Francia, mis amigos, mis proyectos, y la obra que dejaba sin concluir, todo me atomentaba con sus recuerdos. José no cesó en toda la noche de darme grandes jarros de agua, que no bastaban para apagar la sed. El suelo estaba materialmente empapado de mi sudor, y esto me salvó. Tuve momentos de verdadero delirio: cantaba tambien la cancion de Enrique IV; y José desesperado esclamaba al oir mis estravagancias: *¿O Dio, chequesto*? *¡Il signor canta*! *¡Poveretto*!

El dia 28 hácia las nueve de la mañana comenzó á declinar la calentura, despues de diez y siete horas de delirar y padecer. Creo que hubiera sucumbido sin remedio si me ataca otra accesion. En este estado llegó el pastor anunciando que no se descubria lancha alguna procedente de Zea. Hube de resignarme, y haciendo un esfuerzo, escribí cuatro líneas á

Mr. Fauvel, suplicándole me enviase un caique para que me trasportase desde la costa, donde me encontraba, á la isla de Zea. Mientras yo estaba escribiendo, mi huésped me refirió una larga historia, y me rogó le recomendase á Mr. Fauvel; pero mi cabeza estaba tan débil, que apenas podia escribir. Por fin, el jóven griego se llevó mi carta para Atenas, encargándose él mismo de traer una lancha si la podia encontrar.

Lo restante del dia lo pasé acostado en la estera. Todos se habian ido al campo, y aun el mismo José habia salido, quedándose sola conmigo la hija de mi huésped. Era una jóven de diez y siete ó diez y ocho años, bastante graciosa; llevaba los pies descalzos, y brillaba su cabellera con muchas medallas y piececitas de plata. Atenta á sus ocupaciones, apenas fijaba la atencion en mí, como si estuviera enteramente sola. La puerta estaba abierta, penetraban por ella los rayos del sol, y mi cuarto era la única habitacion que tenia luz. Dormíame de cuando en cuando; me volvia á dispertar, y siempre encontraba á la albanesa ocupada en alguna cosa, ó en arreglar su cabello ú otra parte de su tocado, cantando al mismo tiempo en voz baja. Alguna vez le pedia agua: ¡*nero!* Me traia un vaso, y con los brazos cruzados esperaba con paciencia que concluyera de beber, y luego me preguntaba, ¿*kalo*? ¿es bueno? y volvia á continuar sus faenas. A medio dia no se percibia mas ruido que el zumbido de los insectos que penetraban en la cabaña y el canto de algunos gallos. Entonces noté que tenia la cabeza vana y débil, como acontece despues de una larga calentura; mi vista tambien debilitada, veia girar en torno una multitud de estrellas y chispas de luz; mis ideas eran confusas, pero no sombrías.

Así se pasó el dia: por la tarde estaba mucho me-

jor; me levanté un poco, y dormí bien toda la noche siguiente. El dia 29 por la mañana volvió el griego trayendo de parte de Mr. Fauvel una carta, una porcion de quina, vino de Málaga, y ademas buenas noticias. Por una casualidad muy rara se habia encontrado un barco, el cual habia salido ya del Falero, y me esperaba en una pequeña ensenada á tres leguas de Keratia. He olvidado el nombre del cabo donde encontramos el barquichuelo. La carta de Mr. Fauvel era la siguiente.

A MONSIEUR DE CHATEAUBRIAND.

Á LAS FALDAS DEL LAURIUM,

EN KERATIA.

Atenas, 28 de agosto de 1806.

«Mi querido huésped:

«He recibido la carta que me habeis hecho el honor de dirigirme. Con harto sentimiento veo que los vientos alisios que reinan en estas comarcas os han detenido en el Laurium: siento que las señales consabidas no hayan en esta ocasion obtenido una respuesta; y que la calentura y los vientos os hayan molestado tanto á vuestra llegada á Keratia, situada sobre los restos de algunas aldeas, que dejo á vuestra penetracion descubrir. Para aliviar una de vuestras incomodidades, os mando algunas tomas de la mejor quina que conozco; echad una de ellas en un vaso de vino de Málaga, que no es menos conocido, y os sentireis mas aliviado, aplicando este remedio antes de comer. Yo respondo casi desde ahora de vuestra mejoría, si la calentura es efectivamente una

enfermedad; porque la facultad no lo ha decidido todavía. Pero en fin, sea ó no enfermedad, os aconsejo que vayais ya curado á Ceos. He fletado, no un trireme del Pireo, sino un *cuatrireme*, mediante la suma de cuarenta piastras, de las que he adelantado ya cinco y media. Entregareis al capitan sesenta y cinco piastras que os entregará el jóven compatriota de Simonides: éste va á partir despues de la música, de que todavía se acordarán vuestros oidos. Tendré presente á vuestro recomendado, sin embargo de que es muy bruto. No conviene, empero, agriar á nadie, y mucho menos á las muchachas; yo mismo tuve poco que agradecer á ese huésped cuando pasé porahí; pero aseguradle, no obstante, que vuestra recomendacion producirá todo el resultado que se merece. Veo con sentimiento que vuestra calentura ha sido efecto de un esceso de fatiga y de insomnio violento. Si hubierais permanecido tranquilamente aqui mientras los vientos alisios detienen vuestro buque, sabe Dios si hubierais gozado mas en visitar estas ruinas, sin necesidad de ver á Keratia, sus cabras y sus ruinas; y acaso hubirais salido del Pireo con direccion á Ceos, aun á despecho del viento. Os ruego me participeis el estado de vuestra salud, y me hagais el obsequio de que cuando regreseis á Francia, paseis otra vez por Atenas. Venid á consagrar algunas ofrendas á Minerva, para que os conceda un próspero regreso; y creed que no me podeis hacer otro obsequio mayor que el de volver otra vez aqui para embellecer nuestra soledad. Recibid, etc.

«FAUVEL.»

Habia cobrado tal aversion á Keratia, que no veía la hora de salir de allí: tuve algunos momentos de frio y no dejé de temer un nuevo acceso de calentura. En su consecuencia no dudé en triplicar la toma de la

quina; porque he observado siempre que los médicos franceses administran los remedios con demasiada precaucion y timidez. Trajeron luego los caballos y echamos á andar. A la media hora sentia disiparse los síntomas del acceso que me amagaba de nuevo, y se reanimó mi esperanza. Seguíamos el camino al Oeste, por un valle que se estendia entre dos montes áridos y solitarios. Al cabo de una hora de marcha entramos en una vega que parecia mas fértil. Cambiando entonces de direccion, tomamos un camino al Mediodía, atravesando la llanura, llegamos á unos terrenos mas elevados, que sin que yo lo percibiese, formaban los promontorios de la costa; porque despues de haber pasado un desfiladero, descubrimos de pronto el mar y el barco amarrado al pie de una roca. A su vista me creí ya libre del génio maléfico, que sin duda habia querido sepultarme en las ruinas de los atenienses, sin duda por el desprecio con que miro á Pluto.

Entregamos los caballos al guia, y entramos en el barco, que gobernaban tres marineros. Desplegaron la vela, y favorecidos por una brisa de Mediodía, bogamos hácia el cabo Sunio. No recuerdo si nos hicimos á la vela en la bahía, que segun Mr. Fauvel, lleva el nombre de *Anaviso*; pero yo no vi las nueve torres Enneapyrgia, donde descansó Wheler viniendo del cabo Sunio. En este punto, poco mas ó menos, debia encontrarse la Azinia de los antiguos. Hácia las seis de la tarde pasamos por cerca de la isla de los Asnos, en otro tiempo la isla de Patroclo, y al ponerse el sol entramos en el puerto de Sunio, que no es mas que una rada abrigada por la roca que sostiene las ruinas del templo. Saltamos en tierra, yo trepé á lo alto.

No menos sobresalian los griegos en escoger los sitios acomodados para la mejor posicion de sus edifi-

cios que en la arquitectura de estos. En la mayor parte de los promontorios del Peloponeso, del Atica, de la Jonia y de las islas del Archipiélago, se elevaban templos, trofeos ó sepulcros. Estos monumentos, circundados de bosques y rocas, diversamente iluminados por la lúz, ya entre relámpagos y nubes, ya á la suave claridad de la luna, á la caida del sol ó al rayar el alba, debian hermosear de una manera bellísima las costas de la Grecia: la tierra de este modo engalanada debia presentarse á los ojos del marinero como la madre Cibeles, que con la cabeza coronada de torres, y sentada en la playa, mandaba á su hijo Neptuno derramase las olas á sus pies.

El cristianismo, á quien debemos la única arquitectura conforme con nuestras costumbres, nos enseñó tambien á colocar en puntos proporcionados los verdaderos monumentos adecuados á ellas. En la soledad de los bosques, y en la cumbre de las montañas, se ven nuestras antiguas ermitas, nuestras abadías y monasterios; y no tanto se escogieron estos parages por premeditado designio de la arquitectura, cuanto porque un arte, cuando está en relacion con las costumbres de un pueblo, hace naturalmente lo que es mejor. Mas por el contrario, no puedo dejar de observar cuan mal colocados se hallan ciertos monumentos, en que imitamos á los antiguos. ¿Hemos pensado, por ejemplo, alguna vez en decorar la única eminencia que domina á Paris? Sin embargo, en eso solo habia pensado la religion. Los monumentos de los griegos modernos se parecen al idioma corrompido que actualmente se habla en Esparta y en Atenas: en vano se nos dice que aquella es la lengua de Homero y de Platon; porque la confusa mezcla de palabras rústicas y de construccion estraña, nos descubre que ya es una lengua de bárbaros.

Hacia yo estas reflexiones contemplando las ruinas

del templo de Sunio, que es de órden dórico y del buen tiempo de la arquitectura. A lo lejos se descubria el mar del Archipiélago con todas sus islas: el sol que estaba ya en su ocaso doraba las costas de Zea y las catorce columnas de mármol blanco, á cuyo pie estaba yo recostado: las matas de salvia y de enebro exhalaban sus aromas, y apenas llegaba hasta mí el ruido de las olas.

Como habia calmado el viento, nos fué preciso esperar una nueva brisa para partir. Los marineros se metieron en la barca y se durmieron, quedando solos conmigo José y el jóven griego. Despues de haber estado comiendo y charlando un buen rato, se tumbaron en el suelo, y tambien se durmieron. Entonces yo me tapé la cabeza con la capa para guardarme del rocío, y apoyando la espalda en una columna, me quedé solo y dispierto, contemplando el cielo y el mar.

A una tarde deliciosa habia sucedido la mas hermosa noche. El firmamento que se reflejaba en las olas parecia trasladado á lo profundo del mar. La estrella de la noche, mi constante compañera en todo mi viage, iba á ausentarse del horizonte, pues solo se la descubria por sus grandes rayos de luz que de cuando en cuando descendian hasta las olas como una antorcha moribunda. Algunas veces rápidas brisas de viento hacian oscilar en el mar la imágen del cielo, mecian aquellas estrellas efímeras, y sacudian las crestas de las olas que espiraban con débil murmullo entre las arruinadas columnas del templo.

Mas, ¡cuán triste me parecia este cuadro cuando consideraba que lo estaba contemplando entre ruinas! Formaban mi compañía los sepulcros, el silencio, la destruccion, la muerte, ó aquellos marineros griegos que dormian profundamente sobre las ruinas de la Grecia. Iba á dejar para siempre aquella tierra sagrada; y atendiendo á su pasada grandeza y á su abati-

miento actual, no podia apartar la vista de un cuadro de tanta amargura é interes.

No soy yo ciertamente uno de aquellos ciegos admiradores de la antigüedad, á quien un verso de Homero sirve de consuelo en todo. Jamás he podido comprender el sentido de aquellos versos de Lucrecio:

Suave mari magno, turbantibus æquora ventis,
E terra magnum alterius spectare laborem.

Porque lejos de agradarme el contemplar desde la orilla el naufragio de otros, padezco cuando veo padecer á los demas. Las musas no tienen entonces sobre mí otro poder que el que inspira la compasion de la desgracia. ¡No permita Dios que yo renueve hoy aquellas declamaciones que tanto mal han hecho á nuestra patria! Pero si alguna vez, siguiendo la opinion de ciertos hombres, cuyo carácter y talento me son por otra parte muy apreciados, hubiera llegado á pensar que el gobierno absoluto era el mejor de todos los gobiernos, algunos meses de permanencia en Turquía hubieran modificado mi opinion.

Muy felices son los viageros que se contentan con recorrer la Europa civilizada, sin llegar á penetrar en aquellos paises que fueron célebres un tiempo, en los que el corazon se aflige á cada paso, y en los que las ruinas vivas apartan de contínuo la atencion de las ruinas de mármol y de piedra. En vano quiere uno en la Grecia dejarse arrebatar de las mas bellas ilusiones; porque al momento se presenta con todo su aspecto la mas triste realidad. Miserables tugurios de tierra, mas propios para servir de asilo á las bestias que á los hombres; mugeres y niños cubiertos de harapos, que huyen á la vista de un genízaro ó de un estrangero; las mismas cabras que se espantan, y los mastines que se quedan solos acometiendo con furiosos aullidos:

tal es el espectáculo que os aparta de los mas agradables recuerdos.

El Peloponeso es un desierto: desde la guerra de los rusos, el yugo con que los turcos oprimen á los moraitas es mucho mas pesado, y los albaneses degollaron á casi todos sus habitantes. Solo se ven aldeas destruidas por el hierro ó el fuego: en las ciudades como Misitra se hallan arrabales enteros completamente abandonados: á veces he andado quince leguas sin encontrar una sola casa: las mas crueles vejaciones y todo género de malos tratamientos acaban de destruir la agricultura y la vida: lanzar á un aldeano griego de su cabaña, quitarle su muger y sus hijos, matarlos con el menor pretesto, es un juego para el mas miserable agá de la mas pequeña aldea. Llegado el moraïta al último grado de la desgracia, huye de su pais, y va á buscar en el Asia una suerte menos dura. Pero ¡vana esperanza! persíguele hasta allí su fatal estrella, y halla cadíes y bajaes en los arenales del Jordan y en los desiertos de Palmira.

El Atica, aunque menos miserable, sufre la misma esclavitud. Atenas se halla bajo la inmediata proteccion del gefe de los eunucos negros del Serrallo. Su disdar ó comandante hace en el pueblo de Solon las veces del mónstruo que le protege. Este disdar habita en la ciudadela, que está llena de las obras maestras de Phidias y de Ictino, sin preguntar á qué pueblo pertenecen aquellas ruinas, sin dignarse salir del caseron que hizo edificar entre los célebres monumentos de Pericles: solo alguna vez aquel tirano autómata se arrastra hasta la puerta de su caverna, y allí se sienta sobre un tapiz cruzado de piernas; y mientras el humo de su pipa se eleva por entre las columnas del templo de Minerva, él estiende su mirada estúpida por las costas de Salamina y el mar de Epidauro.

Diríase que la misma Grecia ha querido hacer

pública con su luto la desgracia de sus hijos. Por lo general el pais es erial, el terreno desnudo, monotono, salvage, y cubierto únicamente de algunos matorrales amarillentos y marchitos; no se puede decir que hay verdaderos rios, y sí solo torrentes y arroyos que se secan en verano. Casi no se hallan alquerías, ni se ven labradores, ni se encuentran carretas ni yuntas de bueyes. No hay cosa mas triste en verdad, que no poder descubrir jamás el carril de una rueda moderna allí mismo donde hallais, aun hasta en las mismas peñas, la huella de las ruedas antiguas. Algunos aldeanos vestidos con un miserable saco y un casquete encarnado en la cabeza, como los galeotes de Marsella, os saludan al paso con un triste *kali spera* (buenas tardes). En unos malos caballejos ó miserables pollinos, llevan los frutos de sus viñas ó su pobre equipage campestre. Ceñid esta tierra desolada con un mar solitario; colocad en la punta de una roca una garita, una choza ó un monasterio arruinado; elévese en aquella soledad un minareto que indique la esclavitud, que un hato de ovejas ó de cabras vague pastando en un promontorio entre columnas derrumbadas; que con solo ver un turbante turco huyan los pastores, quedándose el camino mas solitario todavía, y tendreis una idea exacta del estado actual de la Grecia.

Se han investigado las causas de la decadencia del imperio romano; y se podrá escribir una obra muy buena sobre las que han apresurado la caida de los griegos. Las causas que arruinaron á Atenas y Esparta fueron las mismas que destruyeron á Roma; pues no cayeron por el peso de su inmensa mole, ni por la magnitud de su imperio. Tampoco se puede decir que las destruyeron sus riquezas, pues al fin ni el oro de los aliados, ni la abundancia que el comercio proporcionó á Atenas, fueron estraordinarios, ni se vieron

entre sus ciudadanos aquellas asombrosas riquezas que manifiestan la corrupcion de los hombres y de las costumbres (1); y la república fué siempre tan pobre, que hubo muchas veces de vivir á espensas de los reyes del Asia, los cuales contribuian tambien á los gastos de sus mas célebres monumentos. Y en cuanto á Esparta, es bien sabido que las riquezas de los persas pervirtieron á algunos sugetos particulares; pero no por esto dejó de ser pobre la república.

A mi parecer la primera causa de la decadencia de los griegos fué la guerra que se hicieron entre sí las dos repúblicas, luego que hubieron vencido á los persas. Atenas, considerada como un estado, dejó de existir desde el momento en que se apoderaron de ella los lacedemonios. Un pueblo conquistado muere en seguida, á pesar de la celebridad de su historia. Los vicios del gobierno ateniense prepararon la victoria de Lacedemonia. Un estado puramente democrático es el peor de todos cuando tiene que luchar con un enemigo poderoso, pues se necesita entonces para salvar la patria, que la voluntad, y por consiguiente el imperio, sean únicos. Lúgubre era por cierto el furor del pueblo ateniense cuando los espartanos lo tenian casi cercado: desterrando y volviendo á llamar á los ciudadanos que podian salvarle, dejándose gobernar por oradores turbulentos, sufrió la suerte que se merecia por sus locuras; y si Atenas no fué destruida hasta sus cimientos, fué por el respeto que los vencedores tuvieron á sus antiguas virtudes.

Del mismo modo que Atenas, la triunfante Lacedemonia debió la primera causa de su ruina á sus propias instituciones. El pudor, que una ley muy estraña habia como despreciado para conservar el pudor

(1) Las grandes riquezas de Atenas, como las de Herodes Atico, solo se verificaron bajo la dominacion romana.

mismo, fué destruido en fin por la misma ley; las mugeres de Esparta que se presentaban medio desnudas á vista de los hombres llegaron á ser las mas infames de la Grecia; y de todas sus leyes contra la naturaleza misma, no les quedaron á los lacedemonios mas que la disolucion y la crueldad. Ciceron que presenció los juegos de los muchachos de Esparta, nos dice que se despedazaban unos á otros con los dientes y las uñas. ¿Y de qué sirvieron leyes tan brutales? ¿conservaron estas, por ventura, la independencia de Esparta? No; porque tampoco era necesario educar á los hombres como se cria á las bestias feroces, para que acabasen por obedecer al tirano Nabis, y ser esclavos de los romanos.

Los mejores principios tienen sus escesos y su lado peligroso: destruyendo Licurgo la ambicion dentro de Lacedemonia, creyó sostener la república, y la perdió. Si los espartanos, despues de la conquista de Atenas, hubiesen reducido la Grecia á provincias lacedemonias, acaso hubieran llegado á ser los señores del mundo; y esta conjetura es tanto mas probable, cuanto que, tal vez sin pretenderlo, y siendo tan débiles, llegaron á conmover en Asia el imperio del gran rey.

Sus victorias continuadas hubieran impedido que al lado mismo de la Grecia se levantase una monarquía poderosa, que devoró luego todas aquellas repúblicas. Reuniendo Lacedemonia todos los pueblos que venció con las armas, habria podido sofocar en su cuna el poder de Filipo: hubieran sido sus súbditos los grandes hombres que eran enemigos suyos; y Alejandro, en lugar de nacer en una monarquía, hubiera salido como César, del seno de una república.

Empero lejos de mostrar este espíritu de grandeza y de conservadora ambicion, los lacedemonios, contentos con haber puesto treinta tiranos en Atenas, se

volvieron inmediatamente á los reducidos límites de su valle, á causa de la inclinacion que sus mismas leyes les inspiraban hácia una vida oscura y pobre. No sucede á una nacion lo mismo que á un hombre particular; la moderacion en la fortuna, y el amor al sosiego que pueden convenir á un ciudadano, en ningun modo aprovechan á un estado. Jamás se debe llevar á efecto una guerra impía; ni comprarse la gloria á costa de una injusticia; pero no saber aprovecharse de las ventajas para honrar, engrandecer y hacer mas fuerte su patria, mas es en un pueblo falta de genio que un sentimiento de virtud.

¿Qué es lo que sucedió, pues, á los espartanos siguiendo este sistema de política? Que la Macedonia no tardó mucho en dominar á la Grecia; que Filipo dictó las leyes al consejo de los Amphyctiones, y concluyó pronto con aquel débil imperio de la Laconia, que no se apoyaba en una verdadera fuerza, sino solo en la fama de sus intrépidos guerreros. Apareció Epaminondas, y vencidos los lacedemonios en Leuctra, se vieron en la necesidad de hacer un estenso discurso para justificarse ante el vencedor, del que oyeron esta sentencia cruel: «¡Pusimos fin á vuestra breve elocuencia!» *Nos brevi eloquentiæ vestæ finem imposuimus*. Entonces, mal su grado, debieron conocer los espartanos la utilidad de haber reunido á su tiempo en un solo cuerpo de estado todas las ciudades griegas, y haber contado á Epaminondas en el número de sus generales y ciudadanos. Conocido una vez el secreto de su debilidad, se perdieron sin remedio; y Philopœmen concluyó lo que Epaminondas habia comenzado.

Aqui se nos presenta un memorable ejemplo de la superioridad que las letras dan á un pueblo sobre otro, en especial cuando ha ostentado virtudes guerreras. Puede decirse que las batallas de Leuctra y de Mantinéa

borraron de la tierra el nombre de Esparta; á la par que Atenas conservó siempre su imperio, á pesar de haber sido tomada por los lacedemonios y destruida por Sila. Visitáronla aquellos mismos romanos que la habian vencido, y que despues se gloriaban de ser tenidos por hijos suyos; pues el uno tomaba el sobrenombre de Atico, y el otro se llamaba discípulo de Platon y Demóstenes. Las musas latinas, Lucrecio, Horacio y Virgilio, cantan de contínuo á la reina de la Grecia: «Concedo á los muertos la salud de los vivos,» dijo César perdonando á Atenas culpable. Adriano quiso añadir al título de emperador el de archonte de Atenas, y adornó con muchas y escelentes obras la patria de Pericles: Constantino el Grande tuvo tanta satisfaccion al ver que los atenienses le habian erigido una estátua, que estuvo muy espléndido con ellos: Juliano, al dejar la Academia, no pudo menos de llorar; y cuando triunfó, creyó deber su victoria á la Minerva de Phidias. Los Crisóstomos, los Basilios y los Cirilos, fueron como Ciceron y Atico, á estudiar la elocuencia en su verdadera fuente; y hasta en la edad media era llamada Atenas la *Escuela de las ciencias y del genio*. Al dispertar la Europa de su barbarie, clama al punto por Atenas «¿Qué se ha hecho?» pregunta por do quiera. Y cuando sabe que todavía existen sus ruinas, todos corren á verlas, como si hubiesen hallado las cenizas de una madre.

¡Qué diferencia de esta fama á la que solo se debe á las armas! Mientras el nombre de Atenas vuela de boca en boca y sin cesar, Esparta yace olvidada: apenas se la ve, imperando Tiberio, sostener y perder un pleito de poca consideracion contra los mesenios, y es menester leer dos veces el pasage en que Tácito habla de ellos, para asegurarse que se trata de la célebre Lacedemonia. Algunos siglos despues vemos á Caracalla rodeado de una guardia lacedemonia,

como un triste honor, que parecia indicar que la raza de Licurgo conservaba su carácter feroz. Por último, en tiempo del Bajo Imperio, Esparta se convierte en un principado ridículo, cuyos soberanos tomaron el título de *Déspotas*, que ha venido á ser el de los tiranos. Algunos piratas que se titulan verdaderos descendientes de los lacedemonios, forman hoy toda la gloria de Esparta.

No he tratado con bastante detenimiento á los griegos modernos, para poder formar una opinion fundada de su carácter. No ignoro que no hay cosa mas fácil que calumniar á los desgraciados, y decir, cuando uno está fuera de todo peligro: «¿Por qué no rompen las cadenas que los oprimen?» Cada uno puede en el rincon de su hogar manifestar estos sublimes sentimientos y ese intrépido valor; y es bien cierto que en este siglo en que todo se cree, menos la existencia de Dios, abundan las opiniones decisivas; pero como la esperiencia desmiente muy á menudo estos juicios tan generales que se forman sobre toda una nacion, me guardaré muy bien de emitir el mio; y solo diré que todavía existen en Grecia muchos hombres de capacidad; y creo mas, que alli están nuestros maestros en todos los géneros; asi como creo que la naturaleza humana conserva en Roma su superioridad, sin que esto sea asegurar que alli se hallen precisamente ahora los hombres de mas elevado carácter.

Pero tambien temo que los griegos no estén aun en disposicion de quebrantar su coyunda. Aun cuando se viesen libres de la tiranía que los oprime, no por eso se les borraria en un instante el sello de su esclavitud; pues hace dos mil años que forman un pueblo abatido y decrépito no habiéndoles sucedido lo que á las demas partes de Europa, á la que en cierto modo los bárbaros rejuvenecieron: la misma nacion que los

conquistó, aumentó su corrupcion. Esta nacion no les llevó las costumbres áridas y sombrías de los pueblos del Norte, sino las voluptuosas y raquíticas de los del Mediodía. Sin hablar del crímen que hubieran cometido abjurando su religion, nada hubieran ganado tampoco sujetándose al Coran. En el libro de Mahoma no hay principio alguno de civilizacion, ni preceptos que puedan ennoblecer el carácter; este libro no predica el odio á la tiranía, ni el amor á la libertad. Siguiendo los griegos el culto de sus amos, hubieran abandonado las ciencias y las artes para hacerse soldados del Hado, y obedecer ciegamente los caprichos de un señor absoluto. Hubieran pasado su vida ó destruyendo el mundo, ó durmiendo sobre una alfombra entre perfumes y mugeres.

La misma imparcialidad que me obliga á hablar de los griegos con el respeto que es debido á la desgracia, me hubiera impedido tratar á los turcos con el rigor que acabo de mostrar, si solo hubiese visto entre ellos los abusos que tan comunes son á los pueblos vencedores; mas por desgracia los soldados republicanos no son unos amos mas justos que los satélites de un déspota; y un procónsul no era menos ávido que un bajá (1). Empero la tiranía de los turcos es dife-

(1) Los romanos, lo mismo que los turcos, hacian con frecuencia esclavos á los vencidos. Y si se me permite decir mi opinion, creo que esto contribuyó á que los grandes hombres de Atenas y de Roma conservasen su superioridad sobre los de los tiempos modernos. Es positivo que el hombre no puede usar de todas las facultades del espíritu, mas que cuando se halla desembarazado de las atenciones materiales de la vida; y solamente se consigue este desembarazo, cuando las artes, los oficios y las ocupaciones domésticas están confiadas á los esclavos. El servicio de un hombre asalariado, que os deja cuando le parece, y cuyos descuidos ó vicios estais obligados á sufrir, no puede compararse con el servicio

rente de todas las demas. Un procónsul podia ser un mónstruo de lujuria, de avaricia y de crueldad; pero todos los procónsules no se complacian por sistema y espíritu de religion en derribar los monumentos de la civilizacion y de las artes, en cortar los árboles, en destruir las cosechas, y aun generaciones enteras de hombres; y esto es lo que todos los dias hacen los turcos. ¿Podrá creerse que existan en el mundo tiranos tan bárbaros y estúpidos, que se opongan á todo progreso en las cosas de primera necesidad? Si se hunde un puente, no lo levantan ya; si un hombre repara su casa, se le castiga. He visto algunos capitanes griegos esponerse á naufragar, por tener rotas las velas, y no atreverse á componerlas temerosos de que se sospechase que eran industriosos ó ricos. En fin, si yo hubiera observado que los turcos eran unos ciudadanos libres y virtuosos en el seno de su patria, aunque nada generosa con las naciones conquistadas; contentándome con llorar en silencio la imperfeccion de la naturaleza humana, hubiera callado, pero hallar al mismo tiempo y en el mismo hombre el tirano de los griegos y el esclavo del gran señor, el verdugo de un pueblo indefenso y la víctima de un bajá que le puede arrebatar sus bienes, meterle en un saco y lanzarlo al mar, es cosa horrible, y cualquier bestia salvage me parece preferible á semejante hombre.

Por todo esto se echa de ver que en el cabo Sunio

de otro de cuya vida y muerte se pueda disponer. Tambien es cierto, ademas, que la costumbre de mandar, da al espíritu cierta elevacion, y á los modales cierta nobleza, que no se aprende jamás en la igualdad social de nuestras ciudades. Mas no echemos tampoco de menos aquella superioridad de los antiguos, porque era preciso adquirirla á espensas de la libertad de la raza humana, y bendigamos por el contrario al cristianismo, que ha conseguido romper los hierros de la esclavitud.

no me dejaba yó llevar de las ideas novelescas, que hubiera podido inspirarme el hermoso cuadro que tenia á la vista. Al despedirme de Grecia, era natural que recordase la historia de aquel pais, procurando descubrir en la antigua prosperidad de Esparta y de Atenas la causa de su desgracia actual, y en su estado presente las semillas de su futuro destino. Las olas del mar que comenzaban á azotar las rocas con violencia, me hicieron ver que se habia levantado el viento, y que era ya tiempo de proseguir nuestra navegacion. Disperté á José y á su compañero, bajamos al barco, y hallamos que los marineros se disponian ya para hacernos á la vela. Tomamos viento, y como la brisa era de tierra, nos llevó rápidamente hácia Zea. A medida que nos alejábamos, nos parecian mas hermosas las columnas de Sunio: descubríaselas distintamente sobre el azul del cielo, por ser muy blancas, y estar la noche muy serena. Aunque nos hallábamos ya muy lejos del cabo, todavía oíamos el ruido de las olas, que se estrellaban contra las rocas, el murmullo del viento entre los árboles, y el importuno chillido de los grillos, únicos habitantes de las ruinas del templo: estas fueron las últimas voces que oí exhaladas en la tierra de la Grecia.

SEGUNDA PARTE.

VIAGE DEL ARCHIPIELAGO, DE LA ANATOLIA Y CONSTANTINOPLA.

Mudé de teatro: las islas por donde iba á pasar eran en la antigüedad como una especie de puente sobre el mar que unia la Grecia del Asia con la verdadera Grecia. Libres ó esclavos, siguiendo la suerte de Esparta ó de Atenas, la de los persas, la de Alejandro y sus sucesores, sucumbieron en fin bajo la coyunda de los romanos. Muy luego formaron parte del Bajo Imperio, del que las fueron conquistando sucesivamente los venecianos, los genoveses, los catalanes y los napolitanos; y tuvieron príncipes particulares, y aun duques que tomaron el título general de duques del Archipiélago. En fin, los sultanes del Asia bajaron hácia el Mediterráneo, y para anunciar á este la suerte que le amagaba, se hicieron traer agua de aquel mar, arena y un remo. Pero las islas fueron conquistadas las últimas, hasta que sufrieron la suerte comun; y la bandera latina, lanzada de peñasco en peñasco, fué arrojada de allí por la media luna, y solo llegó á fijarse en las playas de Corfú.

De esta lucha entre los turcos, griegos y latinos,

resultó el ser muy conocidas en la edad media las islas del Archipiélago, que se hallaban al paso de todas las escuadras que llevaban ejércitos ó peregrinos á Jerusalen, á Constantinopla, á Egipto y á Berbería, y sirvieron de escala á todos aquellos navíos genoveses y venecianos que renovaron el comercio de las Indias por el puerto de Alejandría, y asi leemos en cada página de la *Bizantina* los nombres de Chio, Lesbos y de Rhodas; y mientras se olvidaba á Atenas y Lacedemonia, se sabia la historia del mas pequeño escollo del Archipiélago.

Ademas de esto, son innumerables los viages á estas islas, y los hay hasta del siglo VII: ni hay peregrinacion alguna á la Tierra Santa que no comience por la descripcion de algunas rocas de la Grecia. En el año 1555 Belon publicó en Francia sus *Observaciones de muchas particularidades halladas en Grecia*; el *Viage* de Tournefort es muy popular; la *Descripcion exacta de las islas del Archipiélago*, por el flamenco Dapper, es un trabajo escelente, y todos conocen el *Viage pintoresco* de Mr. de Choiseul.

Nuestra travesía fué feliz. El dia 30 de agosto á las ocho de la maña entramos en el puerto de Zea, que es espacioso, pero triste, porque el terreno que le circuye es muy elevado. Sobre las rocas que forman la orilla se ven algunas capillas arruinadas y los almacenes de la aduana. La aldea de Zea está edificada sobre un monte á una legua del puerto, hácia el lado de Levante, y ocupa el sitio de la antigua Cartea. Al llegar no ví mas que tres ó cuatro falúas griegas, y perdí la esperanza de encontrar mi buque austriaco. Dejé á José en el puerto, y pasé al pueblo con el jóven ateniense. La subida es penosa, y esta primera vista de una isla del Archipiélago no me agradó mucho; pero ya estaba acostumbrado á estos chascos.

Zea, edificada en forma de anfiteatro en la vertien-

le desigual de un monte, es un lugar sucio y feo, pero bastante poblado: los asnos, los cerdos y las gallinas estorban el paso á cada instante; hay tantos gallos y cantan tan á menudo y tan fuerte, que aturden los oidos. Me dirigí á la casa de Mr. Pengali, vice-cónsul francés en Zea, le dije quién era, de dónde venia y adonde queria ir, y le pedí me fletase un barco que me llevase á Chío ó á Esmirna.

Mr. Pengali me recibió con la mayor atencion, y envió á su hijo al puerto, donde se halló un caïque que volvia á Tino, y que debia hacerse á la vela al dia siguiente, por lo que me resolví á aprovechar la ocasion, pues adelantaba algo en mi viage. El vice-cónsul se empeñó en que pasase aquel dia en su compañía. Tenia cuatro hijas, y se estaba ya disponiendo la boda de la mayor, con lo que pasé de las ruinas del templo de Sunio á un festin nupcial. ¡Destino singular el de un viagero! Por la mañana deja llorando á quien le hospedó, y por la tarde llega donde todos le reciben alegres: suele á veces ser depositario de mil secretos. Ibrahim me contó en Esparta todos los accidentes de la enfermedad del turquito; y en Zea supe la historia del yerno de Mr. Pengali. Ni puede haber en verdad cosa mas amable que esta franqueza hospitalaria. ¿No es una felicidad el verse acogido de este modo en los lugares donde esperaba uno encontrar menos recursos? La confianza que inspira el viagero, la franqueza con que le tratan, la satisfaccion que siente y produce á la vez, son por cierto placeres muy dulces. Otra cosa me chocaba mucho mas, y era la sencillez con que me encargaban diversas comisiones para la Francia, para Constantinopla y Egipto. Exigíanme aquellos servicios con la misma franqueza con que me los prestaban; porque mis huéspedes estaban persuadidos de que no los olvidaria, y de que eran ya mis amigos. En obsequio de Mr. Pengali dejé de visitar las ruinas de

Ioulis, y resolví como Ulises tomar parte en los festines de Aristonoo.

Zea, que es la antigua Ceos, fué célebre en la antigüedad por una costumbre que tuvieron tambien los celtas, y que se halla entre los salvages de América, y es que los hombres, cuando llegaban á viejos, se daban á sí mismos la muerte. Aristeo, cuyas abejas cantó Virgilio, ú otro Aristeo, rey de Arcadia, se retiró á Ceos; y este fué el que obtuvo de Júpiter los vientos etesios para templar el ardor de la canícula. El médico Erasistrato y el filósofo Ariston eran de la ciudad de Ioulis, como tambien Simonides y Bacchylides: de este último tenemos unos malos versos en los *Poetæ græci minores*. Simonides fué un gran genio, pero su talento era mas elevado que su corazon. Celebró á Hipparco, que le habia colmado de beneficios, y celebró mucho mas los asesinatos de este príncipe. Sin duda para dar este ejemplo de virtud, conservaron los justos dioses del paganismo á Simonides cuando se desplomó una casa. Preciso es acomodarse al tiempo, dice el sábio: sin duda por esto los ingratos sacuden el peso del reconocimiento, los ambiciosos abandonan al vencido, y los egoistas siguen el partido del vencedor. ¡Estraña filosofía humana, cuyas máximas, siempre inútiles al valor y la virtud, no sirven mas que de pretesto para el vicio, y de subterfugio para las bajezas del corazon!

El comercio de Zea consiste en el dia en las bellotas de una especie de encina llamada velani, que se emplean en los tintes. En Ceos fué donde se inventó la gasa de seda tan estimada de los antiguos (1); y los poetas para ponderar su finura y trasparencia la lla-

(1) Aqui sigo la opinion comun, pero es posible que Plinio y Solino se engañasen, pues segun el texto de Tíbulo, Horacio y otros, esta gasa se hacia en Cos y no en Ceos.

maban *aire tegido*. «Los habitantes de Zea, dice Tournefort, se reunen ordinariamente para hilar la seda, y trabajan alrededor de las azoteas, para dejar caer los husos hasta el piso de la calle, y subirlos luego recogiendo el hilo. En esta faena encontramos al obispo griego: preguntó quienes éramos, y nos hizo saber que eran muy frívolas nuestras ocupaciones si no nos empleábamos mas que en buscar plantas y mármoles antiguos. Y nosotros le contestamos que mucho mas nos edificaria él mismo si en vez del huso hubiéramos encontrado en su mano las obras de San Crisóstomo ó San Basilio.»

Yo continuaba tomando la quina tres veces al dia; y aunque no habia vuelto la calentura, estaba muy débil, y conservaba siempre en una mano y en una megilla la huella del sol. Era, pues, un convidado muy alegre de corazon, pero de muy triste semblante. Holgábame en el festin, por no aparecer un pariente descontento. Mi huésped me daba ejemplo de valor: en aquel momento estaba sufriendo los mas crueles dolores (1), que le arrancaban algunos ayes en medio de los cantos de sus hijas. Todo esto presentaba un conjunto estraño de cosas verdaderamente encontradas. ¡Tanto ruido á la puerta del eterno silencio! ¡Tanta alegría junto al inmenso luto de la Grecia! Solo una cosa me hacia reir, y era figurarme á mis amigos hablando en Francia de mí; les veia seguir mis pasos, ponderar mis fatigas, temer mis peligros, y no les hubiera dejado de sorprender encontrarme de pronto con la cara tostada, asistiendo en una de las Cícladas á una boda de aldea, y aplaudiendo las canciones de las hijas de Pengali que cantaban en griego:

Ah vous dirai-je, maman, etc.

mientras Pengali gritaba de dolor, cantaban los ga-

(1) Mr. Pengali padecia de detencion de orina.

llos, y entre los vapores de aquel festin se borraban enteramente los recuerdos de Ioulis, de Aristeo y de Simónides. Lo mismo me sucedió al desembarcar en Tunez despues de una travesía de cincuenta y ocho dias, que se pasaron en una continua tempestad; pues fuí á hospedarme á casa de Mr. Devoise, precisamente en los dias de carnaval; y en vez de ir á meditar sobre las ruinas de Cartago, me ví precisado á concurrir al baile vestido de turco, y tomar parte en los placeres de muchos oficiales americanos, llenos de alegría y de juventud.

No fué menos chocante el cambio de escena al partir de Zea, que lo habia sido mi desembarco en aquella isla. A las once de la noche hube de separarme de tan alegre sociedad, y bajar al puerto, donde me embarqué, no obstante de hacer muy mal tiempo, y no haber en el caïque mas que tres marineros y dos grumetes. José perdia en el mar todo el valor que desplegaba en tierra: en vano me hizo muchas reflexiones; al fin tuvo que seguirme, y correr mi suerte. Bajábamos con viento largo; y nuestro esquife, balanceado por el peso de su misma vela, presentaba la quilla fuera del agua: las oleadas eran violentas, y las corrientes del Eubeo aumentaban la marejada: el cielo estaba encapotado, y nosotros navegábamos al pálido fulgor de los relámpagos y de las luces fosfóricas de las olas. No trato de dar mérito á mis trabajos, que ciertamente no valen mucho; pero confio, sin embargo, que cuando se considere que me aparté del seno de mi patria y de mis amigos, y sufrí enfermedades y fatigas, atravesé los mares de la Grecia en barcas miserables, y resistí los ataques de los beduinos, todo esto por complacer al público, ofreciéndole una obra menos defectuosa que el *Genio del Cristianismo*, confio, digo, que se hará algun aprecio de mis esfuerzos y de mi voluntad.

A pesar de la fábula del águila y del cuervo, nada me parece mas bello que imitar á un grande hombre; yo me creí ser un César, y asi me decia: *¿Quid times? Cæsarem vehis*; y con esto llegué adonde queria. Tocamos en Tino el dia 31 á las seis de la mañana, y al instante hallamos una falúa hidriota que partia para Esmirna, y que solo debia detenerse algunas horas en Chío. El caïque me pasó abordo de la falúa sin haber saltado siquiera en tierra.

Tino, que en otro tiempo se llamaba Tenos, solo está separada de Andros por un canal estrecho, y es una isla muy elevada sobre una roca de mármol. Los venecianos la poseyeron mucho tiempo, y solo es célebre en la antigüedad por sus serpientes, pues la víbora tomó su nombre de esta isla (1). Mr. de Choiseul ha hecho una brillante descripcion de las mugeres de Tino; y sus vistas del puerto de San Nicolo me han parecido muy exactas.

El mar se habia echado, como dicen los marinos, y se habia despejado el cielo: almorcé sobre cubierta mientras zarpaban, y descubrí á diferentes distancias todas las Ciclades: Sciros, donde pasó Aquiles su niñez; Delos, célebre por el nacimiento de Diana y Apolo, por su palmera y sus fiestas; Naxos, que me recordó á Ariadne, Theseo y Baco, y algunos pasages poéticos de los *Estudios de la naturaleza*. Pero todas estas islas, antes tan risueñas y embellecidas tal vez por la imaginacion de los poetas, no presentan en el dia mas que aridez y soledad. Descúbrense sobre las rocas algunas miserables aldeas, á las que dominan espantosos castillos, ó circuyen dos y aun tres murallas; pues sus habitantes viven en contínuo temor de

(1) Una especie de víbora llamada *tenia*, era originaria de Tenos. La isla se llamó en su origen *Ophisa* é *Hidrusa*, por causa de sus serpientes.

los turcos y de los piratas. Como estas aldeas, á pesar de sus fortificaciones, se van arruinando, escitan al mismo tiempo en el ánimo del viagero la idea de todas las miserias. Rousseau decia que hubiera querido ser desterrado á alguna de las islas del Archipiélago, de lo cual se habria arrepentido muy pronto el elocuente sofista. Lejos de sus admiradores, reducido al trato de algunos griegos toscos y pérfidos, no habria encontrado en aquellos valles abrasados por el sol, ni flores, ni arroyuelos, ni sombras; en torno de él solo hubiera visto bosques de olivos, rocas peladas, alguna alfombra de salvia y musgo; y en vista de esto, dudo que hubiera podido continuar mucho tiempo sus paseos al murmullo del viento y del mar, por una playa árida y desierta.

Aparejamos al Mediodía, y el viento Norte nos echó rápidamente hácia Scio; pero tuvimos que correr algunas bordadas entre la isla y la costa del Asia para ganar el canal. Por todas partes nos veíamos cercados de tierras é islas, las unas redondas y elevadas como Samos, y las otras largas y bajas como los cabos del golfo de Efeso: estas tierras y estas islas aparecian con diferente colorido, segun estaban mas ó menos distantes. Nuestra falúa era muy ligera y elegante, con sola una vela muy grande, cortada como el ala de una ave marina. Este barquichuelo formaba la riqueza de una familia compuesta de padre, madre, un hermano y seis hijos. El padre era el capitan, el hermano el piloto, los hijos los marineros, y la madre hacia de cocinera. No he visto cosa mas alegre, mas aseada y activa que aquella compañía de hermanos. Lavaban, cuidaban y adornaban la falúa como una casita: en la popa tenian una imágen de la Vírgen y un rosario, coronado todo con ramos de oliva. Es muy comun en el Oriente ver una familia llevar de este modo todos sus bienes en una embarcacion, mudar

de climas sin dejar sus hogares, y librarse de la esclavitud, llevando en el mar la vida errante de los escitas.

Durante la noche anclamos en el puerto de Chío, «feliz patria de Homero,» dice Fenelon en las *Aventuras de Aristonoo*, obra maestra de armonía y del buen gusto de la antigüedad. Me habia dormido perfectamente, y José no me dispertó hasta las siete de la mañana. Estaba acostado sobre la cubierta de la falúa, y cuando abrí los ojos me creí trasladado á un pais encantado; pues me hallé en medio de un puerto lleno de buques, á la vista de una hermosa ciudad dominada por montes cubiertos de olivos, palmeras, lentiscos y terebintos. En la orilla, y por los muelles, se veian muchos griegos, turcos y francos, y se oian campanas (1).

Salté en tierra, me informé si habia cónsul de nuestra nacion en la isla, y me dirigieron á un cirujano que hacia sus veces, y vivia en el puerto. Fuí á verle, y me recibió con mucha atencion, disponiendo que su hijo me sirviese de cicerone durante algunas horas, y mientras recorria la ciudad, que se parece mucho á una poblacion veneciana. Baudrand, Ferrari, Tournefort, Dapper, Chandler, Mr. de Choiseul, y otros muchos geógrafos y viageros han hablado de la isla de Chío, y á sus obras remito á mis lectores.

A las diez volví á la falúa y almorcé con la familia, que bailaba y cantaba sobre cubierta, bebiendo vino de Chío, que no era por cierto del tiempo de Anacreonte. Un instrumento poco armonioso animaba la voz y los pasos de mis patrones; este instrumento no ha

(1) Solo los habitantes griegos de la isla de Chio tienen en Turquía el privilegio de tocar las campanas, el cual con otros, lo deben á que cultivan el árbol de la almáciga. Véase la memoria de Mr. Galland, citada por Mr. de Choiseul.

conservado de la lira antigua mas que el nombre, y ha degenerado como sus dueños. Lady Craven ha hecho su descripcion.

El dia 1.º de setiembre á medio dia salimos del puerto: comenzó á soplar una brisa del Norte, que fué arreciando en poco tiempo. Procuramos ganar el paso entre Chío y las islas Spalmodores (1), que cierran el canal, cuando se navega en direccion á Metelin ó Esmirna. Pero no pudimos doblar el cabo Delfino; pasamos al Este, y dimos una bordada hasta el puerto de Tchesmé. De allí, volviendo proa hácia Chío, y remontando luego el monte Minas, conseguimos en fin ganar el cabo de Cara-Bouroun, situado en la entrada del golfo de Esmirna. Nos faltó el viento á las diez de la noche, y la pasamos en calma sobre la costa del Asia.

El dia 2 al rayar el alba nos largamos de tierra á fuerza de remos, á fin de aprovechar la brisa luego que soplase, lo cual se verificó mas pronto de lo que esperábamos. Muy pronto pasamos las islas de Dourlach, y tocamos el castillo que domina lo interior del golfo ó puerto de Esmirna. Entonces ví á lo lejos esta ciudad por entre un bosque de mástiles de los muchos buques que habia anclados. Parecia salir de entre las olas, porque está situada en un terreno bajo y llano, coronada entre Oriente y Mediodía de rocas estériles. José estaba loco de contento, pues Esmirna era para él una segunda patria: casi me afligia la alegría de aquel pobre muchacho, pues me hacia acordar de mi pais, y consideraba tambien que aquel axioma, *ubi bene, ibi patria,* es muy verdadero para la mayor parte de los hombres.

José me iba esplicando cuanto veíamos, á medida que nos acercábamos á tierra. En fin, amainamos ve-

(1) *Olim. Œnussæ.*

las, y dimos fondo sobre seis brazas de agua, fuera de la primera línea de buques. Buscaba por todas partes mi barco de Trieste, y por fin le conocí por su pabellon: habia fondeado en la escala de los Francos, ó puerto de los Europeos. Me embarqué con José en un caïque, y pasé á bordo del buque austriaco. El capitan y su teniente estaban en tierra; pero los marineros me conocieron y recibieron con suma alegría, diciéndome que habian llegado á Ermirna el 18 de agosto: que el capitan habia estado bordeando dos dias por aguardarme entre Zea y el cabo Sunio, hasta que el viento le obligó á seguir su ruta; y por último, añadieron que mi criado, de órden del cónsul de Francia, me habia tomado ya una habitacion.

Mucho gusto tuve en saber que mis antiguos compañeros habian sido tan felices como yo en su viage. Quisieron trasladarme á tierra, y pasando al borde del buque, muy pronto tocamos al muelle. Una multitud de ganapanes se apresuraron á darme la mano para saltar en tierra. Esmirna, donde yo veia muchos sombreros (1), se me presentaba como una ciudad marítima de Italia, en la que hubiese un barrio de orientales. José me condujo á casa del cónsul francés, que lo era Mr. Chauderloz. Con frecuencia he tenido ocasion de celebrar la hospitalidad de nuestros cónsules; y suplico á mis lectores me disimulen esta espansion de mi agradecimiento, porque aunque cansen mis repeticiones, no puedo dejar de ser reconocido. Mr. Chauderloz, hermano de Mr. de la Clos, me recibió con la mayor urbanidad, aunque no me hospedó en su casa, porque se hallaba enfermo á la sazon, y

(1) El turbante y el sombrero forman el principal distintivo de los francos y de los turcos, y segun el modo de hablar de Levante, se cuenta por turbantes y sombreros.

porque Esmirna ofrece por otra parte todas las conveniencias de una gran poblacion de Europa.

Dispusimos al instante todo lo necesario para continuar yo mi viage, pues estaba resuelto á ir por tierra á Constantinopla, y despues de recoger los firmanes, embarcarme con los peregrinos griegos para Siria; bien que no queria ir por el camino recto, sino recorrer la llanura de Troya, pasando por el monte Ida. El sobrino de Mr. Chauderloz, que acababa de llegar de Efeso, me dijo que los desfiladeros del Gárgaro estaban infestados de ladrones, y ocupados por las tropas de los agás, mas temibles aun que los mismos ladrones. Como habia ya formado mi proyecto, enviaron á buscar un guia que debia acompañar á un inglés á los Dardanelos, siguiendo el mismo camino que yo. Este guia convino en acompañarme, y proporcionarme los caballos necesarios mediante una suma muy considerable. Mr. Chauderloz me ofreció un intérprete y un genízaro esperimentado. Entonces eché de ver que debia dejar en el consulado una parte de mis maletas, llevándome únicamente lo mas preciso. Señalóse para la partida el dia 4 de setiembre, esto es, al dia siguiente de mi llegada á Esmirna.

Despues de haber prometido á Mr. Chauderloz que volveria á comer con él, me trasladé á mi habitacion, donde encontré á Julian bien acomodado en un cuarto muy decente y amueblado á la europea. Esta casa de huéspedes, propiedad de una viuda, estaba muy bien situada sobre el puerto: ya no he podido recordar mas su nombre. Créome dispensado de hablar de Esmirna despues de las descripciones que han hecho de ella Tournefort, Chandler, Peyssonel, Dellaway y otros; pero no puedo dejar de citar con placer el siguiente trozo del *Viage* de Mr. de Choiseul.

«Los griegos que salieron de aquel barrio de Efe-

so, llamado *Esmirna*, edificaron algunas cabañas en lo interior del golfo, al que despues se dió el nombre de su primera patria. Alejandro quiso reunirlos en una poblacion, y mandó á Antígono que edificase una ciudad junto al rio Melés, y Lisimaco concluyó la obra.

«Una situacion tan ventajosa como la de Esmirna era digna del fundador de Alejandría, y debia hacer que prosperase la nueva ciudad. Así, pues, habiendo sido contada entre las ciudades de Jonia, y participado de los privilegios de su confederacion, llegó á ser pronto el centro del comercio del Asia Menor: sus riquezas y su lujo atrajeron á ella todas las artes, se decoró con hermosos edificios, y se llenó de un sinnúmero de estrangeros que venian á enriquecerla con las producciones de sus paises, á admirar sus maravillas, cantar con sus poetas é instruirse con sus filósofos. Un dialecto mas suave daba aun mayor realce á aquella elocuencia, que parecia ser un atributo de los griegos. La belleza del clima parece influia en la de las personas que ofrecian á los artistas modelos, con los que daban á conocer á todo el mundo la naturaleza y el arte reunidos en toda su perfeccion.

«Era una de las ciudades que disputaban el honor de ser patria de Homero; y enseñaban á las orillas del Meles el parage en que su madre Critheis le dió á luz, y la gruta donde se retiró para componer sus inmortales versos. Un monumento consagrado á su gloria, y que tenia su nombre, presentaba en medio de la ciudad espaciosos pórticos donde se reunian los ciudadanos: en fin, sus monedas tenian su imágen, como si conociesen por su soberano al genio sublime que los honraba.

«Esmirna conservó los preciosos restos de su prosperidad hasta la época en que el imperio tuvo que luchar con los bárbaros: la tomaron primero los turcos,

luego los griegos, sufriendo siempre muchos saqueos y destruccion. A principios del siglo XIII ya no quedaban mas que ruinas, y la ciudadela que hizo reedificar el emperador Juan Comneno, muerto en el año 1224, esta fortaleza no pudo resistir los esfuerzos de los príncipes turcos, los cuales residieron en ella muchas veces, á pesar de que los caballeros de Rhodas, aprovechándose de una circunstancia favorable, lograron construir en ella un fuerte, en el que pudieron mantenerse; pero Tamerlan tomó despues de catorce dias esta plaza, que hacia siete años estaba bloqueando Bayaceto.

«Esmirna no comenzó á salir de sus ruinas hasta que los turcos se enseñorearon enteramente del imperio; porque entonces su ventajosa situacion la hizo recobrar el esplendor que habia perdido en la guerra, llegando á ser el emporio del comercio de aquellos paises. Seguros ya los habitantes, bajaron de la cumbre de los montes, y edificaron nuevas casas en la orilla del mar: estas obras nuevas se han hecho con los mármoles de todos los monumentos antiguos, de los que apenas queda rastro alguno, pues solo se conoce el parage en que estuvo el estadio y el teatro. En vano se pretenderia reconocer estas ruinas en algunos lienzos de murallas que se descubren entre la fortaleza y el recinto de la ciudad moderna.»

Los terremotos, los incendios y la peste han destruido la Esmirna moderna, como los tártaros destruyeron la antigua. Esta última calamidad dió lugar á un acto de caridad heróica, que merece referirse entre los de los misioneros, y de cuya certeza no se puede dudar, pues hace su relacion un ministro anglicano. El hermano Luis de Pavía, del órden de recoletos, superior y fundador del hospital de San Antonio, en Esmirna, cayó enfermo de la peste, é hizo voto al Señor que si le conservaba la vida, la consagraria com-

pletamente al servicio de los apestados. Curado milagrosamente Fr. Luis, cumplió con exactitud las condiciones de su voto. Son innumerables los apestados á quienes ha curado, y se ha hecho el cálculo de que ha salvado mas de las dos terceras partes de estos infelices (1).

Unicamente me quedaba que ver en Esmirna el Melés, que nadie conoce ya, porque tres ó cuatro ramblas se disputaban el nombre (2). Pero lo que mas me admiró fué el temple suave del aire. El cielo, no tan puro y despejado como el del Atica, tiene aquel tinte que admiran los pintores, y que le forma un vapor sutilísimo, blandamente enrojecido por la luz. Cuando no soplaba el aire de mar, sentia en mí una languidez como si me desmayara, y en ello conocí á la afeminada Jonia. Mi permanencia en Esmirna me obligó á verificar una metamorfósis, y hube de tomar otra vez el aire de la civilizacion para hacer y recibir visitas. Los comerciantes que me hicieron el honor de visitarme eran personas muy ricas, y cuando pasé á devolverles la visita, ví que sus mugeres estaban vestidas con tanta elegancia como si aquella mañana acabasen de recibir las modas de casa Leroy. Situado

(1) Véase á Dellaway. [El remedio que principalmente usaba el hermano Luis era envolver al enfermo en una camisa empapada en aceite.

(2) Chandler hace, sin embargo, una descripcion demasiado poética, aunque se burla de los poetas y de los pintores que trataron de dar agüas al Iliso, y asegura que el Melés corre por detrás del castillo. El mapa de Esmirna de monsieur de Choiseul nota tambien el curso del rio padre de Homero. ¿Y en qué consiste que teniendo yo tanta imaginacion como me suponen, no he podido ver en Grecia lo que han visto otros viageros graves y distinguidos? Profeso un maldito amor á la verdad, y el temor de decir lo que no es, me hace superar toda consideracion.

entre las ruinas de Atenas y las de Jerusalen, este otro París, adonde habia llegado en un bagel griego, y del que iba á salir con una caravana turca, separaba del modo mas original las escenas de mi viage: era una especie de oasis (1) civilizado, una Palmira en medio de los desiertos y de la barbarie. Confieso, sin embargo, que siendo naturalmente huraño, no habia venido á buscar por cierto al Oriente lo que llamamos sociedad, y lo que deseaba era ver los camellos y los camelleros, y oir el grito del cornac.

Tomadas ya todas las disposiciones, partió el guia con los caballos el dia 4 por la mañana, para ir á esperarme en Menemen-Eskelessi, que es un puertecito de la Anatolia. La última visita que hice en Esmirna fué á José: ¡*Quantum mutatus ab illo!* ¿Era aquel mi ilustre dragoman? Lo hallé en una miserable tienda alisando y batiendo una bajilla de estaño, y tenia puesta aquella misma chupa de terciopelo azul que llevaba cuando recorrimos las ruinas de Esparta y de Atenas. Pero ¿de qué le servian aquellas insignias de su pasada gloria, y el haber visto las ciudades y los hombres, *mores hominum et urbes*? Ni siquiera era suyo el martillo con que trabajaba. ¡Allí en un rincon vi al amo, que con adusto ceño hablaba á mi compañero de viage! ¡Y para esto deseaba tanto José llegar á Esmirna! Solo he sentido dos cosas en mi viage, y son el no haber tenido riquezas bastantes para poner una tienda á José, y rescatar en Tunez un cautivo. Me despedí por última vez de mi camarada, el cual lloraba, y yo no dejé de enternecerme. Le escribí mi nombre en un pedacito de papel, en el que envolví algun dinerillo en señal de mi sincero reconocimiento; de modo que el amo de la tienda nada pudo ver de lo que estaba pasando entre nosotros.

(1) Isla cubierta de verdura en medio de los arenales.

Al caer la tarde me despedí del cónsul, y me embarqué en un barquichuelo con Julian, el dragoman, los genízaros y el sobrino de Mr. Chauderloz, que tuvo la atencion de acompañarme hasta la escala, á la que llegamos en poco tiempo. El guia estaba en la orilla: abracé á mi jóven huésped, que volvia á Esmirna; montamos á caballo y partimos.

Ya era media noche cuando llegamos al kan de Menemen. A lo lejos ví una multitud de luces, y eran las de una caravana que acampaba en aquel parage. Habiéndome acercado mas, distinguí claramente multitud de camellos, unos echados, y otros aun en pie, estos cargados, y descargados aquellos. Caballos y asnos que comian cebada en sacos de cuero; algunos turcos que estaban á caballo, y las mugeres cubiertas con sus velos, sin que aun se hubiesen apeado de sus dromedarios. Alrededor de la lumbre, donde los esclavos guisaban el pilau, se veian varios comerciantes turcos sentados sobre alfombras, con las piernas cruzadas: otros viageros estaban fumando en sus largas pipas, ó mascaban ópio, y oian contar algunos cuentos. Otros tostaban el café en grandes cazos: los vivanderos iban de corro en corro vendiendo tortas, frutas y aves: habia tambien varios cantores que divertian á aquella multitud; é igualmente algunos imanes ó santones que hacian abluciones: se prosternaban, se levantaban, ó invocaban al Profeta, en tanto que los camellos dormian descansadamente. Todo el terreno estaba lleno de fardos, de sacos de algodon y de cargas de arroz. Estos objetos que se veian, ya claramente ó muy iluminados por la luz, ya confusos ó perdidos en la oscuridad, segun el color ó las oscilaciones de las llamas de las hogueras, ofrecian una verdadera escena de las *Mil y una Noches*; y solo faltaba el califa Aroun al Raschild, el visir Giaffar, y Mesrour, gefe de los eunucos.

Entonces me acordé por primera vez que pisaba las llanuras del Asia, parte del mundo que todavía no habia visto la huella de mis pies ¡ay! ni las penas que sufro como todos los hombres. Miré con respeto aquella antigua tierra, donde tuvo su cuna la raza humana; donde vinieron los patriarcas; donde estuvieron Tiro y Babilonia; donde el Eterno concitó á Ciro y á Alejandro, y donde Jesucristo cumplió el misterio de nuestra redencion. Presentábase á mi vista un mundo enteramente estraño á mis ideas: iba á encontrar naciones que me eran del todo desconocidas; usos y costumbres diversas; otros animales, otras plantas; nuevo cielo, nueva naturaleza. Pronto iba á pasar el Hermo y el Granico: no estaba lejos de Sardis; me acercaba á Pérgamo y á Troya: la historia me abria otra página de las revoluciones de la especie humana.

Con bastante pena me aparté de la caravana. Despues de dos horas de camino llegamos á las orillas del Hermo, que pasamos en una barca. Aun es el *turbidos Hermus*; pero no sé si sus aguas arrastran todavía pajitas de oro. Vile con placer, porque, hablando con propiedad, era el primer rio algo caudaloso que habia encontrado desde que salí de Italia. Al amanecer entramos en una llanura rodeada de cerros de poca elevacion. El pais presentaba un aspecto del todo diferente del de la Grecia: los algodoneros verdes, las doradas espigas de trigo, la variada corteza de las sandías, adornaban de un modo bellísimo aquellos campos, en los que se veian pastando muchos camellos y búfalos. Dejamos á nuestra espalda á Magnesia y al monte Sipylo; y por consiguiente no estábamos muy distantes de los campos donde Agesilao humilló el orgullo del gran rey, y en los que Escipion ganó á Antioco aquella gran batalla que abrió á los romanos el camino del Asia.

A nuestra izquierda, y á lo lejos, descubrimos las

ruinas de Cymo, y á la derecha teníamos á Neon-Tichos; tuve intencion de apearme y andar á pie por respeto á Homero, que pasó por aquellos mismos parages.

«Algun tiempo despues su pobreza le obligó á ir á Cymo. Habiendo emprendido su viage, pasó por la llanura del Hermo, y llegó á Neon-Tichos, colonia de Cymo, y fundada ocho años despues de esta ciudad. Dícese que hallándose en ella en casa de un armero, recitó unos versos, los primeros que habia hecho, y cuyo sentido es el siguiente: «Oh vosotros, ciudadanos de la amable hija de Cymo, que habitais al pie del monte Sardeno, á cuya cumbre hace sombra un bosque que da grata frescura, y que bebeis el agua del divino Hermo, que dió nacimiento á Júpiter, tened lástima de un pobre estrangero, que no encuentra casa alguna donde hospedarse.

«El Hermo corre por cerca de Neon-Tichos, y el monte Sardeno domina á los dos. El armero se llamaba *Tychio*, y le agradaron tanto los versos, que le hospedó en su casa, ofreciéndole que partiria con él cuanto tuviese, pues le causaba suma compasion el verle ciego y obligado á mendigar su triste alimento. En esto entró en la tienda Melesgíenes, se sentó, y hallándose delante varios ciudadanos de Neon-Tichos les enseñó algunos trozos de sus poesías, que eran la espedicion de Amphiarao contra Tebas, y algunos himnos en honor de los dioses. Todos manifestaron su parecer, y tambien lo dió Melesgíenes, lo cual causó mucha admiracion á los concurrentes.

«Mientras estuvo en Neon-Tichos ganó de comer recitando versos, y en mi tiempo se enseñaba aun el parage donde se sentaba para recitarlos. Venérase mucho este sitio, que se halla á la sombra de un álamo que comenzaba á crecer cuando llegó Homero (1).»

(1) *Vida de Homero*, traducida por Mr. Larcher.

Habiéndose Homero hospedado en casa de un armero de Neon-Tichos, no podia yo avergonzarme de haber tenido por intérprete á un estañero de Esmirna; y ¡ojalá fuera completa en todas sus partes la semejanza, aunque hubiese de adquirir el talento de Homero á costa de todas las desgracias que oprimieron á aquel poeta!

Despues de haber caminado algunas horas, pasamos una de las vertientes del monte Sardeno, y llegamos á las orillas del Pythico. Descansamos allí un poco para dejar pasar una caravana que vadeaba el rio. Los camellos atados unos á otros por la cola, entraban con repugnancia en el agua, alargando el cuello, y guiados por un asno que iba delante. Los mercaderes y los caballos estaban parados enfrente de nosotros al otro lado del rio, donde se veia tambien, aunque separada de la gente, una muger turca, que se tapaba el rostro con el velo. Nosotros fuimos los últimos en pasar el rio por bajo de un mezquino puente de piedra, y á las once llegamos á un kan, en el que paramos para que descansasen los caballos.

Á las cinco volvimos á emprender nuestra marcha. El terreno era elevado y bien cultivado. Á la izquierda veíamos el mar. Por primera vez noté las tiendas de campaña de los turcomanos, hechas con pieles negras de carneros, lo que me recordó á los hebreos y los pastores árabes. Bajamos á la llanura de Myrina, que se estiende hasta el golfo de Elea. Sobre una de las crestas del monte que acabábamos de pasar, se eleva el castillo de *Guzel-Hissar*. Á las diez de la noche acampamos en la llanura. Estendieron sobre el suelo una manta que habia comprado en Esmirna; me eché encima, y me quedé dormido. Habiéndome despertado algunas horas despues, vi resplandecer las estrellas sobre mi cabeza, y oí á lo lejos los gritos del camellero que guiaba una caravana. Antes de amane-

cer el dia 5 estábamos ya á caballo, siguiendo el camino por una vega cultivada: pasamos el Caico á una legua de Pérgamo, y á las nueve de la mañana entramos en esta ciudad, que se halla situada al pie de un monte. Mientras el guia conducia los caballos á un kan, yo fuí á ver las ruinas de la ciudadela, y hallé los restos de tres cercos de murallas, de un teatro, y de un templo (que tal vez seria el de Minerva la Vencedora). Tambien reparé en algunos trozos de hermosa escultura, entre otros un friso adornado con guirnaldas, sostenidas en cabezas de toros y en águilas. Estando allí, veia á Pérgamo á mis pies en direccion del Mediodía, semejante á un campamento de barracas rojizas. Hácia el Poniente se estendia una vasta llanura, que terminaba en el mar: al Oriente se descubria otra cercada á lo lejos por varios montes: al Mediodía y al pie de la ciudad se veian en primer término diversos cementerios plantados de cipreses, y luego una gran faja de tierra sembrada de cebada y algodon; en seguida dos grandes *túmulus*, despues una hilera de árboles, terminando el horizonte una larga y elevada colina. Tambien descubrí al Nord-este algunas de las revueltas del Selino y del Cecio, y al Este el anfiteatro en lo profundo del un valle. Bajando de la ciudadela ví en la ciudad las ruinas de un acueducto y del *Liceo*. Los sábios del pais pretenden que la famosa biblioteca se hallaba en este monumento.

Pero esta descripcion es la mas inútil que puede hacerse, pues Mr. de Choiseul ha publicado hace seis meses la continuacion de su *viage*. Y en este tomo, en que se reconocen los progresos del genio, que el trabajo, el tiempo y la desgracia han perfeccionado, ha dado noticias mas curiosas y exactas sobre los monumentos de Pérgamo y la historia de sus príncipes. Solo añadiré una reflexion, y es que el nombre de Atalo, tan grato á las artes y á la literatura, parece ha-

ber sido fatal á los reyes; pues Attalo, tercero de este nombre, murió casi loco, dejando por herederos de sus bienes á los romanos: *Populus romanus, bonorum meorum hœres esto*; y esto sirvió de pretesto á aquellos republicanos que miraban á los pueblos como muebles para apoderarse del reino de Attalo. Tambien hubo otro Attalo, que sirvió de juguete á Alarico, y cuyo nombre vino á ser como sinónimo de una vana sombra de rey. Cuando no se sabe llevar la púrpura, es preciso renunciar á ella; mas vale en ese caso vestir un saco de piel de cabra.

A las siete de la tarde salimos de Pérgamo, y caminando hácia el Norte, paramos á las once de la noche, para dormir á campo raso en medio de una llanura. El dia 6 á las cuatro de la mañana seguimos nuestro camino, y continuamos por la llanura, que fuera de los árboles se parece á la Lombardía, y me acometió un sueño tan fuerte, que no pudiéndolo vencer, caí del caballo y me hice una ligera contusion. Cerca de las siete llegamos á un terreno desigual formado por algunos montecillos, y bajamos á una hermosa vega plantada de moreras, de olivos, álamos y pinos. Por lo general toda aquella parte del Asia me pareció muy superior á la de Grecia. Llegamos á buena hora á Somma, pésima poblacion turca, donde pasamos el dia.

Yo no comprendia el viage que hacíamos. Noté que no seguia las huellas de los demas viageros, los cuales, dirigiéndose á Bursa, ó volviendo de esta ciudad, declinan mas al Este por el camino de Constantinopla. Por otra parte, parecíame que para llegar al otro lado del monte Ida, debíamos haber pasado de Pérgamo á Adramytti, desde cuyo punto, rodeando la costa ó atravesando el Gárgaro, hubiéramos bajado á la llanura de Troya. En lugar, pues, de seguir este camino, habíamos marchado sobre una línea que se estendia precisamente entre el camino de los Darda-

nelos y el de Constantinopla. Entonces comencé á temer alguna felonía de parte del guia, á quien observé conferenciar frecuentemente con el genízaro. Envié á Julian á buscar al dragoman, y le pregunté el motivo de encontrarnos en Somma. A esta pregunta no sabia qué responder el dragoman; y únicamente contestó que íbamos á Kircagach, porque era imposible atravesar la montaña, donde infaliblemente seríamos asesinados; que nosotros no éramos bastantes para aventurarnos en aquella travesía, y en fin, que creia mas oportuno volver á buscar el camino de Constantinopla.

No dejó de irritarme esta contestacion, y conocí claramente que el dragoman y el genízaro, fuera por miedo, fuera por otros motivos, se habian puesto de acuerdo para desviarme de mi camino. Llamé al guia, y le eché en cara su mala fé, y díjele que supuesto que conocia la dificultad de seguir el camino de Troya, debia haberlo manifestado en Esmirna; que era un haragan, y que yo no abandonaria tan fácilmente mis proyectos por su miedo ó por sus caprichos, que nuestro trato era que me guiase á los Dardanelos, y que estaba resuelto á ir á los Dardanelos.

Al oir estas espresiones, que el dragoman traducia fielmente, el guia se enfureció y esclamó: ¡Allah! ¡Allah! y tirábase rabioso de la barba, y manifestó que por mas que yo hablara ó dijera, me llevaria á Kircagach, y me presentaria al agá, para que se supiese quien tenia mas razon, si un turco ó un cristiano. Creo que si Julian no está delante, doy de palos á aquel bribon.

Siendo Kircagach una ciudad rica y grande, á tres leguas de Somma, esperaba encontrar algun agente francés para que hiciera entrar en razon á aquel turco. El dia 7 á las cuatro de la mañana ya tenia á caballo toda la gente, segun la órden que yo habia dado

de antemano. En menos de tres horas llegamos á Kircagach, y nos apeamos á la puerta de un kan de buena fachada. El dragoman se informó al momento de si habia allí cónsul francés, y le indicaron la habitacion de un cirujano italiano: dirigíme al momento á ver al pretendido vice-cónsul, y le espliqué mi objeto. Inmediatamente se fué este á ver al comandante, el cual mandó sobre la marcha que se le presentase el guia. Yo pasé tambien al tribunal de su excelencia, precedido del dragoman y del genízaro. El agá estaba medio acostado en un ángulo del sofá, en lo interior de una sala bien amueblada, cuyo piso estaba cubierto con un tapiz. Era un joven de una familia de visires. Tenia sus armas colgadas en la pared, encima de la cabeza, y junto á él estaba sentado uno de sus oficiales; fumaba con aire desdeñoso en una pipa persa, y reia de cuando en cuando con estrepitosas carcajadas mientras nos estaba observando. No me gústó mucho este recibimiento. Segun costumbre, el guia, el genízaro y el dragoman dejaron á la puerta sus chinelas; y luego que hubieron besado la orla del vestido del agá, volvieron á sentarse á la puerta.

Por mi parte no presentaba el negocio un semblante tan pacífico; hallábame completamente armado y con botas y espuelas, y tenia ademas el látigo en la mano. Los esclavos quisieron que me quitase las botas, y dejase el látigo y las armas ; pero yo contesté por conducto del dragoman, que un francés observaba en todas partes los usos de su pais, y entré precipitadamente en la sala. Un spahi me cogió entonces del brazo izquierdo, y me tiró con violencia hácia atrás; mas apenas habia cometido este desman, le sacudí la cara con mi látigo, y le obligué á soltarme. Echó mano á las pistolas que llevaba en el cinto; pero yo sin hacer caso de su amenaza, fuí á sentarme al lado del agá, cuya sorpresa me escitaba la risa. Habléle en

francés, y me quejé de la insolencia de sus criados; díjele que por su respeto no habia muerto al genízaro, y que debia saber que los franceses eran los primeros y los mas fieles aliados del gran señor; que la gloria de sus armas era bastante conocida en el Oriente para que se respetasen sus sombreros, lo mismo que ellos honraban los turbantes sin temerlos; que yo habia tomado el café con muchos bajaes que me habian tratado como á un hijo; y que no habia ido á Kircagach para recibir lecciones de un esclavo, y que éste se atreviera á tocar el pelo de mi ropa.

Sorprendido el agá me oyó como si me entendiera, y el dragoman le interpretó mi discurso. Contestóme que jamás habia visto franceses; que él me habia tomado por un franco, y que positivamente iba á hacerme justicia; y últimamente mandó que me trajesen café.

No dejaba de ser muy chocante la sorpresa estúpida y la figura ridícula de los esclavos que me observaban sentado con mis botas llenas de polvo sobre el divan y junto á su señor. Restablecida la calma, le espuse mi solicitud y el objeto de mi visita. Oidas las partes, el agá pronunció un fallo, que ciertamente no esperaba yo, pues condenó al guia á que me devolviera una parte del dinero que yo le habia adelantado; mas éste replicó, que estando los caballos fatigados, no podian cinco hombres aventurarse á atravesar los montes, y que en su consecuencia era de opinion, que yo debia tomar tranquilamente el camino de Constantinopla.

Habia ciertamente en aquella sentencia una de buen sentido muy notable entre los turcos, sobre todo si se consideraba la juventud y la poca esperiencia del agá. Yo hice presente á su excelencia que su fallo, á pesar de la justicia que por otra parte podia presentar, no dejaba de ser defectuoso por dos razones: la primera, porque cinco hombres bien armados

podian pasar por cualquier parte; y segunda, porque el guia debia haber espuesto estas observaciones antes de salir de Esmirna, y no comprometerse en una cosa que no cumplia por falta de valor. El agá convino en que mi última observacion era muy fundada; pero que estando fatigados los caballos é imposibilitados de hacer una larga marcha, la *fatalidad* me obligaba á seguir otro camino.

Era inútil oponerse á la fatalidad; pues todos se conjuraban contra mí, el juez, el dragoman y mi genízaro. El guia opuso algunas dificultades para devolver el dinero; pero se le hizo saber que le aguardaban cien palos á la puerta, si no restituia una parte de la suma recibida.

Con mucho sentimiento la sacó de una bolsita de cuero, y se acercó para entregármela; yo la tomé, y en seguida se la volví á dar, echándole en cara su mala fé y su deslealtad. El interes es el vicio dominante de los musulmanes; y es, sin embargo, la liberalidad la virtud que mas aprecian. Parecióles, pues, sublime mi accion; y solo oia yo repetir: ¡Allah! ¡Allah! En seguida me despedí, acompañándome los esclavos y el mismo spahi á quien yo habia sacudido; y esperaban sin duda lo que llaman ellos el *regalo*. Dí dos monedas de oro al musulman azotado; y creo que á este precio no hubiera él puesto las dificultades que opuso Sancho para desencantar á Dulcinea. En cuanto á los demas, se les hizo saber que un francés ni hacia ni recibia presentes.

Estas fueron las incomodidades que me costaba el ir á buscar á Ilion y la gloria de Homero. Discurria, para consolarme, que precisamente deberia pasar por delante de Troya, embarcándome en compañía de los peregrinos, y que podria persuadir al capitan me dejase saltar en tierra. Pero desde luego mi pensamiento dominante fué el de continuar mi camino.

Volví á visitar al cirujano, el cual se abstuvo de tomar parte en el negocio del guia, fuera porque no tenia título alguno para hacerse valer, fuera porque tuviese miedo al comandante. Fuimos á dar juntos un paseo por la ciudad, que me pareció muy poblada. Entonces ví lo que no habia notado en otras partes, y eran jóvenes griegas sin velo, vivas, risueñas, hermosas, é hijas en un todo de la Jonia. Es muy estraño que siendo Kircagach tan conocida en todo Levante por su escelente algodon, no se halla en la relacion de ningun viagero ni en mapa alguno (1). Es una de las ciudades que los turcos llaman sagradas, porque pertenece á la mezquita mayor de Constantinopla, y los bajaes no pueden entrar en ella. Aqui debo recordar que ya hice mencion de su rica miel, hablando de la del monte Hymetto.

A las tres de la tarde salimos de Kircagach y tomamos el camino de Constantinopla. Nos dirigimos al Norte, atravesando unas tierras plantadas de algodones. Subimos un montecillo, y bajando luego á una llanura, hicimos alto á las cinco para hacer noche en el kan de Kelembé. Probablemente será este el mismo lugar que Spon llama *Basculembei*, Tournefort *Baskelambai*, y Thevenot *Dgelembé*. Muy oscura es entre los viageros esta geografía turca; porque cada uno ha seguido la ortografía segun le ha dictado su oido, y se

(1) El único que la nombra es Mr. de Choiseul. Tournefort habla de una montaña llamada Kircagan. Pablo Lucas, Pococke, Chandler, Spon, Smith y Dallaway nada dicen de Kircagach. D'Anville guarda el mismo silencio; lo mismo se observa en las memorias de Peyssonel. Si se encuentra en la relacion de alguno de los innumerables viages al Asia, es de un modo muy oscuro, y que se ha borrado enteramente de mi memoria. (*Nota de las dos primeras ediciones*).

Segun dicen, se encuentra Kircagach en un mapa de Arrousmith.

necesita mucho trabajo para reconocer los nombres antiguos en los nombres modernos de la Anatolia. D'Anville no es tampoco completo en esta parte, y desgraciadamente el mapa de la Propóntide, levantado por órden de Mr. Choiseul, no hace mas que delinear las costas del mar de Mármara.

Fuí á dar un paseo por las cercanías de la aldea, y observé un cielo nebuloso, y el aire tan frio como en Francia. Esta era la primera vez que yo echaba de ver un cielo como este en el Oriente. Tal es la influencia de la patria, que sentia un placer secreto en contemplar un cielo triste y oscuro, en vez de aquella esfera brillante y pura que habia tenido tan largo tiempo sobre mi cabeza.

Si, dans sa course déplorée,
Il succombe au dernier sommeil,
Sans revoir la douce contrée
Où brilla son premier soleil;
La son dernier soupir s'adresse
Veut que ses os soient remenés:
D'une région étrangére
La terre seroit moins légere
A ses mânes abandonnes!

El dia 8 al amanecer volvimos á emprender el camino por un terreno montuoso, que deberia estar cubierto de encinas, de pinos, de filireas y de terebintos, si los turcos los dejasen crecer; pero queman los retoños y arrancan los árboles, siendo un verdadero azote de los pueblos que dominan (1). Las aldeas que se encuentran en estas montañas son pobres, pero abun-

(1) Tournefort dice que queman los árboles para aumentar los pastos; pero en esto, como en todo, proceden neciamente los turcos, pues en Turquía falta la leña y sobran los pastos.

dan en muchas especies de ganados, y se ven los corrales llenos de bueyes, búfalos, carneros, cabras, caballos, asnos y mulas, mezclados con las gallinas, pavos, patos y gamos. Algunas aves silvestres, como las cigüeñas y las alondras, viven familiarmente con aquellos animales domésticos; y entre tantos huéspedes mansos, sobresale el camello, que es el mas manso de todos.

Fuimos á comer á Geujouck, y continuando despues nuestro camino, tomamos el café en lo alto de la montaña de Zebec, y pasamos la noche en Chia-Ouse. Tournefort y Spon mencionan en este camino un lugar llamado *Courougonlgi*.

El dia 9 pasamos por unos montes aun mas encumbrados que los del anterior, y los que, segun Wheler, forman la cordillera del monte Timno. Fuimos á comer á Manda-Fora, que Spon y Tournefort escriben Mandagoia, donde se ven algunas columnas antiguas. Generalmente se suele dormir allí; pero nosotros pasamos adelante, y llegamos á las nueve de la noche al café de Emir-Capi, que no es otra cosa que una casa aislada en medio de los bosques. Habíamos hecho una marcha de trece horas: el dueño de aquel establecimiento acababa de espirar; yacia tendido sobre su estera, la que quitaron al momento para dármela: estaba todavía caliente, y todos los amigos del muerto habian dejado ya la casa. Uno como criado, que era el único á quien encontré, me aseguró que su amo no habia muerto de enfermedad contagiosa; yo hice tender mi manta sobre la estera, me acosté y me dormí. Otros dormirán á su vez en mi última cama, y no pensarán mas en mí, asi como yo no pensaba en el turco que me habia cedido su lugar: «Echan un poco de tierra sobre la cabeza, y adios para siempre (1).»

(1) Pascal.

El dia 10, despues de haber andado seis horas, nos detuvimos á tomar el desayuno en la hermosa aldea de Souseverlé. Esta es sin duda el Sousurluck de Thevenot, y mas positivamente el Sousighirli de Spon, y el Sousonghirli de Tournefort, esto es, las Bocas de Agua. Está situada al otro lado de los montes que acabábamos de pasar. A quinientos pasos de esta aldea correr un rio, y despues se forma una espaciosa y agradable llanura. Este rio, que da nombre á la aldea, no es mas que el Granico, y esta desconocida llanura la de Misia (1).

¿Cuál es, pues, el admirable poder de la gloria? Un viagero va á pasar un rio que nada tiene de notable, le dicen que se llama *Sousonghirli*, y sigue su camino; pero si alguno le dice: ¡ese es el Granico! vuelve atrás, fija sus miradas atónitas en él, como si aquellas aguas tuvieran un mágico poder, ó como si oyese en su orilla alguna voz estraordinaria. ¡Y un solo hombre hace tan famoso un riachuelo tan pequeño que se desliza por un desierto! Aqui se hunde un imperio inmenso; aqui se alza otro imperio mayor aun: el Océano Indico escucha la caida fragosa del trono que se derrumba cerca de los mares de la Propóntide: el Ganges vió volar el leopardo de las cuatro alas (2), que triunfa en las orillas del Granico; Babilonia, que el rey habia edificado en el apogeo de su poder (3), abre

(1) No sé en qué memoria ó en qué viagero ha encontrado D'Anville el nombre de *Ousvola* dado al Granico. El modo con que, merced á mi oido, pude yo pronunciar Souseverlé, se acerca mas al nombre escrito por D'Anville que Sousonghirlo ó Sousurluck.

(*Nota de las dos primeras ediciones.*)

Spon y Tournefort reconocen al Granico en el Sousonghirli.

(2) Daniel.

(3) Idem.

sus puertas para recibir al nuevo señor; Tiro, reina de las naves, cae (1), y su rival sale de los arenales de Alejandría.

Grandes crímenes cometió Alejandro porque se engrió con sus victorias; pero ¡con cuánta magnanimidad compensó los errores de su vida! Sus crímenes fueron espiados por su llanto, porque todo en Alejandro salia del corazon: acabó y comenzó su carrera por dos palabras sublimes. Al partir para hacer la guerra á Dario, distribuyó sus estados entre los generales de su ejército: «¿Qué es, pues, lo que te reservas?» esclamaron estos sorprendidos.—¡La esperanza!—¡A quién dejas el imperio? Le preguntaron los mismos generales cuando espiraba.—Al mas digno.—Coloquemos ahora entre estas dos palabras la conquista de todo lo conocido del orbe concluida en menos de diez años con solos treinta y cinco mil hombres, y convendremos en que si algun hombre ha merecido entre los hombres ser respetado como un dios, es Alejandro. Su muerte prematura aumentó aun el esplendor de su memoria; porque siempre le vemos jóven, hermoso y vencedor, sin ninguno de aquellos achaques corporales, sin ninguno de aquellos reveses de la fortuna que producen el tiempo y la edad. Desaparece esta especie de divinidad, y los mortales no pueden sostener el peso de su obra. «Su imperio, dice el profeta Daniel, fué dado á los cuatro vientos del cielo (2).» Nos detuvimos tres horas en Sousonghirli, y las pasé contemplando el Granico. Este rio corre muy encajonado; su orilla occidental es difícil y escarpada, y el agua brillante y límpida se desliza por un fondo de arena. En el parage donde yo le ví no tiene el cauce mas de cuarenta pies de ancho, y cerca de tres y medio de pro-

(1) Isaías.
(2) Véase la nota B al fin del tomo.

fundidad; pero engrosada en la primavera su corriente, es impetuosa.

A las dos de la tarde salimos de Sousonghirli, pasamos el Granico, y entramos en la llanura de Mikalitza, que estaba comprendida en la Misia de los antiguos. Fuimos á dormir á Tehutitsi, que es sin duda el Squeticui de Tournefort. El kan se hallaba lleno de viageros, y nosotros nos acampamos bajo unos corpulentos sauces plantados con simetría.

El dia 11, antes de amanecer, pasamos cerca de Bursa, que dejamos á la derecha, prosiguiendo el camino por una llanura cubierta de juncos terrestres, donde noté los restos de un acueducto.

A las nueve de la mañana llegamos á Mikalitza, que es una ciudad muy populosa de los turcos; pero triste y medio arruinada, situada junto á un rio, á quien da su nombre. No sé si este rio es el que nace del lago Abouilla; pero sea como quiera, se descubre á lo lejos un lago que ocupa una parte de la llanura. En este caso el rio de Mikalitza seria el Rhyndaco, antes el Lyco, que nace del Stagnum Artynia; con tanta mayor razon, cuanto que tiene precisamente en su embocadura la isleta (Besbicos), indicada por los antiguos. La ciudad de Mikalitza dista poco del Lopodion de Nicetas, que es el mismo Loupadi de Spon, y el Lopadi, Loubat y Ouloubat de Tournefort. Esta confusion de la nomenclatura de los lugares es muy fatigosa para los viageros; y si en esta parte he cometido algunos errores, suplico al lector recuerde tambien que no han dejado de equivocarse igualmente otros hombres mas eruditos y hábiles que yo (1).

(1) Quizá, mientras yo hago estos cálculos, existirá alguna geografía ó alguna obra donde se pondrán mas en claro estas dificultades. Mas esto no probaría que yo haya despreciado lo que debia saber. Sin duda que debo conocer los au-

Salimos de Mikalitza á medio día, y siguiendo la orilla oriental del rio, llegamos á un terreno bastante elevado, que va formando ya la costa del mar de Mármara, llamada antiguamente la Propontide. A mi derecha descubrí grandes y hermosas vegas, un ancho lago, y á lo lejos la cordillera del Olimpo, cuyo conjunto presenta un magnífico paisage. A la media hora pasamos un puente de madera, y habiendo salido del desfiladero, llegamos al puerto de Mikalitza. Despedí al bribon del guia, y me embarqué en un barquichuelo turco que iba á hacerse á la vela para Constantinopla.

A las cuatro de la tarde comenzámos á bajar el rio, por el que se navega diez y seis leguas hasta el mar. Hácia la desembocadura tiene este rio la estension del Sena, y corre por entre hermosos y fértiles montecillos. La forma antigua de nuestro barco, el trage oriental de los pasageros, los cinco marineros medio desnudos, la hermosura del rio y sus solitarias orillas, hacian muy agradable y pintoresca esta navegacion.

A medida que nos acercábamos al mar, la parte del rio que dejábamos á nuestra espalda formaba á la vista un largo canal, en cuyo fondo se reflejaban las colinas de donde habíamos bajado, iluminadas por los rayos del sol que acababa de ponerse. Delante de nosotros iban navegando los cisnes, y las garzas volaban hácia tierra para buscar sus acostumbradas guaridas. Este paisage me recordó los rios de América

tores clásicos; pero ¿cómo se me puede exigir que lea las novedades que todos los dias se dan á luz en Europa? Por desgracia he leido demasiado. Pero no puedo dejar de recomendar entre las obras modernas el *Compendio de la geografía universal* de Mr. Malte-Brun; obra escelente por su inmensa erudicion, por su crítica concienzuda, por sus nuevos descubrimientos, y por su estilo ingenioso y siempre acomodado á los objetos de que habla.

cuando por la noche salia de mi canoa para encender lumbre en una ribera desconocida. De pronto se ensancharon las colinas y nos dejaron ver el mar. Al pie de dos promontorios habia una tierra baja, medio inundada por las avenidas del rio: alli fondeamos junto á un terreno pantanoso, cerca de una cabaña, último kan de la Anatolia.

El 12 á las cuatro de la mañana levamos anclas; el viento era favorable, y en menos de media hora nos hallamos en la boca del rio, disfrutando de una vista que merece describirse. A nuestra derecha, y por encima de las tierras del continente, comenzaba á aparecer la aurora; á la izquierda se estendia el mar de Mármara; la proa de nuestro buque miraba á una isla; hácia el Oriente brillaba el cielo con un color de nacar encendido, que se amortiguaba á medida que iba aclarando; el lucero de la mañana fulguraba con una luz de púrpura, y debajo de esta espléndida estrella se veia apenas como una línea sutil el disco de la luna: un antiguo poeta hubiera dicho que Venus, Diana y la Aurora venian á anunciarle la llegada del mas brillante de los dioses. Este cuadro cambiaba á medida que yo le iba contemplando: prontamente innumerables rayos de color de rosa y verdes, lanzándose de un foco comun, se elevaron desde el Poniente al cenit: disipáronse estos colores, se reanimaron á su vez, y volvieron á desaparecer, hasta que levantándose el sol sobre el horizonte, confundió todos los colores del cielo en una general blancura ligeramente dorada.

Dirigimos nuestro rumbo al Norte, dejando á la derecha las costas de la Anatolia: se echó el viento una hora despues de salir el sol, y tuvimos que valernos del remo, porque duró la calma todo el dia. Al ponerse el sol apareció el cielo muy encarnado, y sin ráfaga alguna, sintiéndose algun frio: á la parte de Levante tenia el horizonte como un color ceniciento,

y el del mar era aplomado, y no se veia ave alguna: las apartadas costas parecian azuladas, pero no resplandecientes. Duró poco el crepúsculo, y de súbito anocheció. A las nueve volvió á soplar el viento del Este, y adelantamos bastante en nuestro camino. El dia 13 al rayar el alba nos hallamos sobre la costa de Europa, delante del puerto de San Esteban; esta costa era baja y sin árboles. Hacia dos meses, dia por dia, y casi hora por hora, que yo habia salido de la capital de los pueblos civilizados, é iba á entrar en la capital de los pueblos bárbaros. ¡Cuanto habia visto en tan corto espacio de tiempo! ¡Cuanto me habia envejecido en dos meses!

A las seis y media pasamos por delante de la fábrica de pólvora, que es un edificio blanco y prolongado, construido á la italiana. Detrás de él se estendia la tierra de Europa que parecia igual, pues presentaba un aspecto monotono, variado solo por algunos árboles y sembrados. Por encima de las crestas que formaba esta tierra, que se encorvaba describiendo un semicírculo, se descubrian ya algunos minaretos de Constantinopla.

A las ocho vino abordo un caïque, y como la calma apenas nos dejaba mover, salí de la falúa, y pasé con mis criados á aquel barquichuelo. Pasamos casi tocando con la punta de Europa, donde se halla el castillo de las Siete Torres, que es una antigua fortaleza gótica que amenaza ruina. La niebla cubria á Constantinopla, y principalmente la costa del Asia: los cipreses y los minaretos que yo descubria por entre aquel vapor, parecian un bosque cuando los árboles no tienen hojas. Al acercarnos á la punta del Serrallo, se levantó el viento de Norte, y en un instante barrió la niebla, y como por encanto me hallé en medio del palacio del gefe de los creyentes: esto fué como el golpe de la vara de un mago. Tenia delante el canal del

mar Negro, que serpeaba entre frondosas colinas, semejante á un ancho rio: á la derecha estaban las tierras del Asia y la ciudad de Scútari; á la izquierda la Europa, que formaba una espaciosa bahía llena de grandes navíos, y atravesada en todas direcciones por innumerables buques menores. Esta bahía, que se estrechaba entre dos colinas, presentaba á la vista, y como en anfiteatro, á Constantinopla y Galata. La inmensa estension de estas dos ciudades y la de Scútari; los cipreses, los minaretos, los mástiles de los buques que se elevaban y confundian por todas partes, el verdor de los árboles, el color blanco y encarnado de las casas, el mar que estendia sobre estos objetos su velo azulado y trasparente, no podia menos de causarme la mayor admiracion. No se exagera cuando se dice que Constantinopla ofrece el mas bello punto de vista del universo (1).

Desembarcamos en Galata, y al instante noté el gran movimiento que hay de contínuo en los muelles; y la multitud de trajineros, de mercaderes y de marineros; en el diferente color de sus rostros, en sus diversas lenguas, en sus variados trages, ya talares, ya cortos, sombreros, gorros y turbantes, conocí que aquellas gentes habian venido de todas partes de Europa y del Asia á habitar aquella frontera de los dos mundos. La ausencia casi total de las mugeres, la falta de carruages, y las cuadrillas de perros sin dueños, fueron las tres cosas que mas llamaron mi atencion cuando entré en aquella ciudad estraordinaria. Como casi toda la gente lleva babuchas, y no se oye ruido alguno de coches, carros ni campanas, ni casi hay oficios que se sirvan del martillo, reina alli un perpétuo silencio. No se ven mas que cuadrillas de gente silenciosa, que parece quieren pasar sin que los conozcan,

(1) Yo prefiero sin embargo la bahía de Nápoles.

y como huyendo de la vista de su amo. Se pasa de contínuo de un bazar á un cementerio, como si los turcos solo estuviesen allí para comprar, vender y morir. Los cementerios, que no tienen cerca alguna, y se hallan en medio de las calles, son unos magníficos bosques de cipreses, donde anidan las palomas participando del sosiego de los muertos. De cuando en cuando se encuentran algunos monumentos antiguos, que no tienen relacion alguna ni con los hombres modernos, ni con los nuevos monumentos que los rodean; y podria decirse que fueron traidos á aquella ciudad oriental por el poder de un talisman. No se advierte señal alguna de alegría, ni ninguna apariencia de felicidad; ni lo que se ve allí es un pueblo, sino una especie de rebaño, al que guia un iman y degüella un genízaro: ni hay mas placeres que los desordenados, ni mas castigo que la muerte. El triste sonido de un bandolin sale algunas veces de un café, y si se entra en él, se hallan infames chicuelos ejecutando bailes obscenos, delante de unas especies de monos sentados alrededor de unas mesillas. En medio de las prisiones y mazmorras se eleva un Serrallo, como el Capitolio de la esclavitud; y se puede decir que una deidad cruel conserva allí cuidadosamente las semillas de la peste, y las primitivas leyes de la tiranía. En torno de este templo vagan de continuo pálidos adoradores, que vienen á ofrecer sus cabezas á aquel ídolo. No hay cosa alguna que pueda sustraerles á aquel sacrificio: arrástrales allí una fuerza funesta; los ojos del déspota atraen á los esclavos, como los de la serpiente á las aves con que se alimenta.

Se han hecho tantas descripciones de Constantinopla, que seria una locura el querer hablar yo de esta ciudad (1). En Pera hay muchos mesones que se pa-

(1) Pueden verse á Esteban de Bizancio; á Galli, *de*

recen á los de Europa, y los mozos que llevaban mi equipage, me condujeron á uno de ellos. De allí me trasladé al palacio de la embajada francesa. En París habia tenido el honor de ver al señor general Sebastiani; embajador de Francia cerca de la Puerta; y este no solo se empeñó en que habia de comer con él todos los dias, sino que tambien me instó con mucha eficacia para que me hospedase en el palacio, á cuya delicadeza resistí por no abusar de tanta cortesanía. Los señores Franchini hermanos, primeros dragomanes de la embajada, me proporcionaron, por disposicion del general, los firmanes necesarios para hacer mi viage á Jerusalen; y el señor embajador me dió ademas cartas de recomendacion para el padre guardian de la Tierra Santa y para los cónsules franceses en Egipto y en Siria. Y aun temiendo que me faltase dinero, me permitió que librase contra él letras de cambio á la vista siempre que me fuera necesario; en una palabra, añadiendo á estos servicios de la mayor importancia las atenciones de la política, quiso él mismo hacerme el obsequio de acompañarme para ver Constantinopla, tomándose la molestia de visitar conmigo los monumentos mas notables. Sus ayudantes de campo, y todos los individuos de la legacion, me obsequiaron tanto, que no sabia como corresponder; y hoy es un deber mio manifestar aqui toda mi gratitud.

No sé como debo hablar de otra persona no menos

Topographia Constantinopoleos; á DU CANGE, *Constantinopolis Christiana*; á PORTER *Observations on the religion, etc. of the Turks*; á MOURADGEA D'OHSSON, *Cuadro del imperio otomano*; á DALLAWAY, *Constantinopla antigua y moderna*; á PABLO LUCAS, THEVENOT, TOURNEFORT; en fin, el *Viage pintoresco á Constantinopla y á las orillas del Bósforo, etc., etc.*

apreciable, y de quien era mi obligacion hacer el primer elogio. Su escesiva delicadeza iba acompañada de una gracia infinita y seductora, pero triste al mismo tiempo, como si presintiese su suerte malhadada; era, sin embargo, feliz, y una circunstancia particular aumentaba mas aun esta felicidad. Yo mismo tuve el honor de participar de esta alegría, que debia convertirse en luto. Cuando sali de Constantinopla Mad. Sebastiani se hallaba robusta, sana, y llena de esperanza y de juventud; y antes de regresar á mi pais, ya no pudo aquella amable señora oir la espresion de mi reconocimiento.

. . . . Troja infelice sepultum
Detinet extremo terra aliena solo.

Por entonces habia en Constantinopla una diputacion de los padres de la Tierra Santa, que habian venido á reclamar la proteccion del embajador contra la tiranía de los comandantes de Jerusalen; y estos padres me dieron cartas de recomendacion para Jaffa. Tambien tuve la dicha de que estuviese pronto para hacerse á la vela el navío donde iban los peregrinos griegos á la Siria. Hallábase en la rada y debia hacerse á la vela asi que se levantase viento favorable; de modo que si hubiese verificado mi viage á la Troade, como habia deseado, no hubiera podido hacer el de Palestina. Pronto arreglé con el capitan del buque el precio de mi viage (1), y el embajador me envió abordo las provisiones mas esquisitas, y un intérprete griego, llamado *Juan*, criado de los señores Franchini. Colmado, pues, de las mayores atenciones y favores, el dia 18 de setiembre á medio dia pasé abordo del navío de los peregrinos.

(1) Véase la nota C al final del tomo.

Confieso que, á pesar del buen trato que recibí en Constantinopla, me alegré mucho salir pronto de aquella ciudad; porque toda su hermosura se desvanecia á mi vista cuando pensaba que aquellas campiñas solo han sido habitadas por griegos del Bajo Imperio, y ahora por los turcos; y parecíame, por un contraste funesto, que esclavos tan viles, ni tiranos tan bárbaros no debian jamás haber deshonrado tan bello pais. El mismo dia que llegué á Constantinopla se verificó una revolucion; pues los rebeldes de Romelía habian llegado hasta las mismas puertas de la ciudad. Obligado Selim á ceder á la tempestad, habia separado y desterrado á los ministros que no eran de la devocion de los genízaros; y á cada instante se esperaba oir el cañonazo que anunciase la caida de las cabezas proscriptas. Cuando yo contemplaba los árboles y el palacio del Serrallo, no podia dejar de compadecer al dueño de aquel vasto imperio (1). ¡Ah! ¡cuán miserables son los déspotas en medio de su opulencia, y cuán débiles en medio de su poder! ¡Ellos se complacen en hacer llorar á los hombres, sin recordar jamás que ellos tampoco están seguros, y sin poder disfrutar un momento de aquel mismo sueño, de que privan á los desgraciados!

Asi, pues, no podia serme grata la permanencia en Constantinopla; porque yo deseaba recorrer aquellos lugares embellecidos por las virtudes y las artes, y ni uno ni otro se hallaba en la patria de los Focas y de los Bayacetos. Pronto se cumplieron mis deseos; porque el mismo dia en que me embarqué, nos hicimos á la vela á las cuatro de la tarde. Bogábamos con viento Norte, y nos dirigíamos á Jerusalen, á la sombra del estandarte de la cruz que ondeaba en los mástiles de nuestro navío.

(1) El fin desgraciado de Selim ha justificado plenamente aquel impulso de mi compasion.

TERCERA PARTE.

VIAGE DE RHODAS, JAFFA, BETLEM Y EL MAR MUERTO.

Ibamos en el navío cerca de doscientos pasageros entre hombres, mugeres, niños y ancianos; y se veian otras tantas esteras bien arregladas á los dos lados del entre-puente. Un pedazo de papel pegado á las tablas del buque manifestaba el nombre del dueño de aquella estera que le servia de cama, y á cuya cabecera habia colgado cada peregrino su bordon, su rosario y una crucecita. Los papás que dirigian aquella gente, se alojaban en la cámara del capitan, á cuya entrada se habian dispuesto dos antecámaras: yo tenia el honor de alojarme con mis dos criados en uno de aquellos negros chirivitiles de cerca de seis pies cuadrados, y otro que estaba enfrente lo ocupaba una familia entera. En aquella especie de república cada uno se arreglaba como mejor le parecia: las mugeres cuidaban de sus chicuelos; los hombres fumaban ó preparaban la comida, y los papás se entretenian en conversacion unos con otros, despues de hechas las acostumbradas oraciones. En las horas de recreo se oian por todas partes los bandolines, los violines y las liras: uno bailaba, otro cantaba, este reia, rezaba aquel, y todos parecian alegres, y me decian señalando al Mediodía:

«Jerusalen,» y yo les respondia: ¡Jerusalen! En fin, si no hubiera sido por algunos sustos de poca consecuencia, hubiéramos tenido el mejor viage del mundo; pero apenas arreciaba un poco el viento, cuando los marineros recogian las velas, y gritaban los peregrinos: *¡Christos, kyrie eleison!* Pero disipado el peligro, todos se volvian mas valientes.

En una palabra, yo no he observado en esta peregrinacion los desórdenes de que hablan algunos viageros: por el contrario, reinaba en todos los peregrinos la mayor decencia y comedimiento. Desde la primera noche de viage los papás rezaron las oraciones de la iglesia griega, á las que todos asistieron con la mas atenta devocion. Tambien bendijeron el buque, cuya ceremonia repetian siempre que habia tempestad. El canto de la iglesia griega es muy armonioso, pero grave. Observé una cosa particular, y era que un muchacho comenzaba el versículo de un salmo en un tono agudo, sosteniéndolo de este modo mientras un papá cantaba el mismo versículo en tono diferente y en cánon, es decir, comenzando la frase cuando el muchacho habia pasado ya la mitad. Tienen un *Kyrie eleison* muy admirable, y es solo una nota cantada por diferentes voces, unas graves y otras agudas, ejecutando el *andante* y la *mezza voce*, la octava, la quinta y la tercera. El efecto de este *Kyrie* es sorprendente por su melancolía y magestad, y sin duda ha pasado por tradicion desde los primeros tiempos de la iglesia. Aun creo que la otra psalmodia pertenece á aquel canto moderno que se introdujo en el rito griego hácia el siglo IV, y del cual se quejaba con razon San Agustin.

Al dia siguiente de nuestra partida me volvió á atacar la fiebre con la mayor fuerza, y me ví precisado á pasarlo echado sobre mi estera. Atravesamos con rapidez el mar de Mármara (la Propontide). Luego

pasamos por delante de la península de Cyzico y por la embocadura de Ægos-Potamos, tocando con los promontorios de Sestos y de Abydos: Alejandro y su ejército, Jerges y sus escuadras, los atenienses y los espartanos, Hero y Leandro, no pudieron hacerme olvidar el dolor de cabeza que me atormentaba; pero cuando al amanecer del dia 21 de setiembre vinieron á decirme que íbamos á doblar el castillo de los Dardanelos, la memoria de Troya disipó al momento mi calentura. Casi arrastrando subí al puente, y mis primeras miradas se fijaron en un alto promontorio coronado por nueve molinos, y este era el cabo Sigeo. A sus pies se descubrian dos *tumulus*, que eran los sepulcros de Aquiles y de Patroclo. Veíase la embocadura del Simois á la izquierda del castillo nuevo del Asia: mas lejos á nuestra espalda, y volviendo á subir hácia el Helesponto, aparecia el cabo Retéo y el sepulcro de Ayax. En lo mas interior se elevaba la cordillera del monte Ida, cuyas vertientes, vistas á la distancia en que me hallaba yo, parecian suaves y de un colorido armonioso. Delante de la proa del navío estaba Tenedos: *Est in conspectu Tenedos.*

Pasaba la vista por aquellos hermosos cuadros, y sin poder resistir la volvia hácia el sepulcro de Aquiles, repitiendo aquellos versos del poeta:

«El ejército de los belicosos griegos erige en la orilla un espacioso y admirable monumento, que viniendo por el mar se descubre de muy lejos, y el cual siempre fijará las miradas de las generaciones presentes y futuras.»

Poco valen las pirámides de los reyes de Egipto comparadas con la gloria de aquel sepulcro de césped que cantó Homero, y en derredor del cual corrió Alejandro.

En aquel instante conocí cuan grande es el poder del alma sobre el cuerpo, porque cesó entera-

mente el dolor de cabeza, y se reanimaron mis fuerzas mentales y corporales; bien que á las veinte y cuatro horas volvió otra vez la calentura.

Nada he dejado de practicar para llenar cumplidamente el objeto de mi viage: formé el proyecto de pasar á Troya atravesando la Anatolia, y ya he indicado los motivos que me hicieron desistir de esta resolucion; quise ir por mar, pero el capitan rehusó desembarcarme, nó obstante de que se habia obligado á ello formalmente (1). De pronto me incomodó esta negativa; pero ahora ya no lo siento, porque me llevé tantos chascos en Grecia, que tal vez me hubiera sucedido lo mismo en Troya; y de este modo he conservado todas las ilusiones de mi imaginacion acerca del Simois, y he tenido la dicha de haber saludado aquella tierra de héroes, y haber visto las olas que la bañan y el sol que las alumbra.

Me admira que los viageros al hablar de la llanura de Troya, se olviden casi siempre de la Eneida, y sin embargo tanta fama ha dado Troya á Virgilio como á Homero; siendo una suerte bien particular la de este pais, que ha inspirado los dos mejores poemas á los dos mayores poetas del mundo. Mientras huian de mi vista las playas de Ilion, procuraba acordarme de aquellos versos que pintan con tanta propiedad á la escuadra griega saliendo de Tenedos, y avanzando *per silentia lunæ* á aquellas riberas solitarias que sucesivamente se me presentaban en perspectiva. Prontamente lúgubres gritos sucedieron al silencio de la noche, y las llamas del palacio incendiado de Príamo alumbraron aquel mar, por donde navegaba tranquilamente nuestro navío.

La musa de Eurípides, recogiendo aquellos ayes de la calamidad, pinta asi aquellas escenas que llenaron de luto estas trágicas riberas.

(1) Véase este arreglo al fin del tomo en la nota C.

EL CORO.

«Hecuba, ¿no ves á Andrómaca que avanza en un carro estrangero? Su hijo, el hijo de Héctor, el jóven Astianacte sigue al materno seno.»

HECUBA.

«¡Oh, muger desgraciada! ¡adonde has sido conducida, circundada de las armas de Héctor, y de los despojos de la Frigia...!»

ANDRÓMACA

«¡Oh dolor!»

HECUBA.

«¡Hijos mios!»

ANDRÓMACA.

«¡Desgraciada!»

HECUBA.

«¡Y mis hijos....!»

ANDRÓMACA.

«¡Ven, esposo mio....!»

HECUBA.

«Si, terror de los griegos, ven. ¡Oh! tú, el mayor de mis hijos. Vuelve á Príamo, en los infiernos, aquella que en la tierra tan tiernamente amó.»

EL CORO.

«Solo nos quedan lágrimas para derramar sobre estas ruinas. El dolor sucedió al dolor.... Troya ha sucumbido bajo el yugo de la esclavitud.»

HECUBA.

«¡Ah! ¡cayó el palacio en que fuí madre!»

EL CORO.

«¡Hijos mios! ¡vuestra patria se convirtió en un desierto, etc. (1)!»

Mientras yo me ocupaba en el dolor de Hecuba, los descendientes de los griegos parecian alegrarse en nuestro navío de la muerte de Príamo. Dos marineros se pusieron á bailar en el puente al son de una lira y de un tamboril, ejecutando una especie de pantomima. Ya levantaban los brazos al cielo, ya ponian una mano en jarras, y alargaban la otra á guisa de un orador arengando, y luego la llevaban al pecho, á la frente y á los ojos, y todo esto intermediado con posturas mas ó menos ridículas, que nada parecian significar, semejándose mucho á las contorsiones y gestos de los salvages. Acerca de los bailes de los griegos modernos, pueden leerse las cartas de Mr. Guys y de Mad. Chenier. A esta pantomima sucedió un corro ó cadena, que pasaban y repasaban en diferentes direcciones, lo que hacia recordar los objetos de aquellos bajos relieves, donde se ven las danzas antiguas. Por fortuna la sombra de las velas del navío me ocultaba el rostro y el trage de los actores; y asi podia trasformar á mis sucios marineros en pastotores de Sicilia y de Arcadia.

Como el viento seguia siéndonos favorable, pasamos rápidamente el canal que separa la isla de Tenedos del continente, y costeamos la Anatolia hasta el cabo Baba, llamado antes *Lectum Promontorium*. Entonces nos dirigimos al Oeste para doblar á la entrada de la noche la isla de Lesbos. En esta isla fué

(1) *Las Troyanas*, teatro griego.

donde nacieron Safo y Alceo, y adonde las aguas arrastraron la cabeza de Orfeo, repitiendo el nombre de Euridice:

¡Ah! miseram Eurydicem, anima fugiente vocabat.

El dia 22 por la mañana se levantó una tramontana muy fuerte. Debíamos entrar en Chio para recoger otros peregrinos; pero el capitan tuvo tanto miedo, y maniobró tan mal, que hubimos de anclar en Tchesmé en un fondo de rocas, y cerca de un navío egipcio que habia naufragado antes.

Este puerto de Asia me pareció de siniestro agüero, porque en él fué quemada la escuadra turca en 1770 por el conde Orlow, y el año 191 antes de nuestra era, los romanos destruyeron las galeras de Antioco, si es cierto que el Cysso de los antiguos sea el Tchesmé de los modernos. Mr. de Choiseul ha levantado el plano de este puerto. El lector recordará sin duda que apenas toqué en Tchesmé, cuando me dirigia á Esmirna el dia 1.º de setiembre, esto es, veinte y un dias antes de mi paso por el Archipiélago.

El 22 y el 23 estuvimos esperando á los peregrinos de la isla de Chio: en tanto Juan saltó en tierra, y me trajo una abundante provision de granadas de Tchesmé, que son muy apreciadas en el Levante, aunque no son tan buenas como las de Jaffa. Al nombrar aqui á Juan, recuerdo que no he hablado todavía de mi nuevo intérprete, sucesor de José. Erase, pues, un hombre de los mas misteriosos que he visto jamás: para dar una idea de su catadura, es preciso figurarse unos ojos diminutivos, hundidos y como ocultos bajo las cejas, y á la sombra de una nariz protuberante, unos bigotes rojos, aire habitual de sonrisa, y algo de suave en su apostura. Cuando te-

nia que decirme alguna cosa, se me acercaba de medio lado, y despues de un largo rodeo, se aproximaba hasta cuchuchear á mi oido el secreto mas insignificante del mundo. Asi que le veia venir, le solia repetir siempre: anda recto y habla alto: consejo que tambien se podria dar á otros muchos. Juan conocia á los principales papás, á quienes referia de mí las cosas mas estravagantes, y me hacia mil cumplidos de parte de los peregrinos que estaban en el fondo de la cala, y en quienes tampoco habia reparado yo. Al llegar la hora de comer, nunca tenia apetito: tan superior era á las necesidades comunes; pero luego que Julian acababa de comer, aquel pobre Juan se metia en la lancha, donde se guardaban mis provisiones, y so pretesto de ponerlo todo en órden en las cestas, se hartaba de jamon, devoraba un ave, y se sorbia en pocos tragos una ancha botella de vino; pero con tanta rapidez, que apenas se percibia el movimiento de sus labios. Luego que concluia, venia á preguntarme con aire triste, si necesitaba de sus servicios. Aconsejábale yo que no se dejase llevar de su melancolía, y que tomase algun alimento, porque sino se esponia á enfermar. El griego creia engañarme: y esto le causaba tanto gusto, que yo se lo dejaba creer. A pesar de estos defectos, Juan era en el fondo muy honrado, y merecia justamente la confianza que le habian dispensado sus amos. En una palabra, yo he procurado bosquejar este retrato y el de algunos otros, porque los lectores se complacen en conocer á los personages con quienes se les hace vivir. En cuanto á mí, si hubiera tenido el genio suficiente para trazar esta clase de caricaturas, hubiera procurado cuidadosamente sofocarle, porque todo lo que deslustra la naturaleza del hombre, me parece poco digno de aprecio; pero bien se echa de ver que yo no envuelvo en esta crítica ni una amable galantería, ni una zumba delicada,

ni la elevada ironía del estilo oratorio, ni el alto cómico.

En la noche del 22 al 23 garró el navío, y creímos perdernos sobre los restos de un buque de Alejandría que habia naufragado cerca del sitio donde estábamos anclados. El 23 á medio dia llegaron los peregrinos de Chio en número de diez y seis, y á las diez de la noche zarpamos con un viento de Este bastante suave, y que se subió á Norte el dia 24 al amanecer.

Pasamos entre Nicaria y Samos. Esta última isla fué célebre por su fertilidad, por sus tiranos, y sobre todo por haber sido patria de Pitágoras. El poético episodio de *Telémaco* ha escedido á cuanto los poetas han dicho de Samos. Entramos en el canal que forman las Sporades, Pathmos, Leria, Cos, etc., y las costas del Asia. Por allí corria el Meandro: allí se elevaban las ciudades de Efeso, de Mileto, de Halicarnaso y Gnido; saludé por última vez á la patria de Homero, de Herodoto, de Hipócrates, de Tales y de Aspasia; pero no ví ni el templo de Efeso, ni el sepulcro de Mausolo, ni de la Venus de Gnido; y sin las obras de Pococke, de Wood, de Spon y de Choiseul, no me hubiera sido fácil reconocer en un nombre enteramente moderno el promontorio de Mycala.

El dia 25 á las seis de la mañana anclamos en el puerto de Rhodas para tomar un piloto práctico en la costa de Siria. Salté en tierra, y pasé á ver al cónsul francés Mr. Magallon. En todas partes recibí la misma acogida, la misma hospitalidad y la misma delicadeza. Mr. Magallon estaba á la sazon enfermo; mas á pesar de esto tuvo la bondad de presentarme al comandante turco, hombre muy de bien, y el cual me regaló un cabrito negro, y me permitió pasear por donde quisiera. Yo le presenté el firman, que puso sobre su cabeza, diciéndome que él trataba asi á todos los amigos del gran señor.

Salí pronto de esta audiencia para dirigir una mirada á aquella Rhodas, donde no debia permanecer mas que unos cortos instantes.

Aquí comenzaba para mí una antigüedad que formaba como el tránsito entre la antigüedad griega, que acababa de dejar, y la antigüedad hebráica que iba á recorrer y estudiar. Los monumentos de los caballeros de Rhodas reanimaron mi curiosidad, que se habia fatigado algun tanto en las ruinas de Esparta y de Atenas. Sábias leyes mercantiles (1), algunos versos de Píndaro sobre la esposa del sol y la hija de Venus (2), algunos poetas cómicos y pintores, monumentos mas grandes que hermosos, he aquí lo único que recuerda al viagero la antigua Rhodas. Los rhodios eran valientes, y es muy singular que se hayan hecho célebres en las armas por haber sostenido gloriosamente un sitio, como los caballeros que les sucedieron. Rhodas, honrada con la visita de Ciceron y de Pompeyo, fué como infamada con la de Tiberio. Los persas se apoderaron de Rhodas en el reinado de Honorio: los generales de los califas la conquistaron tambien en el año 647 de nuestra era, y la reconquistó Anastasio, emperador de Oriente. Los venecianos tomaron posesion de esta isla en 1203, pero Juan Ducas se la quitó luego, y los turcos echaron de ella á los griegos. Los caballeros de San Juan de Jerusalen se apoderaron de ella en 1304, 1308 á 1319, y la conservaron casi dos siglos, hasta que la hubieron de rendir á Soliman II el dia 25 de diciembre de 1522. Para tener noticias exactas acerca de esta isla,

(1) Se puede ver á Leuclavio, en su *Tratado del derecho marítimo de los griegos y de los romanos*. La escelente ordenanza de Luis XIV sobre la marina conserva muchas disposiciones de las leyes rodias.
(2) La ninfa Rodos.

es preciso leer á Coronelli, Dapper, Savary y Mr. de Choiseul.

Rodas me ofrecia á cada paso restos de nuestras costumbres y recuerdos de mi patria: en medio de Grecia hallaba una pequeña Francia.

Procedo, et parvam Trojam simulataque magnis
Pergama. . . . .
Agnosco.

Anduve por una larga calle, llamada todavía la *calle de los Caballeros*, y la forman edificios góticos, cuyas paredes se ven cubiertas de divisas gálicas, y con los escudos de armas de las mas célebres familias francesas. Allí ví las lises de Francia coronadas, y tan bien conservadas como si se acabasen de esculpir. Los turcos, que en todas partes han destruido los monumentos de Grecia, han respetado los de la caballería; el valor de los infieles se admiró del honor cristiano, y los Saladinos respetaron á los Couci.

Al fin de la calle de los Caballeros se encuentran tres arcos góticos, por donde se pasa al palacio del gran maestre, el cual sirve ahora de prision. Un convento medio arruinado, y habitado tan solo por dos religiosos, es lo único que recuerda en Rhodas una religion que tantos prodigios ejecutó allí. Aquellos religiosos me llevaron á su capilla, en la que ví la imágen de una Vírgen con el niño Jesus en los brazos, pintada sobre madera y de estilo gótico: al pie del cuadro se ven las armas del gran maestre d'Aubusson. Esta curiosa antigüedad la descubrió hace algunos años un esclavo que cultivaba el jardin del convento. Hay ademas otro altar dedicado á San Luis, cuya imágen se halla en todo el Oriente, y cuyo lecho de muerte ví yo en Cartago. Dí una limosna para este

altar, y encargué á los padres dijesen una misa, para que Dios me diese buen viage, como si ya previese los peligros que habia de correr en las costas de Rhodas, cuando volviese de Egipto.

El puerto mercantil de Rhodas sería bastante seguro si se restableciesen las obras antiguas que le defendian. En lo interior de este puerto se ve todavía una muralla flanqueada con dos torres, las cuales segun la tradicion del pais, ocupan el lugar de las dos rocas que servian de base al coloso; y aunque es bien sabido que las naves no pasaban por entre sus piernas, como se cree vulgarmente, hablo de él por no olvidar nada.

Cerca de este primer puerto se encuentra la dársena de las galeras y el astillero, en el que entonces se estaba construyendo una fragata de treinta cañones, con madera cortada de los bosques de la isla; cosa que me pareció digna de notarse.

Las costas de Rhodas por el lado de la Caramania (la Doride y la Caria), están casi al nivel del mar; pero la isla se eleva en lo interior, sobresaliendo principalmente un monte aplastado en su cumbre, del cual hablan todos los geógrafos antiguos. Aun quedan en Lindo algunos vestigios del templo de Minerva: Camiro y el Ialyso desaparecieron. Rhodas proveia antes de aceite á toda la Anatolia; pero en el dia no se coge ni aun el suficiente para su consumo interior. Las viñas dan muy buen vino, muy parecido al del Ródano, y tal vez llevaron allí los sarmientos los caballeros del Delfinado; y asi es que los llaman, como en Chipre, *vinos de la Encomienda*.

Nuestras geografías nos dicen que se fabrican en Rhodas muy buenos terciopelos y tapices, mas la verdad es, que toda la industria se reduce á algunas telas bastas. Este pueblo, cuyas colonias fundaron en otro tiempo á Nápoles y á Agrigento, apenas ocupa

en el dia un rincon de su desierta isla. Un agá con unos cien genízaros bastan para guardar aquellos tímidos esclavos; ni se entiende como la órden de Malta no ha procurado reconquistar este su antiguo dominio; pues le hubiera sido fácil apoderarse de esta isla, y reparar las fortificaciones, que aun se hallan en buen estado; y los turcos no los hubieran podido arrojar de aquella posicion, pues habiendo sido los primeros que en Europa abrieron trinchera delante de una plaza, son ahora los mas ignorantes en el arte de sitiar.

El 25 á las cuatro de la tarde me despedí de monsieur de Magallon, á quien dejé unas cartas, que me ofreció mandar á Constantinopla por la via de la Caramania. Volví en mi caïque abordo del navío que estaba ya para hacerse á la vela con un piloto costanero, que era un aleman establecido hacia muchos años en Rhodas. Inmediatamente dirigimos nuestro rumbo hácia una punta de la Caramania, llamado en otro tiempo el promontorio de la Quimera en Lycia. Rhodas presentaba á lo lejos y á nuestra espalda una línea de costas azuladas bajo un cielo de oro. Distinguíanse cortando esta línea dos montes cuadrados, que parecian cortados para formar las bases de otros tantos castillos, semejantes al Acrópolis de Corinto, de Atenas y de Pérgamo.

El dia 26 fué aciago. La calma nos detuvo sobre el continente del Asia, casi enfrente del cabo de Chelidonia, que forma el promontorio ó la punta del golfo de Satalia. A nuestra izquierda descubria las elevadas cimas del Crago, y recordé los versos de los poetas que hablan de la frígida Lycia. Entonces no podia preveer que maldeciria un dia las cumbres de aquel Tauro, que en este instante me complacia en admirar, y contar entre los montes célebres, cuyas cimas habia tenido el gusto de ver. Como las corrien-

tes eran tan violentas, nos hicieron perder el rumbo, como lo echamos de ver al dia siguiente: como el buque iba en lastre, incomodaban estraordinariamente los balances. Rompióse el tope del palo mayor y la verga de la segunda vela del palo de mesana, lo cual, para marineros tan bisoños, era una gran calamidad.

No deja de ser muy chocante el modo de navegar de los griegos. El piloto permanece sentado, con las piernas cruzadas y la pipa en la boca, y sostiene la caña del timon, que para llegar al nivel de la mano que la dirige, va frotando con el entablado de popa. Delante del piloto, medio derrumbada, y por consiguiente inútil, se ve una brújula que él no entiende ni observa. Al menor amago de peligro se estienden sobre la cubierta algunos mapas franceses ó italianos: entonces la tripulacion se tumba boca abajo, el capitan el primero, y se da principio á su exámen, siguiendo con el dedo los perfiles y las líneas, y trátase de reconocer el lugar en donde se encuentran. Cada uno emite su opinion, y siempre se concluye sin haber comprendido aquellos garabatos de los francos: se vuelven á plegar los mapas, amáinanse las velas, y cogiendo segunda vez la pipa y el rosario, se encomiendan á la Providencia, esperando un acontecimiento. Hay buque que en esta disposicion corre doscientas ó trescientas leguas fuera de rumbo, y tal vez va á anclar en la costa de Africa en lugar de la de Siria; pero esto no impide, sin embargo, que toda la tripulacion se ponga á bailar al primer rayo de sol. Los antiguos griegos no eran, bajo muchos conceptos, mas que unos niños amables y crédulos, que pasaban de una profunda tristeza á la mas loca alegría con una estraña rapidez; y los griegos modernos no han dejado de conservar en parte este carácter: á lo menos no son del todo desgraciados, porque siquiera en-

cuentran en su misma inconstancia un recurso contra sus miserias.

A las ocho de la noche se fijó el viento al Norte, y la esperanza de tocar pronto al término de su viage, reanimó á los peregrinos. Nuestro piloto aleman nos anunció que al amanecer descubriríamos el cabo de San Ifano, en la isla de Chipre. Con esta noticia ya no se pensó mas que en gozar de la vida. Reuniéronse en el puente para cenar, y se dividieron en diferentes grupos ó ranchos, enviando cada uno á su vecino lo que habia de menester. Yo reuní conmigo la familia que ocupaba el camarote enfrente del mio á la entrada de la cámara del capitan. Componíase de una muger, dos niños y un viejo, padre de la jóven peregrina. Por tercera vez hacia este viejo el viage á Jerusalen; y como no habia visto jamás á ningun peregrino latino, lloraba de gozo cada vez que me hablaba. Cené, pues, en compañía de esta familia. La luna parecia mecerse entre los mástiles y las vergas del navío, ora apareciendo entre las velas y llenando el buque con su luz, ora oculta detras de las mismas velas envolvia en sombras los grupos de los peregrinos. ¿Quién no hubiera bendecido en aquel momento la religion, al contemplar aquellos doscientos hombres tan felices en aquellos instantes, y que, sin embargo, eran unos pobres esclavos encorvados bajo el peso de una onerosa esclavitud? Dirigíanse al sepulcro de Jesucristo para olvidar la pasada gloria de su patria, y consolarse en sus presentes calamidades. ¡Cuántos dolores secretos iban á depositar dentro de poco en el pesebre del Salvador! Si, porque cada oleada que nos arrastraba hácia aquella santa playa, se llevaba consigo algunas de nuestras penas.

En la mañana del 27 nos hallamos, con estraña sorpresa del piloto, navegando en alta mar, sin distinguir la tierra; pero echándose el viento, se hizo

otra vez general la consternacion. ¿Dónde estamos? ¿Nos hallamos lejos ó sobre las costas de la isla de Chipre? Estas preguntas se repitieron de contínuo durante el dia. Para aquellos marineros era hablar en hebreo el indicarles que tomasen la altura. Aun se hallaron mas embarazados, cuando por la tarde comenzó á respirar una brisa. En este caso, ¿cuál debia ser el rumbo? El piloto que creia encontrarse entre la costa septentrional de la isla de Chipre y el golfo de Satalia, queria virar hácia el Mediodía para reconocer la primera; pero el resultado hubiera sido que si hubiéramos salvado la isla, nos hubieramos dirigido rectamente á Egipto. El capitan sostenia que era preciso bogar al Norte, á fin de tocar en la costa de Caramania; mas esto era volver atrás, y aun en este caso el viento era contrario. Entonces se me pidió mi parecer, porque en lances algo difíciles los turcos y los griegos recurren siempre á los francos. Yo fuí, pues, de opinion que dirigiésemos el rumbo al Este, por una razon muy sencilla, porque nos hallábamos ó dentro ó lejos de las costas de Chipre, y en uno y otro caso era conveniente dirigirnos al Levante. Ademas, si nos encontrábamos cerca de la isla, no podíamos dejar de descubrir en breve la tierra á derecha ó á la izquierda, ora fuese el cabo Anémur, en Caramania, ó el cabo Cornachitti, en Chipre. Nosotros debíamos, pues, doblar la punta oriental de esta isla para navegar en seguida á lo largo de la costa de Siria.

Este consejo se aprobó como el mas acertado, y dirigimos la proa al Este. El dia 28 á las cinco de la mañana reconocimos, con general placer, el cabo de Gatta, en la isla de Chipre, que dejábamos á unas 18 leguas al Norte, hallándonos por consiguiente en la verdadera direccion de Jaffa. Las corrientes nos hicieron largar hácia el Sud-oeste.

Al medio dia se echó el viento, y siguió la calma hasta el 29. En este dia llegaron á bordo tres nuevos pasageros, esto es, dos aguzanieves y una golondrina. No sé lo que pudo obligar á los primeros á abandonar los ganados; en cuanto á la segunda, podia muy bien dirigirse á la Siria, de regreso acaso de Francia. Estuve tentado de preguntar al huésped noticias de aquel techo paternal que habia dejado hacia tanto tiempo (1). Recuerdo que en mi infancia pasaba horas enteras en seguir con una especie de tristeza el vuelo de las golondrinas durante el otoño; parecia que un secreto instinto me indicase que llegaria yo á ser viagero como aquellas aves. A fines de setiembre se reunian en un grande estanque; y allí exhalando repetidos gritos, y ejecutando mil evoluciones sobre las aguas, parecia que ensayaban sus alas para sus largas peregrinaciones. ¿Por qué, pregunto yo ahora, apreciámos mas entre todos los recuerdos de nuestra existencia, los que se hallan mas cerca de nuestra cuna? Las satisfacciones del amor propio, las ilusiones de nuestra juventud, no se ofrecen con atractivos á nuestra imaginacion; antes por el contrario, hallamos en ellas mucha aridez, mucha amargura; pero las circunstancias menos notables despiertan en el fondo de nuestro corazon las sensaciones de la primera edad, rodeadas siempre de nuevos encantos. A orillas de los lagos de América, en medio de un desierto desconocido, que nada recuerda al viagero, en medio de un pais que solo tiene la grandeza de su soledad, bastaba una golondrina para reproducir en mi memoria todas las escenas de los primeros años de mi vida, como las reprodujo tambien en el mar de la Siria, á la vista de un pais antiguo, y retumbando en mi oido la voz de los siglos y de las tradiciones de la historia.

(1) Véase el libro XI de los *Mártires*.

Las corrientes nos llevaron luego hácia Chipre, y descubrimos sus costas arenosas, bajas y áridas al parecer. La mitología colocó en esta isla sus fábulas mas voluptuosas (1).

Ipsa Paphum sublimis abit, sedesque revisit
Læta suas, ubi templum illi, centumque Sabæo
Thure calent aræ, sertisque recentibus halant (2).

Para reconocer la isla de Chipre vale mas atenerse á la poesía que á la historia, á menos que no se recuerde con placer una de las mas escandalosas injusticias del pueblo romano, y una espedicion vergonzosa de Caton. Pero no deja de ser chocante ver los templos de Amatonta y de Idalia convertidos en torreones de la edad media. Un hidalgo francés era rey de Pafos, y los barones de la misma nacion, cubiertos con sus cotas y sobrevestas, se acantonaban en los santuarios de Cupido y de las Gracias. Se puede leer en el *Archipiélago* de Dapper toda la historia de Chipre, y en el abate Mariti las revoluciones modernas y el estado actual de la isla, que todavía es de bastante importancia por su situacion.

El tiempo era tan hermoso, y el aire tan plácido, que todos los pasageros pasaban la noche sobre cubierta. Yo disputé un rinconcito del castillo de popa á dos monges griegos, que no cedieron sin gruñir un buen rato. El 30 de setiembre, estando yo durmiendo todavía á las seis de la mañana, me despertó una confusa gritería: abrí los ojos y ví á todos los peregrinos que miraban hácia la proa del navío; pregunté qué era aquello, y me respondieron: ¡*Signor, il Carmelo*! Se habia levantado el viento el dia anterior á las ocho

(1) Véase los *Mártires*, lib. XVII.
(2) Véase la nota D, al fin del tomo.

de la noche, y durante ella habíamos llegado á la vista de las costas de Siria. Como me habia acostado vestido, me levanté al instante, y dije que me enseñasen aquel sagrado monte. Todos se apresuraban á señalármelo con la mano; pero no podia verlo, porque los rayos del sol, que salia ya por el Oriente, me daban en la cara. Aquel instante no era menos repetable por su religiosidad: todos los peregrinos tenian el rosario en la mano, guardaban el mas profundo silencio, y ni aun se atrevian á moverse, esperando se descubriese la Tierra Santa; los papás rezaban en alta voz, y solo se oia este ruido y el del navío, que con viento bonancible surcaba las olas de aquel hermoso mar. De cuando en cuando se volvia á descubrir el Carmelo, y todos se lanzaban llenos de júbilo hácia la proa. En fin, yo mismo lo distinguí semejante á una mancha redonda debajo de los rayos del sol: entonces me arrodillé, segun el uso de los latinos. No sentí en mí aquella especie de inquietud que tuve cuando descubrí las costas de la Grecia; pero al ver el pais originario de los israelitas, y la patria de los cristianos, me sentí penetrado de respeto y de temor. Iba á desembarcar en la tierra de los milagros, donde tuvo su orígen la mas sublime poesía; en aquellos lugares donde, aun hablando humanamente, se verificó el acontecimiento mas admirable de cuantos han cambiado la faz del universo, cual fué la venida del Mesías: iba á pisar aquellas costas que, como yo, recorrieron igualmente Godofre de Bullon, Raimundo de San Giles, Tancredo el Bravo, Hugo el Grande, Ricardo Corazon de Leon, y aquel San Luis, cuyas virtudes admiraron á los mismos infieles. Yo, oscuro peregrino, ¿cómo me atreveré á pisar aquella misma tierra ennoblecida con tan ilustres peregrinos?

A medida que nos acercábamos y se elevaba el sol, se descubria mas claramente el pais. La última punta

que divisábamos á lo lejos y á nuestra izquierda hácia el Norte, era la punta de Tiro; se seguia luego el cabo Blanco, San Juan de Acre, el monte Carmelo, y á su falda la ciudad de Caïfa, Tartura, antes Dora, el Castillo Peregrino y Cesarea, cuyas ruinas se ven todavía: Jaffa debia estar bajo la misma proa del navío, pero no se la veia aun. Despues iba declinando suavemente la costa hasta el último cabo por la parte del Mediodía, donde parecia desvanecerse: allí comienzan las costas de la antigua Palestina, que van á juntarse con las de Egipto, estando ambas casi al nivel del mar. La tierra, de la cual podíamos distar unas ocho ó diez léguas, parecia en lo general blanca, con fajas negras, efecto de las sombras: nada resaltaba en la línea oblícua que venia á formar de Norte á Mediodía, ni aun sobresalia el monte Carmelo, pues todo formaba como una superficie igual, pero mal pintada. El efecto general era muy parecido al de las montañas del Borbonés, cuando se las mira desde las alturas de Tarara. Una faja de nubes blancas y destacadas en parte de su línea, seguia sobre el horizonte la direccion de las tierras, proyectando al parecer en el cielo el aspecto del pais.

El viento que nos habia faltado al medio dia, se levantó de nuevo á las cuatro de la tarde; pero la impericia del piloto fué causa de que pasásemos mas allá de nuestra direccion; de manera que navegábamos viento en popa hácia Gaza, cuando algunos peregrinos, que conocian la costa, echaron de ver la equivocacion de nuestro piloto: fué preciso virar de bordo, perdiendo algun tiempo, y nos sorprendió la noche. Sin embargo, nos acercábamos á Jaffa, y ya se distinguian las luces de la ciudad, cuando soplando de recio el viento de Nord-oeste, el capitan tuvo miedo, y no atreviéndose á entrar de noche en la rada, volvió la proa, y se hizo á la mar.

Estaba yo recostado sobre la popa, y desesperába-

me de verme alejar de la tierra. Media hora despues observé á lo lejos como el reflejo luminoso de un incendio sobre la cima de una cordillera de montañas, que eran precisamente las de Judea. La luna, que era la que producia aquella especie de fenómeno, mostró bien pronto su faz espaciosa é inflamada por encima de Jerusalen. Parecia que una mano benéfica elevaba aquel faro sobre la cumbre de Sion, para guiarnos á la santa ciudad. Por desgracia nosotros no seguimos como las nubes el astro solitario, y su claridad solo sirvió para huir del puerto tan deseado.

Al dia siguiente, 1.º de octubre al amanecer, nos hallábamos abatidos sobre la costa casi enfrente de Cesarea, y nos fué necesario bordear hácia el Mediodía, bien que teníamos un buen viento, aunque corto. Veíanse á lo lejos las montañas de Judea formando una especie de anfiteatro. Desde estas montañas, hasta la orilla del mar, se estendia una espaciosa llanura, en la que apenas se percibia alguna tierra cultivada, ni otra habitacion que un arruinado castillo gótico, con un minareto abandonado. La orilla del mar la formaban unas rocas escarpadas, amarillentas y negras, contra las que iban á estrellarse las olas con espantoso ruido. El árabe vagabundo corre esta costa desabrigada y lúgubre, sigue con ansiosas miradas al buque que descubre en el horizonte, esperando aprovecharse de los despojos de su naufragio, en aquella misma tierra en la que Jesucristo mandó dar de comer al hambriento y vestir al desnudo.

A las dos de la tarde bogamos, en fin, hácia Jaffa. Ya nos habian divisado desde la ciudad, y enviaban un barco que nos guiase al puerto, y en él despaché á Juan para que entregase las cartas de recomendacion que me habian dado los comisionados de la Tierra Santa en Constantinopla, para los religiosos de Jaffa, á quienes yo mismo escribí cuatro líneas.

Una hora despues de haber partido Juan, anclamos delante de Jaffa, dejando la ciudad al Sudeste, y el minareto de la mezquita al Este cuarta Sudeste. Señalo aqui el rumbo de la rosa náutica por una razon de bastante importancia: los buques latinos fondean ordinariamente mas á lo largo, con lo que se hallan sobre un banco de rocas que pueden cortar los cables; pero los buques griegos se acercan mas á tierra, con lo que tienen un fondo menos peligroso entre la dársena de Jaffa y el banco de rocas.

Jaffa no presenta á la vista mas que un miserable pueblo compuesto de casas colocadas en anfiteatro en el declive de una elevada costa. Las desgracias que frecuentemente han afligido á esta ciudad, han multiplicado sus ruinas. La circuye por la parte de tierra una muralla, que viniendo en semicírculo á terminar en el mar, la asegura de un golpe de mano.

Pronto salieron de todos lados multitud de caïques en busca de los peregrinos: el trage, las fisonomías, el color y la lengua de los patrones de aquellas lanchas, me indicaron al instante la raza árabe y las fronteras del desierto. El desembarco se verificó sin desórden, aunque con la precipitacion que era regular. Aquella multitud de viejos, mugeres y niños no prorumpió, al poner el pie sobre la Tierra Santa, en aquellos gritos, llantos y esclamaciones, de que se han hecho pinturas tan ridículas. Reinaba la mayor tranquilidad, y entre tantos peregrinos yo era sin duda el mas conmovido.

En fin, ví venir un barco con mi criado griego y tres religiosos, que al instante me conocieron por mi trage, y me saludaron con el mayor afecto y urbanidad. Aunque eran españoles, y hablaban un italiano, que me era difícil comprender, nos abrazamos como verdaderos compatriotas. Bajé con ellos á la chalupa, y entramos en el puerto por una abertura practicada

entre las rocas, y peligrosa aun para un caïque. Los árabes que estaban en la costa, se metieron en el agua hasta la cintura para sacarnos en hombros; y sucedió allí una escena muy chistosa, pues como mi criado llevaba un redingote blanquizco, y el color blanco es señal de distincion entre los árabes, creyeron que era el jeque, y lo llevaron como en triunfo, al paso que yo por mi vestido azul, tuve que acomodarme en los hombros de un andrajoso mendigo.

Pasamos en seguida al hospicio de los padres, que es una humilde casa de madera, situada en el puerto, pero desde la cual se goza del mas bello punto de vista sobre el mar. Los religiosos me llevaron primero á la iglesia, donde dieron gracias á Dios por haberles enviado un hermano: admirables establecimientos cristianos, por cuyo medio el viagero halla amigos y favorecedores hasta en los paises mas bárbaros.

Los tres religiosos que salieron á recibirme se llamaban *Juan Truilos Peña*, *Alejandro Roma*, y *Martin Alejano*; y ellos componian entonces toda la comunidad, porque el superior ó cura, don Juan de la Concepcion, estaba ausente.

Al salir de la iglesia me llevaron los padres á una celdita que me habian destinado, en la que habia una mesa con recado de escribir, una cama, agua fresca y ropa blanca, lo cual no podia dejar de ser muy grato á quien acababa de salir de un buque griego lleno de doscientos peregrinos. A las ocho de la noche pasamos al refectorio, donde hallamos otros dos religiosos que habian venido de Roma, é iban á Constantinopla, y eran el P. Manuel Sancia y el P. Francisco Muñoz. Dijimos en comunidad el *Benedecite*, despues del *De profundis*; recuerdo de la muerte que el cristianismo mezcla con todas las acciones de la vida para hacerlas mas graves, asi como los antiguos le mezclaban en sus banquetes para dar mayor realce á

sus placeres. Me pusieron en una mesita aparte y muy aseada, y me sirvieron aves, pescados, y esquisitas frutas, como granadas, sandías, uvas y delicados dátiles, con cuanto vino de Chipre y café de Levante quise tomar. Y mientras que de este modo se me regalaba, los pobres religiosos cenaban un poco de pescado sin sal y sin aceite. Se manifestaban joviales con decoro y familiares con urbanidad: ni hacian preguntas inútiles y de vana curiosidad; pues solo se trataba de mi viage y de las medidas que habia que tomar para que lo concluyese con toda seguridad. «Ahora, me decian, respondemos de usted á su pais.» Habian ya enviado un propio al scheik ó jeque de los árabes de la montaña de Judea, y otro al padre procurador de Rama, y añadia el P. Muñoz: «Nosotros recibimos á usted con un corazon *límpido é bianco.*» Inútil cosa era que este religioso español me asegurase de sus sinceras intenciones; porque fácilmente lo conocia yo en el candor de sus acciones y miradas.

Esta acogida tan tierna y caritativa en un pais en donde tuvieron su orígen el cristianismo y la caridad, esta hospitalidad apostólica en unos lugares en que el primer apóstol predicó el Evangelio, penetraron hasta mi corazon: y me hacian recordar á otros religiosos que me habian recibido con la misma cordialidad en los desiertos de la América. Y en esto tienen tanto mas mérito los religiosos de la Tierra Santa, cuanto que ejerciendo la ilimitada caridad de Jesucristo con los peregrinos de Jerusalen, conservan para sí solos la cruz que fué plantada en aquellos lugares. Aquel padre del corazon *límpido é bianco* me aseguraba tambien que la vida que llevaba allí cincuenta años le parecia un *vero paradisso.* ¿Y quereis saber lo que era este paraiso? Malos tratamientos de contínuo, exacciones violentas, y amenazas de palos, prision y muerte. Estos religiosos, en la última fiesta

de la Pascua, hubieron de lavar la ropa del altar, y el água impegnada de almidon corrió fuera del hospicio y blanqueó una piedra; á poco pasó por alli un turco, y reparando en la piedra, fué á dar parte al cadí de que los padres habian compuesto su casa. El cadí se trasladó inmediatamente á aquel sitio, y declaró que la piedra, que era negra, se habia puesto blanca, y sin escuchar ninguna razon, condenó á los religiosos á pagar diez bolsas. La víspera de mi llegada á Jaffa, un criado del agá amenazó delante de su mismo amo al padre procurador del hospicio de que le ahorcaria; y el agá se estaba en tanto retorciendo los bigotes con una calma estraordinaria, sin dignarse decir una sola palabra al *perro*. Y este es el verdadero paraiso de aquellos religiosos, que algunos viageros aseguran que son unos pequeños soberanos de la Tierra Santa, y que gozan de los mas espléndidos honores.

A las diez de la noche me llevaron mis huéspedes á mi celda, pasando por un cláustro muy largo. Las olas azotaban con fuerza las rocas del puerto con espantoso ruido, de modo que cerrada la ventana, parecia una tempestad; pero asi que se abrió, vimos el cielo despejado, la luna brillante, tranquilo el mar, y anclado el navío de los peregrinos. Sonriéronse los religiosos de la sorpresa que aquello me causaba, y yo les dije en mal latin: *Ecce monachis similitudo mundi; quantumcumque mare fremitum reddateis placidæ semper undæ videntur: omnia tranquillitas serenis animis.*

Pasé gran parte de la noche contemplando aquel mar de Tiro, al que la Escritura llama el *Mar Grande*, y por el que navegaban las escuadras del rey profeta cuando traian los cedros del Líbano y la púrpura de Sidon: aquel mar donde Leviathan deja huellas como abismos (1); aquel mar, al que el Señor puso lí-

(1) Job.

mites y puertas (1); aquel mar que vió á Dios, temió y huyó (2). No era aquel tempestuoso Océano del Canadá, ni las risueñas olas de la Grecia. Al Mediodía se veia aquel Egipto donde el Señor entró en una ligera nube para secar los canales del Nilo y derribar los ídolos (3). Hácia el Norte se elevaba aquella reina de las ciudades, cuyos mercaderes eran príncipes (4): *¡Ululate, naves maris, quia devastata est fortitudo vestra....! Attrita est civitas vanitatis, clausa est omnis domus nullo introeunte... quia hæc erunt in medio terræ.... quomodo si paucæ olivæ quæ remanserunt excutiantur ex olea, ut racemi, cum fuerit finita vindemia.* «Ahullad, naves del mar, porque destruida fué vuestra fuerza... hundida está la ciudad de las vanidades; cerradas están todas sus casas, y nadie entra en ellas...; porque los hombres que permanezcan en estos parages, serán como aquellas aceitunas que quedan en el árbol despues de recogido el fruto, ó como los racimos despues de la vendimia.» He aqui otro género de antigüedades esplicadas por otra clase de poetas: Isaias va á ocupar el lugar de Homero.

Ademas de esto, el mar que estaba contemplando bañaba á mi derecha los campos de Galilea y á mi izquierda los valles de Ascalon: en los primeros hallaba yo las tradiciones de la vida patriarcal y del nacimiento del Salvador, y en los segundos los recuerdos de las cruzadas y las sombras de los héroes de la *Jerusalen*:

Grande e mirabil cosa era il vedere
Quando quel campo e questo a fronte venne:
Come spiegate in ordine le schiere,

(1) Idem.
(2) Ps.
(3) Is., cap. XIX, 1.
(4) Id., cap. XXIII, 14, XXIV, 10, 13.

Di mover giá, giá d'assalire accenne:
Sparse al vento ondeggiando ir le bandiere
E ventolar su i grand cimier le penne:
Abitti, fregi, imprese, arme, e colori
D'oro e di ferro, al sol lampi, e fulgori.

Y Juan Baustista Rousseau nos pinta en seguida los resultados de esta jornada:

La Palestine, en fin, apres tant de ravages,
Vit fuir ses ennemis, comme on voit les nuages
Dans le vague des airs fuir devant l'aquilon:
Et du vent du midi la devorante haleine.
Na consumé qu' á péiné
Leurs ossements blanchis dans les champs d'Ascalon.

Me era sensible tener que abandonar el espectáculo de aquel mar que me recordaba cosas tan grandes y sublimes; pero fué preciso ceder al sueño.

Al dia siguiente, 2 de octubre, llegó el padre Juan de la Concepcion, cura de Jaffa y presidente del hospicio. Quise salir á dar una vuelta por la ciudad y ver al agá, que me habia enviado un recado de atencion por mi llegada; pero me hicieron desistir de esto las razones del presidente:

«Vos no conoceis, me decia, á estas gentes: lo que os parece una atencion es un verdadero espionage. Solo os ha enviado esa visita para saber quien sois, y si teneis riquezas que os puedan robar. Si quereis ver al agá, será menester que le lleveis algunos regalos, y aunque no querais, os dará una escolta para Jerusalen: el agá de Rama aumentará esta escolta; y los árabes, creyendo que un franco muy rico va al Santo Sepulcro, aumentarán los derechos de Caffaro, ú os acometerán. A las puertas de Jerusalen encontrareis

acampado al bajá de Damasco, el cual ha venido á recoger las contribuciones antes de partir á la Meca, mandando la caravana: vuestro séquito causará recelos á este bajá, y os sujetará á mil exacciones. Cuando llegueis á Jerusalen, os pedirán tres ó cuatro mil piastras por vuestra escolta, y luego que el populacho sepa vuestra llegada, os acometerá de tal modo, que aunque tuvieseis millones no podriais contentarlos. Se llenarán las calles de gentes, que no os dejarán pasar, y os esponeis á ser destrozado antes de llegar á los Santos Lugares. Seguid mi consejo: mañana nos vestiremos en trage de peregrinos, é iremos juntos á Rama, donde tendré respuesta á mis cartas, y si es favorable, partireis de noche, y llegareis con toda seguridad y á poca costa á Jerusálen.»

Apoyó el padre estas reflexiones con muchos ejemplos, y entre otros con el de un obispo polaco, á quien un esterior demasiado rico comprometió dos años antes hasta el punto que casi le costó la vida. Solo refiero estas cosas para manifestar hasta qué grado de corrupcion han llegado en aquel desgraciado pais la sed del oro, la anarquía y la barbarie.

Confiado, pues, en la esperiencia de mis religiosos, no salí del hospicio, en donde pasé todo el dia en agradable conversacion con ellos. Allí vinieron á visitarme Mr. Contessini, que pretendia el vice-consulado de Jaffa, y Mrs. Damiens, padre é hijo, oriundos de Francia, y los cuales habian servido á Djezzar en San Juan de Acre. Contáronme cosas muy curiosas sobre los últimos acontecimientos de la Siria; y me hablaron de la celebridad que nuestros ejércitos habian adquirido en aquellos desiertos, y de la popularidad del nombre del emperador. Cuando los hombres se hallan fuera de su pais, se alegran mucho mas de oirle celebrar, que cuando están en él: y asi es que ha habido muchos emigrados franceses que han cele-

brado con entusiasmo unas victorias, que parecian condenarles á un destierro perpétuo (1).

De regreso de Jerusalen me detuve cinco dias en Jaffa, y tuve tiempo para ver bien esta poblacion; y aunque parece que deberia dejar para entonces el hablar de ella, lo haré aqui para observar mejor el órden de mi viage, y mas aun, porque acaso no agradaria á mis lectores esta descripcion, despues de haber recorrido los Santos Lugares.

Jaffa se llamaba en otro tiempo *Joppé*, que significa hermosa y graciosa, *pulchritudo aut decor*, dice Adrichomio. D'Anville deriva el nombre actual de Jaffa de una forma primitiva de Joppé, que es Jafo (2). Debo con este motivo advertir que en el pais de los hebreos habia otra ciudad llamada *Jaffa*, que conquistaron los romanos, por lo que despues tal vez se dió este nombre á Joppé. Si hemos de dar fé á varios intérpretes, y aun al mismo Plinio, el orígen de esta ciudad data desde la mas remota antigüedad, pues dicen que Joppé fué edificada antes del diluvio. Tambien se dice que en Joppé fué donde Noé entró en el arca; y que luego que se retiraron las aguas y repartió la tierra entre sus hijos, dió á Sem, que era el mayor, todas las tierras que dependian de la ciudad fundada por su tercer hijo Japhet. En fin, segun las tradiciones del pais, en Joppé está enterrado el segundo padre del género humano.

Segun Pococke, Shaw, y tal vez D'Anville, Joppé tocó en suerte á Efraim, y formó la parte occidental

(1) Lo mismo sucedió á Jacobo II en el combate de la Hogue, sin embargo de que por él perdia una corona.

(2) No ignoro que en la Siría se pronuncia *Yafa*, y que así lo escribe Volney; pero yo no conozco el árabe, y por otra parte no puedo citar un texto que me baste para variar la ortografía de D'Anville y de otros muchos escritores.

de esta tribu con Ramlé y Lydda. Pero otros autores, entre ellos Adrichomio, Roger, etc., ponen á Joppé en la tribu de Dan. Las fábulas de los griegos se estendieron tambien hasta estas costas. Decian que Joppé traia su orígen y nombre de una hija de Eolo, y en estas cercanías colocaban el suceso de Perseo y de Andrómeda. Segun Plinio, Scauro trajo de Joppé á Rama los huesos de aquel mónstruo marino que Neptuno envió contra ella. Pausanias dice que cerca de Joppé se veia una fuente donde Perseo se lavó la sangre con que aquel mónstruo le habia salpicado; de donde provino que el agua de la fuente quedó teñida de color rojizo. Cuenta en fin San Gerónimo, que en su tiempo enseñaban todavía las gentes del pais la roca y la cadena donde suponian habia estado Andrómeda aherrojada.

En este puerto era donde entraban las escuadras del rey Hyram, que venian cargadas de cedros para el templo, y aqui fué donde se embarcó el profeta Jonás cuando huia de la ira del Señor. Joppé fué tomada cinco veces por los egipcios, los asirios y los diferentes pueblos que hicieron la guerra á los judíos, antes que los romanos penetrasen en el Asia. Fué luego una de las once Toparchias donde se adoraba el ídolo Ascalen. Judas Machabeo incendió esta ciudad, porque sus habitantes habian degollado doscientos judíos. Estando en ella San Pedro, resucitó á Tabitha, y hospedado en casa de Simon el zurrador, recibió á los que habian venido á verle desde Cesaréa. Al principio de la guerra judáica, Joppé fué destruida por Cestio; y habiendo unos piratas vuelto á levantar sus murallas, Vespasiano la destruyó de nuevo, y dejó una guarnicion en la ciudadela.

Hemos observado que Joppé duraba dos siglos despues, en tiempo de San Gerónimo, quien la llama *Japho*; y luego, junto con toda la Siria, sufrió el yugo

de los sarracenos. Tambien hallamos noticias de ella en los historiadores de las cruzadas. El Anónimo que comenzó la coleccion *Gesta Dei per Francos*, cuenta que hallándose el ejército de los cruzados bajo las murallas de Jerusalen, Godofre de Bullon envió á Raimundo Pilet, Acardo de Mommelu y á Guillermo de Sabran, para que guardasen los navíos genoveses y pisanos que habian llegado al puerto de Jaffa: *Qui fideliter custodirent homines et naves in portu Japhiæ.* Benjamin Tudela habla tambien de ella hácia esta época con el nombre de *Gapha*: *Quinque abhinc leucis est Gapha, olim Japho, aliis* Joppé *dicta, ad mare sita; ubi unus tantum Judæus, isque lanæ inficiendæ artifex est.* Saladino desalojó de Jaffa á los cruzados, y la recobró luego Ricardo Corazon de Leon. Los sarracenos volvieron á entrar en ella, y pasaron á cuchillo á los cristianos. Pero en el primer viage que hizo al Oriente San Luis, ya no estaba esta ciudad en poder de los infieles, sino de Gualtero de Briena, que llevaba el título de conde de Jaffa, segun este pasage de Sir de Joinville.

«Y cuando el conde de Jaffa vió que el rey venia, arregló y puso á buen recaudo su castillo de Jaffa en tal guisa, que muy bien se asemejaba á una ciudad defensible; porque habia colocado en cada una de sus almenas quinientos peones, y cada uno de estos peones tenia una tarja con sus armas, lo cual era muy hermoso de ver, porque estas armas eran ende de oro finísimo, con una muy rica cruz de gules. Nos acampamos en redor de este castillo, que estaba al ras de la mar, y en una isla, y el rey fiz dar comienzo á un pueblecito cabe el castillo, de uno á otro mar, en cuanto habia de tierra.»

En Jaffa fué donde la reina, esposa de San Luis, dió á luz una niña, á la que se le puso el nombre de *Blanca*; y allí mismo recibió el rey la noticia de la

muerte de su madre, y al oirla se arrodilló y dijo: «Os doy gracias, Dios mio, porque me habeis conservado á mi querida madre todo el tiempo que ha placido á vuestra divina voluntad; y porque ahora habeis tenido á bien llevarla para vos. Es verdad que la amaba mas que á todas las criaturas del mundo, y lo merecia; pero ya que vos me la habeis quitado, sea bendito vuestro nombre en toda la eternidad.»

Mientras la dominaron los cristianos, tuvo Jaffa un obispo sufragáneo de la silla de Cesarea. Cuando los caballeros, empero, tuvieron que salir enteramente de la Tierra Santa, Jaffa volvió á caer con toda la Palestina bajo el yugo de los soldanes de Egipto, y despues bajo la dominacion de los turcos.

Desde aquella época hasta el dia hallamos el nombre de Joppé ó de Jaffa en todos los viages á Jerusalen; pero la ciudad, tal como existe en el dia, no tiene mas de un siglo de antigüedad; porque Monconys, que visitó la Palestina en 1647, no halló en Jaffa mas que un castillo y tres cuevas abiertas en la roca. Thevenot añade que los religiosos de Tierra Santa habian levantado delante de estas cavernas unas barracas de madera, que hicieron derribar los turcos: y esto esplica un pasage de la relacion de un religioso veneciano, el cual dice que cuando llegó á Jaffa, encerraban á todos los peregrinos en una cueva. Breve, Opdam, Deshayes, Huen, de Salignac, Duloir, Zuallart, el padre Roger y Pedro del Valle, convienen unánimemente en el corto recinto y estrema miseria de Jaffa.

Puede leerse en Volney todo lo perteneciente á Jaffa moderna, á la historia de los sitios que ha sufrido durante las guerras de Daher y de Ali-Bey, y á otras particularidades acerca de sus jardines deliciosos y esquisitas frutas; y yo añadiré alguna cosa sobre los sucesos posteriores.

Ademas de las dos fuentes de Jaffa, de que hablan

los viageros, se halla agua dulce en toda la costa del mar, subiendo hácia Gaza, y basta con ahondar en la arena un poco con la mano para que brote á la orilla misma del agua del mar una fuente fresca y cristalina. Yo mismo, en compañía de Mr. Dontessini, hice este curioso descubrimiento, comenzando desde el ángulo meridional de la ciudad hasta la morada de un santon, que se descubre en la costa á alguna distancia.

Jaffa, tan maltratada ya en las guerras de Daher, ha padecido mucho tambien en estos últimos tiempos, Los franceses, mandados por el emperador, la tomaron por asalto en 1799, y cuando nuestros soldados volvieron al Egipto, los ingleses, unidos con las tropas del gran visir, levantaron un baluarte en el ángulo Sudeste de la ciudad, y nombraron gobernador á un favorito del gran visir, llamado Abou-Marra. Luego que salió de allí el ejército otomano, vino á sitiar á Jaffa Djezzar, bajá de Acre, enemigo del gran visir. Abou-Marra se defendió con bizarría durante nueve meses, y pudo por fin huir por mar: las ruinas que se ven al Oriente de la ciudad, son el resultado de aquel sitio. Despues de la muerte de Djezzar, Abou-Marra fué nombrado bajá de Gedda, en las costas del mar Rojo. El nuevo bajá tomó la ruta por Palestina, y rebelándose, como sucede frecuentemente en Turquía, se detuvo en Jaffa, negándose á pasar á desempeñar su bajalato. Suleiman-Baja, bajá de Acre, segundo sucesor de Djezzar (1), recibió la órden de someter al rebelde, y puso de nuevo sitio á Jaffa. Despues de una débil resistencia, Abou-Marra se acogió á Mahamet-Bajá-Adem, á quien acababan de nombrar entonces bajá de Damasco.

Espero que se me dispensará la aridez de estos

(1) El sucesor inmediato de Djezzar se llamaba *Ismael-Bajá*, y tambien usurpó el mando á la muerte de Djezzar.

pormenores en consideracion á la importancia que tenia Jaffa en otro tiempo, y á la que ha adquirido en esta última época.

Con impaciencia aguardaba yo el momento de mi partida para Jerusalen. Por fin, el dia 3 de octubre á las cuatro de la tarde mis criados se pusieron unos sacos de pelo de cabra, que se fabrican en el alto Egipto, semejantes en un todo á los que llevan los beduinos, y yo me puse otro encima de mi vestido, igual á los de Juan y Julian, y montamos en unos caballejos, que llevaban albardones por sillas, y unas sogas por estribos. El presidente del hospicio iba al frente, como si fuese un hermano lego; un árabe casi en cueros nos servia de guia, y otro cuidaba de un asno, que llevaba los equipages. Salimos por la puerta falsa del convento, y nos dirigimos á la de la ciudad que cae al Mediodía, atravesando las ruinas y escombros de las casas que fueron demolidas en los últimos sitios que sufrió la ciudad. Segíamos el camino por entre unos jardines que debian ser deliciosos en otro tiempo, y que han celebrado mucho el padre Neret y Mr. de Volney. Estos jardines han sido destruidos por los varios partidos que se han disputado encarnizadamente las ruinas de Jaffa; pero sin embargo, aun quedan algunos granados, higueras de Faraon, limoneros, palmeras, y bosquecillos de nopales y manzanos, que tambien se cultivan en las cercanías de Gaza, y aun en el convento del monte Sinaí.

Entramos en la llanura de Saron, cuya hermosura alaba la Escritura (1). Cuando el padre Neret pasó por allí en el mes de abril de 1713, estaba cubierta de tulipanes: «cuyos variados colores, dice, formaban una vista muy agradable.» Las flores que durante la primavera tapizan estos célebres campos, son las ro–

(1) Véase el libro XVII de los *Mártires*.

sas blancas y encarnadas, los narcisos, las anémones, los lirios blancos y amarillos, los alelíes, y una especie de siempreviva muy fragante. Esta llanura se estiende por toda la costa del mar, desde Gaza al Mediodía, hasta el monte Carmelo al Norte; al Levante la ciñen las montañas de Judea y de Samaria. No es igual en toda su estension, porque forma cuatro vegas separadas unas de otras por una cordillera de rocas estériles. El terreno es de una especie de arena finísima, ya blanca, ya rojiza, pero muy fértil, sin embargo; mas merced al despotismo musulman no produce mas que cardos y maleza, y solo se ven de cuando en cuando algunos mezquinos plantíos de algodoneros, de cebada y de trigo. De trecho en trecho se distinguen algunos caseríos arruinados, y algunos olivares y bosquecillos de sicomoros. A la mitad del camino que va desde Rama á Jaffa se encuentra un pozo indicado por todos los viageros, y cuya historia refiere el abate Mariti, á fin de tener el placer de oponer la utilidad de un santon turco, á la inutilidad de un religioso cristiano. Cerca de este pozo hay un olivar, que segun la tradicion del pais, fué plantado en tiempo de Godofre de Bullon. Desde aqui se descubre la ciudad de Rama ó Ramlé, situada en un parage delicioso al fin de una de estas vegas. Antes de entrar en la ciudad nos apartamos del camino para examinar una cisterna que fué construida por la madre de Constantino (1). Se baja á ella por veinte y siete escalones;

(1) Si hemos de dar crédito á las tradiciones del pais, Santa Elena ha edificado todos los monumentos de la Palestina, lo que no conviene con la mucha edad de esta princesa en su viage á Jerusalen. Pero es cierto, sin embargo, segun el testimonio unánime de Eusebio, San Gerónimo y todos los historiadores eclesiásticos, que Santa Elena contribuyó mucho á restablecer los Santos Lugares.

tiene treinta y tres pies de largo y treinta de ancho, y su bóveda está sostenida por veinte y cuatro arcos, entrando el agua por otras tantas bocas ó agujeros, Desde alli, y atravesando un bosquecillo de nopales, llegamos á la torre de los Cuarenta Mártires, que ahora no es mas que el minarete de una mezquita abandonada; pero antes fué el campanario de un monasterio, cuyas hermosas ruinas existen aun, y las cuales solo quedan en una especie de pórticos muy semejantes á los de las caballerizas de Mecenas en Tibur, y se hallan cubiertas de higueras silvestres. Dícese que San José, la Vírgen y el Niño Jesus se detuvieron aqui en su huida á Egipto; y seria con efecto un bello paisage el que se copiase de alli para un cuadro del descanso de la Santa Familia, y muy semejante al admirable cuadro de Claudio Lorena, que se conservaba en el palacio Doria, en Roma.

Sobre la puerta de la torre se lee una inscripcion árabe, que copió Volney, y alli cerca hay una antigüedad milagrosa, que Muratori describió.

Despues de haber visto estas ruinas, pasamos cerca de un molino abandonado, que Volney cita como el único que vió en la Siria; pero en el dia hay muchos mas. Bajamos al pueblo de Rama, y fuimos á apearnos al hospicio de los religiosos de Tierra Santa. Este hospicio habia sido saqueado cinco años antes; y aun me enseñaron el sepulcro de un religioso que fué muerto en aquella ocasion. En fin, los padres habian obtenido el permiso de hacer en él las reparaciones mas precisas.

En Rama se me dieron muy buenas noticias; porque encontré alli al dragoman del convento de Jerusalen, que enviaba el guardian á esperarme; y al mismo tiempo el caudillo árabe, á quien los padres habian avisado, y que debia servirme de escolta, me estaba esperando en aquellas cercanías; pues el agá

de Rama no permitia á los beduinos la entrada en la ciudad. La tribu mas poderosa de las montañas de Judea reside en la aldea de Jeremías, y permite ó no, segun le place, llegar á Jerusalen á los peregrinos. El scheik ó jeque de esta tribu hacia poco tiempo que habia muerto, dejando por tutor de su hijo Utman, á su tio Abou-Gosh, el cual tenia dos hermanos, llamados Djiaber é Ibrahim-Habd-el-Rouman, que fueron los que me acompañaron á mi vuelta.

Convinimos en que yo partiria á media noche, y como aun era de dia, cenamos en la azotea del convento. Los monasterios de Tierra Santa se parecen á unas fortalezas macizas y aplastadas, y en nada presentan el aspecto de los conventos de Europa. Desde aquella azotea gozamos de un bello punto de vista: las casas de Rama son unas chozas de tierra y yeso, que rematan en una cúpula, como las de una mezquita ó el sepulcro de un santon: parecen colocadas en un bosque de olivos, higueras y granados, y están en medio de grandes nopales de formas muy variadas y raras, cuyas palas espinosas se hallan confusamente hacinadas. De entre este informe monton de árboles y casas se elevan por los aires las mas hermosas palmeras de Idumea. En el patio del convento habia en particlar una tan corpulenta y hermosa, que no me cansaba de mirarla, pues se elevaba como una columna de treinta pies de alto, desplegando luego con gracia sus ramas encorvadas, que cubrian los racimos de dátiles medio maduros y tan encarnados como un coral.

Rama es la antigua Arimathias, patria de aquel varon justo que tuvo la dicha de dar sepultura al Salvador. El Lod, Lydda ó Diospolis, que es una aldea distante una media legua de Rama, fué donde San Pedro hizo el milagro de la curacion del paralítico. Para conocer á Rama con relacion á su comercio, se deben

leer las *Memorias* del baron de Tolt, y el viage de Mr. de Volney.

Salimos de esta ciudad el 4 de octubre á media noche, y el padre presidente nos llevó por caminos estraviados al parage adonde nos aguardaba Abou-Gosh, y luego se volvió á su convento. Componíase nuestra comitiva de este caudillo árabe, del dragoman de Jerusalen, de mis dos criados y del beduino de Jaffa, que cuidaba del equipage. Nosotros llevábamos siempre el trage de unos pobres peregrinos; pero íbamos bien armados debajo de nuestras miserables ropas.

Despues de haber andado como una hora por un terreno desigual, llegamos á varias ruinas que se hallan en lo mas alto de unas rocas, y como otra hora despues comenzamos á entrar en las montañas de Judea, pasando por una rambla, que da vuelta á una colina árida y aislada. Encima de esta colina se veian las ruinas de una aldea y de un cementerio abandonado: esta aldea se llama del *Latroun* ó del Ladron, porque es en efecto la patria de San Dimas ó el buen Ladron, que imploró de Jesucristo la misericordia en su última hora. Tres millas mas allá comenzamos á penetrar en los montes, siguiendo siempre el canal de la rambla; la luna habia menguado mucho, y apenas nos alumbraba en aquella hondonada, en la que oíamos muy cerca de nosotros el áspero gruñido de los jabalíes. Al contemplar aquellos sitios estériles y solitarios, comprendí muy bien por qué la hija de Jephté queria llorar sobre la montaña de Judea, y por qué los profetas iban á lamentarse á los parages encumbrados. Cuando amaneció, nos hallamos entre montañas de forma cónica, muy semejantes entre sí, y unidas unas á otras por su base. La roca que forma el núcleo de estas montañas, rompia por entre ellas, y sus fajas ó cornisas paralelas trazaban como el graderío de un

anfiteatro romano, ó como aquellas paredes escalonadas, en que se apoyan los viñedos en los valles de Saboya (1). En los recodos de estas montañas se veian algunas encinas, bojes y adelfas, y en lo interior de las cañadas ó ramblas que allí se forman, y en las vertientes de las montañas, se descubren tambien algunos olivares. Oimos los gritos de diversas aves, y entre estas algunos grajos. Llegados á lo mas alto de los montes, y volviendo la vista al camino que acabábamos de andar, descubrimos hácia el Mediodía y Occidente la llanura de Saron hasta Jaffa, y el horizonte del mar hasta Gaza, y enfrente, esto es, al Norte y Levante, comenzaba el valle de San Geremías; y siguiendo la misma direccion, y en lo alto de unas rocas, se descubre á lo lejos una fortaleza antigua llamada el *Castillo de los Macabeos*. Créese que el autor de las *Lamentaciones* nació en la aldea que ha conservado su nombre en medio de estos montes (2): lo cierto es que la tristeza de estos parages parece que respira en los cánticos de este profeta del dolor.

Sin embargo, al acercarme á la aldea de San Geremías me consolé con una vista no esperada. Descubrí algunos rebaños de cabras de la casta de orejas caidas, y carneros de colas largas, y asnos, cuya hermosura me hacia recordar el onagro de la Escritura. Amanecia entonces, y salian de la aldea para ir á pastar. Las mugeres árabes estaban secando las uvas en las viñas: algunas tenian el rostro tapado con un velo, y llevaban un cántaro sobre la cabeza, como las hijas de Madian. El humo de la aldea subia formando una blanca niebla iluminada por los primeros rayos del sol; oíanse confusas voces y alegres cantinelas, lo cual

(1) Como en otro tiempo se usaba tambien entre los udíos.

(2) Pero esta tradicion no se sostiene en buena crítica.

contrastaba agradablemente con la aridez de aquellos parages y el recuerdo de la pasada noche. Nuestro caudillo árabe habia recibido adelantado el derecho que aquella tribu exige á los viageros, y asi pasamos sin impedimento alguno. Pero de repente quedé atónito al oir con estraña sorpresa mia gritar claramente en francés: «¡En avant, marche!» «¡De frente, marchen!» Volví la cabeza, y ví una cuadrilla de muchachos árabes enteramente desnudos, que hacian el ejercicio, teniendo por fusiles unos palos de palma. En aquella primera impresion me sorprendió no sé qué antiguo recuerdo de mi primera juventud, porque mi corazon se exalta cuando oigo hablar de un soldado francés; pero al ver aquellos pequeños beduinos imitar en el centro de las montañas de Judea nuestros ejercicios militares, y conservando una idea de nuestra bizarría; oirles pronunciar unas palabras que son, por decirlo asi, las voces de ordenanza de nuestros batallones, y las únicas que saben nuestros granaderos era cosa de interesar á cualquiera, aun al menos apasionado por la gloria de su patria. No me asusté tanto por ello, como cuando Robinson oyó hablar á su papagayo; pero no fué menos mi alegría que la de aquel famoso viagero. Di algunos medines á aquel batallon de chicuelos, y les dije á mi vez: «¡En avant, marche!» «¡De frente, marchen!» Y para no olvidar cosa alguna añadí: «¡Dieu le veut! ¡Dieu le veut! ¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!» como decian los compañeros de Godofredo y de San Luis.

Desde el valle de Jeremías bajamos al del Terebinto, que es mas hondo y estrecho, y tiene algunas viñas y cañaverales. Llegamos al torrente donde David, siendo niño, tomó las cinco piedras con que mató al gigante Goliath; y lo pasamos por un puente de piedra, el único que se halla en aquellos desiertos: aun se veian algunos charcos de agua estancada. Allí cerca

y á mano izquierda, en la parte baja de una aldea llamada *Kaloni*, descubrí las ruinas de un edificio antiguo entre otras mas modernas. El abate Mariti dice que es obra de ciertos religiosos; mas para un viagero italiano no deja de ser un error muy grave; pues si la arquitectura de este monumento no es hebráica, es ciertamente romana, haciendo esta hipótesi mas verosimil el tamaño, corte y aplomo de las piedras.

Luego que se pasa el torrente, se descubre la aldea de Kariet-Lefta, á orillas de otro torrente ó rambla enteramente seca. A lo lejos, y en la cima de un encumbrado monte, se descubre el pueblo de Nablous, Nabolos, ó Naplusa, que es el Sichem del reino de Israel y el Neapolis de los Herodes. Seguimos penetrando en aquellos desiertos, donde solo hallábamos de cuando en cuando algunas higueras silvestres. Hasta allí habíamos visto en los campos algun verde; pero estos comenzaron á aparecer mas desnudos de toda planta, y mas encumbradas, ásperas y áridas las montañas, cuyo color era de un rojo inflamado. Una hora anduvimos trepando por aquellas tristes regiones, hasta llegar á un desfiladero que desde lejos descubríamos, andando otra hora por la llanura ó meseta que se forma encima, y era asimismo estéril y llena de guijarros. De pronto, y al estremo de esta llanura, descubrí una línea de murallas góticas, flanqueadas de torres cuadradas, detrás de las cuales se distinguian algunos edificios. Al pie de estas murallas se divisaba un campamento de caballería turca con toda la pompa oriental. El guia esclamó: «¡El-Cods!» ¡La Santa (Jerusalen)! y echó á correr á galope (1).

Entonces comprendí muy bien lo que los historia-

(1) Aunque Abou-Gosch era vasallo del gran señor, temia que el bajá de Damasco, cuyo campamento distinguíamos, le hiciese apalear ó pagar alguna suma.

dores y viageros nos cuentan de la sorpresa de los cruzados y de los peregrinos al ver por primera vez á Jerusalen (1).

Puedo asegurar que el que haya tenido, como yo,

(1) ¡*O bonæ Jesu! ut castra tua viderunt hujus terrenæ* Jerusalem *muros, quantos exitus aquarum oculi eorum deduxerunt! Et mox terræ procumbentia, sonitu oris et nutu inclinati corporis Sanctum Sepulcrum tuum salutaverunt; et te, qui in eo jacuisti, ut sedentem in dextera Patris, ut venturum Judicem omnium, adoraverunt.* (Rob., *Monachus*, lib. IX.)

Ubi vero ad locum ventum est, unde ipsam turritam Jerusalem *possent admirari, quis quam multas ediderint lacrymas digne recenseat? Quis affectus illos convenienter exprimat? Extorquebat gaudium suspiria, et singultus generabat inmensa lætitia. Omnes visa* Jerusalem, *substiterunt, et adoraverunt, et flexo poplite terram sanctam deosculati sunt: omnes nudis pedibus ambularent, nisi metus hostilis eos armatos incedere debere præciperet. Ibant, et flebant; et qui orandi gratia convenerant, pugnaturi prius arma deferebant. Fleverunt igitur super illam, super quam et Christus illorum fleberat: et mirum in modum, super quam flebant, feria tertia, octavo idus Junii, obsederunt; obsederunt, inquam non tanquam novercam privigni, sed quasi matrem filii.* (Baldric., *Hist. Jerosol.*, lib. V.)

El Tasso ha limitado este pasage:

Ecco apparir Gierusalem si vede;
Ecco additar Gierusalem si scorge;
Ecco da mille voci unitamente
Gierusalemme salutar si sente, etc., etc.

Las estrofas que siguen son admirables:

Al gran piacer che quella prima vista
Dolcemente spiro nell' altrui petto,
Alta contrizion successe, etc.

la paciencia de leer unas doscientas descripciones modernas de la Tierra Santa, las compilaciones rústicas y los pasages antiguos acerca de la Judea, aun conoce muy poco. Yo me quedé sorprendido mirando fijamente á Jerusalen, y contemplando la altura de sus murallas, y recordando toda la historia desde Abraham hasta Godofre de Bullon; meditando la suerte del género humano enteramente cambiado por la venida del Hijo del Hombre, y buscando en vano aquel templo, del cual *no queda piedra sobre piedra.* Aun cuando yo viviese mil años, no olvidaria jamás aquel desierto que parece respirar todavía la grandeza de Jehová y los espantos de la muerte (1).

Los gritos del dragoman que me decia nos agrupásemos, porque íbamos á pasar por el campamento de los turcos, me dispertaron de aquella especie de éxtasis en que habia caido al ver de pronto los Santos Lugares. Pasamos atravesando las tiendas de campaña, que eran todas de pieles de carneros negros, aunque habia algunos pabellones de tela listada, principalmente el del bajá. Los caballos estaban ensillados y atados á las estacas. Me admiré de ver cuatro piezas de artillería de campaña en buena disposicion, cuyas cureñas me parecieron inglesas. Nuestro trage y rara comitiva hicieron reir á la soldadesca. Al llegar junto á la puerta de la ciudad vimos al bajá que salia de ella, y al instante me quité el pañuelo que llevaba sobre el sombrero para resguardarme del sol, temiendo no me atrajese algun disgusto, como le sucedió en Tripolizza al pobre José.

Entramos en Jerusalen por la puerta de los Peregrinos, junto á la cual se halla la torre de David, mas conocida aun con el nombre de *Torre de los Pisanos,*

(1) En las antiguas Biblias francesas se llama á la muerte *el Rey de los espantos.*

Pagamos el tributo, seguimos la calle que estaba enfrente, y tomando luego á la izquierda por entre unas malas casas de yeso, llegamos á las doce y veinte y dos minutos al monasterio de los pades latinos, que habian invadido los soldados de Abdallah, exigiendo cuanto se les antojaba.

Es menester hallarse en la triste situacion de los padres de la Tierra Santa, para comprender el placer que les causó mi llegada; pues con esto se creyeron ya libres de todo insulto. Entregué al padre Buenaventura de Nola, que era el guardian del convento, la carta que el general Sebastiani me habia dado para él: «Caballero, me contestó el guardian, sin duda la Providencia os ha traido en tan crítica situacion. Acaso tendreis firmanes del gran señor, y en este caso permitidme se los envie al bajá, pues de este modo sabrá que un francés ha llegado al convento, y que gozamos de una proteccion particular, como si fuera la del mismo emperador. El año pasado nos obligaron á pagarle sesenta mil piastras, siendo asi que, segun la costumbre, solo le debemos cuatro mil, y esto á título de regalo. Quiere que este año le demos la misma cantidad, y nos amenaza con los mas bárbaros castigos si no la aprontamos. En este caso nos veremos obligados á vender los vasos sagrados, porque hace cuatro años que no recibimos limosnas de Europa; y si esto continúa asi, por fuerza habremos de dejar la Tierra Santa, y entregar á los mahometanos el sepulcro de Jesucristo.»

Tuve una satisfaccion muy particular en hacer este corto obsequio al padre guardian; pero le supliqué, sin embargo, me dejase ir al Jordan antes de enviar los firmanes, para no aumentar las dificultades de un viage siempre arriesgado; pues Abdallah pudiera hacerme asesinar en el camino, echando luego la culpa á los árabes.

El padre Clemente Perez, procurador del convento, y sugeto no menos instruido que delicado y fino, me llevó á la hospedería de los peregrinos. Dejé allí todo mi equipage, y me dispuse al instante para salir de Jerusalen, aunque mas necesitaba de descanso, que de habérmelas con los árabes del mar Muerto. Mucho tiempo hacia que vagaba por mar y tierra para llegar á los Santos Lugares, y apenas habia tocado al término de mi viage, cuando me alejaba de nuevo. Pero creí que debia hacer aquel sacrificio por unos pobres religiosos, que de contínuo sacrifican á impulsos de su caridad sus bienes, y aun su vida. Bien hubiera podido conciliar los intereses de aquellos religiosos con mi propia seguridad, desistiendo por mi parte del viage al Jordan, y poniendo límites á mi curiosidad.

Mientras se disponia mi partida, los religiosos fueron á cantar al coro, y con este motivo supe que se celebraba la fiesta del santo fundador de la órden, y me acordé de que en efecto era el 4 de octubre, dia de San Francisco, que es el de mi nacimiento y nombre. Fuí tambien al coro, donde hice oracion por el alma de la que en semejante dia me dió á luz: *Paries liberos in dolore*. Tengo por una felicidad muy particular el que mi primera oracion en Jerusalen no haya sido por mí. Consideré con mucho respeto á aquellos religiosos que cantaban las alabanzas del Señor á trescientos pasos del Santo Sepulcro; y no dejó de enternecerme aquella milicia débil, pero invencible, que ha quedado sola para la guardia del Santo Sepulcro, que los reyes no pudieron defender:

¡Voila donc quels vengueurs s'arment pour ta querelle!

El padre guardian envió á buscar un turco llamado Alí-Agá, para que me acompañase á Betlem. Este Alí-Agá era hijo de un agá de Rama, á quien

el tirano Djezzar hizo cortar la cabeza. Era natural de Jericó, hoy Rhhia, y se titulaba gobernador de aquella aldea. Era un hombre resulto y animoso, cuya adquisicion me fué muy útil. Lo primero que hizo fué disponer que mis criados y yo nos quitásemos el trage árabe para volver á presentarnos como franceses; pues aunque antes era despreciado por los orientales, en el dia les infunde respeto y temor, porque los franceses han recobrado la fama que tuvieron antes en este pais: caballeros franceses fueron los que restablecieron el reino de Jerusalen, asi como fueron soldados tambien franceses los que cogieron las últimas palmas del Idumea. Asi es que los turcos enseñan á un mismo tiempo la *Torre* de Balduino y el *Campo* del emperador: aun se ve en el monte Calvario la antigua espada de Godofredo de Bullon, que, metida en su antigua vaina, parece guardar todavía el Santo Sepulcro.

A las cinco de la tarde ya teníamos alli tres buenos caballos; tambien nos acompañó el dragoman del convento, llamado Miguel. Alí se puso al frente de todos, y partimos para Betlem, donde debíamos pernoctar, y tomar una escolta de seis árabes. Habia yo leido que el guardian de San Salvador es el único franco que tiene el privilegio de montar á caballo en Jerusalen, y asi estrañé el que me tragésen una yegua árabe; pero supe despues que todo viagero puede hacer lo mismo por su dinero. Salimos de Jerusalen por la puerta de Damasco, y despues, tirando á la izquierda, y pasando unas ramblas al pie del monte Sion, trepamos una montaña, por cuya cumbre anduvimos una hora. Dejábamos á Jerusalen á la espalda, y á la parte del Norte: al Poniente se veian las montañas de Judea; al Levante y mas hallá del mar Muerto, las de Arabia. Pasamos por el convento de San Elías, y me hicieron observar un olivo y una peña que

está á la orilla del camino, y es el parage en que el profeta descansaba cuando iba á Jerusalen. Una legua mas allá entramos en el campo de Rama, donde se halla el sepulcro de Raquel. Es un edificio cuadrado que termina en una cúpula ó media naranja, y goza de los privilegios de mezquita, porque los turcos y los árabes reverencian á los patriarcas. Las tradiciones de los cristianos convienen en que en estos parages está enterrada Raquel, y la crítica histórica favorece esta opinion; pero no obstante lo que aseguran Thevenot, Moncoys, Roger y otros, yo no puedo reconocer un monumento antiguo, en lo que ahora llaman el *Sepulcro de Raquel*; y sin duda es una fábrica turca consagrada á algun santon.

Ya habia anochecido, y descubrimos en el monte las luces de la aldea de Rama. Reinaba un profundo silencio; y sin duda en una noche muy semejante fué cuando se oyó de súbito la voz de Raquel: *Vox in Rama audita est, ploratus et ululatus multus; Rachel plorans filios suos, et noluit consolari, quia non sunt.* Aqui quedan vencidas la madre de Astianacte y de Eurialo: Homero y Virgilio ceden la palma del dolor á Geremías.

Por un camino estrecho y escabroso llegamos á Betlem, y llamamos á la puerta del convento, lo que asustó á los religiosos, que no esperaban á nadie, y les aterró el turbante de Alí; pero se tranquilizaron inmediatamente.

Betlem debió su nombre, que significa la *Casa de Pan*, al patriarca Abraham. Tambien se llamó *Ephrata* (fructuosa), del nombre de la muger de Caleb, para distinguirla de otro Betlem de la tribu de Zabulon. Pertenecia á la tribu de Judá, y se la llamó tambien la *Ciudad de David*, por ser patria de este santo rey, y en la que siendo niño guardó los ganados. Abissan, sétimo juez de Israel, Elimelech, Obed, Jessé y Booz,

nacieron, como David, en Betlem; y aqui debemos colocar la admirable égloga de Ruth. San Matías tuvo tambien la dicha de nacer en la misma ciudad que el Mesías.

Los primeros fieles edificaron un oratorio sobre el Santo Pesebre. Adriano lo derribó para colocar allí una estátua de Adónis. Pero Santa Elena mandó derribar el ídolo, é hizo construir en el mismo sitio una iglesia, cuya arquitectura se confunde en el dia con las diferentes obras añadidas por los príncipes cristianos. Todos saben que San Gerónimo se retiró á Betlem. Los cruzados conquistaron esta ciudad, la que volvió á caer bajo el yugo de los infieles cuando tomaron á Jerusalen; pero siempre ha sido venerada por los cristianos peregrinos, y hánla conservado por espacio de siete siglos algunos religiosos consagrados á un contínuo martirio. En cuanto á la ciudad moderna, puede leerse á Mr. de Volney; pero no he advertido en su valle la fertilidad que se le atribuye; bien que bajo la dominacion de los turcos, el terreno mas feraz se convierte en erial á los pocos años.

El dia 5 de octubre á las cuatro de la mañana comencé á recorrer los monumentos sagrados de Betlem; y aunque existen tantas descripciones de ellos, es tan interesante el asunto, que no podré menos de tratarle aqui.

El convento de Betlem comunica con la iglesia por medio de un patio cerrado con las altas paredes. Atravesamos este patio, y entramos en la iglesia por una puertecita lateral. Esta iglesia es sin duda de muy remota antigüedad; y aunque muchas veces ha sido destruida y reparada, conserva, sin embargo, todavía las señales de su orígen griego. Su forma es la de una cruz: la nave mayor, ó sea el pie de la cruz, está adornado con cuarenta y ocho columnas de órden corintio, colocadas en cuatro filas. Estas columnas tienen dos

pies y seis pulgadas de diámetro cerca de la base, y diez y ocho pies de alto, comprendiendo la base y el capitel. Como á esta nave le falta la bóveda, las columnas solo tienen un friso de madera que reemplaza el arquitrave, y ocupa el lugar de todo el entablamento. De encima de las paredes arranca un armazon; mas parece que jamás llegó á concluirse. Dícese que toda esta armazon es de cedro, pero se equivocan los que lo han asegurado. En las paredes de la iglesia hay muchas ventanas muy grandes, y estas paredes estuvieron en otro tiempo adornadas de cuadros hechos de mosáico y textos del Evangelio en caractéres griegos y latinos, de los cuales todavía quedan algunos. Cuaresmio copió la mayor parte de estas inscripciones. El abate Mariti pondera con cierta acrimonía una equivocacion de este sábio religioso relativa á una fecha: el hombre mas hábil puede padecer un error; pero el que lo denuncia al público sin miramientos y sin delicadeza, prueba menos su ciencia que su vanidad.

Los restos de los mosáicos que aun se encuentran, y algunos cuadros pintados sobre tabla, son de bastante importancia para la historia del arte; pues generalmente presentan figuras de frente, rectas, de un estilo duro, sin movimiento ni sombra; pero el efecto que producen es magestuoso, y el carácter noble y severo. Observando estas pinturas, no pude dejar de recordar á Mr. d'Agincourt, que estaba trabajando en Roma la *Historia de las artes del dibujo en la edad media* (1), y que positivamente hallaria grandes recursos en Betlem.

La secta cristiana de los armenios está en posesion de la nave que acabo de describir, y se halla separada de los otros tres brazos ó partes de la cruz por una

(1) Tenemos algunas entregas de esta obra preciosa, fruto de treinta años de trabajos y curiosas investigaciones.

pared; de modo que la iglesia ha perdido la unidad de forma que tuvo al principio. Pasada esta pared, se halla uno delante del santuario ó coro, que ocupa lo alto de la cruz, y se eleva por tres gradas de lo demas de la nave. Aqui se ve un altar dedicado á los reyes magos. Sobre el pavimento, y en la parte baja de este altar, hay una estrella hecha de mármol; y es tradicion que esta estrella corresponde al mismo punto del cielo, donde se detuvo la estrella milagrosa que guió á los tres reyes. Lo cierto es, que el parage en que nació el Salvador del mundo se halla perpendicularmente debajo de la estrella de mármol, en la iglesia subterráneo del Santo Pesebre, y de la cual voy á hablar ahora. Los griegos ocupan el santuario de los magos, y las otras dos naves que forman los verdaderos brazos de la cruz; mas estas dos últimas naves no tienen altares ni adorno alguno.

Se baja á la iglesia subterránea, que está bajo de este coro, por dos escaleras, que cada una tiene quince escalones, y comienza á los dos lados del coro de la iglesia esterior. Esta es la capilla para siempre reverenciada del nacimiento del Señor. Antes de entrar en ella, el padre guardian me puso una vela en la mano, y me hizo una breve plática. Esta santa gruta es de forma irregular, porque ocupa el espacio irregular del establo y del pesebre. Tiene treinta y siete pies y medio de largo, once pies y tres pulgadas de ancho, y nueve pies de alto. Está abierta en la peña viva, y cubierta de mármol, del que está formado el pavimento de la gruta. Atribúyense estos adornos á Santa Elena. La iglesia no recibe luz alguna de fuera, y está alumbrada por treinta y dos lámparas regaladas por diferentes príncipes cristianos. En lo mas retirado de la gruta, y al lado del Oriente, está el parage donde la Vírgen dió á luz al Redentor de los hombres. Este punto se distingue por un mármol blanco embutido

de jaspe, rodeado de un cerco de plata, con rayos en forma de sol, y alrededor se leen estas palabras:

HIC DE VIRGINE MARIA
JESUS CHRISTUS NATUS EST.

Una losa de mármol, que sirve de altar, está sostenida en los dos lados de la piedra, sobre el mismo parage en que nació el Mesías. Alumbran este altar tres lámparas, y la mas hermosa fué regalo del rey de Francia Luis XIII.

Siete pasos mas allá, hácia el Mediodía, y despues de la entrada de una de las escaleras que suben á la iglesia superior, se halla el pesebre, al que se baja por dos escalones, pues no está al nivel de lo demas de la gruta. Es una bóveda poco elevada, metida en la misma piedra. Un pedazo de mármol blanco que se levanta un pie sobre el suelo, y está cavado en forma de cuna, indica el sitio donde el Soberano de los cielos fué reclinado sobre la paja.

«Subió tambien José de Galilea de la ciudad de Nazareth á Judea, á la ciudad de David, que se llama Betlem, porque era de la casa y familia de David. Para empadronarse con su esposa María que estaba preñada.

«Y estando allí, aconteció que se cumplieron los dias en que habia de parir.

«Y parió á su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo recostó en un pesebre, porque no habia lugar para ellos en el meson (1).

A dos pasos de alli, y enfrente del pesebre, se ve el parage en que estaba sentada la Vírgen teniendo al Niño en sus brazos, para que le adorasen los magos.

«Pues cuando hubo nacido Jesus en Betlem de Ju-

(1) San Lucas.

dá en tiempo de Herodes el rey, he aqui unos magos que vinieron de Oriente á Jerusalen.

«Diciendo: ¿dónde está el rey de los judíos que ha nacido? porque hemos visto su estrella en el Oriente, y hemos venido á adorarle. . . . .

«Y hé aqui la estrella que habian visto en el Oriente, iba delante de ellos, hasta que llegando, se paró sobre donde estaba el Niño.

«Y cuando vieron la estrella se regocijaron en gran manera.

«Y entrando en la casa hallaron al Niño con María su madre, y postrándose, le adoraron ; y abiertos sus tesoros, le ofrecieron dones, oro, incienso y mirra (1).»

No hay cosa mas grata y devota que esta iglesia subterránea. Está enriquecida con cuadros de la escuela italiana y española, que representan los misterios celebrados en aquellos mismos lugares, vírgenes y niños copiados de Rafael, Anunciaciones, Adoraciones de los Magos, la Venida de los Pastores, y todos estos milagros, en los que la grandeza se une con la inocencia. Los ornamentos ordinarios del pesebre son de raso azul bordado de plata, y contínuamente arde alli el mas puro incienso, y tambien durante la misa oí un órgano que tocaba muy bien las mejores, mas tiernas y delicadas composiciones de los mas célebres maestros italianos. Estos conciertos arrebatan al árabe cristiano, que dejando pacer á sus camellos, viene como los antiguos pastores de Betlem, á adorar al Rey de los reyes en su pesebre. He visto á este hijo del desierto comulgar en el altar de los magos, con un fervor, una piedad y una devocion poco comunes en los cristianos de Occidente. «No hay sitio en el mundo, dice el padre Neret, que inspire mas devocion. Llegan alli de contínuo las caravanas de todas

(1) San Mateo.

las naciones cristianas... las oraciones públicas, las postraciones y demas actos de devocion...., y hasta la misma riqueza de los regalos que envian los príncipes cristianos.... Todo escita en nuestra alma afectos, que es mas fácil sentir que espresar.»

Añadamos á esto que un estraordinario contraste realza mas todas estas cosas, porque saliendo de la gruta, donde se hallan las riquezas, las artes y la religion de los pueblos civilizados, se pasa en seguida á una profunda soledad en medio de los tugurios miserables de los árabes, entre los salvages casi desnudos y musulmanes sin fé alguna. Y sin embargo, estos son aquellos mismos lugares en los que se obraron tantas maravillas; pero esta tierra santa ya no se atreve á manifestar esteriormente su alegría, y encierra misteriosamente en su seno los recuerdos de su gloria.

Desde la gruta del Nacimiento bajamos á la capilla subterránea, donde es tradicion que fueron enterrados los Santos Inocentes: «Entonces Herodes, viéndose burlado por los magos, se enojó mucho, y envió á matar á todos los niños que habia en Betlem y sus contornos, de edad de dos años abajo, conforme al tiempo de que los magos le habian informado; para que se cumpliese la palabra del profeta Jeremias: *Vox in Rama audita est.*»

De la capilla de los Inocentes pasamos á la cueva de San Gerónimo, donde se ve la sepultura de este santo doctor de la iglesia, la de San Eusebio, su discípulo, y las de Santa Paula y Santa Eustoquio.

San Gerónimo pasó la mayor parte de su vida en esta cueva, y desde alli vió, por decirlo asi, la caida del imperio romano; y alli acogió á los patricios fugitivos, los cuales, prófugos y errantes despues de haber sido dueños de los mas espléndidos palacios, se creyeron muy dichosos en hallar un asilo en la celda de un cenobita. La paz de que el santo gozaba, y las

turbulencias del mundo, producen un maravilloso efecto en las cartas del sábio intérprete de la Escritura.

Santa Paula y Santa Eustoquio, su hija, eran dos señoras principales de Roma, pues que descendian de los Gracos y de los Escipiones, y dejaron todas la comodidades y placeres de Roma para vivir y morir en Betlem, practicando las virtudes monásticas. Su epitafio, escrito por San Gerónimo, es demasiado conocido para que lo copie en este lugar.

Scipio, quam genuit, etc.

En la capilla de San Gerónimo hay un cuadro, donde la cabeza del santo es muy parecida á las que pintó Carraccio y el Dominiquino. Otro cuadro representa muertas y colocadas en un mismo féreto á las dos santas. Es una idea muy tierna la que tuvo el pintor de hacerlas en todo semejantes, diferenciándose solo la hija de la madre, en que es mas jóven y lleva un velo blanco. La una peregrinó mas tiempo, y la otra recorrió mas de prisa el camino de la vida; pero las dos llegaron al puerto en un mismo instante.

Entre los muchos cuadros que se ven en los Santos Lugares, y de los cuales ningun viagero ha dado hasta ahora una completa descripcion, he creido reconocer en algunos el estilo místico, espiritual y sublime de MURILLO; y en este caso seria muy singular que en el pesebre del Salvador estuviese desconocida una obra maestra de uno de los mas distinguidos artistas.

Volvimos á subir al convento, y consideré aquella campiña desde lo alto del terrado. Betlem está edificado sobre una pequeña colina, que domina un valle de bastante estension, que se prolonga de Oriente á Poniente: la colina del Mediodía es rojiza, y cubierta

de guijarros, y en ella se ven esparcidos algunos olivos; la del Norte es semejante en el terreno, y produce algunas higueras. De trecho en trecho se descubren algunas ruinas, entre otras las de una torre llamada la *Torre de Santa Paula*. Este monasterio debe una parte de sus riquezas á Balduino, rey de Jerusalen, y sucesor de Godofre de Bullon: el edificio es una verdadera fortaleza, que fácilmente podria resistir un sitio contra los turcos.

Habiendo llegado la escolta árabe, me disponia á partir para el mar Muerto, y estando desayunándome en medio de un corro de religiosos, me digeron estos que habia en aquel convento uno que era francés. Enviáronle á llamar, y se presentó con los ojos bajos, las manos cruzadas, un aspecto grave; y me saludó con breves é indiferentes espresiones. Jamás he oido sin esperimentar una súbita sensacion la voz de un francés en un pais estrangero:

Apres un si long temps....
Oh! que cette parole á mon oreille est chere!

Hícele algunas preguntas, á las que satisfizo, diciéndome que se llamaba el *padre Clemente*; que era de las cercanías de Mayena; que hallándose en un convento de Bretaña, fué deportado á España en tiempo de la revolucion con otros cien sacerdotes; y que habiendo sido recibido en un convento de su órden, los superiores le enviaron despues como misionero á la Tierra Santa. Yo le pregunté si tenia deseos de volver á su patria, y si queria escribir á su familia, y me respondió con estas mismas palabras: «¿Y quién se acordará todavía de mí en Francia? ¿sé yo por ventura si tengo algun hermano? Espero obtener por los méritos del Pesebre del Salvador, la fortaleza nece-

saria para morir aqui sin ser molesto á nadie, ni pensar en un pais que me ha olvidado ya.»

El padre Clemente se vió precisado á retirarse porque mi presencia habia dispertado en su corazon afectos que se esforzaba en sofocar: tal es el destino del hombre. Un francés llora hoy porque se ve desterrado de su patria en el mismo país en que tan tristes recuerdos inspiraron en otro tiempo el cántico mas bello sobre el amor á la patria.

Super flumina Babylonis, etc.

Pero estos hijos de Aaron que colgaron sus arpas de los sauces de Babilonia, no todos volvieron á la ciudad de David; estas hijas de Judea que esclamaban en las orillas del Eúfrates:

¡O rives du Jourdain! ¡ó champs aimés des cieux! etc.

estas compañeras de Esther, no todas volvieron á ver á Emaus y Bethel, y muchas dejaron sus restos en los campos de su cautividad.

A las diez de la mañana montamos á caballo y salimos de Betlem. Seis árabes betlemitas á pie, y armados de puñales y de largos fúsiles de mecha, formaban nuestra escolta: delante iban tres, y otros tres detras de nuestros caballos, y tambien llevábamos un asno con el agua y las provisiones. Tomamos el camino del monasterio de San Sabas, desde donde debíamos despues bajar al mar Muerto, y volver luego por el Jordan.

Seguimos primero el valle de Betlem, que se estiende hácia Levante, como ya he indicado mas arriba. Pasamos por las faldas de unas montañas, y á la derecha ví una viña recientemente plantada, cosa muy estraña en aquel pais. Llegamos á una cueva lla-

mada la *Cueva de los Pastores*, y los árabes la llaman *Dta-el-Natour*, Aldea de los Pastores. Dícese que aqui pastaban los ganados de Abraham, y que aqui se hallaban tambien los pastores de Judea, á quienes los ángeles anunciaron el nacimiento del Salvador.

«En aquellos alrededores habia unos pastores que dormian en el campo, guardando alternativamente su rebaño durante la noche.

«Se les apareció de repente un ángel del Señor, rodeándoles con una luz divina, lo cual les causó estremado espanto.

«Pero el ángel les dijo: No temais, pues vengo á anunciaros una nueva, que será para todo el pueblo motivo de gran gozo.

«Y es, que hoy os ha nacido en la ciudad de David un Salvador, que es el Cristo, el Señor.

«Y esta será la señal: hallareis al niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre.

«Al mismo tiempo se juntó con el ángel una muchedumbre de la milicia celestial alabando á Dios, y diciendo:

«Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.»

La piedad de los fieles ha convertido esta cueva en una capilla, que debió tener magníficos adornos; porque todavía ví tres capiteles de órden corintio, y otros dos de órden jónico: es muy notable hallar aqui estos últimos, porque despues del siglo de Santa Elena ya no se ve mas que el órden corintio.

Saliendo de esta cueva, y siguiendo siempre la direccion al Oriente, cuarta al Mediodía, dejamos las montañas rojizas para entrar en una cordillera de otras blanquizcas. Nuestros caballos se atollaban en una tierra blanca y gredosa, formada de los destrozos de una roca caliza. Todo aquel terreno estaba tan horriblemente desnudo, que solo se veian de trecho

en trecho algunas plantas espinosas casi secas, y como cubiertas de polvo, como los árboles de nuestros caminos reales durante el verano.

Al revolver de una de aquellas montañas, nos hallamos con dos campamentos beduinos; el uno de ellos constaba de siete tiendas de pieles de ovejas negras, formando una especie de cuadrilongo; y el otro de unas doce tiendas colocadas en círculo. Allí cerca se veian pastando algunos camellos y yeguas.

Ya era tarde para volver atrás, y así tuvimos que armarnos de valor, y pasar por el segundo campamento. Al principio no hubo dificultad, pues los árabes tocaron la mano de los betlemitas y la barba de Alí-Agá. Pero apenas pasamos por las últimas tiendas, cuando un beduino detuvo el asno que llevaba las provisiones. Los betlemitas trataron de rechazarlo, y él llamó en su auxilio á sus compañeros, que de un brinco montaron á caballo, se armaron, y nos cercaron en seguida. Alí pudo sosegarlo todo dándoles algun dinero, pues aquellos árabes exigen un derecho de pasage, creyendo tal vez que el desierto es un camino real; en fin, cada uno es amo de su casa, pero esto no era mas que el principio de un lance mas sério.

Una legua mas allá, bajando por la espalda de un monte, descubrimos la punta de dos elevadas torres, que salian de un profundo valle, y eran del convento de San Sabas. Estando ya cerca, otra cuadrilla de árabes, emboscados en lo mas hondo de un barranco, se lanzó sobre nosotros dando terribles aullidos. Al instante vimos volar las piedras, brillar los puñales y apuntar los fusiles. Alí se lanzó en medio de la liza, y todos fuimos corriendo en su favor: cogió por las barbas al capitan de los beduinos, le arrojó á los pies de su caballo, y le amenazó que acabaria con él, si no contenia á aquellos foragidos. Entretanto, un reli-

gioso griego, asomado en lo alto de la torre, gritaba procurando ponernos en paz. De este modo llegamos á la puerta del convento, y los religiosos que estaban dentro daban vuelta á la llave muy despacio, pues temian robasen el convento en medio de aquel desórden. Cansado el genízaro de tal tardanza, se enfurecia á la vez contra los religiosos y contra los árabes. En fin, echó mano á su sable, é iba ya á cortar de un tajo la cabeza del capitan de los beduinos, á quien con estraordinaria fuerza tenia siempre asido de las barbas, cuando se abrió el convento: todos revueltos nos metimos en un patio, y al instante se cerró la puerta, con lo que se encrespó la pelea: no estábamos todavía en lo interior del convento, pues habia que atravesar otro patio, y esta puerta no se habia abierto aun. Nos encontramos, pues, apiñados en un corto espacio, hiriéndonos con nuestras propias armas, al mismo tiempo que nuestros caballos se habian enfurecido con el ruido. Alí dijo que me habia libertado de una puñalada que un árabe me dirigia por la espalda, y enseñaba su mano ensangrentada. Pero aunque Alí era muy bravo, codiciaba tambien el dinero, como buen turco. Abrióse, en fin, la última puerta del monasterio; salió el superior de los religiosos, dijo algunas palabras, y todo se apaciguó. Entonces supimos el motivo de la disputa.

Los últimos árabes que nos habian atacado pertenecen á una tribu que pretende tener esclusivamente el derecho de escoltar á los viageros que van á San Sabas, mas los betlemitas, que deseaban ganar el dinero de la escolta, y querian sostener la fama que tenian de valientes, no habian querido ceder. El superior del monasterio prometió que yo pagaria á los beduinos, y con esto quedó todo arreglado. Yo no queria darles nada para castigarles; pero Alí-Agá me hizo entender que si me obstinaba en ello jamás llega-

ríamos al Jordan, pues aquellos árabes llamarian otras tribus, y seríamos irremisiblemente asesinados, y que por esta razon no habia querido matar á aquel capitan, pues si hubiera derramado su sangre, no nos quedaba otro medio de salvarnos, que el de volver inmediatamente á Jerusalen.

No creo que aun los conventos de Sceté esten situados en parages mas tristes y solitarios que el de San Sabas. Se halla en el mismo cauce del torrente del Cedron, cuya profundidad será allí de trescientos á cuatrocientos pies. El torrente está seco, y solo por la primavera lleva algun agua rojiza y cenagosa. La iglesia ocupa una pequeña eminencia que hay en lo hondo del torrente, y desde allí se van elevando los departamentos del monasterio, por medio de escaleras perpendiculares practicadas en la misma peña; y de este modo suben hasta la caida del monte, donde terminan en dos torres cuadradas. La una de ellas está fuera del convento, y servia en otro tiempo de atalaya para descubrir á los árabes. Desde lo alto de estas torres se ven las estériles cimas de las montañas de Judea, y á sus pies el árido cauce del torrente de Cedron, donde están las grutas que habitaron los primeros anacoretas. Ahora anidan en ellas algunas palomas azules, que con su triste arrullo, su inocencia y candor, parecen recordar aquellos santos que en otros dias poblaron aquellas rocas. No debo olvidar la palmera que crece en una pared de una azotea del convento, y creo que todos los viageros reparan en ella como yo, porque consuela encontrar algunas hojas verdes en sitios tan áridos y escabrosos.

El que desee instruirse en la parte histórica del convento de San Sabas, puede leer la carta del padre Neret, y la *Vida de los Padres del desierto*. Se ven en este monasterio tres ó cuatro mil calaveras, que son de los religiosos asesinados por los infieles. Los mon-

ges me dejaron pasar un cuarto de hora contemplándolas, como si adivinasen que yo intentaba pintar algun dia el estado del alma de los solitarios de la Tebaida. Pero aun me causa pena el acordarme de que uno de aquellos religiosos quiso hablarme de política, y descubrirme las secretas intenciones de la córte de Rusia. «¡Ah, padre mio! le dije, si aqui no hallais la paz, ¿dónde ireis á buscarla?»

Salimos del convento á las tres de la tarde, y subiendo el torrente de Cedron, volvimos á tomar nuestro camino hácia Levante. Por una abertura de las montañas descubrimos á Jerusalen yo no sabia lo que estaba viendo, porque me parecia un monton de rocas hechas pedazos. La súbita aparicion de esta ciudad de desolaciones en medio de tan horrible soledad, no podia menos de causarme espanto: verdaderamente era la reina del desierto.

Seguimos nuestro camino: las montañas presentaban el mismo aspecto, siendo siempre blanquizcas y polvorosas, sin árboles, sin yerbas, ni aun musgo ni sombra alguna. A las cuatro y media bajamos de la encumbrada cordillera de estos montes á otra menos elevada. Durante cincuenta minutos anduvimos por una eminencia siempre igual, y llegamos por fin á las últimas montañas que ciñen al Occidente el valle del Jordán y las aguas del mar Muerto. Iba ya á ponerse el sol, y nos apeamos para que descansasen los caballos, con lo que pude contemplar á mi placer el lago, el valle y el rio.

Cuando se habla de un valle, se le considera cultivado ó inculto: si es cultivado, se halla cubierto de sembrados, de viñas, de ganados y de aldeas: si inculto, tiene prados ó bosques: si le baña un rio, este forma sus recodos, y las colinas tienen tambien sus revueltas, cuya perspectiva fija agradablemente la atencion de los viageros.

Pero nada de esto se halla aqui; pues es preciso figurarse dos largas cordilleras de montes, que corren paralelas desde el Septentrion al Mediodía, sin recodo alguno. La cordillera de Levante, llamada *Montaña de Arabia*, es la mas alta; y vista á distancia de ocho ó diez leguas, se diria que es una muralla perpendicular, en todo semejante al Jura por su forma y su color azulado, sin distinguirse en ella cumbre ó punta alguna, y solo si varias ligeras inflexiones, como si la mano del pintor que tiró esta línea horizontal sobre el cielo, hubiese temblado en algunas partes (1).

La cordillera de Poniente pertenece á las montañas de Judea, y es menos elevada y mas desigual que la del Oriente, de la que se diferencia tambien en su formacion, pues se compone de grandes masas de greda y arena, que tienen una semejanza informe con haces de armas, ó banderas plegadas, ó con tiendas de campaña puestas á la orilla de alguna llanura. Al contrario, por la parte de Arabia forman rocas negras y cortadas á pico, que estienden su sombra á lo lejos sobre las aguas del mar Muerto. El mas pequeño pajarillo no encontraria entre las grietas de aquellas rocas una hebra de yerba con qué alimentarse: todo en fin indica la patria de un pueblo réprobo; todo parece respirar aun el horroroso incesto de que procedieron Ammon y Moab.

El valle que forman estas dos cordilleras de montes, presenta un terreno semejante al suelo de un mar que se hubiese retirado de él mucho tiempo antes; pues se ven playas de sal, un légamo seco, y arenas movedizas y como surcadas por las olas. De cuando

(1) Todas estas descripciones del mar Muerto y del Jordan se hallan en el libro XIX de los *Mártires*; pero como el asunto es importante, y yo he añadido mucho á estas descripciones, no he dudado repetirlas.

en cuando se hallan algunos miserables arbustos que difícilmente se arrastran sobre una tierra privada de todo principio de vida: sus hojas están cubiertas de la sal con que se han alimentado, y su corteza tiene el color y el gusto del humo. En lugar de aldeas se descubren las ruinas de algunos torreones. Por en medio de este valle pasa un rio, cuyas aguas no tienen color alguno, y parece que se arrastran con pena hasta el pestífero lago que las sorbe. No se distingue su curso en medio de la arena, sino por los sauces y cañizares de su orilla, y entre ellos se oculta el árabe en acecho para acometer al viagero y robar al peregrino.

Tales son estos lugares famosos por las bendiciones y maldiciones del cielo: este es el rio Jordan; este lago es el mar Muerto: parece cristalino; pero tambien parece que las ciudades culpables que oculta en su seno han envenenado sus olas. Sus abismos solitarios no pueden nutrir viviente alguno (1): ningun bagel ha surcado sus olas (2): en sus orillas no se ven aves, ni árboles, ni un ramo verde; y sus aguas, á la par que estremamente amargas, son tambien tan pesadas, que los mas violentos huracanes no pueden apenas agitarlas.

Cuando se viaja por la Judea, al principio se siente el hastío; pero cuando se pasa de soledad en soledad, y se ve el espacio sin límite alguno, poco á poco se disipa el fastidio, y se siente un secreto terror, que lejos de abatir al alma, da nueva elevacion á sus ideas. Aquellas perspectivas tan estraordinarias anuncian por todas partes una tierra tantas y tantas veces

(1) Sigo la opinion general; pero luego veremos que tal vez no es esta bastante fundada.

(2) Strabon, Plinio y Diodoro Sículo hablan de unas almadías, en las cuales van los árabes á coger el asfalto. Diodoro describe estas almadías, que eran de juncos tegidos. Tácito habla de un barco, pero claramente se engaña.

milagrosa: el sol abrasador, el águila impetuosa, la higuera estéril, toda la poesía, todos los cuadros de la Escritura están allí. Cada nombre contiene un misterio; cada gruta manifiesta el porvenir; cada cima de un monte resuena con la voz de un profeta. El mismo Dios habló en estas riberas; los arroyos secos, las rocas hendidas, los sepulcros entreabiertos, atestiguan el prodigio; el desierto parece todavía inclinado por el terror, y diríase que no se atreve á romper el silencio desde que oyó la voz del Eterno.

Bajamos de la cima del monte para pasar la noche en las orillas del mar Muerto y subir hácia el Jordan. Al penetrar en el valle se agrupó nuestra tropa: los betlemitas prepararon sus fusiles, y caminaron siempre delante con la mayor precaucion, pues nos hallábamos en el camino que siguen los árabes del desierto cuando van á buscar sal al lago, y persiguen atrozmente á los viageros. El frecuente trato de los beduinos con los turcos y los europeos comienza á empeorar sus costumbres, pues ahora prostituyen sus hijas y mugeres, y degüellan al caminante, á quien antes se contentaban con robar. De este modo caminamos dos horas pistola en mano, como en pais enemigo, siempre por entre los arenales y las hendiduras que se habian formado en aquel légamo recocido por los rayos del sol. La arena cubierta con una costra de sal parecia un campo nevado, en el que se veian algunos arbustos raquíticos. De repente llegamos al lago; y digo de repente, porque me creia muy distante aun, pues no percibia ni ruido ni frescura que me indicase su proximidad. Su pedregosa orilla abrasaba; el agua, enteramente muerta, no tenia movimiento alguno.

Ya habia cerrado la noche, y lo primero que hice al apearme, fué meterme en el lago hasta las rodillas y llevar el agua hasta la boca. No me fué posible re-

teneria, porque es mas salada que la del mar, y produjo en mis labios el efecto de una fuerte disolucion de alumbre. Apenas se secaron mis botas, se cubrieron de sal; y las ropas, los sombreros y las manos se nos impregnaron de este mineral en menos de tres horas. Galeno, y despues Pococke, habian notado ya este efecto.

Acampamos á la orilla del lago, y los betlemitas hicieron lumbre para disponer el café. No les faltaba leña, pues la orilla estaba llena de ramas de tamarindos traidas por los árabes; porque estos, ademas de la sal que hallan alli enteramente formada, la sacan tambien del agua por medio de la ebullicion. Y tal es la fuerza de la costumbre, que mis betlemitas, que hasta entonces habian marchado con tanta precaucion no temieron encender una hoguera, por la que fácilmente podian ser descubiertos. Uno de ellos se sirvió de un medio bastante ingenioso para que tomase cuerpo la llama, y fué ponerse encima de la hoguera cubriéndola con su ropa, que al instante hinchó el humo, y levantándose de pronto, el aire aspirado por esta especie de bomba, hizo salir una llama muy viva. Luego que todos tomamos café, se durmieron mis camaradas, y yo me quedé solo y despierto con los árabes.

Hácia la media noche oí algun ruido en el lago, y los betlemitas me dijeron que eran enjambres de pececillos que venian á saltar á la orilla, lo cual destruiria la opinion general de que el mar Muerto no alimenta en su seno viviente alguno. Hallándose Pococke en Jerusalen, oyó decir que un misionero habia visto algunos peces en el lago Asphaltite. Hasselquist y Maundrell encontraron algunas conchas en su orilla. Mr. Seetzen, que actualmente recorre la Arabia, no ha hallado en el mar Muerto ni hélices ni almejas, pero sí algunos caracoles.

Pococke analizó una botella de agua de este mar. En 1778, Mres. Lavoisier, Macquer y Sage repitieron este analísis, y demostraron que el agua contenia por quintal, cuarenta y cuatro libras y seis onzas de sal, á saber: seis libras y cuatro onzas de sal marina comun, treinta y ocho libras y dos onzas de sal marina con base térrea. Ultimamente, Mr. Gordon mandó hacer en Lóndres el mismo esperimento. «La gravedad específica de estas aguas (dice Mr. Malte-Brun en sus *Anales*) es de mil doscientas once, siendo mil la del agua dulce: estas son perfectamente trasparentes. Los reactivos demuestran en ellas la presencia del ácido marino y del ácido sulfúrico: no tiene alumbre; no está saturada de sal marina, ni muda los colores, como el de tornasol ó el de violeta. Tiene en disolucion las sustancias siguientes en las proporciones que vamos á indicar:

Muriato de cal.	3920
De magnesia.	10246
De sosa.	10360
Sulfato de cal.	0054
	24580 sobre 100.

Estas sustancias estrañas forman, pues, cerca de una cuarta parte de su peso en el estado de perfecta desecacion; pero desecadas solo á 180 grados (Fahrenheit), forman 41 por 100. El mismo Mr. Gordon, que trajo la botella de agua analizada, ha probado que los hombres se sostienen flotando en ellas, aun sin saber nadar.»

Conservo un frasco de hoja de lata lleno de agua que yo mismo cogí en el mar Muerto, que aun no he destapado, y presumo que ha disminuido algun tanto. Queria repetir el esperimento de Pococke, echando

en ella algunos pececillos del mar, y ver si podian vivir allí; pero habiéndome impedido otras ocupaciones el hacerlo hasta ahora, temo que sea tarde ya.

La luna salió á las dos de la mañana, y se levantó entonces una fuerte brisa que no refrescó el aire, pero que rizó algo la superficie del lago. Las olas cargadas de sal pronto caian por su propio peso, sin azotar casi la orilla. Exhalábase de este lago de muerte un ruido lúgubre, como si fuesen los ahogados gritos del pueblo que se abismó en sus aguas.

Apareció la aurora sobre los montes de Arabia que teníamos al frente, bañando con un hermoso colorido el mar Muerto y el valle del Jordan; pero tan bella perspectiva solo servia para hacer mas notable el horror de aquellos lugares de desolacion.

El famoso lago que ocupa el sitio donde estuvieron Sodoma y Gomorra, lo llama la Escritura *mar Muerto* ó *mar Salado*; los griegos y los latinos *Asphaltite*; los árabes *Almotanah* y *Bahar-Loth*, y los turcos *Ula-Degnisi*. No puedo seguir la opinion de los que suponen que el mar Muerto es el cráter de un volcan. He visto el Vesubio, la Solfatara, el Monte-Nuevo en el lago de Fusino, el pico de las Azores, el Mamelife enfrente de Cartago, y los volcanes apagados de la Auvernia, y en todos ellos he notado los mismos caractéres, esto es, montañas en forma de embudo, lavas y cenizas, en las que claramente se nota la accion del fuego. Por el contrario, el mar Muerto es un lago muy prolongado, que se encorva como un arco encajonado entre dos cordilleras de montes, que no se parecen ni en la forma ni en la homogeneidad del terreno. No se juntan á los dos estremos del lago; pues por un lado siguen la direccion del valle del Jordan, aproximándose al Norte hasta el lago de Tiberiades, y por el otro van apartándose hasta perderse al Mediodía en los arenales del Yémen. Verdad es que en la cordillera de

los montes de Arabia se halla betun, aguas cálidas y piedras fosfóricas; pero no las he visto en la cordillera opuesta. Ademas de esto, el encontrarse aguas termales, azufre y asfalto, no basta para demostrar la existencia anterior de un volcan: de modo que en este punto no se necesita recurrir á la física, y debemos atenernos al sentido literal de la Escritura. Mas aun, si admitimos la opinion del profesor Michaëlis y del sábio Busching en su *Memoria sobre el mar Muerto*, puede recurrirse tambien á la física en la catástrofe de estas ciudades culpadas, sin oponerse á la religion. Sodoma estaba edificada sobre minas de betun, como se sabe por el testimonio de Moisés y de Josefo, que hablan de los pozos de betun del valle de Siddim. El rayo del cielo inflamó estas minas, y las ciudades se hundieron en este incendio subterráneo. Mr. Malte-Brun sospecha que los edificios de estas ciudades podian haber sido de estas piedras bituminosas, y que se incendiasen con el fuego lanzado del cielo.

Strabon habla de trece ciudades sepultadas en el lago Asphaltites; Esteban de Bizancio cuenta ocho, el *Génesis* nos dice que habia cinco ciudades *in valle silvestri*, que son Sodoma, Gomorra, Adam, Seboim y Bala ó Segor, pero solo indica las dos primeras como destruidas por la cólera de Dios; el *Deuteronomio* cita cuatro: Sodoma, Gomorra, Adam y Seboim; y la *Sabiduría* cuenta cinco; sin nombrarlas: *descendente igne in Pentapolim*.

Habiendo observado Jacobo Cerbo que caen en el mar Muerto siete grandes corrientes de agua, concluyó Relando que este mar espelia sus aguas sobrantes por medio de algunos canales subterráneos. Sandy, y algunos otros viageros, adoptaron la misma opinion; mas esta no se sigue en el dia, en vista de las observaciones del doctor Halley acerca de la evaporacion; observaciones admitidas por Shaw, el cual dice, no

obstante, que el Jordan vierte al dia en el mar Muerto una cantidad de agua igual á seis millones noventa mil barricas, sin contar las aguas del Arnon y de otros siete torrentes. Muchos viageros, entre ellos Troilo y d'Arvieux, dicen haber visto ruinas de murallas y de palacios en las aguas del mar Muerto, lo cual confirman Maundrell y el padre Nau. Los antiguos son mas esplícitos sobre este punto: Josefo, que se sirve de una espresion poética, dice que se descubren á las orillas del lago las *sombras* de las ciudades destruidas. Strabon da sesenta estadios al circuito de las ruinas de Sodoma: Tácito habla de ellas: yo no sé si existen todavía, pues no las he visto; pero como las aguas del lago suben ó bajan, segun las estaciones, pueden ocultar ó descubrir alternativamente los esqueletos de las ciudades nefandas.

Observaciones mas exactas han desvanecido otras maravillas que se contaban del mar Muerto. Sábese en el dia que los cuerpos sobrenadan ó se sumergen en ellas, segun las leyes de la gravedad de estos mismos cuerpos y del agua del lago. Los vapores pestíferos que exhalaba, segun se decia, se reduce á un fuerte olor de marengo, ó humaredas que proceden ó siguen á la emersion del asfalto, y á nieblas, dañosas en verdad, como todas. Si los turcos permitiesen llevar un barco desde Jaffa al mar Muerto, no hay duda que se podian hacer en el lago descubrimientos muy curiosos. Los antiguos lo conocian mejor que nosotros, como se puede ver en Aristóteles, Strabon, Diodoro de Sicilia, Plinio, Tácito, Solino, Josefo, Galeno, Dioscorides y Esteban de Bizancio. Nuestros antiguos mapas presentan mejor su figura que los modernos. Hasta ahora el único que ha recorrido sus orillas por todas partes es Daniel, abad de San Sabas, cuya relacion copia Nau en su viage, y por él sabemos «que el mar Muerto se separa al fin en dos, teniendo un ca-

mino por donde se pasa, llegando el agua á media pierna, á lo menos en verano; que allí se levanta el terreno, y circuye á otro lago pequeño, de figura redonda, algo ovalada, y cercada de llanuras y montañas de sal; y que aquellos campos están poblados de innumerables árabes, etc.» Casi lo mismo dice Nyembourg, y de estas noticias se valieron el abate Mariti y Mr. de Volney. Es de creer que tengamos otras noticias positivas cuando se publique el viage de monsieur Seetzen.

Apenas habrá un lector que no haya oido hablar del famoso árbol de Sodoma: ese árbol, que segun dicen, produce unas manzanas de muy hermosa vista, pero amargas al gusto y llenas de cenizas. Tácito, en el quinto libro de su *Historia*, y Josefo, en su *Guerra de los judíos*, son, á mi parecer, los dos primeros que han hecho mencion de esta fruta singular del mar Muerto. Foulcher de Chartres, que viajaba por la Palestina por el año 1100, vió estas manzanas engañosas, y las comparó á los placeres del mundo. Desde entonces, unos como Ceverio de Vera, Baumgarten (*Peregrinationes in Ægiptum, etc.*), Pedro del Valle (*Viaggi*), Troilo y algunos misioneros, confirman lo que dice Foulcher; y otros, como Relando, el padre Neret y Maundrell, se inclinan á creer que este fruto no es mas que una imágen poética de nuestros goces ficticios, *mala mentis gaudia*; y otros en fin, como Pococke, Shaw, etc., ponen en duda absolutamente su existencia.

Amman parece cortar la dificultad, pues describe el árbol, diciendo que es semejante al espino blanco ó pirlitero. «El fruto, concluye, es una manzana pequeña de un color hermoso, etc.»

El botánico Hasselquist lo contradice, asegurando que la manzana de Sodoma no es el fruto de un árbol ni de un arbusto, sino del *solanum melongena* de Lin-

neo. «Se hallan muchas cerca de Jericó, en los valles contiguos al Jordan, en las cercanías del mar Muerto: verdad es que á veces están llenas de polvo, pero esto solo sucede cuando las entra un insecto (*tenthredo*), que convierte en polvo todo lo interior, dejando solo entera la piel, y sin perjudicar nada el color.»

Con esta autoridad, y la mayor aun de Linneo en su *Flora Palæstina*, pareceria decidida la cuestion. Pero nada de eso: Mr. Seetzen, que tambien es un sábio, y el mas moderno de todos estos viageros, como que actualmente recorre la Arabia, no conviene con esta opinion, y dice: «Ví, durante mi permanencia en Karrak, en casa del cura griego de esta ciudad, una especie de algodon semejante á la seda, y me dijo el cura que se hallaba en la llanura El-Gor, á la parte oriental del mar Muerto, en un árbol semejante á la higuera, y cuya fruta se parece á la granada, y se llama *Aoéscha-éz*. Dentro no tiene carne, ni es conocida en lo demas de Palestina, y creí que pudiese ser muy bien la famosa manzana de Sodoma.»

Entre tantas dudas, tambien creo que yo he encontrado esta fruta tan buscada; el arbusto que la produce crece en todo aquel terreno, que está á dos ó tres leguas de la embocadura del Jordan: es espinoso, y sus hojas son delgadas y menudas; es muy parecido al que describe Amman, y su fruta es en el color y figura como un limoncillo de Egipto. Cuando aun no está madura, se halla llena de una sávia corrosiva y salada, y cuando está seca de una semilla negruzca, que podemos comparar con las cenizas y su gusto al de una pimienta amarga. Cogí una media docena de estas frutas, y aun tengo cuatro secas y bien conservadas, que pueden fijar la atencion de los naturalistas.

Empleé dos horas enteras (dia 5 de octubre) en pasear por las orillas del mar Muerto, aunque los bet-

lemitas me instaban á salir de aquellos sitios peligrosos. Queria yo ver el Jordan en el mismo lugar en que desagua en el lago, punto esencial que solo ha reconocido Hasselquist; pero los árabes se negaron á acompañarme, porque el rio á una legua de su embocadura da una revuelta sobre la izquierda, y se aproxima á las montañas de Arabia. Hube de contentarme, pues, con dirigirme al recodo del rio que estaba mas inmediato. Levantamos el campo y caminamos hora y media con mucha incomodidad por una arena blanca y muy menuda. Nos acercábamos á un bosquecillo de árboles de bálsamo y tamarindos, lo que no dejó de causarme novedad en un terreno tan estéril. De repente se pararon los betlemitas, y me señalaron con la mano en el cauce profundo de una rambla alguna cosa, en la que no habia reparado. Sin poder decir lo que era, creí ver una especie de arena que se movia sobre el inmóvil suelo. Acerquéme á un objeto tan estraño, y ví un rio amarillo que apenas distinguia de la arena de sus orillas; iba muy hondo y encajonado, y sus espesas aguas se movian con lentitud: este era el Jordan.

Yo habia visto los grandes rios de América con aquel placer que inspira la soledad y la naturaleza: con ansia me habia acercado al Tiber, y con la misma busqué el Eurotas y el Cefiso; pero no puedo esplicar lo que sentí al ver el Jordan. Este rio no solo me recordaba una antigüedad famosa, y uno de los nombres mas bellos, que la mas bella poesía ha confiado á la memoria de los hombres, sino que sus orillas me presentaban aquellos parages en que se obraron los milagros de mi religion. La Judea es el único pais del mundo que recuerda al viagero las cosas humanas mezcladas con las divinas, produciendo de este modo en lo profundo del alma, pensamientos que ningun otro pais puede inspirar.

Los betlemitas se desnudaron y metieron en el Jordan; yo no me atreví á hacerlo, porque aun me duraba la calentura; pero me postré de rodillas con mis dos criados y el dragoman del monasterio. Como se me habia olvidado llevar una Biblia, no pudimos leer los pasages del Evangelio pertenecientes al sitio en que nos hallábamos; pero el dragoman que conocia las costumbres, cantó el *Ave, Maris stella*, y nosotros le respondimos como unos marineros que han tocado el término de su viage. En seguida cogí agua de aquel rio, que me pareció algo salobre, pero no me hizo mal, aunque bebí en mucha cantidad; creo que seria bueno su sabor, si se la purificase de la mucha arena que arrastra.

Alí-Agá hizo tambien sus abluciones, porque el Jordan es un rio sagrado aun para los turcos y los árabes, que conservan muchas tradiciones hebráicas y cristianas, las unas derivadas de Ismael, cuyo pais habitan aun los árabes, y las otras introducidas por los turcos entre las fábulas del Coran.

Segun d'Anville, los árabes dan al Jordan el nombre de *Nahar-el-Arden;* segun el padre Roger, le llaman *Nahar-el-Chiria*. El abate Mariti da á este nombre la forma italiana de *Scheria*, que Mr. de Volney escribe *El-Charia*.

San Gerónimo, en su tratado de *Situ et Nominibus locorum Hebraicorum*, que es como una traduccion de los *Tópicos* de Eusebio, halló el nombre del Jordan en la reunion del de las dos fuentes de este rio *Jor* y *Dan*; pero en otras partes varía de opinion: otros la desechan, siguiendo la autoridad de Josefo, de Plinio y de Eusebio, que colocan la única fuente del Jordan en Paneades, al pie del monte Hemon, en el Anti-Líbano. La Roque trata con detenimiento esta cuestion en su *Viage á Siria*; y el abate Mariti no hace mas que reproducirla, citando ademas un pasage

de Guillermo de Tiro, para probar que Dan y Paneades son una misma ciudad; y esto es lo único que se sabe. Debemos advertir con Relando (*Palestina ex monumentis veteribus illustrata*), y á pesar de la opinion de San Gerónimo, que el nombre hebreo de este rio sagrado no es *Jordan* sino *Jorden*; y que aun admitiendo el primer modo de leer, se esplica Jordan por el rio del Juicio; Jor, que San Gerónimo traduce *fluvius*, y Dan, que significa *judicans, sive judicium*: etimología tan exacta, que haria improbable la opinion de las dos fuentes Jor y Dan, si la geografía dejase en esto alguna duda.

Como á unas dos leguas mas arriba del parage en que nos habiamos detenido, habia un gran bosque, al que quise ir, porque conceptuaba que por aquellos contornos y enfrente de Jericó, fué por donde los israelitas pasaron el rio, donde dejó ya de caer el maná, donde probaron los primeros frutos de la tierra de promision, donde Naaman fué curado de la lepra, y en donde, en fin, San Juan Bautista bautizó á Jesucristo. Hacia ya tiempo que caminábamos en direccion á este sitio, al que nos hallábamos inmediatos, cuando oimos voces humanas en el bosque. Por desgracia la voz del hombre, que en cualquiera parte sirve de consuelo, y que agradaria oir en las orillas del Jordan, es precisamente la que asusta en aquel desierto. Los betlemitas y el dragoman quisieron huir al instante; pero yo les dije con tono decidido que no habia venido desde tan lejos para volverme tan pronto, y que queria contemplar el rio delante del punto que ocupábamos.

Convinieron en esto á despecho suyo, y volvimos hácia el Jordan, del que nos habíamos apartado por la derecha. Ví que tenia la misma profundidad y anchura que una legua mas abajo, esto es, seis á siete pies de hondo en la orilla, y como unos cincuenta pasos de ancho.

Todos me instaban á que partiésemos, y hasta el mismo Alí-Agá se quejaba, y asi hube de ceder á sus instancias, despues de haber tomado las notas mas importantes: saludé por última vez al Jordan; llené un frasco de su agua, y cogí algunas cañas de su orilla; y concluido esto volvimos hácia la aldea de Rihha (1), que es la antigua Jericó, al pie de la montaña de Judea. Apenas habíamos andado un cuarto de legua por el valle, observamos en la arena las huellas de hombres y de caballos. «Alí dijo que nos formáramos en peloton para que los árabes no nos pudieran contar; y que si por nuestro trage y precauciones llegaban á pensar que éramos *soldados cristianos*, no se atreverian á atacarnos.» ¡Qué elogio del valor de nuestros ejércitos!

Nuestras sospechas no eran infundadas, porque á poco rato descubrimos á nuestra espalda y á las orillas del Jordan unos treinta árabes que estaban en acecho. Hicimos marchar delante nuestra *infantería*, que eran los seis betlemitas, y cubrimos la retaguardia con la *caballería*, llevando en el centro el *bagage*; pero desgraciadamente el asno era muy pesado, y solo andaba á fuerza de palos. El caballo del dragoman metió el pie en un abispero, y las abispas irritadas se lanzaron sobre él, lo que enfureció al caballo en tanto grado, que echó á correr medio desbocado, con mucho terror del pobre Miguel, que daba espantosos gritos; Juan, aunque griego, hacia del valiente, y Alí lo era como un genízaro de Mahometo II. Pero Julian, que de nada se admiraba, pues habia recorrido gran parte del mundo sin mirarlo siquiera, y siempre se creia en la calle de San Honorato, guiaba su caballo con el

(1) Es notable que este nombre que significa *Perfume*, es precisamente el de la muger que recibió en su casa á los esploradores del ejército de Josué, pues se llamaba *Raab*.

mayor sosiego; diciéndome de cuando en cuando: «Pero diga usted, señor, ¿no hay justicia en esta tierra que contenga á esos tunantes?»

Despues que los árabes nos estuvieron observando mucho tiempo, manifestaron dirigirse hácia nosotros; mas luego se escondieron entre los matorrales de la orilla del rio; sin duda, como dijo Alí, porque creyeron que éramos soldados cristianos. Con esto llegamos sin otra novedad á Jericó.

El abate Mariti ha reunido con mucho acierto las noticias históricas pertenecientes á esta ciudad célebre (1), y hablado de sus producciones y del aceite de zaccon, etc., y seria inútil repetirlo, á menos que, como otros muchos, no quiera yo hacer un viage de viages. Tambien es sabido que en las cercanías de Jericó hay una fuente, cuyas aguas eran salobres, y Eliseo las volvió dulces por medio de un milagro. Esta fuente está situada dos millas mas abajo de la ciudad, al pie de la montaña donde Jesucristo oró y ayunó durante cuarenta dias. Divídese la fuente en dos brazos; y en sus orillas hay algunos de mijo de la India, grupos de acacias, el árbol que produce el bálsamo de Judea (2), y algunos arbustos, cuyas hojas se parecen á lilas, pero cuya flor no pude ver. No hay rosas ni palmeras en Jericó; ni pude comer los dátiles, que ya en tiempo de Belon habian degenerado mucho. Una acacia muy vieja hace sombra á la fuente, y otro árbol que está mas abajo, encorvándose sobre el arroyo, forma un puente natural.

(1) Se ha olvidado de algunas, tales como el regalo que hizo Antonio á Cleopatra del territorio de Jericó, etc.

(2) Es preciso no confundirlo, sin embargo, con el famoso bálsamo que ya no existe en Jericó. Parece que este se perdió en el siglo sétimo, porque Arculfo no lo halló. (*De Loc. Sanct. ap. Ven. Bed.*)

He dicho que Alí-Agá era natural de Rihha (Jericó), y que era tambien su gobernador. Me llevó, pues, á sus estados, donde sus vasallos me recibieron muy bien, y efectivamente vinieron á cumplimentar á su soberano. Quiso que entrase en un viejo caseron, que llamaba su *palacio*, y rehusé este honor, prefiriendo comer junto á la fuente de Eliseo, llamada hoy la *fuente del Rey*. Atravesando la aldea ví un árabe jóven, que estaba sentado solo, que llevaba plumas en la cabeza y adornos como de dia de fiesta. Cuantos pasaban por delante de él se paraban á besarle en la frente y en los carrillos; pregunté qué era aquello, y me dijeron que era un recien-casado. Sesteamos, pues, en la fuente de Eliseo, degollaron un cordero, y lo asaron entero en una grande hoguera. Dispuesto el banquete, nos sentamos á la redonda, y cada cual partió con las manos lo que quiso comer.

Placíame recordar en estos usos las costumbres de los tiempos antiguos, y hallar en los descendientes de Ismael la memoria de Abraham y de Jacob.

Los árabes, en todos los puntos donde los he visto, en Judea, en Egipto, y aun en Berbería, mas bien me han parecido altos que bajos. Su aire es varonil: son bien formados y ligeros: tienen la cabeza ovalada, la frente espaciosa y arqueada, la nariz aguileña, y la mirada apasionada y tierna. Si tuvieran siempre la boca cerrada, no se conoceria su agreste ferocidad; pero al hablar se oye un acento áspero y duro, y asoman unos dientes muy largos y blancos, semejantes á los de la onza y del chacal; y en esto se diferencian de los salvages de América, cuya mirada es feroz, y su acento suave.

Las mugeres árabes son en proporcion mas altas que los hombres. Su aire es noble, y sus lindas facciones, la belleza de su talle y formas, y la compostura de sus velos, recuerdan algo las estátuas de las musas

y de las antiguas sacerdotisas. Pero estas hermosas estátuas están á veces cubiertas de harapos, de modo que sus formas perfectas se hallan degradadas por la miseria, la suciedad, y sus asiduos y penosos trabajos: un tinte bronceado baña la regularidad de sus facciones; en una palabra, para ver á aquellas mugeres bajo el punto de vista que yo acabo de describir, es preciso contemplarlas á alguna distancia, y contentarse con el conjunto, sin entrar en pormenores.

La mayor parte de los árabes llevan una túnica atada á la cintura con un ceñidor: unas veces sacan un brazo de la manga de esta túnica, y entonces están vestidos al modo antiguo; otras se embozan en una manta de lana blanca, que les sirve de toga, de manto ó de velo; segun que se la rodean al cuerpo, la dejan caer á la espalda, ó se la rollan á la cabeza. Caminan á pie descalzo: sus armas son un puñal, una lanza y un fusil muy largo. Las tribus viajan en caravanas, llevando los camellos en fila. El primero de ellos va atado con una soga al cuello de un asno, que sirve de guia á todos, y por lo mismo no lleva carga alguna, y se le trata muy bien: las tribus ricas adornan sus camellos con guarniciones, banderolas y plumas.

Las yeguas son tratadas con mas ó menos honor, segun la nobleza de su raza, pero siempre duramente. Jamás ponen los caballos á la sombra, los dejan espuestos á toda la fuerza del sol, atados á una estaca de los cuatro remos, de modo que no pueden moverse: no les quitan nunca las sillas; por lo comun no les dan agua mas que una vez al dia, y el pienso se reduce á un poco de cebada cada veinte y cuatro horas. Este trato, lejos de matarlos, les hace sóbrios, sufridos y ligeros. Muchas veces he admirado al caballo árabe atado de este modo en un abrasado arenal, desgreñada la crin, caida la cabeza entre las manos para

hallar un poco de sombra, y mirando de soslayo á su dueño. Pero quitadle las trabas, montadlo, y al punto *se estremece, relincha, quiere tragarse la tierra; suena el clarin y dice: vamos* (1); y reconoceis el caballo de Job.

Es muy cierto cuanto se refiere dela inclinacion de los árabes á oir cuentos, como lo voy á probar con el ejemplo siguiente: la noche que pasamos en las orillas del mar Muerto, mis betlemitas formaron corro alrededor de la hoguera, dejando caidos al lado sus fusiles y los caballos atados á las estacas, formando otro cerco hácia fuera. Despues de haber tomado el café, y charlado mucho todos juntos, callaron de pronto, menos el sheik ó jeque. Á la luz que despedia la hoguera, observaba yo sus gestos espresivos, su barba negra, sus dientes blancos, y las diversas formas que daba á su ropa, siguiendo siempre en hablar. Escuchábanle sus compañeros con suma atencion, unas veces inclinados hácia adelante con la cara casi en el fuego, y otras exhalando un grito de admiracion, ó remedando con énfasis los gestos que hacia el que contaba: algunas cabezas de caballos que salian por encima del corro, y destacadas de entre las sombras, acababan de dar al cuadro el carácter mas pintoresco, principalmente cuando se añadia una parte del paisage del mar Muerto y de las montañas de la Judea.

Habia yo estudiado con el mayor interes á las naciones salvages de América en las orillas de sus lagos; mas ¡cuán diferente casta de salvages contemplaba aqui! Tenia á la vista á los descendientes de la familia primitiva de los hombres: los veia con las mismas costumbres que conservaron desde el tiempo de Agar y de Ismael, en el mismo desierto que les señaló el Se-

(1) *Fervens et fremens sorbet terram; ubi audierit buccinam, dicit: Vah!*

ñor por herencia: *Moratus est in solitudine, habitavitque in deserto Pharan.* Los encontraba en el valle del Jordan, á las faldas de los monte de Samaria, en los caminos de Habron, en los sitios donde la voz de Josué detuvo el sol, en los campos de Gomorra, que humean todavía con la cólera de Jehovah, y que despues consolaron los prodigios milagrosos de Jesucristo.

Lo que principalmente distingue á los árabes de los pueblos del Nuevo Mundo, es que entre la rusticidad de los primeros se halla alguna finura en las costumbres; se conoce que han nacido en aquel Oriente, donde tuvieron su orígen todas las artes, todas las ciencias, todas las religiones. Oculto á las estremidades del Occidente, en un pais apartado del universo, el salvage del Canadá habita en valles sombríos, poblados de eternos bosques, y regados por inmensos rios; y el árabe arrojado, por decirlo asi, en el gran camino del mundo, entre el Africa y el Asia, vaga por las brillantes regiones de la Aurora en un terreno sin árboles y sin agua. Entre las tribus de los descendientes de Ismael se necesitan amos y criados, animales domésticos, y una libertad sujeta á ciertas leyes. Entre los salvages americanos, el hombre se halla todavía enteramente solo con su independencia feroz y cruel: en lugar de una manta de lana, se cubre con una piel de oso; en lugar de una lanza, maneja una flecha; en vez de un puñal, una clava: ni conoce ni estima el dátil, la sandía ni la leche de camello: en sus festines quiere carne y sangre. No tegió el pelo de la cabra para fabricarse una tienda de campaña donde guarecerse: el olmo que se cae de vejez, le presta su corteza para cubrir su choza. No domó el caballo para perseguir la gacela, porque él mismo alcanza al alce en su carrera. No pertenece por su orígen á las grandes naciones civilizadas: no se encuentra el nombre de

sus abuelos en los fastos de los imperios: los contemporáneos de sus antepasados, son las encinas seculares que aun se sostienen en pie. Monumentos de la naturaleza y no de la historia, los sepulcros de sus padres se hallan en bosques desconocidos. En una palabra, todo manifiesta en el salvage americano, que aun no ha llegado al estado de civilizacion; y en el árabe se ve el hombre civilizado retrocedido al estado salvage.

Partimos de la fuente de Eliseo el dia 6 á las tres de la tarde para volver á Jerusalen. Dejamos á la derecha el monte de la *Cuarentena*, que se eleva sobre Jericó, precisamente delante del monte Abarim, desde donde Moisés vió antes de morir la tierra de Promision. Cuando entramos en los montes de Judea, vimos los restos de un acueducto romano. El abate Mariti, preocupado con el recuerdo de los monges, pretende que este acueducto perteneció á una comunidad, ó que servia para regar las tierras vecinas cuando se cultivaba la caña de azúcar en las llanuras de Jericó. Si la sola inspeccion de esta obra no bastase para desvanecer esta idea quimérica, se podria leer á Adrichomio (*Theatrum Terræ Sanctæ*), y la *Elucidatio historica Terræ Sanctæ* de Cuaresmio, y la mayor parte de los viageros que he citado. El camino que seguíamos en aquel monte era ancho, y empedrado en algunas partes, y tal vez es una antigua via romana. Pasamos al pie de un monte, donde antes habia un castillo gótico que defendia y cerraba el camino. De aqui bajamos á un valle oscuro y hondo, llamado en hebreo *Adommin, ó el valle de la Sangre*. Aqui habia una pequeña ciudad de la tribu de Judá, y en este valle solitario fué donde el Samaritano socorrió al caminante herido. Allí nos encontramos con la caballería del bajá, que iba á hacer al otro lado del Jordan la espedicion de que luego hablaré. Por fortuna la oscuridad de la no-

che impidió que fuésemos vistos de aquella soldadesca.

Pasamos por Bahurim, donde David, huyendo de Absalon, se vió á punto de ser apedreado por Semei. Un poco mas lejos nos apeamos en la fuente donde Jesucristo acostumbraba descansar con los apóstoles cuando venia de Jericó. Comenzamos á subir el monte de las Olivas, pasamos por el lugar de Betamia, donde se enseñan las ruinas de la casa de Marta y el sepulcro de Lázaro. Despues bajamos del monte de las Olivas, que domina a Jerusalen, y pasamos el torrente de Cedron en el valle de Josafat. Fuimos por una senda que serpea al pie del templo, y sube luego al monte Sion, á la puerta de los Peregrinos, dando para ello una vuelta entera á la ciudad. Era ya media noche, y Alí-Agá hizo abrir. Los seis árabes se volvieron á Betlem, y nosotros nos dirigimos al convento, donde ya habian corrido muchas malas noticias, diciéndose que nos habian muerto los árabes ó la caballería del bajá, y ya me acusaban de haber emprendido este viage con una escolta tan miserable, lo que atribuian al carácter imprudente de los franceses. Lo que despues sucedió manifiesta, no obstante, que si yo no hubiese tomado este partido, y aprovechado las primeras horas de mi llegada á Jerusalen, jamás hubiera podido ver el Jordan (1).

(1) Me han contado quo un inglés disfrazado de árabe, fué solo dos ó tres veces de Jerusalen al mar Muerto. Es muy posible, y creo que se corre menos riesgo de este modo, que con una escolta de diez ó doce hombres.



CUARTA PARTE.

VIAGE Á JERUSALEN.

Pasé algunas horas escribiendo cuanto habia observado en los parages que acababa de ver, pues el método de vida que seguí durante mi permanencia en Jerusalen fué el andar de dia y escribir de noche. El 7 de octubre al amanecer vino á verme el padre procurador, me refirió lo que habia pasado entre el bajá y el padre guardian, y dispusimos lo que se habia de hacer, que fué remitir mis firmanes á Abdallah, el cual se irritó, gritó, amenazó, y concluyó por fin exigiendo á los religiosos una suma algo menos que la que habia pedido. Siento no poder insertar la copia de una carta que escribió el padre Buenaventura de Nola al señor general Sebastiani, y la cual me facilitó el mismo religioso. En ella se veria la historia del bajá, y otras circunstancias muy honoríficas á la Francia y al mismo general. Pero no he querido publicarla sin la anuencia del que la escribió, y desgraciadamente la ausencia del general Sebastiani me ha privado de todos los medios para obtener este permiso.

Era preciso todo el deseo que yo tenia de ser útil a los padres de la Tierra-Santa, para ocuparme de otra cosa, que en mi visita al Santo Sepulcro. Salí,

pues, aquella misma mañana del convento en compañía de dos religiosos, de un dragoman, de mi criado y de un genízaro, y me dirigí á pie á la iglesia del Santo Sepulcro. Todos los viageros han hecho la descripcion de esta iglesia, la mas digna de veneracion de toda la tierra, ora se la contemple con los ojos de la filosofía, ora con los del cristianismo, y esta circunstancia hace mas embarazosa mi descripcion. Si he de ofrecer la pintura exacta de los Santos Lugares, no haré mas que repetir lo que han dicho otros antes que yo: no hay objeto menos conocido de los modernos, al paso que de ninguno se han hecho tantas descripciones. Pero suprimir el cuadro de estos lugares sagrados, seria callar lo mas esencial de mis viages, y por consiguiente seria nulo el objeto que me habia inspirado esta peregrinacion. Fluctuando largo tiempo en estas ideas, me decidí, por último, á describir las principales estaciones de Jerusalen, fundado en las siguientes consideraciones.

1.ª Nadie lee en el dia las antiguas peregrinaciones; y por consiguiente, las mismas cosas ya sabidas, parecerán enteramente nuevas á la mayor parte de los lectores.

2.ª La iglesia del Santo Sepulcro ya no existe, porque pereció en un incendio, despues de mi regreso á Francia; y soy por tanto el último viagero que la ha visitado, y en su consecuencia su último historiador.

Pero como no tengo el orgullo de creer que trazaré un cuadro bien acabado, me aprovecharé de los trabajos de mis antecesores, cuidando únicamente de ilustrar sus pasages con las observaciones que me han parecido oportunas.

Entre estas obras hubiera dado acaso la preferencia á las de los viageros protestantes, por contemporizar con el espíritu del siglo, que se halla dispuesto

á rechazar todo lo que tiene un orígen demasiado religioso; pero desgraciadamente satisfacen muy poco las descripciones de Pococke, Shaw, Maundrell, Hasselquist, y algunos otros. Los sábios y los viageros que han descrito en latin las antigüedades de Jerusalen, tales como Adamanno, Beda, Brocard, Willibaldo, Breydenbach, Sanut, Ludolfo, Reland (1), Adriconio, Quaresmio, Baumgarten, Fureri, Bochart, Arias Montano, Reuwich, Hese y Cotovic (2), me obligarian á verificar algunas traducciones, que en último resultado ofrecerian poca novedad al lector (3). En vista de esto he seguido, pues, á los viageros franceses (4), y entre ellos á Deshayes, cuya descripcion del Santo Sepulcro me ha parecido la mejor por las consideraciones siguientes:

Belon (1550), célebre como naturalista, apenas habla una palabra del Santo Sepulcro, y su estilo ademas es anticuado; y otros mas antiguos que él, como por

(1) Su obra titulada: *Palestina ex monumentis veteribus illustrata*, es un prodigio de erudicion.

(2) Lleva tan adelante su descripcion, que inserta ademas los himnos que cantaban los peregrinos en cada una de las estaciones.

(3) Existen tambien dos descripciones de Jerusalen, escrita una en armenio, y otra en griego moderno, la cual he visto. Las mas antiguas descripciones, como las de Sanut, de Ludolfo, de Brocard, de Breydenbach, de Willibaldo, de Adamanno, ó mas bien Arcolfo, y del venerable Beda, son ciertamente muy curiosas, porque solamente leyéndolas puede venirse en conocimiento de las novedades que se han verificado en la iglesia del Santo Sepulcro, pero que son inútiles respecto del monumento moderno.

(4) El español Vera es muy conciso, aunque muy claro. Zuallardo italiano confuso y vago. Pedro del Valle es agradable por la gracia de su estilo y de algunas aventuras, pero vale poco su autoridad.

ejemplo, Cachernois (1490), Regnault (1522), Salignac (1522), Le Huen (1525), Gassot (1536), Renaud (1548), Postel (1553) y Giraudet (1575), se resienten igualmente de un estilo demasiado estraño á nuestro lenguage moderno.

Villamont (1588) describe bien, pero sin método ni crítica. El padre Boucher (1610) es tan piadosamente exagerado, que es imposible aprovechar sus trabajos: Bernard (1616) escribió con mucho juicio, sin embargo de que solo contaba veinte años cuando verificó su viage; pero es difuso y oscuro. El padre Pacífico (1622) es vulgar y demasiado compendiosa su narracion. Monconys (1647) no se ocupa mas que en recetas de medicina. Doubdan (1651) es claro, sábio, y digno de ser consultado; pero demasiado minucioso aun en las cosas mas insignificantes. Fray Rojerio (1653), empleado cinco años en el servicio de los Santos Lugares, tiene ciencia, crítica, y un estilo vivo y animado; pero no me he valido de su descripcion del Santo Sepulcro por ser muy estensa. Thevenot (1656), uno de nuestros mas distinguidos viageros, ha hablado perfectamente de la iglesia del Salvador, y recomiendo su obra á los lectores (Viage á Levante, capítulo XXXIX); pero no dice mas que Deshayes. El jesuita Nau (1674) reune la doble circunstancia de conocer á fondo los idiomas del Oriente, y de haber hecho su viage á Jerusalen en compañía del marqués de Nointel, nuestro embajador en Constantinopla, á quien debemos los primeros dibujos ó copias de las ruinas de Atenas; pero es muy sensible que el sábio jesuita se deje llevar de una intolerable proligidad hasta un punto poco disimulable. La carta del padre Neret, comprendida en la coleccion de *Cartas edificantes*, es escelente; pero suprime muchas cosas de interes. Lo mismo se puede decir de Loiret de La Roque (1688). Los viageros modernos, Muller, Vanzow, Korte Bscheider, Mariti, Vol-

ney, Niebuhr y Brown, apenas hacen mencion de los Santos Lugares.

Deshayes (1621), enviado á Palestina por el rey Luis XIII, me ha, pues, parecido el mas propio y digno de ser citado: 1.º porque los mismos turcos le acompañaron en la visita que hizo á todos los lugares santos de Jerusalen, y aun le hubieran permitido la entrada en la mezquita del templo, si hubiera querido reconocerla: 2.º porque es tan claro y preciso en el estilo algo anticuado de su secretario, que Pablo Lucas lo copió palabra por palabra, sin manifestar el plagio, como acostumbraba; y 3.º porque d'Anville, y esta es la razon mas poderosa, tomó ocasion del mapa de Deshayes para hacer una estensa disertacion, que es tal vez la obra mas importante de este célebre geógrafo (1). Asi, pues, copiaré la descripcion de Deshayes de la parte material de la iglesia del Santo Sepulcro, reservándome al fin añadir mis observaciones (2).

«El Santo Sepulcro, y la mayor parte de los Santos Lugares, pertenecen á la órden de San Francisco, la cual, de tres en tres años envia nuevos religiosos; y aunque los hay de todas las naciones, pasan todos por franceses ó venecianos, y están bajo la proteccion del rey de Francia. Hace unos sesenta años que habitan fuera de la ciudad, en el monte Sion, en el mismo parage donde Nuestro Señor celebró la cena con sus apóstoles; pero habiendo los turcos convertido en

(1) Esta misma es la opinion del sábio Mr. de Sainte-Croix. El título de la disertacion de d'Anville es: *Disertacion sobre la estension de la antigua Jerusalen*. La insertamos al fin del *Itinerario*, por ser raros sus ejemplares.

(2) No he puesto en las notas que van al fin del tomo este largo texto de Deshayes, porque es de suma importancia en este lugar, y facilita lo que yo mismo voy á añadir respecto de la iglesia del Santo Sepulcro.

mezquita su iglesia, desde entonces los religiosos habitan en la ciudad sobre el monte Gion, en el convento que llaman de *San Salvador*; y es la residencia del guardian y de la principal comunidad que surte de religiosos á todos los puntos de la Tierra Santa, donde se necesitan.

«La iglesia del Santo Sepulcro solo dista del convento unos doscientos pasos, y comprende en su recinto el Santo Sepulcro, el monte Calvario, y otros muchos lugares santos. Santa Elena hizo edificar parte de esta iglesia para que estuviese á cubierto el Santo Sepulcro; pero los príncipes cristianos que vinieron despues, la aumentaron de modo, que comprendiese tambien el monte Calvario, que solo dista cincuenta pasos del Santo Sepulcro.

«Antiguamente el monte Calvario estaba fuera de la ciudad, y era el sitio destinado para ajusticiar á los malhechores; y con el objeto de que todos los pudiesen ver, habia un vasto espacio entre el monte y las murallas de la ciudad. Lo demas del monte estaba rodeado de jardines ó huertos; y el uno de ellos era el de José de Arimathea, discípulo oculto de Jesucristo; y el cual se habia mandado hacer allí su sepulcro, en el que fué puesto el cuerpo del Salvador. Los judíos no acostumbraban á enterrar sus muertos como nosotros los cristianos; pues cada uno, segun sus medios, abria en cualquier peñasco un cuartito ó nicho donde depositaban el cuerpo sobre una mesa de la misma piedra, y despues lo cerraban con otra piedra, que por lo comun no tenia mas que cuatro pies de alto.

«La iglesia del Santo Sepulcro es de forma muy irregular, pues han tenido que acomodarse á los lugares que querian comprender en ella: viene á formar una cruz, y tiene ciento veinte pies de largo, sin contar la bajada de la Invencion de la Santa Cruz, y setenta de ancho. Tiene tres cúpulas, y la que cubre

el Santo Sepulcro sirve de nave á la iglesia, y tiene treinta pasos de diámetro: está abierta por arriba como la rotunda de Roma. Es verdad que no tiene bóveda; pues la cubierta se sostiene sobre grandísimas vigas de cedro, que se trajeron del monte Líbano. Antes se entraba en esta iglesia por tres puertas; pero en el dia ya no hay mas que una, cuyas llaves guardan con sumo cuidado los turcos, temiendo que entren los peregrinos, sin pagar los nueve cequies, ó treinta y seis pesetas, que exigen á los cristianos forasteros, pues los vasallos del gran señor no pagan ni la mitad. Esta puerta está siempre cerrada, y solo tiene una ventanita atravesada con una barra de hierro, por donde los de fuera dan la comida á los que están dentro, los cuales son de ocho naciones diferentes.

«La primera es la de los latinos ó romanos, que son los religiosos de San Francisco, y los cuales guardan el Santo Sepulcro, el parage del monte Calvario donde nuestro Señor Jesucristo fué clavado en la Cruz, el en que se halló la Santa Cruz, la piedra donde fué ungido el Santísimo cuerpo, la capilla donde nuestro Señor se apareció á la Vírgen despues de haber resucitado.

«La segunda nacion es la de los griegos, que tienen el coro de la iglesia, donde se celebran los oficios divinos, y en medio del cual hay un círculo pequeño de mármol, cuyo centro dicen es el medio de la tierra.

«La tercera es la de los abisinios, y los cuales tienen la capilla donde está la columna del *Improperio*.

«La cuarta es la de los coftos, que son los cristianos de Egipto, y tienen un oratorio pequeño cerca del Santo Sepulcro.

«La quinta la de los armenios, que ocupan la ca-

pilla de Santa Elena, y aquella en que se dividieron y jugaron las ropas de Nuestro Señor.

«La sesta la de los nestorianos ó jacobitas, que han venido de Caldea y de Siria. Estos tienen una capilla cerca del parage donde Nuestro Señor se apareció á la Magdalena en figura de hortelano, y por esto la llaman la *Capilla de la Magdalena.*

«La sétima la de los georgianos, que habitan entre el mar Mayor y el mar Caspio, y tienen el parage del monte Calvario, donde se puso la cruz, y la cárcel donde estuvo Nuestro Señor mientras hacian el agujero para plantarla.

«La octava es la de los maronitas, que habitan en el monte Líbano, y obedecen al papa como nosotros.

«Cada nacion, ademas de estos santuarios, que todos los que están dentro pueden visitar, tienen otras viviendas particulares en las bóvedas y rincones de esta iglesia, que les sirven para retirarse y celebrar los divinos oficios, segun sus ritos particulares; pues los sacerdotes y religiosos que aqui entran, permanecen por lo regular dos meses sin salir, hasta que envian otros del convento que tienen en la ciudad para reemplazarles. No es posible permanecer mucho tiempo en esta iglesia sin enfermar, porque no tiene buena ventilacion, y las bóvedas y paredes despiden una humedad muy dañosa. Sin embargo, hallamos un ermitaño que habia tomado el hábito de San Francisco, y hacia veinte años que estaba alli sin salir, bien que tiene mucho que trabajar, cuidando de doscientas lámparas, y limpiando y adornando los Santos Lugares; de modo que apenas le quedarian cuatro horas de descanso al dia.

«Lo primero que se encuentra al entrar en la iglesia es la piedra de la uncion, sobre la cual fué ungido el cuerpo de Nuestro Señor con mirra y alóes

antes de darle sepultura. Algunos dicen que es de la misma roca del monte Calvario; pero otros afirman que la trajeron allí José y Nicodemus, discípulos secretos de Jesucristo, y los cuales hicieron aquella piadosa obra; y añaden que la piedra es de un color verdoso. Como quiera que sea, fué preciso cubrirla con mármol blanco, y cerrarla con una reja de hierro, para que ninguno la pise, y para evitar que los peregrinos la rompiesen. Tiene ocho pies menos tres pulgadas de largo, y dos pies menos una pulgada de ancho, y encima hay ocho lámparas que arden de contínuo.

«El Santo Sepulcro está á treinta pasos de esta piedra, precisamente en medio de la gran cúpula de que ya hemos hablado, y es como un cuartito practicado á pico en la misma roca. La puerta que mira al Oriente no tiene mas que cuatro pies de alto y dos y cuarta de ancho; de modo que es menester bajarse mucho para entrar allí. Lo interior del sepulcro es casi cuadrado, y tiene seis pies menos una pulgada de largo, y seis pies menos dos pulgadas de ancho. Hay una mesa sólida de la misma piedra, que espresamente se dejó cuando se abrió lo demas: esta piedra tiene dos pies y cuatro pulgadas y media de alto, y contiene la mitad del sepulcro; porque tiene seis pies menos una pulgada de largo, y dos pies y dos tercios y medio de ancho. Sobre esta mesa se puso el cuerpo de Nuestro Señor, con la cabeza hácia el Occidente y los pies al Oriente, pero á causa de la supersticiosa devocion de los orientales, que creian que dejando sus cabellos sobre esta piedra, Dios no les abandonaria jamás, y tambien porque los peregrinos rompian algunos pedazos de la piedra, fué preciso cubrirla con mármol blanco que sirve de altar, donde se dice misa. En esta santa capilla arden continuamente cuarenta y cuatro lámparas, y para que sal-

ga el humo se han abierto tres agujeros en la bóveda. La parte interior del sepulcro está tambien cubierta toda de mármol, y adornada con muchas columnas que sostienen una hermosa cúpula.

«A la entrada de la puerta del sepulcro hay una piedra de pie y medio en cuadro, y levantada un pie de tierra: es de la misma roca, y servia para que se apoyase sobre ella la otra que tapaba la puerta del Santo Sepulcro. Sobre esta piedra estaba el ángel cuando habló á las Marías; y tanto por este misterio, cuanto por reverencia del Santo Sepulcro, los primeros cristianos levantaron allí delante una capilla, que se llama del Ángel.

«A doce pasos del Santo Sepulcro, y mirando al Septentrion, se encuentra una gran piedra de mármol gris, que puede tener cuatro pies de diámetro, y se ha colocado allí para indicar el lugar en que Nuestro Señor se apareció á la Magdalena en figura de hortelano.

«Mas adelante está la capilla de la Aparicion, donde es tradicion que Nuestro Señor se apareció primero á la Vírgen despues de resucitado. En este parage es donde los religiosos de San Francisco celebran de contínuo sus oficios, y donde se retiran, pues de allí pasan á unos cuartitos que no tienen mas salida que por esta capilla.

«Siguiendo en dar la vuelta á la iglesia, se halla una capilla abovedada, que tiene siete pies de largo y seis de ancho, y la llaman la cárcel de Nuestro Señor, porque aqui lo tuvieron mientras se hacia el agujero para poner la cruz. Esta capilla está á la parte opuesta del monte Calvario; de manera que estos dos parages forman como el crucero de la iglesia, pues el monte está al Mediodía y la capilla al Septentrion.

«Muy cerca de allí hay otra capillita de cinco pies de largo y tres de ancho, que está en el mismo parage

en que los soldados quitaron á Nuestro Señor las vestiduras antes de clavarle en la cruz, y donde echaron suertes y las dividieron.

«Saliendo de esta capilla se encuentra á mano izquierda una espaciosa escalera que rompe por la misma pared de la iglesia para bajar á una especie de cueva abierta á pico en la misma roca. Despues de bajar treinta escalones, se entra en una capilla que esta á mano izquierda, y se llama comunmente la de *Santa Elena*, porque esta santa estuvo en oracion en ella mientras se buscaba la Santa Cruz. Se bajan aun once escalones para llegar al parage donde se halló la Santa Cruz con los clavos, la corona de espinas y el hierro de la lanza, que habian estado alli sepultados mas de trescientos años.

«Cerca de lo alto de la escalera, y tirando hácia el monte Calvario, hay una capilla que tiene cuatro pasos de largo y dos y medio de ancho; y bajo su altar se ve una columna de mármol gris con manchas negras, que tiene dos pies de alto y uno de diámetro, y se llama la *Columna del Improperio*, porque alli sentaron á Nuestro Señor para coronarle de espinas.

«A diez pasos de esta capilla se encuentra una escalerita muy estrecha, cuyos escalones son de madera al principio y de piedra al fin, hasta el número de veinte, y por ellos se sube al monte Calvario. Este parage, que antes era tan ignominioso, habiéndose santificado con la sangre de Nuestro Señor, cuidaron de él muy particularmente los primeros cristianos; y despues de haber hecho quitar toda la tierra é inmundicias que habia encima, lo cercaron con paredes, de manera que ahora es como una capilla superior metida en esta grande iglesia. Por dentro está toda cubierta de mármol, y dividida en dos con un arco; la parte que está al Septentrion es el parage en que Nuestro Señor fué clavado en la cruz. Aqui están ar-

diendo siempre treinta y dos lámparas, de las que cuidan los religiosos de San Francisco, los cuales celebran allí misa todos los dias.

«En la otra parte, que está al Mediodía fué plantada la Santa Cruz, y aun se ve el agujero cavado en la tierra como pie y medio de hondo, ademas de la tierra que tenia encima: á los lados están señalados los agujeros de las cruces de los ladrones. La del buen ladron estaba al Septentrion, la del malo al Mediodía; de modo que el primero se hallaba á la mano derecha de Nuestro Señor, que tenia el rostro vuelto hácia el Occidente, y la espalda á Jerusalen que caia al Oriente. Aquí arden siempre cincuenta lámparas.

«Debajo de esta capilla están los sepulcros de Godofre de Bullon y de su hermano Balduino, en los que se leen estas inscripciones.

HIC JACET INCLYTUS DUX GODOFRIDUS DE BULION, QUI TOTAM ISTAM TERRAM ACQUISIVIT CULTUI CHRISTIANO, CUJUS ANIMA REGNET CUM CHRISTO. AMEN.

REX BALDUINUS, JUDAS ALTER MACHABEUS,
SPES PATRIÆ, VIGOR ECCLESIÆ VIRTUS UTRIUSQUE,
QUEM FORMIDABANT, CUI DONA TRIBUTA FEREBANT
CEDAR ET ÆGYPTUS, DAN AC HOMICIDA DAMASCUS,
PROH DOLOR! IN MODICO CLAUDITUR HOC TUMULO (1).

«El monte Calvario es la última estacion de la iglesia del Santo Sepulcro; pues á veinte pasos de allí se encuentra la piedra de la *uncion*, que está precisamente á la entrada de la iglesia.»

(1) Ademas de estos dos sepulcros se ven otros cuatro medio rotos. En uno de ellos se leen, aunque con dificultad, un epitafio copiado por Cotovic.

Habiendo hablado Deshayes por su órden de las estaciones de los Santos Lugares, solo me queda tratar de la reunion de estos edificios.

Se ve, pues, que la iglesia del Santo Sepulcro consta de otras tres, que son la del Santo Sepulcro, la del Calvario, y la de la Invencion de la Santa Cruz.

La iglesia que propiamente llamaríamos del Santo Sepulcro, está situada en el valle del monte Calvario, y sobre el mismo terreno en que se sabe fué enterrado Jesucristo. Esta iglesia forma una cruz; y la misma capilla del Santo Sepulcro no es, en efecto, mas que la nave mayor del edificio, que es redondo como el panteon de Roma, y solo le entra la luz por una cúpula, bajo la cual se halla el Santo Sepulcro. Diez y seis columnas de mármol adornan el circuito de esta rotunda, y sostienen, formando diez y siete arcos, una galería superior compuesta de diez y seis columnas y diez y siete arcos mas pequeños que los inferiores. Sobre el friso de la última galería se levantan otros tantos nichos correspondientes á los arcos, y desde estos nichos arranca la cúpula. Estos nichos estaban antes adornados con mosáicos que representaban á los doce apóstoles, á Santa Elena, al emperador Constantino, y otros personages no conocidos.

El coro de la iglesia está al Oriente de la nave del Sepulcro: es doble como en las antiguas basílicas, es decir, que forma primero el círculo de la sillería para los sacerdotes, y despues el santuario, que se eleva por dos gradas sobre el coro. En derredor de este doble santuario corren las alas colaterales del coro, y en ellas se hallan las capillas que describe Deshayes.

En la nave de la mano derecha, y detras del coro, se encuentran las dos escaleras que van la una á la iglesia del Calvario, y la otra á la capilla de la Invencion de la Santa Cruz: la primera sube á la cumbre del Calvario, y la segunda baja al Calvario mismo;

pues en efecto la cruz fué plantada en la cumbre del Gólgota y hallada bajo de este monte. Asi, pues, la iglesia del Santo Sepulcro está edificada al pie del Calvario, y toca por su parte oriental con este montecillo, encima y bajo del cual se han edificado otras dos iglesias, que comunican por medio de paredes y escaleras en bóveda con la iglesia principal.

La arquitectura es ciertamente del siglo de Constantino; pues que toda es del órden corintio. Los pilares unos son muy gruesos y otros muy delgados, y su diámetro no guarda por lo comun proporcion alguna con su altura; sin embargo, algunas columnas apareadas que sostienen el friso del coro son de buen gusto. Como la iglesia es alta y espaciosa, las cornisas se presentan á la vista con bastante grandiosidad; pero como hace unos sesenta años que se rebajaron los arcos que separan el coro de la nave, no se goza ya de la vista entera de la bóveda.

La iglesia no tiene peristilo y se entra en ella por dos puertas laterales, aunque solo una está abierta, y por lo tanto parece que el edificio no ha tenido ningun adorno esterior, ademas de que está cubierto por los conventos griegos que han pegado á sus paredes.

El monumento de mármol que cubre al Santo Sepulcro, tiene la figura de un catafalco, adornado con arcos semi-góticos metidos en los lados del mismo catafalco, que se eleva con gracia bajo la cúpula, de donde recibe la luz; pero lo afea una capilla muy pesada que los armenios han logrado el permiso de construir al uno de sus estremos. La parte interior del catafalco presenta un sepulcro sencillo de mármol blanco, se apoya por un lado en la pared del monumento, y sirve de altar á los religiosos católicos: este es el sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo.

El orígen de la iglesia del Santo Sepulcro es de muy remota antigüedad. El autor del *Epítome* de las

guerras sagradas (*Epitome bellorum sacrorum*), sostiene que cuarenta y seis años despues que Vespasiano y Tito destruyeron á Jerusalen, los cristianos lograron que Adriano los autorizase para edificar, ó mas bien reedificar un templo sobre el sepulcro de su Dios, y de comprender dentro de las murallas de la nueva ciudad los demas parages que veneran, y añade que Santa Elena ensanchó y reparó este templo. Cuaresmio impugna esta opinion, y dice: «que los fieles solo en el reinado de Constantino obtuvieron el permiso de edificar templos.» El sábio religioso olvida sin duda que antes de la persecucion de Diocleciano ya poseian los cristianos numerosas iglesias y celebraban públicamente sus misterios. Lactancio y Eusebio remontan á esta época la riqueza y la felicidad de los fieles.

Ademas de otros autores dignos de fé, Sozomeno, en el segundo libro de su *Historia*; San Gerónimo, en sus *Epístolas* á Paulino y Rufino; Severo, libro II; Nicéphoro, libro XVIII, y Eusebio en la *Vida de Constantino*, nos dicen que los paganos cercaron con una muralla los Santos Lugares, y que colocaron una estátua de Júpiter sobre el sepulcro de Jesucristo, y otra de Venus sobre el monte Calvario, y que consagraron un bosque á Adonis en el mismo parage en que nació el Salvador. Estos testimonios demuestran por la misma profanacion de los Santos Lugares, la antigüedad del verdadero culto en Jerusalen, y prueban que los cristianos ya tenian allí templos.

Como quiera que sea, la fundacion de la iglesia del Santo Sepulcro data á lo menos del reinado de Constantino; y Eusebio nos ha conservado una carta de este príncipe, en la cual manda á Macario, obispo de Jerusalen, que levante una iglesia en el mismo parage donde se cumplió el misterio de nuestra salvacion. El obispo de Cesarea describe en seguida esta nueva

iglesia, cuya dedicacion duró ocho dias. Si fuera necesario apoyar esta cita de Eusebio, podríamos apelar al testimonio de Cirilo, obispo de Jerusalen (*Catech.* I, 10, 13), de Teodoreto, y del mismo *Itinerario de Burdeos á Jerusalen*, en 333. *Ibidem, jussu Constantini imperatoris, basilica facta est miræ pulchritudinis.*

Como tres siglos despues fué destruida esta iglesia por Cosroës II, rey de Persia. Heraclio reconquistó la verdadera cruz; y Modesto, obispo de Jerusalen, restableció la iglesia del Santo Sepulcro. Algun tiempo despues, el califa Omar se apoderó de Jerusalen; pero permitió á los cristianos el libre ejercicio de su culto. Hácia el año 1009, Hequem ó Hakem, que reinaba en Egipto, destruyó el sepulcro de Jesucristo. Unos dicen que la madre de este príncipe, que era cristiana, hizo levantar las paredes de esta iglesia, y otros sostienen que el hijo del califa de Egipto, á ruegos del emperador Argyrópilo permitió á los fieles que erigiesen un nuevo monumento en aquellos Santos Lugares. Pero como en la época del reinado de Hakem, los cristianos de Jerusalen no eran ni bastante ricos ni bastante hábiles para construir el edificio que cubre actualmente el monte Calvario (1); y como á pesar de un pasage muy sospechoso de Guillermo de Tiro, nada indica que los cruzados hiciesen construir en Jerusalen una iglesia del Santo Sepulcro, es probable que la que fundó Constantino ha permanecido siempre cual se halla en el dia, á lo menos en cuanto á las paredes del edificio, como se prueba ademas por el mismo género de su arquitectura.

Habiéndose apoderado los cruzados de Jerusalen el 15 de julio de 1099, libertaron el sepulcro de Jesu-

(1) Dicen que María, muger de Hakem y madre del nuevo califa, costeó este edificio, y que le ayudó en tan piadosa obra Constantino Monómaco.

cristo de manos de los infieles, y permaneció ochenta y ocho años en poder de los sucesores de Godofre Bullon. Cuando Jerusalen volvió á caer bajo el yugo de los musulmanes, los sirios rescataron á precio de oro la iglesia del Santo Sepulcro, y los religiosos vinieron á defender con sus oraciones unos parages inútilmente confiados á las armas de los reyes; y de este modo, por entre mil revoluciones, la fé de los primeros cristianos nos habia conservado un templo cuya suerte parecia ser la de acabar en nuestro siglo.

Los primeros viageros fueron los mas afortunados; porque no estaban obligados á entrar en estas cuestiones de la crítica, en primer lugar, porque sus lectores profesaban la religion que no disputa jamás con la verdad; y despues, porque todos estaban convencidos de que el único medio que habia para visitar aquel pais, era ir acompañados de las tradiciones y del Evangelio. Efectivamente, para recorrer la Tierra Santa se debe llevar en la mano la Biblia y el Evangelio. Si se quiere llevar hasta allí un espíritu de cavilosidad y de disputa, en este caso no vale la Judea la pena de ser visitada. ¿Qué se diria de un hombre que, recorriendo la Grecia y la Italia, solo se ocupase en contradecir á Homero y á Virgilio? Y sin embargo, asi se viaja hoy: resultado sensible de nuestro amor propio, que se afana por hacernos mas hábiles, dándonos por base el desprecio y la vanidad.

Tal vez me preguntarán mis devotos lectores ¿qué fué lo que yo sentí al entrar en aquellos asombrosos lugares? pero realmente no podré esplicarlo; pues á un tiempo mismo me ocurrieron mil ideas, sin fijarme en ninguna en particular. Media hora permanecí de rodillas en la capillita del Santo Sepulcro con los ojos clavados en la piedra, sin poderlos apartar de allí. Uno de los religiosos que me acompañaban se postró á mi lado, y dejó caer su rostro sobre el mármol; y otro, te-

niendo en la mano el Evangelio, me leia á la luz de las lámparas los pasages relativos al Santo Sepulcro. A cada versículo añadia la siguente oracion: *Domine Jesu Christe, qui in hora diei vespertina de cruce depositus, in brachiis dulcissimæ Matris tuæ reclinatus fuisti, horaque ultima in hoc sanctissimo monumento corpus tuum exanime contulisti, etc.* Lo que puedo asegurar es, que al ver aquel sepulcro triunfante, solo contemplé mi propia flaqueza; y cuando el sacerdote esclamó con San Pablo: *¿Ubi est, Mors, victoria tua? ¿Ubi est, Mors, stimulus tuus?* apliqué el oido como si la muerte fuese á responder que se hallaba vencida y aherrojada en aquel sagrado monumento.

Anduvimos las estaciones hasta la cumbre del Calvario ¿Dónde hallaremos en toda la antigüedad sucesos tan maravillosos, y que tan tiernos sean como los últimos de que nos habla el Evangelio? No son estos aquellos caprichosos acaecimientos de una deidad falsa y como estraña á la misma humanidad: es historia mas patética, que arranca lágrimas por su belleza, y cuyas consecuencias, aplicadas al universo, mudaron del todo su faz. Acababa de recorrer los monumentos de Grecia, y estaba aun admirado de su grandeza; pero ¡cuán lejos estaban aquellos de producir en mí el asombro que sentia al ver los Santos Lugares!

La iglesia del Santo Sepulcro, compuesta de otras muchas, edificada sobre un terreno desigual, y alumbrada con muchas lámparas, es sobremanera misteriosa, y reina en toda ella una oscuridad que favorece la devocion y el recogimiento del alma. Los sacerdotes cristianos de diferentes sectas habitan las varias partes de este edificio. Desde lo alto de los arcos, en donde habitan como unas palomas, en lo interior de las capillas y en los subterráneos, resuenan sus cánticos á todas las horas del dia y de la noche: el órgano de los religiosos latinos, los címbalos del sacerdote

abisinio, la voz del monge griego, las oraciones del solitario armenio, aquella especie de quejido del monte cofto, resuenan á un mismo tiempo en vuestros oidos: no sabeis de donde salen aquellas voces, percibís el olor de los inciensos, sin ver la mano que los quema, y solo veis pasar y desvanecerse detras de las columnas y en las sombras del templo al sacerdote que va á celebrar los mas augustos y terribles misterios en aquellos mismos parages donde se cumplieron.

No salí del sagrado recinto sin haberme detenido antes á contemplar los sepulcros de Godofre y de Balduino, que están enfrente de la puerta de la iglesia, y pegados á las paredes del coro. No pude dejar de saludar las cenizas de aquellos reyes caballeros, que merecieron descansar cerca del gran sepulcro que ellos mismos rescataron. Aquellas cenizas son cenizas francesas, y las únicas que se hallan sepultadas á la sombra del sepulcro de Jesucristo. ¡Qué título de honor para la Francia!

Volví al convento á las once de la mañana, y sali de nuevo al medio dia para andar la *Calle de Amargura*; pues asi se llama el camino que recorrió el Salvador del mundo pasando de la casa de Pilatos al Calvario.

La casa de Pilatos (1) viene á ser unas ruinas, desde donde se descubre el vasto recinto del templo de Salomon, y la mezquita que le ha reemplazado.

Habiendo sido Jesucristo azotado y coronado de espinas, le pusieron una túnica de púrpura, y los judíos le presentaron á Pilatos: *Ecce Homo*, esclamó el

(1) Esta casa fué por mucho tiempo la habitacion del gobernador de Jerusalen; pero hoy ya no hay mas albergue que para los caballos que pastan por las ruinas. Véase la Introduccion, sobre la verdad de las tradiciones religiosas de Jerusalen.

juez; y aun se ve la ventana donde pronunció estas memorables palabras.

Segun la tradicion latina de Jerusalen, la corona de Jesucristo fué hecha del árbol espinoso *lycium spinossum*; pero el sábio botánico Hasselquist dice que fué del *nabka* de los árabes, y merecen citarse las razones en que se funda:

«Es probable, dice este autor, que la corona que pusieron en la cabeza á nuestro Señor, fué hecha del nabka, que es muy comun en el Oriente. Ni podian escoger otro mas propio, porque tiene púas, y sus ramas son muy flexibles, y sus hojas de un verde oscuro como el de la yedra. Tal vez los enemigos de Jesucristo, para añadir la burla al castigo, escogerian una planta que se parece á aquella de que se servian para coronar á los emperadores y generales.»

Otra tradicion conserva en Jerusalen la sentencia dada por Pilatos contra el Salvador del mundo:

Jesum Nazarenum, subversorem gentis, contemptorem Cæsaris, et falsum Messiam, ut majorum suæ gentis testimonio probatum est, ducite ad communis supplicii locum, et eum in ludibriis regiæ majestatis in medio duorum latronum cruci affigite. I, lictor, expedi cruces.

A ciento veinte pasos del arco del *Ecce Homo*, me enseñaron á la izquierda las ruinas de una iglesia dedicada á nuestra Señora de los Dolores; y aquí fué donde María salió al encuentro de su Hijo con la cruz á cuestas. Los Evangelios no refieren este suceso; pero generalmente se cree, segun la autoridad de San Bonifacio y de San Anselmo. San Bonifacio dice que la Virgen cayó medio muerta, y que no pudo pronunciar ni una sola palabra: *Nec verbúm dicere potuit*. San Anselmo asegura que Cristo la saludó con estas palabras: *¡Salve, Mater!* y todo esto es muy probable, y la fé no se opone á estas tradiciones, que manifiestan

hasta qué punto se ha grabado en la memoria de los hombres la sublime é interesante historia de la pasion. El trascurso de diez y ocho siglos, las innumerables persecuciones, las revoluciones contínuas, y las ruinas que cada dia se van multiplicando, no han podido borrar las huellas de una madre que viene á llorar á su hijo.

Cincuenta pasos mas allá hallamos el parage donde Simon Cirineo ayudó á Jesucristo á llevar la cruz.

«Y compelieron á un hombre de Cirene, llamado Simon, el cual venia de una granja, á que cargase con la cruz, para que la llevase en pos de Jesus.»

Aqui el camino que iba de Este á Oeste hace un recodo y tira al Norte: á mano derecha ví el parage donde estaba el pobre Lázaro, y enfrente, al otro lado de la calle, la casa del rico avariento.

«Habia un hombre rico que se vestia de púrpura y de lino finísimo, y comia espléndidamente todos los dias.

«Y habia tambien un mendigo llamado Lázaro que estaba echado á su puerta lleno de llagas.

«Y deseaba hartarse de la migajas que caian de la mesa del rico, pero nadie se las daba; y los perros venian y le lamian las llagas.

«Murió este mendigo, y fué llevado por los ángeles al seno de Abraham. Y murió tambien el rico, y fué sepultado en el infierno.»

San Crisóstomo, San Ambrosio y San Cirilo creen que la historia de Lázaro y del rico avariento, no es una mera parábola, sino un suceso verdadero y público. Los mismos judíos nos han conservado el nombre de este rico, y le llaman *Nabal.*

Pasada la casa del rico avariento se vuelve á la derecha, y se sigue caminando á Poniente. A la entrada de esta calle, que sube ya al Calvario, se halla el pa-

rage donde Cristo encontró á las santas mugeres que lloraban por él.

«Y le seguia una gran multitud de pueblo y de mugeres, las cuales lo plañian y lloraban.

«Mas Jesus, vuelto á ellas, las dijo: Hijas de Jerusalen, no lloreis sobre mí, sino llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos.»

A ciento diez pasos de aqui se ve el sitio donde estuvo la casa de Verónica, y el lugar donde aquella piadosa muger limpió el rostro del Salvador. El primer nombre de esta muger era Berenice; pero despues se mudó en el de *Verá-Icon*, verdadera imágen, por la trasposicion de dos letras, ademas de que el mudar la *b* en *v* es muy frecuente en las lenguas antiguas.

Despues de haber andado unos cien pasos, se halla la puerta Judiciaria, por la cual salian los reos que ajusticiaban en el Gólgota; pues este monte, contenido hoy dentro de la ciudad, estaba fuera de la antigua Jerusalen.

Desde la puerta Judiciaria á la cumbre del Calvario se cuentan casi unos doscientos pasos; y aqui concluye la calle de Amargura, que puede tener en todo una milla de largo. Hemos visto que el Calvario se comprende ahora en la iglesia del Santo Sepulcro. Si los que leen la pasion en el Evangelio sienten una santa tristeza y una profunda admiracion, ¿qué será al pie del monte Sion, á la vista del templo y en los mismos muros de Jerusalen?

Habiendo dado la descripcion de la calle de Amargura y de la iglesia del Santo Sepulcro, solo diré una palabra de las devotas estaciones que se hallan en el recinto de la ciudad, y me contentaré con nombrarlas segun el órden con que las anduve durante mi permanencia en Jerusalen.

1.° La casa del pontífice Anás, cerca de la puerta de David, al pie del monte Sion, dentro de las mura-

llas de la ciudad: los armenios son dueños de la iglesia edificada sobre sus ruinas.

2.º El parage donde el Salvador se apareció á María Magdalena, María madre de Santiago, y María Salomé, y está entre el castillo y la puerta del monte Sion.

3.º La casa de Simon fariseo, donde la Magdalena confesó sus pecados. Es una iglesia completamente arruinada, y está al Oriente de la ciudad.

4.º El monasterio de Santa Ana, madre de la Santa Vírgen; y la gruta de la Inmaculada Concepcion bajo la iglesia del monasterio, el cual en el dia es una mezquita, en la que se entra pagando algunos medines. En tiempo de los reyes cristianos estaba habitado por monjas, y no está lejos de la casa de Simon.

5.º La cárcel de San Pedro, cerca del Calvario, y son unas murallas viejas donde se ven aun algunas abrazaderas de hierro.

6.º La casa de Zebedeo, cerca de la cárcel de San Pedro, y es una iglesia bastante grande, que pertenece al patriarca griego.

7.º La casa de María, madre de Juan Marco, donde se retiró San Pedro cuando lo libertó el ángel.

8.º El parage donde fué martirizado Santiago el Mayor. Es convento de los armenios, y la iglesia muy rica y hermosa. Dentro de poco hablaré con mas estension del patriarca armenio.

El lector acaba de recorrer el cuadro completo que ofrecen los monumentos cristianos de Jerusalen. Vamos ahora á visitar los que se hallan fuera del recinto de la santa ciudad.

Habia gastado dos horas en andar á pie la calle de Amargura; y todos los dias repetia este sagrado camino, y entraba en la iglesia del Calvario para que no se borrase de mi memoria ninguna circunstancia esencial. Ya eran las dos de la tarde del dia 7 de octubre,

cuando concluí de andar por primera vez las santas estaciones. Entonces monté á caballo con Alí-Agá, el dragoman, Miguel y mis criados, y salí por la puerta de Jaffa, para dar la vuelta entera á Jerusalen. Ibamos provistos de armas, y vestidos á la francesa, con la resolucion de no tolerar ningun insulto. Hemos observado que los tiempos habian cambiado mucho, merced á la celebridad de nuestras victorias; pues Deshayes, embajador de Luis XIII, obtuvo con harta dificultad el permiso de entrar en Jerusalen llevando ceñida la espada.

Tomamos á la izquierda mirando al Mediodía, y pasamos por la piscina de Bersabé, que es un hoyo ancho y profundo que no tiene agua. En seguida subimos al monte Sion, parte del cual se halla fuera de Jerusalen.

Supongo que el monte Sion recuerda á los lectores sublimes memorias, y que desean conocer este monte tan misterioso en la Sagrada Escritura, tan celebrado en los cánticos de Salomon, y objeto de las bendiciones ó de las lágrimas de los profetas, cuyos suspiros ha repetido la lira de Racine.

Es, pues, un montecillo estéril y de color amarillento, abierto en forma de media luna por el lado de Jerusalen, de una elevacion en corta diferencia como la de Montmartre (1), y llano en su cumbre, en la que hay tres monumentos, ó mas bien tres ruinas, y son la casa de Caifás, el Santo Cenáculo y el sepulcro ó palacio de David. Desde esta cumbre se ve hácia el Mediodía el valle de Ben-Hinnon, y mas allá el Campo de Sangre comprado con los treinta dineros de Judas, el monte del Mal-Consejo, los sepulcros de los jueces, y todo el desierto hácia Hebron y Betlem. Al Norte las murallas de Jerusalen, que suben por la cumbre de

(1) Montecillo poco elevado que domina á París. (*Ed. E.*)

Sion, impiden la vista de la ciudad, que va declinando hácia el valle de Josafat.

La casa de Caifás es actualmente una iglesia de los armenios; el sepulcro de David es una salita abovedada, en donde se hallan tres sepulcros de piedra negruzca: el Santo Cenáculo es una mezquita y hospital de turcos; pero antes era iglesia y monasterio de los padres de Tierra Santa. Este último santuario es igualmente famoso en el antiguo que en el nuevo *Testamento*, pues en él edificó David su palacio y sepulcro: allí estuvo por espacio de tres meses el arca de la alianza, y en él Jesucristo celebró la última Pascua, é instituyó el Sacramento de la Eucaristía, se apareció á sus discípulos el dia de la Resurreccion, y bajó el Espíritu Santo sobre los apóstoles. El santo Cenáculo fué el primer templo cristiano que vió el mundo: Santiago el Menor fué consagrado en él primer obispo de Jerusalen, y San Pedro celebró en él el primer concilio de la iglesia: en fin, de este mismo parage salieron los apóstoles pobres y desnudos, para elevarse sobre todos los tronos de la tierra: *¡Docete omnes gentes!*

El historiador Josefo hace una descripcion magnífica del palacio y sepulcro de David; y Benjamin de Tudela refiere una anécdota curiosa respecto de este sepulcro (1).

Bajando del monte Sion por el lado de Levante, llegamos al valle, á la fuente y á la piscina de Siloe, donde Jesucristo volvió la vista al ciego. La fuente sale de una peña, y corre silenciosamente, *cum silentio*, segun Geremías, lo cual está en contradiccion con San Gerónimo; y tiene una especie de flujo y reflujo, pues unas veces brota agua abundante y otras solo algunas gotas, semejante á la fuente de Valclusa. Los levitas derramaban agua de Siloe sobre el altar en la

(1) Véase la nota E al fin del tomo.

fiesta de los Tabernáculos, cantando: *Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris.* Milton invoca esta fuente el principio de su poema, en vez de la fuente Castalia:

. . . . Or if Sion hill
Delight thee more, and Siloa's brook that flow'd
Fast by Oracle of God, etc.

hermosos versos bellamente vertidos por Delille:

Toi donc qui, célébrant les mervei des cieux
Prends loin de l'Helicon un vol audacieux;
Soit que, te retenant sous ses palmiers antiques,
Sion avec plaisir répète tes cantiques;
. . . .
Soit que, chantant le jour où Dieu donna sa loi,
Le Sina sous tes pieds tressaille en cor d'effroi;
Soit que près du saint lieu d'ou parten ses oracles
Les flots du Siloë te disent ses miracles:
Muse sainte, soutiens mon vol presomptueux!

Dicen algunos que esta fuente brotó de pronto para apagar la sed de Isaías, cuando le aserraron por en medio del cuerpo con una sierra de madera de órden de Manasés; y otros que comenzó á manar en el reinado de Ezequías, de quien es aquel admirable cántico:

Fái vu mes tristes journéés
Décliner vers leur penchant! etc.

Segun Josefo, esta milagrosa fuente corria para el ejército de Tito, y rehusaba sus aguas á los judíos, que eran culpados. La piscina, ó mas bien las dos piscinas, que tienen el mismo nombre, están cerca de esta fuente, y aun sirven como antiguamente para la-

vadero de las mugeres, las cuales, cuando nos vieron, se burlaron de nosotros y echaron á correr. El agua de esta fuente es salobre é ingrata al paladar, y todos acostumbran á lavarse en ella los ojos en memoria del milagro del ciego de nacimiento.

Allí cerca se enseña el parage donde el profeta Isaías fué martirizado del modo que he indicado. Tambien se ve un lugarejo que llaman *Siloan*, á cuyo pie hay otra fuente que la Escritura llama *Rogel*, con otra tercera fuente que lleva el nombre de *María*, porque se cree que la Vírgen venia allí á buscar agua, como las hijas de Laban iban á buscarla al pozo, cuya piedra levantó Jacobo: *Ecce Rachel veniebat cum ovibus patris sui, etc.*, y las aguas de esta fuente se juntan con las de la de Siloe.

Aquí, como advierte San Gerónimo, nos hallamos al pie del monte Moria, bajo las paredes del templo, y casi delante de la puerta Sterquilinaria. Llegamos hasta el ángulo oriental del muro de la ciudad, y entramos en el valle de Josafat, que corre de Norte á Mediodía, entre el monte Olivete y el Moria, pasando por en medio el arroyo de Cedron, seco la mayor parte del año, y que solo lleva agua en la primavera y cuando llueve.

El valle de Josafat se llama tambien en la Escritura *valle de Savé*, *valle del rey*, *y valle de Melchisedech* (1). En el valle de *Melchisedech* fué donde el rey de Sodoma vino á felicitar á Abraham por la victoria que habia alcanzado contra los cinco reyes: en este mismo valle fué donde se adoraron los dos ídolos Moloch y Beelphegor; y despues se llamó valle de *Josafat*, porque en él se enterró este rey en el sepulcro

(1) Sobre esto hay diferentes opiniones; pues el valle del Rey podria muy bien estar hácia los montes del Jordan, lo que convendria mejor con la historia de Abraham.

que se habia mandado construir. Parece que este valle sirvió siempre de cementerio á Jerusalen, pues en él se encuentran los monumentos de los tiempos mas remotos y mas modernos: á él vienen á morir los judíos de las cuatro partes del mundo, y un estrangero les vende á peso de oro un poco de tierra para cubrir sus cadáveres en la heredad de sus abuelos. Los cedros que Salomon hizo plantar en este valle (1), la sombra que le daba el templo, el arroyo que por él pasa (2), los cánticos de dolor que David compuso en él, las lamentaciones que Geremías hizo resonar allí, le hacian el mas propio para la tristeza y la paz de los sepulcros. Comenzando Jesucristo su pasion en este parage solitario, lo consagró de nuevo al dolor; este inocente David, para borrar nuestros pecados, derramó allí las lágrimas que el David culpable habia vertido para espiar sus propios errores. Pocos nombres hay que esciten en la imaginacion ideas á un mismo tiempo mas tiernas y mas terribles que el valle de Josafat, valle tan lleno de misterios, que segun el profeta Joel, todos los hombres deben comparecer en él algun dia ante el terrible juez: *Congregabo omnes gentes, et deducam eas in vallem Josaphat, et disceptàbo cum eis ibi.* «Es muy justo, dice el padre Nau, que sea públicamente reparado el honor de Jesucristo en el mismo sitio donde se le quitó con tanto oprobio é ignominia; y que juzgue justamente á los hombres allí mismo, donde ellos tan injustamente le juzgaron.»

El aspecto del valle de Josafat es tétrico y solita-

(1) Josefo dice que Salomon hizo plantar bosques de cedros en todos los montes de Judea.

(2) Cedron es una palabra hebrea, que significa negrura y tristeza. Obsérvase que falta en el Evangelio de San Juan, quien llama á este torrente, el *torrente de los Cedros*; y el error proviene acaso de un omega, en vez de un omicron.

rio; pues su lado occidental lo forma un tajado monte de tiza que sostiene las góticas murallas de la ciudad, sobre las cuales se descubre Jerusalen: el lado oriental lo forma el monte de las Olivas y el del Escándalo, *mons Offensionis*, llamado asi por la idolatría de Salomon. Estos dos montes, que llegan á juntarse, están casi privados de vegetacion, y tienen un color rojo muy oscuro; en sus vertientes solitarias se ven desparramadas á grandes distancias algunas negras y abrasadas cepas y bosquecillos de acebuches; se hallan grandes espacios de terreno erial, cubiertos de hisopos, con diferentes capillitas, oratorios y mezquitas arruinadas. En lo hondo del valle hay un puente de solo un arco para pasar el arroyo de Cedron. Las piedras del cementerio de los judíos se ven como un monton de ruinas al pie del monte del Escándalo, bajo la aldea árabe de Siloan, y apenas se pueden distinguir las casucas de esta aldea de los sepulcros, que por todas partes la circuyen. En este campo de destruccion sobresalen tres monumentos antiguos, que son los sepulcros de Zacarías, de Josafat y de Absalon. Al considerar la tristeza de Jerusalen, de donde no se ve salir humo alguno, ni se oye ruido; la soledad de aquellos montes, en los que no se encuentra ningun ser viviente, el confuso y desordenado hacinamiento de tantos sepulcros deshechos, rotos, abiertos y profanados, se diria que sonó ya la trompeta del juicio, y que los muertos van á levantarse en el valle Josafat.

A la orilla misma, y casi en el nacimiento del arroyo de Cedron, entramos en el huerto de las Olivas, que pertenece á los padres latinos, por haberlo comprado de sus propios, y en él se ven aun ocho grandes olivos, que son en estremo viejos. Pudiéramos llamar al olivo un árbol inmortal, por lo mucho que dura, á causa de renacer de su cepa; y asi es, que en

la ciudadela de Atenas se conservaba un olivo que se plantó en la época de la fundacion de la ciudad. Los olivos del huerto de este nombre en Jerusalen, son por lo menos del tiempo del Bajo-Imperio, y la prueba es muy sencilla. En Turquía todos los olivos que estaban en pie cuando los musulmanes invadieron el Asia, solo pagan al fisco un medin; pero los olivos plantados despues de la conquista, pagan al gran señor la mitad de sus frutos (1); y como los ocho olivos ya referidos pagan solo ocho medines, prueban su grande antigüedad.

Nos apeamos á la puerta de este huerto para andar á pie las estaciones del monte. El lugar de Gethsemaní se hallaba á alguna distancia del huerto, pero al presente se confunde con él.

Entramos primero en el sepulcro de la Vírgen, que es una iglesia subterránea, á la que se baja por cincuenta escalones de hermoso mármol blanco: está dividida entre todas las sectas cristianas, y aun los mismos turcos tienen allí su oratorio; pero solo los católicos poseen el sepulcro de la Vírgen. Aunque Nuestra Señora no murió en Jerusalen, segun la opinion de muchos padres, los apóstoles la enterraron milagrosamente en Gethsemaní; y Eutimio nos describe este maravilloso entierro. Habiendo hecho Santo Tomás que se abriese el sepulcro, solo se halló una ropa virginal, que era la de la reina de los cielos, que los ángeles habian subido á la gloria.

Tambien se ven en esta iglesia subterránea los sepulcros de San José, San Joaquin y de Santa Ana.

(1) Esta ley es tan absurda, como lo son la mayor parte de las leyes de Turquía; y es cosa muy estraña perdonar al vencido en los momentos en que la violencia de una conquista puede disimular la injusticia, y atormentar á los súbditos en plena paz.

Luego que salimos del sepulcro de la Vírgen, fuimos á ver en el huerto de las Olivas la cueva donde el Salvador oró y sudó sangre la noche de su pasion, diciendo estas palabras: *Pater, si possibile est, transeat a me calix iste.*

Esta cueva es de forma irregular, y se han hecho en ella muchos altares. A la parte de fuera, y á algunos pasos de la cueva, se ve el parage en que Judas dió el beso de paz á Jesus para entregarlo á los judíos. ¡A cuán cruel tormento no se humilló en esto el Señor! Sufrió aquel amargo hastío de la vida que tanto trabajo cuesta vencer á la misma virtud.

Y en el instante en que un ángel tiene que bajar del cielo para sostener á la Divinidad oprimida, por decirlo así, con el peso de las miserias humanas, esta misericordiosa Divinidad es vendida por el hombre (1).

Habiendo salido de la cueva del Cáliz de amargura, y subiendo por un camino torcido y pedregoso, el dragoman nos hizo detener cerca de una peña, desde donde se cree que Jesucristo miró á la ciudad, y lloró meditando su próxima destruccion. Observa Baronio que Tito acampó en el parage mismo en que el Salvador predijo la ruina de Jerusalen. Pero Doubdan que, sin citar á Baronio, impugna su opinion, cree que la sesta legion romana acampó en la cumbre del monte Olivete, y no en sus vertientes. Esta crítica es demasiado rígida, sin que por eso sea menos justa ni bella la observacion de Baronio (2).

Desde la peña de la *Prediccion* subimos á unas cuevas que están á la derecha del camino. Las llaman los *Sepulcros de los Profetas*; pero no contienen nin-

(1) Véase la nota F al fin del tomo.
(2) Véase la nota G al fin del tomo.

guna particularidad, ni se sabe de qué profetas son las cenizas que allí reposan.

Un poco mas arriba de estas cuevas hallamos una especie de cisterna formada de doce arcos, y aqui fué donde los apóstoles compusieron el credo. Mientras que todo el mundo adoraba las mas vergonzosas divinidades, doce desconocidos pescadores componian la profesion de fé del género humano, y reconocian la unidad de Dios, criador de aquellos mismos astros, ante los cuales no se atrevian las mismas gentes á proclamar su existencia. Si algun romano de la córte de Augusto hubiese pasado cerca de este subterráneo, y visto á los doce judíos que componian aquella obra sublime, ¡con qué desden hubiera hablado de aquellos primeros fieles! ¡no les hubiera mirado, tachándoles de supersticiosos! Y sin embargo, aquellos primeros fieles iban á derribar los templos del romano, á destruir la religion de sus padres, á mudar las leyes, la política, la moral, la razon, y hasta las ideas de aquellos hombres. No desesperamos jamás de la salud de los pueblos. Gimen ahora los verdaderos cristianos por la general tibieza en la fé; pero ¿quién sabe si Dios no ha sembrado ya en un campo desconocido el grano de mostaza que debe multiplicarse hasta lo infinito? Acaso se halla ya delante de nosotros, sin que la percibamos esta esperanza de salud; acaso nos parecerá tan ridícula como imposible. ¿Empero quién creyó entonces en la locura de la cruz?

Subiendo un poco mas arriba se encuentran las ruinas, ó mas bien el sitio solitario dónde hubo una capilla; y es tradicion constante que Jesucristo compuso aqui el *Padre nuestro*.

«Como un dia estuviese orando en cierto parage, cuando hubo acabado de orar, uno de sus discípulos le dijo: Señor, enseñadnos á orar, como Juan ha enseñado á sus discípulos.

«Y él les dijo: Cuando oreis, decid: Padre nuestro, que estais en los cielos, santificado sea tu nombre, etc. (*San Lucas.*)»

De este modo se compusieron casi en un mismo parage la profesion de fé de todos los hombres y la oracion de todos los hombres.

Treinta pasos mas allá, tirando un poco hácia el Norte, hay un olivo, á cuyo pie el Hijo del Arbitro soberano predijo el juicio final (1).

En fin, despues de haber andado mas de cincuenta pasos sobre el monte, se llega á una mezquita pequeña de forma ochavada, restos de una iglesia que se edificó en el mismo parage en que Jesucristo subió á los cielos despues de su resurreccion. En medio de esta mezquita hay una piedra, en la que se ve estampado el pie izquierdo de un hombre, y antes se veia la huella del pie derecho; pero la mayor parte de los peregrinos dicen que los turcos cortaron el pedazo de piedra donde estaba esta huella, para colocarlo en la mezquita del templo; pero Roger afirma terminantemente que no existió. Omito por respeto manifestar mi opinion; sin estar, sin embargo, convencido ante considerables testimonios: San Agustin, San Gerónimo, San Paulino, Sulpicio Severo, el venerable Beda, la tradicion, y todos los viageros antiguos y modernos aseguran que esta huella es la estampa del pie de Jesucristo; y han inferido que el Salvador, en el instante de su gloriosa ascension, tenia el rostro vuelto hácia el Norte, como volviendo para siempre las espaldas al Mediodía, que tan contaminado se veia de errores; llamando con esto á la fé á los bárbaros, que debian derribar los templos de los falsos dioses, crear nuevas naciones, y plantar el estandarte de la cruz sobre las murallas de Jerusalen.

(1) Véase la nota H, al fin del tomo.

Muchos padres de la iglesia creen que Jesucristo subió á los cielos acompañado de las almas de los patriarcas y de los profetas que habia libertado de las cadenas de la muerte: su madre y ciento veinte discípulos suyos fueron testigos de su ascension. Estendió los brazos como Moisés, dice San Gregorio de Nazianzo, y presentó sus discípulos á su padre: despues cruzó las manos poniéndolas sobre las cabezas de aquellos bienaventurados (1), á la manera que bendijo Jacob á los hijos de José, y despues, elevándose de la tierra con admirable magestad, suavemente subió á las moradas eternas, y se ocultó en una resplandeciente nube (2).

Santa Elena hizo construir una iglesia en el sitio que hoy ocupa la mezquita; y añade San Gerónimo, que no fué posible cerrar jamás la parte de la bóveda de esta iglesia, y que correspondia precisamente al punto por donde Jesucristo se elevó en los aires. El venerable Beda asegura que en su tiempo la víspera de la Ascension por la noche se observaba el monte Olivete cubierto de fuegos. En esto no hago mas que referir los hechos con el objeto de hacer conocer la historia y las costumbres; pero si Descartes y Newton hubieran dudado filosóficamente de estos prodigios, Racine y Milton no los hubieran repetido en su elevada poesía.

Tal es la historia evangélica esplicada por los sagrados monumentos. La hemos visto comenzar en Betlem, seguir en casa de Pilatos, llegar á su catástrofe en el Calvario, y concluir en el monte de las Olivas. El parage mismo de la Ascension no está precisamente en la cumbre del monte, sino doscientos ó trescientos pasos mas abajo de su mayor altura (3).

(1) Tertuliano.
(2) Ludolfo.
(3) Véase la nota 1 al fin del tomo.

Bajamos del monte Olivete, y volvimos á montar á caballo para seguir nuestro camino. Dejamos á la espalda el valle de Josafat, y caminamos por sendas escarpadas hasta el ángulo septentrional de la ciudad; y desde aqui, volviendo hácia el Oeste, llegamos á la cueva donde Geremías compuso sus *Lamentaciones*. No estábamos lejos de los sepulcros de los reyes; pero los veremos otro dia, porque ya era tarde, y fuimos á buscar la puerta de Jaffa, por donde salimos de Jerusalen. Cuando entramos en el convento eran ya las siete de la noche.

Cinco horas habian durado nuestras estaciones; pero yendo á pie, y siguiendo por las murallas de la ciudad, apenas se necesita una hora para dar la vuelta entera á Jerusalen.

El dia 8 de octubre salí á las cinco de la mañana con mi comitiva para recorrer lo interior de la ciudad. Pero detengámonos aqui para recordar la historia de Jerusalen.

Esta ciudad fué fundada el año del mundo 2023 por el gran sacerdote Melchisedech, quien la llamó *Salem*, es decir, la Paz; y entonces solo ocupaba los montes Moria y Acra.

Cincuenta años despues de su fundacion la tomaron los jebuseos, descendientes de Jebus, hijo de Chanaan, y los cuales levantaron sobre el monte Sion una fortaleza, á la que dieron el nombre de su padre *Jebus*, y la ciudad fué llamada entonces *Jerusalen*, que significa *Vision de Paz*. Toda la Sagrada Escritura hace un magnífico elogio de ella. *Jerusalen, civitas Dei, luce splendida fulgebis. Omnes nationes terræ adorabunt te, etc.* (1).

Josué, en el primer año de su entrada en la Tierra de Promision, tomó la parte baja de la ciudad de Je-

(1) Tobias.

rusalen, dando muerte al rey Adonisedec, y á los cuatro reyes de Ebron, de Jerimol, de Lachis y de Eglon; pero los jebuseos permanecieron dueños de la parte alta, ó de la ciudadela de Jebus, de la que no salieron hasta que los arrojó David ochocientos veinte y cuatro años despues de su entrada en la ciudad de Melchisedech.

David engrandeció la fortaleza de Jebus, á la que dió su nombre; y tambien edificó sobre el monte Sion un palacio y un tabernáculo, para colocar en él el arca de lá alianza.

Salomon aumentó la santa ciudad, é hizo levantar aquel primer templo, cuyas maravillas nos refiere la Sagrada Escritura y el historiador Josefo, y en el elogio del cual el mismo Salomon compuso escelentes cánticos.

Cinco años despues de la muerte de Salomon, Sesac, rey de Egipto, hizo la guerra á Roboam, y tomó á Jerusalen, que ciento cincuenta años despues fué saqueada tambien por Joas, rey de Israel.

Asaltada de nuevo por los asirios, se llevaron cautivo á Babilonia á Manasés, rey de Judá. En fin, en el reinado de Sedecias, Nabucodonosor arrasó la ciudad, abrasó el templo, y se llevó los judios á Babilonia. *Sion quasi ager arabatur*, dice Geremias, *Hierusalem ut.... lapidum erat.* San Gerónimo para pintar la soledad de aquella ciudad desolada, dijo que ni un solo pájaro se veia volar por ella.

El primer templo fué destruido cuatrocientos setenta años, seis meses y diez dias despues de su fundacion por Salomon, el año del mundo 3513, y cerca de seiscientos antes de Jesucristo. Desde David hasta Sedecias pasaron cuatrocientos setenta y siete años, y hubo en ellos diez y siete reyes.

Despues de los setenta años de cautiverio, Zorobabel comenzó á restablecer el templo y la ciudad;

pero habiéndose interrumpido la obra durante algunos años, la continuaron y concluyeron luego Esdras y Nehemias.

Alejandro pasó por Jerusalen el año del mundo 3583, y ofreció sacrificios en el templo.

Ptolomeo, hijo de Lago, se apoderó de Jerusalen; Ptolomeo Filadelfo la trató muy bien, é hizo al templo magníficos regalos.

Antioco el Grande echó de Judea á los reyes de Egipto, y la dió en seguida á Ptolomeo Everjetes. Antioco Epifanes saqueó de nuevo á Jerusalen, y colocó en el templo el ídolo de Júpiter Olímpico.

Los Macabeos dieron la libertad á su país, y lo defendieron contra los reyes del Asia.

Pero como desgraciadamente se dividieron la corona Aristóbulo é Hircano, recurrieron á los romanos, que despues de la muerte de Mitridates, dominaban en el Oriente. Con esto Pompeyo acudió á Jerusalen, y habiendo entrado en la ciudad, sitió y tomó el templo; pero Craso que vino poco despues, saqueó aquel augusto edificio, que Pompeyo, vencedor, habia respetado.

Protegido Hircano por César, pudo mantenerse en la dignidad de sumo sacerdote; pero su sobrino, Antígono, hijo de Aristobulo, á quien los pompeyanos habian envenenado, le hizo guerra con el auxilio de los partos; los cuales, cayendo sobre Judea, entraron en Jerusalen, y se llevaron cautivo á Hircano.

Protegido por los romanos Herodes el Grande, hijo de Antipatro, y distinguido oficial de la córte de Hircano, se apoderó del reino de Judea. Habiendo caido Antígono en manos de Herodes por la suerte de las armas, fué enviado á Antonio; y el último descendiente de los Macabeos, el rey legítimo de Jerusalen, fué atado á un poste, azotado y muerto de órden de un ciudadano romano.

Dueño con esto Herodes de Jerusalen, la hermoseó con magníficos edificios, de los que hablaré en otra parte, y reinando este príncipe, se verificó el nacimiento del Mesías.

Arquelao, hijo de Herodes y de Mariamma, Mariamne ó Mariene, sucedió á su padre, mientras que Herodes Antipas, que tambien era hijo de Herodes el Grande, fué tetrarca de Galilea y de Perea. Este Herodes fué el que hizo degollar á San Juan Bautista, y el que envió á Jesucristo ante Pilatos. Calígula le desterró luego á Lion de Francia.

Agripa, nieto de Herodes el Grande, pudo lograr el reino de Judea; pero su hermano Herodes, rey de Chalcide, mandaba en el templo y en el tesoro sagrado, porque era sumo sacerdote.

Muerto Agripa, fué convertida la Judea en provincia romana; pero habiéndose sublevado los judíos, Tito sitió y tomó á Jerusalen, durante cuyo sitio murieron de hambre doscientos mil judíos. Desde el 14 de abril hasta el 1.° de julio del año 71 de nuestra era, salieron por una puerta de Jerusalen ciento quince mil ochocientos ochenta cadáveres. Los habitantes se comieron las pieles de los zapatos, el heno, y hasta las inmundicias que buscaban en los albañales de la ciudad, y hubo madre que se comió á su propio hijo. Los sitiados se tragaban las monedas de oro, y cuando lo supieron los soldados romanos, mataban á los prisioneros para buscar en los cadáveres de aquellos infelices el dinero que ocultaban. Murieron en la ciudad de Jerusalen un millon y cien mil judíos; y en lo restante de Judea, un millon doscientos treinta y ocho mil cuatrocientos sesenta, sin incluir las mugeres, los niños y los ancianos, que perecieron de hambre, en los motines ó en las llamas (1). En fin, se hicie-

(1) Es muy particular que un crítico se haya atrevido

ron noventa y nueve mil doscientos prisioneros, de los cuales unos fueron condenados á los trabajos públicos, y otros al triunfo de Tito; y los hicieron salir á los anfiteatros de Europa y Asia, á combatir á muerte unos con otros para divertir al populacho del mundo romano. Las mugeres y los muchachos que no habian cumplido diez y siete años de edad fueron vendidos en pública almoneda, donde se daban treinta por un dinero. La sangre del justo fué vendida en Jerusalen por treinta dineros, y el pueblo habia dicho: *Sanguis ejus super nos, et super filius nostros.* Dios oyó esta imprecacion, y por la última vez cumplió los deseos de los judíos, y luego apartó los ojos de la tierra de Promision, para escoger un pueblo nuevo.

Treinta y ocho años despues de la muerte de Jesucristo fué quemado el templo, de modo que muchos de los que oyeron la prediccion del Salvador pudieron verla cumplida.

Pero habiéndose sublevado de nuevo los judíos en tiempo de Adriano, éste acabó de destruir lo que Tito habia dejado en pie en la antigua Jerusalen, y levantó sobre las ruinas de la ciudad de David otra, á la que dió el nombre *Ælia Capitolina*; y bajo pena de muerte prohibió en ella la entrada á los judíos, é hizo poner la figura de un cerdo sobre la puerta que va á Betlem. Asegura, no obstante, San Gregorio de Nazianzo, que los judíos tenian permiso de entrar una vez al año para llorar en ella sus desgracias, y añade San Gerónimo que les vendian á precio de oro el permiso de llorar sobre las cenizas de su patria.

combatir todos estos cálculos como si fueran mios, y no de todos los historiadores antiguos, y entre ellos Josefo, á quienes no he hecho mas que copiar. Por lo demas el abate Guénée y otros muchos sábios han probado que estos cálculos no son exagerados. (*Nota de la tercera edicion.*)

Quinientos ochenta y cinco mil judíos, segun el cálculo de Dion, murieron á manos de los soldados en esta guerra de Adriano. Vendiéronse en Gaza y Mambré una multitud de esclavos de ambos sexos, y se demolieron cincuenta castillos, y se arrasaron ochenta y cinco pueblos.

Adriano hizo edificar la nueva ciudad precisamente en el lugar que ocupa hoy dia; y como observa Doubdan, comprendió por una particular providencia el monte Calvario en el recinto de sus murallas. Cuando la persecucion de Diocleciano se hallaba ya tan olvidado aun el mismo nombre de Jerusalen, que habiendo respondido un mártir á un gobernador romano, que era de Jerusalen, creyó el gobernador que el mártir se referia á alguna ciudad rebelde que los cristianos habian edificado secretamente. A fines del siglo VII, Jerusalen tenian aun el nombre de *Ælia*, como se ve por el viage de Arcolfo, por la redaccion de Adamanno ó la del venerable Beda.

Parece que hubo algunos alborotos en Judea reinando los emperadores Antonino, Septimio Severo y Caracalla. Jerusalen, hecha pagana en su vejez, reconoció, en fin, al verdadero Dios que habia negado. Constantino y su madre mandaron derribar los ídolos que se habian colocado sobre el sepulcro del Salvador, y consagraron los Santos Lugares con edificios que aun subsisten.

En vano reunió Juliano treinta y ocho años despues los judíos en Jerusalen para que reedificasen el templo: los hombres trabajaban en la obra con azadones y picos de plata, y las mugeres llevaban la tierra en el regazo de sus mejores vestiduras; pero apenas se abrieron los cimientos, cuando salieron de ellos llamaradas, que aterraron á los trabajadores, é impidieron la continuacion de la obra.

En el año 501 de Jesucristo, imperando Justinia-

no, se volvieron á insurreccionar los judíos, y en tiempo de este mismo emperador fué elevada la iglesia de Jerusalen á la dignidad patriarcal. Destinada siempre á luchas contra la idolatría, y á vencer á las falsas religiones, Jerusalen fué tomada por Cosroes, rey de los persas, el año 613 de Jesucristo. Los judíos esparcidos por la Judea, compraron á este príncipe noventa mil prisioneros cristianos y los degollaron.

Habiendo Heráclito vencido á Cosroes en 627, recobró la verdadera cruz, de que se habia apoderado el rey de los persas, y la devolvió á Jerusalen.

Nueve años despues el califa Omar, tercer sucesor de Mahoma, se apoderó de Jerusalen despues de un sitio de cuatro meses; y la Palestina, lo mismo que el Egipto, cayó bajo la cuchilla del vencedor.

Omar fué asesinado en Jerusalen el año 643. El establecimiento de muchos califatos en Arabia y en Siria, la caida de la dinastía de los Omiadas, y la elevacion de la de los Abasidas, llenaron la Judea de alborotos y desgracias por espacio de mas de dos siglos.

Ahmed, turco tulomidas, que de gobernador de Egipto habia llegado á ser su soberano, conquistó á Jerusalen en 868; pero vencido su hijo por los califas de Bagdad, la santa ciudad volvió al poder de estos el año 905 de nuestra era.

Otro turco, llamado *Mahomet-Ikhschid*, habiéndose apoderado del Egipto, estendió su conquista hasta Jerusalen, que subyugó en el año 936.

Los fatimitas, que salieron de los arenales de Cirene en 968, echaron á los ikhschiditas del Egipto, y se hicieron dueños de muchas ciudades de la Palestina.

Otro turco, llamado *Ortok*, protegido por los seljucidas de Alepo, se hizo dueño de Jerusalen en 984, y dejó la corona á sus hijos, que la poseyeron despues.

Mostali, califa de Egipto, obligó á los ortokidas á salir de Jerusalen.

Hakem ó Haquem, sucesor de Aziz, segundo califa fatimita, persiguió á los cristianos de Jerusalen en 996, como indiqué al hablar de la iglesia del Santo Sepulcro. Este califa murió en 1021.

Meleschah, turco seljucida, tomó la santa ciudad en el año 1076, y destruyó todo el pais. Los ortokidas, que habian sido espulsados de Jerusalen por el califa Mostali, volvieron á él, y se defendieron contra Redouan, príncipo de Alepo. Pero espulsados de nuevo el mismo año por los fatimitas, reinaron hasta la llegada de los cruzados á Palestina.

Los escritores del siglo diez y ocho han querido hacer odiosas las cruzadas; pero yo he sido uno de los primeros que han combatido esta ignorancia, ó injusticia mas bien. Las cruzadas no eran una locura, como se ha afectado creer, ni en su orígen ni en sus consecuencias; ni menos fueron los agresores los cristianos. Si los vasallos de Omar, que salieron de Jerusalen, despues de haber dado la vuelta al Africa, vinieron á caer sobre Sicilia, sobre España y sobre Francia, donde los esterminó Cárlos Martel, ¿por qué los vasallos de Felipe I, que salieron de Francia, no pudieron dar la vuelta al Asia, para vengarse de los descendientes de Omar en la misma Jerusalen? No hay duda que ofrecian un grande espectáculo aquellos dos ejércitos de Europa y Asia costeando el Mediterráneo en sentido contrario, venir cada uno bajo las banderas de su religion á acometer á Mahoma y á Jesucristo en medio de sus adoradores. No ver en las cruzadas mas que unos peregrinos armados, que corren á rescatar un sepulcro en Palestina, es manifestar una vista muy poco penetrante en la historia. Tratábase en las guerras de las cruzadas, no solo de rescatar el Santo Sepulcro, sino tambien de decidir quien domi-

naria en el mundo si un culto enemigo de la civilizacion, favorable por sistema á la ignorancia, al despotismo y á la esclavitud, ó un culto que ha hecho renacer entre los modernos el genio de la sabia antigüedad, y destruido la esclavitud. Basta leer los discursos del papa Urbano II en el concilio de Clermont, para convencerse de que los caudillos de aquellas espediciones guerreras pensaban en libertar al mundo de una inundacion de nuevos bárbaros. El espíritu dominante del mahometismo es la persecucion y la conquista; y el Evangelio, por el contrario, solo predica la tolerancia y la paz. Asi es que los cristianos sufrieron durante setecientos sesenta y cuatro años todos los males que el fanatismo de los sarracenos les quiso hacer sufrir: solamente trataron de interesar en su favor á Carlo-Magno; pero ni España sujeta, ni Francia invadida, ni Grecia y las Dos Sicilias arruinadas, ni el Africa entera esclavizada, pudieron determinar á los cristianos durante ocho siglos á que tomasen las armas. Si en fin, los clamores de tantas víctimas degolladas en Oriente, si los progresos de los bárbaros que se hallaban ya á las puertas de Constantinopla, dispertaron á los cristianos de su letargo, y les hicieron atender á su propia defensa, ¿quién osará decir que fueron injustas las guerras sagradas? ¿qué seria de nosotros si nuestros abuelos no hubiesen rechazado la fuerza con la fuerza? Contémplese el miserable estado de la Grecia, y se verá lo que es un pueblo sujeto á la coyunda de los musulmanes. Los que tanto se glorían hoy de los progresos de la civilizacion y de las ciencias, ¿hubieran querido que reinase entre nosotros una religion que quemó la biblioteca de Alejandría, que se gloría en la humillacion de los hombres, y que desprecia altamente las ciencias y las artes?

Debilitando las cruzadas los innumerables ejérci-

tos mahometanos en el centro mismo del Asia, impidieron que los turcos y los árabes nos conquistasen, pues nos libertaron de nuestras propias revoluciones, y con la *paz de Dios* suspendieron las guerras intestinas; y en fin, dieron salida á aquel esceso de poblacion, que tarde ó temprano contribuye á la ruina de los estados; observacion hecha por el P. Maimbourg, y demostrada por Mr. de Bonald.

En cuanto á los demas resultados de las cruzadas, comiénzase ya á convenir en que estas empresas guerreras favorecieron el progreso de las letras y de la civilizacion. Robertson trata perfectamente esta materia en su *Historia del comercio de los antiguos en las Indias Orientales*. Tampoco debemos omitir la fama que los ejércitos europeos alcanzaron en las espediciones de ultramar. El tiempo de estas espediciones es el tiempo heróico de nuestra historia, y el que dió orígen á nuestra poesía épica. Todo aquello que preste un carácter maravilloso á una nación, no debe ser despreciado por la misma nacion. Por mas que lo disimulemos, es cierto que nuestro corazon ama naturalmente la gloria; y seria envilecer hasta el estremo al hombre, si creyésemos que solamente se compone de cálculos positivos para su bien y para su mal: repitiendo de contínuo á los romanos que era eterna su ciudad, se les arrastró á la conquista del mundo, dejando en la historia una celebridad inmortal.

Godofre llegó, pues, á las fronteras de Palestina el año 1099 de Jesucristo. Acompañábanle Balduino, Eustaquio, Tancredo, Raimundo de Tolosa, los condes de Flandes y de Normandía; Etoldo, que fué el primero que subió á las murallas de Jerusalen; Guichero, célebre ya por haber partido por medio á un leon; Gaston de Fox, Gerardo de Rosellon, Rembaldo de Orange, Saint-Pol y Lamberto. Al frente de todos estos caballeros iba Pedro el Ermitaño con su bordon de

peregrino. Tomaron primero á Rama, y en seguida entraron en Emaus, mientras Tancredo y Balduino penetraban hasta Betlem. Pronto pusieron sitio á Jerusalen, y el estandarte de la cruz ondeó en sus murallas un viernes 15, ó segun otros 12 de junio de 1099, á las tres de la tarde.

Los cruzados eligieron por rey de la ciudad recien conquistada á Godofre; pues en aquel tiempo se veia á los caballeros pasar de la brecha de una plaza al trono del pais conquistado. Godofre rehusó ceñir la brillante corona que le ofrecian: «Yo no quiero, decia, llevar una corona de oro donde Jesucristo la ha llevado de espinas.»

Naplusa abrió sus puertas al vencedor, y el ejército del soldan de Egipto fué derrotado en Ascalon. El monge Roberto, para pintar la derrota de este ejército, se vale precisamente de la comparacion empleada por J. B. Rousseau; comparacion tomada de la *Biblia.*

La Palestina enfin, aprés tant de ravages,
Vit fruir ses ennemis comme on voit les nuages
Dans le vague des airs fruir devant l'aquilon.

Es probable que Godofre murió en Jaffa, cuyas murallas hizo edificar. Sucedióle su hermano Balduino, conde de Edesa, y este espiró en medio de sus victorias, dejando el reino en el año 1118 á su sobrino Balduino del Burgo.

Melisendra, hija mayor de Balduino II, se casó con Fulques de Anjou en 1130, llevándole en dote el reino de Jerusalen; y habiendo muerto Fulques de una caida de caballo en 1140, le sucedió su hijo Balduino III. En el reinado de este príncipe se verificó la segunda cruzada predicada por San Bernardo, y mandada por Luis VII y por el emperador Conrado. Ha-

biendo ocupado Balduino veinte años el trono, dejó la corona á su hermano Amaury, que la poseyó once, sucediéndole luego su hijo Balduino IV de este nombre.

Entonces fué cuando apareció en el Oriente el célebre Saladino, el cual comenzó por ser vencido, y acabó por ser vencedor, espulsando á los cristianos de los Santos Lugares.

Balduino habia casado á su hermana Sibila, viuda de Guillermo Larga-Espada, con Guido de Lusignan, y escitando celos esta eleccion entre los grandes del reino, se formaron varios partidos. Muerto Balduino IV le sucedió su sobrino Balduino V, hijo de Sibila y de Guillermo Larga-Espada. El jóven rey, que solo tenia ocho años, murió en 1186 de una enfermedad aguda, y con esto hizo su madre Sibila que pasase la corona á Guido de Lusignan, su segundo marido. El conde de Trípoli hizo traicion al nuevo monarca; de modo que este cayó en manos de Saladino en la batalla de Tiberiades.

Luego que el soldan dió fin á la conquista de las ciudades marítimas de la Palestina, pasó á sitiar á Jerusalen, y la tomó el año 1188 de nuestra era. Cada hombre tuvo que pagar por su rescate diez besantes de oro; y quedaron esclavos catorce mil habitantes, que no pudieron pagar esta suma. Saladino no quiso entrar en la mezquita del templo que los cristianos habian convertido en iglesia, sin que antes se lavasen las paredes con agua de rosa. Quinientos camellos, segun dice Sanuto, bastaron apenas para llevar esta agua de rosa que se gastó en aquella ocasion; pero esto es un cuento muy propio del Oriente. Los soldados de Saladino derribaron una cruz de oro que estaba encima del templo, y la llevaron arrastrando por las calles hasta la cumbre del monte Sion, donde la hicieron pedazos. Solo quedó para los cristianos una iglesia, que

fué la del Santo Sepulcro, y esto se debió á los sirios, que dieron por ella una gran cantidad de dinero.

La corona de este reino ya casi perdido pasó á Isabel, hija de Balduino y hermana de Sibila, que ya habia muerto, y muger de Eufredo de Turena. Felipe Augusto y Ricardo Corazon de Leon llegaron ya tarde para defender la santa ciudad; pero se apoderaron de Tolemaida ó San Juan de Acre. El valor de Ricardo adquirió tanta celebridad, que cuando los sarracenos veian asombrarse un caballo sin que hubiera alguna causa, decian que habia visto la sombra de Ricardo. Poco tiempo despues de la toma de Tolemaida murió Saladino, el cual dispuso antes que en su entierro llevasen una mortaja en la punta de una pica, y que un heraldo dijese en alta voz:

A SALADINO,
VENCEDOR DEL ASIA,
DE CUANTAS RIQUEZAS HA CONQUISTADO,
SOLO LE QUEDA ESTA MORTAJA.

Ricardo, que rivalizó con Saladino, volvió de Palestina á Europa, y fué encerrado en un castillo de Alemania, lo que dió lugar á varias consejas de poca fé en la historia; pero que los trovadores han conservado en sus baladas y romances.

En el año 1242, el emir de Damasco Saleh-Ismael, que estaba haciendo la guerra á Nedjmeddin, soldan de Egipto, tomó á Jerusalen, y la devolvió á los príncipes latinos. El soldan envió á los karismienses á que sitiasen la capital de Judea, y habiéndola en fin, tomado, pasaron á cuchillo á todos los habitantes: al año siguiente la hicieron sufrir grandes calamidades antes de entregársela al soldan Saley-Ayoub, sucesor de Nedjmeddin.

Mientras sucedia todo esto, el título de rey de Je-

rusalen, ó bien esta corona, habia pasado de Isabel á Enrique, conde de Champaña, su nuevo esposo, y de este á Amaury, hermano de Lusignan, que casó en cuartas nupcias con la misma Isabel, y de la que tuvo un hijo, que murió niño. María, hija de Isabel y de su primer marido Conrado, marqués de Monferrato, heredó este reino imaginario ó el derecho á él. Juan, conde de Briena, casó con María, y de ella tuvo una hija llamada Isabel ó Yolanda, que casó despues con el emperador Federico II. Habiendo este venido á Tiro, hizo paces con el soldan de Egipto, siendo una de las condiciones, que Jerusalen se dividiria entre los cristianos y los musulmanes; y segun esto, Federico II vino á tomar la corona de Godofredo en el altar del Santo Sepulcro; se coronó con ella, y regresó inmediatamente á Europa. De creer es que los sarracenos no cumplieron lo pactado con Federico; pues veinte años despues, esto es, en 1242, hemos visto el saqueo de Jerusalen verificado por Nedjmeddin. San Luis llegó al Oriente siete años despues de esta última desgracia, y es cosa notable que, hallándose este príncipe prisionero en Egipto, vió degollar á los últimos herederos de la familia de Saladino (1).

Es cierto que los mamelucos baharitas, despues de haber manchado sus manos en la sangre de su señor, pensaron un momento en librar de la esclavitud á San Luis, y hacer de su prisionero su soldan, porque tal era el alto aprecio que hacian de sus virtudes: y el santo rey dijo al señor de Joinville, que hubiera admitido esta corona si los infieles se la hubiera prometido. Esto solo basta para dar á conocer mejor á este príncipe, cuya piedad igualaba á su grandeza de alma, y cuya religiosidad no escluia sus pensamientos de rey.

(1) Véase la nota J al fin del tomo.

Pero los mamelucos mudarón de opinion: Moas, Almasor-Nuradin-Alí y Sefeiden-Modfar, ocuparon sucesivamente el trono de Egipto, y en 1263 era soldan el famoso Bibars-Boudoc-Dari, que entre estragos y violencias sujetó aquella parte de la Palestina que aun no estaba sujeta á sus armas; pero al mismo tiempo hizo reedificar á Jerusalen. Su sucesor Kelaoun continuó en 1281 en quitar á los cristianos las varias plazas que ocupaban: su hijo Khalil conquistó á Tiro y Tolemaida; y en fin, el año 1291 acabaron los cristianos de perder la Tierra Santa, en la que habian permanecido durante ciento noventa y dos años, y habiendo reinado ochenta y ocho en Jerusalen.

El vano título de rey de Jerusalen, pasó á la casa de Sicilia en la persona de Cárlos, conde de Provenza y de Anjou, hermano de San Luis, que reunió en sí los derechos del rey de Chipre y de la princesa María, hija de Federico, príncipe de Antioquía. Los caballeros de San Juan de Jerusalen, llamados luego de Rhodas, y últimamente de Malta, y los caballeros teutónicos que conquistaron el Norte de Europa, y fundaron el reino de Prusia, son en el dia los únicos restos de aquellas cruzadas que hicieron temblar al Africa y al Asia, y ocuparon los tronos de Jerusalen, de Chipre y de Constantinopla.

Algunos creen que el reino de Jerusalen era pobre y mezquino; pero los testimonios unánimes de la Sagrada Escritura, de los autores gentiles, como Hecatés de Abdera, Teofrasto, el mismo Strabon, Pausanias, Galeno, Dioscórides, Plinio, Tácito, Solino y Amiano Marcelino; de los escritores judíos, como Josefo, los compiladores del *Talmud* y de la *Misna*; de los historiadores y geógrafos árabes, Massudi, Ibn Haukal, Ibn al Quadi, Hamdosellah, Abulfeda y Edrisi, etc.; y de todos los viageros que han estado en Palestina desde los primeros tiempos hasta el presente, atestiguan de

mancomun la fertilidad de Judea. El abate Guénée ha presentado estos testimonios con una claridad y crítica admirables (1). ¿Podríamos estrañar ademas de esto que se hubiera esterilizado una tierra fecunda despues de tantos estragos? Diez y siete veces ha sido Jerusalen tomada y saqueada. Millones de hombres han sido degollados en su recinto; y duran aun, por decirlo asi, estas matanzas; de modo que ninguna otra ciudad ha sufrido una suerte mas cruel. Este castigo tan largo y sobrenatural manifiesta un crímen inaudito, y que no puede espiarse con ningun género de castigo. En este pais, devorado por el hierro y el fuego, los campos han quedado incultos, y perdida la fertilidad que debian al trabajo y sudor del hombre: las fuentes se secaron, porque quedaron sepultadas en los grandes hundimientos de las tierras; y como la industria del labrador no sostiene la tierra vegetal de los montes, las aguas las arrastran á lo profundo de los valles, y las colinas cubiertas antes de sicomoros, aparecen ya áridas y desnudas (2).

Habiendo, pues, perdido los cristianos el reino de Jerusalen en 1291, los soldanes baharitas quedaron dueños de él hasta el año 1382. Entonces los mamelucos circasianos usurparon la autoridad en Egipto, y dieron á la Palestina una nueva forma de gobierno. Si los soldanes circasianos son los que establecieron los correos de palomos y paradas, para llevar al Cairo la nieve del monte Líbano, preciso es convenir en que aquellos bárbaros conocian ya las cosas que agradan mas en la vida. Selim puso fin á todas estas revoluciones, apoderándose del Egipto y de Siria en 1716.

Esta Jerusalen de los turcos, esta décima sétima sombra de la primitiva Jerusalen, es la que vamos á recorrer ahora.

(1) Veanse las cuatro memorias de que haré mencion.
(2) Véase la nota K al fin del tomo.

poseedoras la fertilidad de Judea. El abate Guenée ha presentado estos testimonios con una claridad y crítica concluyentes (1). ¿Podríamos extrañar además de esto que se hubiera esterilizado una tierra fecunda despues de tantos estragos? Diez y siete veces ha sido Jerusalen tomada y saqueada; millones de hombres han sido degollados en su recinto, y duran aun, por decirlo así, estas matanzas; de modo que ninguna otra ciudad ha sufrido una suerte mas cruel. Este castigo tan largo y sobrenatural manifiesta un crimen inaudito, y que no puede expiarse con ningun género de castigo. En este pais, devastado por el hierro y el fuego, los campos han quedado incultos, y perdida la fertilidad que debieron al trabajo y sudor del hombre; las fuentes se secaron, porque quedaron sepultadas en los grandes hundimientos de las tierras; y como la industria del labrador no sostiene la tierra vegetal de los montes, las aguas las arrastran á lo profundo de los valles, y las colinas cubiertas antes de sicómoros, aparecen ya áridas y descarnadas (2).

Habiendo, pues, perdido los cristianos el reino de Jerusalen en 1291, los sultanes bacharitas quedaron dueños de él hasta el año 1382. Entonces los mamelucos circasianos usurparon la autoridad en Egipto, y dieron á la Palestina una nueva forma de suplicio. Si los soldanes circasianos son los que establecieron los correos de palomos y parejas para llevar la nieve del monte Líbano, necesario es convenir en que aquellos bárbaros conocian ya las cosas que agradaban en la mesa. Selim puso fin á todas estas revoluciones, apoderándose del Egipto y de Siria en 1516.

Esta Jerusalen de los turcos, esta décima séptima sombra de la primitiva Jerusalen, es la que vamos á recorrer ahora.

(1) Véanse las cuatro memorias de que hemos hecho mencion.
(2) Véase la nota 4 [illegible] del tomo.

NOTAS.

NOTA A. PAG. 275.

El padre Babin hace la siguiente descripcion del templo de Minerva.

«Este templo, que se descubre á mucha distancia, es el edificio mas elevado que se conserva en Atenas en medio de la ciudadela, y una de las obras mas acabadas de la arquitectura antigua. Tiene cerca de ciento veinte pies de largo y cincuenta de ancho. Fórmanle tres órdenes de bóvedas sostenidas en altas columnas de mármol, á saber: la de la nave y las de las dos alas, en lo cual escede á la de Santa Sofía de Constantinopla, obra del emperador Justiniano, y que se tiene por una de las maravillas del mundo. He observado que sus paredes están en lo interior revestidas de grandes piezas de mármol, de las cuales se han desprendido algunas de lo alto de las galerías, donde se ven tambien ladrillos y piedras cubiertas en otro tiempo de mármol.

«Los adornos, el gusto y el trabajo son ademas superiores á la suntuosidad material del edificio: *Materiam superabat opus.* Entre las bóvedas, que son de mármol, hay una mas notable, en particular por sus adornos y las hermosas figuras que, sin dejar un espacio vacío, se ven entalladas en el mismo mármol.

«El vestíbulo tiene la misma longitud del templo, y su

latitud, de cerca de catorce pies, cubre una bóveda rebajada, que se parece á un hermoso techo ó á un magnífico artesonado, cuyas largas piezas de mármol, semejantes á unas vigas largas y gruesas, sostienen otras piezas de la misma materia mas grandes aun, y decoradas con prolijo trabajo, figuras y personages.

«El frontispicio del templo, de mucha mas elevacion que el vestíbulo, es tan magnífico, que apenas se encuentra en toda la Francia uno que pueda compararsele. Las figuras y las estátuas del palacio de Richelieu, que pasa por una de las obras mas completas de la arquitectura de nuestro siglo, no pueden competir con estas bellas y grandes figuras de hombres, mugeres y caballos, que en número tal vez de treinta, ocupan el frontispicio, y otras tantas al otro lado del templo, precisamente detrás del sitio que ocupaba el altar mayor en el tiempo que pertenecia á los cristianos.

«De un estremo á otro del templo hay á ambos costados un claustro ó galería, por donde se pasa, formando arcos, por entre las paredes del templo, y diez y siete columnas estriadas que no son de una sola pieza, sino formadas de muchas, de un hermoso mármol blanco, y unidas unas á otras. En los intercolumnios, y siguiendo esta galería, hay una pared de columna á columna, que deja lugar bastante capaz para practicar una capilla, como las que hay en los costados de nuestras iglesias catedrales.

«Estas columnas están destinadas á sostener en pie con botareles las paredes del templo, impidiendo de este modo que se resientan por la pesadez de la bóveda. Las paredes están adornadas en la parte superior de fuera con una bella cenefa de mármoles, trabajados con una perfeccion acabada, y en los que se representa una multitud de trofeos; de manera, que se ven á medio relieve hombres, mugeres, niños y caballos, pero á tanta altura, que apenas se pueden distinguir con la vista natural tantas bellezas, y notar el delicado gusto de los arquitectos y escultores que las ejecutaron. Una de estas piezas ha sido colocada á la entrada de la mezquita, detrás de la puerta, y en la que se ven con asombro una multitud de personages representados con imponderable artificio.

«Todas las bellezas que acabo de describir son obra de los antiguos griegos del paganismo. Cuando los atenienses abrazaron la religion cristiana, consagraron este templo de Minerva al verdadero Dios, y añadieron una sede episcopal y un púlpito, que todavía se conservan, y algunos altares que han destruido los turcos, que no ofrecen sacrificios en sus mezquitas. El frontal del altar mayor es de un mármol mas blanco todavía que los demas del templo, y se conservan con toda su magnificencia las gradas que habia para subir á él.»

Esta sencilla descripcion del Parthenon, tal como existia en tiempo de Pericles, ¿no vale mas que todas las que se hán hecho despues de las ruinas de este templo admirable?

La cita que se acaba de copiar se hallabá comprendida en una nota de las dos primeras ediciones.

Nota B. pag. 330.

La siguiente cita formaba parte del texto en las dos primeras ediciones.

«Entretanto los gefes y lugar-tenientes del rey Dario, habiendo reunido muchas fuerzas, le esperaban en el vado del rio Granico. Era preciso pelear en aquel punto para salvar la barrera del Asia; pero la mayor parte de los generales de su consejo temian la profundidad del rio y la altura de la orilla opuesta, que es árida y escabrosa, y no se podia ganar esta posicion sin disputar el paso; algunos hacian presente se debia guardar la antigua costumbre de la observacion de los meses, pues los reyes de Macedonia no estaban avezados á presentar en campo sus ejércitos en el mes de junio, pero Alejandro contestó que esto era fácil remediar llamándole el segundo mayo. Parmenion añadió tambien que nada se podia emprender ya en el primer dia, porque era tarde; y el rey le respondió: El Helesponto se llenaria de vergüenza, si temiese vadear un rio el que acababa de atravesar un brazo de mar; y diciendo esto, él mismo fué el primero que entró en el rio seguido de trece compañías de á caballo, y se dirigió con la cabeza

inclinada á través de una lluvia de dardos, al encuentro de los enemigos, subiendo á repecho la orilla opuesta que era escarpada y casi perpendicular, y estaba ademas defendida por el enemigo que le esperaba en buen órden; de modo que este arrojo mas parecia efecto de una audacia sin límites, que el producto de un bien meditado consejo. No obstante, insistió en querer pasar á todo trance, y por fin ganó la opuesta orilla con mucha pena y dificultad; mayormente porque el terreno era resbaladizo. Luego que pasó, se trabó un combate encarnizado; porque los enemigos cargaron en seguida, antes de que tuviesen tiempo para formarse en batalla, y los atacaron entre espantosos gritos, uniéndose bien los caballos, lanzando primero las javalinas, y recurriendo luego á las espadas. En medio del combate se echaron sobre el rey varios pelotones, porque era fácil distinguirle y conocerle entre los demas, por su escudo y el penacho de su almete que colgaba á una y otra parte de su cabeza con plumas blancas. Recibió en la coraza, sin penetrarla, un golpe de javalina, y dirigiéndose contra él Roesaces y Spithridates, dos de los principales gefes de los persas, el rey se desentendió de uno, y marchando recto á Roesaces, que estaba cubierto con una buena coraza, le dió tan gran golpe con la javalina, que se le rompió en la mano, y hubo de recurrir á la espada; pero habiéndose vuelto á juntar los dos gefes, Spithridates se le acercó por el flanco, se puso en pie sobre los estribos y le dió tan gran golpe con su hacha berberisca, que le cortó la cimera del almete y una parte del penacho, hasta tocar casi en los cabellos; mas queriendo repetir el golpe, le previno el gran Clito, y le atravesó el cuerpo con una partesana, y cayó en tierra al mismo tiempo que Roesaces, muerto de una estocada por Alejandro. Mientras la caballería peleaba con tal denuedo, pasó el rio la infantería de Macedonia, y entonces se regularizó el combate por una y otra parte; pero la de los persas no pudo resistir por mucho tiempo, y se puso en huida inmediatamente, escepto los griegos que estaban al servicio del rey de Persia, los cuales se retiraron ordenadamente pidiendo cuartel. En esta jornada, Alejandro, que fué el primero en vadear el rio, llevado mas de su audacia que del consejo, perdió

el caballo herido de muerte por una estocada que le dieron en los hijares. Este caballo no era Bucéfalo, sino otro, y toda la gente que perdió el rey fué porque quiso obstinadamente batirse en un puente con hombres tan aguerridos y desesperados. Los bárbaros perdieron en esta primera batalla veinte mil infantes y dos mil quinientos caballos, y Alejandro perdió, segun escribe Aristóbulo treinta y cuatro entre muertos y heridos, entre ellos doce peones, á quienes hizo Alejandro levantar estátuas de bronce hechas por Lisipo, y queriendo participar esta victoria á los griegos, mandó á los atenienses trescientos escudos ganados en la batalla, y ademas otros despojos, llevando la siguiente honrosa inscripcion: Alejandro, hijo de Filipo, y los griegos, escepto los lacedemonios, han conquistado este botin á los bárbaros habitantes del Asia.

Nota C. pag. 338.

Traduccion del convenio celebrado entre el capitan Dimitri y Mr. de Chateaubriand (1).

Por el presente convenio, declara el Hadgi Policarpo de Lázaro Caviarzi, fletador de la polacra llamada *San Juan*, mandada por el capitan Dimitri Sterio de Vallo, con pabellon otomano, para llevar á los péregrinos griegos de aqui á Jaffa, haber hoy contratado con Mr. de Chateaubriand el cederle un pequeño camarote en el susodicho buque, en donde puedan alojarse él y dos criados. Otro sí: se le dará lugar en la chimenea del capitan para su cocina particular. Se le proveerá de agua cuando tenga necesidad, y se le prestará todo servicio que sea indispensable para contentarle durante su viage, sin permitir que se le ocasione molestia alguna durante su permanencia abordo. Por flete de su pasage y abono de todo servicio se han convenido en la suma de setecientas piastras, número 700, que Mr. Chateaubriand ha entregado á dicho Policarpo, el cual declara haberlas recibido; segun lo cual el capitan

(1) Esta traduccion bárbara es del intérprete franco en Constantinopla.

no debe ni podrá exigir otra cosa de él, ni aqui ni á su llegada á Jaffa, ni cuando deba desembarcar.

Por tanto, el fletador y el capitan se obligan á observár y cumplir las precedentes condiciones en que se han convenido, y los dos firman el presente convenio, que debe valer en todo tiempo y lugar.

Constantinopla 6 de setiembre de 1806.

HAGDI POLICARPO DE LAZARO,

Fletador.

Capitan DIMITRI AGRO

El susodicho capitan se ha obligado conmigo á no detenerse mas que un dia delante de los Dardanelos y Scio.

HADGI POLICARPO DE LAZARO.

NOTA D. PAG. 357.

«Llegado á la isla, dijo Telémaco, sentí un aire agradable que á la vez laxaba la fibra inclinando á la pereza, é inspiraba alegría y liviandad; y noté hallarse casi inculta la campiña, sin embargo de ser aquella tierra naturalmente fértil, lo cual me hizo conocer ser sus naturales poco laboriosos. Por todas partes ví al bello sexo que adornado con desenvoltura se dirigia al templo de Venus, entonando cánticos en loor de esta diosa, y en cuyos rostros sobresalian á la vez la belleza, las gracias, el gozo y la sensualidad; mas su gracia era afectada, pues no se descubria aquella noble sencillez, aquel insinuante pudor que forma la mayor hermosura. Su aire muelle y afeminado, el artificio estudiado de sus rostros, los vanos adornos, paso lánguido, miradas que parecian buscar al sexo opuesto, rivalidad por inspirar vehementes pasiones, y en una palabra, todo era en ellas despreciable, y esforzándose para agradar, dejaban de agradarme.

«Condujéronme al templo de Citeres dedicado á Venus, en el cual, y en los de Idalia y Pafos, se la adora particularmente, aunque tiene otros muchos en aquella isla. Era

el templo de mármol, y su forma de un perfecto peristilo, sus columnas de tal grosura y elevacion, que hacian magestuoso el edificio. Sobre el arquitrabe y el friso sobresalian en cada una de sus fachadas grandes medallones, en donde se veian esculpidas de bajo relieve las aventuras mas agradables de aquella deidad; y á todas horas habia á la puerta del templo multitud de personas que llegában á él á presentar sus ofrendas.

«Jamas se degüella víctima alguna en el recinto de aquel lugar sagrado, ni se quema tampoco como en otros templos la grasa de los toros, ni se derrama su sangre; y solamente se presentan ante el altar las víctimas que se ofrecen, sin que pueda hacerse de ninguna que no sea nüeva, blanca y sin defecto ni mancha, cubiertas siempre de bandas de púrpura bordadas de oro, dorados sus cuernos y adornados de ramilletes de olorosas flores, y despues de haber sido presentadas delante del altar, las conducen á un sitio retirado, en donde las degüellan para que sirvan en los festines de los sacerdotes de la diosa.

«Ofrecen tambien toda clase de aguas olorosas y vino mas dulce que el néctar. Los sacerdotes visten largas túnicas blancas, con cinturones de oro y franjas de la misma clase en la falda de ellas. Dia y noche queman en los altares los mas esquisitos perfumes del Oriente, los cuàles forman una densa nube que se eleva hasta el cielo. Penden festones de las columnas del templo, son de oro todos los vasos que sirven para los sacrificios, y ciñe su recinto un bosque sagrado de mirtos. Solo pueden prèsentar las víctimas á los sacerdotes y atreverse á encender el fuego en los altares, los jóvenes varones ó las hembras de estràordinaria belleza; mas deshonran aquel magnífico templo la disolucion y la impudencia.» (*Telémaco.*)

NOTA E. PAG. 446.

Esta cita formaba parte de texto en las dos primeras ediciones.

«Todo el ámbito de Jerusalen está rodeado de montes elevados; pero los sepulcros de la familia de David, cuyo

lugar se ignora, deben colocarse en el monte Sion. Con efecto, hace quince años, habiéndose desplomado uno de los muros del templo, que, como ya he dicho, está en el monte de Sion, mandó el patriarca á un sacerdote que lo reparase con las piedras que se encontraban en los cimientos de las murallas de la antigua Sion. Para ello trató dicho sacerdote con cerca de veinte obreros, entre los cuales habia dos que eran amigos, y vivian muy unidos: uno de ellos llevó cierto dia al otro á su casa para darle de almorzar; y volviendo al trabajo despues de haber comido juntos, el inspector de la obra les preguntó por qué habian tardado tanto, á lo cual contestaron que compensarian esta falta con una hora mas de trabajo. Cuando los demas trabajadores se fueron á comer, y estos se ocupaban en el trabajo estraordinario que habian prometido, levantaron una piedra que cerraba la abertura de una cueva, y se dijeron uno á otro: veamos si hay ahí bajo algun tesoro escondido. Entraron y encontraron un palacio sostenido por columnas de mármol, y cubierto de láminas de oro y de plata. A la parte anterior habia una mesa, sobre la cual se veia un cetro y una corona: aquel era el sepulcro de David, rey de Israel; el de Salomon, con los mismos ornamentos, estaba á la izquierda, como igualmente otros muchos reyes de Judá, de la familia de David, que habian sido sepultados en aquel lugar. Tambien se encontraron algunos cofres cerrados; pero todavía se ignora lo que contenian. Queriendo los dos trabajadores penetrar en el palacio, se levantó un torbellino de viento, que entrando por la abertura de la cueva los derribó en el suelo, en donde permanecieron como muertos hasta la noche. Otro soplo de viento los despertó, y oyeron una voz parecida á la de un hombre que les dijo: *Levantaos, y salid de este sitio.* El espanto de que se hallaban poseidos, los hizo retirar apresuradamente, y refirieron lo que les habia sucedido al patriarca, el cual hizo que lo repitiesen en presencia de Abraham de Constantinopla, el fariseo llamado el Pio, que se hallaba entonces en Jerusalen. Habíale enviado á llamar para preguntarle cual era su opinion en aquel suceso, á lo que respondió que aquel sitio era el panteon de la familia de David, erigido por los reyes de

Judá. Al dia siguiente se encontraron aquellos dos hombres en sus camas gravemente enfermos por el miedo que habian pasado, y no quisieron volver por ningun precio á aquel lugar, asegurando que á ningun mortal le era permitido penetrar en un lugar, cuya entrada prohibia Dios; y en su consecuencia fué cerrada por órden del patriarca, y hasta ahora ha permanecido oculta.»

Esta historia parece una reproduccion dela que refiere Josefo hablando del mismo sepulcro.

Habiendo intentado Herodes el Grande abrir el féretro de David, salió de él una llama, que le impidió llevar adelante su designio.

Nota F. pag. 452.

Esta cita estaba comprendida en el texto en las dos primeras ediciones.

«Apenas, dice Masillon, el alma santa del Salvador hubo aceptado el ministerio sangriento de nuestra reconciliacion, cuando ya la justicia de su padre empezó á mirarle como un hombre de pecado. Desde entonces ya no vió en él á su hijo amado, en quien habia colocado todas sus delicias, sino que solo vió una hostia de espiacion y de cólera, cargada con todas las iniquidades del mundo, y á la que no podia dispensarse de inmolar á toda la severidad de su venganza. Y desde aquel momento, todo el peso de su justicia empezó á caer sobre aquella alma pura é inocente; y aqui es donde Jesucristo, como verdadero Jacob, va á luchar toda la noche contra la cólera del mismo Dios, y á consumar anticipadamente su sacrificio; pero de una manera tanto mas dolorosa, cuanto que su alma santa va á espirar, por decirlo asi, bajo los golpes de la justicia de un Dios irritado, al paso que en el Calvario solo será entregada al furor y al poder de los hombres . . . .

. . . .

«El alma del Salvador, lleno de gracia, de verdad y de luz, ve el pecado en todo su horror; ve el desórden, la injusticia, el borron indeleble del género humano; ve sus deplorables consecueucias; la muerte, la maldicion, la

ignorancia, el orgullo, la corrupcion, todas las pasiones que nacieron de aquel fatal orígen, y se hallan derramadas por toda la tierra. En este momento doloroso se le presenta la duracion de todos los siglos; y desde la sangre de Abel, hasta el último dia, solo ve sobre la tierra una série no interrumpida de crímenes; recorre la espantosa historia del universo, y nada se le oculta de cuanto puede contribuir á aumentar el horror de su tristeza: mira establecidas entre los hombres las supersticiones mas absurdas; borrado el conocimiento de su padre; erigidos en divinidades los crímenes infames; los adulterios, los incestos, las abominaciones, tener templos y altares propios; la impiedad y la irreligion abrazaba por los mas moderados y prudentes. Si mira hácia los siglos cristianos, descubre en ellos los futuros males de su iglesia, los cismas, los errores, las disensiones que debian destrozar el precioso misterio de su unidad, las profanaciones de sus altares, el indigno uso de los sacramentos, la estincion casi total de su fe, y restablecidas entre sus discípulos las corrompidas costumbres del paganismo. . . . .

«No pudiendo, pues, esta alma santa sobrellevar el peso de sus males, y detenida por otra parte en su cuerpo por el rigor de la justicia Divina, triste hasta la muerte, y no pudiendo morir, imposibilitada de acabar sus penas ni de poder sufrirlas, parece que combate con el desfallecimiento y los dolores de su agonía contra la muerte y contra la vida; y un sudor de sangre que baja hasta el suelo, es el triste fruto de sus penosos esfuerzos: *Et factus est sudor ejus sicut guttæ sanguinis decurrentis in terram.* Padre justo, ¿todavía se necesitaba sangre en este sacrificio interior de vuestro hijo? ¿No basta que deba ser derramada por sus enemigos? ¿Es menester que vuestra justicia se apresure, por decirlo asi, á verla derramar?»

Nota G. pag. 452.

Esta cita formaba parte del texto de las dos primeras ediciones.

La destruccion de Jerusalen, anunciada y llorada por

Jesucristo, merece ciertamente que nos detengamos en ella. Escuchemos, pues, á Josefo, testigo presencial de este acontecimiento. Tomada la ciudad, un soldado puso fuego al templo.

«Mientras el fuego devoraba de este modo aquel templo magnífico, los soldados, ansiosos de robar, mataban á cuantos encontraban, sin consideracion á la edad ni á la condicion. Los ancianos y los niños, los sacerdotes y los legos, todos eran pasados á cuchillo; todos se encontraban confundidos en aquella carnicería general, sin que fuesen tratados con mas humanidad los que suplicaban, que los que tenian aliento para defenderse hasta el último trance. Los gemidos de los moribundos se mezclaban entre los estallidos del fuego, que por todas partes penetraba; y el incendio de un edificio tan vasto, unido á la elevacion en que tenia su asiento, hacian creer á los que no le veian sino de muy lejos, que estaba ardiendo toda la ciudad.

«No puede imaginarse cosa mas terrible que el ruido que por todas partes resonaba; porque ¿cuál no debia ser el que harian en su furor las legiones romanas? ¿Qué gritos no lanzaban los facciosos que se veian rodeados por todas partes de hierro y de fuego? ¿Cuáles no serian los lamentos del pobre pueblo, que hallándose entonces en el templo, estaba tan poseido de espanto, que queriendo huir se arrojaba en medio de los enemigos? ¡Y qué confusas voces no levantaba hasta el cielo la multitud de los que desde encima de la montaña opuesta al templo contemplaban un espectáculo tan espantoso! Aquellos mismos á quienes el hambre habia reducido á tal estremidad, que ya la muerte estaba pronta á cerrarles para siempre los ojos, al ver el incendio del templo, reunian las pocas fuerzas que les quedaban para lamentar aquella estraordinaria calamidad; y el eco de los montes circunvecinos, y del pais que está á la otra parte del Jordan, aumentaba todavía aquel ruido horrible; pero por muy espantoso que fuese, lo eran mas todavía los males que le causaban. El fuego que devoraba el templo era tan grande y tan violento, que hasta los cimientos del monte en que se hallaba edificado, parecia que estuviesen ardiendo. La sangre corria con tal abundancia, cual si quisiera disputar al fuego

su dominio. El número de los muertos era superior al de los que los sacrificaban á su cólera y á su venganza; el piso estaba cubierto de cadáveres, y los soldados corrian sobre ellos para seguir por un camino tan horrible á los que huian. . . . .

. . . .

«Cuatro años antes de principiar la guerra, cuando Jerusalen se hallaba aun en el seno de la paz y de la abundancia, Jesus, hijo de Anani, que era un simple paisano que habia venido á la fiesta de los tabernáculos, que se celebra todos los años en el temploen honor de Dios, empezó á gritar: «Voz del Oriente, voz del Occidente, voz de los cuatro vientos, voz contra Jerusalen y contra el templo, voz contra los recien casados, voz contra todo el pueblo.» Y no cesaba dia y noche de recorrer la ciudad repitiendo lo mismo. Algunas personas de calidad, no pudiendo sufrir palabras de tan mal agüero, le hicieron prender y dar muchos azotes. . . . .

. . . .

«Mas á cada golpe que le daban, repetia con voz lástimera y lamentable: «¡Ay! ¡ay de Jerusalen!». . . . . . .

. . . .

«Llegado el sitio de Jerusalen, se vió el efecto de sus predicciones. Entonces, corriendo alrededor de los muros de la ciudad, se puso á gritar de nuevo: «¡Ay! ¡ay de la ciudad! ¡Ay del pueblo! ¡Ay del templo!» Y habiendo añadido: «Y ¡ay de mí mismo!» cayó sobre él una piedra lanzada por una máquina, y le derribó en el suelo, en donde murió profiriendo las mismas palabras.»

Nota H. pag. 454

«Se verá, dice el mismo Masillon, al Hijo del Hombre que desde lo alto de los aires recorre con los ojos los pueblos y las naciones, confundidos y reunidos á sus pies, leyendo en este espectáculo la historia del universo, esto es, de las pasiones ó de las virtudes de los hombres: se le verá reunir á sus elegidos de los cuatro vientos, elegirlos de toda lengua, de todo estado, de toda nacion; reunir á los hijos de Israel dispersos por todo el universo; esponer la

historia secreta de un pueblo santo y nuevo; presentar en la escena algunos héroes de la fé, hasta entonces desconocidos del mundo, y no distinguir ya los siglos por las victorias de los conquistadores, el establecimiento ó la decadencia de los imperios, la civilizacion ó la barbarie de los tiempos, ni los grandes hombres que cada edad ha producido; sino por los diversos triunfos de la gracia, por las victorias ocultas de los justos sobre sus pasiones, por el establecimiento de su reino en un corazon, por la heróica fortaleza de un fiel perseguido. . . . .

«Ordenada asi la disposicion del universo; separados de esta manera todos los pueblos de la tierra; inmóvil cada uno en el lugar que le haya correspondido; pintados en el semblante de los unos la sorpresa, el terror, la desesperacion y la confusion, y en el de los otros la alegría, la serenidad y la confianza; levantados los ojos de los justos hácia el Hijo del Hombre, de donde esperan su salud, y los de los impíos fijos de un modo espantoso sobre la tierra, y penetrando casi los abismos con sus miradas, como para descubrir ya en ellos el lugar que les está destinado.»

Nota I. pag. 455.

Esta cita formaba parte del texto de las dos primeras ediciones.

Toda esta historia la recopila Bossuet en algunas páginas; mas estas páginas son sublimes.

«Sin embargo, la envidia de los fariseos y de los sacerdotes le conduce á un suplicio infame; sus discípulos le abandonan; uno de ellos le vende; y el primero, el mas celoso de todos, le niega por tres veces. Acusado ante el consejo, honra hasta el fin el ministerio de los sacerdotes, y contesta en términos precisos al pontífice que le interrogaba jurídicamente; mas era llegado el momento en que debia ser reprobada la sinagoga. El pontífice y todo el consejo condenan á Jesucristo porque decia ser el Cristo hijo de Dios. Entréganle á Poncio Pilatos, presidente romano: este juez conoce su inocencia; mas la política y el interes le hacen obrar contra su conciencia; y el jus-

de buen grado si le daban seguridad, á lo que le contestaron que le harian bajar por fuerza, pues ya no estaba en Damieta; y luego empezaron á echar fuego griego sobre la torre, y como esta, segun ya he dicho, estaba formada de tablas de pino y de lienzo, quedó al momento abrasada; y por cierto que jamás he visto un fuego mas hermoso é instantáneo. Cuando el sultan se vió acosado por el fuego, bajó por la via del Prael, de que ya tengo hablado, y echó á correr hácia el rio; y cuando huia, uno de los caballeros de la Haulegua le hirió, metiéndole una gran espada por las costillas; el soldan se arrojó en el rio con la espada clavada: y lanzándose tras él nueve caballeros, le mataron dentro del rio, muy cerca de nuestra galera. Luego que el soldan fué muerto, uno de dichos caballeros, que se llamaba Faracataie, le abrió, le sacó el corazon, y dirigiéndose donde estaba el rey, con la mano aun ensangrentada, le preguntó: «¿Qué me darás por haber muerto á tu enemigo, que si hubiera vivido te hubiera hecho morir á tí?» A cuya pregunta no contestó una sola palabra el buen rey San Luis.»

Nota K. pag. 471.

Esta cita formaba parte del texto de las dos primeras ediciones.

Merece trascribirse el cuadro del reino de Jerusalen que trazó el abate Guénée; porque seria temeridad el querer mejorar una obra que solo peca por algunas omisiones voluntarias, y en la cual el autor, no pudiendo sin duda decirlo todo, se contentó con indicar los rasgos principales.

«Este reino, dice, se estendia de Poniente á Levante, desde el mar Mediterráneo hasta el desierto de la Arabia, y del Mediodía al Norte, desde el fuerte de Daro, mas allá del torrente de Egipto, hasta el rio que corre entre Berito y Biblos; y de consiguiente, comprendia desde luego las tres Palestinas, que tenian por capitales, la primera á Jerusalen, la segunda á Cesarea marítima, y la tercera á Bethsan, despues Nazaret; abrazaba ademas todo el pais

de los filisteos, toda la Fenicia, con la segunda y tercera Arabia, y algunas partes de la primera.

«Este estado tenia dos gefes, el patriarca, que era el señor espiritual, y el rey, que era el señor temporal.

«La jurisdiccion del patriarca se estendia á los cuatro arzobispados de Tiro, Cesarea, Nazaret y Krak; y tenia por sufragáneos los obispos de Betlem, de Lido, y de Hebron; tambien dependian de él los seis abades de Monte Sion, de la Latina, del Templo, de Monte Olivete, de Josafat y de San Samuel, el prior del Santo Sepulcro, y las tres abadesas de Nuestra Señora la Grande, Santa Ana y San Ladre.

«Los arzobispados tenian por sufragáneos: el de Tiro, los obispos de Berito, Sidon, Paneas y Tolemaida; el de Cesarea, el obispo de Sebaste; el de Nazaret, el obispo de Tiberiades y el prior de Monte Tabor; el de Krak, el obispo del Monte Sinaí.

«Los obispos de San Jorge, Lydo y Ancre, tenian bajo su jurisdiccion: el primero los dos abades de San José de Arimatea y San Habacuc, los dos priores de San Juan Evangelista y de Santa Catalina de Monte Gisart, con la abadesa de las Tres-Sombras; el segundo la Trinidad y las Arrepentidas.

«Todos estos obispados, abadias, cabildos y conventos de hombres y de mugeres, parece poseyeron muchos bienes, si hemos de juzgar por las tropas que estaban obligados á suministrar al estado. Tres órdenes sobre todo, que eran á la vez religiosas y militares, se distinguian por su opulencia, y tenian en el pais tierras considerables, ciudades y castillos.

«Ademas de los dominios que el rey poseia en propiedad, como Jerusalen, Naplusa, Acre, Tiro y sus dependencias, se contaban en el reino cuatro grandes baronías, que comprendian: la primera los condados de Jaffa y de Ascalon, con las señorías de Rama, Miravel é Ibelain; la segunda el principado de Galilea; la tercera las señorías de Sydon, Cesarea y Bethsan; la cuarta las señorías de Krak, Montreal y Hebron. El condado de Trípoli formaba un principado aparte, dependiente, pero distinto del reino de Jerusalen.

«Una de las primeras atenciones de los reyes, habia sido el dar un código á sus pueblos. Algunos hombres sabios recibieron el encargo de recopilar las principales leyes de los diferentes paises de donde procedian los cruzados, y formar con ellas un cuerpo de legislacion, con arreglo al cual debia juzgarse en todos los negocios, tanto civiles como criminales. Estableciéronse dos tribunales de justicia; el alto para los nobles y el otro para todo el estado llano. A los sirios se les concedió que fuesen juzgados por sus propias leyes.

«Los diferentes señores, tales como los condes de Jaffa, los señores de Ibelain, Cesaréa, Caifás, Krak, el arzobispo de Nazaret, etc., tuvieron tambien sus tribunales de justicia; y las principales ciudades, como Jerusalen, Naplusa, Acre, Jaffa, Cesarea, Bethsan, Hebron, Gades, Lido, Asur, Paneas, Teberiades, Nazaret, etc., sus tribunales y jurisdiccion urbana. Las justicias señoriales y urbanas, en número de veinte á treinta de cada especie, se aumentaron á proporcion que el estado se engrandecia.

Las baronias y sus dependencias estaban obligadas á contribuir con dos mil soldados de á caballo: las ciudades de Jerusalen, Acre y Naplusa debian presentar seiscientos sesenta y seis, y ciento y trece sargentos; las ciudades de Tiro, Cesaréa, Ascalon y Tiberiades mil sargentos.

Las iglesias, obispos, abades, cabildos, etc., debian suministrar cerca de siete mil, á saber: el patriarca, la iglesia del Santo Sepulcro, el obispo de Tiberiades y el abad de Monte Tabor, seiscientos cada uno; el arzobispo de Tiro y el obispo de Tiberiades, quinientos cincuenta cada uno; los obispo de Lido y de Betlem, doscientos cada uno, y asi todos los demas á proporcion de sus dominios.

«Reunidas todas las tropas del estado, formaban al principio un ejército de diez ó doce mil hombres, que se aumentó en lo sucesivo hasta quince mil; y cuando Lusiñan fué derrotado por Saladino, su ejército, formado todo de tropas del reino, subia á cerca de veinte y dos mil hombres.

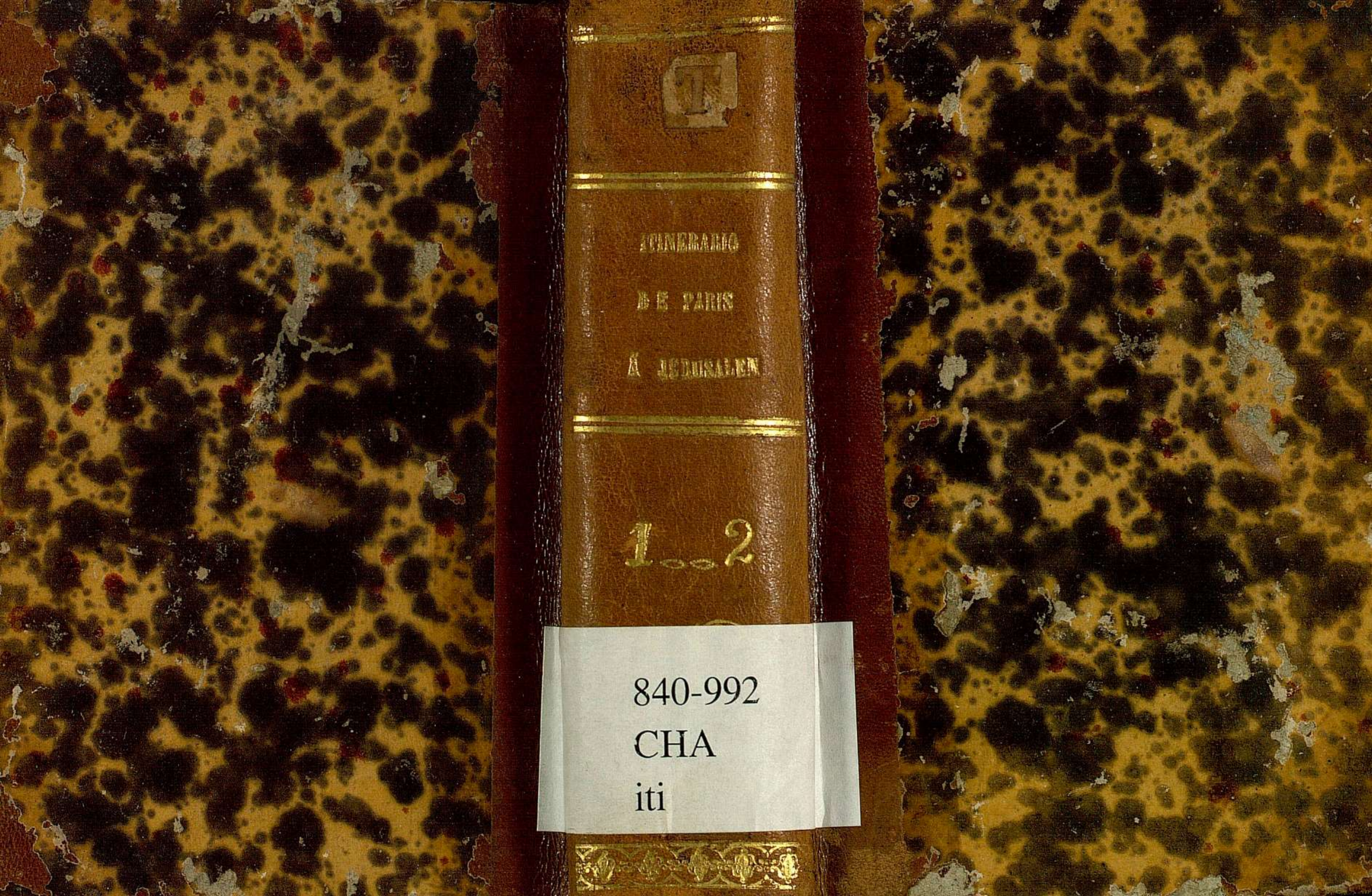
«A pesar de los gastos y de las pérdidas que ocasionaban unas guerras casi contínuas, los impuestos eran mo-

derados, reinaba la abundancia en el pais, se multiplicaba el pueblo, los señores hallaban en sus feudos bastante indemnizacion de lo que habian dejado en Europa, y el mismo Balduino del Burgo no echó menos por largo tiempo su rico y hermoso condado de Edesa.»

FIN DEL TOMO PRIMERO

INDICE.




ITINERARIO
DE PARIS
Á JERUSALEN
1 — 2
840-992
CHA
iti